

Harold Robbins

UNA LÁPIDA PARA DANNY FISHER



se

Lectulandia

Danny Fisher creció en el Lower East Side de Manhattan, un suburbio lúgubre y despiadado atestado de navajeros, prostitutas y combates ilegales con los puños desnudos. Un mundo habitado por niñas como Ronnie, que vendía su cuerpo y su orgullo, de ladrones baratos y despiadados como Maxie Fields, y también por un exboxeador llamado Sam que quería hacer de Danny un campeón del Guante de Oro. Y en un oscuro portal, Danny también encontró a Nellie, una belleza apasionada a la que llegó a amar.

En el fondo, Danny era un buen muchacho conducido a la deshonestidad por la pobreza y la ambición. ¡Quería dinero! ¡Quería poder! Y como muchos de su clase, Danny solo conocía una ley: ¡Toma lo que quieras y no mires atrás!

Con el boxeo y la posguerra como telón de fondo, *Una lápida de Danny Fisher* ofrece un relato en el que su protagonista tiene que navegar entre las dificultades económicas de su familia de origen y la dura realidad de mantener a la suya propia. Tras la pérdida de su primer hijo, la llegada del segundo será una llamada de atención para su autodestructivo estilo de vida.

Lectulandia

Harold Robbins

Una lápida para Danny Fisher

ePub r1.0

Titivillus 11.06.17

Título original: *A Stone for Danny Fisher*

Harold Robbins, 1959

Traducción: Francisco Elías

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esta es una obra de ficción. Ninguna referencia a la corrupción de los políticos locales, ni cualesquiera otros casos e individuos descritos en este libro reflejan incidentes o a personas reales.

¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una
piedra?

Mateo 7:9

Prólogo

Una lápida para Danny Fisher es una de las tres novelas que componen lo que yo he llegado a considerar como la *Trilogía de la Depresión en Nueva York*. Las otras obras son *No amarás a un extraño* y *Avenida del Parque 79*. Aunque cada una de estas novelas posee argumento y personajes peculiares, en ellas se reflejan las pasiones y la lucha por la supervivencia características de aquel período de entreguerras.

Estos libros fueron concebidos y escritos al principio como un entretenimiento y no fue hasta al cabo de un tiempo cuando empecé a darme cuenta de que había escrito unos relatos inspirados en el mundo en el que yo había nacido y crecido, y que todas esas historias podrían haber sido, y eran en cierto modo, la mía propia. Viví en todas esas calles y vecindarios, y llegué a conocer a todos los tipos que pueblan estas novelas.

Con estas obras completé mi formación como novelista. Pertenecientes en gran medida al género de la picaresca, reflejaban mis preocupaciones acerca de la búsqueda de la propia identidad por parte de los individuos, mis inquietudes por los problemas sociales y las costumbres sexuales de la época, que podían hacer elevar a las cumbres o hacer descender a los abismos del comportamiento humano. Estas preocupaciones también quedaron patentes en mis siguientes novelas. Los tiempos podrán cambiar, la moral también, los escenarios se ensancharán desde las calles de Nueva York a Los Ángeles, Europa, América del Sur, Asia. Pero el principal protagonista de cada una de mis novelas es la gente. Esto ha sido lo principal en mi trabajo. Soy un escritor del pueblo. Porque el pueblo, con todas sus esperanzas y sueños, codicia y ambiciones, fortaleza y debilidad, amor y odio, es lo único que me interesa.

Y, en *Una lápida para Danny Fisher* encontrarán una parte de cómo empezó todo. Y verán de dónde procedo.

HAROLD ROBBINS
Nueva York, abril de 1979

Introducción

Existen varios medios para llegar al cementerio del Monte Sión. Se puede ir en coche, cruzando los hermosos parques que rodean Long Island, en metro, autobús o trolebús. Sin embargo, durante esta semana, todos ellos se hallan atestados de gente.

«¿Por qué será?», te preguntas, ya que siempre existe una cierta inquietud relacionada con las visitas al cementerio, excepto en algunas fechas concretas. Pero, esta semana, anterior a Todos los Santos, es una de esas fechas. Esta es la semana en que el Señor Dios Jehová llama a sus ángeles y abre ante ellos el Libro de la Vida. Y tu nombre está escrito en una de esas páginas. Y lo escrito en ellas, será tu destino para un día señalado; no obstante...

En estos seis días, el Libro permanecerá abierto y tú tendrás la oportunidad de demostrar que mereces Su bondad. Durante este tiempo, te dedicas a actos de caridad y devoción; y uno de estos actos es la visita anual a los muertos.

Y para asegurarte que tu visita a los que os han abandonado será tomada en cuenta y se te dará el crédito apropiado, recogerás una pequeña piedra del suelo, cerca de tus pies, y la colocarás en el monumento, de forma que el Ángel Informador la vea cuando pase por el cementerio cada noche.

Llegas a la hora acordada bajo el arco de piedra blanca. Las palabras CEMENTERIO DEL MONTE SIÓN están esculpidas en el arco, sobre tu cabeza. Hay seis personas más. Se miran torpemente entre sí y las palabras salen con dificultad de tus labios. Estáis todos aquí. Como si hubiese un acuerdo secreto, en silencio, comenzáis a moveros y pasáis bajo el arco.

A tu derecha está el edificio del guarda, a tu izquierda la oficina de registro. En esa oficina, clasificados por grupos numerados y por sociedades de enterramiento, están las direcciones actuales de mucha gente que ha pasado por la tierra junto a ti y muchos que lo han hecho antes que tú. No te detienes a pensar en ello, ya que, para ti, todos pertenecen al pasado, excepto yo.

Caminas a lo largo de un sendero en pos de algo determinado. Por fin llegas a él: un disco negro con números blancos. Doblas por ese camino, tus ojos leyendo los nombres de las diversas sociedades de servicios fúnebres sobre cada grupo numerado. El nombre que buscabas está ahora frente a ti, claras letras negras sobre piedra gris. Entrás en el recinto.

Un hombre viejo y pequeño, con barba y un bigote blanco manchado por el tabaco, se aproxima hacia ti. Te examina sonriendo, mientras sus dedos juegan con una insignia en su solapa. Es el orador de la funeraria; dirá las oraciones en hebreo para ti, según la tradición.

Murmuras un nombre. Él afirma con la cabeza, moviéndola como un pájaro; sabe cuál es la tumba que buscas. Se da la vuelta y tú le sigues, pisando con cuidado entre las otras tumbas, ya que el espacio es muy apreciado en este lugar. Se detiene y señala con una mano envejecida, temblorosa. Tú afirmas con la cabeza, es la

sepultura que andabas buscando, y él da un paso atrás.

Un avión ruge sobre vuestras cabezas, se dirige a un aeropuerto cercano pero tú no levantas la vista. Estás leyendo la inscripción del monumento. La paz y la quietud te embargan; las preocupaciones del día abandonan tu cuerpo. Elevas la mirada y le haces una seña apenas perceptible al orador.

Se adelanta de nuevo y se detiene ante ti. Pregunta por tus otros nombres para incluirlos en sus oraciones. Uno a uno se los vas indicando.

Mi madre.

Mi padre.

Mi hermana.

El marido de mi hermana.

Mi esposa.

Mi hijo.

Su oración es un cantar ininteligible de palabras que retumban con monotonía por entre las sepulturas. Pero tú no lo escuchas. Tu mente está llena de recuerdos acerca de mí; para cada uno de vosotros, yo soy una persona diferente.

Por último, se termina la plegaria, el orador ha sido pagado y se ha marchado para efectuar su trabajo en algún otro lado. Buscas una pequeña piedra en torno a la sepultura. La coges en tu mano con sumo cuidado, y como los otros, a la vez, das un paso hacia delante, hacia la tumba.

A pesar de que he sentido muy de cerca el frío y la nieve del invierno, y el sol y la lluvia del verano desde la última vez que estuvisteis aquí reunidos, vuestros pensamientos son los mismos que entonces. Estoy firmemente grabado en vuestras memorias, excepto en la de uno.

Para mi madre soy un niño asustado acogiéndome a su seno, buscando seguridad entre sus brazos.

Para mi padre soy un hijo difícil, cuyo amor costaba encontrar, pero que era tan fuerte como el mío hacia él.

Para mi hermana soy el extraordinario hermano menor, cuya audacia era motivo de amor y de cuidado.

Para el marido de mi hermana soy el amigo con el que compartió las esperanzas de gloria.

Para mi esposa soy el amante, con quien, en la noche, rendía culto al altar de la pasión y de cuya unión nació un hijo.

Para mi hijo... para mi hijo no sé quién soy, ya que no me conocí.

Hay cinco piedras sobre mi tumba y aún, hijo mío, estás inseguro. Para todos los otros soy real, pero no para ti. Entonces, ¿por qué estás aquí, lamentándote por alguien a quien nunca conociste?

En tu corazón existe el pequeño y duro núcleo del resentimiento infantil. Porque te he fallado. Nunca has podido decir esas frases que los niños gustan de pronunciar: «Mi papá es el más fuerte» o «el más bondadoso» o «el mejor amigo». Has

escuchado en amargo silencio, con una frustración creciente, mientras otros te han dirigido estas frases.

No estés resentido ni me condenes, hijo mío. No juzgues, si puedes no hacerlo, y escucha la historia de tu padre. Fui humano, por lo tanto falible y débil. Y, a pesar de que durante mi vida cometí muchos errores y decepcioné a mucha gente, jamás te habría fallado a conciencia. Escúchame, entonces, te lo ruego, escúchame, hijo mío, y conoce a tu padre.

Ven conmigo hasta el comienzo, al principio. Porque nosotros, que hemos sido de una misma carne, de una misma sangre, y de un mismo corazón, seremos ahora de un mismo recuerdo.

Día de mudanza. 1 de junio de 1925

Escarbo en lo más profundo de mi memoria, y es mi octavo cumpleaños. Estoy sentado en la cabina de un camión de una empresa de mudanzas, estudiando ansiosamente los nombres de las calles. El enorme camión se detiene al llegar a una esquina.

—¿Es esta la manzana? —preguntó el chófer al negro que estaba sentado a mi lado.

El gigantesco negro se dirigió a mí.

—¿Es esta la manzana, chico? —repitió él.

Sus blancos y grandes dientes se asomaban a su rostro.

Yo estaba tan nervioso que apenas pude articular palabra.

—Esta es —logré murmurar.

Me di vuelta para mirar la calle. Esta era. Reconocí las casas, todas eran similares, con un árbol joven frente a cada una. Parecía igual al día en que fui con mamá y papá, el día en que me compraron la casa como regalo de cumpleaños.

Todos sonreían entonces, incluso el agente de la propiedad inmobiliaria que le vendió la casa a papá. Pero mi padre no bromeaba; hablaba en serio. Le dijo a aquel hombre que la casa debía estar lista para el 1 de junio, porque ese día era mi cumpleaños y se trataba de un regalo para mí.

Por fin, estuvo lista en la fecha que papá había indicado. Comenzamos la mudanza el mismo día de mi octavo aniversario.

Lentamente, el camión dio vuelta a la esquina. Podía escuchar el sonido sordo que emitían los neumáticos sobre la grava cuando dejamos el pavimento. Mi nueva calle se encontraba sin asfaltar aún; estaba cubierta con una grava grisácea. Las piedras saltaban cuando los neumáticos pasaban sobre ellas, lanzándolas contra el guardabarros.

Di un salto en la cabina del camión.

—¡Allí está! —grité señalando—. ¡Esa es mi casa! ¡La última de la manzana! ¡La que está sola!

El camión comenzó a disminuir la velocidad para detenerse frente al edificio. Pude ver nuestro coche aparcado. Mamá y mi hermana Miriam, dos años mayor que yo, se habían anticipado para llevar el pan y la sal, y tener las cosas preparadas. Mamá quería que yo fuese con ella, sin embargo, yo había preferido ir en el camión, sin ninguna objeción por parte del chófer.

Traté de abrir la puerta de la cabina antes que el vehículo se detuviera, pero el negro mantuvo su mano en ella.

—Espera un minuto, chico —dijo sonriendo—. Estarás aquí durante mucho tiempo.

Cuando el camión se paró, abrió la puerta. Al bajar de la cabina apresuradamente, resbalé y caí sobre el suelo cuan largo era. Oí un mascullar sordo tras de mí y sentí

que unas fuertes manos me recogían y me levantaban.

La voz ronca del negro preguntó cerca de mi oído:

—¿Te has hecho daño, chico?

Negué con la cabeza. Creo que no hubiese podido hablar aunque hubiera querido. Estaba demasiado ocupado observando mi casa.

La mitad del muro era de ladrillo rojizo y después continuaban tablas pintadas de color marrón hasta encontrarse con el techo, que aparecía cubierto por otras tablas pintadas de negro. En la parte delantera había un pequeño porche con marquesina. Era el edificio más hermoso que había visto en mi vida. Llené mis pulmones de aire, orgullosamente, y di una rápida ojeada por la calle para ver si alguien miraba. No había nadie. Éramos los primeros de la calle en mudarnos.

El hombre de color estaba a mi lado.

—Es una casa muy bonita —dijo—. Eres un chico con suerte al ser su dueño.

Le sonreí agradecido, ya que cuando le conté que papá me la había regalado por mi cumpleaños, se había mofado, como otros.

Corrí hacia la casa y golpeé a la puerta.

—¡Mamá, mamá! —grité—. Soy yo. ¡Ya estoy aquí!

La puerta se abrió y mamá apareció con un pañuelo viejo atado a la cabeza. Entré acaloradamente y me detuve en el centro de la habitación. Todo olía a nuevo en ella: la pintura de las paredes, la madera de la escalera, todo.

Escuché a mamá preguntar al chófer por qué habíamos tardado tanto. No pude oír la respuesta porque estaba mirando hacia arriba de la escalera, pero mamá volvió a la habitación murmurando algo acerca de perder el tiempo, ya que se les pagaba por hora de trabajo.

Me aferré a su brazo.

—Mamá, ¿cuál es mi habitación? —pregunté.

Por primera vez en mi vida iba a tener una habitación para mí solo. Antes de esto, habíamos vivido en un apartamento y yo compartía la habitación con mi hermana. Sin embargo, una mañana, antes que papá se decidiera a comprarme una casa, mamá entró en nuestra habitación y me sorprendió sentado en mi cama, observando cómo se vestía Mimí. Mamá me miró y más tarde, durante el desayuno, nos dijo que tendríamos una casa con una habitación para mí solo.

Mamá se deshizo de mi abrazo.

—Es la primera al lado de la escalera, Danny —contestó, muy excitada—. Por favor, quítate de en medio. ¡Tengo mucho qué hacer!

Me lancé escaleras arriba; los tacones de mis zapatos hacían mucho ruido. Al llegar arriba me quedé indeciso unos instantes mientras miraba a mi alrededor. Mamá y papá tenían la habitación grande al frente, después venía la de Mimí y luego la mía. Abrí la puerta de mi dormitorio y entré muy despacio.

Era pequeño, de unos tres metros de ancho por cuatro y medio de largo. Tenía dos ventanas y a través de ellas podía ver las de la casa que había frente a la nuestra. Me

volví y cerré la puerta; crucé la habitación, pegué mi rostro contra el cristal de la ventana y traté de mirar hacia fuera, pero como no podía ver mucho, la abrí.

Observé la calzada que corría entre las casas. A la derecha, debajo de donde yo me encontraba, pude ver el nuevo Paige, el coche que papá acababa de comprar; detrás de la casa estaba el garaje. Más allá solamente había campo. Era un barrio nuevo de Flatbush. Todos aquellos lugares habían sido vaciados otras veces, pero la ciudad los había llenado de nuevo. Habían construido muchas casas idénticas a la nuestra y pude examinarlas cuando me asomé lo suficiente a la ventana.

Volví al centro de la habitación. Lentamente di vuelta en círculo, estudiando las paredes. «Mi habitación, esta es mi habitación», me decía a mí mismo, repitiéndolo una y otra vez.

Pude sentir cómo se me formaba un nudo en la garganta, un sentimiento muy extraño. Como la vez que estuve al lado del ataúd de mi abuelo, de la mano de papá y observando su rostro lívido. La voz de papá había sido muy suave.

—Míralo, Danny —me dijo, aunque parecía que hablaba consigo mismo—. Este es el fin a que todo hombre llega, esta es la última vez que podremos ver su rostro.

Entonces papá se inclinó y besó el inmóvil rostro que estaba dentro del ataúd y yo hice lo mismo. Los labios del abuelo estaban fríos como el hielo y no se movieron cuando yo los toqué. Algo de su frialdad pasó a través de mi cuerpo.

Un hombre estaba de pie junto al ataúd con unas tijeras. Papá se abrió la americana, y el hombre le cortó un trozo de su corbata. Después me miró interrogativamente. Papá afirmó con un movimiento de su cabeza y habló en yiddish.

—Es de su sangre —dijo.

El hombre cortó un trozo de mi corbata y yo sentí cómo se me formaba un nudo en la garganta. Era una corbata nueva y la estrenaba ese día; no la podría usar nunca más. Alcé mi vista hacia papá. Él estaba mirando nuevamente hacia el ataúd y sus labios se estaban moviendo. Agucé mis oídos para escuchar lo que decía, pero no pude. Me soltó la mano y corrí hacia mamá con el extraño nudo en mi garganta todavía.

De vuelta a la realidad me tiré al suelo y apoyé mi mejilla en él. Lo noté frío, y el olor del parqué nuevo subió por mi nariz escociéndome los ojos, no obstante, me quedé allí durante algunos minutos presionando mis labios contra el suelo.

—Te quiero, casa —susurré—. Eres la casa más hermosa del mundo, y eres mía... te quiero.

—Danny, ¿qué estás haciendo echado en el suelo?

Me levanté rápidamente; Miriam estaba en la puerta con un pañuelo atado a la cabeza, como mamá.

—Nada —le respondí con dificultad.

Me miró extrañada, sin embargo, no se imaginó qué estaba haciendo yo en el suelo.

—Mamá dice que bajes y que te esfumes —dijo autoritariamente—. Los hombres

ya van a traer el mobiliario aquí arriba.

Bajé la escalera tras ella. El aspecto nuevo que tenía la casa se iba perdiendo. Podía ver algunos lugares en la escalera donde nuestros pies ya habían borrado la pintura. Los muebles ya estaban en el salón y la alfombra arrollada a un palo, en el rincón, lista para ser extendida en cuanto los hombres terminaran con su trabajo.

Vi a mamá, de pie, en el centro de la habitación. Tenía polvo en su rostro.

—¿Quieres que haga algo, mamá? —pregunté.

Escuché la risita burlona de Mimí. No le gustaban los chicos y creía que no servían para nada. Eso me enojó.

—¿Hago algo, mamá? —repetí.

Mamá me sonrió. Cuando sonreía su rostro se ablandaba. Era agradable la forma que tenía de hacerlo. Puso una mano sobre mi cabeza y me revolvió el cabello.

—No, rubito —contestó—. ¿Por qué no sales fuera y juegas un poco? Ya te llamaré cuando te necesite.

Le sonreí. Sabía que estaba contenta cuando me llamaba «rubito».

También sabía que eso enojaba a Mimí. Era el único de la familia con el cabello rubio; todos los demás lo tenían castaño. Papá solía bromear sobre esa cuestión y aunque no sé por qué mamá siempre se enfadaba.

Hice una mueca a Mimí y salí. Los hombres habían descargado el camión y todas las cosas estaban, en la calle. Me quedé allí un rato observando. Era un día caluroso, el negro se había quitado la camisa y pude ver cómo sus músculos se retorcían bajo su oscura piel. El sudor corría por su rostro ya que realizaba casi todo el trabajo, mientras el otro hombre se dedicaba a hablar y a ordenarle lo que tenía que hacer.

Después de largo rato me cansé de mirarlos y dirigí mi mirada hacia el otro extremo de la calle, pensando cómo sería el vecindario. Sentí curiosidad por el campo abierto que había observado desde la ventana de mi habitación. En el anterior vecindario nunca había existido un espacio vacío, solo los inmensos y horribles edificios de apartamentos.

A través de la puerta abierta pude ver que mamá estaba muy ocupada, y cuando la llamé para preguntarle si podía pasear por los alrededores, no me contestó. Me dirigí a la esquina, sintiéndome feliz y orgulloso, tenía una casa tan bonita y el día era tan agradable... Deseé que todos mis cumpleaños fueran tan hermosos.

Escuché los ladridos de un perro casi al mismo tiempo que llegaba a la esquina, hacia la zona este de Flatbush, en Brooklyn. Caminé por la calle con las casas a medio construir, con sus maderámenes relucientes al sol de mediodía. Crucé la calle siguiente y los edificios quedaron tras de mí. Allí solo existía el campo abierto. Los ladridos del perro se escuchaban con más intensidad —donde vivíamos antes, cerca de la farmacia de papá, no se oía ningún ruido, ni aun a la vuelta de la esquina—. Los inmuebles del otro bloque de casas no habían sido ocupados aún y solo había una profunda zanja que corría de un extremo a otro de la calle. «En cuanto cubran esta zanja —pensé— comenzarán a construir aquí también.»

Ya sabía de dónde provenían los ladridos del perro: de la manzana siguiente. Vi a dos chicos de pie, al borde de la zanja, mirando hacia el fondo. El perro debía de haberse caído dentro. Apresuré mis pasos y enseguida estuve al lado de los chicos. Un pequeño perro color castaño gemía mientras trataba de alcanzar el borde de la zanja, pero solo conseguía llegar hasta la mitad y luego caía rodando hasta el fondo. Entonces, era cuando ladraba más fuerte. Los dos chicos se reían, no sé por qué. No creí que resultara muy divertido.

—¿Es vuestro el perro? —pregunté.

Ambos se volvieron y me miraron. No contestaron.

Repetí la pregunta.

El más alto de los dos me dijo:

—¿Para qué quieres saberlo?

Algo en el tono de su voz me asustó. No era nada amistoso.

—Solo estoy preguntando —dije.

Se acercó hacia mí, balanceándose un poco. Era más alto que yo.

—¿Para qué quieres saberlo? —repetió.

Su voz fue más insolente aún.

Di un paso hacia atrás y en aquel momento deseé no haberme alejado de la casa. Mamá solo me había dicho que no estorbara mientras los hombres de la mudanza terminaban con su trabajo.

—¿Es tu perro? —pregunté, tratando de sonreír y deseando que mi voz no temblara.

El chico alto puso su rostro muy cerca del mío. Lo miré sin pestañear, directamente a los ojos.

—No —respondió.

—¡Ah! —dije, y me volví a observar al perro de nuevo. Aún estaba tratando de alcanzar la orilla de la zanja.

El chico me habló al oído.

—¿De dónde eres? —preguntó—. No te he visto antes.

Me volví hacia él.

—De la calle 48 Este. Nos estamos mudando hoy. Somos los primeros en toda la manzana —respondí.

Su rostro estaba oscurecido y ceñudo.

—¿Cómo te llamas?

—Danny Fisher —repliqué—. ¿Y tú?

—Paul —dijo—. Y este es mi hermano, Eddie.

Nos quedamos un rato en silencio, observando al perro. Pudo llegar hasta la mitad del camino antes de volver a rodar hasta el fondo.

Paul rio.

—Es divertido. El muy estúpido no sabe cómo salir de allí.

—No creo que sea divertido. Quizá el pobrecillo no pueda salir nunca.

—¿Y qué? —gruñó Paul—. Lo tiene merecido por meterse ahí dentro.

No contesté. Nos quedamos al borde de la zanja mirando al perro.

Noté un movimiento por el otro lado y me volví. Se trataba de Eddie; era más bajo que yo. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa.

Paul dio la vuelta por mi espalda y se situó junto a él. Había algo en sus maneras que hizo que ambos nos quedáramos serios. Eddie parecía avergonzado sin saber por qué.

—¿A qué colegio vas? —preguntó Paul.

—No lo sé —contesté—. Me parece que a ese que está cerca de Utica, en la avenida D, supongo.

—¿En qué curso estás?

—Cuarto A.

—¿Qué edad tienes?

—Ocho años —contesté orgullosamente—. Hoy es mi cumpleaños. Por eso nos hemos mudado. Mi padre me compró la casa como regalo.

Paul sonrió con burla. Me pude dar cuenta que no le había impresionado en lo más mínimo.

—Eres un chico listo, ¿eh? Estás en el mismo curso que yo, y tengo nueve años.

—Bien, yo me salté el tercero B —expliqué a modo de disculpa.

Sus ojos se tornaron fríos y cautelosos.

—¿Vas a ir al Sagrado Corazón?

Yo estaba confundido.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—La iglesia del Sagrado Corazón —contestó—. Cerca de Troy.

—No —dije, con un movimiento de cabeza.

—¿A la Santa Cruz? ¿La iglesia grande que tiene el cementerio?

—¿Qué cementerio?

Estaba comenzando a sentirme raro. No sabía contestar a sus preguntas y hubiera deseado saber qué era lo que debía responder.

Señaló a través de Clarendon Road. A una manzana de distancia pude ver la reja de hierro del cementerio.

Me volví hacia él.

—No —respondí.

Se quedó silencioso por un momento mientras pensaba.

—¿No crees en Dios? —preguntó finalmente.

—Por supuesto que sí —repliqué—. Pero no voy a la iglesia.

Me miró con escepticismo.

—Si no vas a la iglesia, entonces no crees en Dios —me dijo enfáticamente.

—Sí creo —insistí.

Sentí que unas lágrimas de ira se agolpaban en mis ojos. No tenía ningún derecho a decir esas cosas. Me puse lo más firme que pude.

—Soy judío —dije con voz orgullosa—, y asisto a los oficios.

Los dos hermanos se miraron como si ahora lo comprendieran todo. Sus rostros se volvieron hoscos.

Paul dio un paso amenazador hacia mí y yo instintivamente retrocedí. Mi corazón palpitaba con fuerza. No sabía qué podría haber dicho para que se enojaran tanto.

Paul puso su rostro frente al mío.

—¿Por qué mataste a Cristo? —rugió.

Yo estaba realmente asustado por la crudeza de su voz.

—Yo no lo maté —gemí—. Nunca lo he conocido.

—¡Que sí! —La voz de Eddie era más alta que la de su hermano, pero tan ruda como la de aquel—. ¡Mi padre nos dijo que los judíos lo habían matado, que lo clavaron a la cruz! También nos dijo que los judíos se trasladarían a todo el barrio, a todas las casas nuevas del vecindario.

Traté de apaciguarlos.

—Quizá algunos judíos que yo no conozco le dieron muerte —dije con toda suavidad—, pero mi madre siempre ha dicho que él era el rey de los judíos.

—Lo mataron —insistió Paul.

Pensé durante algunos segundos. El perro volvió a ladrar, pero yo tenía miedo de volverme y mirar. Traté de cambiar el tema.

—Debemos intentar sacar a ese perro.

No me contestaron. Pude notar que todavía estaban enojados. Intenté pensar en otra cosa que les fuera más satisfactoria.

—Quizá le dieron muerte porque era un rey malo —sugerí.

Sus rostros se tornaron lívidos. Quise salir corriendo pero no fui lo suficiente rápido. Paul me agarró y sujetó mis brazos a los costados. Traté inútilmente de soltarme, y asustado comencé a llorar. En ese momento el rostro de Paul comenzó a sonreír y me soltó.

—¿De manera que quieres sacar el perro? —preguntó.

Traté de acallar mis sollozos. Con una mano sequé las lágrimas de mis ojos.

—Sí —dije.

Respiró profundamente, sonriendo aún.

—Muy bien, bebé judío, ¡anda a buscarlo!

Súbitamente, se abalanzó sobre mí con los brazos extendidos. Aterrorizado, traté de esquivarle, pero sus manos dieron en mi pecho, y todo el aire de mis pulmones me abandonó. Entonces, me sentí caer, rodar, por los taludes de la zanja. Traté de agarrarme para evitar seguir rodando, pero fue inútil. Choqué con fuerza contra el fondo y me quedé allí algunos momentos tratando de recuperar el aliento.

Escuché un alegre gemido y sentí una cálida lengua sobre mi rostro. Me senté. El cachorro color castaño estaba lamiendo mi rostro y su pequeño rabo se movía de un lado a otro mientras gemía de felicidad.

Me puse de pie y miré hacia arriba. Estaba avergonzado de haber llorado, pero el

perro parecía tan contento de estar conmigo que ya no sentí miedo.

Paul y Eddie me estaban mirando. Blandí mi puño hacia ellos.

—¡Sois unos sucios bastardos! —les grité.

Era el peor insulto que sabía.

Vi cómo se inclinaban y recogían algo del suelo. Un segundo más tarde una lluvia de piedras y terrones caía sobre nosotros. El perro gimió, al darle una de ellas. Cubrí mi cabeza con los brazos hasta que la lluvia de piedras terminó, ninguna me golpeó. Entonces, miré hacia arriba de nuevo.

—¡Ya os daré yo por esto! —les grité.

Se rieron burlonamente.

—¡Judío, hijo de perra! —gritó Paul.

Recogí una piedra y se la tiré, pero quedé corto y una nueva lluvia de guijarros y terrones cayó sobre mí. Esta vez no alcancé a cubrirme el rostro con la suficiente rapidez y un guijarro me hizo un corte en la mejilla. Les lancé otra, pero quedé corto también. Ellos se inclinaron para recoger más piedras.

Di la vuelta y me alejé corriendo hasta el centro de la zanja donde sus proyectiles no me alcanzaban. Me senté sobre una gran roca, el perro se acercó a mí y yo le acaricié la cabeza. Miré de nuevo a los dos hermanos al tiempo que me limpiaba el rostro con la manga.

Gritaban y blandían los puños hacia mí, sin embargo, no pude escuchar lo que decían. El perro estaba sentado sobre mi pie, moviendo la cola y mirándome. Me incliné y puse mi mejilla contra su cabeza.

—Todo está bien, perrito —susurré—. Cuando se vayan, saldremos de este lugar.

Me levanté y les hice un gesto. Enrojecieron de ira y me tiraron más piedras, pero yo solo me reía porque no podían alcanzarme desde donde estaban.

Cuando se fueron, el sol ya había comenzado a ocultarse por el oeste. Me senté en la roca y esperé un poco, unos treinta minutos, para asegurarme de que se hubiesen ido. A esa hora estaba oscureciendo.

Caminé hasta donde comenzaba el talud de la zanja y miré hacia arriba. Era bastante alto y muy pronunciado, no obstante, pensé que no tendría muchas dificultades en subir. Había suficientes rocas y arbustos a los cuales aferrarme. Me así a una piedra y comencé a ascender con lentitud, arrastrándome sobre manos y rodillas para evitar resbalar hacia abajo. Había ganado unos tres metros cuando escuché un gemido. Miré hacia abajo.

El perrito estaba al fondo de la zanja, observándome con ojos brillantes y relucientes. Cuando vio que yo había vuelto la cabeza para mirarle, dio un agudo ladrido de felicidad.

—Está bien, ven —le dije—. ¿Qué estás esperando?

Saltó hacia un lado de la zanja y comenzó a arrastrarse hasta donde yo estaba. Él también reptaba. Casi a medio metro de distancia comenzó a resbalar hacia abajo. Le cogí por la piel del cuello y lo acerqué a mí. Su cola se movía en señal de felicidad.

—Vamos —le dije—. Tenemos que salir de aquí.

Comencé a trepar de nuevo y avancé un poco, pero cuando me volví para ver al perro vi que había echado en el mismo lugar en que lo había dejado, mirándome a los ojos y moviendo la cola. Lo llamé.

—¿Qué sucede? —pregunté—. ¿Tienes miedo?

Solo movió la cola. No se iba a levantar; por lo tanto comencé a subir de nuevo.

Había alcanzado unos centímetros más cuando empezó a gemir lastimosamente. Me detuve y miré hacia abajo. Sus gemidos cesaron de inmediato y su cola comenzó a moverse.

—Está bien —le dije—, bajaré a ayudarte.

Con cuidado me deslicé hasta donde estaba y lo agarré otra vez por la piel del cuello. Sujetándolo con una mano seguí gateando hacia arriba. Tardé aproximadamente quince minutos en llegar a la mitad del camino, arrastrándolo tras de mí a cada paso que daba. Allí me detuve a recuperar el aliento. Tenía las manos y el rostro cubiertos de barro y mi camisa y pantalones estaban manchados y desgarrados. El perro y yo nos mantuvimos en aquel lugar, temerosos de movernos para no caer hacia abajo.

Después de algunos minutos comenzamos a trepar de nuevo. Estábamos casi llegando a la orilla cuando una roca cedió bajo mi pie y resbalé. Solté al perro frenéticamente y hundi mis dedos en el barro para evitar la caída. Había resbalado solamente un trecho cuando sentí que mis dedos se aferraban con firmeza a la tierra. El perro comenzó a lloriquear. Cuando me volví para mirarlo, no estaba a mi lado.

Miré hacia el fondo de la zanja. Trataba de levantarse. Me miró y dio un corto ladrido, pero cuando me volví para continuar ascendiendo, comenzó a gemir nuevamente. Traté de no escuchar los aullidos, suaves y plañideros, que salían del fondo de su garganta. Corría de un lado a otro, deteniéndose casi cada segundo para gemir, y parecía que cojeaba. Lo llamé. Se detuvo y me miró, su cabeza estaba inclinada hacia un lado.

—Vamos, pequeño —lo animé.

Se lanzó contra el talud de la zanja tratando de subir hacia mí, pero cayó hacia atrás. Lo llamé de nuevo, otra vez intentó subir y cayó. Finalmente, se sentó y me tendió una pata, ladrando.

Me senté y me deslicé hasta el fondo. Corrió a mis brazos, moviendo la cola, y dejó un rastro de sangre sobre mi camisa cuando lo cogí. Sus suaves patas, de cachorro, se habían desgarrado contra las rocas al tratar de subir.

—Está bien, perrito —le dije con suavidad—, saldremos juntos de este lugar. No te abandonaré.

Pareció comprender mis palabras, ya que su cola comenzó a moverse en círculos y su cálida y húmeda lengua me lamió el rostro. Lo puse en el suelo y anduve hacia el otro lado de la zanja para encontrar un lugar más fácil por donde subir. Corrió a mi lado, sus ojos fijos en mi cara. Quizá mi madre permitiese que me quedara con él.

Ya estaba casi oscuro. Comenzamos a trepar, pero era inútil. Antes de llegar a la mitad del camino, resbalé y caí al fondo una vez más. Estaba muy cansado, y con mucha hambre. No podíamos lograrlo. Hasta que la luna saliera, era inútil pretender alcanzar el borde.

Me senté en la roca que estaba en el centro de la zanja y traté de pensar en lo que iba a hacer. Mamá estaría enojada porque no había llegado a tiempo para la cena. Se habría enfriado. Empecé a tiritar y traté de abrocharme el cuello de la camisa, pero el botón ya no estaba.

Una sombra gris pasó por mi lado en la oscuridad. El perro dejó escapar un gruñido y se lanzó tras ella. Súbitamente, sentí miedo; había ratas en la zanja. Abracé al perro y me eché a llorar. Nunca saldríamos de allí. Otra rata pasó por mi lado. Con un grito de espanto corrí hasta la base del muro y traté de subir. Una y otra vez intenté salir de allí, pero cada vez era más difícil.

Finalmente, me dejé caer a tierra, demasiado agotado como para poder moverme. Estaba mojado y desesperado. Comencé a gritar.

—¡Mamá, mamá!

Mi llamada retumbaba en la zanja y el eco caía nuevamente sobre mí. Continué gritando hasta que mi voz enronqueció y se convirtió en un susurro. No hubo respuesta.

La luna había salido y su blanca luz proyectaba las largas y oscuras sombras de las rocas. La noche parecía viva, con ruidos extraños y movimientos propios. Cuando estaba tratando de ponerme de pie, una rata se lanzó al aire y cayó sobre mi pecho. Dando un grito de terror, caí hacia atrás. El perro saltó tras la rata y la cazó al vuelo. Con un furioso movimiento de su cabeza, le rompió el cuello y la lanzó lejos de sí.

Me puse en pie afirmando la espalda contra el talud de la zanja, demasiado helado y asustado como para hacer cualquier cosa que no fuera mirar hacia la abertura. El perro se paró ante mí, ladrando, con las orejas erectas. Los ecos rebotaron, como si cientos de perros rompieran el silencio de la noche con sus ladridos.

No sé cuánto tiempo permanecí de aquella manera. Mis ojos trataban de cerrarse y yo hacía grandes esfuerzos por mantenerlos abiertos, pero me era imposible. Finalmente, me senté en el suelo, rendido.

Ya no estaba tan seguro de que mamá se enfadara conmigo. No era culpa mía. Si yo no hubiera sido judío, Paul y Eddie no me habrían empujado dentro de la zanja. Cuando saliera le preguntaría a mamá si no podríamos ser otra cosa. Entonces, quizá no se enfadarán conmigo. Pero, dentro de mí, algo me decía que, aun así, las cosas no cambiarían, que aunque mamá estuviera de acuerdo, papá no opinaría lo mismo. De eso estaba seguro, porque una vez que decidía algo nunca cambiaba. Esta debía de ser la razón por la que continuaba siendo judío. No, no sacaría nada en claro.

Mamá estaría muy enfadada conmigo. Mala suerte, pensaba yo, mientras comenzaba a adormecerme, era una desgracia que esto sucediera después de la forma tan maravillosa en que había comenzado el día.

Los ladridos del perro sonaban más fuerte y, como confundido con los ecos de alguna parte, pude escuchar que alguien gritaba mi nombre. Traté de abrir los ojos, pero me fue imposible, estaba demasiado agotado.

La voz se hizo más clara, más insistente.

—¡Danny! ¡Danny Fisher!

Mis ojos se abrieron y la aterradora luz blanca de la luna proyectó sombras enloquecedoras sobre el fondo de la zanja. Una voz de hombre gritó mi nombre de nuevo. Me levanté con gran esfuerzo y traté de responder, pero solo afloraba un susurro débil y enloquecido. El perro comenzó a ladrar furiosamente. Escuché voces que procedían de la orilla de la zanja, los ladridos del perro se hicieron más agudos y excitados.

El resplandor de una linterna iluminó la zanja, buscándome. Sabía que no podían oírme llamándolos, por esto corrí hacia la luz, tratando de hacerme visible. El perro corrió tras mis talones, ladrando aún.

La claridad cayó sobre mí y me quedé inmóvil. Me cubrí los ojos con las manos; me dolían. Una voz de hombre exclamó:

—¡Allí está!

Otra voz surgió de la oscuridad, sobre mi cabeza:

—¡Danny! ¡Danny! —era la voz de papá—. ¿Te encuentras bien?

Escuché ruidos, como si un hombre bajara por un lado de la zanja, hacia mí. Corrí hacia él, llorando, y me sentí estrechado entre sus brazos. Él estaba temblando. Pude sentir sus besos en mi rostro.

—Danny, ¿te encuentras bien? —seguía preguntando.

Presioné mi rostro contra el suyo. Mi cara estaba arañada y ensangrentada, pero la sensación que sentí al tocar la gruesa lana de su traje hizo que me sintiera bien.

—Estoy muy bien, papá —dije entre sollozos—, pero mamá se enfadará. Me oriné en los pantalones.

Algo parecido a una carcajada salió de su garganta.

—Mamá no estará enfadada —me aseguró. Levantó la vista hacia la orilla de la zanja.

—Está bien. Tiren una cuerda y lo sacaremos.

—No te olvides del perro, papá —le dije—. Debemos sacarlo también.

Papá se inclinó y acarició la cabeza del animal.

—Seguro, también lo sacaremos —me dijo—. Si no hubiera sido por sus ladridos no habríamos sabido dónde buscarte.

Se volvió súbitamente y me miró.

—¿Es esta la razón por la cual te encuentras aquí?

—No —respondí—. Paul y Eddie me empujaron dentro porque soy judío.

Papá me miró de una forma muy extraña. La cuerda cayó a nuestros pies y se inclinó para recogerla. Casi no pude escuchar las palabras que estaba murmurando:

—El vecindario es nuevo, pero la gente es la misma.

No entendí lo que quería decir. Ató la cuerda en torno a su cintura y me cogió con un brazo y al perro con el otro. La soga se puso tensa y comenzamos a escalar por un lado de la zanja.

—No estás enfadado, ¿verdad, papá?

—No, Danny, no estoy enfadado.

Estuve silencioso durante un momento mientras subíamos lentamente.

—Entonces, ¿podré quedarme con el perro, papá? —pregunté—. Es tan hermoso.

El perro debió darse cuenta que estaba hablando de él; su cola comenzó a golpear en un costado a papá.

—Le llamaremos *Rexie Fisher* —agregué.

Papá dirigió su mirada hacia el cachorro y luego hacia mí. Comenzó a reír.

—Tendremos que ponerle *Rexie Fisher* a «ella». Es una perrita.



La habitación estaba oscura, pero yo me encontraba abrigado y adormecido después del baño y dentro de mi cama. Durante la noche oía los sonidos que se colaban por la ventana, procedentes del nuevo vecindario; sonidos que me acompañarían toda mi vida.

Mis ojos estaban muy abiertos, maravillados ante ellos y, sin embargo, no estaba asustado. No había nada que pudiera temer porque estaba en mi propia casa, en mi habitación. De pronto, empecé a adormecerme; me puse de costado y mis manos acariciaron la pared. Estaba áspera, con la pintura nueva y granulosa.

—Te quiero, casa —murmuré, medio dormido.

Bajo mi cama el perro se movió, y yo alargué mi mano hacia él. Sentía su frío hocico en la palma de mi mano. Mis dedos acariciaron su cabeza y noté su piel húmeda y fría, ya que mamá y papá habían bañado a *Rexie* antes de dejarla entrar en mi habitación. Su lengua lamía mis dedos.

—A ti también te quiero, *Rexie* —susurré.

Una sensación cálida y confortable comenzó a embargarme. Lentamente sentí cómo la tensión abandonaba mi cuerpo y el sueño se adueñó de mí.

Estaba en casa. El primer día de mi vida que recuerdo se desvaneció en el ayer, y todos los demás se transformaron en mañana.

Libro Primero

TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA

El sol acariciaba mis cerrados párpados. Vagamente molesto, me cubrí los ojos con un brazo y moví la cabeza sobre la almohada. Durante algunos minutos estuve muy bien, pero después la luz penetró a través de mi brazo, como buscándome. No seguí tratando de ocultarme y me senté sobre la cama, restregándome los ojos. Estaba despierto.

Me estiré. Bostecé. Retiré el cabello que me caía sobre la cara y miré, adormilado, hacia la ventana. Era una mañana clara y brillante. Hubiera querido seguir durmiendo, pero mi ventana estaba orientada al este y el sol de la mañana me daba en pleno rostro.

Paseé mi mirada perezosa por la habitación: mi ropa estaba amontonada sobre una silla; la raqueta de tenis a medio arreglar seguía apoyada contra el lavabo; el viejo reloj despertador, encima del lavabo, al lado de mi peine y de mi cepillo de dientes, indicaba que eran las siete y cuarto; mi banderín, púrpura y blanco, del Colegio Erasmus Hall, colgaba del espejo.

Miré hacia un costado de la cama, buscando las zapatillas y no las encontré. Sin embargo ya sabía dónde estaban: *Rexie* se las llevaba bajo la cama y hacía con ellas una almohada para su cabeza. Estiré mi brazo y la acaricié, ella levantó la cabeza perezosamente y movió la cola. La acaricié otra vez y le quité las zapatillas. Seguidamente salté fuera de la cama y me las puse. *Rexie* había cerrado los ojos de nuevo y se había quedado dormida.

Escuché unos débiles ruidos procedentes de la habitación de mis padres mientras caminaba hacia la ventana, que estaba abierta. Esto me hizo recordar que había llegado el gran día: el día de mi Bar Mitzvah.

Comencé a sentirme nervioso y confié en que no se me olvidara ninguna palabra del elaborado ritual hebreo que había aprendido especialmente para aquella ocasión.

Me quedé un rato ante la ventana abierta y respiré profundamente, para acto seguido comenzar a contar.

—Adentro-dos-tres-cuatro; afuera-dos-tres-cuatro.

Al cabo de unos momentos de hacer ese ejercicio, sentí que me tranquilizaba. Estaba perfectamente bien, no me olvidaría de nada. Aún de cara a la ventana, me saqué la chaquetilla del pijama por la cabeza y la tiré sobre la cama. Fuera día de Bar Mitzvah o no, tenía que hacer mis ejercicios gimnásticos o nunca llegaría a pesar lo suficiente como para ser admitido en el equipo de fútbol en otoño.

Me estiré sobre el suelo e hice los diez abdominales, después me puse de pie y doblé las rodillas. Me miré atentamente: los delgados y tensos músculos de mi cuerpo se distinguían con claridad; podía contarme las costillas. Estudié detenidamente mi pecho, para ver si algo de vello había crecido durante la noche, pero aún seguía allí la

pelusilla de color dorado. Algunas veces deseaba que mi cabello fuera negro, como el de Paul, no rubio. Entonces se distinguiría con más facilidad.

Di por terminadas las flexiones, recogí un par de pesas que estaban en un rincón de la habitación, volví frente a la ventana y comencé a levantarlas rápidamente, una y otra vez. Escuché el ruido de un interruptor de la luz a través de mi ventana abierta y las ventanas que daban frente a la mía quedaron iluminadas a través del sendero. Instantáneamente, me dejé caer de rodillas y me asomé con cautela por encima del alféizar de la ventana.

Era la habitación de Marjorie Ann Conlon. Era la amiga más íntima de Mimí, tanto que algunas veces parecía su sombra. Me gustaba que su casa estuviese orientada hacia el oeste, así ella tenía que encender la luz todas las mañanas.

Cuidadosamente me asomé por la ventana y contuve la respiración. Las persianas estaban alzadas. Era la tercera vez durante aquella semana que se olvidaba de bajarlas. La última vez que la había estado observando creía que se había percatado de ello, de manera que debía tener mucho cuidado. Era una chica extraña, siempre estaba fastidiándome y mirándome directamente cuando hablaba con ella. En las últimas semanas habíamos tenido violentas discusiones por cosas de escasa importancia y yo no quería invitarla a la fiesta de mi Bar Mitzvah, pero Mimí insistió en ello.

Pude ver que la puerta del armario de su habitación se movía suavemente y que ella salía de detrás. Todo lo que llevaba puesto eran unos pantaloncitos. Se detuvo en el centro de la habitación por unos instantes, como buscando algo. Por fin lo encontró y se inclinó hacia la ventana para recogerlo y en ese momento sentí que un sudor húmedo brotaba de mi frente. La podía ver con suma claridad.

Paul decía que ella tenía la figura más deliciosa de todo el vecindario y yo no estaba de acuerdo con él porque sabía que Mimí era mucho más bonita.

Además, Mimí no era tan desproporcionada en el pecho como Marjorie Ann.

Paul me sugirió que lleváramos a las dos chicas al sótano y, así saldríamos de dudas. Me enfadé mucho con él, le agarré por el cuello y le dije que le sacaría el alma a golpes si hacía eso alguna vez. Paul solamente rio y apartó mi mano. Dijo que la única razón por la que yo no me atrevía a hacerlo era por temor a que Mimí perdiera.

Marjorie Ann se encontraba frente a la ventana, como si me estuviera mirando. Bajé mi cabeza aún más. Sonreía mientras se ponía el sujetador, y yo comencé a sentirme molesto; era una sonrisa muy conocida, que me hacía sospechar su conocimiento de que la estaba observando. Noté un descuido muy estudiado en la forma en que se movía por la habitación.

Tenía el sujetador a medio poner, cuando cierta duda la hizo fruncir el ceño. Se encogió de hombros y la prenda resbaló por sus brazos. Tomó los pechos entre sus manos durante unos momentos y se acercó a la ventana, como si los estuviera examinando a la luz.

Mi corazón comenzó a palpar, excitado. Paul tenía razón. Eran mejores que los

de Mimí. Alzó la vista otra vez, la sonrisa triunfal había vuelto a su rostro, y se volvió a su habitación. Cuidadosamente, volvió a ceñirse el sostén y lo abrochó a su espalda.

Sentí ruidos en el salón. Pude escuchar la voz de Mimí y rápidamente me volví y me introduje en la cama. No quería que Mimí me sorprendiera espionando. Di un rápido vistazo por la ventana y vi cómo la luz de la habitación de Marjorie Ann se apagaba. Suspiré. Eso probaba que yo estaba en lo cierto: ella sabía que la había estado mirando. Escuché ruido de pasos que se aproximaban a mi habitación, cerré los ojos y fingí que dormía.

La voz de Mimí se dejó oír desde el umbral.

—Danny, ¿estás levantado ya?

—Ya voy —contesté, sentándome en la cama y restregándome los ojos—. ¿Qué quieres?

Su mirada se paseó por encima de mi pecho desnudo y mis hombros. Una luz de sospecha apareció en sus ojos.

—¿Dónde está la chaquetilla del pijama? —preguntó.

Entonces, sus ojos la vieron tirada en el suelo, a los pies de la cama.

—¿Ya te habías levantado antes?

La miré directamente.

—Sí.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó con suspicacia.

Su mirada se dirigió hacia las ventanas de la habitación de Marjorie Ann.

Yo puse unos ojos grandes e inocentes.

—Mis ejercicios —dije—. Y después me volví a la cama para descansar.

Noté que mi respuesta no la satisfacía, pero no dijo nada. Se inclinó a los pies de la cama y recogió la chaquetilla del suelo. Sus pechos tensaron la delgada tela del pijama que vestía y no pude apartar la vista de ellos.

Mimí se dio cuenta de la dirección de mi mirada y se ruborizó.

Tiró la chaquetilla sobre mi cama con furia y se dirigió hacia la puerta.

—Mamá me dijo que te despertara y que te recordara que debías ducharte. —Lanzó las palabras por encima del hombro—. No quiere que estés sucio en el día de tu Bar Mitzvah.

Tan pronto como la puerta se cerró tras ella, salté fuera del lecho y me quité los pantalones del pijama. Me sentía caluroso y excitado, como siempre me pasaba cada vez que observaba a Marjorie Ann. Bajé la vista para observarme. Estaba en buena forma. Medía más del metro setenta de altura y mi peso casi llegaba a los cincuenta y cinco kilos.

Tres kilos más y podría ingresar en el equipo de fútbol. Sabía también cómo quitarme aquella excitación de encima, no me preocupaba.

—Ducha fría —decía el entrenador—. Ducha fría, muchachos.

Y esto era justamente lo que yo iba a hacer.

Me puse el albornoz y miré al pasillo. No se veía a nadie. La puerta del baño

estaba abierta y me dirigí hacia allí. La habitación de Mimí estaba abierta también y ella se encontraba arreglando su cama. Le hice un gesto con las manos al pasar, mi albornoz se abrió y tuve que ceñirlo apresuradamente. ¡Demonios! Ella sabría cómo me encontraba cuando entró en mi habitación, por lo tanto lo mejor sería que hiciera las paces con ella antes de que me metiera en algún lío. Yo nunca sabía lo que era capaz de hacer. Retrocedí hasta su puerta, sujetando mi albornoz.

—Mimí.

Me miró.

—¿Qué quieres?

Su voz era fría como el hielo.

Bajé la mirada hacia mis zapatillas.

—¿Quieres usar el cuarto de baño antes que yo?

—¿Por qué? —preguntó con sospecha.

Podía escuchar a mis padres conversando en el piso de abajo. Bajé la voz.

—Yo... es que... me voy a duchar... y quizá tú tengas prisa.

—No tengo prisa —contestó; su voz aún era fría y muy formal.

Me di cuenta de que estaba enfadada.

—Mimí —dije de nuevo.

—¿Qué?

Me estaba observando fijamente.

Sin embargo, mis ojos no pudieron sostener su mirada.

—Nada —contesté.

Comencé a alejarme, pero me volví hacia ella de pronto.

Estaba observando mis manos, en donde se aferraban al albornoz.

Esta vez fue ella la que bajó la vista.

—Vosotros, los chicos, sois insoportables —musitó—. Cada vez te pareces más a tu amigo Paul. Siempre está espiando.

—Yo no estaba mirando —aduje en mi defensa.

—Sí, mirabas —dijo en tono acusador—. Apuesto a que estabas espiando a Marjorie Ann también.

Me sonrojé.

—¡No estaba! —dije, accionando los brazos frenéticamente.

El albornoz volvió a abrirse. Vi cómo los ojos de Mimí bajaban la vista y volví a ceñírmelo rápidamente.

—Me parece que tú no tienes muchos inconvenientes en mirar, ¡jovencita de las monjas!

No me hizo ningún caso.

—Le diré a mamá lo que estabas haciendo —dijo.

Crucé rápidamente la habitación, dirigiéndome hacia ella y la cogí por las manos.

—¡No harás eso! —dije.

—¡Me haces daño! —Sus ojos bajaron la mirada.

Me estaba observando estudiadamente.

—¡No lo harás! —repetí bruscamente, aumentando la presión en sus muñecas.

Sus ojos se alzaron hacia los míos, estaban muy abiertos y el temor se reflejaba en ellos; sin embargo, había cierta nota de curiosidad que no se apagaba. Lanzó un profundo suspiro.

—Está bien —dijo—, no le diré nada a mamá, pero le voy a contar a Marge que ella estaba en lo cierto. Me dijo que tú la mirabas siempre que entraba en su habitación. ¡Le diré que baje las persianas!

Le solté las manos. Un vago sabor a triunfo me sacudió. Yo estaba en lo cierto, Marge sabía a todas luces que yo la miraba.

—Si Marge deja las persianas alzadas —le dije con ironía—, ella sabrá por qué lo hace.

Dejé a Mimí de pie al lado de su cama y me dirigí al cuarto de baño. La brocha de afeitar de papá estaba secándose aún sobre el lavabo. La puse en el pequeño armario de las medicinas y cerré la puerta. Me quité el albornoz y me introduje bajo la ducha.

El agua estaba muy fría pero apreté los dientes. Después de unos instantes, comencé a tiritar, aunque no por eso salí. Era bueno para mí. Yo sabía lo que me hacía. Finalmente, cuando terminé de ducharme, me miré al espejo, y observé que mis labios estaban amoratados por el frío.

Terminé de abotonarme la camisa y me miré de nuevo en el espejo, después cogí el peine y ordené mis cabellos. Mamá quedaría complacida. Mi piel estaba limpia y brillaba. Hasta el cabello parecía de un tono más claro.

Me incliné bajo la cama.

—Despierta, *Rexie* —dije—. Es hora de salir.

Se levantó moviendo alegremente la cola, yo le acaricié la cabeza y ella, en respuesta, me lamió la mano.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, chica? —pregunté, al tiempo que la abrazaba.

Su cola comenzó a moverse de nuevo en rápidos círculos y se restregó contra mis pantalones.

Salí de mi habitación y bajé la escalera. Escuché la voz de mamá, procedente de la cocina, que sonaba muy alterada.

—Tú conoces a tu cuñada Bessie —estaba diciendo—. Andará buscando algún tema sobre el cual hablar. Cree que es la única que puede realizar un Bar Mitzvah. Su Joel...

Papá la interrumpió.

—Vamos, Mary —intentó tranquilizarla—, cálmate. Todo saldrá a la perfección. Después de todo, fuiste tú quien decidió que la recepción se haría en casa.

Di un suspiro de alivio. Por lo pronto no estaban hablando de mí. Mimí no había dicho nada. Esa discusión se sucedía durante los últimos seis meses, cada vez que el asunto del Bar Mitzvah salía a relucir.

Papá habría deseado alquilar una pequeña sala para la recepción, pero mamá no se lo permitió.

—No podemos tirar el dinero —había dicho—. Sabes lo mal que están los negocios, y resulta difícil pagar todas las cuentas a fin de mes. Además, el Banco del Maíz no va a esperar por sus tres mil dólares.

Papá cedió. Tenía que hacerlo; no había otra alternativa. Los negocios no mejoraban. Si algo había sucedido, a juzgar por lo que se comentaba en casa, habían empeorado. En los últimos meses estaba muy nervioso e irritable.

Abrí la puerta y entré en la cocina, con *Rexie* detrás.

—Buenos días —les dije a ambos—. ¿Qué quieres que te traiga del almacén? —pregunté a mamá.

Casi no me miró.

—Lo de siempre, Danny —replicó.

—¿Puedo traer jalea de nueces, mamá?

Me sonrió.

—Muy bien, Danny.

Sacó un dólar de un bote de cristal que estaba en un estante sobre el fregadero y me lo dio.

—Después de todo, es el día de tu Bar Mitzvah.

Cogí el dólar y me dirigí hacia la puerta de la cocina. Oí que mamá me decía:

—No te olvides de fijarte en el cambio, Danny.

—No te preocupes, mamá —grité, dejando salir a *Rexie*, que se adelantó corriendo.

Al salir al sendero escuché voces procedentes de la casa de los Conlon. Por el rabillo del ojo vi a Mimí y a Marjorie Ann, sus cabezas estaban muy juntas. Pasé por delante de ellas como si no las hubiera visto, pero tuve que detenerme por causa de *Rexie* ante la escalinata. Marge estaba mirándome con una risita falsa en sus labios. Pude sentir cómo mi rostro enrojecía.

—Iré a tu fiesta esta tarde —me gritó.

Yo estaba enfadado conmigo mismo por haberme sonrojado.

—No me haces ningún favor con ello —le contesté en forma insultante—. Si es por mí, no vayas.

Su risa se hizo ofensiva.

—¡Danny, qué forma de expresarte! —dijo sarcásticamente—. ¡Tú sabes muy bien que no te conformarías si yo no fuese! Además, te habrás convertido en todo un hombre cuando vuelvas de tu Bar Mitzvah. ¡Será muy gracioso el ver cómo te portas entonces!

Rexie se alejó corriendo alegremente por la calle. Yo la seguí sin contestar.

La luz de la sinagoga era oscura y gris al atravesar los pequeños ventanales de los muros. Observé a mi alrededor, nervioso. Yo estaba de pie en la pequeña plataforma, mirando hacia abajo, frente a la Torá. Los tres ancianos que se encontraban en la plataforma junto a mí, vestían pequeñas *yamalkas* negras. La mía era de seda blanca.

Los rostros que estaban por debajo me miraban expectantes. Reconocí la mayoría de ellos. Eran mis parientes. En el fondo de la sinagoga había una mesita con pasteles y botellas de whisky y vino, que reflejaban la luz en la oscuridad.

Rev Herzog, mi profesor, cogió la Torá y la abrió. Me indicó que me retirara a un extremo de la plataforma, después, se volvió hacia los congregados y les habló en yiddish.

—En estos días de inquietud y confusión —dijo con voz fina y temblorosa—, es muy difícil encontrar a un joven que no se avergüence de ser judío. Y resulta satisfactorio para un hombre el poder enseñar a ese joven. Es un honor para dicho hombre el preparar a un joven como él para su Bar Mitzvah y darle la bienvenida dentro del estado de hombre judío.

Se volvió hacia mí solemnemente.

—Aquí está ese joven.

Se volvió de nuevo hacia la congregación de fieles y continuó su discurso.

Traté que mi rostro no cambiara de expresión. ¡El viejo hipócrita! Durante las lecciones, siempre me estaba gritando que yo era un inútil que nunca sería nada, y que jamás llegaría mi día de Bar Mitzvah porque yo era un estúpido.

Vi que mi hermana le estaba observando. Había una mirada intensa, de éxtasis, en su rostro. Me sonrió ligeramente con un brillo de orgullo en sus ojos, y yo le devolví la sonrisa.

La voz de Rev Herzog se estaba alejando lentamente y se volvió hacia mí. Paso a paso, me dirigí hacia el centro de la plataforma y puse mis manos sobre la Torá. Me aclaré la garganta, nervioso. Pude ver cómo mamá y papá me miraban con expectación. Durante unos instantes, mi mente quedó en blanco. Me había olvidado del elaborado ritual que había estado aprendiendo durante tantos meses.

Oí el ronco murmullo de la voz de Rev Herzog junto a mi oído:

—*Borochu ess...*

Cogí, con agradecimiento, la pauta.

—*Borochu ess Adonai...*

Me sentí perfectamente y el resto de las palabras salieron con facilidad. Mamá mostraba una orgullosa sonrisa a las personas que estaban a su alrededor.

Comencé a sentir la solemnidad de la oración. Hubiera querido prestar mayor atención al significado de las palabras que brotaban volubles de mi boca en un mediano hebreo. Vagamente recordé que estaba pidiendo a Dios su ayuda para poder llegar a ser un hombre honorable y llevar una buena vida de judío. Un profundo sentido de responsabilidad me embargó por completo. Un día eras un niño; al siguiente, un hombre. En ese ritual, yo aceptaba aquella responsabilidad. Juré ante un grupo de parientes y amigos que mi comportamiento sería siempre el de un buen judío.

Nunca meditaba mucho acerca de este tema. En lo profundo de mi ser, sabía que nunca había deseado de ser judío. Recordé la primera ocasión en que había pensado sobre ello: cuando Paul y Eddie, su hermano menor, me habían empujado al fondo de la zanja, entre Clarendon y Troy, el día que encontré a *Rexie*. La zanja estaba cubierta ya y se habían construido casas en el lugar, pero nunca podía pasar por allí sin acordarme de lo sucedido. Recuerdo haber preguntado a mamá, al día siguiente, si no podíamos ser otra cosa que judíos. No importaba cuál había sido su respuesta. Me estaba consagrandome a ser un verdadero judío.

Las últimas palabras de la oración se desprendieron de mis labios y, al mirar hacia la concurrencia, tuve un fuerte sentimiento de triunfo. Mamá lloraba y papá se sonaba la nariz con un gran pañuelo blanco. Los sonreí.

Rev Herzog me estaba cubriendo los hombros con el *tallith*, el blanco *tallith* de seda con la estrella de David bordada sobre él que mamá me había comprado. Habló unas pocas palabras y todo terminó.

Bajé los escalones corriendo. Mamá me abrazó y me besó, repitiendo mi nombre una y otra vez. Comencé a sentirse incómodo, hubiera querido que me dejara. Se

suponía que yo ya era un hombre; sin embargo, ella actuaba como si aún fuera un niño.

Papá me felicitó, dándome cariñosas palmadas en el hombro.

—Muy bien, Danny.

Estaba sonriendo. Se volvió hacia Rev Herzog, el cual había bajado los escalones tras de mí.

—Estuvo muy bien, Rev, ¿verdad? —preguntó.

Este afirmó bruscamente con la cabeza, sin contestar, apartó a un lado a papá, dirigiéndose hacia la mesa de los refrescos. Los otros hombres que habían estado sobre la plataforma, le siguieron.

Papá me cogió de un brazo y me llevó hasta la mesa. Estaba muy orgulloso, podía darme cuenta de ello. Escancié un poco de whisky en un vaso de cartón y me lo ofreció con gran ceremonia.

—¡Harry! —se escuchó la voz de mamá, protestando.

Papá le sonrió alegremente.

—Vamos, Mary —dijo jovial—. ¡El chico es un hombre ahora!

Yo afirmé con la cabeza. Papá estaba en lo cierto. Cogí el vaso que me ofrecía.

—*L'chaim!* —dijo papá.

—*L'chaim!* —le respondí.

Papá echó hacia atrás la cabeza y se bebió el whisky de un solo trago. Yo hice lo mismo. Quemaba como el fuego en su recorrido hacia el estómago. Comencé a toser y a atragantarme.

—Ya ves lo que has hecho, Harry —comentó mamá en tono de reproche.

Miré a papá a través de las lágrimas que llenaban mis ojos. Se estaba riendo. Otro ataque de tos me sobrevino, y mamá apretó mi cabeza contra su pecho.

La casa estaba repleta de gente y por ello tuve que subir a *Rexie* y encerrarla en mi habitación. La gente la ponía nerviosa. Me abrí camino a través del salón hacia la escalera que conducía al sótano. Mamá había preparado una habitación allí abajo para los chicos.

El tío David me llamó. Estaba en un rincón de la habitación, conversando con papá. Me encaminé hacia él y me tendió la mano.

—¡*Mazel tov*, Danny!

—Gracias, tío David —le sonreí automáticamente.

Tomándome de la mano, se volvió hacia papá.

—Me parece que fue solamente ayer cuando asistí a su *B'riss*, Harry —dijo.

Papá afirmó con la cabeza.

Me sonrojé, impaciente. Ya sabía lo que iba a decir a continuación, ya había escuchado eso unas veinte veces. No me equivoqué.

—El tiempo vuela, ¿verdad?

El tío David también estaba moviendo afirmativamente la cabeza.

—Y ahora eres todo un joven.

De su bolsillo extrajo una moneda.

—Aquí tienes, Danny, para ti.

Moví la moneda entre mis dedos. Medio dólar de oro.

—Gracias, tío David.

Me dirigió una sonrisa.

—Todo un joven —dijo.

Se volvió hacia papá.

—Muy pronto podrá ayudarte en el negocio, como Joel me ayuda a mí.

Papá negó con un movimiento de cabeza.

—No, el almacén no es para mi Danny —replicó con firmeza—. Él se convertirá en un profesional. Quizá sea doctor, o abogado, y si las cosas van bien le abriré un hermoso despacho algún día.

Miré a papá, sorprendido. Era la primera vez que oía algo semejante. Jamás había pensado mucho acerca de lo que quería ser. Nunca me importó demasiado.

Una mirada de comprensión apareció en el rostro de tío David.

—Por supuesto, Harry, por supuesto —dijo, tranquilizador—. Pero ya sabes cómo están las cosas ahora, y tú tienes bastantes dificultades. Si Danny te ayuda en el negocio durante el verano, como lo hace mi Joel, ¿qué mal hay en ello? Ninguno. Y así te ahorras cinco dólares a la semana de un dependiente. Cinco dólares son cinco dólares.

Su mirada se posó sobre mí.

—Y Danny es un buen chico. Estoy seguro que desea ayudarte como lo hace Joel conmigo. ¿No es verdad, Danny?

Moví la cabeza afirmativamente. Nadie podría decir que mi primo Joel era mejor que yo.

—Seguro, tío David —contesté con rapidez.

Papá me miró y lo noté un tanto molesto. Sus labios temblaron ligeramente.

—Hay tiempo de sobra para hablar sobre ese tema, Danny. Las vacaciones no serán hasta dentro de un mes. Ahora, vete al sótano que los chicos te estarán esperando.

Me dirigí hacia la escalera, deslizando la moneda en mi bolsillo. A mi espalda pude escuchar al tío David repitiendo que no sería una mala idea y que no había nada malo en ello.

En la escalera me detuve y miré hacia la habitación. Mamá había colgado tiras de papel de colores de las paredes y del techo, y se veía muy alegre y acogedora, pero los chicos estaban muy silenciosos. En el piso de arriba, los mayores estaban todos hablando ruidosamente, cada uno tratando de acallar al otro, conversando todos a la vez, como si nunca hubieran tenido la oportunidad de encontrarse, y sus voces retumbaban sordamente en el sótano. Todos los chicos estaban en un lado de la habitación y las chicas al otro. Sus voces eran silenciosas y muy conscientes. No se parecía en nada al piso de arriba.

Al dirigirme hacia donde estaban los chicos, mi primo Joel me salió al encuentro. Era casi año y medio mayor que yo y su rostro estaba cubierto de espinillas. Yo había escuchado ciertas historias acerca de eso y esperaba no tenerlas nunca.

—Hola, Joel —le dije torpemente—. ¿Te diviertes?

Afirmó, educado; sus ojos posados en las chicas, al otro lado de la habitación.

—Seguro —contestó rápido, demasiado rápido.

Seguí la dirección de su mirada que se dirigía a Marjorie Aun. Ella vio que yo estaba observándola y le susurró algo a mi hermana, quien comenzó a reírse con coquetería. Me aproximé ella, con Joel a mi lado.

—¿Qué hay de gracioso? —le pregunté, beligerante.

Tenía la idea que se estaban riendo de mí.

Mimí movió negativamente la cabeza y continuó riéndose. Marjorie sonrió con insolencia.

—Estábamos esperando que vinieras y animaras la fiesta —afirmó.

Forcé una sonrisa y miré a mi alrededor. Todos los chicos tenían puesta su mirada en mí. Ella estaba en lo cierto, la fiesta no arrancaba. Los mayores estaban pasando un buen rato, pero los chicos no sabían qué hacer.

—¡Eh! ¿Por qué estamos tan callados? —grité, levantando los brazos—. Juguemos a algo.

—¿Qué juegos? —la voz de Mimí era desafiante.

La miré sin replicar porque no había pensado en ello. Paseé mi mirada por la

habitación, desolado.

—¿Qué tal si comenzamos jugando al corro? —sugirió Marge.

Puse cara de desagrado. Era el tipo de juego que no me gustaba. Resultaba estúpido.

—¿A qué quieres jugar? —me preguntó con sarcasmo al ver mi expresión—. ¿A tocar y tomar?

Comencé a hablar, pero Joel me interrumpió.

—Eso está muy bien —dijo ansiosamente—, yo estoy dispuesto.

Me volví hacia él con cara de disgusto. Yo sabía la razón por la cual su rostro estaba cubierto de granos: chicas. Habría querido darle algún argumento en contra, pero todos los demás chicos estuvieron muy de acuerdo con el juego.

Cuando estuvimos sentados en el suelo, en un semicírculo, mi vista estaba fija en mis rodillas, apesadumbrado, deseando haber podido imaginar otro juego. Joel había llamado a Marge a la habitación de la caldera de la calefacción, que era la que hacía de oficina de correos, y yo estaba seguro que ella me llamaría en cuanto llegara mi turno.

No me equivoqué. La puerta de la habitación se abrió y Joel se detuvo ante mí. Me indicó con un movimiento del pulgar en dirección a la cerrada puerta que estaba tras él. Sentí que mi rostro se sonrojaba al ponerme de pie.

—¡Qué chica! —me susurró al pasar por su lado.

Miré a Mimí. Ella me estaba observando con una mirada especulativa. Sentí cómo me ardían las mejillas.

Titubeé un momento ante la habitación donde se encontraba la caldera, abrí y entré. Me apoyé contra la puerta ya cerrada, tratando de orientarme en la oscuridad. Su única luz procedía de una pequeña ventana en un rincón.

—Estoy aquí, Danny.

La voz de Marge llegaba desde el otro lado de la habitación, tras la caldera de la calefacción.

Yo aún mantenía mi mano sobre la manija de la puerta. Sentí que el pulso se agitaba en mis sienes.

—¿Qué... qué quieres? —tartamudeé roncamente.

Tenía miedo de ella.

—¿Para qué me llamaste? —continué.

Ella estaba susurrando.

—¿Para qué crees que te he llamado?

Había cierta insolencia en el tono de su voz.

—Quiero saber si realmente eres un hombre.

No podía verla. Estaba tras la caldera.

—¿Por qué no me dejas solo? —pregunté, con amargura, sin separarme de la puerta.

Su voz era baja y grave.

—Si quieres que terminemos con esto, será mejor que vengas aquí.

Casi podía escuchar su risa silenciosa en la penumbra.

—No te haré daño, muchachito.

Rodeé la caldera. Ella estaba apoyada sobre esta, sonriendo. Sus dientes brillaban en la penumbra. Tenía las manos tras la espalda. No dije nada.

Sus ojos sonreían.

—Me estabas espiando a través de la ventana esta mañana —me lanzó en tono cortante.

Me quedé paralizado.

—¡No es verdad!

—¡Sí que lo es! —exclamó—. Te vi, y Mimí me dijo que te ocultabas allí.

La miré fijamente. Mimí me las pagaría por eso.

—Si estabas tan segura —le dije furiosamente—, entonces, ¿por qué no bajaste las persianas?

Dio un paso hacia mí.

—Quizá no quería hacerlo —me dijo incitante.

Bajé la vista hacia su rostro. No comprendía.

—Pero...

Sus dedos silenciaron mis labios. Había una expresión tensa en su rostro.

—A lo mejor yo quería que tú miraras.

Hizo una pausa y fijó su mirada en mi rostro.

—¿No te gustó lo que viste?

No sabía qué responder.

Se rio suavemente.

—Sí que te gustó —me susurró—. Pude darme cuenta que era así.

Tu primo Joel cree que yo soy sensacional, y él no ha visto ni la mitad de lo que tú viste.

Estaba muy cerca de mí. Enlazó sus brazos alrededor de mi cuello y me atrajo hacia sí. Me moví mecánicamente. Sentí su aliento contra mi boca; después sus labios. Cerré los ojos. Ese beso era muy diferente a los que había recibido antes. No como los de mi madre, ni los de mi hermana, diferentes a todos...

Alejó su rostro del mío. Podía sentir el cálido aliento de su boca contra la mía.

—Dame tu mano —exigió rápidamente.

De manera estúpida se la alargué. Mi cabeza daba vueltas y la habitación parecía estar lejos y muy vaga. De pronto, una fuerte sacudida pareció correr por mis dedos, como una descarga eléctrica. Ella había metido mi mano por el escote de su vestido y pude sentir su pecho, y el endurecido pezón. Asustado, retiré mi mano.

Comenzó a reír con suavidad, sus ojos brillaban al mirarme.

—Me gustas, Danny —susurró.

Se dirigió hacia la puerta y luego se volvió hacia mí. Había retornado la máscara de burla a su rostro.

—¿A quién debo decir que venga ahora, Danny? —preguntó—. ¿A tu hermana?

cuatro

Acababa de entrar con *Rexie* a mis talones.

—Danny, ven un momento.

La voz de papá provenía del lugar en donde se encontraba sentado junto a mamá.

A ella se la veía cansada. Acababa de limpiar la casa después que todos se marcharon. Todo se encontraba extrañamente silencioso.

—Sí, papá.

Me detuve ante ellos.

—¿Estuvo bien tu día de *Bar Mitzvah*? —me preguntó, como cuestionándolo.

—Muy bien, papá —contesté—. Gracias.

Hizo un suave movimiento con la mano.

—No me lo agradezcas a mí —dijo—. Agradéceselo a tu madre. Ella hizo todo el trabajo.

Dirigí una sonrisa a mamá.

Ella me sonrió cansadamente, y su mano indicó el lugar que quedaba a su lado. Me senté y me acarició el cabello.

—Mi rubito —comentó—. ¡Está tan crecido ahora...! Muy pronto te casarás.

Papá se rio.

—No tan pronto, Mary. Es demasiado joven.

Mamá alzó su vista hacia él.

—Muy pronto —dijo—. No tienes más que ver con la rapidez que han pasado los trece años.

Papá rio ahogadamente. Extrajo un cigarrillo de su bolsillo y lo encendió con una expresión de preocupación en el semblante.

—David hizo la sugerencia de que Danny fuera a trabajar a la tienda este verano.

Mamá se adelantó en su asiento.

—Pero, Harry, ¡si es un niño aún!

Papá soltó una sonora carcajada.

—Hoy se casa, pero para el verano será demasiado joven para trabajar.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué crees tú, Danny?

—Haré lo que tú quieras, papá —le contesté, mirándole.

Movió la cabeza negativamente.

—No es eso lo que quiero decir. Te pregunto lo que tú desees hacer.

¿Qué quieres llegar a ser?

Titubeé un momento.

—Realmente, no lo sé —confesé—. Nunca he pensado en ello.

—Ya es hora que lo hagas, Danny —dijo seriamente—. Eres un chico inteligente.

Estás adelantado en tus estudios y tienes trece años. Pero toda la inteligencia no sirve de nada si no sabes dónde quieres llegar. Es como un barco sin timón.

—Iré a la tienda este verano, papá —decidí rápidamente—. Después de todo, si es para tu ayuda, eso es lo que quiero. Sé que los negocios no andan muy bien últimamente.

—Están bastante mal, pero no tanto como para que yo desee que tú hagas algo que no quieras —dijo, mirando el extremo de su cigarro—. Tu madre y yo tenemos grandes esperanzas puestas en ti: nos gustaría que estudiaras para doctor o abogado y que fueras a la universidad. Quizá, si vienes a la tienda, no asistas a la universidad. Eso es lo que me sucedió a mí. Jamás terminé mis estudios. Y no quiero que te ocurra a ti lo mismo.

Miré a papá y luego a mamá. Ella me observaba con tristeza en sus ojos. Temían que lo que le había sucedido a él me pasara a mí; sin embargo, los negocios andaban mal y papá necesitaba ayuda. Les sonreí.

—El que vaya a trabajar a la tienda en verano, no significa gran cosa, papá —dije—. En otoño puedo volver al colegio de nuevo.

Él se volvió hacia mamá. Se quedaron mirando el uno al otro durante un buen rato. Entonces, mamá afirmó con un movimiento de cabeza casi imperceptible y él se volvió hacia mí.

—Está bien, Danny —admitió lentamente—. Lo haremos así durante un tiempo, después ya veremos.



Todos los chicos estaban gritando durante el partido de voleibol. Se estaban jugando cuatro partidos al mismo tiempo en el gimnasio del colegio. Por el rabillo del ojo, pude ver que el señor Gottkin, que era también el entrenador del equipo de fútbol, se aproximaba hacia nosotros. Volví la vista hacia el balón porque quería llamar la atención.

El balón venía en mi dirección, alto sobre mi cabeza, pero yo salté y le di con fuerza. Golpeó en la parte alta de la red, rodó al otro lado y cayó al suelo. Miré a mi alrededor casi orgulloso, sintiéndome bastante bien. Ese era el octavo punto que yo había marcado de los catorce que llevaba mi equipo. El señor Gottkin no podría haber dejado de notarlo.

Ni siquiera me había mirado. Hablaba con un chico en la cancha de al lado. El balón volvió a ponerse en movimiento y fallé en un par de tiros bastante fáciles, pero se pudieron recuperar. Cuando me pareció que el juego estaba un poco detenido al otro lado del campo, di una rápida mirada hacia el entrenador.

A mi espalda pude escuchar el fuerte grito de Paul:

—¡Danny! ¡Es tuyo!

Me volví rápidamente. El balón venía en mi dirección, con suavidad; me preparé y salté. Una figura oscura, desde el otro lado de la red, se abalanzó hacia mí y golpeó

el balón lanzándolo hacia el suelo. Automáticamente, mis manos cubrieron mi rostro, pero no fui lo bastante rápido.

Caí sentado.

Me puse de pie, furioso, con un lado del rostro enrojecido donde me había golpeado el balón. El chico de color me estaba sonriendo desde el otro lado de la red.

—¡Hiciste falta! —le grité.

La sonrisa abandonó su rostro.

—¿Qué sucede, Danny? —preguntó burlón—. ¿Eres tú el único héroe del juego?

Me abalancé hacia él, bajo la red, pero una mano me detuvo firmemente por el hombro.

—Continúe con el juego, Fisher —ordenó el señor Gottkin lentamente—. No quiero peleas.

Volví a mi puesto bajo la red. Estaba más furioso que antes. Todo lo que Gottkin recordaría, sería que yo me había enfadado.

—Cobrarás —le susurré al chico.

Sus labios emitieron un sonido rasposo acompañado por un gesto displicente.

La oportunidad no tardó en presentarse. El balón venía en mi dirección y el chico saltó a su encuentro. Le gané en ello y le di al balón con todas mis fuerzas hacia abajo, con las dos manos. La pelota lo golpeó en la boca y cayó rodando al suelo. Entonces me burlé de él.

Se levantó y se lanzó contra mí, bajo la red, en una zambullida, cogiéndome por las piernas. Rodamos una y otra vez sobre la pista, golpeándonos mutuamente. Su voz sonó iracunda en mi oído:

—¡Hijo de perra!

Gottkin nos separó.

—Ya les advertí, no quiero peleas.

Bajé la vista obstinadamente hacia el suelo y no respondí.

—¿Quién comenzó esto?

El tono de voz de Gottkin era áspero.

Miré al otro chico y él me devolvió la mirada, pero ninguno de los dos respondimos.

El entrenador no esperó mucho tiempo.

—Continúen con el juego —dijo, con voz disgustada—. No más peleas.

Se alejó de nosotros.

Automáticamente, en cuanto nos hubo dado la espalda, nos abalanzamos uno sobre el otro. Cogí al chico por la cintura y caímos al suelo nuevamente antes que el señor Gottkin nos separara.

Sus brazos nos mantuvieron a cada lado de su cuerpo. Había una expresión cansada, especulativa, en su rostro.

—¿Insisten en pelearse? —afirmó más que preguntó.

Ninguno de los dos contestamos.

—Muy bien —continuó—, si van a pelear, lo harán a mi manera.

Cogiéndonos a ambos, llamó a otro profesor que era su ayudante.

—Busca los guantes.

El ayudante volvió con ellos y Gottkin nos alcanzó un par a cada uno.

—Pónganselos —dijo con genio.

Se volvió hacia los chicos en el gimnasio, que habían comenzado a agruparse en torno nuestro.

—Es mejor que cierren la puerta, chicos —aconsejó—. No podemos dejar que nos sorprendan.

Se rieron con excitación mientras me esforzaba por ponerme los guantes de boxeo. Yo sabía la razón por la cual se reían. Si llegaba el rector, se armaría el gran lío.

Los guantes colgaban con laxitud de mis manos. Nunca me había puesto guantes de esos. Paul, en silencio, comenzó a atarme los cordones. Dirigí la mirada hacia el otro chico. La primera oleada de ira me había abandonado. No tenía nada contra él, ni siquiera sabía su nombre. Esa era la única clase en que estábamos todos reunidos. Parecía que comenzaba a sentirse de la misma manera. Dirigiéndome hacia él, le dije:

—Esto es absurdo.

El señor Gottkin respondió antes que el chico pudiera abrir la boca.

—¿Tiene miedo, Fisher? —se burló.

Había una excitación muy peculiar en sus ojos.

Pude sentir cómo me ardían las mejillas.

—No. Pero...

Gottkin me interrumpió bruscamente:

—Entonces, vuelva a su sitio y obedezca, ahora tendrá que pelear. Cuando uno de ustedes caiga al suelo, el otro dejará de pegar hasta que yo dé la orden. ¿Comprendido?

Asentí. El otro chico se humedeció los labios y asintió también. Pude notar que Gottkin estaba de nuevo a sus anchas.

—Bien, muchachos —dijo—, al ataque.

Sentí que alguien me empujaba. El chico negro venía hacia mí. Levanté las manos, de la forma que había visto hacer a algunos boxeadores en el cine. Lentamente fui haciendo círculos en torno al chico. Él estaba tan cauteloso como yo, observándome con cuidado. Durante casi un minuto, no nos acercamos el uno al otro.

—Creí que deseaban pelear —dijo Gottkin.

Yo le lancé una mirada. Sus ojos aún brillaban por la excitación.

Una luz estalló en mis ojos. Escuché cómo los otros chicos gritaban. Otra inundación de luz. Un dolor agudo en mi oído derecho, después en mi boca. Sentí que me caía. Mi cabeza daba vueltas, había un zumbido creciente dentro de ella. La sacudí violentamente para despejarme y abrir los ojos. Estaba apoyado en mis manos y rodillas. Alcé la vista.

El chico danzaba frente a mí y se reía.

El muy sucio me había golpeado cuando no le estaba mirando. Me puse en pie, la ira me invadía. Vi cómo Gottkin le palmoteaba el hombro y, entonces, aquello resultó demasiado para mí. Desesperado me lancé hacia él y me aferré a sus brazos.

Mi garganta estaba seca, podía sentir cómo la respiración me quemaba. Sacudí la cabeza. No podía pensar con ese zumbido dentro de ella. De repente, el sonido se detuvo y la respiración se hizo más fácil.

Sentí que Gottkin nos separaba. Su voz sonó áspera junto a mi oído.

—Apártense, chicos.

Mis piernas estaban firmes ahora. Alcé las manos y esperé a que el otro muchacho viniera hacia mí.

Lo hizo, pero a la carga, con los brazos como aspas de molino. Me sonreí a mí mismo. Era fácil: había que esconder la cabeza entre los hombros.

Él giró a mi alrededor y de nuevo se lanzó contra mí. Me hice a un lado y pasó como una tromba.

Pude ver que su guardia estaba alta. Lancé mi puño derecho contra su estómago, sus manos bajaron y se dobló en dos. Sus rodillas comenzaron a temblar y yo di un paso hacia atrás. Miré, interrogador, al señor Gottkin.

Él me empujó rudamente hacia el chico. Lo golpeé dos veces consecutivas y se enderezó, con una mirada borrosa en los ojos.

Yo estaba con los pies firmes en el suelo. Pude sentir cómo una corriente de energía invadía mi cuerpo y se centraba en mi brazo. Alcé mi derecha casi desde el suelo, y le cogí en pleno mentón. El golpe repercutió en mi brazo. Giró sobre sí mismo y cayó hacia delante, cara al suelo.

Di un paso atrás y miré al señor Gottkin. Estaba allí, de pie, con la mirada brillante, observando al chico. Su lengua se movía sobre sus labios, sus manos estaban entrelazadas, y su espalda aparecía cubierta de sudor, como si hubiera sido él el que hubiera peleado.

Un silencio repentino reinó en el gimnasio. Me volví hacia el chico, que estaba tendido en el suelo, sin moverse. Lentamente el señor Gottkin se inclinó a su lado.

Lo volvió, poniéndolo de espaldas contra el suelo y le palmoteó el rostro. El entrenador estaba pálido. Miró a su ayudante.

—¡Tráeme las sales! —gritó roncamente.

Sus manos temblaban con violencia al pasar el botellín ante las narices del chico.

—Vamos, muchacho —parecía estar rogando—. Despierta.

El sudor le bajaba a chorros por el rostro.

Lo miré fijamente. ¿Por qué no se levantaba el chico? No debiera haber dejado que me obligasen a pelear.

—Quizá es mejor que llamemos a un médico —susurró ansiosamente el ayudante, dirigiéndose al señor Gottkin.

El tono de voz de Gottkin fue muy bajo, pero le pude escuchar al inclinarme.

—¡No, si en algo estimas este trabajo!

—Pero ¿y si el chico se muere?

La pregunta del ayudante quedó sin ser contestada al ver que la vida volvía al rostro del muchacho. Trató de sentarse. Gottkin le obligó a quedarse quieto.

—Tómalo con calma, chico —dijo Gottkin, casi con gentileza—. Estarás bien en unos minutos.

Alzó al chico en sus brazos y miró a su alrededor.

—Cierren la boca acerca de esto, ¿entienden?

Su voz era amenazadora.

Todos asintieron en silencio.

Sus ojos se volvieron hacia mí.

—Tú, Fisher —dijo bruscamente—, ven conmigo. El resto, vuelvan a sus juegos.

Se dirigió a su oficina, llevando al chico, y yo lo seguí. Lo dejó sobre una mesa cubierta de cuero mientras yo cerraba la puerta.

—Alcánzame ese botellín de agua que está allí —me dijo.

En silencio, se lo di, lo abrió y vació el contenido sobre el rostro del muchacho. Este, se sentó de pronto, escupiendo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó Gottkin.

Él trató de sonreír. Me miró avergonzado.

—Como si me hubiera pateado una mula —replicó.

Gottkin se rio, aliviado. Su vista se clavó en mí y su risa desapareció.

—¡Fisher! ¿Por qué no me dijiste que sabías pelear? —me rugió—. Tengo deseos de...

—Nunca había peleado con guantes, señor Gottkin —dije rápidamente—. Se lo prometo.

Me miró con cara de duda, pero debió creermelo ya que se volvió hacia el chico.

—¿Está bien si nos olvidamos de todo? —le preguntó.

El muchacho me miró y sonrió nuevamente. Asintió.

—No quiero ni recordarlo —dijo con ansiedad.

Gottkin me observó durante unos segundos; había cierto aire especulativo en sus ojos.

—Entonces, daos las manos y alejaos.

Nos dimos la mano y nos dirigimos hacia la puerta. Al cerrarla, pude ver que el señor Gottkin abría un cajón de su escritorio y sacaba algo de él. Lo alzó hasta sus labios.

En ese momento, el ayudante pasó por mi lado, hacia la oficina.

—Déjame algo de eso —le dijo al cerrar la puerta—. No quiero volver a pasar otro momento como este en mi vida.

La voz de Gottkin se dejó oír a través de la puerta cerrada.

—Ese Fisher es un boxeador nato. ¿Lo viste...?

Mi exadversario me estaba esperando. Torpemente, lo cogí de un brazo y nos

alejamos juntos hacia donde se desarrollaba el juego de voleibol.

Estaba esperando, impaciente, a Paul en la esquina de la avenida Bedford con la avenida Church, detrás del colegio. El reloj que veía a través de la ventana de la perfumería, al otro lado de la calle, indicaba que eran las tres y cuarto. Le daría cinco minutos más y si no llegaba, me iría a casa sin él.

Estaba embargado con una nueva excitación. La noticia acerca de mi pelea en el gimnasio había corrido por el colegio como un reguero de pólvora. Todos los chicos me trataban con un nuevo respeto y las chicas me miraban con curiosidad. En varias ocasiones, había sorprendido a grupos que hablaban de mí.

Un Ford descapotable tomó la curva que había frente a mí e hizo sonar la bocina. Miré hacia él.

—¡Eh! ¡Fisher! Ven un momento.

El señor Gottkin se asomaba fuera del coche.

Me dirigí hacia él con lentitud. ¿Qué quería?

Abrió la portezuela.

—Sube —invitó—. Te llevaré a casa.

Di una rápida mirada al reloj y me decidí. Paul tendría que caminar a casa solo. Subí al coche sin articular palabra.

—¿Hacia qué parte vas? —me preguntó el señor Gottkin con voz amistosa al alejarnos de la esquina.

—A Clarendon.

Circulamos un buen trecho en silencio. Yo le miraba por el rabillo del ojo. Algún motivo debía tener para recogerme. ¿Cuándo empezaría a hablar? De pronto, disminuyó la velocidad y se acercó a la acera.

Una mujer joven iba caminando por allí. Gottkin se asomó fuera del coche y le gritó:

—¡Eh! ¡Ceil!

Ella se detuvo y miró hacia atrás, yo la reconocí: la señorita Schindler, la profesora de arte. Su clase era una de las más populares del colegio.

Las chicas no podían comprender por qué, de pronto, todos los chicos se habían matriculado para clases de arte, en el tercer curso, pero yo sí lo entendía. El curso siguiente, yo también estaría en su clase.

Tenía el cabello castaño y los ojos oscuros, y una piel suave y tostada. Había estado en París, estudiando, y los chicos decían que nunca utilizaba sujetador. Les había escuchado comentar acerca de cómo podía comprobarse cuando se inclinaba sobre sus pupitres.

—Oh, eres tú, Sam —dijo, sonriendo y caminando hacia el coche.

—Sube, Ceil —le dijo—, te llevaré a casa.

Se volvió hacia mí.

—Haz sitio, chico —me ordenó.

Me desplacé hacia él, y la señorita Schindler se sentó a mi lado y cerró la puerta. Había espacio suficiente para los tres en el asiento. Podía sentir la presión de su muslo contra mí. Di una rápida mirada en su dirección, por el rabillo del ojo, y comprobé que los chicos estaban en lo cierto. Me removí en el asiento, incómodo.

La voz de Gottkin era más aguda de lo normal.

—¿Dónde has estado metida, nena?

Su voz era baja.

—Por ahí, Sam —contestó evasiva, mirándome.

Gottkin captó su mirada.

—¿Conoces a la señorita Schindler, Fisher? —preguntó.

Negué con un movimiento de cabeza.

—No.

—Este es Danny Fisher —me presentó.

La profesora se volvió hacia mí, con curiosidad.

—Eres el chico que tuvo la pelea en el gimnasio hoy —dijo, casi a modo de pregunta.

—¿Lo sabías? —Gottkin parecía sorprendido.

—Se sabe todo en el colegio, Sam —le replicó ella con aquel tono tan peculiar de su voz—. Este chico es el personaje más famoso del lugar en la actualidad.

Me esforcé por contener una sonrisa de orgullo.

—No se puede mantener nada en secreto aquí —masculló Gottkin—. Si el viejo llega a enterarse, estoy perdido.

La señorita Schindler lo miró.

—Eso es exactamente lo que siempre te he dicho, Sam —le contestó con el mismo tono peculiar de voz—. Los profesores no pueden llevar sus propias vidas.

Alcé la vista hacia ella, sin comprender.

La señorita Schindler captó mi mirada y se ruborizó.

—He oído decir que fue una verdadera pelea —afirmó.

No contesté. Me parecía que, en realidad, no estaba interesada en la pelea.

Gottkin contestó por mí.

—Sí, lo fue. Fisher se levantó del suelo y noqueó al otro chico de un par de golpes. Nunca habrás visto nada parecido.

Una sombra oscureció los ojos de la señorita Schindler.

—No puedes olvidar lo que fuiste una vez —comentó con amargura—, ¿no es cierto?

Gottkin no contestó.

La señorita Schindler habló de nuevo, sin cambiar la voz.

—Puedes dejarme aquí. Sam. Esta es mi esquina.

En silencio, detuvo el coche. Ella bajó y se asomó por la ventanilla.

—Encantada de haberte conocido, Danny —sonrió agradablemente—, y trata de no meterte en otra pelea. Adiós, Sam.

Se volvió y se alejó. Caminaba de una forma muy agradable.

Me volví hacia el entrenador. Tenía la vista fija en ella, pensativo, sus labios apretados contra los dientes. Puso el coche en marcha.

—Si dispones de algunos minutos, chico —dijo—, me gustaría que vinieras a casa. Tengo algo que enseñarte.

—Está bien, señor Gottkin —repliqué.

Mi curiosidad era demasiado grande.

Le seguí a través de la entrada a una casa para dos familias. Gottkin señaló la puerta.

—Entra allí, chico —me ordenó—, estaré contigo dentro de unos minutos.

Le vi subir corriendo la escalera; después, me volví y entré en la habitación que había señalado. Pude escuchar débiles voces en el piso de arriba al abrir la puerta. Me detuve en el umbral y miré al interior.

Estaba dispuesta a la manera de un pequeño, pero completo gimnasio: paralelas, saco de arena, potro, pesas, barra fija. Sobre una pequeña mesita de cuero, había varios pares de guantes de boxeo. Las paredes estaban cubiertas de fotografías. Me acerqué a observarlas. Eran fotografías del señor Gottkin, sin embargo, se le veía diferente. Vestía pantalón de deporte y llevaba puestos guantes de boxeo, y en su rostro se apreciaba una expresión amenazante. Ignoraba que hubiese sido boxeador. Un teléfono que estaba sobre una mesita auxiliar comenzó a sonar. Lo miré vacilante. Sonó de nuevo. No sabía si atenderlo o no. Al sonar otra vez, alcé el auricular. Cuando iba a hablar, oí la voz del señor. Gottkin. Tenía que haber un aparato supletorio en el piso de arriba.

Escuché. Nunca había usado un teléfono supletorio antes y temía que al colgar, la comunicación se cortase. Una mujer estaba hablando.

—Sam —decía—, eres un estúpido al recogerme cuando llevabas a ese chico en el coche.

Reconocí la voz. Continué escuchando.

El tono empleado por Gottkin era de súplica.

—Pero, nena —dijo—, no podía soportarlo más. Tenía que verte. Voy a volverme loco, te lo aseguro.

La voz de la señorita Schindler era dura.

—Dije que habíamos terminado, y no era una broma. Estuve loca al comenzar esto contigo. Si Jeff llegara a enterarse, sería horrible.

—No lo sabrá jamás, cariño. Está demasiado atareado con sus clases. Ni siquiera sabe qué día es hoy. No comprendo cómo pudiste llegar a casarte con ese pelmazo.

—No es tan alocado como tú, Sam. Jeff Rosen será nombrado rector un día de estos. Llegará más lejos que tú —dijo a la defensiva—. Tú lo único que conseguirás es que te expulsen.

Gottkin parecía más seguro de sí mismo.

—Pero, nena, si él no te toma en cuenta. Con las clases nocturnas, no tiene tiempo para hacer feliz a una verdadera mujer como tú.

—¡Sam! —dijo ella, protestando débilmente.

La voz de Gottkin sonaba más firme.

—¿Recuerdas lo que dijiste la última vez, Ceil? ¿Lo que sería de nosotros? Nunca hemos llegado a ello. ¿Has olvidado que lo comentaste tú misma? Yo lo recuerdo. Ven, cariño, te necesito.

—No puedo, Sam.

Su voz era como un ruego.

—Dije...

—No me importa lo que dijeras, Ceil —la interrumpió Gottkin—. Ven a casa. Dejaré la puerta abierta y tú podrás entrar fácilmente.

Hubo una pausa; después, la voz de Ceil se dejó escuchar pesadamente en el receptor:

—¿Me quieres, Sam?

—Con locura, cariño. —La voz de Gottkin estaba enronquecida de ternura—. Con locura. ¿Vienes?

Casi pude escuchar su vacilación; luego, su voz se escuchó lentamente:

—Estaré ahí en media hora, Sam.

—Estaré esperando, nena.

Pareció que Gottkin sonreía.

—Te quiero, Sam —le escuché decir, y se cortó la comunicación. Habían colgado. Puse el auricular en su lugar. Escuché pasos procedentes de la escalera y me volví a mirar las fotografías de las paredes. La puerta se abrió tras de mí y me volví.

—Señor Gottkin —le dije—, no sabía que era boxeador.

Su rostro estaba ruborizado. Lanzó una rápida mirada al teléfono y después a mí.

—Sí —contestó—. Quiero mostrarte todas estas cosas y, si te interesa, puedo darte algunas lecciones. Creo que tienes cualidades para ser un campeón, chico.

—Sí, señor Gottkin, me encantaría —dije rápido—. ¿Quiere que comencemos ahora mismo?

—Me gustaría, chico... —Parecía turbado—. Pero se me ha presentado un asunto inesperado y no puedo. Mañana, en clase, te diré cuándo podemos empezar.

—¡Qué lástima, señor Gottkin! —dije desilusionado.

Puso su mano sobre mi hombro y me llevó hacia la puerta.

—Lo siento, chico, pero los negocios son los negocios. ¿Me comprendes?

—Seguro, señor Gottkin, lo comprendo. Mañana estará bien.

Le sonreí desde la puerta.

—Sí, chico. Mañana.

El señor Gottkin cerró la puerta enseguida.

Me alejé con rapidez cruzando la calle y me oculté tras una entrada de coches. Me

senté allí, desde donde podía observar su casa y esperar. Pasaron unos quince minutos antes de que ella apareciera caminando.

Andaba deprisa, sin mirar a ningún lado, hasta que llegó frente a la puerta. Miró hacia un lado y otro de la calle y entró con rapidez, cerrando tras de sí.

Me quedé allí sentado durante unos minutos, antes de ponerme de pie. El señor Gottkin se sorprendería si supiera de todo lo que yo me había enterado. ¡Qué día! Primero, la pelea en el colegio; después, eso. Y la señorita Schindler estaba casada con el señor Rosen, del departamento de matemáticas. Un nuevo sentimiento de poder creció en mí. Una sola palabra mía y estaban perdidos.

Había un depósito de agua ante mí, lo salté con facilidad, apoyándome en las manos. ¡Era una suerte que Paul se hubiera retrasado!

Mis brazos estaban cansados. El sudor corría por mi frente hasta llegar a mis ojos, que me ardían. Me los restregué con el dorso de los guantes de boxeo y me volví, frente al profesor.

Su voz era cortante, él también estaba cubierto de sudor.

—La izquierda alta, Danny. Golpea con ella. ¡Fuerte! No la lleves como una bailarina. Fuerte, desde el hombro. ¡Rápido! Observa. Así. Se enfrentó al saco y lanzó su izquierda hacia él. Su mano se movió tan rápida, que pareció un borrón. El saco golpeó, de manera absurda, contra las tablas. Se volvió hacia mí.

—¡Ahora, golpéame... rápido!

Alcé las manos y me moví sueltamente en círculos a su alrededor. Eso lo habíamos estado repitiendo durante dos semanas y yo había aprendido lo suficiente como para guardarme de él. Era un profesor muy rudo y si yo cometía alguna falta, generalmente la pagaba... con un golpe en el mentón.

Giró a mi alrededor, sus guantes se movían lentamente. Hice una finta con la derecha. Durante una fracción de segundo, vi que sus ojos la seguían, y lancé mi izquierda contra su rostro, tal como él me había enseñado.

Su cabeza fue lanzada hacia atrás por el golpe, y, cuando volvió a su lugar, tenía una marca roja sobre la mejilla. Se enderezó y bajó las manos.

—Está bien, chico —dijo con tristeza—, basta por hoy. Aprendes rápido.

Dejé escapar un suspiro de agradecimiento. Estaba cansado. Tiré de los cordones de los guantes con mis dientes.

—Las clases terminan la próxima semana, Danny.

El señor Gottkin me estaba estudiando, pensativo.

Logré sacarme un guante.

—Lo sé —respondí.

—¿Vas a salir durante el verano? —preguntó.

Negué con un movimiento de cabeza.

—No. Ayudaré a papá en la tienda.

—Tengo trabajo para el verano como monitor deportivo en un hotel en Castkills —dijo—. Podría conseguirte un empleo allí, si quieres. Me gustaría continuar con estas lecciones.

—A mí también, señor Gottkin —miré los guantes, vacilando—, pero creo que papá no me dejará.

Se sentó en el suelo. Sus ojos estaban fijos en mí.

—¿Qué edad tienes, Danny?

—Trece años —le respondí—. Tuve mi Bar Mitzvah este mes.

Pareció sorprendido.

—¿Eso es todo? —dijo con voz desilusionada—. Te creí mayor. Lo pareces. Eres más alto que la mayoría de los chicos de quince años.

—Le preguntaré a papá de todas maneras —contesté apresuradamente—. A lo mejor me deja ir con usted.

Gottkin sonrió.

—Bien, chico. Hazlo. Quizá te dé permiso.



Tiré un trozo de carne a *Rexie*, que estaba bajo la mesa, y miré a papá. Parecía estar de buen humor. Se había soltado el cinturón.

Estaba poniendo azúcar a su taza de té.

—Papá —dije vacilante.

—¿Sí?

—Mi profesor de gimnasia trabaja en un hotel, en el campo —comencé, apresurando las palabras—, y dice que puede encontrar algo para mí en caso que yo quiera ir.

Papá continuó revolviendo el té con la cucharilla mientras yo lo miraba.

—¿Le has dicho algo a tu madre de esto? —preguntó.

Mamá salió de la cocina justo en ese momento. Me miró.

—¿Decirme qué?

Repetí lo que le había comentado a papá.

—¿Y qué le contestaste? —me preguntó ella.

—Le dije que tenía que ayudar a papá en la tienda, pero que le consultaría de todas maneras.

Mamá miró a papá durante unos momentos y se volvió hacia mí.

—No puedes ir —decidió terminantemente.

Recogió algunos platos y se encaminó hacia la cocina.

Estaba desilusionado, a pesar de que la respuesta había sido la que yo esperaba obtener. Bajé la vista clavándola en la mesa.

Papá la llamó con suavidad.

—Mary, no es una mala idea.

Mamá se volvió hacia él.

—Ya se decidió que trabajaría en la farmacia durante el verano y allí es donde va a ir. No le dejaré solo durante todo un verano. Es muy pequeño todavía.

Papá sorbió su té lentamente.

—No puede ser tan pequeño si va a ir a trabajar a la tienda. Tú ya conoces al vecindario. Por otra parte, un verano en el campo le hará mucho bien.

Se volvió hacia mí.

—¿Es un buen hotel?

—No lo sé, papá —reconocí, con renovadas esperanzas—. No se lo pregunté.

—Consígueme toda la información, Danny —dijo—, y entonces tu madre y yo decidiremos.



Estaba sentado en la escalinata de la entrada de la casa, cuando ellos salieron. Papá se detuvo frente a mí.

—Vamos a Utica, al cine, con el matrimonio Conlon —dijo—. Recuerda que debes ir a la cama a las nueve.

—Sí, papá —le prometí.

No quería hacer nada que disminuyera la posibilidad de ir al campo con el señor Gottkin.

Papá cruzó la entrada de coches y tocó el timbre de la puerta de los Conlon. Mimí salió a la escalinata con el abrigo puesto.

La miré interrogativamente.

—¿Tú también vas? —le pregunté.

En realidad, no me importaba mucho. Nuestras relaciones no habían estado del todo bien desde el día de mi Bar Mitzvah. Ella quiso que le relatara lo que había sucedido entre Marge y yo en la pequeña habitación de la caldera, y yo le había contestado que lo averiguara con su amiga ya que estaba tan ansiosa por enterarse.

—Vamos Marge y yo —me contestó, dándose importancia—. Papá dijo que podía ir.

Los Conlon salieron de su casa. Marge no estaba con ellos.

Mimí preguntó:

—Señor Conlon, ¿no viene Majorie Ann?

—No, Mimí —respondió el señor Conlon—. Estaba muy cansada, se va a ir a la cama temprano.

—Quizá sería mejor que tú también te quedaras en casa, Mimí —dijo mamá, pero con cierta duda en el tono de su voz.

—Pero si me dijisteis que podía ir. —La voz de Mimí era suplicante.

—Déjala venir, Mary —intercedió papá—. Se lo prometimos. Estaremos en casa a las once.

Observé como todos se subían al Paige de papá. El coche se alejó.

Miré el reloj que estaba sobre la chimenea del salón. Marcaba las ocho menos cuarto. Tenía ganas de fumar un cigarrillo. Me puse de pie y me dirigí hacia un armario en el salón. Allí encontré un paquete de Lucky en uno de los bolsillos de una chaqueta de papá. Volví a la escalinata, me senté y encendí el cigarrillo.

La calle estaba silenciosa. Podía escuchar la brisa removiendo las hojas de los árboles recién plantados. Apoyé la cabeza contra los fríos ladrillos y cerré los ojos. Me gustaba sentirlos en mis mejillas. En realidad, todo lo de mi casa me agradaba.

—¿Eres tú, Danny?

Oí la voz de Marge.

Abrí los ojos. Estaba de pie en la escalinata de su casa.

—Sí —contesté.

—¡Estás fumando! —exclamó en tono incrédulo.

—¿Sí? —Chupé el cigarrillo en forma desafiante—. Tu madre ha dicho que te habías ido a la cama.

Se aproximó hacia donde yo estaba y se detuvo a los pies de la escalinata. Su rostro despedía un blanco resplandor con la luz de las farolas de la calle.

—No tenía deseos de ir —dijo.

Di una última chupada al cigarrillo y lo tiré, me puse de pie y estirándome dije:

—Creo que me iré dentro.

—¿Tienes que hacerlo? —me preguntó.

Bajé mi vista hacia ella. Había una expresión intensa en su rostro.

—No —respondí cortante—, pero creo que es lo mejor. No hay nada que hacer por aquí.

—Podemos sentarnos y conversar —dijo ella presurosa.

El tono en que pronunció esas palabras despertó mi curiosidad.

—¿Acerca de qué? —le pregunté.

—Cosas —replicó, vagamente—. Hay muchos temas de los que podemos hablar.

Una excitación muy peculiar comenzó a invadirme. Me senté en los escalones de nuevo.

—Está bien —acepté como por casualidad—. Conversaremos.

Se sentó en el peldaño inferior al que yo estaba. Vestía una blusa ceñida a los costados. Al volverse hacia mí, se abrió en parte y pude ver la sombra que bajaba por entre sus pechos. Sonrió.

—¿De qué te ríes? —le pregunté desafiante.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Sabes por qué me he quedado? —preguntó sin contestarme.

—No.

—Porque sabía que Mimí iría.

—Creí que eras amiga suya —argüí sorprendido.

—Lo soy —me dijo ansiosamente—, no obstante, sabía que si Mimí salía, tú estarías en casa; por eso no fui.

Me miró con aire misterioso.

La excitación estaba haciendo presa de mí nuevamente. No sabía qué decir; por lo tanto, me quedé callado. Sentí que su mano tocaba mi rodilla y di un salto.

—¡No hagas eso! —exclamé con brusquedad, al tiempo que retiraba mi pierna.

Sus ojos se veían redondeados e inocentes.

—¿No te gusta? —preguntó.

—No —le contesté—. Me dan escalofríos.

Se rio silenciosamente.

—Entonces, te gusta. Eso es lo que se supone que debe dar.

La siguiente pregunta me cogió de sorpresa:

—Entonces, ¿por qué siempre me estás espiando por tu ventana?

Sentí como mi rostro se ruborizaba en la oscuridad.

—Ya te lo dije antes. ¡No te espío!

Se rio otra vez, incitante.

—Yo te veo —me dijo en un susurro—. Casi todas las mañanas cuando haces ejercicio. Y no tienes puesto nada encima. Esa es la razón por la que dejo las persianas alzadas... Para que tú puedas mirarme.

Encendí otro cigarrillo. Mis dedos temblaban. A la luz de la cerilla pude ver que se estaba riendo de mí. Lo tiré al suelo.

—Está bien, te espíe —admití desafiante—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Nada —me respondió, sonriendo aún—. Me gusta que me mires.

No me gustaba nada la forma en que tenía la vista clavada en mí.

—Voy a entrar —dije, poniéndome de pie.

Ella se levantó también, riendo.

—¡Tienes miedo de quedarte aquí conmigo! —me desafió.

—No es verdad —alegué calurosamente—. Prometí a papá que me iría a la cama temprano.

Su mano hizo un movimiento rápido y cogió la mía. La retiré enseguida.

—¡No sigas! —exclamé.

—¡Ahora sé que tienes miedo! —dijo, insultante—. De otra forma, te quedarías aquí. Aún es temprano.

No podía irme en ese momento; me senté de nuevo.

—Muy bien, me quedaré hasta las nueve.

—Eres gracioso, Danny —dijo con voz perpleja—. No te pareces a los otros chicos.

Encendí un cigarrillo.

—¿Por qué dices eso? —pregunté.

—Nunca tratas de tocarme ni hacerme nada.

Dirigí mi vista hacia el cigarrillo encendido.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Los demás lo hacen —dijo categóricamente—, hasta mi hermano Fred. —Rompió a reír—. ¿Sabes una cosa?

Negué con la cabeza, silencioso. Ya no confiaba en mi voz.

—Él trató de hacerme otras cosas, pero yo no se lo permití. Le dije que se lo contaría a papá. Él lo mataría si lo supiera.

No hablé. Chupé el cigarrillo. El humo me quemaba los pulmones.

Tosí y lo tiré. Me haría daño. Dirigí mi vista hacia Marge. Me estaba observando con detenimiento.

—¿Qué miras? —le pregunté.

No contestó.

—Iré a buscar un vaso de agua —dije apresuradamente.

Corrí hacia el interior de la casa, a través del oscuro salón, hacia la cocina. Abrí el grifo, llené un vaso y bebí ávidamente.

—¿No me vas a invitar? —oí a mis espaldas.

Me volví. Estaba allí, de pie, tras de mí. No la había oído entrar.

—Seguro —dije.

Llené el vaso de nuevo y se lo di.

Lo sostuvo unos instantes y luego lo depositó sobre la mesa, sin beber. Puso sus manos sobre mi rostro. Estaban frías por el contacto con el cristal.

Me quedé quieto, envarado e inmóvil. Su boca se apretó contra la mía. Me estaba doblando hacia atrás, sobre el lavaplatos. Traté de apartarla, pero me hallaba en una postura muy difícil.

Agarré sus hombros con fuerza y escuché un gemido de dolor. Apreté más fuerte aún y gritó de nuevo. Me enderecé. Estaba de pie, frente a mí, sus ojos reflejaban dolor. Me reí. Yo era más fuerte que ella. Atenacé sus hombros de nuevo.

Hizo una mueca de dolor y sus manos cogieron las mías salvajemente. Sus labios estaban junto a mi oído.

—No me hagas daño, Danny. Me gustas. ¡Y puedo asegurar que yo te gusto!

La empujé violentamente. Dio un traspié hacia atrás y me miró con fijeza. Sus ojos refulgían, casi luminosamente, como los de un gato en la oscuridad, y su pecho subía y bajaba por la excitación. Lo supe entonces, al mirarla: ella estaba en lo cierto.

El ruido de un coche dando la vuelta a la esquina llegó a mis oídos.

Mi voz fue un sonido de terror en la noche.

—¡Ya vuelven! ¡Es mejor que te vayas!

Se rio y dio un paso hacia mí. Alarmado por un temor que no comprendía, corrí hacia la escalera y me quedé en el primer peldaño, escuchando cómo su voz flotaba hacia mí desde la oscuridad.

Marge estaba segura de sí misma. Sabía tanto más que yo que al responderle reconocía que ya no había remedio. Nada podría detener lo que me estaba sucediendo.

Se fue, la casa estaba silenciosa, y subí con lentitud la escalera, hacia mi habitación.

siete

Me tendí en la cama, mirando hacia la oscuridad. No podía dormir. El sonido de su risa, segura y experta, aún resonaba en mis oídos. Me sentía sucio y despreciable. Jamás podría mirar a nadie a la cara, estaba seguro de que todos sabrían lo que había sucedido.

—No quiero verte más —le dije.

Ella se echó a reír, con esa graciosa y experta risa.

—Eso es lo que tú dices, Danny. Pero ya no te detendrás nunca.

—Seré diferente —afirmé.

Sabía que estaba mintiendo.

—Me siento demasiado sucio.

Su risa me perseguía escaleras arriba. Estaba segura de lo que decía.

—No podrás detenerte, Danny. Ya eres un hombre y no podrás evitarlo.

Me había detenido en lo alto de la escalera para gritarle que estaba equivocada, pero ya no era necesario. Se había marchado. Entré en mi habitación y me desvestí, echándome sobre la cama a oscuras.

Sentí debilidad y un fuerte dolor en las piernas. Traté de cerrar los ojos, pero el sueño no llegaba. Sentí frío y un gran vacío.

Pude oír el sonido del interruptor de la luz de su habitación. De forma automática, alcé la vista. Marge estaba allí, mirando hacia mi ventana y sonriendo. Con lentitud, se despojó de su vestido y en su cuerpo desnudo se reflejó la luz de la lamparita. Su voz era un susurro ronco que llegaba a través de mi ventana abierta.

—Danny, ¿estás despierto?

Cerré los ojos y me aparté de allí. No miraría. No contestaría.

—No trates de engañarme, Danny. Sé que estás despierto.

Su voz se había endurecido, era como una orden.

—¡Mírame, Danny!

No podía soportar más el sonido de su voz hiriéndome en los oídos. Furioso, me dirigí a la ventana, apoyándome en ella; sentí escalofríos.

—¡Déjame solo! —supliqué—. Por favor, déjame solo. Te dije que no lo haría nunca más.

Ella comenzó a reír.

—Mírame, Danny —dijo con voz dulce—. ¿No te gusta mirarme? Se arqueó con orgullo, los brazos en alto y su cabeza echada hacia atrás.

Me quedé mirándola en silencio. Intentaba evitarlo, pero me era imposible.

Se enderezó sonriente.

—¡Danny!

—¿Qué? —le pregunté con voz débil.

—Enciende la luz, Danny. ¡Quiero verte!

Por unos momentos, no la comprendí; después, sus palabras se grabaron con intensidad en mi mente. La respiración comenzó a ser dificultosa y, de repente, tuve conciencia de mí mismo. Me había traicionado. Mi cuerpo me había traicionado.

—¡No! —grité.

La vergüenza y el temor me invadieron. Me aparté de la ventana.

—¡Déjame solo, por favor, déjame!

—Enciende la luz, Danny. —Su voz era suave y persuasiva—. Hazlo por mí, Danny, por favor.

—¡No! —le grité en un momento de sofocante rebelión.

Titubeé unos segundos, mi mano estaba a mitad del camino del interruptor. Ella estaba en lo cierto, yo no podría escapar de su dominio jamás. Estaba perdido.

—¡No! —volví a gritar histérico.

Odiaba lo que me estaba sucediendo... todo cuanto pudiera llegar a ser, mi virilidad creciente y su forma de presentarse.

—¡No lo haré! —grité otra vez, y me alejé cerrando de golpe la puerta de mi habitación y todo lo que podría verse desde ella.

Corrí al cuarto de baño y me despojé del pijama. Observé mi cuerpo excitado. Me golpeé con furia. El dolor me volvió el sentido, me satisfizo. Era lo correcto. Le haría pagar por lo que me había hecho. Me volví a golpear. El dolor me partió en dos.

Me agarré con una mano al borde de la bañera y abrí la llave del agua. El sonido de esta golpeando contra el fondo de la bañera era agradable. Me quedé así durante unos momentos; después, me di una larga ducha.

El agua fría, cayendo sobre mi cuerpo excitado, me envió una corriente de frescor. Cobré ánimo bajo las agujas del agua que caía de la ducha. Entonces, de repente, me dejé caer en el fondo de la bañera y comencé a llorar.

Por la mañana, cuando me desperté, me encontré como si nada hubiera ocurrido. Como si la noche anterior hubiera sido parte de una pesadilla que el sueño hubiera desvanecido.

Me lavé los dientes, me peiné y, mientras me vestía, tarareaba una canción. Me miré al espejo y me sorprendí. Me sorprendió observar que no había nada de extraño en mí. Todo lo que me habían dicho que sucedería era falso. Mis ojos eran azules y claros, mi piel suave y brillante, la hinchazón había desaparecido de mis labios.

Salí sonriendo de mi habitación. Nadie se daría cuenta de lo sucedido. Mimi estaba en el rellano y se dirigía al baño.

—Buenos días —le dije alegremente.

Me miró y sonrió.

—Buenos días —replicó—. Tenías un sueño tan profundo anoche que no nos oíste llegar.

—Lo sé —le dije, sonriendo.

Parecía que nuestra guerra privada había terminado. *Rexie* me siguió escaleras

abajo.

—Buenos días, mamá —saludé, dirigiéndome a la cocina—. ¿Hay panecillos hoy?

Mamá me sonrió con tolerancia.

—No hagas preguntas tontas, Danny.

—Está bien, mamá.

Cogí el dinero que estaba sobre la mesa auxiliar y me dirigí a la puerta.

—Vamos, *Rexie*.

Esta me siguió moviendo la cola. Pasó corriendo por mi lado hacia la calle, deteniéndose en la escalinata. Le sonreí. Era una mañana preciosa, haría un hermoso día. El sol brillaba y el aire era puro y fresco.

Rexie comenzó a correr calle abajo, y yo detrás. La noche pasada había tenido un mal sueño, eso era todo, nada ocurrió de forma real. Respiré a fondo. Sentí como mi pecho tensaba la camisa al llenar de aire los pulmones.

—¡Danny!

Su voz suave, sosegada, me detuvo. Me volví con lentitud y miré hacia la escalinata. Marge se encontraba allí, de pie, con la mirada lujuriosa, sonriendo.

—¿Por qué te marchaste anoche corriendo? —preguntó en tono de protesta.

Se me puso la boca amarga. Había sido verdad. No fue un sueño; no podía escapar. Comencé a odiarla. Escupiendo al suelo, exclamé:

—¡Ramera!

Siguió sonriendo mientras se aproximaba donde yo estaba. Su cuerpo reflejaba la seguridad que sentía. Su forma de caminar me recordó el aspecto que tenía la noche anterior, frente a su ventana. Estaba muy cerca de mí y no dejaba de sonreír.

—Te gusto, Danny, de manera que no luches —dijo en tono zalamero—. Me gustas.

La miré con frialdad.

—Odio tu frescura —le dije.

Me devolvió la mirada. La sonrisa había abandonado su rostro y una expresión de ira había tomado forma en él.

—Estás muy convencido de eso, pero no es verdad —dijo ella, alzando las manos y haciendo un curioso ademán—. Ya se te pasará. Y entonces volverás a por más.

Miré sus dedos, que frotaba lentamente sobre la palma de su mano. Alcé mi vista hacia su rostro y vi que sonreía. Yo sabía lo que Marge pensaba. Estaba en lo cierto. Yo volvería.

Me di la vuelta con rapidez y me alejé deprisa llamando a *Rexie*. Pero, en realidad, no corría tras el animal, huía de Marge. Era consciente de que nunca podría correr lo bastante rápido como para detener el crecimiento de mi virilidad.

No pude esperar a que terminara la última clase. El señor Gottkin me había dado toda la información que papá quería, y decidí ir a la farmacia para informarle. A papá le gustaría ese detalle; se mostraba muy contento cuando iba por allí. Recuerdo que cuando yo era más pequeño, papá me enviaba a las tiendas de sus conocidos para que me viesen. Todos lo felicitaban y me agasajaban.

Cogí el trolebús en la esquina de Church y Flatbush, hacia el centro, y cambié al que cruza la ciudad por Sands Street cerca del apeadero naval. Ese trolebús me dejaba a dos manzanas de la tienda.

Esperaba que papá me dejase ir con el señor Gottkin. Lo deseaba sobre todo porque era la única forma de alejarme de Marjorie Ann. Tenía miedo de ella y de cómo me hacía sentir. Yo me encontraría bien si pudiese estar lejos de allí durante el verano.

El zumbido de una sirena me hizo mirar al otro lado de la calle, hacia el apeadero naval. Eran las cuatro de la tarde y había cambiado de guardia. Decidí verlo... Unos minutos, más o menos, no tenían importancia.

Yo no estaba allí cuando...

Papá levantó la cubierta de la caja registradora y miró en su interior. El dial indicaba que había nueve dólares con cuarenta centavos. Movié la cabeza con tristeza y miró el reloj de pared. Ya eran las cuatro. En tiempos normales, la caja registradora habría tenido diez veces más. No sabía cómo podría continuar pagando el préstamo si las cosas continuaban de ese modo.

Un camión se detuvo frente a la tienda. Era el camión de Towns & James. Eran sus proveedores y trataba con ellos hacía muchos años, desde el comienzo de su negocio. El chófer entró en la tienda con un pequeño paquete bajo el brazo.

—Hola, Tom —saludó papá, sonriendo.

—¿Qué hay, doctor? —contestó el hombre—. Tengo un paquete para usted. Doce cero seis.

Papá sacó un lápiz de su bolsillo.

—Muy bien —dijo—, firmaré el recibo.

El chófer negó con la cabeza.

—Lo siento doctor. Al contado.

—¿Al contado? —preguntó papá, asombrado—. Pero, si he tenido negocios con ellos durante más de veinte años y siempre he pagado mis cuentas.

El camionero le puso una mano en el hombro, con simpatía.

—Ya lo sé, doctor —le dijo—, sin embargo, no puedo hacer nada. Son las

órdenes que tengo. Están escritas en la factura.

Papá abrió la caja registradora y contó el dinero, muy despacio, encima del mostrador. El chófer lo recogió y dejó el paquete sobre este. Papá se sentía avergonzado hasta para mirarle. Su crédito había sido siempre un orgullo para él.

Una mujer entró en la tienda y papá puso una sonrisa en su rostro.

—¿Qué desea, señora?

La mujer depositó una moneda sobre el mostrador.

—¿Puede darme cambio, doctor? Necesito hablar por teléfono.

Sin decir nada, papá cogió la moneda y le dio el cambio. Observó cómo se dirigía hacia la cabina telefónica. El paquete estaba aún sobre el mostrador, donde lo había dejado el repartidor. Papá no se sentía con ánimos de abrirlo. No quería tocarlo.

Volví la esquina y miré a través de la calle. El letrero azul y gris de la tienda se hizo visible:

FARMACIA FISHER
FARMACIA ITALIANA NORSK APOTHEKE
EX-LAX

Pasé corriendo ante la puerta abierta de la taberna clandestina. Dentro se oían voces airadas, pero no me detuve. Siempre había problemas allí.

Llegué a la farmacia y me detuve en el umbral de la puerta. Papá estaba tras el mostrador y un hombre bajo con una chaqueta de color claro parecía estudiar un paquete que tenía frente a él, sobre el mostrador. Entré.

—¡Hola, papá!

Mis palabras parecieron retumbar en la habitación vacía. El olor propio de los medicamentos llegó hasta mí. Siempre lo recordaría cada vez que viera una farmacia. Cuando era pequeño, sentía ese olor en la ropa que usaba papá al volver a casa del trabajo.

—¡Danny! —La voz de papá parecía complacida.

Salió del mostrador.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo la información que me dio el señor Gottkin acerca del hotel en el campo —le expliqué, mirándole a los ojos.

Él forzó una sonrisa. Parecía extenuado.

—Debí suponer que tenías una razón para aparecer por aquí —dijo lamentándose.

—Iba a venir de todas maneras —me apresuré a decir.

Papá me miró escéptico. No lo engañaba. Me acarició el cabello.

—Muy bien —dijo en tono amable—. Ven a la trastienda y hablaremos de ello.

Iba tras él hacia la habitación de al lado y ya habíamos pasado el mostrador, cuando un grito nos llegó desde la puerta. Me volví rápido, asustado.

—¡Doctor! —gritó el hombre de nuevo.

Sentí la mano de papá sobre mi hombro que me empujaba detrás de él. Su rostro estaba lívido.

El hombre que había en la puerta estaba cubierto de sangre. Tenía un enorme corte en un lado de la cara que le bajaba hasta el cuello. Se veía la carne colgando y el blanco hueso de la mandíbula. Dio unos pasos vacilantes dentro de la tienda, salpicando sangre. Sus manos se apoyaron en el mostrador y se aferraron a él desesperadamente, alzando el ensangrentado rostro hacia nosotros.

—Me han rajado, doctor.

Comenzó a resbalar al perder las fuerzas. Cayó de rodillas, manteniendo aún sus manos firmemente aferradas por encima de su cabeza, su rostro aún nos miraba. Parecía que estuviera orando.

—Ayúdeme, doctor —dijo con voz débil, un susurro que apenas se oía—. No me deje morir.

Sus manos se aflojaron y cayó al suelo, a nuestros pies. La sangre manaba abundantemente de su herida. Miré a papá. Su rostro estaba pálido y sus labios se movían en silencio. Parecía enfermo. Gotas de sudor frío aparecieron en su frente.

—¡Papá! —grité.

Dirigió hacia mí su mirada angustiada, vacía.

—Papá —dije—, ¿no le vas a ayudar?

No podía creer que le dejara morir así.

Apretando los dientes fuertemente, se arrodilló al lado del herido. Este se había desmayado, su boca estaba abierta, sin vida. Papá me miró.

—Ve, Danny —dijo con calma—, y llama a una ambulancia.

Corrí al teléfono. Cuando volví, la tienda estaba atestada de gente que rodeaba al hombre herido en el suelo, tuve que abrirme camino. Papá les pedía algo:

—Apártense. Dejen espacio. Aire.

No le hacían ningún caso, pero otra voz se agregó a la suya. Era un policía.

—Ya oyeron al doctor —ordenó con la acostumbrada autoridad—. Bien. ¡Hagan lo que él dice!

La ambulancia llegó demasiado tarde. El hombre había muerto ya. Murió allí, en el suelo, porque él y otro habían discutido por un vaso de cerveza. No sabía yo que un vaso de cerveza pudiera ser tan importante, pero lo era. Tenía el mismo valor que la vida de un hombre.

Terminé de limpiar las últimas manchas de sangre del mostrador. Papá me estaba observando desde la trastienda. Era emocionante. Me volví hacia él.

—Papá —dije, lleno de admiración—, fuiste muy valiente al socorrer a un hombre en ese estado. Yo no hubiera podido hacerlo.

Papá me miró.

—Yo me sentía mal, Danny —dijo en voz muy baja—, sin embargo, no podía hacer otra cosa.

Le sonreí.

—He cambiado de opinión, papá. No quiero salir este verano. ¿Pasan cosas así a menudo en la tienda?

—No —dijo papá.

Cogió un paquete de cigarrillos del mostrador, sacó uno y lo encendió.

—Irás al campo —dijo.

—Pero, papá... —En mi voz había un verdadero desaliento.

—Ya me has oído, Danny —dijo con firmeza—. Irás al campo.

Me puse de pie muy despacio. Algo andaba mal, algo comenzaba a fallar.

—¿Cogiste tú el paquete que estaba sobre el mostrador, papá? —pregunté.

Papá miró con curiosidad hacia allí. Respiró hondamente. Sus ojos se entristecieron y sus labios forzaron una sonrisa amarga.

—No.

Yo me quedé perplejo.

—¿Crees que alguien lo robó?

Las arrugas de su rostro se hicieron más profundas de repente.

—No tiene demasiada importancia, Danny. No era de mucho valor. Además, yo tampoco lo quería.

Estaba sentado en silencio sobre los escalones de la entrada de mi casa, mi mano acariciaba indiferente la cabeza de *Rexie*. Era la última noche que estaría en mi hogar. Mañana por la mañana, el señor Gottkin pasaría a buscarme en su Ford y nos iríamos al campo. Me sentía triste. Sería la primera vez que estaría lejos de casa durante algún tiempo.

La noche caía silenciosa sobre nosotros. La casa estaba a oscuras; solo la luz de la cocina permanecía encendida, y papá y mamá aún estaban conversando. Me incliné sobre la perrita.

—Serás una buena chica mientras yo esté fuera —le susurré.

Meneó la cola con suavidad. Comprendía todo lo que le decía, era la perra más inteligente que había conocido.

—El verano no es muy largo —dije—. Antes que te des cuenta, el otoño habrá llegado y estaré de vuelta.

Restregó su frío hocico en la palma de mi mano y yo le acaricié la cabeza. Le gustaba eso.

Alcé la vista al oír que la puerta de los Conlon se abría. Marjorie Ann salió. Me puse de pie rápidamente, llamé a *Rexie* y me dirigí calle abajo. No quería hablar con ella.

—¡Danny!

Oí los pasos de Marjorie Ann que se apresuraban tras de mí. Me volví. Me alcanzó.

—¿Te vas mañana?

—Sí —asentí con la cabeza.

—¿Te importa si te acompaño un rato? —preguntó con una vocecilla humilde. La miré sorprendido. No parecía la de siempre.

—Estamos en un país libre —dije, continuando con mi paseo.

Sus pasos se acomodaron a los míos.

—¿Aprobaste todo, Danny? —preguntó en tono sociable.

—Uuuh —dije con orgullo—. Ocho coma cinco de promedio.

—Eso es excelente —me dijo adúladora—. A mí casi me quedan matemáticas.

—Son fáciles —le dije.

—No para mí —replicó de inmediato.

Dimos la vuelta a la esquina en silencio, nuestros pasos resonaban sordos sobre la acera. Anduvimos otra manzana antes que ella hablara de nuevo.

—¿Aún estás enfadado conmigo, Danny?

La miré de refilón. Había una expresión ofendida en sus ojos. No contesté.

Recorrimos otra calle casi. Entonces, escuché sus sollozos. Me detuve y me volví

hacia ella. Si había algo que odiara, era oír llorar a una chica.

—¿Ahora qué? —le dije con brusquedad.

Sus ojos estaban bañados de lágrimas.

—No quisiera que te marchases enfadado, Danny —sollozó—. Me gustas.

Lancé una sonrisa irónica.

—Tienes una forma muy graciosa de demostrarlo. Siempre me estás punzando y obligándome a hacer cosas que no quiero.

Sus sollozos fueron más fuertes.

—Yo... yo solo trataba de hacer algo que te gustara, Danny.

Reanudé mi paseo.

—Bien. No me gusta —dije secamente—. Me pone nervioso.

—Si te prometo que no lo haré más, Danny, ¿continuarás enfadado conmigo?

Su mano cogió la mía.

Bajé la vista hacia ella.

—No, si realmente prometes no hacerlo nunca más —accedí.

—En ese caso, lo prometo —dijo ella, brillando una sonrisa entre las lágrimas.

Le devolví la sonrisa.

—Entonces, ya no estoy enfadado.

De repente, me di cuenta que nunca había estado enfadado con ella.

Había sido conmigo mismo. Me había gustado lo que me había hecho.

Continuamos paseando, su mano cogida a la mía. *Rexie* se introdujo en unos solares sin construir y esperamos a que saliera.

Marjorie Ann levantó su vista hacia mí.

—¿Puedo ser tu novia, Danny?

—¡Por todos los demonios! —La exclamación brotó involuntaria. De pronto, gruesas lágrimas asomaron a sus ojos. Se volvió y se alejó corriendo, sollozando con amargura.

Por un momento, me quedé allí, mirándola torpemente. Entonces corrí tras ella y la cogí por un brazo.

—¡Marjorie Ann!

Se volvió hacia mí, su cuerpo se estremecía con los sollozos.

—Deja de lloriquear —le dije—. Puedes ser mi novia si lo deseas.

—¡Oh, Danny!

Puso sus brazos en torno a mi cuello y trató de besarme.

Me hice a un lado.

—¡Basta, Marge! Lo has prometido.

—Un beso nada más, Danny —dijo, apresurando las palabras—. Eso es correcto, si soy tu novia.

No había forma de discutir su lógica. Además, yo deseaba besarla.

—De acuerdo —accedí con un gruñido—. ¡Pero eso es todo!

Atrajo mi rostro hacia el suyo y me besó. Sentí sus ardientes labios moviéndose

bajo los míos. La estreché con fuerza y ella escondió su rostro contra mi hombro. Casi no podía escuchar su voz.

—¡Haré todo lo que tú desees, Danny, ahora que soy tu novia! Cogió mi mano y la apretó contra su pecho.

—Todo lo que desees —repitió—. Ya nunca te volveré a decir cosas.

Sus ojos brillaban lujuriosos. No parecía la misma chica que yo había conocido antes. Había cierta ternura en ella que nunca había notado.

La besé de nuevo, con ternura. Podía notar cómo se apretaba fuertemente contra mi cuerpo, y una oleada de calor subió por mis venas. El pulso comenzó a golpear mis sienes. La aparté con rapidez.

—Entonces, vamos a casa, Marjorie Ann —indiqué con gravedad—. Eso es todo lo que deseo.



Papá me llamó cuando yo subía la escalera. Me volví hacia él.

—¿Sí, papá?

Había preocupación en su rostro. Miró a mamá, pero ella estaba leyendo el diario de la tarde y no alzó la vista. Papá dirigió la mirada hacia el suelo y se aclaró la garganta.

—Estarás lejos de casa por primera vez, Danny —empezó a decir.

—Sí, papá.

Él miraba hacia arriba, evitando cuidadosamente el encuentro de mis ojos.

—Ya eres todo un hombre, Danny, y hay ciertas cosas que tu madre y yo debemos decirte.

Le lancé una amplia sonrisa.

—¿Acerca de las chicas, papá? —pregunté.

Me miró sorprendido. Mamá había dejado a un lado el periódico y me observaba. Les volví a sonreír.

—Llegas algo tarde, papá. Ahora enseñan esas cosas en el colegio.

—¿Lo hacen? —preguntó con tono de incredulidad.

Asentí, sonriendo aún.

—Si hay cualquier cosa que quieras saber, papá, no te dé vergüenza. Pregúntame. Una sonrisa de alivio apareció en sus labios.

—¿Ves, Mary? —dijo, te advertí que no tendríamos que decirle nada.

Mamá me miró dubitativa.

—No te debes preocupar, mamá —le aseguré—. Puedo cuidar de mí mismo.

Subí la escalera, aún sonriente. No sabían con quién hablaban. Yo era un experto en chicas. ¿No lo había comprobado esa misma tarde?

—¿Será fácil la chica, Danny?

Miré con disgusto al muchacho. Su rostro se congestionó mientras seguía con su mirada a la chica que entraba en el vestíbulo.

Me incliné y cerré el mostrador de recepción antes de responderle. Había escuchado miles de veces esa misma pregunta desde que llegué a ese lugar. Era mi tercer verano en el Hotel y Club de Campo Mont-Fern.

—Todas lo son —repose indiferente—. ¿Por qué demonios crees que vienen a este lugar? ¿A tomar aire puro y sol?

Todos los chicos que estaban cerca del mostrador se rieron a coro, pero él seguía con la mirada clavada en la muchacha.

—¡Hombre! —dijo en un tono muy peculiar—. Existen dificultades con ciertas damas que visten *shorts*.

—¿Y quién se fija en los *shorts*? —pregunté distraído—. Yo me fijo únicamente en las blusas.

Terminé de cerrar el mostrador mientras los chicos seguían riendo. Esos camareros y recaderos jamás gastaban dinero en nada. Solo estaban a la espera de ganar algo, y la propina. Ni siquiera hacían bien su trabajo, pero eso al hotel no le importaba. Solo los quería para que atendieran bien a los huéspedes, que solían ser mujeres, de manera que todos eran felices con su trabajo.

Los chicos salieron al porche. Los observé. La mayoría eran mayores que yo, no obstante me parecían verdaderos críos. Quizá era por mi estatura, medía más de un metro noventa, o quizá era simplemente porque yo ya era veterano. Había estado tres veranos. Cogí el informe que tenía que presentar a diario y lo revisé. A Sam le gustaba que estos fueran exactos.

Recordé el primer verano en aquel lugar cuando mi inexperiencia era grande. Fue después de mi Bar Mitzvah. Era como quien dice un niño de pecho; seguía al lado de Gottkin con la esperanza de que me incluyera en el equipo de fútbol en otoño. ¡Qué porquería!

Gottkin jamás volvió al colegio. La primera noche que llegó, limpió totalmente al concesionario jugando al *craps*. Al día siguiente estaba en el negocio. Antes que transcurriera la primera semana ya sabía que no volvería nunca.

—Esto es lo mío —recuerdo haberle oído decir—. Que los estúpidos se hagan cargo de hacer de niñeras de unos cuantos críos.

Yo le ayudaba a él en vez de trabajar para el hotel. Entendía la técnica hotelera. Durante el invierno estuvo en Miami Beach, y el verano siguiente tomó la concesión del hotel contiguo a este. Aquel verano trabajaba simultáneamente en cinco hoteles. Un par de jóvenes en cada uno y todo lo que él hacía era darse una vuelta al día y

recoger el dinero. Ya no tenía el Ford, conducía un Pierce descapotable.

El primer verano había sido muy duro. Mi corta edad se hizo notar, pues me convertí en el centro de todas las bromas; hasta las chicas la tomaban conmigo. Sam les tuvo que decir que dejaran de molestarme. Temía que me dejase llevar por mi temperamento y los moliera a golpes.

No quise volver al verano siguiente, pero cuando Sam llegó a casa diciéndome que había tomado la concesión de otro hotel y que yo estaría a cargo de este, acepté. Necesitábamos el dinero. El negocio de papá pasaba por momentos críticos, y yo había ganado quinientos dólares durante el verano.

Recuerdo la cara que puso mamá cuando puse el dinero sobre la mesa de la cocina y les dije que era para ellos. Las lágrimas asomaron a sus ojos; se volvió hacia papá para evitar que yo lo notara. Sus labios temblaban, pero yo pude escuchar lo que decía:

—Mi rubito.

Eso fue todo.

Papá casi lloró. Cada día que pasaba en la farmacia era más exasperante que el anterior. El dinero no llegaba. Pero sus labios se apretaban con terquedad.

—Deposítalo en el banco, Danny —había dicho—. Necesitarás ese dinero para ir a la universidad.

Yo sonreía. Estaba hablando en serio, lo sabía.

—Podemos utilizarlo ahora —dije con una lógica innegable—. Me quedan todavía dos años para preocuparme de la universidad. Ya veremos entonces.

Papá me observó durante un tiempo que me pareció interminable. Extendió una mano temblorosa y cogió el dinero.

—Está bien, Danny —aceptó—, pero lo tendremos presente. Cuando las cosas vayan mejor, te lo devolveremos.

Sin embargo, mientras hablábamos, sabíamos que el dinero no volvería. Los negocios no mejoraban, todo lo contrario. Cada día iban de mal en peor.

Eso había ocurrido el verano anterior, me había despedido del dinero.

El verano siguiente, Sam me había prometido cien dólares extra si aumentaba los ingresos del anterior. Terminé el informe y sumé lo que llevaba recaudado en lo transcurrido del verano. Todo lo que necesitaba era un poco de suerte durante el tiempo que quedaba de estación y estaría arreglado. Di una mirada a mi reloj de pulsera. Tenía tiempo de sobra para tomar un baño antes del almuerzo.

Terminé de cerrar la recepción y me dirigí hacia la salida. La chica recién llegada y un muchacho de grandes ojos estaban jugando al *ping-pong*. La chica tenía un estilo correcto, pero su revés se podía mejorar.

Me encaminé hacia ella y cogí la paleta de su mano.

—Con soltura, nena, con soltura —le dije en tono confidencial—. Obsérvame. Juegas demasiado tensa.

Ojos Grandes me dirigió una mirada asesina y me lanzó la pelota con todas sus

fuerzas. La devolví con facilidad. Retornó con nueva energía. Contesté con facilidad. Yo me sabía un buen jugador. A la siguiente oportunidad, di un ligero efecto a la pelota, que se escapó de la ansiosa paletada que le dio mi contrincante.

Sonreí a la chica.

—Ves, nena, es fácil.

—Como tú lo haces —me replicó sonriendo—, pero no para mí.

—Seguro que sí —repuse indiferente—. Yo te enseñaré.

Puse la paleta en su mano y me coloqué tras ella. Le cogí las manos por la espalda. Lentamente, llevé su brazo derecho hacia su lado izquierdo, a la altura del hombro. Al cruzarse nuestros brazos, ella tuvo que echarse hacia atrás. No podía evitarlo, la tenía firmemente cogida. Sonreí irónicamente a Ojos Grandes. Se le veía rojo de ira, pero no osaba abrir la boca. Yo era demasiado fuerte para él.

Me incliné hacia delante y bajé la vista hacia ella, sonriendo.

—¿Verdad que es fácil? —le dije a modo de conversación.

Su rostro se ruborizó. Pude ver que los colores comenzaban a subirle por el cuello. Débilmente, trató de escapar de mi abrazo. Era igual que si hubiera intentado volar. Le resultaba imposible. Era más fuerte que ella. No se atrevía a decir nada, ya que todos los chicos nos estaban observando y ella quedaría como una simplona.

—Creo... creo que sí —respondió finalmente.

Le sonreí y la solté. Esa era una lección de *ping-pong* que ella jamás olvidaría. Los chicos tampoco. La envidia asomaba a sus ojos al mirarme. Los dólares no eran la meta: eran las chicas. Ninguno de ellos creería a partir de entonces que lo único que yo obtenía durante los veranos era dinero.

—Continúa practicando, nena —le dije y salí muy satisfecho de mí mismo.

Acorté camino a través del césped, hacia el casino. Detrás, Sam y yo teníamos un pequeño bungaló para los dos. El primer año que llegamos a ese lugar, habíamos compartido una habitación que estaba encima del casino y nunca logramos dormir con tranquilidad. Ese año, Sam había tomado el bungaló, que empleábamos como despensa y dormitorio a la vez. Sam había hecho instalar un teléfono, para así poder ponerse en contacto con los otros hoteles.

Abrí la puerta del bungaló, entré y dirigí una mirada de disgusto a mi alrededor. El desorden era absoluto. Cartones y cajas aparecían por toda la habitación. Daba la sensación de que nunca tendría tiempo suficiente para ordenarlos.

De una cuerda que estaba tendida sobre la cama, cogí un bañador y me lo puse. Pisando cuidadosamente por entre las cajas, logré llegar hasta la puerta y salir. Me prometí ordenar la habitación esa misma tarde. Cerré la puerta con llave y me dirigí hacia la piscina.

La encontré tal como yo deseaba: desierta. Me gustaba tener espacio suficiente para nadar. Esa era la razón por la que iba por las mañanas; los huéspedes no aparecían por ella hasta la tarde, después del almuerzo. Di una mirada al antiguo letrero que estaba sobre la entrada de la piscina, al pasar bajo él. Ese letrero, al

comienzo de la temporada, era de un color rojo brillante, pero ahora ya estaba deslucido.

PREVENIR EL PIE DE ATLETA.
TODOS LOS BAÑISTAS DEBEN LAVARSE LOS PIES
ANTES DE ENTRAR EN LA PISCINA,
por orden del Departamento de Sanidad

Obedecí aquella orden religiosamente. Una cosa que no quería coger era pie de atleta. Me quedé allí casi dos minutos antes de acercarme al borde de la piscina, mis pies, dejaron húmedas huellas sobre el cemento.

Miré hacia el porche del hotel, para ver si alguien me estaba observando. Ojos Grandes y la dama estaban jugando aún al *ping-pong*. Nadie miraba. Me sentí francamente desilusionado.

Me zambullí y nadé vigorosamente hacia el otro lado de la piscina. El agua estaba fría esa mañana y tendría que continuar nadando si no quería enfriarme. Mejor. Podría practicar un poco mi estilo crol aprovechando que no había nadie. Algunas veces, perdía la cuenta e inspiraba cuando debía expulsar el aire de mis pulmones, tragando una bocanada de agua. Entonces, me detenía, escupiendo y tosiendo, sintiéndome como un estúpido.

Las brazadas se hicieron más acompasadas, llevaba la cuenta con precisión. Habría nadado unos quince minutos cuando escuché la voz de un hombre que me llamaba. Sobresaltado, perdí la cuenta y tragué una buena bocanada de agua. Miré furiosamente.

Era uno de los botones.

—Hay una señorita en el mostrador que pregunta por su jefe.

Nadé hasta el borde de la piscina y alcé mi vista hacia él.

—Ya sabes que no está aquí —le dije acaloradamente—. ¿Por qué me molestas? Dile que se esfume.

—Ya se lo dije —respondió el recadero apresuradamente—. Entonces, preguntó por usted.

¿Quién podría ser?

—¿Dijo su nombre? —pregunté.

El botones se encogió de hombros.

—¿Cómo demonios lo voy a saber? No se lo pregunté. Estaba demasiado ocupado observándola. Yo iría a verla si fuera usted. Está como... —Hizo girar sus ojos expresivamente y emitió un ruido con la boca como un beso lanzado al aire.

Sonreí y salí de la piscina. El agua resbalaba por mi cuerpo, formando charquitos a mis pies. Cogí la toalla y comencé a secarme.

—Entonces, ¿qué estás esperando? —le pregunté—. Hazla pasar aquí. Me miró

lujuriosamente.

—Está bien, Danny.

Lanzó una carcajada al volverse.

—Pero en tu lugar, yo me aseguraría que los pantalones estuvieran muy bien sujetos antes que ella llegara.

Terminé de secarme y me senté en un banco para calzarme; una sombra cayó sobre mis pies. Alcé la vista.

—Hola, Danny.

La señorita Schindler estaba ante mí, sonriendo.

Me puse de pie velozmente, dándome cuenta de la situación. Con sorpresa, pude darme cuenta que le pasaba en estatura toda la cabeza.

—Se... Señorita Schindler —tartamudeé.

Me miró a los ojos, sonriendo.

—Has crecido, Danny. No te habría reconocido.

La miré. Resultaba extraña la forma en que me hacía recordar mi casa. Casi como si fuera otro mundo. De repente, me acordé que tenía que responder a la carta de mamá; estaba sobre la mesa, en el bungaló, hacía casi una semana.

—Sam no se encuentra aquí en este momento —contesté a su pregunta—. Está dando una vuelta por los otros hoteles. Volverá esta noche.

Una extraña expresión de alivio se dejó entrever en su rostro.

—Pasaba por el vecindario —dijo apresurada— y pensé hacerle una visita.

Se quedó allí, de pie, bajo el ardiente sol, escudriñando mi rostro. Mi rostro no expresó nada, pero ¿el vecindario? ¿A ciento cincuenta kilómetros de la ciudad?

—Seguro —dije. Tuve una idea—. ¿Dónde se hospedará? Le diré que la telefonee cuando vuelva.

—¡Oh, no, no puede hacer eso! —me contestó.

Demasiado rápidamente, pensé. Su marido debía de estar cerca y ella no quería que él se enterara. Debió de adivinar lo que estaba pasando por mi mente.

—Verás. Estoy viajando de un lado para otro y no estoy segura en dónde me hospedaré esta noche.

—¿Y por qué no aquí? —le sugerí—. Es un bonito lugar y puedo conseguirle un descuento.

Negó con un movimiento de cabeza.

—Sam lo tomará a mal si le digo que usted se fue sin esperarlo —traté de convencerla.

Me dirigió una mirada astuta.

—No —dijo definitivamente—. Es mejor que no.

Me desilusioné. De pronto, me di cuenta que yo quería que ella se quedase. En cierta manera, representaba algo cercano a casa y estaba contento de verla. El teléfono del bungalow comenzó a sonar. Cogí la toalla y corrí hacia él.

—Espere un minuto —grité—. Quizá sea Sam el que llama. Le diré que está usted aquí.

Abrí la puerta y cogí el auricular del teléfono.

—¿Aló, Sam?

—Sí. —Su voz era áspera—. ¿Cómo va eso?

—Bien, Sam —le respondí, la excitación hizo presa de mi voz—. Sam, la señorita Schindler está aquí, vino a verte.

La voz de Sam se hizo más dura aún.

—¿Qué hace ahí?

—Ha dicho que estaba de paso y que creyó sería una buena idea hacerte una visita.

—Dile que volveré tarde, a la noche —dijo, apresurando las palabras—. Consíguele una buena habitación y haz que se quede allí hasta que yo vuelva.

—Pero, Sam —protesté—, ya se lo pregunté. No quiere quedarse.

Su voz se hizo confidencial.

—Escucha, chico, confío en ti. Si alguna vez has sentido por una chica lo que yo siento por ella, sabrás lo que quiero decir. Dale todo lo que pida, pero que se quede. Llegaré allí antes de la una de la madrugada.

El auricular enmudeció en mis manos. Lo miré aturdido. ¿Qué esperaba que hiciera yo? Lentamente puse el auricular en su lugar y me encaminé hacia la puerta. Sam había hablado como si yo supiera lo que tenía que hacer, como si lo hubiera hecho con otro hombre, no con un niño. Al dirigirme hacia la puerta, sentí que me invadía una ola de orgullo, pero, antes de llegar hasta ella, ya estaba en el umbral la señorita Schindler.

Miró con curiosidad hacia el interior del bungalow.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Me quedé en el centro de la habitación.

—Sí, seguro, señorita Schindler.

Aparté unas cajas del suelo abriéndole paso.

—Debería haber ordenado esta habitación, pero no he tenido tiempo —afirmé.

Cerró la puerta tras ella y yo me enderecé para enfrentarme a su rostro. Me sonrojé.

—¿Era Sam? —preguntó.

Chocaron nuestras miradas. Asentí en silencio.

—¿Qué ha dicho?

—Que consiguiera una habitación para usted y todo lo que deseara y que no la dejara irse hasta que él volviera —contesté en tono atrevido.

Su voz se hizo desafiante y suspicaz.

—Parece estar muy seguro de sí mismo, ¿verdad?

Sentí que los colores de mi rostro aumentaban de intensidad y mis ojos se apartaron de su penetrante mirada. No respondí.

Parecía enfadada. Yo había sido demasiado listo. Ella se dio cuenta que yo estaba al tanto de lo que ocurría.

—¿Qué le dirás si no me quedo? —preguntó con energía.

Miré hacia otro lado y comencé a jugar con las cajas. Tampoco respondí.

Su mano me cogió por el hombro y me volvió. Su rostro estaba enrojecido.

—¿Qué le dirás? —insistió con calor.

Miré al fondo de sus ojos. Al infierno con ella. No podía hacerme nada. Ya no estaba en el colegio.

—Nada —contesté en tono burlón, quitando su mano de mi hombro.

Ella observó mi mano apretando su muñeca, entonces se volvió despacio y paseó la mirada por la habitación. Estaba por decidir algo. Sus ojos se volvieron hacia mí de nuevo.

—Muy bien —dijo de súbito—, me quedaré. Arregla esta habitación para mí.

Me tomó por sorpresa.

—Pero Sam me dijo que le consiguiera una habitación...

Su voz se hizo obstinada.

—He dicho que me quedaré aquí.

—Pero si está todo en desorden —protesté—. Se encontrará mucho mejor en el hotel.

Se volvió hacia la puerta y la abrió.

—Sam dijo que debías hacer lo que yo deseara si me quedaba. Me quedaré aquí.

Desde el umbral se volvió y me dijo:

—Iré a buscar mi coche. Puedes limpiar esto mientras vuelvo.

Observé cómo cerraba la puerta. Me tenía pillado y lo sabía. ¿Por qué estaría tan enfadada? Me dirigí hacia la ventana y la miré.

Desapareció tras la piscina. Podía comprender cómo se sentía Sam.

Ella expresaba más con su modo de caminar que la mayoría de las chicas que lo hacían en traje de baño.

Di la espalda a la ventana y observé con disgusto la desordenada habitación. La carta de mamá sobre la mesa atrajo mi atención. No la había contestado aún, había pasado más de una semana. No tenía tiempo.

Yo no estaba allí cuando...

Mamá se estaba ciñendo el vestido al bajar la escalera. No corría brisa y supo que iba a hacer otro día caluroso. Estaba cansada antes de comenzar el día. Últimamente, siempre estaba cansada; no dormía bien.

Papá le había traído un tónico. Lo había tomado todas las mañanas durante una semana, pero no le hizo ningún efecto. Por supuesto, ella le había dicho que le iba muy bien, lo que lo hacía sentirse mejor. Un hombre debe sentirse útil, y ya tenía bastantes problemas con la forma en que iba el negocio.

Mi madre sentía lástima de papá. La noche anterior él había gritado en sueños. Su voz en la oscuridad la despertó y se quedó silenciosa, escuchando las palabras entrecortadas que brotaban del corazón. Parecía tan apesadumbrado que sus ojos se llenaron de lágrimas.

No había vuelto a conciliar el sueño. La noche parecía interminable, por eso estaba cansada y nada podía remedirlo. El sofocante calor de la mañana no lo hacía más fácil. Esas últimas semanas de agosto eran generalmente las peores. No podía soportar más el calor y deseaba que terminara el verano pronto.

Caminó por la cocina, abrió la nevera y miró en su interior. Aparecía casi vacía. Siempre estaba orgullosa de mantenerla bien abastecida. Decía que le gustaba tener lo suficiente en casa para no tener que ir a diario al mercado. Esa escasez era un nuevo dolor sobre su cuerpo. El pequeño trozo de hielo del día anterior; la caja de huevos casi vacía; el cuarto de kilo de manteca. Incluso la botella de leche con una pequeña gota en su interior... todo eso la mortificaba.

Cerró la puerta de la nevera lentamente. Los tres huevos tendrían que bastar para el desayuno. De pronto, se sintió feliz de que yo no estuviera en casa. Decidió ir al buzón a ver si había llegado mi carta.

El sonido del carro de la leche llegó hasta sus oídos. Comenzó a sentirse mejor; podría conseguir huevos y manteca, además de la leche. Y como el lechero lo anotaría en la cuenta, podría gastar los pocos dólares que le restaban para hacer una buena sopa de pollo. Apresuró el paso hacia la puerta de entrada para hablar con él antes que se fuera.

El lechero estaba arrodillado frente a la caja de huevos cuando abrió la puerta. Lentamente se puso de pie, con una expresión de culpabilidad en su rostro.

—Buenos días, señora Fisher —dijo con voz apagada y turbada.

—Buenos días, Borden, he tenido suerte al poder verlo —afirmó mamá.

Las palabras brotaban dificultosas de sus labios.

—Necesito huevos y manteca esta mañana.

El lechero se puso de pie torpemente.

—Lo siento, señora Fisher, pero...

Su voz se apagó en un susurro ininteligible.

La desilusión invadió el rostro de mamá.

—¿Se le han terminado?

Él negó con un movimiento de cabeza, silencioso. Su mano hizo un gesto señalando la caja que tenía ante él.

Mamá estaba sorprendida.

—No... no comprendo —titubeó, siguiendo en la dirección que le señalaba.

Entonces comprendió. En la caja solo había un papel amarillo, leche no.

Cogió la nota con lentitud y comenzó a leerla. Interrumpían el servicio. Ya le debía tres semanas. Los ojos de mamá reflejaban horror al mirar al lechero. Su rostro estaba lívido y enfermizo.

—Lo siento, señora Fisher —murmuró el hombre con amabilidad.

Comenzó a lloviznar sobre el césped, frente a la casa. Ella advirtió de pronto que el señor Conlon estaba regando su jardín. Les estaba observando.

Él vio su mirada.

—Buenos días, señora Fisher —exclamó.

—Buenos días —respondió mamá.

Tendría que hacer algo. Estaba segura que él había visto y escuchado todo. De nuevo volvió a mirar la nota: cuatro dólares con ochenta y dos centavos. Solo había cinco dólares en la cajita de la cocina.

Forzó las palabras para poder pronunciarlas y trató de sonreír. Sus labios estaban casi blancos y la sonrisa más bien parecía la mueca de una estatua de piedra.

—Justamente le iba a pagar —dijo al lechero con tono estudiado y firme—. Espere un minuto.

Cerró la puerta tras ella rápidamente. Durante unos instantes, se apoyó contra

ella; la nota cayó al suelo de su mano temblorosa. No trató de recogerla; temía perder el conocimiento si lo hacía. Se apresuró hacia la cocina y cogió el dinero que estaba en la cajita.

Contó los billetes muy despacio, una y otra vez, como esperando que ocurriera un milagro y aumentaran en número. Había cinco dólares. Sintió frío. Un estremecimiento corrió por todo su cuerpo cuando se dirigió hacia la puerta.

El lechero estaba esperándola en la esquina, tal como ella lo había dejado, pero, en la caja, había leche, manteca y huevos. Le alargó el dinero en silencio. Él se lo introdujo en un bolsillo y contó los dieciocho centavos que tenía que darle de vuelta.

—Aquí está su pedido, señora Fisher —le dijo comprensivo, sin alzar la vista.

La señora Fisher le hubiera dicho que se lo guardara, pero no se atrevió. Se llenó de vergüenza al tomar la caja de sus manos. No dijo nada.

El lechero aclaró su garganta.

—No es culpa mía, señora Fisher. Es del encargado de los créditos en la oficina. ¿Comprende?

La señora Fisher asintió. Comprendía muy bien. El lechero se volvió y bajó corriendo los escalones mientras ella lo miraba. La voz del señor Conlon llegó a sus oídos.

—Va a hacer un calor sofocante hoy, señora Fisher —dijo sonriente. Ella lo miró como ausente. Su pensamiento estaba muy lejos.

—Sí, va a hacer mucho calor, señor Conlon —replicó afectuosa y, cerrando la puerta tras de sí, se dirigió a la cocina.

Puso la leche, la manteca y los huevos en la nevera, pensativa. El interior aún parecía vacío. Pensó que debía estar llorando, aunque sus ojos estaban secos. Hubo un ruido procedente de la escalera. Cerró la puerta de la nevera con rapidez. La familia bajaba dispuesta a desayunar.

Unos minutos más tarde, estaban la leche, la manteca y los huevos sobre la mesa y comenzaron a comer. Al contemplarlos, una ola de ternura penetró en su cuerpo.

Mimí estaba excitada. Había un anuncio en los diarios de la noche anterior. A & S, una de las tiendas de Brooklyn, en el centro, necesitaba chicas que trabajaran media jornada como dependientas, y ella pensaba ofrecerse. Papá tomó su desayuno en silencio. Su rostro expresaba preocupación y cansancio, unas ojeras muy marcadas indicaban que el sueño no había sido reparador.

La cocina se vació y mamá se quedó sola. Sin prisa, terminó de lavar los platos. Se dio cuenta que la leche, la manteca y los huevos aún estaban sobre la mesa. Los recogió y se los puso en un brazo. Con la mano libre, abrió la puerta de la nevera y los depositó en su interior. Ya no quedaba nada del pequeño trozo de hielo, se había derretido. Entonces, cerró la puerta.

Oyó pasos en la escalinata de la entrada. «Debe de ser el cartero», pensó. Corrió a la puerta principal y la abrió. El hombre había pasado ya a la casa siguiente. Abrió el buzón impaciente, extrajo unas cartas, y volvió con ellas entre las manos. No había

ninguna mía. Solamente facturas. Entró despacio a la cocina y abrió los sobres. Gas, teléfono, electricidad, todo se debía.

Las dejó caer sobre la mesa, todas, menos una que no había abierto aún. No reconoció la letra. La abrió. Era una nota del banco avisándoles que se debía el pago de la hipoteca de la casa.

Pensativa, se dejó caer en una silla al lado de la mesa. Con la vibración, la puerta de la nevera se abrió muy despacio. Se quedó allí, sentada, mirando el interior. Debía haberse levantado y cerrado la puerta, pero nada importaba. No le quedaban energías; no le importaba nada; no tenía fuerzas ni para llorar. Su cuerpo se sentía débil. Fijó la mirada en la nevera casi vacía hasta que pareció que crecía y crecía y que ella se perdía en su interior, vacío, helado.

Yo conversaba animadamente con una de las chicas, después de haber cerrado recepción, cuando vi que la señorita Schindler se aproximaba al casino. La observé por el rabillo del ojo mientras se detenía en el umbral de la puerta, buscando algo con la mirada.

La había visto otra vez más aquella tarde, cuando fui al bungaló a recoger unos cartones de cigarrillos que necesitaba para la venta. Era una de esas noches en que uno cree que es posible tocar las brillantes estrellas que cuelgan sobre nuestras cabezas, una de esas noches que jamás se dan en la ciudad. Ella había permanecido sentada en el primer escalón de la entrada de la casa, una música suave y apagada brotaba del casino. Me había mirado y por un momento creí que me dirigiría la palabra, pero, de manera evidente, cambió de opinión. No dijo una palabra, me miró en hosco silencio, mientras yo recogía el tabaco y me alejaba. Yo tampoco la hablé.

Miré mi reloj de pulsera. Eran las once y treinta. La noche transcurría lentamente, allí en el bungaló. Toda la tarde la pasé pensando si ella volvería.

Su mirada se posó en mí y dirigió sus pasos hacia donde yo estaba.

—Viene la señora del jefe, nena. Tengo que darle el informe —le dije con rapidez a la chica que estaba a mi lado.

Dejé a la chica con una expresión de ira en su rostro, pero me era indiferente. Salí al encuentro de la señorita Schindler antes que ella pudiera llegar al centro de la habitación.

—Hola —dije, sonriendo—. Estaba pensando en lo que tardaría en volver.

Me devolvió la sonrisa. Su gesto era sincero. Supe que ya le había pasado el enfado.

—Hola, Danny.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Siento de verdad la forma como reaccioné esta tarde.

Observé sus ojos. Lo decía en serio. Me tranquilicé enseguida y me sentí muy amistoso y amable con ella.

—No importa, señorita Schindler —afirmé con amabilidad—. Estaba usted contrariada.

Alargó su mano hacia la mía.

—Estaba muy sola allí, en el bungaló.

—Sé cómo se siente —dije con lentitud, observando donde se apoyaba su mano—. A veces, a mí me ocurre lo mismo. En la ciudad no se nota, pero aquí, en el campo, el cielo es tan inmenso, que uno se siente empequeñecido.

Mantuvimos un embarazoso silencio durante un momento, luego, escuché que la orquesta estaba tocando una rumba.

—¿Quiere bailar, señorita Schindler?

Ella asintió con la cabeza y fuimos hasta la pista de baile. La tomé entre mis brazos y seguimos el ritmo de la música. Era muy ligera y resultaba fácil bailar con ella.

—Bailas muy bien, Danny. ¿Todas las otras cosas las haces tan bien como bailar? —me preguntó sonriente.

—Creo que no, señorita Schindler.

Negué moviendo la cabeza de un lado a otro. Yo sabía que era un buen bailarín; después de tres veranos en ese lugar, tenía que serlo.

—Sam dice que tengo buen sentido del ritmo. Afirma que esa es la razón por la que soy un buen boxeador.

—¿Aún quieres ser boxeador? —preguntó con curiosidad.

—Nunca lo he deseado —repliqué—, pero Sam dice que tengo todas las condiciones necesarias y que puedo ganar mucho dinero cuando tenga la edad suficiente.

—¿Y el dinero es tan importante?

Sentí el movimiento de su cadera bajo mi mano al guiarla en un intrincado paso.

—Dígame usted, señorita Schindler —dije, evitando la contestación—. ¿No lo es?

No tenía respuesta para ello. Pocos la tienen cuando se habla de dinero. Alzó su mirada hacia mí.

—No tenemos por qué ser tan formales aquí, Danny —me dijo con una sonrisa—. Mi nombre es Ceil.

—Lo sé —afirmé en voz baja.

Estábamos bailando y yo entonaba la melodía a media voz. Siboney —tum, ti tum, tum, tum, ti tum—, Siboney. Había algo en la música de la rumba. Si realmente gusta, se pierde la noción del tiempo mientras se baila. A mí me gustaba y me sucedía lo mismo con ella.

La música nos acercó más el uno al otro. Era como si, anteriormente, hubiéramos bailado juntos en innumerables ocasiones.

De repente, la orquesta cambió a *Auld Lang Syne*, sorprendiéndonos.

Nos quedamos sonriendo tontamente el uno al otro.

—Eso es todo por esta noche, Ceil —le dije—. Deben ser las doce.

Ella, mirando su reloj, afirmó:

—Exacto.

—Gracias por el baile, señorita Schindler.

Ella rio. Me sorprendió escucharla reír. Era la primera vez que lo hacía desde que llegó.

—Ya te dije... que me llamo Ceil —sonrió.

Yo también me reí.

—Me gustó el baile, Ceil —dije apresurado—, sin embargo, ahora tendré que

arreglarme una habitación para mí o tendré que dormir afuera.

Su voz se oía débil.

—¿Te dejé sin habitación?

—Está bien, Ceil, tú no lo sabías.

—Lo siento, Danny, de verdad —dijo contrariada—. ¿Podrás encontrar otra?

—No tendré ningún problema. —Me volví para despedirme—. Buenas noches, Ceil.

Su mano me cogió de un brazo.

—Quisiera un trago, Danny —dijo apresurada—. ¿Puedes darme algo?

Había nerviosismo en su actitud, como cuando se espera a alguien y no se sabe el momento de su llegada. Sentí lástima por ella.

—Tengo una cerveza especial fría guardada para Sam, creo que podré traerla —dije.

Esa cerveza estaba legalizada desde la primavera anterior.

Se estremeció con delicadeza.

—Cerveza no. ¿Hay algo más?

—Sam tiene una botella de Old Overholt. Puedo conseguir un poco de soda y cubitos de hielo.

—Eso está mejor —aceptó sonriendo.

Abrí la pequeña nevera situada detrás del mostrador, saqué un sifón y una bandeja de cubitos de hielo, y volví a cerrar la puerta.

El casino estaba casi desierto cuando volví.

—Aquí está —le dije sonriendo—. Se lo llevaré al bungaló y le indicaré dónde están los licores.

Me siguió en la noche. Al salir del casino, alguien apagó las luces y la oscuridad fue más intensa. Sentí que vacilaba a mi lado.

—Cójase a mi brazo —sugerí—. Conozco muy bien el camino.

Yo esperaba que ella apoyase su mano encima de mi brazo, pero pasó su brazo bajo el mío y caminó muy pegada a mí.

Estaba tan consciente de su presencia que casi tropecé en varias ocasiones. Sentí que mi rostro se ruborizaba al encender la luz una vez que entramos a la casa.

Me quedé allí mirándola. Había alegría en sus ojos. Me tenía muy confundido y no sabía qué decir.

—Aún tengo sed, Danny —dijo ella, sutilmente.

Me dirigí hacia un armario, lo abrí y saqué una botella.

Ya iba por su tercero o cuarto vaso. Estábamos sentados en los escalones de la entrada al bungaló cuando el teléfono comenzó a sonar.

Se había estado riendo de mí, tratando de hacerme beber.

Me levanté de un salto, entré y levanté el auricular. Ella me siguió despacio. El whisky ya había hecho efecto y se encontraba algo mareada; pero estaba al lado del teléfono cuando contesté.

La voz de Sam se hizo escuchar ásperamente por el auricular y rugió por la oscura habitación.

—¿Danny?

—Sí, Sam.

—No podré llegar esta noche allí como había dicho.

—Pero, Sam... —comencé a protestar.

La risa de una mujer resonó en el teléfono. Ceil contuvo el aliento a mi lado. Su pálido rostro se advertía en la oscuridad.

Sam parecía estar eligiendo las palabras con cuidado.

—Dile al señor que me está esperando que he tenido ciertos contratiempos y que no podré llegar hasta mañana después del almuerzo para cerrar el trato, ¿comprendes?

—Sí, Sam —entendía muy bien—. Pero...

—Entonces, chico —Sam gritó en el teléfono—, te veré mañana.

La comunicación se cortó y yo colgué. Me volví hacia ella.

—Sam ha tenido que resolver ciertos asuntos —dije torpemente—. No podrá venir esta noche.

Ceil me estaba mirando fijamente, balanceándose un poco. No estaba lo suficiente borracha como para no darse cuenta de la situación.

—¡No me mientas, Danny! —Su voz estaba enronquecida por la furia—. ¡Lo he oído muy bien!

Me quedé mirándola. Había una expresión ofendida en su rostro. Esta era la segunda vez, en esa misma tarde, que sentía lástima de ella. Me dirigí hacia la puerta.

—Es mejor que me vaya, Ceil.

Sentí que su mano se aferraba a mi hombro con fuerza y me volví sorprendido. Vi que su otra mano cruzaba el aire. Me agaché. No fui lo suficientemente rápido. La mejilla me ardía por el golpe. Se abalanzó descargando sus puños sobre mí.

En la oscuridad, logré cogerla por las muñecas y sujetarla.

—¿Qué demonios estás tratando de hacer? —pregunté sofocado.

Estaba intentando librarse, pero yo era más fuerte que ella. Su voz sonó grave y amarga cuando lanzó las palabras sobre mí.

—Crees que es divertido, ¿verdad? —gritó.

Su grito despertó ecos en la noche.

Traté de sujetarla con una mano y con la otra taparle la boca. Sus dientes se hincaron en mis dedos y tuve que retirar mi mano con un grito de dolor.

Se rio sarcásticamente.

—Te dolió, ¿verdad? ¡Ahora sabes cómo me siento! ¡Ahora quizá ya no sea tan divertido!

—¡Ceil! —murmuré, mi corazón latía furioso—. Por favor, no grites. ¡Me echarían de aquí!

Al sereno no le importaba lo que sucediera siempre que no se hiciera ruido.

Sin embargo, no tuve que preocuparme más, se apoyó en mí y comenzó a

sollozar. Me quedé allí, silencioso, sin atreverme a mover, temiendo que comenzara de nuevo.

Su voz sonaba ahogada contra mi pecho a causa de sus sollozos.

—No eres bueno, no eres bueno. Eres igual que todos. No eres bueno.

Acaricié su cabello. Era muy suave.

—Pobre Ceil —dije amable.

De verdad sentía lástima de ella.

Alzó su mirada hacia mí. Sus ojos parecían no poder ver bien en la oscuridad.

—Sí —convino conmigo.

La ira se había mezclado con el licor y la había embriagado más.

—Pobre Ceil. Solamente Danny sabe cómo ella se siente.

Sus ojos se entornaron especulativos.

—Danny, ¿sabes por qué Ceil vino aquí?

No respondí. No sabía qué decirle.

Sus brazos rodearon mi cuello y me ofreció su rostro.

—Danny siente lástima de Ceil —susurró—. Bésame, Danny.

Me quedé de piedra, sin osar moverme. No quería buscarme más líos.

Apretó aún más sus brazos alrededor de mi cuello e hizo que inclinara mi rostro hacia ella. Sentí como sus dientes se clavaban en mi labio inferior y lancé un gemido de dolor. Su voz me susurró:

—Danny sabe por qué Ceil está aquí y no la va a dejar irse sin ello, ¿verdad?

Estudié su rostro en la oscuridad. Sus ojos estaban cerrados y su boca ofrecía los labios entreabiertos. Comencé a reír de repente. Era mía.

Mis brazos la ciñeron con energía y la besé. Una y otra vez. La presión de sus dientes me hacía daño en los labios. Pareció derretirse en mis brazos y se abandonó con languidez. La alcé y la llevé en brazos hacia la cama. Al dejarla sobre ella, sus labios estaban mordiendo mi cuello.

Me quedé mirándola, librándome impaciente de mi ropa. Me eché sobre ella, agarrando firme su busto. Sus brazos se ciñeron a mi cuerpo en la oscuridad. Pude escuchar el sonido del desgarrado vestido al penetrar en ella.

Su voz era un susurro ronco en mi oído; y la mía, un eco enmudecido en su comienzo; se alzó de pronto, lentamente, hasta unírnos en un gemido creciente.

—¡Danny!

—¡Dios mío, señorita Schindler!



La noche estaba silenciosa; yo escuchaba su respiración que con suavidad acariciaba mi hombro. Acaricié sus ojos con suavidad, permanecían cerrados; noté sus mejillas húmedas, había estado llorando; sus labios estaban ligeramente hinchados y se movieron bajo mis dedos. Me incliné y la besé.

Su rostro se volvió hacia mí, sus labios se movieron.

—No más, Danny. No más, por favor.

Sonreí y me senté en la cama. Me estiré y sentí que mi cuerpo estaba ardoroso y me recorría por él un suave hormigueo. Abandoné la cama, me dirigí hacia la puerta y la abrí. El fresco aire de la noche me reconfortó.

Bajé la escalinata hacia el césped, hundiendo mis pies en la arena; sentí que disminuían las energías de mi cuerpo. Alcé los brazos hacia el cielo, tratando de alcanzar las brillantes estrellas. Salté lo más alto que pude hacia ellas y me caí, rodando sobre el césped, la risa ahogándose en mi garganta.

Esa fue la felicidad que me produjo el descubrimiento. Era para eso, para lo que había sido creado, para lo que estaba en este mundo. Cogí un puñado de tierra y lo estrujé entre los dedos, dejando que escapara por entre ellos y cayera al suelo. Era mi tierra, mi mundo; yo formaba parte de él y él era parte mía.

Volví al bungaló y me tendí junto a su cuerpo desnudo. En un momento, estaba dormido.

Una mano sacudió mi hombro con violencia y me senté sobre la cama, restregándome los ojos soñolientos. La voz de Sam rugió junto a mis oídos.

—¿Dónde está?

Mis ojos se abrieron de pronto. La cama estaba vacía. El débil resplandor grisáceo de la mañana invadía el bungaló. Los ojos sanguinolentos de Sam me miraban fijamente y con furia.

—¿Dónde está? —rugió de nuevo.

Lo miré sorprendido. No sabía qué responder. Mi corazón comenzó a palpar. A excepción de nosotros, el bungaló estaba desierto, pero yo me encontraba demasiado asustado como para inventar una mentira.

Sus manos me cogieron por los hombros y me sacaron de la cama.

—¡No trates de engañarme, Danny! —dijo amenazador, blandiendo su puño ante mis narices—. Sé que estuvo aquí. El empleado me dijo que ella no había tomado ninguna habitación, que estaba aquí. ¡Has estado durmiendo con mi chica!

Abrí la boca para responder, pero no tuve que hacerlo. La voz de Ceil se escuchó desde el umbral de la puerta.

—¿Quién es tu chica, Sam?

Ambos nos dimos la vuelta y la miramos con sorpresa. Con rapidez me cubrí con la sábana al soltarme Sam. Ella vestía un traje de baño y el agua caía a sus pies, dejando húmedas huellas al aproximarse hacia nosotros. Se detuvo frente a Sam y le miró directamente a los ojos.

—¿Quién es tu chica, Sam? —repitió con suavidad.

Ahora le tocaba sorprenderse a él.

—Viniste aquí buscándome —le dijo confuso.

—Eso es lo que creí, Sam —admitió con el mismo tono de voz—, pero encontré que era muy diferente.

Dio un paso alejándose de él y miró hacia atrás.

—Pero tú realmente no sabes a lo que vine, ¿verdad, Sam?

Él negó con la cabeza y me miró. Me estaba poniendo los pantalones. Se volvió hacia ella.

Su voz fue suave y amarga cuando habló sin dirigir su mirada a ninguno de nosotros dos.

—Vine aquí para decirte que creía en todas tus promesas. Que me divorciaría de Jeff y que me iría contigo.

Sam dio un paso hacia ella que lo detuvo con un movimiento de su mano mientras le miraba a los ojos con fijeza.

—No, Sam —dijo rápidamente—. Eso fue ayer. Hoy es muy diferente. Estaba

junto al teléfono cuando hablaste con Danny anoche y escuché todo lo que decías.

Sus labios dieron lugar a una amarga sonrisa.

—Fue la primera vez que lo comprendí todo. Acerca de ti, de mí. No era que yo te quisiera a ti, o tú a mí. Solo éramos parecidos. Deseábamos a quien nos interesara.

Cogió un cigarrillo de los que estaban sobre la mesa y lo encendió.

—Ahora esfumaos los dos. Quiero vestirme.

Me volví desde el umbral de la puerta. No había comprendido ni la mitad de lo que había dicho; no obstante, me sentí agradecido hacia ella. No me miró, solo dio una ansiosa chupada al cigarrillo.

Sam y yo nos alejamos en silencio hacia el hotel, nuestras pisadas resonaban sobre el fresco césped. Su cabeza estaba inclinada y parecía pensativo.

—Lo siento, Sam —le dije.

No me miró.

—No pude evitarlo. Estaba trastornada —continué.

—¡Cállate, Danny!

Su voz fue ruda.

Nuestros pasos despertaron ecos al resonar sobre los escalones de entrada del hotel y nos dirigimos hacia el mostrador de recepción. Lo rodeé y recogí el informe.

—Me iré en cuanto termine de redactar esto —dije secamente.

Me estaba mirando pensativo.

—¿Por qué? —me preguntó.

Me sorprendí.

—Tú sabes por qué —repliqué.

Sonrió, y, de pronto, su mano me revolvió el cabello.

—Tómalo con calma, campeón. Nadie dijo nada acerca de tu ida.

—Pero, Sam...

—¡Pero, infiernos! —rio con fuerza—. ¡No podía esperar que fueras un crío durante toda tu vida! ¡Además, quizá me hiciste un favor con eso!



Volví a casa con seiscientos dólares. Puse el dinero sobre la mesa de la cocina, sintiéndome casi como un extraño. El verano nos había cambiado a todos.

Había crecido aún más. Papá y mamá solo me llegaban a los hombros. Parecía que ellos se habían encorvado de una manera indefinible; estaban más delgados que en la primavera. Las mejillas de papá, llenas por lo general, estaban hundidas y sus ojos tenían sombras azuladas bajo ellos. El cabello de mamá estaba casi gris. Esta vez no hicieron ningún aspaviento sobre el dinero. La necesidad era demasiado grande.

Hablamos de muchos temas en ese primer almuerzo juntos, pero algunas cosas fueron dejadas de lado. Mejor así. No había necesidad de comentar lo que ya sabíamos. Se notaba claramente en nuestros rostros, en la forma que hablábamos y actuábamos.

Después de comer, salí a la puerta de entrada y me senté sobre la escalinata. *Rexie* se aproximó y se tendió a mis pies. Le acaricié una oreja.

—¿Me echaste de menos, niña? —le pregunté suavemente.

Movió la cola y puso su cabeza sobre mis rodillas. Me había echado de menos. Era feliz porque yo había vuelto a casa.

Miré hacia la calle. También había cambiado ese verano. Aparecía pavimentada y su asfalto le daba una nueva fisonomía.

Salió Mimí y se sentó a mi lado. Durante un largo rato, estuvimos silenciosos. El gordo de Freddie Conlon salió de su casa, y al verme, me saludó. Le devolví el saludo con la mano y observé cómo se alejaba por la calle abajo.

—Marjorie se ha comprometido este verano —comentó Mimí.

Me observaba cuidadosamente.

—Lo sé —dije casual.

No me importaba nada de ella. Pertenecía a los días de mi niñez.

—Con un policía —continuó Mimí—. Se casará en enero, cuando él se gradúe. Es mucho mayor que ella. Debe de tener más de treinta años.

Me volví hacia ella.

—¿Por qué me cuentas todo eso? —pregunté.

Su rostro enrojeció.

—Solamente te estaba poniendo al tanto de las cosas que han sucedido por aquí durante el verano —dijo defendiéndose.

Aparté mi mirada de ella y la volví de nuevo hacia la calle.

—¿Y qué? —pregunté silencioso.

Por lo menos eso no había cambiado mucho. Hacía solo algunas horas que había vuelto y ya estaba riñendo con Mimí.

Su voz se endureció y tomó un acento insolente.

—Creí que Marjorie Ann te gustaba.

Casi sonreí.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ella bajó su mirada hacia *Rexie*, que estaba entre nosotros, y le acarició la cabeza.

—Creí que siempre te había gustado. Ella me dijo...

—¿Qué te dijo? —interrumpí.

Nuestra mirada se cruzó en una silenciosa batalla. Su mirada cayó ante la mía. La seguí mirando, fijamente, sin pestañear.

—Me... me dijo que tú hacías cosas con ella... —tartamudeó.

—¿Qué cosas? —pregunté insistente.

—Cosas que no debías —dijo ella, estudiando el barniz de sus uñas—. Después que te fuiste en junio, ella me dijo que temía estar embarazada.

Sonreí con brusquedad.

—¡Está loca! —estallé—. Si ni la toqué.

En los ojos de Mimí se reflejó gran alivio.

—¿Cierto, Danny?

Sonreía aún. Recordé lo que había sucedido en el campo. Marjorie era una estúpida. Ninguna chica quedaba embarazada por mirarla. Me volví hacia Mimí.

—De verdad, Mimí —dije—. Tú sabes que no te mentaría.

Me estaba sonriendo.

—Nunca la creí, Danny. Inventa tantas cosas...

Su mano tocó ligeramente la mía.

—Me alegro que se case para no volverla a ver. Ya no me gusta.

Miramos hacia la calle, en silencio. Empezaba a oscurecer y las luces se encendieron con un resplandor amarillento.

—Los días se están haciendo más cortos —dije.

No me respondió y me volví hacia ella. Parecía una niña, allí sentada a la luz de las faroleas, con su cabello negro cayéndole como una cascada sobre los hombros. A pesar de que tenía dos años más que yo, me sentía mayor que ella. Quizá eran los rasgos de su rostro. Sus huesos eran pequeños y su boca no estaba delineada aún. Me hubiese gustado saber si había sido besada alguna vez. Verdaderamente besada, por amor. Ahuyenté rápido el pensamiento de mi cabeza. Mi hermana no, porque no era de ese tipo de chicas.

—Papá y mamá parecen estar muy cansados —dije, cambiando de tema—. Debe de haber hecho mucho calor aquí en la ciudad.

—No es solo eso, Danny —contestó—. Las cosas no han ido muy bien. El negocio está mal y vamos atrasados en el pago de todas nuestras cuentas. La semana pasada el repartidor de leche casi nos deja sin ella. Por suerte, he podido obtener un trabajo de media jornada en A & S; de otra forma, las cosas habrían sido peores.

Mis ojos se abrieron sorprendidos. Sabía que las cosas estaban mal, pero nunca me habría imaginado cuánto.

—No lo sabía —dije—. Mamá nunca me comentó nada en sus cartas.

Me miró con gran seriedad.

—Ya conoces a mamá. Nunca escribiría una cosa así.

No sabía qué decir. Busqué en mi bolsillo y saqué un paquete de cigarrillos. Puse uno en mi boca y lo iba a encender cuando ella me interrumpió.

—Yo también, Danny —dijo.

Le tendí el paquete.

—No sabía que fumaras —dije sorprendido.

—Yo tampoco sabía que tú lo hacías —me respondió. Miró hacia la casa—. Es mejor que tengamos cuidado, que mamá no nos sorprenda o nos los quitará.

Ambos nos reímos y escondimos el cigarrillo en el hueco de la mano.

—Me alegro de graduarme este verano —dijo Mimí—. Entonces, podré conseguir un buen trabajo y ayudar en casa más que ahora.

—Las cosas están bastante mal, ¿eh? —dije pensativo.

—Sí —contestó ella—. Mamá ha llegado a sugerir que tendremos que abandonar

la casa. Es imposible continuar con los pagos de la hipoteca.

—¡No podemos hacer eso!

Estaba realmente asustado. Mi casa no. No podía creerlo.

Mimí se encogió de hombros de manera expresiva.

—Que podamos o no podamos, da lo mismo. No tenemos dinero.

Me quedé en silencio durante unos instantes. Ya no era un crío y nunca pensé que aquella casa fuera mía, como había dicho papá, pero no quería abandonarla. El pensamiento de que otras personas pudieran habitarla, que otra familia comiese en su cocina, o alguien durmiese en mi habitación, me molestaba. Me gustaba ese lugar, y no quería irme de aquí.

—Quizá yo debiera abandonar el colegio y trabajar en algo —dije cuidadosamente.

—¡Danny, no puedes hacer eso! —protestó—. Debes acabar la escuela. Mamá y papá tienen sus corazones puestos en ello.

No dije nada.

—No te atormentes, Danny —me consoló, poniendo su mano sobre mi hombro—. Todo saldrá bien. ¡Sé que sucederá así!

La miré con esperanza.

—¿De verdad crees eso?

Me sonrió.

—Seguro que sí.

Se puso de pie y tiró el cigarrillo.

—Es mejor que vaya a ayudar a mamá antes de que venga a buscarme.

Deseé que estuviera en lo cierto. Tenía que estarlo. Ya no podíamos movernos de allí. No había otro lugar donde vivir.

catorce

Mi nombre es Danny Fisher. Tengo quince años y cuatro meses. Estoy en el sexto curso del Instituto Erasmus Hill y asisto a las clases de la mañana. Es la una de la tarde y las clases han terminado. Me encuentro en la esquina de las avenidas Flatbush y Church observando la salida de los alumnos que se dirigen hacia sus casas.

Dicen que hay más de tres mil alumnos, y, en este momento, parece que todos pasan a la vez, por esta esquina. Van riendo. Algunos chicos gastan bromas a las chicas. Hay envidia en mi mirada al observarles. No tienen problemas.

No habrá nada en sus mentes hasta mañana cuando deban volver a sus clases. No es como yo. Yo tengo una casa que deseo conservar más que cualquier otra cosa en el mundo. Por lo tanto, debo ir a trabajar. Doy una mirada al reloj de la ventana. Es la una y algunos minutos. Me apresuro, debo estar en el trabajo a la una y media.

Camino por la avenida Flatbush. Son los últimos días de octubre y los primeros fríos del invierno caen sobre mí. Me ciño más el chaquetón. Me detengo durante unos instantes ante un cine y miro los carteles. Parece una buena película, y, mientras estoy allí, algunos de los chicos del colegio entran a ver el espectáculo. Me gustaría hacerlo a mí también, pero no puedo perder el tiempo. Continúo caminando.

Ya he pasado las calles en donde están los grandes comercios. Las tiendas en esta parte son más pequeñas y parecen depender más de las compras del vecindario que las tiendas que había dejado más atrás en la misma calle, cerca del colegio. Mi paso se alarga. No hay mucho que pueda ver y haga que me entretenga.

He estado andando durante casi media hora cuando llego a las seis esquinas, en donde se encuentran Flatbush y Nostrand. Es la estación terminal de la división Flatbush del suburbano IRT.

Hay muchas tiendas de ultramarinos en esta esquina; A & P; Bohack; Roulston; Daniel Reeves; Fair-Mart. Es a esta última a la que yo entro. Camino por una larga y estrecha galería.

Un hombre que está tras el mostrador me ve y me grita:

—Vamos, rápido, Danny. Tenemos muchísimos pedidos esperando.

Corro hacia la trastienda. Dejo mis libros sobre un estante, saco mi delantal y me lo pongo mientras vuelvo corriendo hacia el mostrador de la tienda. Los pedidos están en el suelo cerca de la puerta y los comienzo a trasladar hacia el carro.

Uno de los empleados se aproxima y revisamos juntos las cuentas. Me da el cambio exacto para el pago al contado y me voy. El carro y yo recorremos las calles entre el tráfico, toda la tarde hasta que se pone el sol; son las seis. Después, cojo una pesada escoba y comienzo a barrer la tienda.

A las siete me despojo del delantal y lo doblo ordenadamente en el estante de forma que esté preparado para mañana. Recojo mis libros de texto y me dirijo hacia

la salida de la tienda y el encargado me abre la puerta, cerrándola cuidadosamente tras de mí. Apresuradamente tomo por la avenida Nostrand hacia Newkirk. Un autobús está esperando a la salida del metro y subo a él. Viajo de pie porque va repleto de gente que vuelve del trabajo a casa.

Me apeo en mi esquina y subo la calle. Los pies me duelen; mi cuello y los músculos de los hombros están resentidos por el trabajo de levantar los pesados cartones, pero me olvido de todo cuando *Rexie* llega corriendo calle abajo a mi encuentro. Mueve la cola alegremente y yo, riendo, le acaricio la cabeza. Entro en casa, aún con la sonrisa en los labios, agradecido por su calurosa bienvenida.

Sobre la mesa, dejo caer un puñado de monedas. Las cuento despacio. Ochenta y cinco centavos. Las propinas han estado bien hoy. Cojo veinticinco centavos y los meto en mi bolsillo. El resto de las monedas las guardo en una caja que hay sobre el lavaplatos.

Mamá me ha estado observando. Se decide a hablar.

—Sube y lávate, Danny. La cena está esperando.

Papá ya está sentado a la mesa. Su mano me golpea cariñosamente un hombro al pasar cerca de él. No decimos nada. Ambos sabemos cómo nos sentimos. Yo estoy contento.

Diariamente llevo esas pocas monedas, y los sábados, después de haber trabajado todo el día, desde las siete de la mañana hasta las once de la noche, el encargado me da el sueldo de la semana. Tres dólares con cincuenta centavos. En semanas buenas, puedo llegar a juntar hasta diez dólares con las propinas.

Es una buena cosa que los deberes del colegio pueda hacerlos con facilidad, ya que casi todas las noches me quedo dormido sobre las tareas y debo terminarlas en la hora de estudio del día siguiente. En la cama duermo el sueño de los exhaustos, pero cuando despierto a la mañana siguiente, me siento como nuevo y con renovadas fuerzas. Tengo a mi favor la extraordinaria e infatigable energía de la juventud.

A veces, me quedo observando a los chicos que juegan en las calles y hubiera querido unirme a ellos. En alguna oportunidad, llega a mis manos un balón de fútbol que alguno ha dejado escapar y lo retengo unos instantes, acariciando su suave piel de cerdo. Recuerdo cuánto había deseado ser integrante del equipo de fútbol en el colegio. Entonces, lanzo el balón y me quedo observando la parábola que describe hasta caer en las manos de uno de los chicos. Después, me alejo.

No tengo tiempo para juegos. Estoy cabizbajo y pensativo. Estoy metido en un juego mucho más grande. Trabajo para mantener la seguridad de un hogar.

Pero hay ciertas cosas del trabajo que ignoro totalmente. La fría e inmutable mecánica de las finanzas y los créditos, la maquinaria de los negocios y la economía, que ocupan un lugar preferente en la vida de todo estado social y que para mí son solo palabras escritas en un libro de texto. Y hay personas que dirigen y observan estas máquinas.

Hay personas que se parecen mucho a papá y a mamá, a Mimí y a mí. Son tanto

víctimas como administradores. Están tan sujetos a las regulaciones del medio, como las personas sobre las cuales las aplican. Cuando el nivel está en total desequilibrio, hacen una pequeña anotación en un papel, el cual es entregado a otra persona. Si esta lo acuerda con el primer observador, se llenan otros papeles que continúan su camino, y, entonces, todas las regulaciones del medio son alteradas. Porque lo que ellos hacen rompe el equilibrio del medio de tal forma que es imposible llegar a su nivel normal de nuevo.

Entonces nos convertimos en estadística.

Las estadísticas son una cosa muy fría. Son niveles de otro tipo de administración a cargo de secretarios. Muchas cosas se determinan por medio de ellos. Todo tipo de razonamiento es abandonado tal como la fuente de nuestros fracasos para mantener un nivel normal en nuestra economía. Pero ninguna de estas cosas toma en cuenta mis emociones, mis sentimientos, solo es fracaso. Ni el mío ni el de mis familiares. Solo es el balance el que les interesa, no cómo nos sentimos.

Y es seguro que no tomarían en cuenta la forma en que yo me sentía aquella noche, poco antes que terminara el mes de octubre, cuando llegué a casa y encontré a mamá llorando.

Yo no estaba allí cuando...

Mamá miró el reloj. En unos minutos sería la hora del almuerzo. Con qué rapidez había transcurrido la mañana. Se había levantado con un presentimiento tan fuerte de que algo malo iba a suceder, que se esforzó por estar ocupada en cada momento.

Había limpiado y aseado hasta el último rincón de la casa; incluso había bajado al sótano y recogido pequeños trozos de carbón a medio quemar que quedan entre la ceniza que cae cuando se cierne la parrilla de la caldera. Pero, a pesar de todo, el presentimiento persistía en ella. Estaba allí siempre, en el fondo de su mente.

Volvió a la cocina de prisa y puso agua en una olla, encendiendo el hornillo. Escuchó un ruido conocido sobre el piso. *Rexie* había salido de debajo de la mesa de la cocina y se había ido hacia la puerta, donde se quedó mirando a mamá y moviendo la cola.

—¿Quieres salir? —preguntó mamá a la perra abriéndole la puerta. *Rexie* salió a todo correr ladrando felizmente y mamá volvió a la cocina. Puso un huevo dentro del agua que comenzaba a hervir.

Después de comer, limpió la mesa y puso los platos sucios en la pila. Estaba agotada. Se quedó allí, mirándolos. Se encontraba demasiado cansada como para lavarlos.

De pronto, su corazón comenzó a latir con tanta violencia que parecía hacer vibrar todo su cuerpo. Estaba asustada. Había escuchado, en varias ocasiones, la forma en que los ataques de corazón se presentan sin previo aviso. Se dirigió al salón y se sentó en el sofá, reclinando la cabeza en los cojines. Las palmas de sus manos estaban húmedas de sudor. Cerró los ojos y se relajó.

Muy despacio, su corazón fue normalizando sus latidos. Su respiración se hizo más tranquila y el temor desapareció.

—Solamente estoy cansada —se dijo a sí misma en voz alta.

Sus palabras retumbaron en la desierta habitación. Tomaría un baño caliente; eso le haría bien. Solo eran nervios, decidió. Comenzó a desvestirse en el cuarto de baño mientras se llenaba la bañera; doblando cuidadosamente su ropa, la colgó en el toallero y se miró en el espejo.

Sus manos retocaron, distraídas, su peinado. Las canas habían aumentado, y el color negro de sus cabellos aparecía grisáceo y deslucido. Le pareció que había sido el día anterior cuando aparecía brillante y lustroso. Su rostro presentaba leves arrugas, la piel ya no era suave y tersa como recordaba. Era como si otra persona, no ella, estuviera mirándola desde el espejo.

Se desabrochó el sujetador. Sus pechos, libres, cayeron informes y lacios contra

su cuerpo. Se estudió ante el espejo. Siempre había estado orgullosa de sus senos. Recordaba lo perfecta que había sido la forma de sus líneas, la turgencia y fuerza con que se había mantenido mientras criaba a sus hijos. A papá le gustaba admirarla. Se sentaba a observarla, y, después de un rato, con alegre risa, se dirigía al niño y le decía:

—¡Eh, tú, pequeño! ¿No crees que ya es suficiente? ¿Puedes dejarle algo a papá?

Ella se ruborizaba, reía y le decía que se marchase, que no fuera tan grosero, pero siempre en tono orgulloso. Sin embargo, ya no llamaban su atención. ¿Quién se sentiría atraído por algo así?

Se alejó del espejo hacia la bañera. Había una diferencia. Ninguno de los dos tenía ningún deseo malicioso. La dureza de la vida en esos últimos años les había extraído la energía. El recuerdo del placer era una vaga sombra en su mente. Era lo mejor de la juventud y sin problemas.

Se introdujo en la bañera y el vapor del agua la fue invadiendo. Se sentía ligera, como flotando en el aire. Las suaves caricias del agua fueron alejando sus temores, y, una vez más, volvió a ella la seguridad y la confianza. Se inclinó hacia atrás, el agua la cubrió hasta los hombros. ¡Qué agradable sensación! Reclinó la cabeza sobre el borde. Estaba soñolienta y los ojos se le cerraban.

«Me estoy volviendo vieja y tonta», pensó mientras sus párpados se cerraban. Se adormeció.

Su corazón palpitaba muy agitado de nuevo. Trató de mover los brazos, pero cayeron flácidos y sin vida. Tenía que levantarse, pensó desesperadamente, debía hacerlo. Con gran esfuerzo, alzó la cabeza y abrió los ojos. Su mirada recorrió la habitación.

El sonido del teléfono llegó hasta ella. De repente se encontró bien despierta. Recordó haber subido a tomar un baño. Se debía de haber quedado dormida unos momentos —pensó—, el agua estaba casi fría. El teléfono continuaba repicando insistentemente en la planta baja. Salió de la bañera apresuradamente, se secó los pies y ciñéndose la toalla sobre su cuerpo, bajó la escalera corriendo para contestar.

Tan pronto como hubo levantado el auricular y escuchado la voz de papá supo que algo iba mal. Lo había estado esperando todo el día.

—¡Mary —exclamó su marido con voz temblorosa—, el banco tiene una orden de apremio contra mí y la harán efectiva mañana!

Ella trató de mantenerse serena.

—¿Hablaste con ellos? —le preguntó; su voz reflejaba sus temores.

—Hice todo lo que pude —contestó él con resignación—. Les rogué, les supliqué que me dieran más tiempo, pero me contestaron que era imposible.

—¿Hablaste con tu hermano David? —preguntó mamá—. Quizá él pueda prestarte dinero.

—Hablé con él también —contestó. Hizo una pausa y el agotamiento se notó en su voz—. Estamos acabados... no tenemos nada que hacer.

—Harry, ¿qué vamos a hacer?

La visión de la familia harapienta caminando por las calles surgió en su mente. Luchó contra la histeria.

—David vendrá con su coche cuando sea de noche —replicó papá—. Trataremos de sacar todo lo que podamos de la tienda. Esconderemos el género en su negocio hasta que encuentre alguna forma de abrir de nuevo la farmacia en otro lugar.

—Pero, si os sorprenden, iréis a la cárcel —exclamó ella.

—Sí, entonces iré a la cárcel —contestó él con voz apagada—. Las cosas no pueden presentarse peor.

Al decirle todo lo que había sucedido, perdió su capacidad emocional.

—Embargarán la casa también —habló en yiddish, lo que no era muy corriente—. *Alles iss forloren* (todo está perdido).

Esa fue la noche en que, al llegar a casa, encontré a mamá llorando sobre la mesa de la cocina, y Mimí, también con lágrimas en los ojos, cogía su mano.

Esa fue la noche en que me fui sin cenar hacia la farmacia de papá y le ayudé a trasladar las cajas de medicamentos al coche de tío David.

Esa fue la noche en que estuve en la oscuridad de la calle, hasta las dos de la madrugada, y mi padre, llorando amargamente todo el tiempo, miró hacia los ventanales de la tienda y murmuró:

—Veinticinco años, veinticinco años.

Esa fue también la misma noche en que vi cómo mi madre y mi padre se abrazaban, sollozando, y comprendí que ellos también tenían sentimientos que no podían controlar. Por primera vez, vi reflejados el temor y la desesperación en sus rostros.

Me dirigí corriendo hacia mi habitación, me desvestí, me metí en la cama y quedé allí, mirando hacia la oscuridad. El apagado tono de sus voces me llegaba desde abajo. No pude conciliar el sueño en toda la noche y observé la luz del día entrar en mi habitación y yo nada podía hacer. Nada.

Y esa fue la noche en que, por primera vez, admití que no era mi casa, que realmente pertenecía a otra persona, y mi corazón no encontró consuelo en el llanto.

Día de mudanza. 1 de diciembre de 1932

Las cosas iban mal. Todo andaba mal, nada marchaba bien. Lo supe al minuto de subir del metro BMT en la avenida Church en vez de caminar a casa. Cuando me levanté esa mañana sentía un fuerte ardor en todo el cuerpo, como si alguien me hubiera golpeado en el plexo solar y fuese empeorando a lo largo del día. Ahora sentía que el dolor se hacía general. Iba hacia casa desde el colegio pero, en realidad, ya no iría a casa nunca más.

Había un expreso en la estación en el momento en que yo bajaba la escalera y, automáticamente, corrí hacia él. Me subí justo en el instante en que se cerraban las puertas. No había asientos libres y me apoyé contra la puerta del otro lado. Esa puerta se abría solamente una vez en el trayecto, en la avenida Atlantic, por lo que podría estar allí bastante tiempo sin ser molestado.

Hacía frío en el tren y me subí el cuello de mi chaqueta de piel de oveja. Había nevado hacía pocos días, pero las calles estaban limpias ya. Quedaban restos de nieve entre las vías férreas, frente al parque Prospect. El túnel se cerró a nuestro alrededor, ahogando la luz del día. Lancé un profundo suspiro, tratando de librarme de la opresión que sentía dentro de mí. No me ayudó. En todo caso, la acentuó todavía más.

Esa misma mañana, las cajas y cajones estaban a mi alrededor, pero las extrañas y desiertas habitaciones me recordaron algo: era día de mudanza. Había dejado mi habitación sin mirar atrás, con *Rexie* pisándome los talones. Quería olvidarme de todo, olvidarme que había sido lo bastante infantil como para creer que de verdad aquella era mi casa. Pero ya tenía edad suficiente para saber que ese es el tipo de cuentos que se suele decir a los chicos.

De pronto, la luz del día volvió a invadir el tren. Miré a través de la ventanilla; estábamos en Puente Manhattan. La próxima parada sería la mía, calle del Canal. Allí tenía que hacer transbordo al tren de Broadway-Brooklyn. El tren volvió a penetrar en el túnel y las puertas se abrieron poco después. Esperé unos minutos la llegada del otro tren, solamente eran las cuatro menos cuarto cuando salí a la esquina de Essex con Delancey.

Era como un mundo diferente. Las calles estaban atestadas de personas moviéndose continuamente, hablando en muchos idiomas. Había vendedores ambulantes gritando en las esquinas, frente a una pequeña mesa portátil con la mercancía, prontos a salir corriendo en cuanto apareciera un policía. Hacía frío, pero muchos iban sin abrigo y sin sombrero, las mujeres llevaban chales ceñidos a sus hombros. En todo lo que me rodeaba podía escuchar la baja y enmudecida voz de la pobreza. La risa no abundaba en las calles, a excepción de los niños, y aun ellos veían limitada su alegría.

Caminé por la calle Delancey, pasé frente a las tiendas de baratillo con su miserable mercancía, pasé frente al cine con su gran letrero anunciando la función de

la tarde, a diez centavos la entrada. Doblé hacia la izquierda, por la calle Clinton, y caminé dos manzanas hacia Stanton, con la cabeza baja. No quería mirar a mi alrededor, y continuamente sentía un peso en la boca del estómago, que parecía aumentar hasta llegar a mi garganta.

De pronto, alcé la vista. Allí estaba: una casa vieja y gris, con angostos y oscuros ventanales en sus cinco pisos. Una pequeña escalinata llevaba a su entrada, y a cada lado de ella había una tienda. Una era una sastrería, con las ventanas oscuras y cubiertas de polvo; la otra estaba vacía.

Lentamente, con desgana, subí los escalones. Al llegar arriba, me volví para mirar la calle. Era el lugar donde íbamos a vivir. Una mujer salió de la casa y me apartó de su camino; desprendía un fuerte olor a ajo. Cruzó la calle hacia uno de los vendedores y comenzó a regatear con él.

Me volví y entré en el edificio. El vestíbulo estaba oscuro y tropecé con algo que había en el suelo. Maldiciendo, me incliné para ponerlo en su sitio. Era una bolsa de papel llena de basura y desperdicios. La dejé caer rápidamente en el lugar que la había encontrado y comencé a subir la escalera.

Tres tramos, y, en cada descansillo, veía la bolsa de papel frente a la puerta, esperando que el basurero pasara a recogerla. El pesado olor a grasa cocinándose flotaba en la escalerilla. Sabía cuál era nuestro piso por las cajas que estaban frente a la puerta. Golpeé en ella.

Mamá abrió. Nos miramos mutuamente durante algunos segundos sin hablar. Entré en el apartamento. Mi padre estaba sentado a la mesa.

Escuché la voz de Mimí que venía desde dentro.

Yo estaba en la cocina, cuyas paredes estaban pintadas de un blanco sucio, esforzándose por ocultar la suciedad. Las cortinas de un color amarillo fuerte que mamá acababa de poner en la pequeña ventana al lado de la mesa, daban a la habitación una forzada nota de alegría. Ella me miró con ansiedad. Yo no sabía qué decir. En ese momento, *Rexie* llegó procedente de otra habitación, moviendo su cola y me arrodillé para acariciarla.

—Es muy bonito —dije sin alzar la vista.

El silencio se mantuvo durante unos momentos, y, por el rabillo del ojo, pude ver la mirada que cruzaban papá y mamá. Finalmente, mamá habló:

—No está tan mal, Danny. Será por poco tiempo, mientras tu padre se recupera. Ven, te enseñaré el resto del apartamento.

La seguí por las habitaciones. No había mucho que ver, nunca lo hay en un apartamento de cuatro habitaciones. La mía era casi la mitad de grande que mi antiguo dormitorio, y su dormitorio no era mucho mayor. Mimí tendría que dormir en el sofá-cama de la salita.

No dije nada mientras miraba. Todas las habitaciones estaban cubiertas con la misma pintura blanca de triste tono. ¿Qué podía decir? El alquiler era bajo y eso bastaba; veintiocho dólares al mes con calefacción y agua caliente.

Volvimos a la cocina. *Rexie* me seguía continuamente. Mi padre que estaba sentado fumando un cigarrillo no había pronunciado una palabra, sin embargo, en ese momento sus ojos se posaron en mí.

Acaricié una oreja del animal.

—¿Molestó en algo *Rexie*? —le pregunté.

Negó con un movimiento de cabeza.

—En absoluto —dijo en tono formal.

Su voz sonó diferente, no era como la de antes, se la notaba insegura.

—Es mejor que la saques a dar un paseo, Danny —dijo mi madre—. No ha salido en todo el día. Creo que está un poco atemorizada.

Me alegró tener algo que hacer. Llegué hasta la puerta y la llamé.

—Lleva la correa, Danny, es un vecindario extraño y puede perderse —me aconsejó mi padre, alcanzándomela.

—Sí, tienes razón.

Rexie y yo salimos al oscuro pasillo y comencé a bajar la escalera.

A mitad del primer tramo, me di cuenta que no me seguía. Estaba al comienzo de la escalera, mirándome. La llamé.

—Vamos, pequeña.

No se movió. La llamé de nuevo. Se echó en el suelo, mirándome, moviendo la cola, nerviosa. Me acerqué a ella y enganché la correa en el collar.

—Ahora, vamos —le dije—, no temas.

Al bajar la escalera me siguió con cautela. En cada descansillo tenía que obligarla a seguirme por el próximo tramo. Finalmente, llegamos a la escalinata de salida, en donde se quedó contemplando la calle. De pronto, trató de correr hacia el pasillo. La correa se lo impidió y se echó al suelo. Me arrodillé a su lado y cogí su cabeza entre mis manos. Pude notar que su cuerpo temblaba. La tomé en brazos y bajé con ella la escalinata. En la calle, ya no estaba tan asustada, pero, al dirigirnos hacia la calle Clinton, se mantuvo alerta, mirando a un lado y a otro con aspecto aprensivo. El ruido del tráfico la aterrorizaba.

Más abajo, el tráfico disminuyó y decidí pasear con ella por esa parte. Frente a una pastelería esperé el cambio de luces. Un camión pasó haciendo fuerte ruido y ella tiró desesperadamente de la correa. Podía escuchar su respiración entrecortada por el tenso collar. La cola metida entre sus patas. Estaba verdaderamente asustada. Al inclinarme para darle ánimos, escuché una risa burlona y miré por encima del hombro.

Frente a la pastelería había tres chicos, más o menos de mi edad. Uno de ellos se reía del temor de *Rexie*. Se dieron cuenta que los observaba.

—¿Qué sucede, amigo? —dijo con burla el chico que reía—. ¿Tiene miedo la ovejita?

—No más que tú, amigo —le repliqué sarcástico, tratando aún de calmarla.

Los otros dos enmudecieron ante mi respuesta. Parecían estar pendientes del

chico a quien yo había contestado. Él les dirigió una mirada de comprensión durante unos segundos y luego se aproximó hacia mí contoneándose. Ya conocía esa actitud. Tendría que hacer buenas sus palabras. Sonreí interiormente. Se llevaría una sorpresa. Comencé a sentirme mejor; la proximidad de la violencia pareció apaciguar el dolor en mi estómago.

Se detuvo ante mí. Inclinado aún al lado de *Rexie*, alcé la vista hacia él, mientras con mis manos intentaba calmar a la perra.

—¿Qué dices, amigo? —preguntó muy despacio.

Sonreí ligeramente.

—Ya me has oído la primera vez, amigo —le repliqué, imitando el tono de su voz.

Iba a incorporarme. Vi llegar su pie, pero no pude moverme con la suficiente rapidez. Me dio de lleno en la boca y caí de espaldas sobre la acera. La correa se soltó de mis manos. Me estiré desesperadamente para agarrarla, pero no alcancé a hacerlo. Sacudí la cabeza un poco atontado; entonces, escuché el grito.

Me puse rápidamente de pie. Había olvidado la pelea, *Rexie* corría por el medio de la calle entre el tráfico, sorteando los coches alocadamente.

—¡*Rexie*! —le grité.

Se desvió de su trayectoria y volvió hacia mí. Escuché su agudo aullido al desaparecer bajo las ruedas de un pequeño camión de reparto que doblaba la esquina a toda velocidad para alcanzar la luz verde. Corrí hacia ella. Aulló otra vez, pero más débil. Estaba tendida de costado sobre el bordillo de la acera, su pecho agitado, su hermosa piel marrón cubierta de sangre y polvo. Me arrodillé a su lado.

—¡*Rexie*! —grité, con voz ahogada.

Al recogerla, se le escapó un suave quejido, casi un susurro. Sus ojos eran dulces y miraban con pena. Su lengua colgaba fuera de su boca y la pasó suavemente por mi mano, dejando una huella de sangre.

La tenía apretada contra mi cuerpo, su cuerpo temblaba. De pronto, emitió un sonido entrecortado y quedó inmóvil. Sus patas colgaron flácidas contra mi cuerpo. La luz había abandonado sus ojos.

—*Rexie* —supliqué.

No podía creerlo. Tenía tanta vitalidad, era tan hermosa.

—*Rexie*, mi niña.

Un hombre abriéndose camino entre las personas que se habían reunido, con el rostro pálido, exclamó:

—¡Jesús!, chico, no alcancé a verla.

Lo miré durante unos segundos sin verlo. Todo lo que recuerdo de él es que su rostro estaba blanco, hada más. Me dirigí, hacia casa llevando en brazos a *Rexie*. La gente se apartó de mí en silencio. No podía llorar.

Mis ojos ardían, pero no podía llorar. Llegué ante la escalinata, en el oscuro pasillo, por la extraña escalera con olor desagradable; después, frente a mi puerta. La

abrí de una patada.

Mamá se levantó del asiento con un grito de alarma.

—¡Danny! ¿Qué ha sucedido?

La miré torpemente. Durante unos momentos, no pude hablar. Papá y Mimí habían llegado corriendo a la habitación cuando la escucharon gritar. Estaban todos frente a mí, observándome.

—Está muerta —dije por fin. No reconocí mi propia voz. Era ronca y áspera—. La atropellaron.

Frente a mí, en el suelo, había una caja de cartón. Me arrodillé y la puse dentro de ella con sumo cuidado. Cerré la tapa, despacio, y me puse de pie.

Mimí tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo sucedió?

Tuve envidia de sus lágrimas. Hubiera querido llorar; quizá así me sentiría mejor. La amargura subió a mi garganta.

—Sucedio —dije secamente—. ¿Qué importa cómo?

Limpié la sangre de mis manos en la pila de la cocina y me las sequé en un paño. Recogí la caja de cartón y me dirigí a la puerta.

La voz de mi padre me detuvo.

—¿Adónde vas?

—A enterrarla —contesté fuertemente—. No puedo guardarla aquí.

Su mano estaba sobre mi hombro, sus ojos mirando los míos.

—Lo siento, Danny —su voz estaba llena de ternura.

Sus ojos reflejaban comprensión, pero no tenía importancia, ya nada importaba.

Aparté su mano de mi hombro.

—Deberías ser tú —dije con amargura, acusador—. Es culpa tuya. Si no hubieras perdido la casa y no hubiéramos tenido que mudarnos, esto nunca habría sucedido.

Vi un estallido de dolor en su mirada y su mano cayó a un costado.

Salí al pasillo y cerré la puerta tras de mí. Era culpa suya. No tenía que haber perdido la casa.

Subí al trolebús Utica-Reid en la plaza, bajo el puente, sostuve la caja de cartón sobre mis rodillas durante todo el trayecto a través del puente, a lo largo de Williamsburg, y finalmente por Flatbush. Me apeé en Clarendon Road, la caja se hacía pesada en mis manos mientras caminaba por las familiares calles. En mi mente podía verla corriendo tras de mí. Veía su maravillosa piel y sentía su suavidad al acariciarla detrás de las orejas. Por último, sentía la humedad de su lengua lamiendo mis orejas cuando me inclinaba para recibirla.

Era ya de noche cuando llegué a la casa. Me detuve en la calle, frente a ella. Sus ventanas parecían abrirse, desiertas. Solo hacía horas que nos habíamos mudado y ya había tomado un aspecto triste y desolado. Miré arriba y abajo de la calle por si alguien me había visto. Estaba desierta.

Algunas luces se veían en la casa de los Conlon, pero, al pasar por la entrada de

coches, nadie me oyó. Llegué al patio trasero y puse la caja en el suelo. Estaba bien hecho. Ahí era donde ella había vivido, ahí debía descansar. En donde había sido feliz.

Miré a mi alrededor. Necesitaría una pala para cavar un hoyo. Quizá aún estaría la pala en el sótano, la que empleábamos para alimentar la calefacción. Me dirigí hacia la casa. Me detuve y volví por ella. No le gustaba quedarse sola.

Aún tenía la llave en mi bolsillo y abrí la puerta. Llevé la caja al interior y la puse frente a la cocina. La casa estaba a oscuras, pero yo no necesitaba ninguna luz. La conocía palmo a palmo.

Bajé al sótano y encontré la pala apoyada contra el depósito de carbón, donde estaba siempre; la cogí y volví a subir la escalera. Iba a llevarla fuera mientras cavaba su tumba, pero cambié de opinión y la dejé donde estaba. Siempre había tenido miedo de la pala.

Cavé tan en silencio como pude; no quería que nadie me oyera. El aire frío de la noche se hacía sentir contra mi rostro, pero no me importaba. Estaba sudando bajo mi chaqueta de piel de oveja. Cuando el hoyo fue lo bastante grande para ella, volví a la casa, recogí la caja y me la llevé fuera. La deposité suavemente en el suelo. Al levantarme para coger la pala, un pensamiento cruzó mi mente. ¿Y si no estaba muerta? ¿Y si aún vivía?

Me arrodillé y levanté la tapa de la caja, puse mi oído muy cerca de esta y escuché. No se oía nada, pero aún no estaba seguro. Introduje mi mano en la caja y toqué su hocico. El calor había abandonado su cuerpo. Muy despacio, cerré la caja y me puse de pie.

Las lágrimas acudieron a mis ojos al cubrirla de tierra. ¿Se les dicen oraciones a los perros? No lo sabía, pero recé por ella. Salió de mis labios silenciosamente en la oscuridad y, finalmente, la tierra la cubrió. Nivelé el suelo con mis pies. La luna había salido y su pálida luz proyectaba fantasmagóricas sombras en el patio. A ella le gustaba el tiempo frío, le daba energías y ganas de correr. Deseé que le gustara el clima dondequiera que se encontrara.

No sé cuánto tiempo permanecí con la pala en la mano; estaba helado cuando me alejé. Las lágrimas resbalaban silenciosas por mis mejillas, pero yo no estaba llorando.

Volví a entrar en la casa y, sin pensarlo, subí a mi habitación. Puse la pala contra la pared y me dirigí hacia donde había estado mi cama.

Bajo el rayo de luna que penetraba por la ventana pude ver la mancha que había dejado *Rexie* en el suelo, debajo de la cama, en donde ella dormía. Me tendí en el suelo y lloré. El amargo sabor de mis lágrimas penetró en mi boca mientras mi cuerpo estaba respondiendo al dolor que sentía. Al fin, me sentí agotado y me puse de pie torpemente. Sin mirar atrás, abandoné mi habitación y bajando la escalera salí a la calle.

El gordo de Freddie Conlon estaba llegando a su casa cuando yo salía del sendero

de coches. Me miró con sorpresa.

—¡Danny! ¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Dejaste olvidado algo?

Lo aparté de mi camino, sin responder, dejándole en la calle tras de mí. Sí, había dejado algo. Más de lo que yo hubiera podido imaginar.

El reloj de la joyería que había cerca de la esquina de las calles Clinton y Delancey indicaba las nueve cuando volví. Caminaba como en sueños. La muchedumbre pasaba por mi lado, había confusión y ruido, pero yo no veía ni oía nada. Mi cuerpo parecía vibrar con una angustia profunda y el lado de mi rostro que había sido golpeado me dolía.

Estaba ante la escalinata de la casa cuando, de pronto, desperté. Tuve conciencia del ruido del tráfico, las voces de la gente. Miré a mi alrededor como si estuviera viendo aquello por primera vez. La luz frente a la pastelería de la esquina me atrajo. Aún había algunos chicos que vagaban delante de ella. Bajé la escalinata de nuevo y me dirigí hacia la esquina.

Allí me detuve y observé a la pandilla que estaba frente a la tienda. A él no le vi. Después de observarlos cuidadosamente durante algunos minutos, estaba por alejarme cuando lo divisé, dentro del establecimiento, sentado ante el mostrador bebiendo un ponche.

Entré en la confitería muy despacio. Estaba de espaldas a la puerta y no me vio. Toqué levemente su hombro. Se volvió. Una expresión de rápido conocimiento apareció en su cara.

—Fuera —le indiqué con la mano.

Me observó, después miró a los otros chicos de la tienda. No le di tiempo a pensar; le toqué el hombro con más energía.

—Fuera —repetí en voz baja y ronca.

Apartó la bebida y se puso en pie.

—Guarda esto, Moishe —dijo al que estaba en el mostrador en tono divertido—. Volveré dentro de un minuto.

Cogí el vaso y lo vacié en la pila que había detrás de la barra. El ponche se mezcló con el agua sucia.

—Olvídalo, Moishe —dije con el mismo tono de voz—. No podrá bebérselo.

Volviéndome salí a la calle. Sus pasos resonaron tras de mí sobre el suelo de madera. En la esquina me detuve y me volví.

—Levanta las manos —le dije en tono alterado.

Me observó un instante, luego se acercó mucho a mí. Sus labios dejaban entrever sus dientes al sonreír haciendo una mueca.

—Duro, ¿eh? Crees que eres duro, ¿eh? —se mofó.

El estúpido dolor que estaba sintiendo durante todo el día en mi estómago pareció estallar.

—Sí, creo que soy lo sufic... —comencé a responder cuando de repente, recordé.

Me eché atrás con ligereza pero no con la suficiente rapidez. Su rodilla me golpeó

en la ingle y su puño cruzó mi rostro. Caí hacia delante, apoyando las manos y las rodillas. Vi su pie lanzándose contra mi rostro y traté de apartarme hacia un lado. El tacón de su bota me golpeó detrás de la oreja y caí al suelo todo, lo largo que era.

El ruido del tráfico parecía venir de muy lejos, mi cabeza daba vueltas de extraña manera. La sacudí y me puse de rodillas de nuevo. Se estaba riendo.

—Eres duro, ¿verdad?

Me afirmé a una boca de riego cercana y traté de levantarme. Sacudí la cabeza otra vez. Se estaba aclarando rápidamente y pude sentir el sabor de la sangre en mi boca.

Seguía riendo, insultante.

—¿Crees que eres duro ahora? ¿Eh, fanfarrón?

Lo observé con cautela, aún apoyado en la boca de riego. Que siguiera hablando, me hacía un favor. Me estaba dando tiempo. Podía sentir cómo la fuerza volvía a mis piernas.

Se aproximó a mí muy despacio, deliberadamente, tomándose mucho tiempo. Estaba muy seguro.

Tratando de ganar más tiempo aún, di la vuelta alrededor de la boca de riego. Todo lo que necesitaba eran unos segundos más. Por primera vez agradecí a Sam que me hubiera enseñado a guardar mis energías y cómo recuperarlas.

Él se detuvo.

—¿Cobarde también? —preguntó despreciativo—. ¡Como tu perro! Me alejé de la boca de riego. Ya estaba bien. Me enfrenté a él. Se adelantó hacia mí fintando con su derecha. No lo sabía, pero ese fue su segundo error; el primero había sido darme tiempo.

Con mi izquierda aparté su derecha violentamente, la mía se hundió hasta el puño en su vientre, justamente bajo el cinturón. Se dobló hacia delante, cruzando las manos donde había recibido el golpe, y le di un gancho con la izquierda en plena mandíbula. Se volvió medio de costado y, tambaleándose, cayó. Le golpeé varias veces en el rostro y en el mentón antes que cayera al suelo.

Quedó tendido a mis pies. Me incliné sobre él. Debía haber sido fuerte como un caballo, estaba tratando de ponerse de pie. Le di una patada en un lado de la cabeza y volvió a caer.

Le observé durante algunos segundos; después, di media vuelta y me alejé. Por primera vez advertí la muchedumbre que se había reunido en torno nuestro. Solo sentí un ruido a mi espalda.

Me volví rápidamente. Estaba de pie tras de mí. Algo brillante que llevaba en su mano alzada se abatió contra mí al saltar yo de lado. Sentí algo cortante sobre mi hombro. Era una navaja automática. Pasó a mi lado con ímpetu y yo le golpeé en la nuca con la mano.

La muchedumbre que había frente a él se apartó y fue a dar contra el muro del próximo edificio. Lo seguí con rapidez. No podía darle la oportunidad de que se

volviese.

Le cogí la mano que empuñaba la navaja y di un fuerte tirón hacia mí. Gritó. Tiré de nuevo y la navaja cayó con un ruido sordo sobre la acera. La aparté con el pie y le hice girar. Su rostro estaba contraído por el dolor y el miedo. Sus ojos le saltaban de las órbitas. Sostenía la cabeza contra la pared del edificio, y comencé a golpear su rostro con mi puño libre.

Una violencia salvaje me invadió, una alegría inhumana. Por primera vez en mi vida, me gustaba pelear. Mi primer puñetazo le aplastó la nariz contra el rostro. Pude oír cómo el hueso crujía. Gritó de nuevo.

Riendo con sarcasmo le di en la boca. Al abrirla para respirar, vi el hueco que unos dientes habían dejado. Yo estaba contento. Nunca me había sentido así antes. La sangre corría por un lado de su cara. Quería hacerle un charco de sangre. No deseaba que tuviera su cara como era. Una nube roja oscureció mi vista y seguía riendo y golpeándole, gritando de felicidad.

Sentí cómo unas manos me apartaban de él. Luché por evitarlo. De pronto, un dolor en la nuca me aturdió y comencé a sentirme débil. Lo solté y cayó tendido a mis pies. Unas manos apretaban mis brazos contra mis costados. Alcé la vista para ver quién me sujetaba. Al disiparse la nube roja que enturbiaba mis ojos, vi el uniforme azul marino de un policía.

Me llevaron detenido hacia la comisaría de Williamsburg Bridge y me encerraron en una celda. Un hombre entró a verme, un doctor, y puso esparadrapo en la herida que me había hecho con la navaja. Después, me dejaron solo.

Permanecí allí cuatro horas sin que nadie volviera de nuevo a mi celda. Estaba cansado, pero no podía dormir. Mis párpados se hacían pesados, pero no podían cerrarse. Todo lo que pude hacer fue pensar. Lo único que podía ver era un pequeño cachorro de piel marrón que trataba de escalar la pendiente de una gran zanja, detrás de mí.

La puerta de la celda se abrió con un sonido metálico. Un policía apareció en ella.

—Tu padre ha venido a buscarte, chico —me dijo con amabilidad.

Me puse en pie y recogí mi chaqueta, que estaba sobre el camastro. Sentí como si hubiera realizado esa acción otras muchas veces. Muy despacio, lo seguí por el corredor pintado de gris hasta la escalera. Abrió la puerta y me indicó que entrara. Mi padre y un hombre estaban sentados allí.

Papá, de un salto, se puso de pie.

—He venido para llevarte a casa, Danny —dijo.

Me quedé allí mirándole vacíamente. ¿A casa? ¿A ese lugar? Eso nunca será mi casa.

El hombre que estaba con mi padre se puso de pie y me miró.

—Has tenido suerte, chico, que averiguásemos lo que sucedió. El muchacho que golpeaste estará en el hospital durante semanas. Pero es un verdadero gamberro y quizá nos hiciste un favor. Vete ahora y no nos causes más problemas.

Sin decir nada, me dirigí hacia la puerta. Tras de mí oía la voz de mi padre agradecer al hombre lo que había hecho. Salí a la calle; entonces, mi padre me alcanzó. Frente a la calle Delancey esperamos el cambio de luz del semáforo.

—Tu madre y yo estábamos asustados, Danny. No sabíamos lo que te había sucedido.

Su voz era áspera, pero trataba de hablar con lentitud. Su rostro, generalmente sonrosado, se veía pálido a la luz de las farolas. Me parecía haber escuchado esas palabras antes. En otro momento, en otro lugar. No respondí.

Cambió la luz y cruzamos la calle. En la otra acera trató de entablar conversación de nuevo.

—¿Por qué lo hiciste, Danny?

Su rostro estaba angustiado. Algo había sucedido que él no comprendía.

—No es digno de ti hacer una cosa semejante.

Quizá antes no, pero todo era diferente. Estaba en un mundo diferente y quizá yo fuera un Danny Fisher diferente también. No lo sabía. Continué sin responder.

Trató de hablar una vez más y después quedó en silencio. Caminamos dos manzanas y volvimos hacia nuestra calle. En la esquina, vacilamos durante unos momentos, cruzamos nuestras miradas y, rápidamente, las desviamos.

La calle estaba desierta, sucia y cubierta por los desperdicios dejados durante el día. Nuestros pasos resonaban sobre la acera.

Había comenzado a nevar. Me subí el cuello de la chaqueta. Por el rabillo del ojo pude ver a mi padre caminando a mi lado. Fue entonces cuando comprendí vagamente lo que ocurriría: mi padre y yo éramos unos extraños que caminaban silenciosamente bajo la noche.

Libro Segundo

TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA

Papá miró su reloj cuando salimos a la calle por el oscuro pasillo. Lo volvió a meter en su bolsillo con un movimiento nervioso y me miró insinuante.

—Las tres menos cuarto —musitó—. Tendré que apresurarme o llegaré tarde.

Lo miré sin mucho interés. Hacía cinco meses que vivíamos en aquel lugar y parecía que lleváramos toda la vida. Desde el primer día en que nos mudamos nada había salido bien. Ahora papá tenía trabajo en una farmacia de la calle Delancey. Veintitrés dólares a la semana.

—¿Vienes conmigo? —preguntó papá.

Asentí en silencio. Era mejor que lo hiciera. Había quedado en verme con la pandilla en la esquina cerca de la fuente de soda. Apresuré el paso para ajustarme al de él.

El recuerdo de esos cinco meses estaba muy reciente en nuestras mentes. Los días en que yo había vuelto del colegio y le había encontrado sentado en la cocina del oscuro apartamento, mirando las paredes, con una expresión de desaliento y desesperación pintada en su rostro. Yo había tratado de sentir lástima, pero no pude; se lo había buscado. Si solamente hubiera sido un poco más hábil...

Aún le quedaba algo de su antigua expresión en el rostro, la noche en que nos notificó lo de su trabajo, unos días antes. Me sentó como un fuerte golpe en la boca del estómago. Veintitrés dólares a la semana para un farmacéutico titulado con veinticinco años de experiencia. No era justo. Apenas teníamos para comer.

Torcimos por la esquina de Delancey y nos paramos frente a la tienda en que papá trabajaba. Se detuvo y me miró vacilante. Pude notar que quería preguntarme lo que haría el resto de la tarde, pero era demasiado orgulloso. No quise contárselo.

—Dile a mamá que llegaré a eso de las diez y media —dijo por fin. Asentí.

Movió los labios como para decir algo más, y después los cerró como si hubiera cambiado de opinión. Hizo un leve movimiento de cabeza, cuadró los hombros y entró en la tienda. El reloj indicaba las tres en punto exactamente cuando él entró.

Me quedaba todavía algo de tiempo, de manera que me recliné sobre el cristal observando a la gente que pasaba. Desde el interior de la tienda una voz llegó a mis oídos y me volví para mirar.

Un hombre salía de detrás del mostrador de la farmacia quitándose la chaqueta.

—¡Jesús, Fisher! —decía en ese tono bajo de voz que se puede escuchar a tres metros de distancia cuando se está mirando al que habla, pero que es inaudible si no se le ve—. ¡Soy feliz de poder largarme de aquí! El jefe no está de buen humor y me lleva azuzando todo el día.

Papá se sacó la chaqueta en silencio y echó una mirada al reloj de pared confirmando la hora. Una expresión de alivio asomó a su rostro.

Un hombre pequeño, rechoncho, de rostro irascible, salió de la trastienda. Se asomó a la farmacia, sus gafas de gruesos cristales relumbraban con la luz.

—¿Es usted, Fisher? —inquirió con voz delgada e irritante.

No esperó la respuesta.

—Apresúrese —continuó—, tengo aquí un par de recetas que le están esperando.

Hubo una expresión atemorizada y sumisa en la voz de papá. Nunca la había escuchado antes.

—Sí, señor Gold —respondió papá.

Con rapidez se dirigió a la trastienda. Su chaqueta y su sombrero estaban ya en sus manos al volverse hacia el hombrecillo con una mirada apologetica.

—No fue mi intención el hacerle esperar, señor Gold.

El hombrecillo lo miró contencioso.

—Podría llegar más temprano. No le haría daño.

—Lo siento, señor Gold —dijo papá, excusándose.

—Está bien, pero no se quede ahí como un estúpido, Fisher —dijo el señor Gold, poniendo dos hojas de papel en las manos de papá—. Póngase su bata, ¡y al trabajo!

Se volvió de espaldas y se alejó.

Papá se quedó mirándole durante unos instantes. Mantenía su rostro totalmente inexpresivo. Luego, hojeó las recetas que tenía en sus manos y se dirigió despacio hacia el mostrador. Colocó su sombrero y su chaqueta sobre una silla y se puso la bata de trabajo.

Dejó las recetas sobre la mesa, las estiró con la mano y las estudió de nuevo durante algunos segundos. Después, cogió una botella y una medida de un estante. Casi pude escuchar el débil y agudo sonido que hizo la botella al golpear contra el cristal de la medida cuando vació el líquido dentro de ella con mano temblorosa.

De pronto, alzó la vista y vio que yo le estaba observando. Sus ojos reflejaron preocupación y la vergüenza asomó a su rostro. Aparté la mirada distraído, como si no le hubiera visto, y me alejé.

La pandilla ya estaba esperándome cuando llegué. Nos apartamos de la esquina con rapidez. No queríamos llamar la atención. No perdí el tiempo con ellos.

—Ya sabéis lo que hay que hacer —dije en voz baja y cuidadosa—. Entraremos como por casualidad. Dos cada vez. En silencio. Cuando estemos todos allí, daré la señal y Spit y Solly entablarán una pelea en el fondo del establecimiento. Mientras todo el mundo esté mirando hacia la pelea, el resto entrará en acción. Y recordad: no cojáis nada inútil, solo cosas que podamos vender. No os quedéis dando vueltas para ver cómo han salido los otros. No cojáis porquerías, sino las cosas de más valor. En cuanto hayáis cumplido con vuestro cometido, os esfumáis y no esperéis por nada. ¡Desapareced! Todos sabéis dónde nos encontraremos después. Haced tiempo durante una hora antes de reunirnos.

Los observé. Sus rostros estaban serios.

—¿Comprendéis?

No hubo respuesta. Sonreí.

—Bien. Yo entraré ahora. Estad atentos y no hagáis nada hasta que yo dé la señal.

La pandilla se diseminó y yo me alejé rápidamente. Doblé la esquina y entré en el *drugstore*. Estaba atestado de gente. Mejor, así sería más fácil.

Me abrí camino hacia el final del mostrador. Sentándome en un taburete, esperé a que la chica me atendiera. Por el espejo que había tras el mostrador pude ver a Spit y a Solly que pasaban por detrás.

La chica de la barra se detuvo ante mí.

—¿Qué desea?

—¿Qué tienes, nena? —le repliqué.

Yo estaba haciendo tiempo.

Me miró cansada, apartándose unos cabellos que le caían sobre la frente.

—Está todo escrito —respondió con voz cansada—. Puedes leerlo.

Hice como que leía los letreros pintados sobre el espejo, tras ella. Dos de los chicos estaban entrando.

—Un doble de chocolate con soda —le dije—. Especial.

La chica caminó tras el mostrador y preparó la soda con una habilidad descuidada. Tanto de jarabe, tanto de sifón, el helado de crema —dos cucharadas, cuidadosamente puestas, de forma que el cliente no se diera cuenta que estaban solo a medio llenar— algo más de sifón. Eché un vistazo por el establecimiento.

Todos los muchachos estaban en sus puestos. Esperé la soda, impaciente. De pronto, tuve el deseo de que se terminara enseguida. Me pareció una brillante idea cuando estuvimos planeándola, pero ahora estaba nervioso. La chica volvió y puso la soda ante mí, sobre el mostrador. Le di una moneda y ella la introdujo en la caja registradora.

Los muchachos me estaban observando con disimulo. Cogiendo una cañita, la introduje en la soda y la revolví, comencé a dar sorbos. La soda había dejado un sabor dulce en mi boca cuando el ruido de una pelea estalló tras de mí.

Me sonreía interiormente al volverme hacia el lugar del que procedía el ruido. Solly caía sobre una estantería con alimentos en conserva. El ruido resonó por el establecimiento y la gente comenzó a correr hacia él. Los chicos estaban haciendo un trabajo excelente. La chica del mostrador habló y yo di un salto, sorprendido. Estaba mirando por encima de mi hombro, con curiosidad.

—¿Qué sucede allí?

—No sé. Una pelea, supongo.

—Me da la impresión que está preparada —dijo ella.

Sentí que mi pulso se aceleraba nerviosamente.

—¿Qué insinúas? —pregunté.

—Esos chicos no se están haciendo ningún daño —dijo simplemente—. Apuesto que hay otros que están limpiando el local. Es una vieja treta. —Sus ojos observaban detenidamente el establecimiento—. Mira allí. ¿Lo ves?

Había sorprendido a uno de los muchachos que se estaba llenando los bolsillos con los objetos que había sobre el mostrador de los cosméticos. Justo en ese momento, el chico se volvió y miró hacia donde yo estaba. Comenzó a sonreír, pero yo le hice una señal significativa con la cabeza y él se dirigió hacia la puerta.

Me volví hacia el mostrador. La chica tenía la vista fija en mí con los ojos muy abiertos.

—Tú estás metido en eso —susurró.

Extendí mi brazo con rapidez por encima del mostrador y la agarré por un brazo, con una sonrisa fría en mis labios.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté en voz baja.

Me observó durante unos instantes, luego se sonrió.

—Nada —respondió—. No es de mi incumbencia. Barbara Hutton puede preocuparse si quiere.

La solté y me volví hacia la tienda. Todos los chicos habían desaparecido y Solly estaba siendo empujado hacia la puerta por un grupo de hombres. Sentí alivio. Aún sonriendo, volví a mi soda, extraje una cuchara llena de helado y sentí cómo se derretía en mi boca.

—La soda que haces es bastante mediocre —le dije.

Sonrió de nuevo. Tenía el cabello de un negro azabache, y sus ojos eran de un color castaño muy suave. El rojo de los labios destacaba violentamente en la palidez de su rostro.

—Tienes mucha suavidad para decirlo —susurró.

Sentí que me invadía un estremecimiento. Me pareció haber acertado con esa chica.

—¿Cuál es tu nombre, nena? —pregunté.

—Nellie —respondió.

—El mío es Danny —le dije—. ¿Vives en el vecindario?

—En la calle Elridge.

—¿A qué hora sales de aquí?

—A las nueve, cuando cierran —replicó.

Me puse en pie, orgulloso. Estaba muy seguro de mí.

—Vendré a buscarte a la esquina —dije—. Haremos algo.

No esperé la respuesta, sino que me dirigí rápidamente al lugar en donde estaban poniendo las cosas en los estantes sobre los cuales había caído Solly. Los observé durante unos minutos y después volví al mostrador.

La chica aún me estaba observando. Le sonreí.

—Hasta las nueve, Nellie.

Me obsequió con una ligera sonrisa.

—Estaré en la esquina, Danny.

Me despedí con un movimiento de mano y me dirigí hacia la salida.

Sentí como sus ojos me seguían. Al pasar frente al mostrador de la perfumería,

cogí un peine y lo pasé por mis cabellos. Después, salí a la calle, metiéndolo en el bolsillo de mi camisa.

El perista me observó con mirada astuta.

—¿De dónde sacaste esto? —preguntó.

—¿Lo compras? —repliqué con sarcasmo—. ¿O deseas su historial?

Bajó la vista hacia las cajas de cartón. Sus manos cogieron un tarro de crema facial y lo pasó de una mano a otra, nervioso, mientras hablaba.

—No quiero líos con la policía —dijo.

Hice un ademán de llevarme las cajas de cartón.

—Entonces, alguien lo comprará.

Cogió mi mano rápidamente.

—Espera un minuto. No dije que no lo quisiera.

Solté las cajas.

—Entonces, no más preguntas. Quince dólares y es todo tuyo.

Sus labios se entreabrieron dejando a la vista unos dientes amarillos.

—Diez.

—Catorce —pedí rápido.

El ritual había comenzado. Se regatea por todo en el East Side. Era de esperar.

—Once.

Negué moviendo la cabeza.

—Doce.

Estaba estudiando mi expresión.

—No —repliqué.

Respiró lentamente.

—Doce cincuenta —casi suspiró—. Ese es el máximo.

Miré su rostro durante unos instantes y extendí la mano.

—Págame —exigí.

Metió una mano en el bolsillo y sacó un sucio monedero que abrió, dejando al descubierto un pequeño fajo de billetes. Con sumo cuidado los contó sobre mi mano.

Los volví a contar de nuevo, los guardé en mi bolsillo y me disponía a irme cuando me llamó.

—Si tienes algo más —dijo con avaricia—, tráelo aquí. Te trataré bien.

Lo estaba observando, pero no podía verle. No veía nada. Doce cincuenta dividido en siete partes era menos de dos dólares por cabeza. No valía la pena el esfuerzo.

—Seguro —le respondí, alejándome—. Lo tendré en cuenta.

No volvería a verme de nuevo. No daba bastante porcentaje.

Al pasar por la calle Rivington, miré mi reloj. Eran casi las seis. Me reuniría con la pandilla a las siete, frente a la pastelería. Decidí pasar por casa a recoger la comida

de papá. Todos los días mamá se la enviaba a la tienda. Le ahorraría un viaje.

Los pasillos olían. Con disgusto, vi las bolsas de papel con la basura que aún estaban frente a las puertas. Otra vez el cerdo del basurero se había emborrachado olvidándose de recoger los desperdicios. A pesar de verlo tantas veces, no podía acostumbrarme a ello.

Tropecé en un escalón desportillado y maldije por lo bajo. Odiaba este lugar. Deseé tener la suficiente «pasta» como para poder abandonar esa suciedad. Algún día poseería bastante dinero y compraría nuestra antigua casa y dejaríamos para siempre este inmundo vecindario.

Abrí la puerta de nuestro apartamento y entré. Mamá estaba en la cocina. Me miró con cansancio.

—Papá dijo que llegaría a casa a eso de las diez y media —le dije. Ella asintió con la cabeza.

—Podría llevarle su comida —me ofrecí.

Me miró sorprendida. Era la primera vez que se lo decía desde que él tenía ese trabajo.

—¿Quieres comer tú primero? —me preguntó.

Moví la cabeza negativamente.

—No tengo apetito —mentí—. Un amigo me invitó a un par de «perritos calientes» en el Katz.

—¿No quieres un poco de sopa? —insistió.

—No, mamá —respondí—, estoy satisfecho.

Al mirar dentro de la olla, vi que no alcanzaba para todos.

Ella estaba demasiado cansada como para insistir y sacó del armario un recipiente de loza que comenzó a llenar. Al terminar, lo envolvió cuidadosamente en un papel y me lo entregó. Me dirigí hacia la puerta.

—Ven a casa temprano esta noche, Danny —me advirtió después que cerró la puerta.

—Muy bien, mamá —dije en voz alta, bajando ya la escalera.

Me detuve ante la farmacia y miré al interior. Había algunos clientes que eran atendidos por un empleado. Papá debía de estar en la trastienda. Entré y esperé frente al mostrador.

La voz aguda de un hombre gritando se oía en el interior. Involuntariamente escuché, recordando lo de esa mañana.

—¡Estúpido inútil! —estaba gritando la misma voz delgada y desagradable—. No sé por qué le di empleo. Esto es lo que sucede con todos los que han tenido negocio propio antes. Creen que lo saben todo y no escuchan a nadie.

La voz se acalló y se escuchó el murmullo apagado de la de papá. No pude entender sus palabras, de manera que me asomé a través del cristal que separaba la tienda de la habitación de atrás. Papá estaba allí de pie, hablando al señor Gold. Este observaba con el rostro encendido por la ira. Comenzó a gritar de nuevo sin dejar que

papá terminara de hablar.

—¡No quiero excusas ni disculpas! ¡Sentí lástima de usted cuando llegó aquí llorando porque necesitaba un trabajo, pero, al diablo, o hace usted las cosas como yo se lo indico o lo echo a la calle! ¿Entiende, Fisher? ¡Como yo quiero, o fuera! ¡Eso es todo!

Entonces pude escuchar a papá con toda claridad.

—Lo siento, señor Gold —estaba diciendo.

Su voz era tan servil y entristecida que me sentí enfermo.

—No volverá a suceder, señor Gold. Lo prometo.

Un impulso incontenible se apoderó de mí. Podía matar a ese hijo de perra que hablaba a mi padre de esa manera y lo hacía arrastrarse de esa forma. Ningún hombre tenía derecho a tratar así a un semejante. Papá se había vuelto hacia el hombrecillo. Estaba de espaldas a la cristalera, sus hombros caían pesadamente, su cabeza inclinada con respeto.

La voz del empleado vino a interrumpir mis pensamientos.

—¿Puedo servirle en algo, señor?

Me volví hacia él sorprendido. El malestar que sentía había remplazado a mi rabia. Negué con la cabeza y me dirigí hacia la puerta. Entonces, recordé la comida que llevaba en mis manos y volví al mostrador para dejarla allí.

—Esta es la comida del doctor Fisher —dije al empleado y corrí hacia fuera; oía la voz aguda del señor Gold siguiéndome hasta la calle.



—¿Un dólar y medio por cabeza?

La voz de Spit era quisquillosa.

Lo observé con frialdad. Mi voz fue cortante.

—Si puedes hacerlo mejor, ¿qué esperas?

La saliva se acumuló en la comisura de su boca como le ocurría siempre que estaba excitado.

—Está bien, Danny, está bien —dijo apresuradamente—. No estoy discutiendo.

Terminé de distribuir el dinero, luego alcé la vista hacia ellos. Me había quedado dos dólares, pero esa era mi parte. Yo había planeado el trabajo.

—¿Qué vendrá ahora, Danny? —preguntó Spit, ansiosamente.

—No lo sé —respondí, extrayendo un cigarrillo—. Pero no nos interesa más de eso. No vale la pena.

Encendí el cigarrillo.

—No te preocupes, ya pensaré en algo.

Di una mirada a mi reloj. Eran casi las siete.

—Probaré suerte con el *crap* que están jugando en el garaje —dije—. ¿Viene alguien conmigo?

—Yo no —expresó Spit con rapidez—. Tengo que esperar a una chica. Por lo

menos le sacaré algo a este dinero.

La pandilla se disolvió y me dirigí solo hacia la esquina. Spit me había hecho recordar que tenía una cita a las nueve con la chica del *drugstore*. Parecía inteligente, lo cual me gustaba, porque si algo no podía soportar era las chicas estúpidas, esas que solo sabían responder una cosa cuando se llegaba al momento cumbre: No. A las chicas inteligentes, por lo menos uno las podía a veces convencer.

Estaba llegando al garaje. Me sentía mejor al ponerme frente a su entrada. Los tres dólares y medio que tenía en mi bolsillo eran poca cosa. Si tenía suerte, podría invitar a algo a la chica.

Un muchacho italiano de rostro delgado estaba vigilante a la entrada del garaje. Pasé por su lado. Se adelantó a detenerme.

—¿Adónde vas? —preguntó.

Aparté su mano sin enfadarme.

—Calma, *macarroni* —le sonreí—. Solo voy a probar suerte.

El muchacho italiano sonrió al reconocerme.

—De acuerdo, Danny —dijo, volviéndose hacia la puerta.

Atravesé el garaje a oscuras hacia la luz que se divisaba al fondo. En un espacio oculto por los automóviles, un grupo de hombres y muchachos estaban formando un semicírculo. Sus voces eran bajas y susurrantes, interrumpidas solamente por el peculiar ruido que emitían los dados. Varios de ellos me miraron mientras me acercaba pero volvieron a lo suyo en cuanto me reconocieron. Su atención estaba totalmente absorbida por los dados que rodaban por el suelo y rebotaban contra la pared.

Estuve allí, silencioso, durante algunos minutos, tratando de estudiar el juego. Yo no creía en eso de estimular los dados, traté de darme cuenta de quién estaba obcecado y seguirlo con cuidado. Había un hombrecillo moreno que parecía estar de suerte. Le observé con detenimiento. Había recogido dos apuestas antes que yo me decidiera. Seguí su jugada al apostar él contra los dados en la vuelta siguiente. Puse un dólar sobre el suelo.

—Contra —dije.

La apuesta fue aceptada.

El jugador puntuó y yo perdí mi apuesta. Seguí al hombrecillo moreno de nuevo. Esa vez, gané. Nuevamente aposté y gané. Me estaba excitando. Aposté otra vez y gané. Ya tenía siete dólares, estaba de suerte.

El hombre que había estado tirando los dados alzó la vista.

—No sigo —dijo con disgusto, poniéndose de pie y sacudiéndose el polvo de los pantalones.

El cajero miró a su alrededor.

—¿Quién los quiere? —preguntó.

No había voluntarios. Nadie quería los dados. El cajero estaba acostumbrado a eso. Algo había en aquel pequeño ambiente de juego que indicaba que había que ir

contra los dados. Pero el juego tenía que continuar. Su mirada se detuvo en mí.

—Tómalos, Danny —me indicó—. El primer dólar libre.

Me adelanté con desgana y recogí los dados. No podía hacer otra cosa. Era el último en haber entrado en el juego y esa era la norma. No pude negarme. Agité los dados en mi mano.

De pronto, me invadió una sensación de seguridad. Noté que mi corazón comenzaba a palpar con la excitación. No podía fallar. Tiré dos dólares al suelo. Otro dólar cayó junto a ellos, era del cajero. Soplé tibiamente sobre las palmas de mis manos mientras otros billetes caían en el suelo. Lancé los dados. Golpearon alocadamente contra la pared y se detuvieron.

¡Un natural! Recogí los dados de nuevo y los agité. Esta vez les dije durante bastante tiempo palabras que ningún extraño comprendería. Pude sentir que se entibiaban en mis manos y que me habían comprendido como si hubiesen sido humanos. Recogí los seis billetes.

Buscaba el cuatro. Los recogí nuevamente y continué susurrándoles. Cuando sentí llegado el momento, los lancé y acerté.

Aparté nueve dólares y dejé el resto. El sudor corría por mi rostro mientras agitaba los dados. Tenía fiebre.

Eran casi las nueve menos cuarto cuando miré el reloj. Devolví los dados y entregué el juego. Tenía más de veinte dólares. La camisa se pegaba a mi espalda con el sudor. Entonces, salí del garaje.

El chico que estaba en la puerta me sonrió.

—¿Ya te limpiaron, Danny? —se mofó.

Le devolví la sonrisa y le tiré una moneda de cincuenta centavos.

—Cómprate un buen emparedado, *macarroni* —le dije—; tendrá mejor sabor que tus uñas.

Esperé frente al *drugstore* observando a las chicas que salían. Encendí un cigarrillo. Eran las nueve y diez. Se estaba retrasando bastante. Quizá me daría plantón. Le concedería cinco minutos más y después, al diablo con ella.

—Hola, Danny —dijo suavemente.

Estaba a mi lado. Había observado que salía del establecimiento, pero no la había reconocido, parecía mucho más joven que con su uniforme de trabajo.

—Hola, Nellie.

Mis ojos se abrieron. Era una muchachita. Como mucho tendría mi edad.

—¿Tienes apetito? —le pregunté después de un momento de vacilación.

Asintió silenciosamente. Parecía estar un poco incómoda, no tan segura de sí misma como parecía estar tras el mostrador.

Cogí su brazo y la guie hacia la esquina, observándola por el rabillo del ojo. Su cabello era negro intenso, y al reflejarse la luz de la calle sobre él, parecía proyectar unos tonos azulados. Sus ojos eran grandes y miraban con fijeza hacia delante al caminar. Usaba carmín, pero más suave del que tenía durante el día.

—Pareces más joven —exclamé con cierta sorpresa.

Ella se volvió hacia mí.

—Muchas chicas se maquillan para parecer de más edad en los establecimientos. De otra forma no podrían continuar en el empleo. —Un cierto calor de vergüenza se reflejó en sus ojos—. Tú, en cambio, pareces mayor de lo que aparentabas en la tienda.

Le sonreí. Eso me hacía sentir bien. Estábamos frente al restaurante, y su cartel luminoso de un azul amarillo apagado nos observaba:

CARNE MEIN 30 cent. OLLA CHINA

—Comamos algo —dije, abriendo la puerta y dejándola pasar delante de mí.

Un viejo chino, de mirada cansada, nos llevó ante una mesa. Dejó caer dos menús sobre ella y se alejó sin decir nada. El restaurante estaba casi desierto; solamente estaban ocupadas otras dos mesas. Repasé el menú con ligereza, ya sabía lo que quería. La miré por encima de la mesa.

Nuestras miradas se encontraron.

—Carne Mein para mí —sonrió.

—Y arroz frito. Lo mezclaremos —añadí enseguida.

No quería que equivocadamente me confundieran con alguien de mucha «pasta».

Un camarero chino, joven, de mirada tan cansada como el viejo que nos había

acompañado hasta allí, puso una tetera sobre nuestra mesa y esperó distraídamente nuestro pedido. Se lo di enseguida y se alejó. Me volví hacia la chica. Al encontrarse nuestras miradas, ella bajó la vista. El color comenzó a subir a su rostro y una clara tensión se interpuso entre los dos.

—¿Qué sucede? —pregunté.

Alzó la vista para encontrarse con la mía.

—No debiera estar aquí —replicó nerviosa—. No sé quién eres. Mi viejo...

—¿A tu viejo no le gustaría? —interrumpí, sonriendo confiadamente. Me sentía más seguro—. ¿Qué edad tienes?

Sus ojos vacilaron ante los míos.

—Diecisie... no, dieciséis años —respondió entrecortada.

—¿Has estado trabajando allí durante mucho tiempo? —pregunté.

—Casi un año —dijo ella—. Creen que tengo más edad.

—¿Tu viejo es muy recto? —pregunté.

Una simpatía que no podía evitar se había apoderado de mi voz, y la tensión había disminuido entre nosotros.

—No, creo que es normal. Pero ya conoces a esos italianos chapados a la antigua. Siempre con su frase: en mi tierra esto, en mi tierra lo otro.

Me miró a los ojos.

—Tengo los años suficientes como para mentir acerca de mi edad, para encontrar trabajo y llevar dinero a casa, pero no tengo los bastantes para salir con chicos. Si supiera que ahora estaba contigo, me ganaría una paliza.

La miré especulativamente, pensando acerca de ese largo discurso.

—Entonces, ¿por qué has venido? —le pregunté.

Sonrió.

—Quizá me estoy cansando de vivir a la antigua. Tal vez ya sea hora que él sepa que este es otro país. Aquí se hacen las cosas de otra manera.

—¿Es esa la única razón? —le pregunté, observándola cuidadosamente.

—Su rostro comenzó a ruborizarse bajo mi mirada escrutadora.

—No, no lo es —confesó, moviendo la cabeza ligeramente—. Quería salir contigo. Saber quién eras.

—¿Te gusta lo que ves?

Asintió en silencio, su rostro ruborizado aún.

—¿Y a ti? —preguntó con vocecilla avergonzada.

Alargué mi mano por encima de la mesa y cogí la de ella. Esta sería una conquista fácil.

—Está claro que sí, Nellie —le dije confidencialmente—. Está claro.



Ella se detuvo en la esquina bajo la luz.

—Es mejor que me dejes aquí, Danny —dijo, mirándome—. Mi padre quizá me

esté esperando en la entrada.

—Esta es una buena jugada —le dije con frialdad.

Una sombra apareció en sus ojos.

—No lo es, Danny —su voz era ansiosa—. Realmente, no lo es. Tú no conoces a mi padre.

No lo podía evitar, ella me había vencido.

—Claro —dije ligeramente—, es una treta muy vieja, y yo soy un imbécil. No estoy seguro de creerte.

—Debes hacerlo, Danny —dijo rápidamente—. No te engañaría. Lo prometo, no lo haría.

Mantuve su mano cogida fuertemente.

—¿Qué le dirás por haber llegado tan tarde?

—Le diré que tuve que trabajar hasta ahora. Él sabe que a veces sucede.

—¿Se enfadará?

—No —replicó—. No le importa si se trata de eso. No le importa que trabaje hasta tarde.

Solté su mano y me metí en el pasillo de la entrada de una tienda, en la oscuridad de la calle.

—Ven aquí —dije.

Me miró un instante, y después dio un paso vacilante hacia mí. Su voz se había tornado nerviosa de pronto.

—¿Para qué?

La miré con fijeza.

—Tú sabes para qué —le dije en voz baja—. Ven aquí.

Dio otro paso y se detuvo. Su rostro reflejaba un fuerte pesar.

—No, Danny. Yo no soy de esas.

Mi voz fue amarga y cortante.

—Entonces me la has jugado.

Extraje un cigarrillo del bolsillo y lo puse entre mis labios.

—Está bien, nena. Vete. Ya te has divertido.

Encendí una cerilla y la llevé al cigarrillo. Al alzar la vista nuevamente, ella me estaba mirando aún. Había una expresión muy característica en la forma que estaba allí, como un gamo a punto de salir corriendo. La luz de la calle, que estaba tras ella, arrancaba reflejos azulados de su pelo.

Lancé una bocanada de humo hacia ella.

—¿Qué esperas? Vete a casa. Tu viejo te está esperando.

Dio otro paso hacia mí.

—Danny, no es esa la forma en que yo quiero llevarlo. No quiero que te quedes enfadado conmigo.

Me estaba enfadando de veras. Si me la juegan, me la juegan, y eso es todo. Nunca he imaginado que todas me salgan bien. Pero ¿por qué estaba ella haciendo

tanto embrollo de todo eso? Mi voz imitó la suya:

—Danny, no es esa la forma en que yo quiero llevarlo.

Me reí amargamente.

—¿Para qué crees que te he invitado? —exclamé con dureza—. ¿Para que me la juegues aquí en la esquina? Puedo obtener lo que quiera de miles de chicas. No tenía por qué molestarme contigo.

Aparecieron lágrimas en sus ojos.

—Creí que te gustaba, Danny —dijo con vocecilla apagada—. Tú me gustas.

Me adelanté rápidamente cogiéndola por un brazo y atrayéndola conmigo al oscuro pasillo. Tiré el cigarrillo al suelo y la rodeé con mis brazos. Sentí como su cuerpo se tensaba y su vista se fijaba en mí, los ojos muy abiertos y asustados. Pero se quedó inmóvil, sin movimiento.

—¡Danny!

La besé de pronto, sus labios chocaron contra los míos, sintiendo sus dientes tras ellos. Sus labios estaban fríos. La besé de nuevo. Estaban más tibios y algo entreabiertos. Sentí que se movían y la besé una vez más. Estaban cálidos y me devolvieron el beso.

Bajé la vista hacia ella, sonriendo con suavidad.

—¿Es eso tan malo, Nellie?

Escondió su rostro en mi hombro.

—Creerás que soy una cualquiera —sollozó.

Estaba extrañado. Eso no me lo esperaba. La confusión se apoderó de mi voz.

—¿Por qué aceptaste mi invitación esta tarde? Ya debieras saber para qué es. Has rondado lo suficiente como para saberlo.

Su mirada se alzó hacia mí y en sus oscuros ojos ya no había temor.

—Me gustas, Danny, esa es la razón. Por eso no me fui a casa cuando me lo dijiste.

Me quedé observándola; busqué sus labios de nuevo. Sentí cómo la tensión abandonaba su cuerpo, al devolverme el beso. Ese era un beso de verdad. La estreché aún más contra mí.

—Pero lo supiste inmediatamente —le susurré—. Lo de la pelea y todo eso. Tú sabías que Spit y Solly estaban fingiendo. ¿Cómo puedes saber algo así si nunca has salido?

—Mi hermano mayor, Giuseppe, era pugilista —contestó, sin moverse de mis brazos—. Me enseñó a distinguir cuándo estaban fingiendo y cuándo no.

Nuestras miradas se encontraron en la oscuridad.

—¿No me estás engañando?

En mi voz se apreciaba la última nota de duda.

—No, Danny.

Su voz era firme.

La besé nuevamente. Esta vez fue diferente. Había un nuevo abandono, una

comprensión muy reconfortante en su beso. La tensión ya no existía.

—Me gustas —le dije, riendo fuerte—. Eres divertida, pero eres una buena chica. Me sonrió.

—¿No estás enfadado ya?

Moví la cabeza negativamente.

—No, nena.

Esta vez fue ella la que alzó la cara hacia mí y esperó a que la besara. Me quedé mirándola, sin moverme. Sus ojos estaban cerrados.

—Danny —murmuró un poco avergonzada—, bésame, Danny.

Sentí el cambio en sus labios. Estaban abiertos y ella se apretaba desesperadamente contra mi cuerpo. Mis brazos la ciñeron con fuerza.

Dejé pasar mi mano por su espalda, moldeándola contra mí.

Sus ojos seguían cerrados. Nos encontrábamos como en una nube de ensueños. La esquina había desaparecido, la luz, el pasillo; todo se había desvanecido, todo, excepto la presión de nuestros labios. Cerré mis ojos mientras mis manos buscaban la tibieza de su cuerpo.

Su susurro fue casi como un grito en mis oídos.

—¡Danny! ¡Danny, basta!

Sus manos estaban excitadamente agarrotadas a las mías, apartándolas.

La cogí por las muñecas. Su cuerpo temblaba de temor.

—Calma, nena, calma —dije suavemente—. No te voy a hacer daño.

El pánico la abandonó tan de repente como se había apoderado de ella y escondió su rostro en mi hombro.

—Oh, Danny, nunca me he sentido así antes.

Puse mi mano bajo su barbilla y levanté su rostro hacia mí. Había lágrimas en sus ojos.

—Yo tampoco —le dije ansiosamente.

Y era verdad.

Sus ojos se agrandaron sorprendidos.

—Danny, ¿crees tú...? —su voz vacilaba—. ¿Crees tú que podemos estar enamorados?

Yo estaba perplejo. No lo sabía. Traté de sonreír.

—Quizá lo estemos, Nellie. Quizá.

Al hablar, pareció que cierta perturbación se cernía entre nosotros al separarnos. Bajó la vista y arregló su ropa. Al terminar ella, yo estaba fumando un cigarrillo. Su mano se alargó hacia mí y la cogí. Allí permanecimos, en silencio, cogidos de la mano, hasta que el cigarrillo se consumió.

Lo tiré y cayó en la alcantarilla, soltando pequeñas chispas y nuestras miradas se encontraron. Sonreí.

—Hola, Nellie.

—Hola, Danny —murmuró con suavidad.

Nos quedamos mirando durante unos segundos y comenzamos a reír.

Nuestra risa pareció disolver la tensión. La besé ligeramente, nuestras manos se estrecharon más fuerte, disminuyendo la presión cada vez que un beso llegaba a su fin.

—Es de esperar que tu padre no esté enfadado —le dije.

—No lo estará —respondió—. Le diré que he estado trabajando.

Salimos del pasillo de entrada hacia la esquina, bajo la luz. Su rostro estaba brillante y encendido, sus ojos daban fulgores de un nuevo y cálido tono. Sus dientes se veían blancos y relucientes bajo sus rojos labios mientras sonreía.

—¿Te he dicho que eres muy hermosa? —le pregunté gesticulando.

—No —respondió.

—Creo que no he tenido tiempo —sonreí—, por eso te lo digo ahora. Eres muy hermosa. Como una estrella de cine.

—¡Oh, Danny!

Su mano estrechó la mía.

—Creo que debes irte —le dije con seriedad.

Ella asintió.

—Bien... Entonces, buenas noches —me despedí, soltando su mano.

—¿Te veré otra vez, Danny?

Su voz era muy baja.

—Claro que sí —le sonreí rápido—. Iré al *drugstore* mañana.

Su rostro se iluminó.

—¡Te haré una soda especial! ¡Con tres cucharadas llenas de helado!

—¡Tres cucharadas! —exclamé—. ¡No podrás apartarte de mí entonces!

Estaba sonriendo de nuevo.

—Buenas noches, Danny.

—Buenas noches, nena.

Iba a cruzar la calle y entonces se volvió hacia mí. Había una expresión de ansiedad en su rostro.

—No llevarás a tus amigos, ¿verdad? Quizá puedan cogerlos.

—¿Te preocupan mucho, Nellie? —bromeé.

—Me importan un comino —exclamó orgullosa—. Eres tú quien me preocupa.

Un extraño sentimiento se apoderó de mí. Era una buena chica.

—No los llevaré —afirmé.

La mirada seria aún permanecía en sus ojos.

—¿Es necesario que andes con ellos y hagáis gamberradas, Danny? Podrían cogerte. ¿No puedes buscar un trabajo?

—No —respondí con sequedad—. Mis viejos no me permitirían que abandonara los estudios.

Su mano alcanzó la mía y me dio un comprensivo apretón. Sus ojos reflejaban una viva preocupación.

—Cuídate, Danny —dijo suavemente.

—Lo haré —prometí.

Volvió hacia mí y me besó con ligereza.

—Buenas noches, Danny.

—Buenas noches, nena.

Observé cómo atravesaba corriendo la calle y se detenía frente a una puerta durante unos instantes, después me hizo señas de despedida. Contesté en la misma forma. Luego desapareció en el pasillo de entrada.

Me alejé por la calle. Me sentía satisfecho. Me sentía tan bien que casi olvidé lo mucho que odiaba vivir en ese lugar, hasta que crucé la calle Delancey, frente a la tienda de papá y vi de nuevo al señor Gold.

cuatro

Se encontraba frente al rellano de la puerta de la tienda y vi cómo se introdujo una cartera de cuero en un bolsillo. Inmediatamente supe de qué se trataba. Era de esas carteras que se emplean para hacer depósitos nocturnos en el banco.

Automáticamente, me oculté en el quicio de la puerta de entrada de una casa y lo observé. Una rápida mirada a mi reloj me indicó que eran casi las doce. Miró de nuevo a través del cristal de la tienda y se alejó por la calle Delancey, hacia Essex. Lo seguí lentamente, dejando una distancia de una media manzana entre los dos.

En un comienzo no supe por qué lo estaba haciendo, pero al ir tras él, comprendí la razón. Dobló por Essex y comenzó a acelerar el paso. Crucé hacia la acera opuesta de la calle y seguí a su misma altura; la idea estaba tomando rápida forma en mi mente.

Caminó hasta el banco que estaba en la esquina de la avenida A con la calle Primera. Allí, sacó la pequeña cartera de su bolsillo y la dejó caer dentro del buzón de los depósitos nocturnos. Después, se dirigió hacia la avenida A.

Me oculté tras la esquina, observando cómo se alejaba. No me interesaba lo que él iba a hacer. Encendí un cigarrillo y comencé a pensar.

Cuando nos mudamos a esa parte de la ciudad fue como encontrar un mundo nuevo para mí. Y lo seguía siendo; era un mundo totalmente distinto al que yo había conocido. Aquí solo existía una ley: o luchas o mueres de hambre. No existían términos medios.

Los chicos sabían eso aún mejor que los adultos. Estaban obligados a arreglárselas por sí mismos en cuanto eran capaces. Eran duros, amargados y cínicos, más allá de lo que yo podía haber imaginado nunca. Había solamente una cosa que me impedía morir asesinado: era capaz de pelear mejor que muchos de ellos y, en muchas ocasiones, mi mente era más rápida.

Sin embargo, eso me llevó tiempo. Al principio, no me miraban con buenos ojos porque no me comprendían. Después de la pelea que tuve el día que atropellaron a *Rexie*, mostraron cierto respeto hacia mí. No llegué a conocerles hasta que comencé a dar vueltas frente a la pastelería de la esquina.

Desde ese momento, comenzó mi turno. El chico a quien yo había pegado era el jefe de la pandilla. Entonces, daban vueltas y más vueltas, sin destino. Spit y Solly habían tratado de tomar el mando, pero no eran lo bastante respetados por los demás. El único lenguaje que comprendían era el de la superioridad física.

Cierto día, Spit se me acercó mientras yo bebía un ponche. Cubriéndome con una suave llovizna de saliva, me sugirió que me uniera a la pandilla. Le escuché cauteloso; sin embargo, pasado algún tiempo me uní a ellos. Ese lugar era muy solitario, tenía que comunicarme con alguien, y lo mejor sería hacerlo con los chicos

de la calle Stanton.

La principal preocupación era la «pasta». La falta de dinero era el cáncer que roía la zona baja del East Side como una plaga. Se podía observar en cualquier parte que uno se dirigiera, en las sucias calles, en los escaparates de las tiendas cubiertos de propaganda, en los edificios enfermizos. Se podía escuchar por todas partes, en el lastimero pregón de los vendedores callejeros en Rivington y hasta en las prendas colgadas a la venta, de las tiendas.

Si tenías un par de monedas en el bolsillo, eras un rey; si no, debías buscar a alguien que las tuviera y soportara tu carga. Pero los reyes no vivían en East Side, excepto los que eran capaces de arrancar la suficiente cantidad de dinero a la pobreza general para poder llevar una vida confortable ellos mismos.

Había muchos de esos: apostadores, timadores y criminales de poca monta. Eran los inteligentes, los héroes, los envidiados, los fuertes, los que sabían sobrevivir. Eran nuestros ejemplares, nuestros hombres distinguidos.

Eran la clase de gente que aspirábamos ser. No bobos como mis padres, que habían caído en esa bajeza por no saber adaptarse a los tiempos. Nuestros padres eran la gente de East Side. Y ya había suficiente. No seríamos como ellos si podíamos evitarlo. Éramos más listos que ellos. Seríamos reyes. Y cuando yo llegara a ser un rey, compraría otra vez mi casa de Brooklyn y me alejaría de aquella podredumbre.

Caminé lentamente de vuelta a casa. Spit me había preguntado qué íbamos a hacer. Entonces no lo sabía. Todo lo que aprendí fue que los trabajos en los establecimientos no valían la pena. Ya que lo sabía, podía matar dos pájaros de un tiro. Decidí pasar frente a la pastelería antes de subir a casa, para hablarlo con Spit y Solly.

En la cama me movía de un lado para otro. Estaba demasiado intranquilo para quedarme dormido. Una bocina sonó muy fuerte en la calle. Me levanté en silencio de la cama y me senté cerca de la ventana, encendí un cigarrillo y miré hacia fuera.

Un camión de la basura estaba estacionado abajo. El débil ruido de los cubos metálicos, golpeando unos con otros, llegaba hasta mí. Recordé la expresión del rostro de Spit cuando expliqué el trabajo a los chicos.

Estaba asustado. Pero Solly se había entusiasmado y eso lo alentó. Nosotros tres podríamos llevarlo a cabo. Pero, antes, teníamos que estudiar las costumbres de Gold; eso era muy importante.

Uno de nosotros debería seguirle durante varias noches después que dejara la tienda y asegurarse de todos sus pasos y hábitos. Entonces, en la noche fijada, saltaríamos sobre él.

Serían unos cientos de dólares, les había dicho. Lo único que teníamos que hacer era golpear al avaro con fuerza y despojarle de la «pasta». Se trataba de un juego de niños. Nada les había dicho sobre que mi padre trabajaba en su tienda. Eso no les importaba.

La voz de una chica que llegó a través de la ventana abierta me hizo pensar en

Nellie. Era una chica muy extraña para ser italiana. Por lo general, eran gritonas y se sabía su origen en cuanto abrían la boca, pero ella era diferente. Hablaba con suavidad, era dulce y buena.

Yo le gustaba, demasiado, lo sabía. Era curioso cómo sucedían las cosas. Se sacaba a pasear a una chica por una razón y luego, de improviso, te encontrabas con que las cosas no eran como parecían. Que la chica era seria y que de verdad te gustaba. Entonces no hacías nada que pudiera enfadarla contigo.

Eso era muy extraño. Nunca antes había sentido nada parecido por una chica. Recordé lo que había dicho: «Quizá estemos enamorados». Quizá lo estábamos. No podía explicarme de otra forma, cómo me sentía. Nunca había existido para mí ninguna mujer con la cual tan solo me gustase hablar y estar cerca de ella. Quizá ella acertaba en lo que decía.

La voz de la chica volvió a oírse a través de la ventana. Asomé medio cuerpo por la ventana para poderla ver. La calle estaba desierta. Otra vez la volví a oír. Había algo familiar en su voz, yo la conocía, pero era muy extraño que me llegara hasta allí.

La chica comenzó a hablar de nuevo. Esta vez me di cuenta que procedía del tejado, encima de mi cabeza. Miré hacia arriba. En la barandilla observé el resplandor de un cigarrillo. Entonces, reconocí la voz: era Mimí. Ignoraba qué estaría haciendo en la azotea a esas horas pues era más de la una. De pronto, recordé que ella había mencionado algo acerca de una cita con alguien de la oficina, un tal George, o algo parecido. Yo le había gastado una broma acerca de salir con un estúpido oficinista y ella se había enfadado.

—Es mejor que esos gamberritos de pastelería con los cuales te juntas —me respondió.

Decidí subir y observar lo que estaba haciendo señorita Arrogancia. Comprendí que si se subía a la azotea, a esas horas de la noche, no era para observar las estrellas. Me puse los pantalones y salí de mi habitación sin hacer ruido.

La puerta que daba a la azotea estaba abierta, salí por ella con cautela. Me oculté en las sombras de la puerta. Estaban ella y el oficinista estrechamente abrazados. Los observé.

Se separaron y la luz de la luna me permitió observar el rostro de Mimí. Contuve el aliento. No se parecía en nada a una chica bonachona. El oficinista estaba hablando, su voz era baja. No pude entender sus palabras, pero parecía estar suplicando. Mimí negó con la cabeza y él comenzó a hablar de nuevo.

Ella volvió a negar y comenzó a hablar.

—No, George, olvídate del matrimonio. Tú me gustas mucho, pero estoy cansada de tener que preocuparme del dinero y tendremos siempre el mismo problema. No deseo eso.

Sonreí. Mimí no era ninguna estúpida. La «pasta» era la «pasta». Me parecía divertido pensar en ella casada. Me di cuenta que estaba totalmente desarrollada, ya no era una niña.

El hombre la atrajo hacia sí de nuevo. Le dijo algo y la besó. Los observé, aún sonriendo. Para ser tan engreída, ella sabía muy bien hasta dónde llegar cuando se acercaba el momento. No parecía ser la primera vez que subía allí. Me volví en silencio y bajé la escalera hacia mi habitación.

Unos quince minutos más tarde, escuché abrirse la puerta y salí al recibidor. Ella estaba cerrando silenciosamente y dio un salto cuando, al darse la vuelta, me vio.

—¿Qué haces levantado, Danny? —me preguntó sorprendida.

No respondí, solo me quedé allí, sonriendo.

Me estudió con enfado.

—¿De qué te sonríes?

—Se te ha corrido el carmín de los labios —le dije, ensanchándose mi sonrisa.

Su mano subió rápida, hasta la boca.

—¡Me estabas espiando!

—Uh-uh —negué, moviendo la cabeza—. Tú y tu novio estabais haciendo tanto ruido en la azotea encima de mi cabeza que no podía dormir.

—¡Tienes una mente sucia! —me lanzó.

—¿La tengo? —pregunté, sonriendo.

Señalé su vestido.

Ella miró hacia abajo, sus ojos se abrieron sorprendidos. Toda la falda del vestido estaba cubierta de manchas de lápiz labial. Alzó su vista hacia mí, enrojeciéndose.

—Recibe un consejo de tu hermanito menor, nena —le dije—. La próxima vez que salgas en ese plan, sácate el carmín de los labios primero. La mancha no se quita y así te ahorrarás romper tu vestido.

Se mordió el labio, furiosa. Estaba demasiado enfadada como para responder.

Sonreí de nuevo y me dirigí hacia mi habitación.

—Buenas noches, Mimí —le dije, mirándola por encima de mi hombro—. Recuerda lo que te he dicho.

Papá llegó a desayunar, justo cuando nosotros comenzábamos a comer. Lo miré. Había profundas arrugas en su rostro que no procedían solo del cansancio. Arrugas de penalidades y desilusión producidas por comer un humilde pan, surcaban sus redondas mejillas.

Un sentimiento de simpatía hacia él me recorrió el cuerpo. El fuerte orgullo que había en mí había sido herido por su propia y lenta desintegración. Me levanté.

—Aquí, papá —le dije rápidamente—, siéntate aquí, cerca de la ventana.

Era el mejor lugar que había en la cocina.

Se dejó caer lentamente sobre la silla. Me miró agradecido.

—Gracias por llevarme la comida, Danny —me dijo con cansancio—. Estaba muy atareado y no te vi entrar.

Asentí.

—El empleado me lo dijo —respondí, teniendo en cuenta sus sentimientos.

Sabía que no quería que yo hubiera estado escuchando su desagradable conversación con el señor Gold.

Mamá se acercó a la mesa y puso un plato de arroz frente a él.

—¿Por qué no has dormido hasta más tarde, Harry? —le preguntó preocupada.

Él alzó su mirada hacia ella.

—¿Quién puede dormir cuando llega la luz del día? No puedo acostumbrarme a ello.

—Sin embargo, debieras descansar —dijo mamá—. Trabajas demasiado.

Él cogió la cuchara y se puso a comer sin responder, pero no tenía apetito, y muy pronto alejó el plato de sí.

—Dame café solamente, Mary —pidió con voz cansada.

Mamá puso una taza de café frente a él.

—¿Estabas ocupado ayer? —le preguntó.

—El señor Gold me tuvo ocupado —dijo sin alzar la vista.

Entonces, me miró, dándose cuenta de lo que había dicho. Pude sentir que estaba pensando en si yo lo sabía.

Mantuve mi rostro impasible. En lo que a esto se refería, yo nada sabía, nada había visto y nada había escuchado.

—¿Qué tal persona es ese Gold? —le pregunté, bajando la mirada hasta el plato que tenía frente a mí.

Sentí la mirada de papá sobre mí.

—¿Por qué lo preguntas?

No alcé la vista.

—Solo por curiosidad, creo —respondí.

No podía confesarle la verdadera razón.

Papá meditó por un instante. Cuando habló, sus palabras fueron cuidadosamente elegidas. Me sorprendió con su declaración.

—Es bueno, pero muy nervioso. Tiene muchas cosas que hacer, y lleva demasiados asuntos en su cabeza.

Puse otra cucharada de arroz en mi boca.

—¿Te gusta trabajar para él, papá? —le pregunté en tono casual.

Nuestras miradas se encontraron y la suya se dirigió hacia la taza de café.

—Es un trabajo —respondió en tono evasivo.

—¿Cómo llegó a ser el jefe? —pregunté.

—El hombre que estaba antes que él al frente del negocio enfermó y tuvo que retirarse. Él tenía el puesto que yo ocupé como la otra única persona asegurada; por eso, como es natural, fue ascendido.

Lo miré atento. Ese era un punto interesante.

—¿Si él renunciara, ocuparías tú su lugar, papá?

Papá se rio ufánamente.

—No lo sé, pero quizá fuera así. El supervisor está contento conmigo.

—¿Quién es ese?

—Es el jefe del grupo de tiendas. Procede de la oficina principal.

—¿Está también por encima del Gold? —continué.

Papá asintió.

—Está sobre todos.

Me miró con curiosidad.

—Tantas preguntas, Danny —bromeó—. ¿Es que piensas trabajar en una farmacia durante el verano?

—Quizá —le dije evasivo.

—¿No irás a trabajar con el señor Gottkin en el campo? —preguntó.

—No lo sé —dije, alzando los hombros—. No he tenido noticias tuyas aún.

Estaba desilusionado respecto a eso también. Había esperado que Sam me escribiera unas líneas, pero pensé que el asunto con la señorita Schindler, el año anterior, le había disgustado más de lo que había dejado entrever.

—¿Por qué no le escribes? —preguntó mamá.

Me volví hacia ella.

—¿Adónde? Ni siquiera sé dónde está. Siempre está de viaje. Hasta podría haber dejado el trabajo totalmente.

No podía decirles la razón por la cual no le escribía.

En ese momento, llegó Mimí apresurada.

—Solo me queda tiempo para el café, mamá —dijo—. Llegaré tarde al trabajo.

Mamá negó con la cabeza.

—No sé lo que te sucede, te quedas levantada hasta tan tarde por las noches que después no puedes ponerte en pie.

—Yo lo sé —dije sonriendo, recordando la noche pasada—. Mimí tiene novio.

Papá la miró con interés.

—¿Un buen chico, Miriam? —preguntó.

Contesté yo antes que ella tuviera tiempo.

—Un cretino —dije rápido—. Un empleadillo de su oficina.

—¡No lo es! —respondió furiosa—. Es un buen chico. Va al instituto de noche.

—Claro —le instigué—, al de la azotea.

Se volvió hacia mí furiosa.

—¡Cierra la boca! —exclamó—. Por lo menos tiene más sentido común que tú y no se pasa todo el día rondando una pastelería. Llegará a ser alguien, no un vago callejero.

Mamá extendió una mano para apaciguarnos.

—No digas cosas así de tu hermano. No está bien.

Mimí se volvió enfadada hacia ella. La ira hacía temblar su voz.

—¿Por qué no? —inquirió, casi gritando—. ¿Quién es él? ¿Dios? ¿Quién se cree que es para que todo el mundo tema decirle lo que piensa? Desde el mismo momento que nos mudamos a este lugar, todo ha sido para Danny. Danny esto, Danny aquello. Cuando él cambió de instituto, fue horrible, pero cuando yo tuve que cambiar en el último curso, nadie dijo nada. ¿Se preocupa de conseguir un trabajo después de clase o hacer algo? Sabe la necesidad que tenemos de dinero, pero no mueve un dedo para ayudar y nadie le dice nada, temen herir sus sentimientos. Todo lo que hace es dar vueltas alrededor de una pastelería, día y noche, con una pandilla de vagos y llegar a casa para comer y dormir como un rey. ¡Es un vago, nada más que un vago y ya es hora de que alguien se lo haga saber!

—¡Mimí, cállate!

Papá se había puesto de pie, con el rostro muy pálido. Me miró con culpabilidad.

Mimí lo miraba con los ojos llenos de lágrimas de ira; después, se volvió hacia mí. La miré con frialdad. Durante unos momentos sostuvo mi mirada, después se volvió y salió corriendo y llorando, de la cocina.

Papá se sentó despacio y me miró. Mamá también me estaba observando. Estaban esperando a que hablara, pero yo no tenía nada que decir. Por fin, papá habló con voz pesada.

—No está equivocada del todo, Danny —dijo con suavidad.

No respondí. Mis labios estaban fuertemente cerrados.

—Esos chicos de la pastelería no son buenos —continuó.

Aparté el plato que tenía delante y me puse en pie.

—Yo no elegí este vecindario. No fue culpa mía que nos tuviéramos que mudar aquí. ¿Qué quieres que haga? ¿Transformarme en un ermitaño porque Mimí no aprueba mis amistades?

Papá negó con un movimiento de su cabeza.

—No. Pero ¿es que no puedes buscarte otros amigos?

Lo miré fijamente. No entendía nada. Nunca comprendería. No tenía nada que decir. La distancia que me separaba de él, el primer día que llegamos a este lugar, se agrandó. Y era demasiado tarde para retroceder.

—No hay otros amigos para buscar —dije con sequedad.

—Entonces debe haber algo que tú puedas hacer —persistió—. Tiene que haber algo.

Negué terminantemente.

—Yo no puedo hacer nada, papá —le dije con frialdad—. Solo tú puedes hacerlo.

—¿Y qué es eso? —preguntó.

Mamá se acercó a mí.

—Sí, ¿qué es eso? —dijo muy bajo.

—Devolverme mi casa —dije lentamente—. Vosotros la perdisteis y vosotros la habéis de recuperar. Entonces, quizá podamos comenzar de nuevo.

Observé que el dolor crecía y crecía en sus ojos hasta que no pude soportarlo más. Salí del apartamento.



Ella me vio de inmediato, casi en el momento en que crucé la puerta.

Me senté frente al mostrador donde ella estaba. Observé cómo daba una ligera mirada al espejo y se arreglaba el cabello. Yo me encaramé a un taburete y ella se volvió sonriendo.

—Hola, Danny —susurró tímidamente.

El color iba subiéndole desde el cuello hasta su rostro.

Le sonreí. Era una buena chica.

—Hola, Nellie —murmuré—. ¿Se enfadó tu padre?

Negó con la cabeza.

—Me creyó —dijo, alzando la vista.

Por el espejo pude ver que el jefe caminaba hacia nosotros.

—¿Un batido de chocolate? —dijo rápidamente en tono comercial.

—Sí, señorita.

Se volvió y cogió un vaso de la estantería que estaba tras ella. Le sonreí por el espejo. El jefe pasó sin dirigirnos una mirada. Ella suspiró y comenzó a preparar la soda.

Volvió al mostrador y la puso frente a mí.

—Tu cabello es tan rubio que parece blanco —murmuró—. Soñé contigo anoche.

La miré extrañado. La chica lo había tomado en serio. Pero me sentí halagado.

—¿Un buen sueño? —pregunté, poniendo la cañita dentro del vaso con el batido.

Asintió, la excitación asomaba a sus ojos.

—¿Pensaste en mí?

—Un poco —admití.

—Quiero que pienses en mí —dijo rápidamente.

La miré fijamente. Su rostro era cálido y atractivo. Tenía menos maquillaje que el día anterior. Se veía más joven. Se sonrojó bajo mi mirada.

—¿Nos encontraremos esta noche? —preguntó con ansiedad.

—En el mismo lugar —asentí.

Observé que el jefe se encaminaba de nuevo hacia nosotros.

—Son diez centavos, por favor —dijo con acento comercial.

Mi moneda sonó sobre el mostrador y ella la cogió. Presionó sobre las teclas de la caja registradora y la campanilla sonó al abrirse el tirador. Dejó caer la moneda en su interior y la cerró. El patrón se había alejado de nuevo. Ella se volvió hacia mí.

—A las nueve —susurró.

Asentí y se dirigió a atender a otro cliente. Terminé el batido y salí del establecimiento.



Íbamos los tres, caminando por la calle Delancey. Solly nos iba escuchando a Spit y a mí.

Los detuve frente a la farmacia.

—Este es el lugar —dije.

La voz de Spit demostraba sorpresa.

—Este es el lugar donde trabaja tu viejo —dijo.

Esa vez fui yo el sorprendido. Pero no se lo dejé entrever. Debiera haberlo sabido de antemano, allí no había secretos.

—¿Y qué? —pregunté desafiante.

—¿Y si sospecha algo? —preguntó Spit excitado.

—¿Qué va a sospechar? —repliqué—. Nunca pensarán en mí.

—Pero esto es de McCoy —dijo Spit—; no es cosa de unos centavos. Si la poli te pesca vas entre rejas y allí te quedas.

—¿Prefieres trabajar en los establecimientos de tres al cuarto —pregunté sarcástico—, o realmente quieres trabajar por algo de pasta?

Solly habló por fin.

—Danny tiene razón. Al diablo con esos trabajillos de nada. Esto me parece bien.

Le dirigí una mirada de agradecimiento. Caminamos hasta la esquina, antes de detenernos de nuevo. Allí, me volví hacia Spit.

—Basta de seguirnos, ¿estás con nosotros o no? —le dije bruscamente.

Él nos miró a uno y a otro. Nosotros le observábamos con fijeza. Su cara se sonrojó.

—Está bien —aceptó con rapidez—, estoy con vosotros.

Noté cómo mi rostro se relajaba con una sonrisa. Palmoteé el hombro de Spit.

—Buen chico —dije con suavidad—. Sabía que podía contar contigo. Ahora, escuchad la forma en que lo efectuaremos.

En la esquina hicimos los planes del trabajo. Alrededor nuestro bullía el

hambriento East Side. Un policía se detuvo a unos pocos metros de distancia, pero no nos prestó atención. Ni nosotros a él. No tenía ninguna razón para molestarnos. Los chicos siempre se han agrupado en las esquinas y siempre lo harán. No podía perseguirnos a todos. Si lo hiciera, no tendría tiempo para hacer nada más.

Estaba lloviznando y nos apretamos uno contra el otro en el portal que estaba frente a la casa de Nellie. Comenzábamos a sentirnos dueños de ese lugar, y si alguien se aproximaba lo mirábamos como si fuera un intruso. Mis labios se endulzaban con el sabor de los de ella, estábamos silenciosos, mis brazos estrechándola, mirando hacia las húmedas y oscuras calles. Su voz parecía flotar en la noche.

—La semana próxima ya estaremos en junio, Danny —dijo.

Asentí con un movimiento de cabeza y bajé mi vista hacia ella.

—Sí.

Sus ojos casi reflejaban timidez al mirarme.

—Te conozco hace casi tres semanas, pero parece que te conozca de toda mi vida.

Le sonreí. Me sentía bien cuando la tenía a mi lado. Era como estar en casa de nuevo.

—¿Me quieres, Nellie? —pregunté.

Sus ojos brillaban.

—¿Que si te quiero? —susurró—. Estoy loca por ti. Te adoro, Danny. Te amo tanto que siento miedo.

Presioné mis labios contra los suyos.

—Yo también te quiero —le dije a mi vez.

Un grito ahogado escapó desde el fondo de su garganta y sus brazos me atrajeron hacia ella.

—¡Oh, Danny! —exclamó—, quisiera que tuviéramos la edad suficiente para casarnos.

No pude evitarlo, me pareció tan divertido en principio, que mis labios comenzaron a esbozar una sonrisa.

Ella apartó su rostro del mío.

—¡Te estás riendo de mí!

Negué con la cabeza, ocultando la sonrisa.

—No, cariño. Estaba pensando en lo que diría tu viejo si lo supiera.

Acercó su rostro al mío.

—¡Quién hará caso a lo que él diga una vez que estemos casados! —exclamó.

La besé de nuevo y la apreté contra mí. Sentí su temblor bajo mi brazo.

—Estréchame, Danny —exclamó casi sin respiración—. Estréchame. Me gusta que me abrases. Me gusta sentir tus manos sobre mi cuerpo. ¡No me importa si dicen que es un pecado!

La miré sorprendido.

—¿Un pecado? —pregunté—. ¿Quién lo dice?

Sus manos sostuvieron las mías contra su pecho y sus grandes ojos me miraron

fijamente.

—En verdad no me importa, Danny —dijo con ansiedad—. Aunque el padre Kelly lo diga. Cumpliré cualquier penitencia que me ponga con tal que nunca dejes de amarme.

Estaba intrigado.

—¿Qué tiene que ver el padre Kelly con esto?

Era la primera vez que había pensado en la diferencia de nuestras religiones.

Me miró en tono confidencial.

—No debo decirlo, pero cada semana, después de la confesión, él me da una charla acerca de ti.

—¿Le has hablado de nosotros? —pregunté con curiosidad—. ¿Qué dice?

Apoyó su cabeza contra mi hombro.

—Dice que no está bien y que debiera terminar —respondió en voz baja—, y que es mucho peor contigo.

—¿Por qué conmigo? —pregunté, comenzando a enfadarme.

—Porque ni siquiera eres católico. Dice que nunca podremos casarnos. Ninguna Iglesia nos aceptaría. Dice que no debo seguir contigo y que busque un buen chico católico.

—¡El muy bastardo! —dije con amargura.

Mi mirada cruzó la calle hacia su casa. ¿Qué podría importarle lo que ella hiciera? Me volví hacia ella.

—¿Y si se lo dice a tu padre? —inquirí preocupado.

Pareció sorprenderse por mi pregunta.

—¡Jamás haría eso! —respondió rápidamente con voz ahogada—. Un sacerdote jamás lo diría. Lo que tú le cuentas es solo para los oídos de Dios. Él es el medio para tu confesión. Creí que lo sabías.

—Pues no tenía ni idea —admití.

Aún sentía curiosidad por su relación con el sacerdote.

—¿Qué te ordena hacer cuando le hablas acerca de nosotros?

—Tengo que rezar y hacer penitencia ante la Virgen María. Después de hacerlo, quedo limpia.

—¿No te castiga? —pregunté.

Pareció extrañada.

—No lo comprendes, Danny —replicó—. Él solo trata de hacer comprender que se ha obrado mal y que debemos arrepentirnos de ello. Si se siente así, ya es castigo suficiente.

Comencé a sonreír. Eso no era nada.

—¿Estás tú arrepentida? —le pregunté.

Me miró con ojos culpables.

—No. No lo estoy en absoluto —dijo con voz vacilante—. Quizá eso hace que me sienta tan mal. Nunca alcanzaré el perdón.

La atraje hacia mí riendo.

—Entonces no te preocupes por ello, cariño —la reconforté—. Nada puede estar mal mientras nos amemos tanto uno al otro.

Iba a besarla cuando sentí pasos que se acercaban por la calle. Nos separamos rápidamente. Un hombre pasó de largo sin mirarnos.

Miré la hora.

—¡Dios mío! ¡Son más de las once! ¡Es mejor que te vayas o si no tu viejo será capaz de echar la casa abajo!

Me sonrió.

—No quiero irme, Danny. ¡Quiero estar contigo para siempre!

Le sonreí a mi vez. Tampoco deseaba que se fuera, pero esa noche tenía otras cosas que hacer. Habíamos decidido hacer ese trabajo. Spit y Solly me estarían esperando en la tienda a las once y media.

—Vamos —dije con forzada suavidad—. Yo tengo que llegar a casa, aun cuando tú no tengas que hacerlo.

Se apoyó en mí.

—Está bien, Danny. ¿Hasta mañana por la noche? —Me besó y le sonreí.

—Hasta mañana, nena.

Cruzó la calle. Esperé hasta que estuviera frente a su casa y se volviera para despedirse. Le hice señas y ella desapareció en el interior.

Miré mi reloj de nuevo. Eran las once y veinticinco. Tendría que apresurarme si quería llegar a tiempo. Acelaré mi paso hasta convertirlo en carrera, pero, de repente, me detuve. La gente se fija en una persona que va corriendo a esas horas de la noche.



Solly estaba en la esquina, frente a la calle de la tienda.

—¿Dónde está Spit? —le pregunté, casi sin aliento.

Solly hizo un gesto con la mano.

—Allí.

Spit estaba en la otra esquina, sonriéndome.

Atravesé la calle. El señor Gold estaba en el centro de la tienda hablando con papá. Este la escuchaba con expresión resignada. «Lo más probable es que el hijo de perra le esté dando un mal rato a mi padre», pensé amargamente. Me volví hacia Solly.

—Es de esperar que mi viejo no vaya con él esta noche de nuevo o tendremos que dejarlo para la próxima semana.

Eso fue lo que nos había retrasado tanto tiempo. Dos veces habíamos estado listos para efectuar el trabajo, y las dos veces tuvimos que aplazarlo.

Los ojos de Solly estaban en blanco.

—Ya veremos —replicó.

Lo observé. Solly estaba bien, no hablaba mucho, pero podía confiar en él. Me

volví para observar la tienda y comenzamos la espera en silencio.

El señor Gold aún estaba hablando con mi padre. Sus manos parecían querer volar mientras se expresaba. Siempre estaban en movimiento, primero señalando hacia una parte, después a otra. Parecía disgustado con todo. Papá le escuchaba con paciencia; en la caída de sus hombros podía adivinarse la resignación. Estaba recibiendo una buena reprimenda, de eso no cabía duda. Mis labios se apretaron con amargura. Al señor Gold no le quedarían muchos deseos de hablar después de encontrarse con nosotros.

La mano de Solly tocó mi hombro.

—¡Se está preparando para salir!

Estiré el cuello para ver lo que hacía el señor Gold. Se había alejado de papá y miraba a la caja registradora. Señalándola, sus labios se movieron con rapidez. Papá se acercó muy despacio y miró en el interior, asintiendo con la cabeza. Gold salió de detrás del mostrador y se dirigió a la puerta, dejando a papá junto a la caja registradora, con expresión de cansancio en su rostro.

Me volví rápidamente hacia Solly.

—¿Recuerdas lo que te dije?

Mi voz era fuerte y excitada.

Solly asintió.

—Lo recuerdo.

—Bien —dije apresurado—. Dame la porra.

Extendí la mano y Solly me la pasó. La introduje en mi bolsillo y comencé a cruzar la calle.

—Vamos, muchacho —le dije a Spit al pasar por su lado en la otra esquina.

Nos dirigimos en dirección opuesta a la que llevaba el señor Gold, llegamos a la esquina próxima y nos volvimos para mirar hacia atrás.

El señor Gold comenzaba a doblar la esquina de la calle Essex. Solly lo seguía de cerca, caminando como si regresara a casa de la última función de un cine. Supe que nos había visto porque nos saludó con la mano: el pulgar y el índice formando una circunferencia.

—Okay.

Le devolví el saludo y enseguida subimos rápidamente por la calle.

Ludlow que corre paralela a Essex. Nuestro paso era apresurado, nuestra respiración comenzó a hacerse pesada con la excitación.

Miré a Spit.

—¿Te acuerdas de todo?

—Sí, Danny. Me acuerdo.

Su rostro estaba sudoroso. Se secó con la manga mientras continuábamos caminando. Asentí con la cabeza y aligeramos el paso aún más. No había tiempo que perder. Recorrimos tres manzanas antes de llegar al solar sin vallar, justo frente a la calle Houston. Miré a Spit; ese era el lugar. El descampado continuaba hasta la calle

Essex. Comencé a sentirme atemorizado y deseé, vagamente, que jamás hubiera comenzado. Entonces recordé la forma en que el señor Gold se había dirigido a mi padre.

—Este es mío —dije.

Mi voz pareció penetrar profundamente en mis oídos.

Spit sonrió.

—Buena suerte.

Le hice una seña con la mano y traté de sonreír. No supe cómo salió, pero él se volvió y continuó su camino hacia la esquina. Vi cómo desaparecía tras ella y después se perdía entre las sombras de aquel lugar.

Yo estaba de pie en la oscuridad, mi espalda contra un edificio. Mi corazón palpitaba tan fuerte que se podía escuchar a una manzana de distancia. Contuve la respiración para tratar de aplacar su sonido; eso no hizo más que empeorar las cosas. Introduje mi mano en el bolsillo, saqué la porra y la golpeé suavemente contra mi mano para sentir su peso. Hacía un ruido sordo, apenas perceptible. Mis manos sudaban y las restregué contra mis pantalones para secarlas.

Estaba comenzando a preocuparme. ¿Saldría algo mal? ¿Por qué no habían llegado? Hubiera deseado asomarme por la esquina del edificio para ver si se aproximaban pero no podía arriesgarme. Lancé un suspiro hondo. «No te preocupes más», me dije furioso. Nada podía salir mal, lo tenía todo bien planeado.

Era muy sencillo, demasiado fácil para que algo saliera mal. Solly vendría caminando tras el señor Gold, de modo que pudiera ver si alguien se le aproximaba; Spit iría andando en dirección contraria para poder observar si alguien llegaba por detrás de ellos. Si había la más ligera oportunidad de que nos pudieran ver, comenzarían a silbar y yo dejaría pasar al señor Gold. Así era de simple, nada podía salir mal. Me apoyé de nuevo en el edificio, observando la apartada esquina, atento a cualquier señal que procediera de Spit, que era el que me indicaría cuándo se aproximaban.

Los segundos parecieron eternos. Estaba volviéndome a poner nervioso. Deseaba poder encender un cigarrillo. Forcé mis ojos para atravesar la oscuridad y oí pasos que se aproximaban por la misma acera en que yo estaba.

Era Spit caminando con su aire gracioso y peculiar. Mi nerviosismo se desvaneció de golpe y me embargó la tranquilidad. No se podía retroceder ya. Dejé que la porra colgara libre de mi mano y esperé, apoyado en las puntas de mis pies, pronto a moverme al oír la señal.

Comencé a contar para mí, muy despacio, como si estuviera tratando de establecer un ritmo para golpear con la porra.

—Uno... dos... tres... cuatro... uno... dos...

Spit se llevó la mano a la mejilla. Comencé a caminar suavemente hacia la esquina del edificio. El señor Gold se hizo visible justo al atravesar la línea del edificio y yo me escurrí en silencio tras él.

En la oscuridad, la porra emitió un suave resplandor al bajar. Hubo un ruido sordo, pesado, y entonces Solly cogió el cuerpo que caía y lo arrastró hacia las sombras del solar.

El señor Gold yacía silencioso en el suelo y le observamos. La voz de Spit sonó atemorizada; sus palabras dejaron una suave llovizna sobre mi rostro.

—¡Quizá acabaste con él!

Sentí que mi corazón daba un rápido vuelco. Me dejé caer sobre una rodilla y puse una mano bajo la chaqueta del señor Gold. Con una sensación de alivio advertí que su corazón aún latía. Retiré mi mano y la pasé por encima de su cabeza. No había herida ni sangre. Estaba de suerte. No tenía fractura ni contusión.

La voz de Solly se dejó oír bruscamente sobre mi cabeza.

—¡Basta de juegos! —dijo—. ¡La pasta! ¡No disponemos de toda la noche!

Sus palabras desvanecieron mis temores. Solly estaba en lo cierto, no habíamos hecho eso para que yo pudiera jugar al doctor. Rebusqué en sus bolsillos y encontré la cartera con el dinero justo en el momento en que Spit se dejaba caer sobre una rodilla a mi lado. Spit estaba tratando de quitarle el reloj de pulsera a al señor Gold.

—¿Qué haces? —pregunté con aspereza.

—¡Su reloj! ¡Es una maravilla!

Aleje su mano de un manotazo. Había recuperado mi control por completo, ya no estaba asustado.

—¡Déjalo! ¿Quieres que los polis te descubran en cuanto lo saques por primera vez?

Spit se puso de pie maldiciendo. De nuevo introduje una mano bajo la chaqueta de Gold. Su corazón palpitaba con más fuerzas. Retiré la mano y me puse en pie.

—¡Bien —susurré—, a volar!

Antes que pudiera ponerme en movimiento, una mano se aferró a mi tobillo con fuerza. La voz del señor Gold sonó como un clarín en el silencio de la noche.

—¡Socorro! ¡Policía!

Spit y Solly salieron corriendo. Yo bajé la vista salvajemente. El señor Gold sujetaba mi tobillo con las dos manos, gritando a todo pulmón, con los ojos fuertemente cerrados.

Miré a mi alrededor frenético. Spit y Solly casi se habían perdido de vista por la calle Essex. Mi corazón latía enloquecido. Traté de moverme, pero no pude, el temor había paralizado mis piernas. Miré a través del solar y vi que alguien había salido de la tienda de comestibles Katz y corría en nuestra dirección.

Tenía que salir de allí. Pateé las manos de Gold con violencia y sentí que el tacón de mi zapato le golpeaba en el brazo. Algo pareció romperse bajo mi pie y él gimió, después gritó dolorosamente. Yo estaba libre y corriendo.

La calle, tras de mí, cobró vida; en esos momentos, yo ya estaba dando la vuelta a la esquina de la calle Stanton. El instinto me hizo dejar de correr y me detuve en la esquina, vacilando un momento. Rápidamente me decidí. Tenía que asegurarme si

alguien me había visto. Recorrí el camino de vuelta. Una muchedumbre se apiñaba en el solar.

Me abrí camino entre ellos. La policía ya había llegado, y gritaba órdenes para que la gente se apartara. El señor Gold estaba sentado en el suelo, sosteniéndose el brazo y haciendo muecas de dolor.

—¿Qué ha pasado? —pregunté a uno de los espectadores.

El hombre respondió sin volver la cabeza hacia mí. Toda su atención estaba puesta en el señor Gold.

—A ese tipo le atracaron.

Me acerqué hasta el señor Gold. Un policía estaba arrodillado junto a él y pude ver cómo se movían sus labios, aunque no pude escuchar lo que decía. Me acerqué un poco más hasta estar casi encima y pude escucharle. Sus palabras desvanecieron todo rastro de temor en mí.

—¿Cómo podría haber visto quién era? —estaba gritando el señor Gold, con voz agudizada por el dolor—. Estaba inconsciente, ya se lo dije —gimió nuevamente—. ¡Ay, busquen un doctor! ¡Ese hijo de perra me rompió el brazo!

Lentamente, me dejé apartar por la misma multitud. Cuando ya estaba por retirarme, los policías comenzaron a dispersarnos.

—Vamos —estaban diciendo—, aléjense.

La muchedumbre comenzó a disgregarse y yo me fui con ellos. Escuché lo que decían y me fui a casa, entré en silencio y no fue hasta que me quité los pantalones que recordé que aún tenía la cartera con el dinero.

Fui al cuarto de baño y cerré la puerta con pestillo. Abrí la cartera, cortando la piel con mi navaja y conté el dinero. ¡Una fortuna! ¡Ciento treinta y cinco pавos!

Guardé la «pasta» en mi bolsillo y miré en torno a la habitación. Tenía que deshacerme de la cartera. Había un pequeño ventanuco sobre el lavabo que daba a un patio de luz que no se limpiaba nunca. Me subí al retrete y dejé caer la cartera por el ventanuco. Escuché el ruido que emitió al golpear contra los lados del edificio mientras caía. Volví a mi habitación y me metí en la cama.

Cerré los ojos y traté de conciliar el sueño, pero los pensamientos giraban enloquecedoramente por mi cabeza. ¿Y si los polis están fingiendo? ¿Y si el señor Gold recordaba algo una vez se le pasara el dolor? Tuvo suficiente tiempo como para observarme a sus anchas. Mi pijama estaba lleno de sudor y se pegaba a mi piel. Apreté fuerte los ojos en la oscuridad y traté con desesperación de quedarme dormido, pero fue inútil. Mis nervios saltaban al mínimo ruido de la noche. Una puerta se cerró de golpe y di un salto en la cama. Venían por mí.

Salté de la cama rápido y me puse los pantalones, me aproximé a la puerta, forzando mi oído para poder escuchar las voces tras ella. Solo eran papá y mamá. Papá había llegado a casa en ese momento.

Me despojé de los pantalones y me introduje de nuevo en la cama. Hundí la cabeza en la almohada con un suspiro de alivio. Era un tonto. Nadie sospecharía de

mí. Lentamente, el nerviosismo me abandonó, pero, aun así, no pude conciliar el sueño.

La noche me pareció interminable. Por último, me puse de costado e introduje un extremo de la almohada en mi boca para evitar que se me escapara un grito. Comencé a rezar en silencio. Nunca había orado tan conscientemente. Supliqué a Dios que no permitiera que me cogieran y juré que jamás lo repetiría.

Pero la luz grisácea del amanecer entró en mi habitación antes que mis ojos se cerraran exhaustos. Realmente no dormí, porque en lo profundo de mi mente resonaba el espantoso ruido del hueso al romperse, y los agudos gritos del señor Gold permanecían en mis oídos.

Alguien me estaba zarandeando y traté de apartar las manos que me sujetaban. Alcé mis brazos para alejarlas. ¿Por qué no me dejaban solo?

Estaba tan cansado...

Una voz gritaba junto a mi oído. Repetía las mismas palabras, una y otra vez.

—¡Despierta, Danny! ¡Despierta!

Me volví de costado.

—Estoy cansado —murmuré, enterrando la cabeza en la almohada—. Fuera.

Escuché pasos que abandonaban la habitación y me adormecí tensamente.



Estaba esperando la señal. Allí estaba. Spit se llevaba la mano al rostro. Me estaba moviendo con rapidez. El señor Gold acababa de rebasar la línea del edificio. Mi brazo se alzó. Sentía el peso de la porra en mi mano. Comenzó a caer. Entonces, el señor Gold se volvió.

Su rostro blanco y aterrorizado me miraba con fijeza.

—¡Te conozco! —gritaba—. ¡Tú eres Danny Fisher!

Solo en ese momento, la porra bajaba, le golpeaba en un costado de la cabeza y él caía.

—¡No! —gemí—. ¡Nunca más!

Traté de ocultarme en la almohada. Una mano cayó sobre mi hombro y di un salto sobre mí mismo en la cama, mis ojos muy abiertos y fijos.

—¡Danny!

La voz de mamá sonaba asustada.

Me senté rápidamente, mis ojos se ajustaron a la realidad de mi habitación. Respiraba con pesadez, como si hubiera estado corriendo.

Mamá estaba observándome. Mi rostro estaba pálido y cubierto de sudor.

—Danny, ¿qué sucede? ¿No te sientes bien?

La miré unos instantes; después, lentamente, me dejé caer sobre la almohada. Estaba muy cansado. Solo era un sueño, pero parecía tan real...

—Estoy bien, mamá —repuse despacio.

La preocupación se reflejaba en su rostro. Puso su mano fría sobre mi sudorosa frente, e hizo que me reclinara sobre la almohada.

—Sigue durmiendo, Danny —dijo con suavidad—. Estuviste gritando en sueños durante toda la noche.

El sol brillaba fuerte en las calles cuando abrí los ojos de nuevo. Me estiré perezoso a todo lo largo de la cama.

—¿Te sientes mejor, rubito?

Me volví rápido. Mamá estaba sentada cerca de la cama. Me incorporé.
—Sí —dije avergonzado—. ¿Qué me habrá sucedido?
Me alegré que mamá no insistiera sobre una respuesta a mi pregunta.
Todo lo que ella hizo fue alargarme una taza de té.
—Ahora, bebe esto.



Di un vistazo al reloj de la cocina al entrar. Eran más de las dos de la tarde.
—¿Dónde está papá? —pregunté.
—Tuvo que ir a la tienda temprano —respondió mamá sin volverse—. Algo le sucedió al señor Gold.
—¡Ah, ya! —dije, sin comentarios, cruzando hacia la puerta. La abrí.
El ruido hizo que ella se volviera.
—¿Adónde vas? —preguntó preocupada—. No vas a salir en el estado en que estás.
—Debo hacerlo —respondí—. Prometí a unos amigos que me reuniría con ellos.
Spit y Solly estarían preguntándose por mí.
—Te encuentras con ellos otro día. No es tan importante. Vuelve a la cama y descansa.
—No puedo, mamá —respondí rápidamente—. Además, un poco de aire fresco me hará bien.
Cerré la puerta de golpe y corrí escaleras abajo.



Los ojos de Solly se encontraron con los míos mientras caminaba frente a la pastelería, le hice señas y continué caminando por la calle.
Algunas puertas más abajo me introduje en el edificio y esperé en el pasillo. No tuve que esperar mucho tiempo. El dinero ya estaba en mi mano cuando ellos llegaron.
—Aquí tenéis —les dije.
Solly introdujo el dinero en su bolsillo con rapidez, sin contarlos, pero Spit lo repasó minuciosamente. Alzó la vista y me miró suspicaz.
—¿Solo treinta pavos? —preguntó.
Sostuve su mirada.
—Y da gracias por eso —le dije con aspereza—. Debiera dejarlos sin nada por la forma en que arrancasteis.
Spit bajó los ojos.
—Creí que sería más.
Blandí el puño.
—¿Por qué no te quedaste para contarlos? —me enfadé.
Su mirada se alzó rápida y sus ojos me observaron por entre los párpados

semicerrados. Pude ver que no me creía, pero temía protestar.

Mantuve la mirada y la suya cayó.

—Está bien, Danny —dijo, cubriéndome con una suave llovizna—. No protesto.

Dio media vuelta y se alejó silencioso hacia la puerta.

Me volví hacia Solly. Nos había estado observando.

—¿Tienes algo que decir? —le pregunté con brusquedad.

Los labios de Solly se abrieron en una amplia sonrisa.

—No, Danny. No hay quejas.

Le sonreí y apoyé una mano sobre su hombro, guiándole hacia la puerta.

—Bien, entonces, vete ya —le dije—. No quiero estar aquí todo el día.



Nos bajamos del trolebús y Nellie se cogió de mi brazo. Alzó su mirada hacia mi rostro.

—¿Adónde vamos? —preguntó con curiosidad.

—Ya lo verás.

Sonreí, no quería decírselo aún.

Así estuvimos toda la noche. Pasé a buscarla a la tienda a la hora de cerrar.

—Vamos —le dije—. Quiero mostrarte algo.

Me había acompañado de buena gana hasta la plaza donde habíamos cogido el trolebús de Utica-Reid. Durante todo el trayecto, permanecimos silenciosos, mirando a través de las ventanillas, con nuestras manos juntas, muy apretadas. Había deseado decirle adónde nos dirigíamos, pero sentía temor de hacerlo. Temía que pudiera reírse de mí. Pero ahora podía decírselo porque ya habíamos llegado. Estábamos en una esquina vacía y oscura, casi a las diez de la noche, en el barrio de Brooklyn, del que ella nunca había oído hablar. Alcé una mano y señalé hacia el otro lado de la calle.

—¿La ves? —le pregunté.

Miró en aquella dirección; después, se volvió hacia mí con expresión consternada en su rostro.

—¿Veo qué? —preguntó—. Allí solo hay una casa deshabitada.

Le sonreí.

—Esa es —asentí con alegría—. Bonita, ¿verdad?

La miró de nuevo.

—No vive nadie en ella —dijo con voz desilusionada.

Me volví hacia la casa.

—A eso es a lo que hemos venido —contesté.

Durante unos momentos, casi me había olvidado que ella estaba allí. Observé la casa con detenimiento. No habría muchos inconvenientes para que papá pudiera conseguir la casa de nuevo en cuanto tuviera el puesto del señor Gold.

Su voz interrumpió mis pensamientos.

—¿Esto es lo que hemos venido a ver a medianoche, Danny? —preguntó—. ¿Una

casa deshabitada?

—No es una casa deshabitada —aclaré—. Es mi casa. Aquí es donde yo vivía. Quizá, muy pronto, podamos volver de nuevo.

Sus ojos se iluminaron con un súbito resplandor. Rápidamente miró a la casa y otra vez hacia mí. Su boca se abrió en una sonrisa.

—Es una casa muy hermosa, Danny —dijo en tono comprensivo.

Mi mano apretó su brazo.

—Papá me la regaló al cumplir mis ocho años —le expliqué—. El primer día que nos mudamos, me caí en una zanja donde me encontré con una perrita; tuvieron que llamar a la policía para encontrarme.

Respiré profundamente. El aire era puro y dulce en ese lugar.

Murió cuando nos cambiamos. La atropellaron en la calle Stanton. La traje y la enterré aquí. Este era el único hogar que ella había conocido y yo quería a esa perrita más que a nada en mi vida. Por eso la traje. Es el único lugar donde ella... nosotros podríamos ser felices.

Sus ojos reflejaban ternura y brillaban en la noche.

—Y ahora volverás aquí —murmuró con suavidad, apoyando su cabeza en mi hombro—. ¡Oh, Danny, estoy tan contenta por ti!

Bajé la vista para observarla. Me invadió un sentimiento de ternura. Sabía que ella lo comprendería al saberlo todo. Alcé sus dedos y los presioné con mis labios.

—Bien, Nellie; ahora, podemos volver.

Pero ya no me importaba. Sabía que no sería por mucho tiempo.



Me detuve a la entrada, mis ojos estaban acostumbrándose a la luz brillante de la cocina. Mamá y papá me estaban mirando mientras entraba.

—Has vuelto temprano —le dije a mi padre, sonriendo.

Quizá ya le habían dado la buena noticia.

El rostro de papá estaba tenso e iracundo.

—Pero tú has llegado tarde —dijo con brusquedad—. ¿Dónde has estado?

Cerré la puerta y lo observé. No actuaba de la forma que yo esperaba. Quizá algo había salido mal; tal vez Gold me había reconocido.

—Por ahí —respondí cauto. Era mejor que permanecer en silencio. Papá no pudo contenerse por más tiempo.

—¿Por ahí? —gritó de súbito—. ¿Qué respuesta es esa? Tu madre ha estado preocupada por ti durante toda la noche. ¡No vienes a casa, no dices nada, solo que has estado por ahí! ¿Dónde has estado? ¡Respóndeme!

—Apreté los labios porfiadamente. Algo había salido mal.

—Le dije a mamá que me encontraba bien, que no tenía que preocuparse.

—¿Por qué no viniste a cenar, entonces? —exclamó papá—. Tu madre no sabía lo que te había sucedido. Podrías haber muerto en las calles y nosotros sin saberlo. ¡Si

hasta ha enfermado por la preocupación!

—Lo siento —dije con hosquedad—. No creí que se preocuparía.

—¡No lo sientas! —me gritó papá—. ¡Solo contéstame! ¿Dónde has estado?

Lo miré durante unos instantes. No sacaría nada con decírselo. Estaba enrojecido por la ira. Me volví y me alejé hacia la puerta sin abrir la boca.

De repente, la mano de papá se puso sobre mi hombro, haciéndome girar y enfrentándome a él. Mis ojos se abrieron por la sorpresa. Papá estaba sosteniendo su cinturón de cuero en la mano y lo blandía amenazador hacia mí.

—¡No te vayas sin responderme! —gritó—. ¡Ya estoy harto de tus modales! Desde que nos mudamos a este lugar, crees que puedes ir de un lado a otro sin preguntarle a nadie. ¡Ya no lo soporto más! ¡Tendrás que darte cuenta de la situación aunque tenga que hacerlo a golpes! ¡Respóndeme!

Apreté mis labios con fuerza. Papá nunca me había pegado con furia. No creí que lo hiciera en ese momento. Siendo yo más alto que él, tenía que inclinar la cabeza para mirarme.

Me zarandeó bruscamente.

—¿Dónde has estado?

No respondí.

El cinturón bajó silbando a través del aire. Me dio en un lado de la cara. Varias luces estallaron ante mi vista y pude escuchar que mamá gritaba. Sacudí la cabeza, tratando de despejarla, y abrí los ojos.

Mamá estaba aferrada del brazo de papá, suplicándole que no continuara. Él la dejó, gritando:

—¡Ya estoy harto, te digo, harto! ¡Un hombre puede soportar muchas cosas, pero su propio hijo debe respetarle!

Giró hacia mí y el cinturón bajó de nuevo.

Alcé los brazos para cubrirme, pero el cinturón se enroscó en torno a ellos y me alcanzó en el rostro. La hebilla me golpeó en la frente y caí al suelo semiaturdido.

Entre un mar de dolor, me volví para observar a mi padre. No debía permitirle que me pegara. Podía arrancar el cinto de sus manos en cualquier momento. Sin embargo, no lo hice. Ni siquiera hice el menor movimiento para escapar del golpe siguiente. El cinturón bajó de nuevo y apreté los dientes con dolor.

Mamá rodeó con sus brazos el cuerpo de mi padre.

—¡Detente, Harry! ¡Le vas a matar! —exclamó.

Él sacudió su brazo y ella cayó sobre una silla. Sus ojos, que me miraban fijamente, estaban ribeteados de rojo e hinchados, como si hubiera estado llorando. El cinturón se alzó y volvió a caer varias veces, hasta que pareció que yo viviera siempre en aquel extraño mundo de dolor. Cerré los ojos.

Su voz bajó flotando hacia mí.

—Ahora, ¿vas a responderme?

Lo miré. Parecía que papá tenía tres caras y que todas se movían en círculos,

separándose y uniéndose. Sacudí la cabeza tratando de despejarla. Papá estaba alzando tres brazos. Tres cinturones volaban hacia mí. Cerré los ojos rápidamente ante ellos.

—¡Estuve en la casa!

El golpe que esperaba no llegó y abrí los ojos. Los tres cinturones estaban suspendidos en el aire sobre mi cabeza. La voz de papá me llegó desde muy lejos.

—¿Qué casa?

Solo entonces me di cuenta que le había respondido. Dejé escapar un suave suspiro. Mi voz fue apenas un quejido, no la reconocí.

—Nuestra casa —contesté—. Fui a ver si alguien la estaba habitando. ¡Creí que con el señor Gold fuera, papá estaría al frente de la tienda y podríamos volver allí!

Se hizo un silencio en la habitación que pareció durar toda la eternidad. El único sonido era el de mi fuerte respiración y, entonces, mamá se arrodilló a mi lado apoyando mi cabeza contra su pecho.

Abrí los ojos de nuevo y miré a papá. Se había dejado caer exhausto sobre una silla y me estaba observando con ojos muy abiertos, asustados. Pareció envejecer ante mis propios ojos. Sus labios se movieron, casi silenciosamente. Con gran dificultad, pude escucharle.

—¿De dónde sacaste esa idea? —estaba diciendo—. Anoche Gold me dijo que cerrarían la tienda a fin de mes. Están perdiendo dinero y yo me quedaré sin trabajo el día uno.

No podía creerlo. Sencillamente, no podía. Las lágrimas comenzaron a brotar en silencio y a correr por mis mejillas. Entonces, poco a poco, comencé a comprender. Eso era lo que Gold había estado diciendo cuando habló con papá en el mostrador la noche anterior. Por eso papá parecía tan desesperado.

Todo estaba claro para mí. La ira de papá, la preocupación de mamá esa mañana. Durante unos momentos, me sentí muy niño otra vez y volví mi cabeza hacia la seguridad del pecho de mi madre.

Había sido para nada. Toda la endemoniada cuestión había sido para nada.

¿Hasta cuándo seguiría viviendo como un niño, soñando como un niño? Ya era hora de cambiar. No había ningún camino en esta tierra de Dios para que yo pudiera tener la casa de nuevo.

Esquivé un cansado gancho de derecha con facilidad y respondí rápidamente con mi izquierda. Noté cómo se rompía la guardia del chico y supe que ya lo tenía. Alcancé a golpearle con la derecha justo antes que sonara la campana, finalizando el asalto.

Puse los brazos a lo largo de los costados y me dirigí hacia mi rincón. Me dejé caer sobre el taburete y sonreí al hombre que estaba encaramándose al cuadrilátero con la toalla y el agua. Abrí la boca para que algo del agua de la esponja penetrara en ella.

Sonreí de nuevo.

—¿Estás bien? —me preguntó ansioso.

—Muy bien, Gisep —le dije confiado—. Terminó con él en este asalto. Está listo.

Giuseppe Petito me hizo callar.

—Guarda el aliento, Danny.

Pasó la esponja por mi cuello y hombros.

—Ten cuidado —me advirtió—. Ese tipo tiene una derecha fuerte aún. No te confíes. Le prometí a Nellie que no permitiría que te golpearan. Me jugaría la cabeza si eso sucede.

Dejé pasar mi guante con afecto por la cabeza de Giuseppe.

—Creo que esta vez estás a salvo —le sonreí.

Giuseppe me sonrió a su vez.

—Asegúrate bien de eso —replicó—. Ella puede ser tu novia, pero es mi hermana y no la conoces tanto como yo. Aún me está riñendo por dejar que te metieras en esto.

Estaba por responderle cuando sonó la campana. Me puse de pie de un salto mientras Giuseppe salía por entre las cuerdas. Caminé rápidamente hacia el centro del cuadrilátero y toqué guantes con mi contrincante. El árbitro separó los guantes y haciéndome hacia un lado lancé un gancho de izquierda.

Mis manos estaban altas y sueltas ante mí, moviéndome en círculos alrededor del chico, con sumo cuidado, esperando una oportunidad para golpear. Dejé caer ligeramente mi izquierda, tratando de faltarle con la derecha. El chico no cayó en la trampa y yo me alejé.

Comencé a dar vueltas en torno a él de nuevo. Los espectadores comenzaron a silbar y golpear los pies al unísono. Podía sentir la vibración en la lona del cuadrilátero. ¿Qué querían que hiciéramos por un reloj de oro de diez dólares? ¿Que nos matáramos? Ansiosamente, miré hacia mi rincón.

Un sexto sentido me hizo agacharme. Por el rabillo del ojo había captado la visión de su derecha avanzando contra mi mentón. Pasó silbando por encima de mi hombro y yo me enderecé para quedar dentro de la guardia del chico.

Alcé la derecha en un gancho con todo el peso del cuerpo que le dio de lleno en la

barbilla. Sus ojos se enturbiaron súbitamente y cayó hacia mí, tratando de agarrarse en su camino.

La muchedumbre rugía ahora. Me retiré con rapidez y lancé mi izquierda. Le golpeé en pleno rostro, que tenía al descubierto, trastabilló hacia delante y cayó de cara a la lona. Me volví y caminé con seguridad hacia mi rincón. Nadie tenía que decirme que la pelea estaba terminada.

Giuseppe ya estaba en el cuadrilátero, tirándome una toalla por encima de los hombros.

—¡Rayos! —me sonrió—. ¡Ojalá ya tuvieras dieciocho años!

Me reí y volví al centro del cuadrilátero. El árbitro se adelantó hacia mí y alzó mi brazo. Me susurró por el costado de su boca:

—Fisher, eres demasiado bueno para estas peleas.

Reí nuevamente y volví a mi rincón.



Giuseppe metió la cabeza dentro del vestuario.

—¿Ya estás listo, chico? —preguntó.

—Estoy atándome los zapatos, Zep —le respondí.

—Apresúrate, Danny —dijo Zep—. El jefe desea verte...

Me levanté y lo seguí por los corredores. El clamor de la muchedumbre me llegaba a los oídos.

—¿Qué desea, Zep? —pregunté.

Generalmente, cuando Skopas deseaba ver a uno de los principiantes no se trataba de nada bueno. Todo el mundo sabía que Skopas era el jefe de una banda, aunque, oficialmente, era el administrador del estadio.

Zep levantó los hombros.

—No lo sé. Quizá te va a dar una medalla o algo así.

Sin embargo, noté por el tono de su voz que estaba preocupado.

Le miré interrogador. Mi voz fue aguda y cáustica; no quería que se diera cuenta que yo también estaba preocupado.

—No importa lo que dé, con tal que pueda cambiarlo por diez dólares.

Nos detuvimos ante una puerta con el rótulo: PRIVADO. Giuseppe la abrió.

—Adentro, chico —dijo.

Entré en la habitación con curiosidad; nunca había estado allí. Eso era solo para los chicos de la gran época, los chicos que habían trabajado por dinero, no como nosotros, que lo hacíamos por relojes. Me desilusioné al ver que se trataba de una pequeña habitación con paredes sucias y pintadas de gris, y con algunas fotografías de boxeadores colgando de ellas. Había esperado algo más grandioso.

Varios hombres se encontraban enfrascados en animada charla y fumando. Cuando, entré, dejaron de hablar y me miraron. Sus ojos eran crudos y apreciadores.

Los miré brevemente, y entonces, ignorándolos, me dirigí hacia el hombre que

estaba sentado tras un pequeño escritorio.

—¿Me mandó llamar, señor Skopas?

Alzó la vista hacia mí. Sus ojos eran grisáceos, inexpresivos, y su calva cabeza resplandecía a la luz de la única lámpara.

—¿Eres tú Danny Fisher?

Su voz era tan inexpresiva como sus ojos.

Asentí.

Skopas sonrió sin alegría, dejando entrever unos dientes irregulares y amarillentos.

—Mis chicos me han dicho que tienes condiciones. He oído que tienes una buena colección de relojes.

Le sonreí. No parecía que fuera a abroncarme.

—Podría tenerla —dije—, si pudiera guardarlos.

Giuseppe me codeó nerviosamente.

—Él quiere decir que se los da todos a su viejo, señor Skopas —intervino rápidamente.

Sus ojos me lanzaban advertencias acerca de las personas de la habitación. Inmediatamente supe lo que quería decir. Cualquiera podría ser un inspector.

Skopas se dirigió a Giuseppe.

—¿Quién eres tú? —preguntó con ojos de pez.

Era mi turno de responder.

—Es mi mánager, señor Skopas. Antes peleaba con el nombre de Peppy Petito.

Los ojos de Skopas apenas se abrieron.

—Lo recuerdo. Un chico de opereta con mandíbula de cristal. —Su voz se estremeció—. De manera que a eso te dedicas ahora... a trabajar con los principiantes.

Giuseppe se movió incómodo.

—No, señor Skopas, yo...

La voz de Skopas lo interrumpió.

—Vete, Petito —dijo con frialdad—. Tengo que hablar de negocios con tu amigo.

Giuseppe lo miró y luego a mí. Su rostro había empalidecido bajo su oscura piel. Vaciló unos instantes, y, luego, con una mirada angustiada en los ojos, se dirigió hacia la puerta.

Lo detuve, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Espera, Zep.

Me volví hacia Skopas.

—Se ha equivocado con Zep, señor Skopas —dije rápidamente—. Zep es el hermano de mi novia. Está conmigo porque yo se lo pedí. Si él se va, yo también me voy.

La expresión del rostro de Skopas cambió ligeramente. Sonrió.

—¿Por qué no lo dijiste en primer lugar? Esto cambia las cosas. Extrajo un

cigarro puro de su bolsillo y se lo ofreció a Giuseppe.

—Toma, Petito, ten un cigarro y olvida lo sucedido.

Zep cogió el cigarro y se lo puso en el bolsillo. Su mirada enfermiza había desaparecido de sus ojos y estaba sonriendo.

Miré al señor Skopas.

—Usted me mandó llamar —le dije secamente—. ¿Para qué?

El rostro de Skopas tornó a su inexpresividad.

—Lo has estado haciendo muy bien en este club, de forma que quiero que lo sepas.

—¡Cielos, muchas gracias! —exclamé con sarcasmo—. ¿Y ese negocio que mencionó hace poco?

Durante unos instantes, una luz brilló en sus ojos y rápidamente desapareció volviendo a su frialdad. Continuó hablando como si no le hubiera interrumpido.

—Los chicos de la ciudad siempre están a la búsqueda de figuras que prometan, de manera que les hablé de ti. Quiero que sepas que han estado observando tus últimas peleas y les gusta lo que han visto.

Hizo una pausa dándose importancia, puso otro cigarro en su boca y lo chupó un poco, antes de continuar hablando.

—Creemos que eres demasiado bueno para este tipo de peleas, chico, y desde ahora nos hacemos cargo de ti. Ya no pelearás más por relojes. Encendió una cerilla y la puso ante su puro.

Esperé a que se consumiera la cerilla antes de hablar.

—¿Por qué pelearé ahora? —pregunté sin inmutarme.

No tenía que preguntar por quién pelearía. Ya lo sabía de antemano.

—Por la gloria, chico —replicó Skopas—, por la gloria. Hemos decidido que vayas a Los Guantes para crearte una reputación.

—¡Espléndido! —estallé—. ¿Y qué hago para la «pasta»? Por lo menos me dan diez dólares por un reloj.

La sonrisa de Skopas fue tan fría como sus ojos. Lanzó una nube de humo en mi dirección.

—No somos unos rateros, chico. Tendrás cien al mes hasta que tengas edad para transformarte en un profesional; después, dividiremos las ganancias en partes iguales.

—He ganado más de diez relojes al mes en esto —le repliqué acaloradamente.

Sentí que la mano de Giuseppe se apoyaba en mi brazo. Me desprendí de ella con furia. Eso no era lo que yo buscaba.

—¿Y si yo no entro en este negocio? —pregunté.

—Entonces no obtienes nada —dijo Skopas secamente—. Pero parece ser un chico inteligente. Sabes más de lo que estás haciendo ahora. Tenemos un entrenador que te formará cuando te conviertas en profesional.

Sonreí.

—Están demasiado seguros de sí mismos. ¿Qué les hace pensar que yo deseo ser

boxeador?

Los ojos de Skopas reflejaban saber.

—Necesitas la «pasta», chico —dijo con seguridad—. Por eso serás boxeador. Por eso has estado peleando por relojes.

Estaba en lo cierto. Yo necesitaba el dinero. Papá aún no tenía trabajo y esa era la forma más segura de obtener algo, aparte de golpear a alguien en la cabeza. Y la experiencia con el señor Gold me había enseñado que yo no estaba hecho para ese tipo de trabajos. Pero ya tenía bastante de eso. Estaba bien para ganarse unas pocas monedas de aquí y de allá, pero no era algo como para dedicarle la vida. Había visto a demasiados tipos que se paseaban por las calles mostrando los golpes. Eso no era para mí.

Me volví hacia Zep.

—Vámonos —le dije sin más comentarios. Me volví hacia el escritorio—. Adiós, señor Skopas. Gracias de todas maneras. Encantado de haberle conocido.

Abrí la puerta de par en par y salí al exterior. Un hombre, que estaba en el umbral, extendió un brazo para detenerme. Aparté su mano sin mirarle y quise pasar por su lado. Una voz familiar llegó hasta mis oídos:

—¡Eh, Danny Fisher!, ¿no vas a saludar a tu nuevo mánager?

Alcé la vista rápidamente, la alegría saltó a mi cara. Mi mano cogió al hombre por el brazo.

—¡Sam! —exclamé—. ¡Sam Gottkin! ¡Debiera haberlo sabido!

La voz de Skopas llegó por encima de mi hombro. Había un cierto tono apoloético en ella.

—El chico no entra en el negocio, señor Gottkin.

Los ojos de Sam me escudriñaron interrogadores. Me decidí rápidamente. Me volví hacia Skopas, con la cara sonriente.

—¡Si está bien por su parte, señor Skopas —dije—, puede decirles a sus amigos de la ciudad que ya tienen un nuevo chico!

—Vamos, Danny —dijo Sam algunos minutos más tarde—. Comeremos algo.
Le sonreí.

—Muy bien, Sam —dije—. Espera un minuto.

Volví hacia el escritorio de Skopas y me detuve ante él. La tensión había abandonado la habitación; incluso Skopas sonreía. Los otros hombres me estudiaban cuidadosamente. Sabían que si había sido señalado por los de la ciudad, yo era algo que valía la pena.

—Señor Skopas —le dije con una sonrisa—, siento haberme enfadado. Gracias por lo que ha hecho.

Me sonrió.

—Está bien, chico.

Extendí la mano.

—Pero no se olvide de mi reloj.

Se rio con fuerza y se volvió hacia los hombres que estaban en la habitación.

—El muchacho está bien —anunció—. Llegará lejos. Si tuviera cinco de los grandes lo habría fichado yo mismo.

La sorpresa inundó mi rostro, y los hombres estallaron en carcajadas. Miré a Sam y él asintió levemente con la cabeza. Me volví hacia Skopas, pensativo. A Sam le debía ir muy bien para poder desembolsar cinco de los grandes por mí.

Skopas sacó dos billetes de su bolsillo y los puso en mi mano.

—Esta vez no tengo relojes, muchacho, de forma que ahora te amorrarás el intermediario.

Metí el dinero en mi bolsillo.

—Muy bien, señor Skopas.

Caminé de nuevo hacia Sam, ahora, con mayor respeto.

—Vamos.



Miré el plato con lástima. Había algún secreto en los pollos asados rumanos especiales de Glucksten. Si te podías comer todo el plato eras un héroe. Puse el tenedor a un lado.

—Estoy que reviento —admití. Me volví a Giuseppe—. ¿Qué tal, Zep?

Giuseppe me sonrió entre un inmenso bocado.

—Excelente, Danny.

Miré hacia el otro lado de la mesa, hacia Sam. Él también se había dado por vencido. Me estaba observando con curiosidad.

—Veo que tampoco has podido con él —le dije.

—Es demasiado —dijo—. Tengo que cuidarme el peso ahora.

Estaba en lo cierto. Había engordado un poco desde la última vez que lo había visto.

—¿Cómo fue el no responder a mi carta el año pasado? —preguntó de repente.

Lo miré sorprendido.

—No la recibí —le dije simplemente.

—Te estaba buscando —dijo—. Incluso fui a tu antigua casa para verte, pero nadie tenía tu dirección. —Encendió un cigarrillo y afirmó—: Tenía trabajo para ti.

—¿El verano pasado? —pregunté.

Asintió.

Extraje un cigarrillo del paquete que Sam había dejado sobre la mesa.

—Me hubiera servido de mucho —dije—. Las cosas estuvieron bastante mal.

—¿Te graduaste en el colegio?

Negué con un movimiento de cabeza.

—En junio próximo —repliqué.

Miré a Sam con curiosidad.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté—. Lo último que supe de ti era que estabas en Florida.

—Allí estuve —respondió Sam—. Me fue muy bien. Pero no me olvidé de ti. Siempre dije que algún día haría un campeón de ti, de manera que se lo hice saber a algunos de mis amigos para que te buscaran. Sabía que más pronto o más tarde aparecerías por alguna parte. Alguien que pelea tan bien como tú lo haces, jamás se queda oculto mucho tiempo.

Extendió la mano por encima de la mesa y me quitó el cigarrillo de la boca con una sonrisa.

—Esto se termina si vas a trabajar para mí.

—Me gusta trabajar para ti —le dije, observando cómo aplastaba la colilla—. Pero no sé si me gusta la idea de ser boxeador.

—Entonces, ¿qué estabas haciendo en esos clubs peleando por relojes? —me preguntó de inmediato.

Hice una seña hacia Giuseppe.

—Necesitaba la «pasta» y él sabía dónde podría ganar quizá tres o cuatro relojes a la semana por peleas de *amateurs* a tres asaltos. Parecía ser una cosa fácil, de forma que así lo hice. Pero nunca había pensado en hacerme boxeador profesional; esa es la verdad.

—Y entonces, ¿qué pensabas hacer? —preguntó Sam—. ¿Prenderle fuego al mundo? ¿Conseguir un trabajo por diez dólares a la semana? Si tienes suerte, ¿es así?

Me sonrojé.

—No había pensado en eso —admití.

Sam sonrió.

—Ya lo pensaba yo —dijo confidencialmente—. Pero, de ahora en adelante, yo me encargaré de pensar por ti.



Zep nos dejó en la esquina. Se alejaba cuando lo llamé.

—Espera un minuto, Zep, te olvidas de algo. —Le alargué un billete—. Dile a Nellie que es para ahorrarlo.

Zep introdujo el dinero en el bolsillo.

—Se lo diré, Danny.

—Dile que pasará a buscarla a la tienda mañana por la noche —le grité mientras se alejaba. Volviéndome hacia Sam, le dije—: Es un buen tipo.

Sam me miró.

—¿Un italiano? —dijo interrogativamente.

Le devolví la mirada con frialdad.

—¿Y qué?

Sam alzó los brazos protestando.

—No quiero decir nada, chico; pero ¿qué dicen tus padres con eso de andar con una chica italiana?

Le observé con fijeza.

—No les gusta; pero, al infierno; a sus padres tampoco les gusto yo. Ellos dicen «patata» como nosotros decimos «elefante». Esto es algo que solo nos importa a Nellie y a mí.

—Es verdad, chico —dijo Sam apaciguador—. No te enfades.

—No estoy enfadado —repuse en voz baja.

Pero lo estaba. Eso es lo que ocurría todos los días en casa.

Sam me cogió del brazo.

—Vamos al coche y te daré los pormenores de este negocio.

Estudié su rostro mientras se apoyaba contra el coche. Estaba bien, podía darme cuenta de ello. Su rostro se había redondeado y le había salido una pequeña papada. Eso lo daba la buena vida.

Extrajo un puro y mordió un extremo, lo chupó mientras reflexionaba.

—Ahora —dijo en voz baja— quiero que me escuches con sumo cuidado y recuerdes lo que te voy a decir. Porque, desde ahora hasta que te conviertas en profesional, no podremos vernos muy a menudo. No obstante, estaré en contacto contigo, ¿entiendes?

Asentí. Lo comprendía. Las leyes contra los que encubrían a boxeadores *amateurs* eran bastante estrictas.

Sam encendió el puro con una cerilla, cuyo breve resplandor dio a su rostro semejanza de luna llena.

—Mañana irás al Club de los East Side Boys. Pregunta por Moe Spritzer, y, cuando le veas, le das tu nombre y le dices que yo te envío. Él ya sabe lo que hay que

hacer. Ya ha sacado una solicitud para Los Guantes en tu nombre, todo lo que tú tienes que hacer es firmarla. De ahora en adelante, hasta que cambies, él será tu entrenador. Harás todo lo que él te diga, ¿comprendido?

—Comprendido.

A pesar mío, estaba impresionado. Sam había pensado en todo.

—Por cada mes que te mantengas en línea, Moe te dará cien dólares. Si te abandonas, estás fuera. Pórtate bien, chico, y tendrás el mundo cogido por el rabo. De vez en cuando, yo me daré una vuelta por el culo para ver cómo lo estás haciendo. Cuando vaya, no me prestes atención. Si deseo hablarte, yo me acercaré.

Abrió la portezuela de su coche y se puso al volante.

—¿Tienes alguna pregunta que hacer, Danny?

Moví negativamente la cabeza, pero cambié de idea. Tenía una pregunta que hacer.

—¿Y si no doy resultado en Los Guantes, Sam? ¿Qué sucederá?

Sam me miró durante unos instantes antes de responder. Su voz era baja y calmada.

—Entonces, pierdo los cinco «grandes», los cinco mil dólares que di por ti. Los muchachos ya iban a tomarte cuando les gané la mano.

Sus ojos, súbitamente, brillaron y se endurecieron tras el resplandor de su cigarro.

—Tú serás lo que yo no pude ser, Danny. He puesto una gran cantidad de dinero, ganado con mucha dificultad, en ti, Danny, y no quiero perderlo.

Hizo girar la llave de contacto y puso en marcha el motor. Su voz apenas se alzó sobre el leve zumbido.

—Ya no eres un niño, Danny. Estás metido en un negocio duro. Nunca esperaré que hagas lo que no puedas, pero no me abandones una vez que hayas comenzado. No me gustaría.

El coche partió suavemente y pude sentir que mi corazón latía acelerado. Sam no estaba bromeando, había hablado muy en serio. Una mano cayó sobre mi hombro y me volví sorprendido. Zep estaba junto a mí.

—¿Lo has oído? —le pregunté.

Sabía que no se alejaría mucho. Zep asintió.

—¿Qué piensas?

Sus oscuros ojos encontraron los míos, y sus labios se abrieron en una sonrisa.

—Ha invertido mucho dinero en ti, pero no se arriesgará, y él lo sabe. Algún día llegarás a ser campeón, muchacho, eso lo sé.

Me volví para observar el coche. Las luces traseras desaparecían en la esquina en ese momento. Aún vacilaba.

—¿Crees que debo aceptar, Giuseppe? —pregunté.

Su voz excitada llegó a mis oídos.

—¿Le volverías la espalda a un millón de dólares, Danny?

Observé mi cara en el espejo. Fuera de la pequeña marca en la parte alta de la mejilla, no mostraba ninguna huella de la pelea de la noche anterior. Sonreí ante mis reflexiones. Tenía suerte.

Terminé de peinarme y salí del cuarto de baño. Al aproximarme a la cocina, pude escuchar la voz de papá. Entré en ella sonriendo.

—Buenos días —dije.

La voz de papá se detuvo en mitad de lo que estaba diciendo y se volvió hacia mí. No respondió.

—Siéntate, Danny —dijo mamá rápidamente—, ahí tienes tu desayuno.

Me dejé caer en la silla. Papá me había estado observando. Cada día aumentaban las arrugas de su rostro, arrugas de preocupación y desaliento. Sus ojos parecían velados por una cortina de desesperación que solo se desvanecía al calor de su humor y de la ira. Me daba la sensación de que el humor de papá empeoraba cada día más a medida que pasaba el tiempo, como si así se aliviara de sus preocupaciones.

Introduje mi mano en un bolsillo, saqué un billete de diez dólares y lo dejé sobre la mesa.

—Anoche pude ganar algo —dije en tono casual.

Papá miró el dinero, luego a mí. Sus ojos comenzaron a centellar. Yo ya conocía esa mirada: era un signo de su mal humor. Incliné la cabeza sobre el plato y comencé a meter cucharadas de puré de avena con gran rapidez dentro de mi boca. Quería evitarme la escena que sabía vendría a continuación.

Durante un momento, papá estuvo silencioso; entonces, su voz, con una aspereza extraña, llegó a mis oídos:

—¿De dónde lo has sacado? ¿Peleando?

Asentí sin levantar la vista del plato. Continué llevando las cucharadas de puré rápidamente a la boca.

—Danny, ¿fue así? —la voz de mamá era ansiosa, y en su rostro se habían marcado líneas de preocupación.

—Tuve que hacerlo, mamá —repuse—. Necesitamos el dinero. ¿Dónde lo podemos conseguir, si no?

Mamá miró a mi padre. Había una cierta palidez bajo su piel que le daba un aspecto enfermizo.

Mi madre se volvió hacia mí.

—Pero te dijimos que no nos gustaba que lo hicieras —protestó débilmente—. Pueden hacerte daño. Ya nos arreglaremos de alguna forma.

Mis ojos se detuvieron en su rostro.

—¿Cómo? —pregunté a continuación—. No hay trabajo en ninguna parte.

Tendríamos que vivir de la beneficencia.

La expresión de mamá era obstinada.

—Eso sería mejor que arriesgarte a que te maten —dijo mamá.

—Pero mamá —repuse— si no me arriesgo. Ya he pasado por estas cosas más de treinta veces y lo peor que me ha sucedido ha sido tener un rasguño en la ceja que sanó en un día. Tengo cuidado y el dinero es seguro.

Sin esperanzas, se volvió hacia papá. No podían argumentar conmigo. Tenía la lógica de mi parte.

El rostro de papá estaba blanco, sus dedos temblaban contra la taza de café que tenía en sus manos. Me estaba mirando, pero no me habló a mí directamente, se dirigió a mamá.

—Es esa chica —dijo con voz seca y desagradable—, esa italiana. Ella lo mete en estas cosas. No le importa que él se haga matar mientras tenga dinero con que hacerla pasar un buen rato.

—¡Eso no es cierto! —exclamé con vehemencia.

Había presentido que llegaríamos a eso desde, que lo vi por la mañana.

—¡No lo desea más que vosotros! ¡Lo hago porque es de la única forma que sé ganar dinero!

Papá me ignoró. Sus ojos febriles eran lo único con vida en su rostro. Su voz se alzaba con la ira.

—¡Una prostituta italiana! —continuó, con la vista fija en mí—. ¿Cuánto tienes que darle por las noches que pasáis juntos, en los portales y en las esquinas? ¿Es que una chica judía no es lo bastante buena para ti? No, una chica judía no haría lo que ella hace. Una chica judía no dejaría que su novio peleara por dinero para ella, que un hijo se transformara en un extraño para sus propios padres. ¿Cuánto le pagas, Danny, por lo que les da a los de su propia calaña sin cobrarles nada?

Un sentimiento de frío odio fue remplazando la furia que me invadía. Me puse en pie con lentitud y lo miré desde arriba. Mi voz temblaba.

—No hables así, papá; nunca más te refieras así a ella. Al menos donde yo pueda oírte.

Podía ver el blanco y asustado rostro de Nellie danzando ante mis ojos, tal como lo había visto la primera vez que le había dicho que ganaría algún dinero peleando.

—Es una buena chica —continué, casi sin poder hablar—, tan buena como cualquiera de las nuestras y mejor que muchas. No la culpes de tus propios errores; es culpa tuya la forma en que vivimos, no de ella.

Me incliné sobre la mesa escudriñando sus ojos. Por unos momentos, me devolvió la mirada, luego la bajó y alzó la taza de café hasta sus labios.

Mamá puso su mano sobre mi hombro.

—Siéntate y termina tu desayuno. Se está enfriando.

Me dejé caer de nuevo en la silla. Ya no tenía apetito, estaba cansado y me ardían los ojos. Me sentía vacío, sin sentimientos, frío. Alcé la taza de café, lo bebí de un

trago, dejándolo correr por mi interior, y calentó mi cuerpo.

Mamá se sentó cerca de mí. Durante unos momentos hubo un tenso silencio en la cocina. Su voz lo rompió.

—No te enfades con tu padre, Danny —dijo ella con suavidad—, él solo habla por tu propio bien. Está preocupado por ti.

Sentí un extraño dolor al observarla.

—Pero mamá, si es una buena chica —dije con amargura en la voz—. Él no debe decir esas cosas.

—Danny, es una italiana.

Mamá estaba tratando de mostrarse comprensiva.

No respondí. ¿Qué había pasado? Nunca lo comprenderían. Conocía a muchas chicas judías que solo eran unas prostitutas. ¿Qué las hacía ser mejor que Nellie?

—Quizá papá consiga un trabajo y tú puedas dejar de pelear —agregó mamá esperanzada.

De repente, me sentí muy viejo. Esas palabras eran como pasteles para un niño. Ya las había escuchado antes. Ya lo debían saber.

—Es demasiado tarde, mamá —dije, cansado—. No puedo dejarlo.

—¿Qué... qué quieres decir? —su voz temblaba.

Me puse en pie.

—Ya no peleo en los barrios bajos. Los muchachos de la ciudad creen que soy bueno. Hice un trato con ellos.

Observé a mi padre.

Ingresaré en Los Guantes y me haré una reputación. Me darán cien al mes y, cuando tenga edad suficiente, me haré profesional.

Mamá me miró atónita.

—Pero...

Sentí lástima por ella, pero yo no podía hacer nada ya; teníamos que comer.

—No hay peros, mamá —la interrumpí—. Ya hice el trato y es demasiado tarde para dar marcha atrás. Cien dólares al mes es tanto como papá puede ganar en un trabajo. Podemos vivir de ello.

Las lágrimas asomaron a sus ojos y se volvió a papá, sin esperanzas.

—Harry, ¿qué haremos ahora? —sollozó—. Es solo un niño. ¿Y si le hacen daño?

Papá me estaba mirando, un músculo de su mejilla se contraía espasmódicamente. Dejó escapar un hondo suspiro.

—Déjalo —respondió sin apartar su vista de mi rostro—. ¡Espero que le hagan daño, le servirá de lección!

—¡Harry! —Mamá estaba aterrada—. ¡Es nuestro hijo!

Sus ojos se entrecerraron un poco, aún fijos en los míos.

—Más parece hijo del demonio —dijo con una voz baja y amarga—, que hijo nuestro.

once

Salí del oscuro pasillo; la brillante luz del sol hería mis ojos y me detuve allí durante un momento, dejando que el suave calor y el aire se apoderaran de mi cuerpo. La casa aún no había abandonado el frío y la humedad del invierno, y antes que pudieras darte cuenta, se transformaría en un verdadero horno.

Me sentía en buena forma. Habían transcurrido cuatro meses desde que comencé con Sam. Buenos meses, además. Había pasado las eliminatorias de Los Guantes ya y, solo con una pelea más, estaría seleccionado para las finales en el Garden... si ganaba. Pero no tenía ninguna duda acerca de ello.

Llené mis pulmones con el aire fresco. El cuello de la camisa me oprimió la piel y lo abrí. Spritzer era un mago para ponerlo a uno en condiciones. Sam, también. Me obligaban a mantenerme en estricta forma, pero estaban en lo cierto. La preparación física era la mitad de la pelea.

Si papá llegara a comprender que esa era una forma más de ganar dinero, todo estaría perfecto. Pero no era así, constantemente me lanzaba frases hirientes, culpando a Nellie de todo y diciendo que solo los vagos eran boxeadores. Ya casi no nos hablábamos porque él no cedía un centímetro. Era demasiado obstinado, tal como cuando comencé a salir de casa.

Papá leía el periódico que estaba desparramado sobre la mesa de la cocina. Al entrar yo, no alzó la vista.

—Llegaré un poco tarde esta noche, mamá —dije.

—¿Otra pelea?

Asentí.

—La semifinal, mamá. En el Estadio Grove, en Brooklyn. —Mi voz reflejaba orgullo—. Y después de esta, las finales en el Garden y entonces, descanso hasta el próximo año.

—¿Tendrás cuidado, Danny? —preguntó ella vacilante.

Le envié una confiada sonrisa.

—No te preocupes, mamá, todo irá bien.

Papá había levantado la cabeza del periódico al oír mis palabras y se había dirigido a mamá como si yo no estuviera en la habitación.

—No te preocupes, Mary, no le sucederá nada. Escucha lo que dicen los periódicos de él.

Comenzó a leer el periódico en voz baja llena de sarcasmo:

Danny Fisher, la centella sensacional de East Side con dinamita en cada puño, se espera que dé otro paso adelante en el campeonato de su división cuando se enfrente, esta noche, en las semifinales en el Grove, a Joey Passo.

Fisher, por muchos llamado el Descuartizador de la calle Stanton debido a su historial con catorce victorias por nocaut, es observado de cerca por todo el mundo boxístico. Existen fuertes rumores de que se transformará en profesional en cuanto cumpla la edad exigida.

Un delicado muchacho rubio, poco amigo de hablar, Fisher, en el cuadrilátero, se transforma en un verdadero asesino de sangre fría, trabajando a su oponente sin compasión ni sentimientos, como una máquina. Este periodista cree, sin duda alguna, que Fisher es el amateur más despiadado y promisorio que jamás haya visto. Si ustedes, amigos del boxeo, se acercan por el Grove esta noche, podemos prometerles que no quedarán desilusionados. ¡Verán sangre, emoción y súbita muerte, porque cuando Fisher entra a trabajar con cualquiera de sus manos, eso es una especie de «asesinato»»!

Papá dejó caer el periódico en la mesa frente a él y alzó la vista hacia mamá.

—Hermosas palabras para leer acerca de tu propio hijo... «asesino», «despiadado», «muerte súbita». Palabras que hacen sentirse orgulloso a un padre.

Mamá me miró vacilando. Estaba muy alterada.

—Danny, ¿es verdad lo que dice ese hombre?

Traté de animarla. Me sentía ofuscado.

—No, mamá, tú ya sabes cómo es eso. Después de todo, su periódico es el que patrocina Los Guantes y todo lo que hacen es para vender más entradas.

Ella no estaba muy convencida.

—De todas maneras, tendrás cuidado, Danny —insistió.

Papá rio secamente.

—No te preocupes, Mary —dijo con sarcasmo—. Nada le sucederá. No le harán daño. El demonio lo tiene bajo su manto.

Se volvió hacia mí.

—Vete, asesino —musitó—. Por un dólar puedes matar a todos tus amigos.

Esas fueron las primeras palabras que me dirigía en varias semanas. Había soportado suficientes insultos indirectos de él y me había callado, pero ya estaba harto.

—¡Los mataré por ese dólar, papá —le dije entre dientes—, para que tú puedas sentarte sobre tu gordo trasero aquí en la cocina y vivir de ese dólar!

Yo había salido corriendo de casa y bajaba la escalera a toda velocidad; pero, a la luz del sol y bajo el cálido aire, comencé a sentirme mejor. Eché una mirada al reloj. Había prometido a Spritzer que llegaría al gimnasio a las cuatro. Solo me quedaban veinte minutos. Bajé los últimos peldaños y me dirigí hacia la esquina.

Al dar la vuelta, una voz me llamó. Spit estaba en un portal, haciéndome señas.

—¡Eh, Danny! Ven un minuto.

—No puedo, Spit, voy tarde —le respondí apresuradamente.

Spit me alcanzó corriendo y, excitado, me cogió de un brazo.

—Danny, mi jefe quiere conocerte.

—¿Quién, Fields?

—Sí, sí, el señor Fields. —La cabeza de Spit se balanceó de arriba hacia abajo—.

Le dije que te conocía y me ordenó que te buscara.

La entrada por la que había salido Spit era la de una tienda. En el cristal del escaparate estaban las palabras:

SERVICIO DE CAMBIO DE CHEQUES DE FIELDS.

—Está bien —dije.

No se podía dejar esperando a un tipo como Maxie Fields en aquel lugar. No si se deseaba seguir siendo feliz. Fields era el personaje del barrio. En política, juegos, trampas, trabajos. Era el gallito.

Recordaba la envidia que habíamos sentido los de la pandilla, cuando Spit nos había contado que un tío suyo, corredor de apuestas para las carreras de caballos, había hablado con Fields para que le diera un trabajo como recadero. Nos había enseñado los papeles de trabajo con orgullo y había fanfarroneado diciendo que ya no tendría que ir más al colegio; que, algún día, él, tal como Fields, llegaría a ser un gran hombre en el barrio, mientras que el resto de nosotros estaríamos quebrándonos el cerebro para hacer la vida algo llevadera. No lo había visto en mucho tiempo, desde que consiguió el trabajo; pero, cuando lo hacía, no notaba las ventajas del trabajo. Llevaba la misma ropa que siempre había usado, aún vestía la camisa manchada de saliva, los pantalones llenos de brillos, y unos zapatos sucios y casi destrozados.

Seguí a Spit dentro de la tienda y a través de una pequeña habitación llena de compartimientos, como en un banco. Un hombre, tras una de las cajas, nos observó con curiosidad mientras nos acercábamos a una puerta en la trastienda. Atravesamos otra habitación, donde unos pocos hombres estudiaban inexpresivamente la gran pizarra negra. No nos hicieron el menor caso mientras cruzábamos hacia otra puerta, tras la cual había una escalera. Seguí a Spit al primer piso, donde se detuvo ante otra puerta que golpeó suavemente con los nudillos.

—Entre —rugió una voz.

Spit abrió y entró. Me quedé paralizado, abriendo mucho los ojos. Había oído hablar de ello, pero nunca lo había creído realmente. Esa habitación parecía sacada de una película, no correspondía a un lugar tan viejo como aquel.

Un hombre grande, de rostro encarnado, gran barriga, y los pies más enormes que había visto en mi vida, se nos acercó. Nadie tenía que decírmelo: ese hombre era Maxie Fields. No me miró.

—Creí decirte que no me molestaras, Spit —rugió furioso.

—Pero, señor Fields —tartamudeó Spit—, usted me dijo que le trajera a Danny

Fisher en cuanto lo viera. —Se volvió hacia mí—. Este es.

La ira de Fields desapareció con tanta rapidez como había surgido.

—¿Eres tú Danny Fisher?

Asentí.

—Yo soy Maxie Fields —dijo, tendiéndome la mano.

Me dio un fuerte y cálido apretón... demasiado cálido. No me gustaba ese tipo.

Se volvió hacia Spit.

—Bien, chico, vete ya.

La sonrisa de Spit desapareció.

—Sí, señor Fields —repuso apresuradamente, y la puerta se cerró tras él.

—Deseaba conocerte —dijo Fields, caminando hacia el centro de la habitación—.

He oído muchas cosas acerca de ti.

Se sentó pesadamente en la silla.

—¿Te gustaría un trago? —preguntó casual.

—No, gracias —repliqué.

Quizá ese tipo no era tan malo después de todo. No me estaba tratando mal.

—Tengo una pelea esta noche —agregué rápidamente.

Los ojos de Fields brillaron.

—Te vi la semana pasada. Eres bueno. Sam tiene suerte.

Me mostré sorprendido.

—¿Lo conoce?

—Conozco a todos y a todo —replicó, sonriendo—. Nada sucede en este lugar sin que yo lo sepa. No hay secretos para Maxie Fields.

Ya había oído algo acerca de eso. Me lo creí.

Hizo un movimiento con la mano hacia mí.

—Siéntate, Danny. Deseo hablarte.

Me quedé de pie.

—Tengo que apresurarme, señor Fields. Voy a llegar tarde al gimnasio.

—Dije que te sentaras.

Su voz era amistosa, pero se percibía en ella un tono de mando.

Me senté.

Después de observarme unos minutos, giró la cabeza y gritó hacia la habitación de al lado:

—¡Ronnie! ¡Tráeme un trago!

Se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Seguro que no quieres nada?

Negué con la cabeza y sonreí; no quería que se enfadara conmigo.

Entonces, una chica joven entró en la habitación trayendo un vaso. Mis ojos se volvieron a agrandar; la chica tampoco encajaba en aquel lugar. Igual que el apartamento, parecía pertenecer a un barrio elegante.

Se aproximó a la silla de Fields.

—Aquí tienes, Maxie.

Me observó con curiosidad.

Casi bebió el vaso de un solo trago; después, lo depositó sobre la mesa y se secó la boca con la manga de la camisa.

—¡Cielos, estaba seco!

No dije nada. Observaba a la chica que estaba junto a su silla; él se rio. Alzó una mano y palmoteó a la chica en el trasero.

—Vete, Ronnie —dijo jovial—. Distraes a mi amigo y deseo hablar con él.

Ella abandonó la habitación en silencio. Sentí que mi rostro se ruborizaba, pero no pude apartar mis ojos hasta que la puerta se hubo cerrado tras ella. Entonces, me volví hacia Fields. Estaba sonriendo.

—Tienes buen gusto, muchacho —comentó alegre—, pero debes tener el suficiente dinero como para permitírtelo. Ese tipo de juguetito te sale a veinte dólares la hora.

Mis ojos se abrieron asombrados.

—¿Aun cuando esté sirviendo tragos? —pregunté.

Su risa retumbó por toda la habitación. Cuando paró de reírse, dijo:

—Me gustas, Danny. Me gustas.

—Gracias, señor Fields.

Bebió otro trago del vaso.

—¿Vas a ganar esta noche, muchacho? —preguntó.

—Creo que sí, señor Fields —respondí, intrigado por saber adónde quería llegar.

—Eso pienso yo —dijo—. Y también opina así mucha gente. Hay personas que creen que el campeonato es tuyo.

Sonreí. Quizá mi padre no creía que yo valiera algo, pero mucha gente no opinaba de la misma manera.

—Espero que no se equivoquen —dije con modestia.

—No lo creo. Los muchachos que están abajo me han dicho que han recogido cuatro de los grandes en apuestas del vecindario a tu favor. Esa es una gran cantidad de dinero, aun para mí, pero pareces ser un buen tipo y, ahora que te he conocido, no me importa.

Había sido un largo discurso y terminó casi sin aliento. Cogió el vaso y lo vació.

—No creía que usted apostase a los principiantes —dije.

—Apostamos a cualquier cosa. Ese es nuestro negocio. No hay nada demasiado grande ni demasiado pequeño, Fields lo toma todo —terminó con una cantarina sonrisa.

Yo estaba admirado. ¿Para qué me quería ver? ¿Adónde pensaba llegar? Me quedé sentado allí, silencioso.

La risa de Fields paró de repente. Se inclinó hacia delante y me palmoteó en una rodilla.

—Estás muy bien, muchacho, y me gustas.

Giró la cabeza.

—¡Ronnie! —gritó—. Tráeme otro trago.

La chica entró en la habitación llevándole otro vaso. La observé. Ella dejó la bebida sobre la mesa y se alejó hacia la puerta.

—No te vayas, nena —la llamó Fields.

Ella se volvió en el centro de la habitación y se quedó observándonos.

La penetrante mirada de Fields me estudió.

—Te gusta, ¿eh?

Sentí que mi rostro se encendía.

Él sonrió.

—Bien, muchacho, me gustas y te diré una cosa. Tú ganas esta noche y luego vuelves aquí. Ronnie te estará esperando, y los gastos corren de mi cuenta. ¿Qué tal?

Tragué saliva. Traté de hablar, pero las palabras no salían de mi boca. No había nada de malo en ello, pero algo me decía que eso no era para mí. Nellie había hecho cambiar muchas cosas.

Fields estaba observando cuidadosamente.

—No tengas vergüenza, chico —sonrió—. Ella no la tiene.

Encontré mi voz.

—No, gracias, señor Fields —pude decir—. Tengo novia; además, estoy en período de entrenamiento.

Su voz fue persuasiva.

—No seas tonto, muchacho. No te matará.

Se volvió hacia la joven.

—Quítate el vestido, Ronnie. Muéstrale al muchacho lo que se está perdiendo.

—¡Pero Max! —protestó la muchacha.

Su voz fue fría y cortante.

—¡Ya me oíste!

La chica alzó los hombros. Sus manos fueron a la espalda y desabrochó un botón, el vestido resbaló hasta el suelo. Fields se puso en pie y se acercó a ella. Su mano se alargó hasta sus senos. Con un rápido movimiento, desprendió el sostén y lo sostuvo en una mano.

Se volvió hacia mí.

—Mira bien, muchacho. La carne más dulce del pueblo. ¿Qué opinas?

Yo estaba en pie acercándome a la puerta. Algo acerca de ese tipo me asustaba.

—No, gracias, señor Fields.

Mi mano encontró el picaporte tras de mí.

—Tengo que irme. Ya llego tarde al gimnasio.

Fields me sonrió.

—Está bien, muchacho, si esa es la forma como lo quieres. Pero, recuerda, el ofrecimiento sigue en pie.

—Gracias, señor Fields.

Miré a la muchacha. Estaba allí de pie, el rostro como una máscara, y sentí lástima por ella. Veinte *pavos* por hora era mucho dinero, pero no podía comprarle el orgullo. Aún se escribía de la misma manera, barato o de mucho precio. Le sonreí de manera estúpida.

—Adiós, señorita.

Ese tipo era malvado. Me sentí feliz de poder salir a la calle porque esas calles inmundas parecían limpias después de haber estado en la habitación con él. Sin embargo, al encaminarme hacia el gimnasio, tuve el presentimiento de que no sería la última vez que nos encontraríamos.

Volví a mi rincón moviéndome con torpeza, la espalda y los costados eran una masa enrojecida y dolorida. Lentamente, me dejé caer en el taburete. Me incliné hacia delante, con la boca abierta, tragando grandes bocanadas de aire.

Zep estaba de rodillas frente a mí, sosteniendo una toalla húmeda sobre mi frente. El señor Spritzer me daba masajes en los costados, sus manos moviéndose en lentos círculos.

Zep estudió mi rostro.

—¿Te encuentras bien, Danny?

Asentí penosamente. No quería hablar. Tenía que reservar mis energías. Algo andaba mal. Debía haber sido fácil para mí. No podía comprenderlo. De acuerdo con los periódicos, yo debiera haberlo tumbado al segundo asalto; sin embargo, ya entrábamos en el tercero y aún no había podido encajarle ni un solo golpe fuerte.

—¿Está él en condiciones, señor Spritzer? —la voz de Zep se notaba ansiosa. La respuesta de Spritzer fue seca. Se abrió paso por entre la bruma que se iba acumulando en mi cabeza.

—Está bien. Lo único que tiene es que ha estado leyendo demasiado tiempo los periódicos.

Mi cabeza se despejó. Sabía lo que eso significaba. No se equivocaba; estaba demasiado seguro de mí mismo. Había comenzado a creer en todo lo que decían los periódicos acerca de mí. Al otro lado del cuadrilátero, Passo estaba sentado en su rincón, respirando con facilidad y confianza, las luces producían brillantes reflejos sobre su piel de ébano.

Sonó la campana y salté sobre mis pies, moviéndome hacia el centro del cuadrilátero. Passo se acercaba confiado hacia mí, con una cierta sonrisa en los labios. Yo conocía esa mirada. Yo mismo la había usado muchas veces cuando estaba seguro de ganar. Un hervidero de cólera comenzó a surgir en mí. La cara equivocada estaba usando esa mirada esa noche. Lancé mi derecha con furia.

Un fuerte dolor surgió de mi costado. Había fallado y Passo me había golpeado los riñones con la izquierda. Bajé las manos para cubrirme ese lugar. Una explosión de luz inundó mis ojos.

Sacudí la cabeza para despejarla. Frente a mis ojos había una negrura espesa como si acabara de venir de mirar el resplandor del sol. Un sonido ausente llegó hasta mis oídos.

—¡Cinco!

Volví la cabeza en dirección al sonido.

El brazo del árbitro estaba subiendo de nuevo; su boca comenzando a formar una nueva palabra. Bajé la vista y la sorpresa me invadió. ¿Qué estaba haciendo yo sobre

mis manos y mis rodillas? Yo no había caído. Observé la blanca y resplandeciente lona.

—¡Seis!

Un pensamiento recorrió mi cerebro. ¡Estaba contándome! ¡No podía ser! Me puse en pie torpemente.

El árbitro me tomó las manos y limpió mis guantes en su camisa. Pude escuchar a la muchedumbre que rugía al alejarse él. Pero sonaba diferente. Esa noche no gritaban por mí, lo hacían por Passo. Le estaban animando para que acabara conmigo.

Caí en un *clinch*, en un abrazo defensivo. El cuerpo de Passo estaba húmedo de sudor. Boqueé, agradecido por los segundos de respiro. El árbitro nos separó.

De nuevo sentí un fuerte dolor en un costado; luego, en el otro. El oscuro rostro de Passo danzaba frente a mis ojos. Estaba sonriendo. Se estaba aproximando a mí. Sus guantes me alcanzaban, me destrozaban. Tenía que apartarme de ellos, me estaban abriendo hasta las costillas. Miré hacia mi rincón con desesperación.

Los ojos de Zep, muy abiertos y asustados, me observaban. Rápidamente volví la vista hacia Passo. Se estaba preparando. El puñetazo llegaba, el golpe del nocaute. Yo podía verlo. Se acercaba con lentitud enervante. Un temor enloquecedor se apoderó de mí. Tenía que detenerlo. A la desesperada, lancé mi derecha contra su descubierta mandíbula.

De repente. Passo comenzó a caer. Di un traspié hacia él. El árbitro me hizo dar la vuelta y me empujó hacia mi rincón. Lágrimas de dolor corrían por mis mejillas. Tenía que salir de allí, no podía soportar más.

Zep estaba pasando por las cuerdas, sonriendo. Lo miré sorprendido. ¿De qué se estaba riendo? Todo había terminado y yo había perdido. Me sentí aliviado, por fin había acabado. El resto no me importaba.

Estaba tendido sobre la mesa del vestuario, con la cabeza escondida entre mis brazos, sintiendo cómo las manos de Spritzer se movían con suavidad por mi espalda. El dolor se iba retirando poco a poco y una sensación de bienestar me iba invadiendo. Estaba cansado. Cerré los ojos.

Escuché a Zep que dejaba la botella con el alcohol para friccionar, y su voz llegó hasta mí.

—¿Se pondrá bien, señor Spritzer?

Las manos de Spritzer aún estaban dando masajes a mi espalda.

—Se repondrá enseguida. Es fuerte y joven, y es todo un hombre.

La voz del entrenador fue inexpresiva.

—Está bien, Sam. Nada importante.

—Entonces, ¿qué demonios sucedió? —la voz de Sam era dura y enfadada—. Parecía un estúpido allí arriba. Le dieron una paliza de miedo.

La respuesta de Spritzer fue paciente.

—Tómalo con calma, Sam. Lo que ocurrió fue que el chico comenzó a creer en su propia fábula. Eso es todo. Subió allí arriba convencido de que lo único que tenía que

hacer era darle una mirada a Passo y todo estaría terminado.

—Pero se supone que tú estás para mantenerlo en forma.

La voz de Sam sonaba enfadada aún.

—Hay ciertas cosas que ni aun yo puedo hacerlas —fue la respuesta de Spritzer—. He estado esperando esto desde hace tiempo. Pero, de ahora en adelante, todo irá bien. Ha aprendido su lección.

Escuché que los pasos de Sam se aproximaban hacia mí y sentí que su mano se posaba con suavidad sobre mi cabeza. Acarició mis cabellos cariñosamente. Mantuve los ojos cerrados. Comenzaba a sentirme bien; no estaba enfadado conmigo.

Los últimos vestigios de dureza desaparecieron de su voz; había una nota de orgullo en ella.

—¿Viste ese último golpe que le dio al negro, Moe? ¡Era asesino!

—Casi lo fue —replicó Spritzer con sobriedad—. La mandíbula de ese chico está rota por dos partes.

Me volví sobre la mesa y me senté. Todos me estaban observando sorprendidos.

—¿Es verdad eso? —pregunté.

Zep asintió moviendo la cabeza.

—Lo supe hace unos minutos, Danny.

—Entonces yo... ¿he ganado?

Aún no podía creerlo.

Sam sonrió.

—Sí, muchacho, has ganado.

Me dejé caer con lentitud sobre la mesa, pero no podía gozar el triunfo. Todo lo que podía pensar era en las palabras de papá:

«Vete, asesino, por un dólar puedes matar a todos tus amigos».



Nos detuvimos en la esquina de las calles Delancey y Clinton. Pasaban pocos minutos de la medianoche. Las luces aún brillaban en los escaparates de la tienda y la gente todavía deambulaba por las calles.

—¿Podrás llegar a casa, Danny? —preguntó Zep.

—Seguro que puedo —reí.

El dolor ya casi se había calmado, salvo algunas punzadas en la espalda y en los costados.

—No te portes como una vieja.

Spritzer me estudió detenidamente.

—¿Estás seguro, muchacho?

Me volví hacia él.

—No lo diría en caso que no pudiera, señor Spritzer. Ya estoy bien.

—Está bien, si tú lo dices —dijo rápidamente—, pero haz lo que te digo. Vete a la cama de inmediato y quédate en ella todo lo que puedas. No vengas al gimnasio hasta

pasado mañana.

—Así lo haré, señor Spritzer —le prometí. Me volví hacia Zep—. Dile a Nellie que pasará a buscarla mañana por la noche.

—Bien, Danny. Se lo diré.

Los dejé en la esquina y me dirigí por la calle Clinton hacia casa.

Respiré profundamente. Había sido una buena escapada. Sin embargo, el señor Spritzer estaba en lo cierto: había leído demasiado los periódicos.

Ya no lo haría después de lo ocurrido. Llegué a mi calle y caminé hacia casa.

Una figura salió entre las sombras, cerca de mi puerta.

—¡Danny! —Spit estaba allí.

—¿Qué quieres? —le dije impaciente.

Quería llegar pronto a mi cama.

—El señor Fields desea verte —respondió.

—Dile que estoy molido —le contesté rápidamente, empujándolo hacia un lado—. Lo veré en otra ocasión.

La mano de Spit me cogió por un hombro.

—Es mejor que vengas, Danny —dijo—. A Fields no se le puede hacer esperar. Quizá te lo haga sentir.

Los ojos de Spit parpadeaban rápidamente, como siempre lo hacían cuando estaba excitado.

—Es mejor que vengas —repitió.

Lo pensé por unos momentos. Spit tenía razón. No te hagas de rogar cuando Maxie Fields te busca. Tenía que ir, pero solo perdería unos pocos minutos, y luego saldría de allí.

—Está bien —dije con un gruñido.

Seguí a Spit dando la vuelta a la esquina. En la puerta vecina a la de la tienda de Fields, Spit extrajo una llave de su bolsillo y abrió. Lo seguí.

Se volvió hacia mí y me entregó la llave.

—Sube —dijo—. Ya conoces la puerta.

Miré la llave y luego a él.

—¿Tú no vienes?

—No. Ha dicho que deseaba verte a solas. No toques al timbre, la llave te abrirá.

Presionó la llave en mi mano con rapidez y se desvaneció en la calle.

Lo seguí con la mirada y luego me fijé en la llave que tenía en mi mano. Relumbraba brillante a la luz del vestíbulo. Tomé una bocanada de aire y comencé a subir la escalera con lentitud.

La llave entró con facilidad en la cerradura y la puerta se abrió sin ruido. Me detuve en el umbral de la puerta estudiando la habitación. Estaba desierta. Vacilé durante algunos segundos. Algo parecía ir mal y, de pronto, me di cuenta: las luces estaban encendidas.

Estaba acostumbrado a apagar las luces cuando salía de una habitación, Edison tenía suficiente dinero. Pero todas esas luces estaban, encendidas a pesar de que en la habitación no había nadie.

Entré, dejando la puerta abierta tras de mí.

—¡Señor Fields! —llamé—. Estoy aquí, Danny Fisher. ¿Deseaba verme? La puerta del otro lado de la habitación se abrió y la joven que yo había visto ese mismo día, temprano, estaba allí.

—Cierra la puerta, Danny —dijo en voz baja—. Despertarás a los vecinos.

Cerré la puerta como un autómata.

—¿Dónde está el señor Fields? —pregunté—. Spit dijo que deseaba verme.

Había duda en sus ojos.

—¿Es por eso por lo que has venido? —preguntó, mientras la duda se reflejaba también en su voz.

Le devolví la mirada. Entonces, mi rostro se sonrojó al recordar la invitación de Fields.

—Por eso —respondí con un gruñido—. ¿Dónde está? Quiero verle y luego irme a casa, a la cama. Estoy muerto de cansancio.

Una fácil sonrisa iluminó su rostro.

—Parece que hablas en serio.

—Desde luego que hablo en serio —respondí con frialdad—. Llévame ante él. Quiero terminar pronto con este asunto.

—Está bien —dijo ella—. Sígueme.

Me llevó a través de una pequeña cocina, pasando ante la puerta abierta de un cuarto de baño, hasta un dormitorio. Encendió la luz e hizo un gesto señalando la cama.

—Ahí está... el gran Maxie Fields en toda su gloria. ¡El hijo de perra!

Había un inmenso odio en su voz.

Miré hacia la cama. Fields estaba atravesado sobre ella, profundamente dormido. Su camisa estaba abierta hasta la cintura, exponiendo la densa mata de vello negro de su pecho a la luz. Respiraba con pesadez, un brazo sobre su rostro. La habitación apestaba a alcohol.

Miré a la chica.

—¿Está dormido? —pregunté.

—Lo está —confirmó con amargura—. ¡El gordo cerdo!

Salí de la habitación y le alcancé la llave.

—Dele esto y dígle que no pude esperarle. Lo veré en otra ocasión.

Al dirigirme hacia la salida, ella me llamó.

—Espera un minuto —dijo rápidamente—. No te vayas. Me dijo que te entretuviera hasta que se despertara.

—¡Cielos! —estallé—. ¡Si está listo para toda la noche! No puedo esperar.

Ella asintió.

—Lo sé, pero espera un poco, por lo menos para disimular. Si te vas enseguida, él sabrá que no te retuve y se enfadará.

—¿Y cómo lo sabrá? —pregunté—. Está muerto para el mundo.

—Lo sabrá —afirmó.

Se dirigió hacia la ventana y entreabrió un poco la persiana veneciana.

—Ven aquí, mira.

Miré hacia fuera, pero no vi nada.

—¿Qué? —pregunté.

—Allí, en el portal de la tienda, al otro lado de la calle.

Había una oscura figura y un cigarrillo brillaba. En ese momento, un coche dobló la esquina, las luces de sus faros penetraron en las tinieblas del portal, y vi a Spit que estaba allí.

Dejé caer la persiana y me volví hacia ella.

—De manera que está espiando —dije—. ¿Y qué?

—Él le dirá a Fields el tiempo que has estado.

Y si lo hace, ¿qué? —pregunté con impaciencia—. De todas maneras, está dormido. No puedo quedarme hasta que despierte.

Me dirigí de nuevo hacia la puerta.

Ella me cogió de un brazo, con un súbito temor pintado en su rostro.

—Muchacho, dame una oportunidad —rogó, con una nota de desesperación en su voz—. Quédate un rato más. Que todo parezca normal. Tú no conoces a ese tipo que está ahí dentro. Me lo hará pasar mal si sabe que no te retuve por lo menos durante un rato.

Sus ojos estaban muy abiertos y asustados, y su mano temblaba sobre mi brazo. Recordé la lástima que había sentido por ella la última vez que la había visto.

—Está bien —dije—, me quedaré.

Su mano se retiró rápidamente de mi brazo.

—Gracias, Danny —dijo con alivio.

Me senté en el sofá y me recliné sobre los cojines, agotado. Un pesado dolor volvió a invadir mi cuerpo.

—¡Cielos!, estoy exhausto —dije.

Ella se aproximó al sofá y me miró con simpatía.

—Lo sé, Danny —dijo con suavidad—. Vi la pelea. ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias —dije—. ¿Viste la pelea?

Ella asintió.

—Maxie me llevó.

Un fuerte dolor en la espalda me hizo removerme incómodo.

—¿Cuál es su punto de vista? —le pregunté, cansado.

No respondió a mi pregunta.

—Estás agotado —dijo—. ¿Por qué no te tiendes y te pones más cómodo?

Era una buena idea. Mi cuerpo se hundió en los suaves y blandos cojines y cerré los ojos durante unos instantes. Era aún más blando que mi cama. La vida resultaba buena cuando se tenía «pasta». Escuché el ruido del interruptor de la luz y abrí los ojos. Había apagado la luz del techo; solo unas luces laterales quedaban encendidas. Estaba sentada en una silla frente a mí, sosteniendo un vaso en sus manos.

—No has respondido a mi pregunta —dije.

Ella levantó el vaso y bebió.

—No puedo —replicó—. No lo sé.

—Tiene que haber dicho algo —insistí.

Me alcé y me apoyé sobre un codo. Un agudo dolor en la espalda hizo que se me escapara un quejido.

Ella se arrodilló al lado del sofá, su brazo rodeaba mis hombros.

—Pobre muchacho —comentó con suavidad—. Estás dolorido.

Me senté, apartándome de su brazo.

—Me duele la espalda —admití, tratando de sonreír—. Me golpearon bastante.

Su mano se deslizó hacia mi espalda, moviéndose con cuidado.

—Tiéndete de nuevo —dijo con gentileza—. Son las doce y media, dentro de media hora podrás irte. Te daré unos masajes en la espalda.

Me tendí, sintiendo sus manos pasando por mi cuerpo. Su toque era suave y acariciante.

—Gracias —dije—. Esto me hace bien.

Aún estaba de rodillas, su rostro muy cerca del mío. De pronto, sonrió.

—Me alegro —respondió.

Se inclinó rápidamente hacia delante y me besó.

Me sorprendí y mi cuerpo se puso tenso. Ella retiró sus labios.

—Esa es mi manera de dar las gracias —explicó—. Eres un buen chico, Danny.

Me quedé observándola. Estaba muy confundido.

—No debieras haber hecho eso —dije—. Tengo novia. Además, eso es lo que él quiere que yo haga y a mí me gusta decidir las cosas por mí mismo.

—¿Y no lo deseas hacer?

—No he dicho eso —porfié—. Solo dije que era lo que él deseaba que yo hiciera y que no comprendo su punto de vista.

Sus ojos estaban muy abiertos.

—¿Y si te lo digo yo, pero que quede entre nosotros? Que él no lo sepa nunca.

Busqué sus ojos.

—Yo no te creería jamás.

Su voz se hizo más firme.

—¿Me creerías si te digo que lo odio?

—Él te paga —dije secamente—. Por esa cantidad de dinero no creo nada.

Estuvo silenciosa durante unos instantes, después bajó la vista al suelo.

—¿Me creerías si te dijera lo que él quiere de ti?

No respondí. Estaba observando impasible su rostro esperando a que hablara.

—Él quiere que te dejes ganar en la próxima pelea. Perderá mucho dinero si ganas.

Su voz fue sorda.

Asentí moviendo la cabeza. Ya había sospechado algo así.

—Debiera conocerme mejor —dije.

Su mano cogió mi brazo.

—Tú no lo conoces —susurró con amargura—. Es malvado y cruel. No se detiene ante nada. Debieras haberlo visto cuando estuviste a punto de perder la pelea. Estaba riendo y más alegre que nunca. Fue muy divertido para él hasta que noqueaste a ese chico. Si tú hubieras perdido, no se habría molestado en traerte hasta aquí esta noche.

Me reí.

—Sin embargo, gané y ahora él no puede hacer nada.

Sus dedos se hundían en la carne de mi brazo.

—Eres solo un muchacho, Danny, y no lo conoces. Nada lo detiene. Si no te puede comprar de una forma u otra, hará que sus hombres se hagan cargo de ti. Entonces, podrás pelear.

La observé, mis labios apretados con fuerza.

—¿Cuál es tu papel en esto? —pregunté.

No respondió, no tenía por qué hacerlo. No era diferente de las otras. Nadie se arriesga contra el que tiene dinero. Era una historia muy antigua, pensé con amargura. Yo tenía todas las respuestas. Continuar con Sam y llegar a ser un buen boxeador era mi única salida, la única oportunidad para escapar de ser un monigote como todo el mundo, un don nadie, uno de los tantos que caminan por las calles de la ciudad en forma anónima, a quienes nadie echa de menos. Era la única solución para hacer algo de dinero.

Lentamente, me senté. Ella se deslizó del asiento a mi lado, sus ojos reflejaban simpatía. Sabía lo que yo estaba pensando.

—¿Me crees ahora? —preguntó—. Estamos los dos en el mismo barco.

Me puse en pie, asintiendo en silencio, y me acerqué a la ventana. Alcé la persiana y miré al exterior. Spit estaba en el portal todavía, su cigarrillo lo delataba.

—¿Aún está allí?

—Sí —dije, con voz llena de desagrado.

Ella dio una mirada a su reloj.

—Otros quince minutos y puedes marcharte. Es mejor que te sientes hasta entonces.

Me dejé caer en un sillón pesadamente, frente a ella, y sentí el gran cansancio de mi cuerpo.

—¿Qué vas a hacer, Danny? —preguntó ella.

—Nada. —Alcé los hombros—. ¿Qué puedo hacer?

Ella se aproximó y se sentó en el brazo del sillón. Su mano acarició mi frente. Cerré los ojos cansados.

—Pobre Danny —dijo suavemente—. No hay nada que puedas hacer, nada que nadie pueda hacer. —Su voz se hizo repentinamente amarga—. Te tiene tal como me tiene a mí, como tiene a todo el mundo a su alrededor. Como un monstruo chupador de sangre que vive de todos los que lo rodean.

Las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Estás llorando —dijo sorprendido.

—Sí, estoy llorando.

Me miró desafiante.

—¿Conoces alguna ley que impida llorar a una prostituta, o crees que tampoco le gustaría eso?

—Lo siento —dijo rápidamente.

No era culpa suya. Ambos estábamos perdidos, ninguno de nosotros podía escapar. No teníamos por qué engañarnos. No podíamos vencer.

Puse un brazo alrededor de su hombro y la atraje hacia mí. La besé. Sus labios eran suaves y pude sentir sus dientes tras ellos. Ella se sentó sobre mis rodillas, con la vista alzada hacia mí. Sus ojos estaban muy abiertos y pensativos.

—Danny —dijo ella suavemente—, dijiste que tenías novia.

—La tengo —sonreí a medias—. Pero tú estás aquí. —La besé suavemente—. ¿Cómo te llamas? —pregunté de pronto.

—Ronnie —respondió ella—. Pero ese no es mi verdadero nombre. Mi nombre es Sarah, Sarah Dorfman. Quiero que tú lo sepas.

—¿Qué diferencia hay? —sonreí con amargura—. Quizá mi nombre no es el verdadero. Nada me pertenece. Lo único importante es que si tengo que hacer lo que él diga, es mejor que tome lo que él quiere darme.

Sus brazos me rodearon el cuello y me inclinaron hacia ella. Sentí que sus labios se movían contra mi oído.

—Lo que yo tengo para darte, Danny, es algo que él nunca podría comprar, por mucho dinero que quisiera pagar.

Sus labios estaban contra los míos. Dejé caer mi mano hacia su cuerpo, sintiendo la tibieza de su carne. Pude oír que lloraba en silencio.

La tensión desapareció, transformándose en una ola de calor; estuvimos silenciosos, nuestra respiración se agitaba y se dejaba escuchar en nuestros oídos. Ella me estaba observando. Pude ver que comprendía.

—¿Vas a aceptar su dinero? —preguntó con desilusión en su voz. Le devolví la mirada.

—No lo sé —dije con amargura—. No sé aún lo que haré.

Cerré la puerta y salí a la acera. El aire frío de la noche golpeó mi rostro, era fresco y agradable; por algunas horas permanecería así, hasta que las calles se despertaran. Entonces, se haría más pesado y sucio de nuevo, de manera que no podría soportar su presencia en mis pulmones.

El resplandor de un cigarrillo en el portal de enfrente atrajo mi mirada. Crucé la calle rápidamente, la furia acrecentándose. Spit aún estaba en el portal y había una gran cantidad de colillas de cigarrillos desparramadas en el suelo. Su rostro asustado se quedó observándome fijamente.

—Dame un cigarrillo, Spit, ¿quieres?

Mi voz fue fría y despertó ecos en las calles desiertas.

—Desde luego, Danny.

Su voz era nerviosa, pero su mano me alargó el cigarrillo.

Lo puse en mi boca.

—Fuego.

—Sí, Danny.

La mano de Spit sostuvo temblando la cerilla, la encendió y su llama lanzó un rojizo resplandor a su rostro.

Aspiré el humo hasta mis pulmones. Es muy agradable hacerlo, y llevaba tanto tiempo sin fumar... el señor Spritzer insistía en ello; pero, ya no importaba.

—¿Estuviste con él, Danny? —La voz de Spit era ansiosa.

Lo miré fijamente. Había una nota de satisfacción en sus ojos. Él sabía lo que deseaba Fields. Pude sentir cómo mi ira aumentaba. Todo el mundo sabía lo que deseaba Fields. También sabía lo que yo haría, nadie esperaba una cosa diferente. Yo era otro monigote sin escapatoria.

—No —le respondí, en mi voz había ligera tensión—. Estaba frito. Borracho.

—¿Estuviste con la chica todo el tiempo? —La voz de Spit reflejaba curiosidad.

Asentí en silencio. Ella también odiaba a Fields, pero nada podía hacer. Estábamos todos atrapados, tal como ella había dicho. No podíamos escapar de él. Tenía todas las cartas.

La desagradable voz de Spit hirió mis oídos.

—¿Te acostaste con ella, Danny?

Mis ojos saltaron hacia su rostro. La saliva corría por la comisura de su boca, dándole una apariencia malvada y obscena. Era como si en las sombras, tras él, viera a Maxie Fields sobre sus hombros. Agarré su camisa y lo atraje hacia mí.

—Y si lo hice, ¿qué? —pregunté con brusquedad, recordando lo que ella había dicho: «Lo que yo tengo para darte, Danny, es algo que él nunca podrá comprar... por mucho dinero que intente pagar».

—¿Y si lo hice? —repetí con furia.

Nada le importaba a él.

Spit se removi6 inc6modo.

—Nada, Danny, nada. —Sus atemorizados ojos estaban fijos en m6—. ¡Suéltame!

Lo miré fríamente.

—¿Para qué? —pregunté, asiéndole por la camisa.

—Soy, tu amigo, Danny —dijo entrecortado, el cuello de la camisa lo ahogaba con la presión que yo ejercía—. ¿No te llevé donde Fields? ¿No puse en tu camino el modo de que hicieras algo de dinero?

Me reí. Eso era lo último. ¿Mi amigo? Volví a reír de nuevo y solté su camisa.

Dio un paso hacia atrás, mirándome nervioso.

—Cielos, Danny, por un momento creí que me matarías —siseó.

Me reí una vez más. En eso estaba en lo cierto. Mi puño se hundió hasta la muñeca en su blando est6mago. Se dobló en dos y se hundió de rodillas. Lo miré con furia.

—Estaba por hacerlo —le dije.

Me miró, sus ojos estaban velados de una estúpida confusión. Su voz fue ronca.

—¿Qué te sucede, Danny? Solo te estaba haciendo un favor.

Le crucé el rostro con una bofetada, lanzándolo hacia un lado.

—No quiero favores —le respondí cortante.

Quedó tendido a mis pies por un momento; luego, su mano se estiró hacia la cerradura de la puerta y comenzó a levantarse. La expresión en sus ojos había cambiado a un intenso odio. Su mano libre buscó algo bajo su camisa.

Esperé hasta que la navaja estuvo libre, entonces, le golpeé de nuevo, bajo la ingle, y la navaja chasqueó sobre la acera. Se dobló hacia delante, con violentas náuseas.

Observé el charco de v6mitos; también tenía manchada su cara. Una satisfacción fría me embargaba. Quizá no sabía cómo defenderme de Maxie Fields, pero algo podía dañar de sus tentáculos.

Su rostro se volvió hacia mí.

—Me las pagarás, Danny —masculló en voz baja e impregnada de odio—. ¡Si Dios me ayuda, me las pagarás!

Me reí otra vez.

—Yo en tu lugar no haría eso, Spit —le dije, inclinándome hacia él y empujándole sobre el v6mito—. Puede que no le guste a tu jefe.

Le volví la espalda y lo dejé allí, tendido entre la inmundicia del portal.



Me detuve en la entrada del edificio y miré mi reloj. Eran casi las dos y media. Comencé a subir la escalera. Una luz procedía de nuestra cocina cuando llegué al descansillo. Rogué que papá no estuviera levantado ya. Había tenido bastante por una

noche.

Puse la llave en la cerradura y abrí la puerta. Mamá me miró. Le sonreí.

—No tenías por qué haberme esperado, mamá —le dije, cerrando la puerta.

Se levantó de la silla y se aproximó hacia mí, sus ojos estudiaban mi rostro.

—¿Te encuentras bien, Danny? —preguntó ansiosa.

—Seguro que se encuentra bien.

La voz de papá llegó desde la otra puerta.

—Ese es Danny *Dinamita* Fisher. Nada puede hacerle daño. Así dice el periódico de la mañana.

Su mano señaló el diario.

—Ya tienen un nuevo nombre para él —continuó con sarcasmo—, en honor de haber roto la mandíbula de un chico en dos partes, de un puñetazo, esta noche.

Lo miré sorprendido.

—¿Ya ha salido en los periódicos?

Papá señaló el diario de nuevo.

—¿Qué creías tú? ¿Que sería un secreto? ¿Qué estuviste haciendo toda la noche, celebrándolo con tu italiana?

No le respondí. Era inútil hablar con él. Nunca podría comprender que había sido un accidente.

Mamá tenía su mano sobre mi hombro. Su rostro estaba surcado de profundas arrugas de preocupación.

—Dicen los periódicos que te golpearon horriblemente en los dos primeros asaltos.

—No fue tanto, mamá. Ya estoy bien.

—¡Pero ese chico no lo está! —exclamó papá—. ¿Quizá ahora vas a dejarlo? ¿O continuarás hasta matar a alguien?

—No seas estúpido, papá —le interrumpí con brusquedad—. Fue un accidente. Esas cosas suceden a menudo. ¡No fue intencionado!

—¡Accidente, bah! —gritó papá sin creermelo—. ¿Cómo puede ser un accidente cuando el objetivo principal es derribar a golpes al contrario? ¡Narices! —Se volvió hacia mamá—. ¡Un día de estos tendremos en nuestra casa a un asesino, y ese día también nos dirá que fue un accidente!

La enervante monotonía de su continuo griterío destrozó mis nervios.

—¡Dejadme solo! —grité histérico—. ¡Dejadme solo os digo! Me dejé caer en una silla, cubriéndome el rostro con las manos. Sentí el brazo de mamá sobre mis hombros. Su voz me llegó por encima de mi cabeza, con suavidad, pero enérgica.

—Harry, vete a la cama —le dijo.

—Haces mal en consolarlo —advirtió ominoso—. ¡Algún día matará a alguien y tú serás tan culpable como él!

—Está bien, seré culpable —le respondió ella con calma, sin vacilar—. Es nuestro hijo y cualquier cosa que sea ahora, o que llegue a ser, nosotros tendremos

que cargar con la culpa.

—Tú lo harás, yo no —respondió papá furioso—. Ya me he decidido. O abandona el boxeo o terminamos. Una pelea más y ya no tendrá que venir a casa. ¡No quiero tener asesinos durmiendo bajo mi techo!

Sus pasos resonaron fuertemente hasta su habitación. Hubo un momento de silencio; entonces, mamá se dirigió hacia mí, con cariño.

—Danny, tengo una sopa de pollo recién preparada. Te la calentaré.

Sus manos me acariciaron el cabello.

Alcé la vista y la observé. Sus ojos estaban llenos de ternura.

—No tengo apetito —dije.

Me sentía aturdido y confundido.

—Toma un poco —insistió ella—. Te hará bien.

Encendió el hornillo que había bajo la olla.

Quizá papá estaba en lo cierto, pero si no hubiéramos necesitado con tanta urgencia el dinero, puede ser que nunca hubiera sucedido. Pero, ya no podía hacer otra cosa.

Mamá puso frente a mí un plato de sopa.

—Come —dijo ella, sentándose en la silla, a mi lado.

Probé la sopa. Estaba muy sabrosa y sentí que su calor me despejaba un poco. Le sonreí agradecido, y ella me devolvió la sonrisa.

La sopa caliente me puso somnoliento. El cansancio se apoderaba de mí, el dolor volvió a mi espalda y a los costados. Con desgana cogí el periódico de la mesa en donde papá lo había dejado y volví las páginas buscando la sección deportiva. Unos papeles blancos de anotaciones cayeron desde dentro. Los miré con curiosidad. Eran números escritos con lápiz.

—¿Qué es esto? —pregunté, entregándoselos a mamá.

Ella los cogió y los guardó.

—Nada —dijo—. Tu padre estaba tratando de calcular algo.

—¿Qué?

—Un amigo de él tiene una tienda que desea que le compre, y papá estaba tratando de calcular cómo podría obtener ese dinero.

Dio un vistazo a las hojas de papel en su mano.

—Pero no puede ser —continuó. El desaliento hizo presa de su voz—. No puede obtener el dinero. Tiene suficiente material almacenado, del que pudo sacar de la otra tienda y que dejó donde el tío David la noche del cierre, pero no tiene el suficiente dinero para el pago al contado. Es mejor que lo olvidemos.

Estaba despejándome de nuevo. Quizá, si yo obtenía el dinero, no seguiría pensando que era tan malvado.

—¿Cuánto necesita? —pregunté.

Mamá se puso en pie y quitó el plato vacío que estaba frente a mí. Fue al fregadero y comenzó a limpiarlo.

—Quinientos dólares —dijo inexpresiva, por encima de su hombro—, pero lo mismo daría que fueran cinco millones. No tenemos de dónde sacarlos.

Me quedé observando su espalda. Sus hombros caían cansados. Tenía aspecto de abatimiento y resignación. La lucha había terminado, lo único que quedaba era la evidencia de la existencia, día a día.

Quinientos dólares. Para Fields sería fácil. Él mismo me había dicho que había obtenido cuatro de los grandes por mi pelea. Alcé la vista de pronto. Mamá estaba hablando.

Era como si lo hiciera consigo misma, a pesar de que se había vuelto y sus ojos se clavaban en mi rostro.

—Ha sido muy amable por tu parte el que hayas pensado en eso, rubito. Quizá las cosas volverían a ser como antes. Pero no ocurrirá así.

Me levanté de la silla. Mi mente estaba despierta.

—Estoy cansado, mamá. Me iré a la cama.

Ella se aproximó hacia mí y tomó mi mano.

—¿Escucharás a tu padre, Danny? —pidió con ojos suplicantes—. Abandona el mundo del boxeo. Está convencido de lo que ha dicho. Lo juró durante toda la noche.

Hubiera querido decirle lo que sucedía, pero no podía hacerlo. No lo comprendería. Solo había una respuesta que podía darle.

—No puedo, mamá.

—Entonces, hazlo por mí, rubito —me rogó—. Por favor. En junio te graduarás; luego, podrás conseguir un empleo y todo saldrá bien.

Negué con la cabeza. Observé las blancas hojas de papel con números que mamá había dejado sobre la mesa. Esa no era la respuesta. Ambos lo sabíamos.

—No puedo dejarlo ahora, mamá. Tengo que seguir.

Al dirigirme fuera de la habitación, su mano me cogió de un brazo y me acercó hacia ella. Puso sus manos a los lados de mi cara y me miró a los ojos. Su rostro reflejaba temor.

—Pero pueden hacerte daño, Danny. Como a ese chico de anoche.

Le sonreí dándole confianza y apreté su cabeza contra mi pecho.

—No te preocupes, mamá —le dije, besándola en la cabeza—. Todo irá bien. No me ocurrirá nada malo.

quince

Me detuve unos momentos frente a la tienda, espiando por el escaparate. Mi reflejo me devolvió la mirada, mi cabello reluciente con un tinte azul debido al cristal que lo hacía aparecer casi blanco. La tienda estaba vacía, solo había un hombre tras una de las pequeñas jaulas. Entré.

El hombre alzó la vista hacia mí.

—¿Qué deseas, muchacho? —dijo con voz segura.

—Deseo ver al señor Fields —repliqué.

—Vete, chico —dijo el hombre—. Fields no tiene tiempo para novatos.

Le eché una mirada fría.

—Él me verá —le dije despacio—. Soy Danny Fisher.

Sus ojos se abrieron imperceptiblemente.

—¿El boxeador? —preguntó, con una nota de respeto en su voz.

Asentí. Entonces, cogió un teléfono y habló rápidamente por él. La gente comenzaba a reconocer mi nombre. Eso me gustaba. Significaba que nunca más sería un don nadie. Pero no sería por mucho tiempo. Después de la próxima pelea volvería a ser un nombre común, otra persona que había comenzado y no había dado resultados. Sería olvidado.

Bajó el auricular y me señaló la puerta en la parte de atrás.

—Fields dice que subas directamente.

Me volví sin responder y me dirigí hacia la puerta. La trastienda estaba desierta. Aún era muy temprano, demasiado temprano para los jugadores. Atravesé la habitación y subí la escalera. Me detuve ante la puerta de Fields y llamé con los nudillos. La puerta se abrió del todo y Ronnie estaba allí. Dio un paso atrás, con los ojos muy abiertos.

—Entra —dijo.

Penetré al interior de la habitación. Estaba vacía y me volví hacia ella.

—¿Dónde está él, Ronnie? —pregunté.

—Afeitándose. Saldrá dentro de unos minutos.

Se aproximó a mí rápidamente.

—Spit estuvo aquí esta mañana —susurró, su rostro muy cerca del mío—. Le dijo a Maxie lo que le habías hecho. Maxie estaba que estallaba.

Me sonreí.

—Ya se le pasará, Ronnie.

Su mano cogió la mía.

—Anoche me llamaste Sara. Creí que no volverías.

—Eso fue anoche —dije en voz baja—. Cambié de idea.

Sus ojos abrazaban los míos.

—Danny —preguntó, conteniendo el aliento—, ¿viniste por mí?

Mi mente se oscureció.

—Sí, Ronnie —dije sin expresión, apartando su mano—. Por ti... y por el dinero.

—Obtendrás las dos cosas.

Se oyó la voz de Fields desde el umbral de la puerta. Me volví hacia él cuando entraba en la habitación.

—Ya dije que eras un chico listo, Danny. Sabía que volverías.

Vestía un batín de pura seda roja. Estaba atado en torno a su grueso abdomen por un cinturón azul que combinaba muy bien, y los pantalones de un pijama amarillo asomaban por abajo. Sus azuladas mandíbulas brillaban con el jabón, y un gran puro estaba apretado entre sus dientes. Tenía el aspecto de lo que yo creía era Maxie Fields.

—He oído decir que usted paga bien, señor Fields —dije con calma—. Volví para comprobar si eso era cierto.

Se dejó caer en una silla frente a mí y alzó su vista hacia mi rostro.

Estaba sonriendo, pero sus ojos no habían cambiado; permanecían astutos.

—Hiciste una buena faena con Spit —dijo, ignorando mi comentario—. No me gusta que traten a mis chicos así.

Mi rostro se mantuvo impasible.

—Spit era mi amigo —dije con calma—. Hicimos algunos trabajos juntos. Pero quebró el contrato cuando me espió. No me gusta eso de un amigo.

—Estaba cumpliendo mis órdenes —aclaró Fields con gentileza.

—Por mí está bien... ahora —le dije, con voz tan gentil como la suya—. Pero no antes, cuando se suponía que era mi amigo.

La habitación estaba silenciosa a excepción del ruido que emitía Fields chupando su cigarro. Lo miré directamente a los ojos, pensando en lo que se estaría tramando tras ellos. No era ningún tonto, eso yo lo sabía. Estaba seguro de que había comprendido lo que yo le había dicho. Sin embargo, no sabía si lo aceptaría.

Extrajo una cerilla de su bolsillo, la encendió y la puso ante su cigarro.

—Ronnie, tráeme más zumo de naranja —dijo entre bocanadas de humo.

Lentamente, ella salió de la habitación.

—Trae para Danny, también —ordenó—. Eso no romperá su entrenamiento.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, se volvió hacia mí, riendo.

—¿Te trató bien? —preguntó.

Me permití el comienzo de una sonrisa para ocultar el alivio que sentía.

—Bastante bien.

Fields rio fuerte.

—Le dije que le rompería el alma si no lo hacía bien. Sabe hacer su trabajo.

Me senté en la silla frente a él. En esa misma silla la había besado la noche anterior. Y ella me había besado y me había contado muchas cosas. Yo la había creído. De repente, quise dar por terminado ese asunto.

—¿Cuánto? —pregunté.

Fields puso una cara de fingida inocencia.

—¿Cuánto por qué?

—Por perder la pelea —dije sencillamente.

Fields volvió a reír de nuevo.

—Eres un chico listo —expresó—. Captas las cosas con rapidez.

—Así es —respondí, sintiéndome más seguro de mí mismo—. El señor Fields no pierde el tiempo a no ser que haya pasta por medio. No puedo hacer más que seguirle la corriente. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Ronnie volvió a entrar en la habitación llevando un vaso de zumo de naranja en cada mano. En silencio nos dio un vaso a cada uno. Lo probé.

Era excelente. Tenía el sabor que solo las naranjas frescas, recién exprimidas, pueden tener. Hacía mucho tiempo que no bebía zumo de naranja. Las naranjas estaban carísimas. Bebí todo el contenido de mi vaso.

Fields bebía el suyo a pequeños sorbos, me observaba apreciativo.

Por fin habló:

—¿Qué me dices de quinientos?

Moví la cabeza. Estaba en mi terreno. Conocía la oportunidad cuando se me presentaba.

—Tendrá que dar algo más que eso.

Terminó su zumo y se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Qué crees tú que vale?

—Uno de los grandes —dije, arrastrando las palabras.

Eso, de acuerdo con sus palabras, le dejaría tres billetes de los grandes de ganancia.

Me apuntó con el cigarro.

—Setecientos cincuenta. Y la chica.

—Hablemos de dinero —le sonreí—. La chica ya la tuve. Es demasiado rica para mi clase.

—Setecientos cincuenta es mucho dinero —gruñó Fields.

—No lo suficiente —le repliqué—. Tiene que tener buena apariencia. Significa para mí soportar muchos golpes para hacerle ganar tres de los grandes.

Se levantó de pronto, se acercó a mi silla, y me miró a los ojos. Su mano se dejó caer sobre mi hombro.

—Está bien, Danny —expresó—. Dejémoslo en uno de los grandes. Recogerás el dinero en cuanto termine la pelea.

Volví a negar con la cabeza.

—Uh-uh. La mitad antes y el resto después de la pelea.

Lanzó una risotada y se volvió hacia Ronnie.

—Ya te dije que el chico era listo.

Se encaró conmigo otra vez.

—Trato hecho. Te atizaré la «pasta» por la tarde, antes del combate. Al día siguiente, vendrás por el resto.

Me puse de pie con tranquilidad, cuidando de que la expresión de mi rostro no delatase la satisfacción que sentía por dentro.

—Usted me manda, señor Fields —le dije, y me dirigí a la puerta—. Nos veremos.

—¡Danny! —La voz de Ronnie me detuvo—. ¿Volverás por aquí?

Aparté mi mirada de la mujer para fijarla un instante en Fields y acto seguido volví a posarla en ella.

—Por supuesto que volveré por aquí —repuse— a buscar mi dinero.

Fields lanzó una sonora carcajada.

—¿Lo ves? El muchacho tiene respuestas rápidas.

Una cólera súbita alteró las facciones de la joven. Avanzó un paso hacia mí, la mano en alto, con el propósito de abofetearme. Le agarré el brazo y lo inmovilicé en el aire. Estuvimos unos segundos mirándonos a los ojos.

Mi voz fue muy queda, destinada solo a sus oídos.

—Despierta, Sara. No podemos permitirnos soñar.

Aflojé la presión de mi mano y su brazo cayó a lo largo de su cuerpo. Percibí en sus ojos algo parecido al llanto, pero no pude comprobarlo porque me volvió la espalda y se dirigió a Fields.

—Tienes razón, Max —le dijo—. El chico es muy listo. Demasiado listo.

Cerré la puerta y comencé a bajar la escalera. Alguien subía por ella y me eché a un lado para dejarle pasar. Era Spit.

Abrió los ojos, atemorizado, cuando me reconoció. Instintivamente, echó mano al bolsillo y sacó de él una navaja automática.

Sonreí, mientras lo observaba con cuidado.

—Yo en tu lugar me guardaría la charrasca —le dije—. Al jefe puede no gustarle.

Miró, receloso, hacia la puerta de Fields, y a continuación a mí. La indecisión asomó a su cara. No quité mis ojos de él. De repente se elevó, como un rugido, la voz de Fields:

—¡Maldita sea! ¡Spit! ¿Dónde diablos te has metido?

El cuchillo desapareció de mi vista.

—¡Ahora voy, jefe! —gritó, y subió de dos en dos los escalones.

Vi cómo entraba en el apartamento de Fields y cerraba la puerta, y solo entonces bajé el resto de la escalera. El día era espléndido y resolví ir a casa de Nellie. Era temprano todavía y podría hablar con ella unos minutos antes de que se fuera al trabajo.

El verla, en el estado en que me encontraba, me produciría un gran bien.

dieciséis

Aquella mañana me despertó la voz áspera de mi padre. Tendido en la cama, todavía aletargado, no pude coordinar al principio lo que me decía. Pero, de súbito, me desperté. Ese era para mí el día señalado. Al siguiente, todo habría terminado, y volvería a la normalidad. Volvería a ser un don nadie.

Balanceé mis pies por un lado de la cama buscando mis zapatillas y me levanté, desperezándome. Era, tal vez, lo mejor que podía ocurrirme. Mi viejo sería feliz. Tendría su dinero y yo dejaría de boxear. Entonces, la paz sería con nosotros. Esa última semana, entre los combates, había sido infernal. Mi padre no había cesado un momento de regañarme.

Me puse la bata y fui al cuarto de baño. Me miré en el espejo y me pasé los dedos por la cara. Resolví no afeitarme. El afeitado ablandaba la piel y la hacía más vulnerable. Estaba dispuesto a perder, pero no a sufrir un daño inútil.

Me cepillé los dientes, me lavé la cara y me peiné. No utilicé la ducha. Más tarde, en el gimnasio, lo haría. Allí tenía agua caliente. Al volver a mi cuarto, oí de nuevo la voz alterada de papá. Me vestí y fui a la cocina.

Mi padre calló al verme entrar. Me lanzó una mirada fría por encima de su taza de café.

Mi madre se precipitó hacia mí.

—Siéntate, hijo. Tomarás una taza de café.

Me senté, en silencio, frente a mi padre. Después de esa noche, pensé, se acabaron las rabietas.

—Hola, Mimí —le dije a mi hermana cuando entró en la cocina. Fue una prueba de que yo no me encontraba bien porque hacía tiempo que no le dirigía la palabra.

Su sonrisa estaba llena de cordialidad.

—¡Hola, campeón! —me saludó, burlona—. ¿Vas a ganar esta noche? Papá dio un puñetazo en la mesa.

—¡Por mi vida! —gritó, exasperado—. ¿Habéis perdido todos el juicio en esta casa? No quiero que se hable más de esa pelea, ¡ya os lo he dicho!

Mimí se volvió hacia él con una expresión resuelta.

—Es mi hermano —dijo con acento firme—. Y hablaré con él todo lo que se me antoje.

Mi padre quedó con la boca abierta. Era la primera vez que Mimí se atrevía a responderle de ese modo. La sorpresa le dejó sin habla. Mi madre fue hacia él y le puso una mano en el hombro.

—¡No más disputas esta mañana, Harry! —le pidió con firmeza—. Por favor te lo pido, cálmate.

—Pero... ¿oíste lo que dijo? —exclamó mi padre confuso.

—¡Harry! —La voz de mi madre era aguda, nerviosa—. Déjanos desayunar en paz.

Hubo un silencio tenso en la cocina, solo interrumpido por el ruido tenue producido por el roce de platos y cubiertos a través de la mesa. Comí en silencio y con rapidez; después, eché atrás la silla y me puse en pie.

—Bien —exclamé, mirándoles—. Me voy al gimnasio.

Nadie me respondió. Forcé una sonrisa.

—¿Ninguno de vosotros me desea buena suerte? —pregunté.

Sabía cuán inútiles eran los buenos deseos, pero siempre era agradable oírlos.

Mimí me cogió una mano, se enderezó y me dio un beso.

—Te deseo toda la suerte del mundo —me dijo.

Le sonreí, agradecido. Me dirigí entonces a mi padre, pero él inclinó la cabeza sobre su plato. Ni siquiera me miró.

Me volví hacia mamá. Sus ojos se clavaron en los míos, ansiosos.

—¿Tendrás cuidado, Danny?

Asentí, silencioso. Me acerqué a ella con un nudo en la garganta. Pude darme cuenta del cambio que se había operado en ella en esos últimos tiempos. Cogió mi cara entre sus dos manos y me besó en la mejilla. Estaba llorando.

Eché una mano a mi bolsillo.

—Tengo dos entradas para papá y para ti —le dije y se las ofrecí.

—¡No las queremos! —vociferó mi padre—. Devuélvelas.

—Las pedí para vosotros —insistí.

—¡Ya me has oído! ¡No las queremos!

Miré a mi madre. Movió la cabeza de un lado a otro, pesarosa. Volví a meterlas en mi bolsillo y me dirigí hacia la puerta.

—¡Danny! —exclamó mi padre.

Me volví a él, esperanzado. Estaba persuadido de que había cambiado de parecer, y mi mano fue al bolsillo para sacar las entradas. Pero vi su rostro y comprendí que nada había cambiado. Estaba pálido, desencajado y sus ojos me miraban hostiles.

—¿Estás decidido a pelear esta noche?

Asentí.

—¿Después de lo que te he dicho?

—No tengo más remedio, papá.

Su voz era glacial.

—Dame tu llave, Danny.

Y extendió una mano hacia mí.

Me quedé mirándole unos momentos. A continuación miré a mamá, y esta al punto, de manera automática, se dirigió a mi padre:

—¡Ahora no, Harry!

—Le dije que si peleaba otra vez no volviera a casa —prorrumpió con vehemencia mi padre—. Y mantengo mi palabra.

—Pero, Harry —imploró mi madre—. Si solo es un niño.

La voz de mi padre vibró furiosa. Retumbó en el estrecho ámbito de la cocina como un trueno en una tormenta de verano.

—Es ya lo bastante mayor para matar a un semejante... Para decidir lo que quiere... Yo ya hice bastante por él. ¡No voy a seguir haciéndolo!

Fijó en mí su mirada.

—¡Decide!

Sostuve su mirada durante unos segundos. Solo pensé que era mi padre, que yo era de su carne, de su sangre y no le importaba. Casi sin darme cuenta, vi la llave salir volando de entre mis dedos y rodar enloquecida sobre la mesa, delante de él. Observé su brillo plateado durante unos segundos y entonces volví la espalda a todos, me dirigí a la puerta, la abrí y salí de casa.



Permanecí unos instantes ante la mesa de Fields mientras este contaba el dinero y lo dejaba ante mí. No había sonrisa en sus labios; sus ojos hundidos, casi ocultos por la grasa que los circundaba, eran crueles y fríos. Empujó el dinero hacia mí con sus dedos gordezuelos.

—Aquí tienes, muchacho —me dijo con su voz bronca—. Recógelos. Los miré: cinco nuevos y crujientes billetes de cien dólares. Los recogí. ¡Con qué delicia sentí su contacto bajo mis dedos! Cuando los viera mi padre, ¡otro sería su cantar! Los doblé y me los metí en el bolsillo.

—Gracias —dije, en un gruñido.

Sonrió.

—No me des las gracias, Danny —susurró—. Y no me engañes.

Lo miré, sorprendido.

—No tema —le contesté, rápido—. Jamás lo haría.

—Vale más que no lo intentes —me advirtió Fields con un gesto significativo de su mano—. Aunque Spit piensa que eres capaz de jugármela.

Miré a Spit que, apoyado contra la pared, se limpiaba las uñas con la punta de su navaja automática. Sostuvo su mirada. Sus ojos eran fríos y astutos.

—¿Cómo le ha dado la idea de que puede pensar? —pregunté a Fields con todo sarcasmo.

Fields se puso a reír. Su silla crujió cuando se levantó de ella. Rodeó la mesa. Vino hasta mí y posó su mano ancha y maciza sobre mi hombro.

—Eres muy listo, muchacho —me dijo, jovial—. No olvides que ese dinero que te llevas es mío.

—No lo olvidaré, señor Fields —repuse, dirigiéndome hacia la puerta.

—Hay otra cosa que quiero que sepas —oí que decía detrás de mí. Desde el hueco de la puerta, contemplé su figura, erguida delante de su mesa. Aquel era el Maxie Fields del que tanto me habían hablado.

—¿Qué es? —pregunté.

Me pareció que sus ojos se abrían de pronto y revelaban sus iris descoloridos de ágata y sus pupilas de azabache.

—Estaré vigilándote —dijo, con una voz que destilaba amenaza.

Abrí la puerta del gimnasio y en este se hizo repentinamente el silencio. Un segundo antes, el ruido era ensordecedor. Era mi presencia en el Club de los Muchachos del Distrito Este la causa de este asombroso cambio.

El señor Spritzer me esperaba en un ángulo de la espaciosa sala. Su rostro se volvió hacia mí. Anduve hacia él, cruzando la sala, consciente de que todos los ojos estaban clavados en mí. Me molestaba que me miraran de ese modo, como si estuviesen, orgullosos de mí. No lo estarían tanto si supieran que llevaba quinientos dólares en mi bolsillo.

—Aquí estoy, señor Spritzer —le dije, nervioso.

Tenía en aquellos instantes la sensación de que todos en aquella sala conocían mi secreto.

Una sonrisa gozosa iluminó su rostro.

—¡Hola, campeón!

Esto fue como una señal que desatara un verdadero pandemonio. Todos, en el gimnasio, se pusieron a gritar en torno mío. Hablaban a un tiempo para llamar mi atención. Traté de sonreírles, pero no pude. Parecía que mi rostro se hubiera convertido en una máscara.

Spritzer me agarró del brazo y, abriéndose paso por entre los muchachos, me encaminó hacia su despacho.

—¡Después, chicos, después! —les gritó—. Reservad vuestras fuerzas para después del combate.

Dócil, me dejé conducir a su despacho.

diecisiete

El sordo rumor del público apiñado en la sala llegaba hasta los vestuarios donde me encontraba y hería mis oídos. Era un pesado y monótono mar de sonidos, un vocerío viejo como el tiempo. La multitud vociferaba así en la jungla cuando presenciaba la lucha de dos fieras; se desgañitaba así en el circo romano durante las fiestas del César. Cinco mil años no la habían cambiado.

Me volví sobre la mesa boca abajo y escondí mi cabeza entre los brazos para no oír aquel ruido, pero no pude alejarlo por completo. Estaba allí, solo que más amortiguado, pero volvería en cuanto moviera la cabeza.

Oí un zumbido penetrante en la habitación. Sentí la mano de Spritzer en mi espalda.

—Es para nosotros, muchacho.

Me incorporé y aparté los pies de la mesa. Sentía como una aguda punzada en la boca del estómago. Tragaba con dificultad.

—¿Nervioso, chico? —Spritzer me sonreía.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Se te pasará —dijo, confiado—. Cada boxeador se siente así la primera noche en el Garden. Es un local que pesa mucho.

Me pregunté qué diría si supiera la verdad. No era el lugar el que pesaba en mi ánimo, sino aquel dinero que había recibido por el tongo. Salimos de los vestuarios y llegamos a la parte alta de una rampa desde donde podíamos abarcar en una sola mirada el interior de la sala. Era un mar de rostros anónimos, aguardando el resultado del combate que acababan de presenciar. Sam debía de estar allí. Fields también. Y Nellie había ido. Solo mi padre y mi madre no estaban entre el público.

El rumor de la multitud se convirtió en rugido cuando el fallo fue anunciado.

—Vamos, Danny —me dijo Spritzer.

Bajamos por la rampa hacia el blanco cuadrilátero.

Pude oírles gritar. Algunos de ellos pronunciaban mi nombre. Seguí a Spritzer, con la cabeza agachada, mi rostro enmarcado por la gran toalla blanca, como las orejas de un caballo. Oí el jadear ansioso de Zep junto a mí. Su voz se elevó por encima del estruendo.

—Mira, Danny —exclamó, excitado—. Ahí tienes a Nellie.

Alcé la mano y la vi sonriéndome: una dulce, anhelosa y trémula sonrisa, y, después, se perdió en un mar de rostros.

Estaba ya junto al cuadrilátero y subí a él por entre las cuerdas. El blanco fulgor de los reflectores me deslumbró en contraste con la oscuridad de la rampa. Parpadeé rápido. El presentador me llamó por mi nombre y fui a situarme en el centro del cuadrilátero. Oí su voz, pero no lo que decía. Me sabía de memoria el discurso de

rigor.

Siguieron las instrucciones del árbitro.

—Separaos cuando yo os lo ordene...; en el caso de que uno de los contendientes caiga, el contrario deberá retirarse al rincón neutral más cercano... Volved a vuestros rincones respectivos hasta que salgáis a pelear y ¡que gane el mejor!

¡Ja ja! ¡Que gane el mejor! Ese sí que era un buen chiste. Me despojé de la bata. El peso que tenía en la boca del estómago eran los quinientos dólares que guardaba en mi bolsillo. La voz de Spritzer sonó en mi oído:

—No te preocupes, muchacho —me dijo—. Lo peor que puede pasarte es que pierdas el combate.

Lo miré, sorprendido. Estaba más cerca de la verdad de lo que pudiera jamás imaginarse.

Estaba terriblemente preocupado y era por el temor de que alguien me birlara los cinco billetes grandes que había dejado en mis pantalones, en los vestuarios. En cuanto al combate, no me preocupaba en modo alguno. Sabía de antemano quién sería el vencedor.

Curioso, miré hacia el otro lado del cuadrilátero. Cuando estaba en el centro, oyendo las instrucciones del árbitro, no me había fijado en mi contrincante. En ese momento, me estaba mirando con una expresión inquieta. Le sonreí. No tendría que estar nervioso. Se llamaba Tony Gardella, y era un chico italiano, pugilista de fuera del Bronx.

Sonó la campana. Me dirigí al centro del cuadrilátero sintiéndome muy ligero y seguro de mí mismo. El saber que iba a perder esa pelea me daba la sensación de que podría ganarla, una sensación insólita que jamás había experimentado antes. No me inquieté por lo que pudiera ocurrir, por la sencilla razón de que conocía el resultado.

Tanteé con mi izquierda para ver cómo reaccionaba el chico. Fue lento en su respuesta y le lancé un derechazo por debajo de su guardia. El muchacho se tambaleó e, instintivamente, me dispuse a acabarlo. La multitud rugió. Ya era mío y yo lo sabía. Pero al instante recordé que no podía terminar con él. Frené mis ímpetus y le dejé que se abrazara a mí en un cuerpo a cuerpo salvador. Le lancé unos cuantos golpes inefectivos en la espalda y en los riñones. Cuando comprendí que había recuperado sus fuerzas, me zafé de él y lo tuve apartado de mí hasta que terminó el asalto. Tuve muy buen cuidado de no lastimarlo.

Sonó la campana y volví a mi rincón. Spritzer echaba chispas.

—Lo tenías sonado. ¿Por qué no lo remataste? —me gritó.

—No creí que fuera el momento —le contesté, rápido.

Debía tener más cuidado o él se enteraría de mi propósito.

—¡Cállate! —me ordenó, terminante—. ¡Cierra la boca!

Cuando volvió a sonar la campana, Gardella salió cauteloso de su rincón. Bajé un poco mi guardia y esperé a que entrara en ella. Rehusó adelantarse y se mantuvo a prudente distancia. Le miré, pasmado. ¿Cómo diablos esperaba ganar ese combate?

¿Por un nocaut que yo mismo me administrara? Fui hacia él. Pero, cada vez que cargaba sobre él, retrocedía. Se estaba haciendo más difícil perder el combate que ganarlo.

Cuando terminó el asalto y volvimos a nuestros rincones respectivos, el público se puso a vociferar. Me senté en el taburete, la cabeza gacha, los ojos clavados en la lona.

Spritzer volvió a gritarme:

—Atácalo. No le des un segundo de respiro. Le hiciste pupa en el primer asalto. Por eso huye de ti.

Al son de la campana salí disparado de mi rincón y fui al encuentro de mi rival. Este que, seguramente, había recibido también órdenes de pelear, se puso a lanzarme golpes al tuntún. Bloqueé algunos de ellos llevado de mis reflejos. No podía explicarme cómo aquel mozo había llegado a los finales de serie. Estaba todavía muy tierno. Era una vergüenza que un títere como él ganara el combate, pero no había más remedio. Yo había hecho un trato. Deliberadamente, por un momento, descuidé mi guardia. Sus golpes rozaron mis brazos. Había un dolor extraño, dulce, en ellos, una especie de recompensa. Era como si en mí hubiera dos personas y una de ellas estuviera contenta de que la otra recibiera una paliza.

Tenía que simular un fiero contraataque. Lancé mi derecha de un modo impresionante, pero no lo bastante rápida para que el mozo no pudiera pararla, y propinarme a continuación un gancho corto al estómago. Él me sonrió, lleno de optimismo. Eso me exasperó. No tenía derecho a sentirse tan optimista. Tenía que darle una lección para enseñarle un poco de respeto. Le apliqué unos ganchos con la izquierda, e iba a seguir con *uppercut* con la derecha, pero pudo esquivarlo con facilidad.

Comencé a enfadarme. El chico se había puesto a danzar en torno mío y me lanzaba golpes que yo paraba sin dificultad. Y entonces me dispuse a propinarle a aquel niño un buen castañazo para que supiera quién era el jefe allí. Luego, podría ganar el podrido combate.

Y en eso, inopinadamente, sentí como una explosión en mi cara, y caí sobre mis rodillas. Traté de incorporarme, pero mis piernas no me obedecían: Moví mi cabeza, desesperadamente, de un lado a otro, y oí la cuenta del árbitro. ¡Siete! Sentí que la fuerza volvía a mis piernas. ¡Ocho! Podía levantarme; mi cabeza estaba despejada por completo. ¡Nueve! Pero ¿para qué? Tenía que perder de todos modos. ¿Qué podía importarme que el árbitro me declarara fuera de combate?

Pero, antes de que el árbitro bajara la mano y me declarara fuera de combate, estaba de pie. ¿Por qué diablos había hecho yo eso? Debería haberme quedado tumbado. El árbitro se echó a un lado y Gardella se precipitó sobre mí. La campana sonó y yo me hice a un lado con rapidez volviendo a mi rincón.

Me dejé caer en el taburete. Deseé que Spritzer, que se había puesto a gritar, se callara de una vez. Pero, era inútil. No tuve más remedio que oír sus imprecaciones.

—¿Qué quieres ser, Danny? ¿Un holgazán toda tu vida? ¿Un don nadie? Tú puedes con ese chico. Tómale la delantera y ¡gánale!

Alcé la cabeza y recorrí el cuadrilátero con la mirada. Gardella sonreía entre dientes. ¿Era yo acaso un golfo, un don nadie? Eso era ciertamente lo que ocurriría. Sería uno más del East Side, anónimo, perdido entre la gente.

Al toque de la campana ya estaba de pie. Gardella corrió a mi encuentro, abierto de par en par, como si juzgara inútil la más mínima precaución. Me puse a reír por dentro. Él creía que era cosa segura. ¡Al infierno contigo, Gardella! ¡Puedes irte al diablo, Fields! Puede guardarse sus quinientos pavos y extorsionarse a sí mismo.

Cuando le disparé mi derecha, el dolor me subió por el brazo hasta llegar al codo. Iba cargado de dinamita. Uno más. Si has juzgado que el último te ha hecho daño, hijo de perra, espera el que te hará este otro. Paré, con una facilidad irrisoria, su débil réplica y de nuevo lancé mi derecha, de abajo arriba. Mi puño pareció, al moverse, un trazo borroso de luz. El muchacho se desplomó sobre mí y yo me eché hacia atrás. Él caía. Yo esperaba que lo hiciera. Era casi como visto a cámara lenta. Cayó a mis pies. Lo contemplé un segundo, bajé mis brazos, ajusté mis calzones y me fui al rincón. No me corría prisa. Tenía todo el tiempo del mundo. El mozalbete había terminado de pelear por esa noche.

El árbitro me hizo un ademán para que me acercara a él fui danzando hasta donde él se encontraba. Levantó mi brazo. Luego, mientras la multitud me aclamaba, volví a mi rincón, risueño. ¡Campeón! Me sentía tan arriba como una cometa. Esa sensación me acompañó en todo mi recorrido hasta los vestuarios. Yo estaba en un Jaguar, andando por el aire.

Toda la alegría que había en mí me abandonó de repente, como el aire de un globo agujereado. Apoyado contra la pared, no lejos de la puerta de mi vestuario, vi una figura que me era familiar. Dejé de oír el clamor de la multitud mientras lo miraba de hito en hito.

Era Spit. En sus labios se dibujaba la sonrisa odiosa que le era peculiar. Estaba limpiándose las uñas con la punta de su navaja. La apartó y me la mostró con un ademán significativo, sin dejar de sonreír. Luego, desapareció entre la multitud. Rápidamente, me volví hacia donde estaban mis amigos y comprobé que ninguno de ellos había advertido su presencia. Todos estaban hablando entre sí. No tardé en unirme a su conversación.

Sam estaba en el vestuario, risueño y satisfecho. Me estrechó la mano vigorosamente.

—Estaba seguro de que ganarías, muchacho. ¡Lo sabía! ¡Como aquella primera vez en el instituto!

Lo miré, en silencio. Yo no podía hablar. Lo único que deseaba era irme de allí. Lo más pronto posible.

Día de mudanza. 17 de mayo de 1934

—Buenas noches, campeón —me dijo, sonriente, Zep, y nos dejó solos en el vestíbulo, débilmente iluminado.

Oímos cómo subía de dos en dos los peldaños de la escalera, hasta que dio la vuelta al primer rellano.

Nos volvimos y nos miramos. Me sonrió y me echó los brazos al cuello.

—La primera vez, esta noche, que estamos solos —murmuró con tono de reproche—. Y ni siquiera me has dado un beso.

Incliné mi cabeza para besarla, y, al juntarse nuestros labios, percibimos un crujido en la escalera, sobre nuestras cabezas. Me aparté de ella y tendí el oído, ansioso.

—Danny, ¿algo va mal?

Su voz estaba alterada por el temor. Vi, al mirarla, que sus ojos me escrutaban, ansiosos. Con una sonrisa forzada, respondí:

—Nada, Nellie.

—Entonces, ¿por qué estás tan nervioso? —me preguntó; volviendo a anudar sus brazos alrededor de mi cuello y acercando su rostro al mío—. ¿O es que no quieres besarme?

—Es que todavía me dura la excitación —le respondí con mansedumbre.

No podía revelarles lo que en verdad me ocurría. A nadie podía revelar la verdad.

—¿Demasiado excitado para besarme? —me preguntó con una sonrisa burlona.

Quise imitar su sonrisa, pero no pude, y, en vez de ello, la besé ardorosamente. Mi boca apresó la suya, con fuerza. Pude notar sus labios apretados bajo los míos. Lanzó un leve grito de dolor.

—¿Qué piensas ahora? —le pregunté.

Llevó sus manos a sus labios doloridos.

—Me has lastimado —me reprendió.

Reí, salvaje.

—Pues eso no es nada con lo que voy a hacer ahora —le prometí, estrechándola en mis brazos con furia.

La besé en la garganta y luego mis labios recorrieron los contornos suaves de su cuello hasta posarse en su nuca, mientras mis brazos la incrustaban contra mí.

—Te amo, Danny —murmuró a mi oído.

—Te amo, Nelly —le murmuré a mi vez, sin aflojar la presión de mis brazos. Sentí que su cuerpo todo vibraba a la par que el mío.

Nuestros labios volvieron a juntarse y comprendí por sus besos fogosos que un mismo ardor nos consumía.

—¡Nellie! —grité, ronco, la hice girar entre mis brazos. Su espalda quedó apretada contra mi pecho y mis brazos cruzados sobre sus senos, recorrí con mis labios sus hombros, el cuello de su blusa había resbalado.

Volvió su rostro encendido hacia mí. Su mano me acarició la mejilla. Su voz era muy queda.

—Danny —murmuró—, tengo las piernas tan flojas que apenas puedo tenerme en pie.

Busqué a tientas debajo de su blusa y sus senos se notaban cálidos entre mis dedos. Suspiró profundamente y combó su espalda contra mi pecho. Estuvimos así durante lo que nos pareció mucho tiempo.

Por fin volvió hacia mí su rostro. Sus ojos me miraron tiernos y amorosos.

—Me duele la espalda —me dijo, quejumbrosa.

Aflojé mi presión y se revolvió en mis brazos, sus manos sujetando las mías sobre sus senos. Me sonrió, feliz.

—¿Te sientes mejor?

Asentí. Era cierto. Por un momento, me había olvidado de todo.

Me besó y sacó mis manos de debajo de su blusa. Su rostro estaba arrebolado; ardía, sus oscuros ojos danzaban, sus labios curvados en una gentil sonrisa.

—Ahora, ¿podrás ir a tu casa y dormir un poco? —preguntó—. ¡Has estado tan nervioso toda la noche!

Asentí de nuevo. Tenía razón. Me había mostrado toda la noche alterado y nervioso. En el restaurante, adonde nos había llevado Sam a cenar, había estado pendiente de cada paso. Apenas probé bocado. Creí que nadie había advertido mi nerviosismo. Le cogí la mano y le di un beso en la palma.

—Nellie, ocurra lo que ocurra —le dije, rápidamente—, no olvides que te quiero.

—Yo también. Por nada del mundo dejaré de quererte me contestó anhelante.

Alzó hasta mí sus labios ardorosos.

—Buenas noches, Danny.

La besé.

—Buenas noches, cariño.

Se fue escaleras arriba y la seguí con mi mirada hasta que desapareció de mi vista. Salí a la calle.

Había caminado unos cuantos pasos, cuando tuve la sensación de que me seguían. Me detuve y miré hacia atrás. La calle estaba desierta. Reanudé mi camino, pero aquella curiosa sensación persistía en mí. Me acerqué a un farol y a su luz consulté mi reloj de pulsera. Eran pasadas las dos de la madrugada. De repente, creí observar un movimiento en las sombras, detrás de mí. Me volví rápido y mi corazón comenzó a latir con fuerza. Estaba oprimido por la excitación.

De las sombras se desprendió un minúsculo gato pardo. A punto estuve de soltar una carcajada. A ese paso, pronto vería fantasmas.

Doblé la esquina y vi ante mí las luces y la animación de Delancey Street. Me uní a la multitud y en medio de ella me sentí seguro. Nada podía ocurrirme allí. Lentamente, caminé por entre la gente que discurría por la calle y poco a poco fui tranquilizándome.

Al llegar a la esquina siguiente, un vendedor de periódicos voceaba:

—¡Diarios de la mañana! ¡Con los ganadores del Garden!

Me acerqué a él, le entregué dos centavos y cogí un periódico. Busqué la última página, dedicada a las noticias de deportes, y entre las fotografías que había en ella encontré la mía. Estaba en la parte superior, a la derecha. La cámara me había sorprendido cuando, después de derribar a Gardella, le miraba tendido a mis pies. Tuve un momento de orgullosa satisfacción. ¡Campeón! Era aquello algo que nadie podía quitarme. Me pregunté si entre los que pasaban por allí habría alguien que me reconociera, que supiera que yo, Danny Fisher, estaba allí entre ellos.

Mi sonrisa se desvaneció al instante. Mis ojos estaban viendo ahora frente a mí a alguien que me había reconocido: Spit. Estaba apoyado en la pared, junto a una ventana de la cafetería Paramount, sonriéndome. El periódico se me escapó de entre las manos y cayó en la calzada. No me había equivocado. Habían estado acechándome, esperando cogerme a solas.

Spit hizo una seña a un hombre que se encontraba junto al bordillo de la acera. Lo reconocí. En aquel barrio era conocido bajo el nombre del *Cobrador*. Fields lo utilizaba para cobrar sus cuentas a los que se negaban a pagar. Después de habérselas con él, los morosos y los recalcitrantes dejaban de serlo, automáticamente.

Volví, rápido, sobre mis pasos, y me uní a la multitud de nuevo, venciendo el impulso irresistible de echar a correr. No obstante, mientras estuviese mezclado con el gentío, estaría a salvo. Cuando miré hacia atrás por encima del hombro, vi que Spit y el Cobrador me seguían, caminando deprisa, como dos personas que saliesen del cine. Aunque daban la impresión de que no me perseguían, notaba sus ojos sobre mí cada segundo.

Doblé por Clinton Street, en donde la muchedumbre era menos densa, aunque allí también me sentía a salvo. La siguiente manzana sería peor. Aquel trozo solía estar desierto a aquella hora de la mañana. Si podía alcanzarlo, me hallaría a la vuelta de la esquina de mi casa.

Tendí mi mirada por encima de los transeúntes y el corazón me dio un vuelco. La manzana siguiente estaba desierta por completo. Aminoré el paso, preguntándome si no haría mejor volviendo de nuevo a Delancey Street.

Miré un momento hacia atrás y desistí al punto de mi propósito. Estaban demasiado cerca de mí y me impedirían el paso. No tenía más remedio que seguir adelante. Mi mente trabajaba desesperada. Había alcanzado la esquina, un esquema de aquella manzana se dibujó en mi mente. Mediada la misma, entre dos edificios, corría un estrecho pasadizo, por el que escasamente podía pasar una persona. Si podía alcanzarlo antes que ellos, tendría una probabilidad. Por remota que fuera, solo había esa.

Las luces del semáforo cambiaron en el mismo instante en que un enorme camión doblaba la esquina e iba a cortarme el paso. No obstante, salté a la calzada por delante de él. Oí detrás de mí el chirriar agudo de los frenos cuando alcanzaba la otra

acera, pero no miré atrás y los gritos de Spit y el Cobrador, que no podían pasar. Estaba ya a medio camino del pasadizo cuando me atreví a mirar hacia atrás.

Spit y el Cobrador habían cruzado ya la calle y se habían puesto a correr en pos de mí. El miedo puso alas a mis pies y en unos segundos llegué al pasadizo, envuelto en sombras, y penetré en él.

Estaba oscuro, tan oscuro que no podía ver por dónde andaba. Me moví entonces con más lentitud, palpando con mi mano la pared para guiarme. El pasadizo corría a lo largo de dos edificios, en una distancia de unos quince metros, desde la calle y terminaba en una pared de ladrillos. No tardé mucho en alcanzarla. Me detuve junto a ella y la exploré con los dedos. Sabía que había una depresión a poca distancia del suelo. La encontré y me encaramé mirando a la calle. Busqué frente a mí una barra de hierro transversal que yo sabía había sobre mí, entre los dos edificios, de uno al otro.

Mis ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad y encontré la barra en la oscuridad que reflejaba las luces de la calle. Mis dedos se agarraron a ella con firmeza y allí enganchado, esperé. Mis ojos trataban de atravesar la oscuridad. Solo uno de los dos podría llegar hasta donde yo me encontraba. Podía oír los latidos de mi corazón; traté de respirar calladamente.

Oí un murmullo de voces al final del estrecho pasadizo. Traté de entender lo que decían, pero no me fue posible distinguir una voz de otra. Y tras unos instantes de silencio oí los pasos cautelosos de uno de los dos hombres a lo largo del pasadizo hacia donde yo me hallaba.

La luz de la calle silueteaba su figura. Andaba con precaución en la oscuridad, palpando las paredes como yo lo había hecho momentos antes. Pude ver, inmóvil, la sombra del otro hombre junto a la entrada. ¡Magnífico! Uno de los dos esperaba en la calle. Me pregunté quién sería el que se acercaba a mí.

No tuve que esperar mucho tiempo. Una voz baja, ronca, rasgó las tinieblas.

—Sabemos que estás ahí, Fisher. Ven con nosotros a ver al jefe y tendrás una oportunidad.

Contuve la respiración cuanto me fue posible. Era el Cobrador. No contesté. Sabía muy bien la clase de oportunidad que deseaban darme. El hombre había recorrido ya la mitad del camino.

El Cobrador volvió a hablar. Estaba ya a unos tres metros de donde yo me encontraba.

—¿Me oyes, Fisher? Sal de ahí, y tendrás una oportunidad.

Veía, a contraluz, su enorme corpachón. Me enderecé, tenso, agarrado con la mano a la barra de acero. Estaba a unos dos metros y medio. Dos... uno y medio... de mí. No podía verme escondido en la oscuridad, pero yo sí podía verlo.

Un metro. Medio. ¡Ya!

Con mis dos manos fuertemente asidas a la barra, imprimí un rápido movimiento de balanceo a mi cuerpo y proyecté ambos pies con todas mis fuerzas a su cabeza. Se dio cuenta del peligro demasiado tarde. Trató de echarse a un lado, pero no había

espacio y mis pesados zapatos golpearon su barbilla. Hubo un sonido apagado y algo cedió bajo mis tacones. El Cobrador se derrumbó en el suelo.

Quedé colgado de la barra, encima de él. Miré hacia abajo, tratando de verlo a través de la oscuridad. Era una sombra encogida en el suelo. Salía de él como el gemido de un niño. Solté las manos de la barra y caí junto a él. Sentí como un roce sospechoso cerca de mi pierna, y le descargué un tremendo puntapié. Su cabeza chocó contra la pared que estaba a su lado y esto produjo un crujido sordo, extraño. A continuación, se hizo el silencio.

Me agaché y toqué su cara. No hizo el menor movimiento. Había perdido el sentido.

Miré hacia la entrada. Spit seguía en el mismo sitio, avizor. Su cuerpo se delineaba a contraluz, mientras trataba de ver en la oscuridad. Su voz flotó hasta mí.

—¿Ya lo tienes?

Lancé un gruñido como si asintiese. Debía atraerlo si quería salir ileso. Era mi única oportunidad. Me agazapé contra el suelo.

La voz de Spit de nuevo llegó a mis oídos, avanzaba, cauteloso, por el estrecho reducto.

—No lo sueltes. Quiero poner mi marca en ese traidor hijo de perra.

Un destello de luz cabrilleaba a lo largo de la pared y a la altura de su mano. Era la hoja de su navaja. Me encogí más, y avancé a rastras conteniendo mi respiración. Me encontraba a unos pasos de Spit.

Salté sobre él, alcé el puño y lo dirigí a su barbilla. Spit echó la cabeza atrás avisado del peligro por un reflejo instintivo y mi puño resbaló por un lado de su cabeza.

Las luces de la calle dieron contra la navaja que bajó destellando hacia mí. Desesperado, me abalancé sobre ella y la agarré. Él forcejeó, mientras su mano libre arañaba mis ojos. Un dolor lacerante subió por mi brazo cuando Spit retorció la hoja de la navaja agarrada por mi mano. En un movimiento instintivo, abrí los dedos y perdí mi asidero. Un dolor abrasador sentí en ese lado mientras la mano de Spit centelleó hacia abajo. Yo jadeaba y, en un choque impensado, agarré la navaja y la mantuve apretada. Spit comenzó a retorcerla de nuevo y los nervios de mi brazo se agitaron agónicos, pero no la solté. Su mano libre me estaba desgarrando la garganta. En la oscuridad, conecté un gancho en su cara. Hubo un dolor agudo en mis nudillos cuando chocaron contra sus dientes, pero fue un dolor bien recibido. Levanté mi aguda rodilla contra su ingle, entre sus piernas. Lanzó un sonido entrecortado y comenzó a doblarse.

Agarré su brazo armado y lo retorcí hacia su espalda, empujándolo hacia arriba.

Puse su espalda contra la pared, el brazo armado del cuchillo a su espalda; mi hombro en su garganta. Con mi mano libre hice caer sobre su cara una lluvia de golpes demoledores. Comenzó a desplomarse sobre mí. Le solté el brazo y me eché hacia atrás. Cayó pesadamente al suelo, a mis pies, hecho un ovillo. Me incliné sobre

él, buscando su cuchillo.

Lo encontré hundido cinco centímetros en su costado. Debió de clavárselo cuando lo empujé contra la pared. No sentí emoción alguna. No sentía alegría ni tristeza. Se trataba de él o de mí.

Me enderecé y lentamente me encaminé a la salida del pasadizo. No me molesté en averiguar si Spit estaba, muerto. Nada me importaba. Mi única preocupación era llegara casa y acostarme. Entonces, todo estaría bien. Por la mañana, me despertaría y descubriría que todo había sido un sueño.



Me encontraba en el rellano de la escalera, junto a la puerta de mi casa, buscando la llave en el bolsillo. Pero no estaba allí. No llevaba nada, excepto los quinientos dólares y un pedazo de lápiz. Cansado, traté de recordar qué, había hecho con ella.

Y de repente, me acordé. La había arrojado sobre la mesa, frente a mi padre, aquella misma mañana. Habíamos tenido una disputa. Ni siquiera recordaba sobre qué había sido la discusión. Por debajo de la puerta salía luz. Alguien estaba todavía levantado. Me dejarían entrar, por supuesto. Llamé suavemente.

Oí el rumor de una silla al moverse dentro del piso y, a continuación, unos pasos que se acercaban a la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó una voz cautelosa.

Era la de mi padre.

Se me había hecho un nudo en la garganta cuando unos segundos antes había echado en falta la llave. Después, mi garganta se aclaró, y lancé un hondo suspiro de alivio.

—Soy yo, papá —le dije—. Déjame entrar. Todo irá bien a partir de ahora.

Por un momento, hubo silencio; después, la voz grave de mi padre me llegó a través de la puerta.

—¡Vete!

Esta palabra entró lentamente en mi pensamiento. Moví la cabeza de un lado a otro, perplejo. Había oído mal. Mi padre no podía haber dicho eso. Era imposible.

—Soy yo, Danny —repetí—. Déjame entrar.

La voz de mi padre se hizo ahora más recia y firme:

—Te he dicho que te vayas.

Un frío de muerte recorrió todo mi cuerpo. Golpeé la puerta, dejando la huella ensangrentada de mi mano.

—Déjame entrar, papá —grité, histérico—. Déjame entrar. No tengo adónde ir.

Pude oír la voz de mi madre. Le estaba implorando. Luego, volví a oír a mi padre. Su voz era ronca, áspera e inmutable como el tiempo.

—No, Mary. Di mi palabra y no hago más que cumplirla. Mi decisión es irrevocable.

El sonido de los sollozos de mi madre me llegó a través de la puerta y luego el

chasquido del interruptor de la luz. Esta se apagó por debajo de la puerta. El rumor de los sollozos se fue alejando. Después, silencio.

Permanecí un momento más allí, como aturdido, sacudido por el azoramiento. Entonces, comprendí. Todo había terminado. Mi padre había cumplido su palabra.

Bajé lentamente la escalera, con una sensación de vacío y de soledad. Al llegar al zaguán, sentí el soplo helado de la madrugada en mi rostro.

Me dejé caer en los escalones y apoyé mi cabeza en la barandilla de hierro. No hice ruido alguno, pero las lágrimas comenzaron a surcar mis mejillas. Sentía un dolor agudo, de quemadura, en mi brazo. Pasé mis dedos por él y, cuando los retiré, estaban mojados, pegajosos. Tenía la palma de la mano llena de cortes que sangraban y mi manga derecha estaba rasgada y por el roto podía ver, a la débil luz, un corte que sangraba, pero no me importaba ya. ¡Estaba tan cansado! Dejé reposar mi cabeza en la barandilla y cerré los ojos.

Estuvieron cerrados solo un momento porque los abrí de repente. Aquella sensación que había experimentado desde que comenzó la noche volvió a invadirme. Alguien me estaba acechando. Tenía los ojos hinchados y llorosos cuando escudriñé la calle. Había un automóvil parado al otro lado de la calle. Tenía las luces apagadas, pero el motor estaba en marcha. Eran ellos tras de mí otra vez.

Seguro que Spit y el Cobrador habían dado ya parte de lo ocurrido.

Sin ponerme de pie, rodé sobre mí mismo y me arrastré dentro del vestíbulo. Allí me quedé quieto y me puse a pensar qué iba a hacer. Tal vez pudiera ganar la azotea y desde allí pasar a la casa contigua. Tal vez de este modo podría esquivarlos. Pero ¿qué ganaría con ello? Seguirían buscándome hasta conseguir dar conmigo. Tenían amigos por doquier. No podría esconderme en ningún lugar.

Metí la mano en uno de mis bolsillos. Mi dinero seguía intacto allí. Tal vez si se lo devolviera, me dejarían tranquilo. Pero rápidamente deseché este pensamiento. Había ido demasiado lejos, y jamás me perdonarían.

Pero aquel dinero podía todavía cumplir el propósito que me llevó a aceptarlo. El viejo podría invertirlo en comprar aquella tienda. Por lo menos, mi madre y Mimí saldrían favorecidas. Si me cogían con él, lo tendrían todo. ¿Por qué dárselo?

En el suelo, al alcance de mi mano, había una circular. La cogí y recorrí con la vista su texto:

LIQUIDACIÓN FABULOSA EN LA DROGUERÍA BERNER

Le di la vuelta y comprobé que el dorso estaba en blanco. Saqué de mi bolsillo la punta de lápiz que tenía en él.

Escribí las palabras siguientes, a lápiz y con sangre:

Queridísima mamá:

Este dinero es para la tienda. Procura que esta vez no la pierda.

Te quiere mucho,

Danny

Envolví los billetes en el papel, me puse en pie y metí el mensaje en el buzón. Por una vez me alegré de que el Gobierno hubiese obligado a los propietarios a instalar buzones nuevos, porque los antiguos estaban rotos y cualquiera podía abrirlos. Mamá lo encontraría al día siguiente por la mañana cuando saliese a recoger el correo.

El automóvil seguía en la calle, con el motor en marcha. Me limpié mis pantalones. Bajé la escalera lentamente y sentí una sensación extraña de opresión en la boca del estómago. Volví ostensiblemente la espalda al automóvil y eché a andar calle abajo. A media manzana, oí, detrás de mí, el suave roce de los neumáticos del automóvil sobre el pavimento. Venciendo el impulso de echar a correr, di un vistazo por encima del hombro y comprobé que se había despegado de la acera y se dirigía hacia mí.

El impulso de correr se hizo irresistible. Lo reprimí. ¡Podrían irse todos al diablo! Paré en seco, me volví y di la cara al coche que se dirigía hacia mí. Las lágrimas corrían libremente por mis mejillas y un miedo insuperable me convirtió en una estatua de hielo. Tragué saliva, desesperadamente, esforzándome en repeler las náuseas que subían a mi garganta.

Pude retroceder uno o dos pasos. Mis dedos sintieron el contacto frío de un farol y me apoyé en él, desfallecido. Sentía el sabor amargo del vómito que se anunciaba en mi boca y un aluvión de pensamientos demenciales pasó por mi mente.

«¿Cuánto has crecido, Danny Fisher?»

Hay un momento en la vida de toda persona en que se debe responder a esa pregunta. Fue entonces, en aquella hora de una helada madrugada cuando yo encontré la respuesta.

Tenía un miedo atroz a morir. Y allí, cuando un temor indecible se apoderó de mí, alterando las funciones de mi cuerpo, revolviendo mi estómago, retorciendo con dedos de hielo mis riñones y vaciando mi vejiga, me convertí en hombre.

Yo había crecido con el conocimiento de que no era inmortal, que estaba hecho de carne que un día se pudriría y se convertiría en polvo, y de sangre que, cuando muriera, se volvería negra en mis venas. Sabía que un día tendría que afrontar el juicio final; que mi madre y mi padre eran solo los mecánicos de mi creación y no los custodios de mi alma.

Yo era el accidente de su creación.

Me encontraba a solas en un mundo solitario de mi propia creación. En ese mundo yo moriría y nadie se acordaría de mi nombre. La muerte descendería sobre mí, el polvo me cubriría, y dejaría de ser quien era.

Mis piernas se habían convertido en blanda jalea y, a pesar de mi presa frenética en el farol, caí de rodillas sobre la acera. Cerré los ojos fuertemente, exprimiendo de los párpados las lágrimas que brotaban de ellos, y oí cómo el automóvil se detenía a pocos metros de mí. Oí el rumor de la portezuela al abrirse, y el repiqueteo sonoro de unos pasos que se acercaba a mí sobre el pavimento.

Volví mi rostro hacia el farol y lo escondí en el hueco de mi brazo. Sentí en mi labio inferior el sabor acre de la sangre. Había hundido en él mis dientes. Comencé a rezar. No por mi vida, sino por mi muerte. Ansiaba que fuera piadosa conmigo y me quitara de una vez aquel terror que no me dejaba vivir.

Sentí en mi brazo el roce suave de una mano y oí que una voz susurraba a mi oído:

—¡Danny!

Traté de hundir más profundamente mi cabeza en mi brazo. Un grito de terror quedó sofocado dentro de mi garganta. La voz de la muerte era suave y dulce, como la de mujer, pero era así solo para torturarme.

La voz se hizo insistente.

—¡Danny! —repitió—. He estado esperándote. ¡Tienes que irte de la ciudad!

No era la voz de la Muerte. Era una voz de mujer llena de calor y simpatía. Era la voz de la Vida. Lentamente, sin atreverme a mirar, alcé la cabeza.

Su rostro estaba blanco bajo la luz del farol.

—He venido a avisarte —murmuró, con apresuramiento—. Max mandó al Cobrador y a Spit que te buscaran.

Estuve contemplándola, estático, mientras las palabras penetraban en mi mente. Era Sara, también llamada Ronnie. Me puse a reír débil, histéricamente. ¡Una vez más me hallaba a salvo! Me miró como si hubiese perdido el juicio. Me sacudió los hombros con sus manos.

—Tienes que esconderte —insistió—. Estarán aquí de un momento a otro.

Alcé mis ojos hasta ella, deslizándose todavía por mis mejillas las lágrimas. Dejé de reír y extendí mis manos hacia ella.

—Ayúdame a levantarme —le imploré. Mis palabras brotaron roncas de mi lastimada garganta—. No vendrán.

Me ayudó a ponerme de pie, cogiéndome por debajo de las axilas.

—¿Qué quieres decir con que no vendrán? —me preguntó.

Yo estaba ya de pie. Retiró los brazos y me tambaleé. Volvió a sostenerme y exclamó, horrorizada:

—¡Estás sangrando!

Asentí.

—Me encontraron.

Una expresión de espanto alteró sus facciones.

—¿Qué ocurrió? —preguntó, jadeante.

—¿Qué ocurrió? —repetí y comencé a reír de nuevo—. No sé qué ocurrió. Los

dejé en el pasadizo. Creo que Spit ha muerto. Puede ser que el Cobrador también. ¡Es como para troncharse de risa! Vinieron a matarme y ellos han sido los muertos.

Sin dejar de reír, volví a apoyar mi cabeza en la farola, y cerré los ojos. Sí...

Me tiró del brazo con cierta violencia. Me tambaleé y estuve a punto de caer.

—Tienes que esconderte. Fields te matará en cuanto lo sepa todo. La miré, todavía risueño.

—¿Adónde puedo ir? —le pregunté—. No sé dónde esconderme. Ni siquiera mi padre me deja que entre en casa.

Clavó sus ojos en los míos.

—¿No tienes adónde ir? —preguntó.

Moví la cabeza de un lado a otro.

—No. No tengo más domicilio que este —y eché a andar por la acera.

De pronto, sus brazos me rodearon y me condujo hasta el coche. Abrió la portezuela, me ayudó a subir y yo me dejé caer en el asiento de atrás. Cerró la portezuela y fue a ocupar el asiento del conductor. Sentí como el coche se ponía suavemente en movimiento y cerré los ojos.

Los abrí un momento cuando pasábamos un puente. Me pareció que era el de Manhattan, pero estaba demasiado cansado para distinguirlo y volví a cerrar los ojos. Comenzaba a sentirme incómodo. Todo mi cuerpo ardía.

Volví a sentir en mi brazo la presión suave del suyo. Me desperté. Percibí un olor acre de aire salino. Me apeé del coche, vacilante. Tardé unos segundos en ajustar la visión de mis ojos. Habíamos aparcado en una calle oscura. A unos metros delante de nosotros, se extendía un paseo marítimo y tras él la arena era blanca. Procedente de la playa me llegó el rumor sordo y rítmico del océano. Ella me agarró del brazo y me encaminó hacia un pequeño edificio de madera situado en el borde mismo del paseo marítimo. En la fachada se veía un letrero que decía:

AQUÍ BEN DESPACHA REFRESCOS, PERROS
CALIENTES,
HAMBURGUESAS Y DULCES

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Sus ojos llamearon gozosos.

—En Coney Island —respondió con brevedad.

Rodeamos el edificio y llegamos a un pequeño bungaló. Ella continuaba sosteniéndome con su brazo, pues mis pasos eran todavía inseguros. Llamó a la puerta.

—¡Ben! ¡Despierta! —exclamó con voz ahogada.

Dentro, se encendió una luz. Oí un ruido de pasos que se acercaban a la puerta cerrada: y, a través de esta, una voz de hombre, baja y un tanto cavernosa de sueño,

exclamó:

—¿Quién está ahí?

—Sara —respondió ella—. ¡Ben, date prisa, abre!

Al instante se abrió la puerta de par en par. En el umbral, se hallaba un hombre, con la sonrisa en los labios.

—¡Sara! —exclamó—. No te esperaba tan pronto.

Al verme, su sonrisa desapareció.

—¿Quién es este, Sara?

—Déjanos entrar —exclamó.

Silencioso, el hombre se echó a un lado. Había un camastro adosado contra la pared y Sara me ayudó a pasar. Se dirigió al hombre.

—Tráeme un poco de agua caliente —pidió.

Los miré; cuando cruzó la habitación se oyó un repiqueteo. Por una de las perneras de su pijama asomaba una pata de palo. Al volverse, observé que una de las mangas de su chaqueta la llevaba prendida a la misma con un imperdible. Cerré los ojos. Estaba soñando. Cuando volví a abrirlos, seguían allí, Sara y el hombre con una sola pierna y un solo brazo.

—Está herido, Ben —dijo ella—. Necesitaremos agua caliente para lavar sus heridas.

Hice un gran esfuerzo para levantarme. Me sentía muy acalorado. La habitación pareció empañarse. El hombre guardaba allí el calor.

—Está bien —les dije—. No se molesten por mí. Estoy bien.

De repente, el cuarto comenzó a dar vueltas frente a mí. Los vi a los dos cabeza abajo. No podía explicármelo. Tal vez no había salido del pasadizo. Un rayo de luz bajaba por un rincón.

—Papá, ¡déjame entrar! —grité y me lancé de cabeza a donde estaba la luz. Pasé por ella con facilidad, como un pez a través del agua, y me encontré al otro lado, en medio de una espesa oscuridad.

Libro Tercero

TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA

El sol de julio se elevaba por encima del agua y sus rayos rojizo-dorados teñían las crestas de las olas cuando bajé procedente del paseo marítimo. La arena era blanca y limpia bajo mis pies. Más tarde, en el transcurso del día, se volvería sucia y se llenaría de basura; pero, en ese momento, era deliciosamente fresca y me gustaba su contacto.

El paseo marítimo estaba desierto. Dos horas más tarde, comenzarían a afluir las primeras oleadas de veraneantes. Respiré a mis anchas el aire fresco de la mañana y me encaminé al agua. Era la única hora del día para nadar. Uno tenía para sí todo el océano Atlántico.

Me despojé de la toalla que llevaba sobre los hombros y me miré el cuerpo. Solo quedaba una cicatriz blancuzca allí donde me hirió Spit en el brazo. Todas las demás señales habían desaparecido bajo el oscuro bruñido de mi piel, obra del sol y del aliento vigoroso del mar. Había sido muy afortunado.

Me metí en el agua y nadé brioso hacia el poste más lejano. Sentí en mi boca y en mi nariz el gusto dulce-amargo del agua salada. Era estimulante y vigorizante. La playa parecía lejana y pequeña. Me volví boca arriba y comencé a flotar. Me sentía aislado, como si estuviera en un mundo que me era propio.

Me parecía difícil creer que solo hubiesen transcurrido dos meses desde aquella noche en que Sara me trasladó a ese lugar. Lo que pasó aquella noche no me ocurrió a mí, sino a otro que tomó cuerpo, a un muchacho que tomó mi nombre. Pero todo ello había quedado atrás. Sara me había bautizado con un nuevo nombre cuando, provista de algodón empapado en agua caliente, me quitó toda la suciedad y la costra de sangre que cubría mi brazo y mi costado.

Danny White. Fue el nombre que me puso y con el que me presentó a su hermano. Sonreí al pensar en ello. Al principio, me había sentido muy débil para protestar; pero, cuando al día siguiente recorrí los diarios y vi mi nombre bajo las fotos de los combates en el Garden, le di la razón. Mientras menos supiera su hermano, o cualquier otro, de mí, mejor era.

Buscamos en el periódico algo que se refiriese a Spit y al Cobrador. No hallamos nada. Nos miramos, perplejos, pero no nos atrevimos a hablar hasta muy entrada la tarde, cuando Ben salió en busca de algo para comer.

—¿Crees que los habrán encontrado ya? —le pregunté.

Movió la cabeza, con aspecto preocupado.

—No lo sé —me respondió—. Me enteraré esta noche, cuando vuelva allá.

—Pero ¿vas a regresar? —la pregunté, sorprendido.

—Debo hacerlo —se apresuró a contestar—. Si no me presentase, Maxie sospecharía algo y vendría a buscarme aquí. Es el único modo que tenemos de

permanecer a salvo.

Yo había tratado de incorporarme y sentarme en el estrecho camastro, pero estaba demasiado débil y tuve que dejar caer de nuevo la cabeza en la almohada.

—Tendré que irme de aquí —murmuré—. No quiero causarte más molestias.

Me miró, curiosa.

—¿Adónde irás?

—No lo sé —le contesté—. Encontraré algún sitio. No puedo quedarme aquí. Un día u otro averiguarán la verdad y tú serás la que pague las consecuencias.

Se inclinó sobre mí y me acarició los cabellos con sus dedos.

—Te quedarás aquí, Danny —dijo, quedo—. Te quedarás aquí y trabajarás con Ben. Necesita ayuda, no puede llevar solo este puesto.

—Pero ¿y si alguien me reconoce? —le pregunté.

—Nadie te reconocerá —dijo con firmeza—. Coney Island es muy grande. Aquí vienen, durante el verano, más de un millón y medio de personas, y la gente es el mejor escondite que uno puede elegir. Jamás se imaginarán que te encuentras aquí.

La miré de hito en hito. Me pareció muy razonable lo que había dicho.

—Pero ¿y tú? —le pregunté—. Querrá saber en dónde estuviste anoche. ¿Qué le dirás?

—Nada —dijo llanamente—. A la servidumbre se le permite un día libre. Si me pregunta qué he estado haciendo, le diré que he ido a ver a mi hermano. Sabe que lo hago cada semana.

Era mi turno de ser curioso.

—¿Sabe tu hermano que estás con Maxie?

Asintió con un movimiento de cabeza y, molesta, apartó sus ojos de mí.

—Cree que soy la secretaria particular de Maxie. Piensa que antes trabajé como modelo. —Volvió hacia mí sus ojos implorantes—. Solo nos tenemos el uno al otro. Después de su accidente, hace ya cinco años, al ver que había perdido la pierna y el brazo, quiso morir. Pensó que se vería imposibilitado para trabajar y que sería siempre una carga para mí. Ocurrió durante el año en que terminé mis estudios superiores. Le dije que no se preocupara, que trabajaría y lo mantendría hasta que se restableciera y pudiera trabajar, como él había hecho conmigo después de la muerte de nuestro padre. Me pondría a buscar trabajo —sonrió con tristeza—. Era una niña entonces. No sabía cuánto dinero necesitaríamos para medicinas y doctores, ni tampoco los bajos sueldos que se pagaban a las mecanógrafas y a otras empleadas de oficinas. Los quince dólares a la semana no cubrían ni siquiera una mínima parte de nuestros gastos. Mi primer empleo fue en una agencia de contratación de artistas. Aprendí pronto, y, cuando algunas semanas después fui a ver al gerente para pedirle un aumento, se rio de mí. No comprendí por qué y le pregunté la causa de su risa.

«—Eres una chica muy lista —me dijo—, pero no me es posible pagarte más.

»—Pero necesito más dinero —le supliqué.

»Se puso a mirarme con detenimiento y a continuación, levantándose de su

asiento vino hasta donde yo estaba.

»—Si estás tan necesitada de dinero —me dijo—, puedo proporcionarte un medio rápido y fácil para ganarlo.

»—¿Cómo? —le pregunté—. Haré lo que sea. Necesito dinero.

»—Hay una fiesta esta noche —me dijo—. Algunos amigos vienen a la ciudad y me pidieron que les enviara unas chicas para esta noche. Pagan veinte dólares.

»Me quedé mirándolo, atónita. En aquel momento, yo no sabía qué era lo que esperaban de mí, pero veinte dólares eran mucho dinero, por eso fui a la fiesta. Jamás había visto nada semejante y me disponía a irme, cuando mi jefe vino y me vio apoyada, rígida, en la pared. Me sonrió, comprensivo, y me trajo algo de beber. Me sentí mejor y relajada, por eso, repetí una y otra vez... Después recordé haber ido con él a una habitación.

»Cuando me desperté, a la mañana siguiente, me hallé sola en un cuarto extraño y sentí un dolor tremendo en la cabeza. Salté de la cama, mareada, en busca de mi ropa. Estaba amontonada en una silla y encima de ella vi una nota blanca que decía: “Puedes venir al despacho más tarde de lo usual”. Debajo de la nota encontré un billete de veinte dólares. Ya era una profesional. Me contemplé en el espejo. No se había operado en mi rostro un cambio que pudiera advertir la gente, ni tenía ninguna señal escarlata en mi frente. Nada había cambiado salvo, el hecho de que podía ganarme veinte dólares cada vez que los necesitara. Y en el transcurso del tiempo sentí muchas veces la necesidad de tenerlos.»

Se puso de pie y me lanzó una mirada. Su rostro era inexpresivo y su voz opaca, sin timbre ni emoción.

Así fue como sucedió la cosa. Trabajé y pagué las cuentas del doctor y las medicinas, pero no fue sino hasta que encontré a Maxie Fields en una fiesta y le gusté que conseguí reunir el dinero suficiente para obtener la concesión de este puesto para Ben.

No supe qué decir. Mi boca estaba seca y necesitaba un cigarrillo. Busqué el paquete que tenía cerca del camastro. Adivinó lo que deseaba y nuestras manos se encontraron sobre la cajetilla. Estreché la suya y la mantuve bajo la mía unos instantes. Ella me lanzó una mirada sombría.

Así fue hasta la noche que te quedaste porque yo te lo pedí. Porque no quisiste que Maxie creyera que yo le había fallado, porque no querías que me lastimase. Nunca por amor, siempre por dinero. Nunca para mí. Siempre por dinero. Hasta aquella noche. Entonces, me di cuenta de todo lo que había malbaratado. Pero era demasiado tarde. Había fijado el precio y no podía echarme atrás.

Se desasíó de mi mano y tendió hacia mí un cigarrillo. Lo llevé a mis labios y ella me dio fuego.

—¿Tienes que volver con él, Sara? —le pregunté.

—Tengo que volver —me contestó, sonriéndome de manera vaga—. Me parece raro que me llames Sara. Nadie me ha llamado así, desde hace mucho tiempo, fuera

de mi hermano Ben.

—Que yo recuerde no tienes otro nombre —le dije.

Su expresión sombría la abandonó.

—Danny —me dijo, y su rostro se iluminó—. Que todo sea así, siempre, entre nosotros. Seamos amigos.

Me apoderé de su mano.

—Somos amigos, Sara —le dije, muy quedo.

En esto, Ben volvió con un tazón de caldo caliente. Tomé unos sorbos y me dormí. Cuando me desperté al cabo de un rato, Sara se había ido y Ben estaba sentado, mirándome.

—¿Se ha marchado? —le pregunté, recorriendo con mis ojos la pequeña habitación.

Asintió.

—Su jefe, el señor Fields, la esperaba esta tarde. La tiene siempre muy ocupada.

—Es un hombre muy importante —convine con él.

Vaciló un momento y aclaró su garganta.

—Mi hermana me ha dicho que estaba usted dispuesto a trabajar conmigo este verano.

Asentí.

—No me es posible pagarle mucho —dijo, casi disculpándose—. No sé todavía cómo nos irán las cosas.

—No se preocupe por el dinero —le contesté—. No me importa lo que me pague... para mí lo importante es cómo podré pagarles lo que han hecho por mí.

De pronto, se puso a sonreír entre dientes y me tendió la mano.

—Nos entenderemos muy bien, Danny —me dijo.

Y así fue. Pasaron dos meses. Sara venía a vernos una vez a la semana y las cosas comenzaron a ir a las mil maravillas. Los negocios no fueron brillantes, pero Ben cubrió los gastos y era feliz con eso. Yo también me sentía satisfecho, pues me había puesto fuera del alcance de Maxie Fields.

Cuando Sara volvió a la semana siguiente me hallaba restablecido. Aunque seguía doliéndome el brazo, podía ir y venir sin molestias. Lo primero que le pregunté en cuanto estuvimos solos fue sobre Spit y el Cobrador. Nada había aparecido en los periódicos en toda aquella semana.

Permanecieron ambos en una clínica particular de algún médico que conocía Maxie Fields. El Cobrador tenía la mandíbula fracturada a causa de mi patada, y a Spit tuvieron que aplicarle nueve puntos de sutura en el costado por el que le había entrado la navaja. Tres centímetros y medio más y la hubiera palmado; la punta del cuchillo habría penetrado en el corazón. En cierto modo me alegré. No hubiese resultado agradable ser acusado de homicidio.

Fields se había puesto furioso. Había jurado que daría conmigo y me ajustaría las cuentas. Aquella misma noche, había «peinado» todo el vecindario en mi busca, y en

toda la semana no se le pasó el enfado.

Y después, al pasar el tiempo, me dijo Sara, se fue olvidando de mí. Fields estaba convencido de que me había ido del país con el dinero. Era mejor que lo creyera así.

Muchas veces, me hice el propósito de pedirle a Sara que averiguara algo acerca de mi familia y de Nellie, pero no me atreví. Ni siquiera intenté escribirles porque, durante algún tiempo, Fields había estado vigilándolos, según me contó Sara. Me pregunté si mi padre había comprado la tienda con el dinero y si Mimí estaría trabajando, y cómo se encontraría mi madre, si me echaban de menos y sentían mi ausencia. Por la noche, tendido en mi pequeño camastro, pensaba en ellos. A veces, cuando cerraba los ojos, podía imaginarse que me encontraba nuevamente en casa, que mamá hacía la cena y el olor que despedía la sopa de pollo llenaba la casa. Entonces, aparecía papá y un sentimiento de amargura me invadía. Abría los ojos y todas aquellas imágenes se desvanecían.

Luego, mis pensamientos iban a Nellie. En la noche, se me aparecía su rostro claro, sonriéndome, y sus ojos negros se clavaban en los míos, llenos de amor y de ternura. Me preguntaba si comprendería o adivinaría la razón de mi ausencia, y si recordaría mis palabras:

«Ocurra lo que ocurra, recuerda que te quiero».

Movía su adorable cabeza en la oscuridad y casi podía oír su respuesta:

«Lo recordaré, Danny».

Entonces, cerraba fuertemente los ojos y el sonido de los ronquidos de Ben me ayudaba a dormir. Por la mañana, el sol brillaba cuando me levantaba.

El sol se reflejaba en mis ojos, en ese momento, mientras flotaba boca arriba en el agua. Me sentía agradablemente ingrátido y libre de pesares.

—¡Danny!

Desde la playa llegó a mis oídos una voz familiar.

Tragué una bocanada de agua cuando miré a mi alrededor. Sara estaba en la playa saludándome con la mano. Le devolví el saludo y, sonriendo, fui nadando a grandes brazadas hasta ella.

Había encontrado mi toalla, y había dejado junto a ella su vestido de raso que, entretanto, se había quitado.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté cuando llegué junto a ella—. No te esperábamos hasta pasado mañana.

—Maxie tuvo que irse de la ciudad —explicó—. Puedo disponer de todo el fin de semana.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, curioso.

Metió su cabello bajo un gorro de baño.

—¡Qué sé yo! —exclamó—. No me importan sus asuntos. Lo único que me importa es que puedo pasar el fin de semana aquí contigo.

Me di cuenta del significado de la frase solo cuando me hallé de nuevo en el agua con ella. No había dicho nada a propósito de su hermano. Solo de mí. Volví mi rostro en el agua y la miré. Para ser una mujer, nadaba muy bien. Poseía un buen estilo crol y hendía el agua con facilidad.

—¿Viste a Ben? —le pregunté.

—Sí —me contestó—. Me dijo que estabas aquí.

Se detuvo.

—El agua está maravillosa —gritó— y yo estoy sin aliento.

Nadé hasta ella y le pasé los brazos por debajo de sus axilas.

—Descansa un minuto —le dije—. Ponte boca arriba.

No pesaba nada en el agua. Sentí bajo mis manos la firmeza de su cuerpo mientras las olas nos mecían. Una cálida sensación que me era familiar me invadió. La solté rápidamente.

Se volvió en el agua y me miró. Debió de haber sentido lo mismo.

—¿Por qué me has soltado, Danny? —me preguntó.

—Las olas están demasiado fuertes para mí —expliqué torpemente.

Movió la cabeza con un gesto de duda.

—¿Es esa la razón, Danny? No seas niño conmigo.

La miré fijamente. Su rostro era pequeño y agudo bajo su gorro amarillo, sus ojos resplandecientes y jóvenes, como si el agua los hubiera lavado de toda tacha, de todo conocimiento turbio o impuro. Era inútil que tratara de disimular con ella. No podía faltar a la amistad.

—No quiero tener tentaciones —le dije con absoluta franqueza.

—¿Qué quieres decir? —insistió.

Volví a mirarla fijamente.

—No soy de piedra —dije—, ¡y tú eres muy bonita!

Pude ver que le había agradado.

—¿Eso es todo? —me preguntó.

—¿Podía ser otra cosa?

Estaba asombrado.

Vaciló un momento.

—¿Qué soy, pues, para ti? —preguntó lentamente.

—Mi amiga —la respondí, moviendo la cabeza con énfasis—. Cualquiera otra cosa me da igual.

Me cogió los brazos con ambas manos y se estrechó contra mí en el agua, con su mirada escrutando mi cara.

—¿Es eso cierto, Danny?

Asentí.

—La pura verdad.

Tomé aliento y proseguí:

—Y no quiero que nada empañe nuestra amistad. Eso es todo.

Apartó de mí sus ojos, y los fijó en el agua.

—Y si me besaras, crees que se empañaría, ¿no es eso, Danny? ¿Crees que eso podría empañar nuestra amistad?

—Es posible.

Sus ojos volvieron a clavarse en los míos.

—Porque estás enamorado de otra, ¿no es verdad, Danny?

Asentí, sin pronunciar palabra.

Una mirada de dolor apareció en sus ojos.

—Pero ¿cómo puedes saberlo si no lo intentas, Danny? —preguntó—. Existen varias clases de amor que tal vez ignoras que existan.

Sus labios se movían, trémulos. Había en sus ojos una brillante humedad que no provenía enteramente del agua salada. La estreché en mis brazos y la besé. Su boca era suave y, pese al sabor amargo de la sal, sentí su calor y su dulzura. Cerró los ojos cuando la besé y todo su cuerpo se apretó contra mí. Bajé la mirada hasta su rostro.

Apartó de mí su cabeza y dejó vagar su mirada mar adentro. Me incliné sobre ella para oír lo que decía en un tono de voz muy bajo.

—Sé que jamás me querrás del modo que la quieres a ella, Danny, y no puede ser de otra manera. Pero hay algo que podemos darnos uno a otro. Tal vez no sea mucho o dure poco tiempo, pero por poco que sea, y por poco que dure, no nos privemos de ello.

No le contesté. No había nada que decir.

Volvió el rostro hacia mí. Me pareció muy joven.

—¿Recuerdas lo que te dije, Danny? Te dije: «Nunca por amor, siempre por dinero. Nunca para mí misma». Por una vez quiero ser distinta; por una vez quiero pensar en mí misma. Porque lo deseo, no por lo que me vayan a pagar.

Volví a besarla en los labios con suavidad.

—Será como tú quieras, Sara —le dije dulcemente.

Algo había aprendido: no se desquita uno con los amigos diciéndoles que no se les puede dar lo que ellos reclaman de uno. Y si están dispuestos a aceptar una razonable imitación de la realidad, no se engaña: son ellos quienes se engañan a sí mismos.

Sara tenía que hallar un medio de resarcirse de muchas cosas, y yo fui ese medio.

Se puso a secarme la espalda con la toalla.

—No me he dado cuenta hasta ahora —dijo—, pero lo cierto es que tienes el cuerpo tan atezado y el cabello tan aclarado por el sol que nadie te reconocería.

Sonreí entre dientes.

—Tú me reconociste.

—Sabía dónde te encontraría —dijo, rápida. Y, súbitamente, recordando algo, exclamó: A propósito, ¿conoces a Sam Gottkin, el concesionario?

—Sí —le contesté.

Levantó la vista y me miró.

—El otro día vino a la oficina de Maxie Fields a propósito de ti.

—¿Qué quería? —pregunté.

—Saber dónde te encontrabas. Le acompañaba un muchacho italiano, Zep, creo que se llama. ¿Lo conoces?

Asentí.

—Es el hermano de mi novia. ¿Por qué fueron a ver a Maxie?

—Se habían enterado de que Maxie estuvo buscándote la noche de la pelea, y querían saber por qué. Sam y Maxie son viejos amigos. Sam dijo que solo se enteró de que te habías marchado cuando fue a verle tu hermana. ¿Por qué ella?

—Trabajé antes para Sam —me apresuré a explicar—. Por otra parte, Sam estaba dispuesto a ser mi agente cuando me hiciese profesional. ¿Qué dijeron?

—Maxie les dijo lo que sabía. Nada, en realidad.

—¿Les dijo por qué me anduvo buscando? —le pregunté.

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sam se puso furioso. Le dijo a Maxie que debió de haberte dejado tranquilo. Lo llenó de insultos.

La miré, estupefacto.

—¿Maxie se lo permitió?

—A medias —contestó—. Maxie creyó que Sam estaba obligado a darle una indemnización ya que tú habías salido de su jurisdicción. Se enzarzaron en una seria disputa. Maxie le dijo que en cuanto te encontrara te ajustaría las cuentas, pero Sam le advirtió que no hiciera nada sin decírselo antes, pues él también tenía cuentas pendientes contigo.

La miré fijamente. Era el colmo de los colmos. De nadie podía fiarme ya.

—¿Estuvo Maxie conforme?

—Sí. Debieron de llegar a un acuerdo —contestó—, porque, después, se sentaron todos, echaron unos tragos y hablaron de otros asuntos. Luego, Sam llamó a tu

hermana, concertó con ella una cita para aquella noche y se fue. Después que se hubo marchado, Maxie se puso a recorrer la habitación y juró que si te encontraba, Sam solo lo sabría después de habérselas contigo.

Era lo que yo esperaba de él. No podía ser de otro modo. La pregunta que me formuló a continuación me cogió de sorpresa.

—¿Es cierto que va a casarse tu hermana con Sam Gottkin?

Estaba estupefacto.

—¿Por qué me lo preguntas? —tartamudeé.

—Porque una de las razones que dio Sam a Maxie para que no te tocara hasta que él te hubiese visto fue la de que tú eras el hermano de su prometida, y si te ocurría algo, eso podría echar abajo sus planes matrimoniales. —Su voz tenía un tono de incredulidad—. ¿Es posible que no lo supieras?

Moví la cabeza de un lado a otro, lentamente.

—Ni siquiera sabía que se conociesen.

Me pregunté cómo pudo haber ocurrido. Me pareció todo muy extraño. Sam y Mimí... no me era posible creerlo.

Una voz nos llamó desde el paseo marítimo. Ben nos estaba haciendo señas.

—¡Eh! —gritó—. ¿No vienes a trabajar? ¿Crees que estamos en Navidad?

Estaba sentado detrás del mostrador embolsando cacahuets. Ben se puso a jurar. Yo lo miré, sorprendido de su vehemencia.

—¡Malditos mequetrefes!

—¿Qué ocurre? —preguntó Sara.

Se volvió hacia ella y con su único brazo señaló la playa.

—Un cliente venía hacia aquí, resuelto, pero uno de esos zarrapastrosos, le salió al paso. ¡Cómo vamos a ganarnos la vida con todos esos granujas alrededor!

—Vamos, cálmate —le dijo, tolerante, su hermana—. No vas a resolver nada sulfurándote de ese modo.

La voz de Ben sonaba muy enfadada.

—Pero ¿no comprendes? Esta concesión nos cuesta dinero, y esos mequetrefes nos están arruinando. Ellos no pagan nada por llevar cajas con helados y polos de un lado a otro de la playa. Tendría que prohibirse eso.

—Los agentes los persiguen en cuanto los ven —dijo Sara.

—Sí, pero la mayor parte del tiempo están demasiado ocupados mirando a las bañistas guapas —replicó Ben con vehemencia.

—Si quieres que te diga la verdad —dijo Sara—, se necesita mucho valor para estarse todo el santo día bajo el sol, con el calor que hace vendiendo helados para ganar unos pocos dólares.

Se apartó de ella, demasiado airado para contestarle, y con el consabido repiqueteo de su pata de palo se dirigió a la trastienda.

Me levanté y me desperecé.

—Está enfadado de veras —comenté.

—Tiene derecho a estarlo —me dijo Sara con cierta turbación—. Este puesto fue su gran sueño y desea que vaya a más. Como van las cosas, este verano apenas ganará para los gastos. Y no le quedarán reservas para pasar el invierno. Si eso ocurre, tendrá que recurrir a mí y pedirme dinero. Eso le desagrada. Tiene mucho orgullo.

No le contesté y me puse a agrupar las bolsitas de cacahuets en un extremo del mostrador. Reconocí que tenía razón. Sabía lo que sentía su hermano. Cuatro o cinco de ellos estaban en la playa y pude verles y oír sus gritos pregonando su mercancía.

—¡Hot-Dogs!

—¡«Pepsi-Cola», polos, esquimales!

—¡Helados! ¡Almendras, cacahuets torrefactos!

Los había muy jóvenes. Eran agradables y simpáticos. Yo había hablado con varios de ellos de vez en cuando. Pocos llegaban a ganar más de un dólar en todo el día, porque los mayoristas con quienes trataban les robaban descaradamente. El

individuo que estuviese dispuesto a darles un trato decente podría amasar en poco tiempo una fortuna. Había centenares de ellos en la playa.

De repente, tuve una idea. ¿Cómo era posible que no se me hubiese ocurrido antes? Era lo único que había aprendido de Sam en el campo. Él había hecho dinero con sus concesiones porque dio una participación en el negocio a los corredores.

Me volví hacia Sara. Ella y su hermano estaban apoyados en la caja registradora, mirando en dirección a la playa. Lo toqué en el hombro y se volvió hacia mí.

—Haz que esos chicos trabajen para ti.

Me miró, pasmado.

—¿Qué chicos? ¿Qué es lo que quieres decir?

Señalé con el pulgar el grupo de vendedores ambulantes.

—Esos chicos de ahí fuera. ¿Por qué no te sirves de ellos?

¿Por qué no podía Ben hacer lo mismo?

—No seas estúpido. ¿Crees tú que voy a perder el tiempo corriendo detrás de ellos para que me paguen lo debido?

—No tienes que correr detrás de ellos, Ben —le dije—. Ellos pagan por adelantado su mercancía.

—Solo la mitad —puntualizó—. El resto lo pagan después, si antes no se han hecho humo. Además, ¿por qué van a trabajar conmigo? Pueden tener lo mismo de cualquier otro.

—Eso podríamos resolverlo —dije—: supón que no les cobrásemos nada por adelantado, y que como garantía nos diesen algo en depósito, como el reloj o una bicicleta. En este caso, no tendrían que adelantar el dinero y acudirían a nosotros.

—¡Olvídalo! —exclamó Ben, terminante.

Cogió un trapo y se puso a limpiar el mostrador.

—Aparte de que no tenemos espacio para almacenar toda la mercancía.

Sara dio entonces su parecer.

—Ahí, en la trastienda, tienes toda esa habitación que no está siendo usada —dijo—; allí puedes instalar una nevera.

—Pero ¡Sara! —protestó Ben—. ¿De dónde voy a sacar el tiempo? No puedo salir y buscar a los chicos para que vengan aquí porque yo lo digo.

—Yo me encargo de eso —le dije rápidamente—. Te traeré todos los chicos que quieras.

Sara me lanzó una mirada y seguidamente clavó la vista, retadora, en su hermano.

—¿Y bien? —le preguntó.

Vaciló un momento, sin decir palabra.

Sara le sonrió, pausada.

—¿Qué te pasa, Ben? —le preguntó—. Siempre me has dicho que querías ganar mucho dinero. Esta es la primera oportunidad que se te presenta para ganarlo. O tal vez no te interese ya.

Una sonrisa embarazosa apareció en los labios. Ben se volvió hacia mí.

—Está bien, Danny —me dijo—. Ensayaremos eso. A veces olvido que no tengo que hacer las cosas para mí solo.



Consulté mi reloj de pulsera. Comenzaba a oscurecer. Tiempo suficiente para que todos los chicos que habían estado por allí, se fueran. Durante más de una hora, sentado en un banco, había estado presenciando cómo, después de terminada la jornada, los pequeños se dirigían a cierto lugar situado debajo de donde yo me encontraba.

Encendí un cigarrillo, me levanté y bajé por una escalera de piedra que conducía a la playa. Un rumor confuso de voces llegó hasta mí, y en vez de encaminarme a la playa me interné en el pasaje subterráneo, debajo del paseo. Sonreí, satisfecho. No me había equivocado. La manera más rápida de entrar en contacto con una banda de muchachos era la de buscar su timba de dados.

Una veintena de muchachos jugaban sobre el suelo de cemento al lado de los lavabos. Algunos tenían mi edad y estatura; sin embargo, la mayor parte, eran más pequeños. Me abrí paso a codazos y me situé en la primera fila del corro. Uno de los muchachos se disponía a arrojar los dados al suelo. Sobre el suelo había numerosas monedas menudas de plata. Como por casualidad, dejé caer en el cemento un billete de cinco dólares.

—Cubro todas las apuestas —anuncié.

Todas las caras se volvieron hacia mí. Las observé cuidadosamente. No había animosidad en ellas, solo curiosidad. Hasta aquí, todo iba bien. Ningún problema. Lo único que sucedía era que cinco dólares era «dinero» para aquellos chicos.

El muchacho con los dados en la mano se puso de pie.

—¿Quién eres tú? —me interpeló con un leve asomo de hostilidad en la voz.

Le sonreí, dejando el pitillo colgado del labio inferior.

—Un aficionado a los dados —le respondí de inmediato.

Se quedó mirándome un momento, luego a los demás y a continuación, volviéndose de nuevo hacia mí, me dijo cortés:

—Recoge la «pasta», amigo. No podemos subir tanto.

Me arrodillé y recogí el billete, mirándole desde el suelo.

—¿Cuál es vuestro tope?

—Un «morlaco» —me contestó.

Llevé la mano al bolsillo y saqué un puñado de monedas. Arrojé unas cuantas al suelo.

—Vamos, voltéalos —dije—. No soy un novato.

Se puso nuevamente en cuclillas y los dados salieron disparados de su mano. Chocaron contra la pared y rodaron hasta detenerse.

—¡Natural! —exclamó. Alargó la mano y recogió parte de las monedas del suelo.

Hice nuevas apuestas y entretanto entablé conversación con el muchacho que

estaba cerca de mí.

—¿Vendes en la playa? —le pregunté.

El muchacho afirmó, sin apartar los ojos de los dados.

—¿Te ganas bien la vida? —le pregunté en tono amistoso.

Se volvió para mirarme con ojos burlones.

—¿Quieres tomarme el pelo? —me preguntó.

—¿Por qué? —le contesté muy serio—. No pretendo tal cosa. Yo sé que hay mucho dinero en esto y me pregunto si vosotros sacáis buen provecho de él.

—¡Qué vamos a sacar! —exclamó el muchacho—. Ponemos veinte centavos de dólar y tenemos que sudar si sacamos seis monedas al día.

Lo miré, sorprendido. Esto era mejor de lo que yo pensaba.

—Os están explotando —afirmé con aplomo—. En Rockaway están pagando cuarenta centavos de dólar y, además, no piden nada por adelantado.

Se mofó de mí.

—Eso será allá, pero no en la Isla.

—Sé de un lugar que lo hacen —le respondí, rápido, sin apartarla mirada de su rostro—. Y están buscando vendedores activos.

Se iba interesando. Me miró, olvidando momentáneamente el juego.

—¿Dónde? —me preguntó.

—¿Crees que eso interesará también a tus amigos? —le pregunté, soslayando por el momento una respuesta directa.

Sonrió entre dientes.

—¿A quién no interesa la «pasta»?

Apartó de mí la mirada y se volvió hacia los demás.

—¡Eh! —les gritó—. Aquí el amigo dice que sabe de un sitio en donde pagan cuarenta centavos de dólar, y no hay que adelantar ningún dinero.

Aquí terminó el juego de dados. Todos se apiñaron a mi alrededor, hablando a un tiempo.

Alcé mi mano para imponerles silencio.

—Mañana por la mañana bien temprano estad todos en el puesto de Ben Dorfman. Tendremos veinte cajas listas que os podréis llevar. Recorrí con la mirada las cabezas agrupadas en torno mío, contándolas. Eran veinte.

—Podéis traer a otros si queréis —añadí, rápido.

Quería que todas las cajas saliesen. De ese modo, me imaginé, se presentarían los chicos suficientes para llevarse las veinte.

Me equivoqué sobre una cosa. A la mañana siguiente, se presentaron por los menos cincuenta chiquillos y, al final de la semana, ciento cincuenta muchachos vendían para nosotros.

El viejo y traqueteado reloj despertador del estante señalaba las once cuando Ben apartó los ojos de sus cuentas. La luz de la bombilla solitaria que colgaba del techo ponía sombras oscuras en su rostro. Empujó el puñado de monedas que quedaba todavía encima de la mesa hacia su hermana.

—Aquí, Sara —le dijo con voz fatigada—, cuenta el resto. Estoy muerto.

Sara se puso a contar las monedas de plata. Al cabo de un rato se volvió hacia mí.

—¡Vaya una semana! —dijo exhausta—. Jamás me sentí tan fatigada un domingo por la noche. Esos muchachos, son incansables y acaban con una.

—¡Os lo dije! —exclamé, sonriendo—. Seguro que hemos recaudado más de ochocientos dólares desde que comenzamos, el jueves por la mañana. Cuando haya pasado la semana, habremos liquidado por lo menos dos mil doscientos. O sea, un beneficio líquido de cuatrocientos *pavos*.

Movió la cabeza, asintiendo, con una leve sonrisa.

—Tenías razón, muchacho —reconoció—. Tu idea ha sido estupenda. Sara terminó de envolver las monedas en unos cuantos cartuchos de papel. Se levantó.

—Jamás he visto en mi vida tanta moneda pequeña junta —comentó. Ben la miró con ternura. Ella respondió a su mirada con una sonrisa afectuosa, y, entonces, su hermano se volvió hacia mí.

—No sabes lo mucho que te agradecemos esto mi hermana y yo. Y como no todo tiene que ser palabras, a partir de ahora un veinticinco por ciento de la recaudación que hagan los muchachos será para ti.

Los miré, estupefacto. Sentí una contracción en la garganta. Jamás me habría figurado algo así. La emoción me anudó la lengua.

—¿Qué te pasa, Danny? —me preguntó, ansioso, Ben—. ¿No te parece bastante? Finalmente, conseguí sobreponerme; moví la cabeza y sonreí.

—No esperaba esto, Ben. No sé cómo darte las gracias.

—No me lo agradezcas, Danny —me dijo—. Agradéceselo a Sara. Ella consideró que era justo que tuvieras una participación, puesto que si no hubiera sido por ti, no tendríamos nada que repartir.

Sara me sonreía tiernamente desde la penumbra en que se hallaba, al otro lado de la mesa.

—Es solo lo justo —exclamó.

Se encontraron nuestras miradas. No despegué los labios. Hay cosas que no se pueden decir, sentimientos que no se pueden expresar con palabras. Le debía mucho a esa mujer. Si no hubiese sido por ella, tal vez no viviría ya.

La voz de Ben interrumpió mis pensamientos.

—¡Con qué gusto tomaría un baño bien caliente! ¡Y con qué gusto también me

echaría en una cama de verdad, y no en este viejo y desvencijado camastro!

Sara lo miró.

—¿Por qué no venís los dos al hotel conmigo? Ahora podemos permitirnos ese lujo. Allí podréis conseguir una habitación con baño y pasar cómodamente la noche.

—En todo el día no he oído nada mejor —dijo entusiasmado Ben. Se dirigió a mí —: ¿Qué te parece, muchacho?

Meneé la cabeza. El hotel Media Luna era un lugar demasiado elegante. Allí se alojaba lo mejor de la ciudad. Era preferible que permaneciese en la barraca.

—No, Ben —le dije, rápido—. Tú ve con Sara. Uno de nosotros es mejor que esté aquí para echar una ojeada a las cosas.

Me dirigió una mirada incrédula. Luego se volvió a su hermana.

—¿Tú qué piensas? —preguntó.

Sara me observó, yo le hice un leve ademán con la cabeza y entonces exclamó:

—Creo que Danny tiene razón. Ven conmigo, Ben. Danny vigilará el puesto.

La puerta se cerró, y yo me eché en el camastro y estiré las piernas. Encendí un cigarrillo y seguidamente apagué el interruptor. El resplandor de mi cigarrillo fue la única luz en el cuarto.

Estaba rendido. El cansancio aplomaba todo mi cuerpo, de los pies a la cabeza. Me habría gustado ir con ellos. La perspectiva del baño caliente me llenaba de nostalgia. Pero no podía correr riesgo alguno. Si Sara tenía la costumbre de alojarse en aquel hotel, alguien que la conociese y me conociese a mí podría presentarse inopinadamente. Por lo menos allí me encontraba a cubierto.

Aplasté la colilla contra el suelo, junto a mi camastro, y poniendo mis manos detrás de la nuca, sondeé las tinieblas. Oía el rumor de pasos por el paseo marítimo, encima del puesto. Siempre había gente que iba y venía por él. Era un rumor monótono, sordo y uno acababa por ajustar a él los latidos del corazón.

¡Qué extraño era todo! Incluso en ese momento me parecía increíble, pero el hecho era que hacía dos meses que estaba ausente de casa. Me pregunté si mi familia se acordaría de mí. Por supuesto, mamá se acordaría, pero no estaba tan seguro del resto. En cuanto a mi padre, era lo suficientemente terco para recordar siquiera que tenía un hijo.

Metí mi cara entre los brazos y cerré los ojos. El ahogado rumor de las pisadas por el paseo marítimo recorrió mi cuerpo y aflojó mi tensión. Me adormecí.



Oí el toque de unos nudillos en la puerta. Me enderecé de un salto y encendí la bombilla. El reloj marcaba la una de la madrugada. Volví a oír la llamada y salté del camastro al suelo, frotándome los ojos adormilados mientras me dirigía a la puerta. No había sido mi propósito quedarme dormido. Había querido descansar un rato para salir luego a comer un bocadillo.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo, Sara —me llegó la respuesta.

Abrí la puerta y mis ojos se fijaron en ella.

—¿Cómo es que has vuelto? —le pregunté, sorprendido.

Nimbado por la iluminación del paseo, su rostro me parecía despierto.

Me aparté de la puerta para dejarla pasar.

—Me tendí un rato con la idea de salir después para comer algo.

Entró en el bungalow y cerré la puerta tras ella.

—¿Tomó Ben su baño caliente? —pregunté.

Hizo un gesto afirmativo.

—Y después se fue a dormir. Es muy feliz... como jamás lo había sido desde el accidente.

—Me alegro mucho —respondí, volviendo a mi camastro y sentándome en él.

Acercó un taburete y se sentó frente a mí.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó.

Busqué un paquete en mi bolsillo y se lo tendí. Lo cogió y sacó uno.

—¿Fuego? —pidió.

Me levanté y le encendí el cigarrillo, después volví a sentarme. Fumó en silencio; mientras, yo la observaba. Después me habló de nuevo.

—¿Qué edad tienes, Danny?

—Dieciocho años —le respondí, alargándolo un poco.

Volvió a encerrarse en el mutismo y sus ojos azules me escudaron, pensativos. Su cigarrillo le quemó los dedos y se apresuró a aplastar la colilla en un cenicero, al alcance de su mano, sobre una mesilla.

—Tengo que volver allá mañana por la mañana —me dijo con lentitud.

Hice un gesto de asentimiento.

—Ya lo sé.

Sara frunció sus labios.

—Siento tener que volver, pero habrá regresado.

La contemplé en silencio.

Se puso de pie, y la brusquedad de su movimiento me sobresaltó.

—¡Lo odio, lo odio! —dijo con amargura—. ¡Maldigo la hora en que le conocí!

—También yo —exclamé irónicamente, para aflojar la tensión.

Observé su rostro espantado.

—¿Qué sabes tú sobre él? —exclamó con voz enronquecida—. ¿Qué puedes saber sobre él? ¿Te ha hecho acaso lo que a mí? Imposible. Eres un hombre, no una mujer. Todo lo que puede hacer es lastimarte o matarte. Pero no puede hacerte lo que me ha hecho a mí.

El ahogado rumor de sus sollozos llenó el estrecho espacio del bungalow. Me levanté y fui hasta ella, la abracé e hice que apoyara su cabeza en mi pecho. Mi contacto trajo un paroxismo de lágrimas.

—¡Lo que ha hecho conmigo, Danny! —lloró, su voz ahogada contra mi camisa

—. Nadie podría imaginarlo, y yo jamás podría expresarlo. Hay en él una maldad, una perversidad increíble. ¡Me aterra la idea de volver allí con él, temo lo que hará conmigo!

Apoyé mis manos en sus hombros temblorosos.

—Entonces no vuelvas, Sara —le dije suave—. Ben gana ahora lo suficiente. No tienes por qué volver.

Fijó en los míos sus ojos angustiados.

—Tengo que ir, Danny —murmuró—. Debo hacerlo. Si no voy, vendrá a buscarme. No puedo dejar que lo haga; entonces, Ben sabría la verdad.

Nada podía contestar a esto. Volvió a llorar. Le acaricié los sedosos cabellos, y posé en ellos mis labios.

—Algún día, Sara —le dije en voz baja—, podrás dejar de ir allí.

Volvió hacia mí súbitamente su rostro y sus labios buscaron los míos, y prendieron en ellos con frenética desesperación. Había cerrado sus ojos y la última lágrima pendía de la orla de sus pestañas. Contuve la respiración un momento. Cuántos errores cometía uno. Sin embargo, también era mucho lo que le debía, y jamás podría pagarle mi deuda. Con mi dedo meñique le restregué la última lágrima derramada por sus ojos.

Abrió levemente la boca y nuestros alientos se confundieron. Aspiré el perfume que se desprendía de toda su persona. Volvió la cara ligeramente, sus ojos cerrados aún, y un grito escapó de sus labios.

—¡Danny!

Junté mis labios con los suyos más estrechamente y el deseo comenzó a apoderarse de mí. Pareció llegar en oleadas ardientes, palpitantes, que rodearon todo mi cuerpo como las ondas en la superficie del agua cuando una piedra es arrojada dentro. Sus senos eran firmes, y sentí en mis piernas el contacto de las suyas, tensas, elásticas.

—¡Danny!

Su voz sonaba feliz en mis oídos.

—Danny. ¡Apenas puedo tenerme de pie!

Nos dirigimos, estrechamente abrazados, al camastro. Me arrodillé junto a ella, cuando se desembarazaba de su ropa, y posé mis labios en su cuerpo. Caímos juntos y lo único que había era nuestros cuerpos fundidos y nuestra excitación carnal.

Era ágil, experimentada y hábil. Y no obstante, toda su sabiduría que yo sabía que poseía, hubo algo en ella que me hizo comprenderla. Y por ese entendimiento, yo la amé.

Fue Sara quien compartió mi lecho conmigo esa noche. No fue Ronnie.

Cerré de golpe el candado de la cámara frigorífica y tiré de él. Estaba bien cerrado. Satisfecho, volví a la trastienda y pasé al establecimiento. Ben estaba bajando las persianas. Le eché una mano.

—¡Cristo, qué día! —exclamó Ben.

El sudor le corría por las mejillas.

—Y por lo que veo, la nochecita no va a ser mucho mejor.

—Me temo mucho que así sea —le dije, sonriendo.

La muchedumbre discurría perezosamente por el paseo marítimo, buscando un soplo de aire fresco.

—¡Han venido aquí en busca de una ilusión! —exclamó—. Cuando hace este calor, lo hace igual en todas partes.

Asentí con un gesto. Hasta el aliento que exhalaba el mar era bochornoso.

De pronto, Ben chasqueó los dedos.

—A propósito, Danny. Ahora que recuerdo. Mike vino a buscarte. Me parece que desea que esta noche le echés una mano.

Mike era el concesionario de La Rueda de la Fortuna, en el paseo, casi encima de nuestro puesto.

—¿Se ha emborrachado Pete otra vez? —le pregunté.

Pete era el hermano de Mike y trabajaba con él, menos cuando se iba de jarana. Yo solía ayudar a Mike cuando eso ocurría.

—No lo sé —respondió Ben—. Nada me dijo, solo que fueras a verlo cuando terminaras tu trabajo aquí.

—Está bien —le contesté—. Iré a ver qué quiere.

Dejé a Ben que terminara de cerrar el establecimiento y subí por la rampa hasta el paseo marítimo. Me abrí paso por entre el gentío hasta el puesto.

Mike estaba solo, el ceño fruncido, mirando a la muchedumbre. Se le iluminó el rostro al verme.

—¿No estás demasiado cansado, Danny? ¿Podrías echarme una mano esta noche? —me preguntó antes de que llegara hasta él—. Pete aún no ha aparecido.

Vacilé. Estaba agotado, pero el calor era sofocante y sabía que no pegaría ojo en toda la noche en el bungaló. Ben había obrado con inteligencia y tan pronto como vio que el negocio iba bien, se había instalado en el Hotel Media Luna, que al estar más alto, era más fresco. Así, ahora yo era el único ocupante del bungaló.

—Está bien, Mike —le dije, agachando la cabeza y pasando por debajo del mostrador—. ¿Rueda o cháchara esta noche?

Se enjugó la cara con un pañuelo húmedo.

—Cháchara —me respondió—, si no te importa. He estado todo el día haciendo

las dos cosas, manejando la rueda y soltando camelos al público, y estoy que no puedo más.

No había más que hablar. Ceñí el mandil con la bolsa de cuero para el dinero; cogí de debajo del mostrador un largo puntero de madera y me encaré con los transeúntes que pasaban. Mike asintió, y yo comencé mi discurso, forzando mi voz y dándole un agudo timbre metálico que dominase el rumor de la multitud.

En el fondo, aquella cháchara me divertía. Me la sabía de memoria, por haberla oído miles de veces, pero siempre me parecía nueva. Me gustaba poder conseguir que el público se desprendiera de sus monedas sin una buena razón. En cierto modo, todo en la vida era así. Invertía uno el dinero en cosas que, realmente, no servían para nada.

—¡Prueben, señoras y caballeros, la Rueda de la Fortuna! Solo un níquel y cada vuelta señalará un ganador. No pueden perder. Solo pueden ganar. Vengan y prueben su suerte. Un níquel, un níquel nada más.

Vi a un joven que se dirigía hacia mí con una joven agarrada de su brazo. Se detuvo y vaciló unos segundos delante del puesto. Lo señalé con mi largo puntero.

—¡Eh, jovencito! —le grité.

Mi grito debió de oírse a dos manzanas de distancia.

—¡El que lleva del brazo a una chica tan bonita! ¡Tiene derecho a un número gratis! El jefe me dijo que en cuanto viera a algún joven con una chica muy bonita del brazo, le diera un número gratis para la chica que fuese con él. Así pues, con un solo níquel que ponga, obtiene dos números. ¡Dos por el precio de uno!

El joven miró a la muchacha; luego, sonriendo con embarazo, se paró delante del mostrador y puso un níquel sobre uno de los números rojos. Le cogí la moneda rápidamente y le entregué dos fichas azules.

—¡Aquí tienen ustedes a un joven inteligente! —anuncié al público que se iba agolpando frente al puesto—. Reconoce una ganga en cuanto la ve. Lleva una preciosa chica también. ¡Ustedes hagan lo que él! Traigan a su chica a la Rueda de la Fortuna y tendrán dos probabilidades por una.

Comenzaron a caer sobre el mostrador unos cuantos níqueles. Esperé aún unos minutos. Vi a Mike, que se hallaba detrás de mí. Hizo con su oscura cabeza un leve movimiento de asentimiento y acto seguido puso en marcha la gran Rueda de la Fortuna. Pude ver cómo introducía el pie en un estribo, debajo del mostrador. Yo sabía quién sería el ganador.

—Allá va la rueda de la fortuna, señoras y caballeros —grité—. Rueda y rueda, incansable, y nadie sabe cuándo parará.

Blandí el puntero, pronto a dirigirlo a la cabeza de la muchacha colgada del brazo del chico en cuanto la rueda se detuviera.



Cerca ya de medianoche, comenzó a soplar una leve brisa y la multitud se dispersó.

Ya era hora de recogerse. Mike bajó del mostrador.

—Vamos a cerrar, muchacho. La gente se va a sus casas, y podemos dar por terminada la noche.

Me desaté el mandil con la recaudación de la noche y se lo entregué a Mike. Sin contar el dinero, lo vació en una talega. Pulsó un interruptor y todas las luces del puesto se apagaron. La cara de Mike revelaba cansancio a las luces del paseo una vez que hubimos asegurado puertas y candados.

—¡Qué día, santo Dios! —exclamó, exhausto.

—Ahí abajo, en el bungaló, tengo un poco de café —le dije—. Vamos. Una débil sonrisa apareció en su rostro.

—De acuerdo, Danny. Me irá muy bien una taza de café antes de irme a casa.

Puse el café en el hornillo para calentarlo mientras Mike se dejaba caer en una silla, pesadamente.

—Esta es la tercera vez en dos semanas que he tenido que recurrir a ti —me dijo.

Sonreí en silencio. Mike era un hombre cabal. No importaba echarle una mano, porque se sabía que, en caso de necesidad, uno podría contar con él.

Su voz subió de tono.

—El día menos pensado me cansaré y pondré de patitas en la calle a ese botarate de mi hermano. Se ha vuelto un borrachín de tomo y lomo, y estoy de él hasta las narices.

Puse dos tazas en la mesa y vertí el café en ellas. Estaba negro y caliente y añadí leche. Cogí una de las tazas y se la tendí a Mike.

—Bébetelo. Verás cómo te sientes mejor.

Me miró de hito en hito, por encima de la taza.

—Te lo digo en serio, Danny. Se agotó mi paciencia. Juré y perjuré mil veces que lo haría; pero esta vez, lo haré.

Alzó la taza hasta sus labios y bebió parte de su contenido.

—En cuanto encuentre a alguien de quien pueda fiarme, lo pongo en la calle.

Sorbí mi café en silencio. Eso lo había oído ya docenas de veces, pero Mike había terminado siempre por tomar a su hermano de nuevo.

Di unas chupadas a mi cigarrillo, y el humo acre cosquilleó mis narices. De repente, Mike golpeó la mesa con la palma de su mano abierta.

—Soy un imbécil —exclamó.

Volvió a fijar en mí su expresión cómica.

—¿Y por qué te das cuenta ahora?

—Estoy buscando un empleado —dijo rápidamente—. Y todo el tiempo lo tenía delante de mis narices.

Se inclinó sobre la mesa, avanzando hacia mí el cuerpo.

—¿Te gustaría venir conmigo, muchacho?

Lo miré asombrado. No había pensado en ello. Pero no podía aceptar.

—Me gustaría, Mike —dije apresuradamente—, pero no puedo dejar a Ben ahora.

—La temporada termina dentro de dos semanas, Danny —dijo—. Yo lo tengo ya todo previsto. Me voy con mi rueda hacia el Sur, a pasar allí la temporada de invierno. ¿Tienes algún plan para entonces?

Sacudí la cabeza. No había hecho planes para el invierno. Ni siquiera había pensado sobre ello. El verano había transcurrido con tal celeridad que no había tenido tiempo de pensar en nada.

—Entonces, ven conmigo, muchacho —urgió Mike—. Aquí cerramos la semana siguiente del Día del Trabajo, nos tomamos dos semanas de vacaciones y el dos de octubre nos vamos a Memphis, a reunirnos con el espectáculo Petersen.

—La idea me gusta —le dije con cierta vacilación.

Me invadió la nostalgia. Hasta ese momento, el verano había sido muy parecido a otros veranos. Al final, desembocaba en un retorno al hogar. Pero ahora era distinto. No tenía adónde ir.

Mike me sonrió, persuasivo.

—Aquello te gustará, muchacho —me dijo—. ¡Es gente llana y que sabe gastar, la gente del Sur...!

Le sonreí a mi vez, aunque seguía vacilando. Tenía que hablar con Sara antes de tomar una decisión.

—¿Puedo decírtelo en un par de días, Mike? —le dije—. Hay una o dos cosas que tengo que poner en orden primero.



Cuando a la tarde siguiente la vi, esperé a que nos encontráramos solos para hablar del asunto. Me escuchó en silencio todo el tiempo que estuve hablando. Cuando terminé, encendió un cigarrillo.

—Entonces, ¿no piensas volver a tu casa? —me preguntó.

Me quedé mirándola, estupefacto.

—¿Crees que puedo hacerlo? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Por supuesto, no creí que pensaras hacerlo. Y, no obstante, no he desechado la idea de que pudieras intentarlo.

—Aun en el supuesto de que volviese a casa y que mi padre me admitiese, ¿cuánto tiempo crees tú que tardaría Maxie Fields en averiguar que yo había vuelto? —le pregunté. Y, en este caso, ¿cuánto tiempo duraría yo?

Con un gesto expresivo me dio la razón.

—Estoy de acuerdo en que no puedes volver a casa.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—Pero ¿y tu novia? —me preguntó—. ¿No la pondrás al corriente de lo que te ocurre? Estará preocupada.

Resultaba cómico que ella me lo recordara. Y sentí que se me anudaba la garganta.

—No hay nada que yo pueda hacer sobre eso —le contesté, desconcertado—. No puedo correr el riesgo de que me descubran.

—Entonces, creo que es mejor que te vayas. —Una extraña expresión de lejanía apareció en su mirada.

Me acerqué a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Pasa algo malo?

—No. No pasa nada —me contestó sin mirarme a la cara, moviendo la cabeza a un lado y otro—. Vete con Mike. Os irá muy bien. No necesitas a nadie.

Puse mis manos sobre sus hombros y de allí las dejé resbalar por sus senos hasta que enlacé su cintura.

—Te necesito a ti, Sara —le dije.

Giró sobre sí misma y se separó de mí.

—No necesitas a nadie, Danny —exclamó—. Ni siquiera a mí. Después se dirigió hacia la puerta sin mirar atrás.

La seguí con la mirada, preguntándome la causa de su extraña actitud, y solo lo supe a la mañana siguiente cuando Ben me dio la clave. Iba a abandonar su empleo con Maxie Fields y los dos se iban al Oeste para establecer allí un pequeño negocio.

Había quedado con Mike en reunirme con él el 2 de octubre en Memphis. Sellamos el pacto con un apretón de manos. Él parecía muy satisfecho.

—Ahora —me dijo sonriente—, todos mis planes están resueltos.

También Sara tenía resueltos los suyos. Le había dicho a Ben que empaquetase todas sus cosas y estuviese preparado para salir el jueves siguiente al Día del Trabajo. Iría a recogerle en su coche por la tarde y partirían ya. No tuve la ocasión de preguntarle si le había dicho algo a Maxie, pero deduje por sus palabras que no lo había hecho.

Por una razón u otra, se mantuvo apartada de mí las pocas veces que fue a la isla. Por lo visto, no quería hablar conmigo y yo la dejé a solas. No encontré ningún sentido en entablar una discusión con ella y, cuando quise darme cuenta, la temporada había acabado.

Ben trajo al bungaló la ropa y los efectos que tenía en el hotel y, cuando llegó el jueves, todo lo tenía preparado y listo para el viaje. Estaba tan contento y excitado como un chiquillo con zapatos nuevos.

—Desearía que hubieses venido con nosotros, Danny —me dijo.

Estaba sentado en la salita del bungaló, en medio de un montón de maletas y paquetes.

—Al principio, Sara creyó que ibas a acompañarnos. Sufrimos una gran desilusión cuando le dijiste que te ibas con Mike.

Entonces me di perfecta cuenta de lo que había sucedido. ¡Qué estúpido había sido! El plan de Sara era que nos fuéramos todos juntos, pero cuando le hablé de Mike cambió de idea. Estaba tan segura que pensó que era eso lo que yo deseaba hacer.

Antes de que pudiera contestarle, sonaron unos golpes en la puerta. Me puse los pantalones apresuradamente y me los abroché. Oí la voz de Ben, cuando se dirigía a la puerta.

—Debe de ser Sara que viene temprano.

Oí cómo abría la puerta y un estremecimiento de espanto me recorrió.

—¿Está Ronnie aquí?

Era la voz de Spit.

Mi primer impulso fue correr, pero no había más salida que la puerta de entrada. Me pegué, entonces, a la pared y acerqué mi oído a la puerta.

La voz de Ben llegaba, confusa, a mis oídos.

—¿Ronnie? ¿Quién es Ronnie?

Otra voz ronca exclamó:

—No hagas el idiota, amigo. Sabes a quién nos referimos... la chica de Fields.

Advertí en la voz de Ben una nota de alivio.

—Ustedes deben referirse a mi hermana, Sara, la secretaria del señor Fields. Pasen y esperen. No tardará en llegar.

Oí las pisadas de los hombres que entraban en el bungalow y apliqué un ojo al resquicio de la puerta. Spit y el Cobrador estaban de pie en el centro de la habitación. El Cobrador reía.

—¡La secretaria de Fields! —soltó una risotada—. ¿Es ese el nuevo nombre para... eso?

Veía pintarse en el rostro de Ben una expresión de extremo desconcierto.

—¿Es que el señor Fields la necesitaba? —exclamó—. Estoy seguro de que no le importaría a Sara quedarse unos días más para ayudarle mientras encuentre a otra secretaria.

El Cobrador lo miró.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Es que se proponía dejarle?

Ben asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Acaso no les habló de eso el señor Fields?

El Cobrador comenzó a reír de nuevo.

—¡Bueno se va a poner Maxie cuando se entere de que su piruja quiere hacerle el salto!

Las facciones de Ben se alteraron.

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó trémulo.

—Ya me ha oído.

La voz del Cobrador se hizo deliberadamente cruel.

—¡Ninguna golfa ha dejado jamás a Maxie Fields por muy alto que sea su precio!

La voz de Ben se asemejaba al lamento de un animal herido.

—¡Es mi hermana! —gritó y se abalanzó sobre el Cobrador.

Salió del cuadro de mi visión y oí el ruido sordo y pesado de la caída de Ben al suelo. Comenzó a gritar.

—¡Sara! ¡Sara! ¡No entres!

Pude oír el ruido de golpes y maldiciones, pero Ben no cesó un instante de gritar. Pegué estrechamente un ojo a la ranura y pude ampliar el ángulo de mi visión.

El Cobrador tenía una rodilla sobre el pecho de Ben y estaba abofeteándole.

—¡Calla de una vez, hijo de perra! —le maldecía.

Ben seguía retorciéndose y gritando. El Cobrador se apoderó del brazo de Ben y se lo retorció brutalmente.

—¡Cállate, guiñapo humano! —le amenazó—. De lo contrario, te voy a arrancar el otro brazo de su sitio.

Ben, densamente pálido, se calló. Permaneció flácido en el suelo y su mirada asustada estaba fija en el Cobrador. Sentí una tremenda crispación en la boca del estómago. Jamás vi tal expresión de pánico en los ojos de un hombre.

—Será mejor que lo llesves al cuarto de atrás —oí que decía Spit—. Si la golfa lo

ve, se pondrá a alborotar.

El Cobrador asintió y se puso en pie, sin soltar el brazo a Ben.

—Levántate —le ordenó.

Ben lo intentó, pero no lo consiguió. El Cobrador le tiró del brazo brutalmente y Ben lanzó una exclamación de dolor.

—No puedo levantarme. No tengo más que una pierna.

El Cobrador se rio. Soltó el brazo de Ben y agarró a este por debajo de los brazos, como si fuera un niño y lo puso en pie.

—¡Muchacho! —exclamó insensible—, estás arreglado.

A empujones lo encaminó a la puerta tras la cual me encontraba yo.

Miré a mi alrededor, desesperado. Había una barra de acero cerca de la puerta que en ocasiones utilizaba yo para abrir el ventanillo, en las noches de bochorno. Me apoderé de ella y me escondí detrás de la puerta. Esta se abrió y apareció la figura vacilante de Ben, y detrás de ella, el Cobrador. Este, de un puntapié, terminó de abrir la puerta y entró en la habitación sin mirar a su alrededor.

Anduve en silencio a su espalda y le descargué un golpe con la barra. Hubo un ruido sordo y la sangre salió a borbotones de su oreja, en donde le había golpeado con la barra. Se desplomó sin ruido en el suelo, sin saber qué le había golpeado.

—Me preguntaba dónde estarías —susurró Ben.

Aparté mi vista del Cobrador y la fijé en él.

—Estaba aquí —murmuré—, pero tenía que esperar el momento oportuno.

Sentía un sabor amargo en mi boca.

Aceptó mi explicación. Había algo que le preocupaba más.

—¿Oíste lo que dijo sobre mi hermana? —murmuró.

Hice un movimiento afirmativo.

—¿Es cierto?

Le miré a los ojos. Un dolor tremendo que no era físico, porque salía del corazón, crispaba sus facciones. Sara era su hermana menor. Le había costado los estudios superiores, después de la muerte de sus padres, y ella, a su vez, le había cuidado y atendido cuando sufrió el accidente. Me asaltó, de repente, el pensamiento de que en aquel momento creería cuanto le dijera. Tenía que creerlo, por varias razones, pero, sobre todo, porque lo necesitaba. Tal vez, algún día, averiguara lo que ella había hecho. Pero no de mis labios.

Moví mi cabeza en un gesto firme de negación.

—No. Maxie Fields se dedica a una serie de negocios ilícitos. Sara fue su secretaria y cuando supo lo que era en realidad, quiso dejarle, pero sabía demasiado acerca de él y no pudo zafarse.

Mis palabras atenuaron, en parte, la expresión dolorida de su semblante.

—¡Pobrecilla! —murmuró—. ¡Lo que debió de sufrir por mi causa! —Se volvió hacia mí—. ¿Cómo fue que la conociste?

—Tuve un conflicto con Fields y salí herido. Ella me salvó.

Era la primera vez que me preguntaba qué era lo que me había ocurrido. Hasta ese momento había creído a pies juntillas en la versión que ella le había dado, de que había caído de su coche cuando me traía para que trabajara con él.

—Es una chica cabal —le dije.

Sus ojos se clavaron en los míos y yo le dejé buscar la verdad en mí. Su rostro se relajó y el resto de dolor desapareció de sus ojos.

—¿Qué hacemos con ese tipo que está ahí fuera?

—Voy a ocuparme de él —le dije.

Me incliné sobre el cuerpo caído del Cobrador. Respiraba pesadamente cuando le abrí la chaqueta y le extraje la pistola que llevaba en una funda de cuero. Me enderecé con el arma cogida con cautela. No deseaba ningún accidente casual.

Ben contempló la pistola.

—Esto aclara muchas cosas —dijo, pensativo—. Sus prisas... que apenas me dejara el tiempo justo para hacer mis preparativos... que siempre tuviera que correr para volver al trabajo. No quería que yo me enterara.

—Sí —le dije, asintiendo a sus palabras—. Eso fue.

El rumor de un automóvil que llegaba al bungaló y se detenía ante él llegó a nuestros oídos. Nos volvimos y nos miramos uno a otro. Le dije, con signos, que fuera al camastro. Yo me escondí detrás de la puerta. Nos quedamos completamente inmóviles.

Oí que se abría la puerta de entrada. La voz de Spit se elevó, tranquila.

—Hola, nena. Maxie nos mandó aquí cuando vio que te habías llevado tu ropa.

Pude oír hasta el jadeo de Sara para recobrar el aliento momentáneamente perdido. Luego, su grito.

—¡Ben! ¿Qué le habéis hecho?

La voz de Spit no se alteró en lo más mínimo. Se elevó suave y tranquila, casi cordial.

—Está sin novedad, Ronnie. El Cobrador se lo ha llevado ahí dentro, para que no se entere de nuestros asuntos.

Oí sus rápidas pisadas. Se abrió la puerta y entró en la habitación impetuosamente.

—¡Ben! ¿Estás bien? —gritó.

Ben se levantó y fue hacia ella, sonriente. Spit entró en el cuarto siguiendo a Sara. Me coloqué detrás de él y le puse el cañón de la pistola en la columna vertebral.

—Quieto, Spit —le dije con mucha calma—. Soy muy nervioso y poco acostumbrado a estos chismes.

También Spit había crecido en los últimos tiempos y ganado mucho en experiencia y seso. Se quedó muy quieto, y ni siquiera volvió la cabeza. Su voz era cauta y tranquila.

—¿Danny?

Le empujé con la pistola.

—Contra la pared, Spit. Hasta que la toques con la nariz.

Evitó cuidadosamente tropezar con el Cobrador y observó:

—Sigues con tus viejas triquiñuelas, ¿eh, Danny? —me preguntó—. Primero el dinero de Maxie, después, la golfa de Maxie. No te bastó con quitarle la mosca a Maxie, tuviste que soplarle encima su pindonga.

Le crucé la cara con el cañón de la pistola. Se tambaleó y de un tremendo empujón salió lanzado contra la pared que tembló bajo el impacto. Volví a hundirle el arma en la espalda de nuevo y le extraje la navaja de su vaina.

—A Maxie no le gustará nada esto —me previno—. Ya te saliste una vez con la tuya. Tampoco le gustará que hayas herido a sus muchachos de nuevo.

Yo me reí.

—Sus muchachos le gustarían menos si están muertos —le contesté con frialdad—. ¿O tiene Maxie línea telefónica directa con el infierno también?

Se calló y quedó inmóvil contra la pared. Yo me volví ligeramente. Ben tenía el brazo alrededor de la cintura de Sara. Esta sollozaba sobre su pecho.

—No llores, cariño —le decía Ben—. Ya no tendrás que trabajar más para ese hombre. Interrumpió al punto su llanto y me dirigió una mirada llena de ansiedad.

—¿Lo sabe, Danny...? —me preguntó, aterrada—. ¿Acaso estos...?

—Le dije la clase de hombre con el que trabajabas de secretaria —la interrumpí apresuradamente— y por qué razón no te permitía que le dejaras, porque sabías demasiado acerca de sus negocios.

—Ahora lo sé todo sobre él —dijo Ben—. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Hubiéramos hallado juntos la solución al problema.

Ella lanzó una mirada llena de gratitud. La miré con ternura. Sara se volvió hacia su hermano.

—No me atreví, Ben. Le tenía un miedo terrible.

—Bien. A partir de este momento se terminaron tus preocupaciones, Sara. Entregaremos estos dos tunantes a la policía y nos pondremos en camino.

La voz de Ben se elevaba ahora firme y segura.

La de Sara, en cambio, era trémula y temerosa.

—No podemos hacer eso, Ben.

Yo la apoyé.

—Os retendrán con sus interrogatorios —le dije—. Es mejor que os vayáis. Yo los entregaré después que os hayáis marchado.

—¿Eso funcionará? —dudó Ben.

—Por supuesto —le dije—. Ahora no perdáis un minuto. Lleva tus cosas al automóvil.

En esto, Spit prorrumpió, desde la pared, con voz ahogada:

—No puedo seguir así mucho tiempo más, Danny. ¿Puedo volverme?

—Espera un segundo —le dije mientras iba en busca de un trozo de alambre que se hallaba en un estante.

Fui hasta Spi, le así ambas manos y las até fuertemente con el alambre, por las muñecas, a la espalda. Hecho esto lo agarré por los hombros y le hice volverse. Sus ojos llameantes de odio se clavaron en mí.

—Siéntate, Spit. Ponte cómodo.

Le descargué mi puño en la barbilla, se tambaleó y cayó en el camastro.

Se incorporó, chispeando saliva, pero sin articular palabra. Miré por encima del hombro. Mientras tanto, Ben había trasladado sus maletas y paquetes al coche. Vino a recoger el último maletín que quedaba y me miró con cierta vacilación.

—¿Estás seguro de que no tendrás dificultades, Danny? —me preguntó, ansioso.

—Segurísimo —le dije, sonriendo—. Ahora, vete.

Vino hasta donde yo me encontraba y posó la mano sobre mi hombro con brusca ternura.

—Hasta luego, muchacho —me dijo—. Y gracias por todo.

—Gracias a ti, Ben —contesté—. Hasta luego.

Se volvió rápido y anduvo hacia la puerta, cruzándose con Sara que entraba en ese momento. Se acercó a mí y me miró a los ojos. Había una expresión indefinible en su mirada.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotros? —me preguntó, con los labios fruncidos.

Apunté una leve sonrisa.

—No puedo ahora —la contesté—. Tengo las manos ocupadas.

Trató de sonreír ante mi broma, pero no pudo. Me volvió la espalda y se encaminó a la puerta; entonces, se volvió a mirarme.

—¡Danny! —gritó, y corrió a mis brazos.

—Es mejor que te vayas —le dije, sombrío—. Muy pronto, lo dejarás todo atrás; tan lejos de ti que hasta su recuerdo se borrará en tu memoria.

Asintió a mis palabras y alzó su mirada hacia mí. Pude ver lágrimas en sus ojos. Me besó apresuradamente en las mejillas y se dirigió a la puerta.

—Adiós, Danny. ¡Buena suerte! —exclamó, y desapareció tras la puerta antes de que pudiera responderle.

Me volví hacia donde se hallaba Spit. Me estaba observando.

—Te estuvimos buscando por todas partes, Danny, menos por aquí. Hubiéramos debido adivinarlo porque Ronnie se fue también aquella noche; ahora lo recuerdo.

Había algo diferente en él que no había advertido al principio: ya no tenía el labio partido y, por lo tanto, no salpicaba saliva al hablar.

Vio que me había dado cuenta del cambio. Sus ojos brillaron.

—Me olvidé de darte las gracias, Danny, pero no me has dado la oportunidad de hacerlo. Cuando aquella noche me vapuleaste, me abriste el labio de nuevo y como el doctor tuvo que hacer un trabajo de cirugía estética para reconstruirlo, arregló también todo lo demás.

Sonreí entre dientes:

—No hay de qué, Spit. —Alcé el puño y añadí—: Siempre que quieras un favor como ese, dímelo.

Se echó atrás, en el camastro:

—¿Qué vas a hacer ahora?

Su rostro revelaba pánico.

—Ahora lo verás —le dije, echando mano al resto del alambre que había utilizado para maniatarlo—. Túmbate boca abajo.

A regañadientes, hizo lo que le ordenaba. Con movimientos rápidos, doblé sus rodillas, até sus tobillos y sujeté estos fuertemente a sus muñecas que previamente había atado detrás de su espalda. Me enderecé y contemplé mi obra. Era necesario que estuviera así durante mucho tiempo.

Me aparté de él y me incliné sobre el Cobrador. Su oreja no sangraba ya y respiraba con facilidad. Le abrí un ojo y lo miré. Estaba apagado y vidriado. Que se mantuviera así también.

Recogí los escasos efectos que me pertenecían y los puse en una pequeña maleta que había comprado, con Spit mirándome desde el camastro.

—Esta vez no te saldrás con la tuya, Danny —exclamó.

Me aproximé a él y lo miré de arriba abajo. Alcé la pistola de un modo pensativo y vi crecer el miedo en sus ojos.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

No me contestó. Miró la pistola con sus ojos desorbitados. Después de unos segundos, sonreí y dejé caer el arma en mi bolsillo. Su rostro reflejó sensación de alivio.

—Me parece que ya nos vimos así, antes —le dije—; el pasado mayo, ¿no?

Asintió con un movimiento de cabeza. Tenía demasiado miedo para hablar.

—¿Me quieres en septiembre tanto como me querías en mayo? —le pregunté, riendo con sorna.

No me contestó.

Me incliné sobre él y con la mano abierta le crucé la cara.

—Si eres tanto como pretendes, Spit —le dije, recogiendo la maleta y yéndome hacia la puerta—, te guardarás muy bien de tropezar otra vez conmigo.

Abrí la puerta.

—Piensa que no siempre vas a tener tanta suerte. No podrán coser los orificios de tu cabeza como han hecho con tu labio.

Cerré tras de mí y, cruzando la salita, salí del bungaló. Apliqué a la puerta de entrada el cerrojo y lo cerré de golpe. Subí por la rampa al paseo marítimo y entré en la agencia inmobiliaria donde debía dejar la llave para el administrador.

La mujer menuda de cabello gris, que junto con su marido regentaba el negocio, la cogió.

—¿Se va ya, Danny? —me preguntó, sonriendo a través de sus gafas de montura metálica—. ¿Todo está en orden?

—Por supuesto, señora Bernstein —le dije, devolviéndole la sonrisa—. Todo está en orden ahora.

El autocar estaba en el transbordador, alejándose del muelle, cuando volví la vista y miré por la ventanilla las luces de Nueva York que destellaban en la noche. De pronto, comenzó a llover.

Eso me gustó porque coincidía con mi estado de ánimo. Había dejado algo detrás de mí. No sabía qué, pero fuera lo que fuese, la lluvia lo arrasaría y se lo llevaría. Algún día, volvería y quizá entonces las cosas serían diferentes.

Me acomodé en el asiento y abrí un periódico de la mañana. Cuando cruzábamos las verdes llanuras de New Jersey, mi vista se posó en un suelto inserto en la sección «Broadway». Y, aun viéndolo en frías letras de molde, me pareció inconcebible:

SAM GOTTKIN, el conocido concesionario de vestuarios de Broadway que en otro tiempo fuera un renombrado campeón de boxeo de semipesados, bajo el nombre de Sammy Gordon, contrajo matrimonio ayer con Miriam (Mimí) Fisher, hermana de Danny Fisher, ganador del Gloves. Después de su luna de miel en las Bermudas, residirán en un nuevo ático, en Central Park Sur, redecorado especialmente para su esposa.

De forma automática llevé mi mano al timbre de alarma para hacer detener el autocar. Mis dedos se apoyaron en él, un segundo; después, aparté la mano. Era inútil que regresara. No había nada que yo pudiese cambiar.

Me retrepé nuevamente en el asiento y volví a leer la noticia. Experimenté una sensación de soledad y vacío. Mimí y Sam. Me pregunté cómo podía haber sucedido, cómo se habían conocido, y qué había sido de aquel joven de su oficina por el que estaba medio loca. Cerré mis ojos con cansancio. Pero ¿qué me importaba? Nada de lo que ocurriera sería importante nunca más; no para mí. Para ellos yo estaba perdido, como si nunca hubiera existido.

El tamborileo de la lluvia golpeaba contra los cristales de las ventanillas y embotó mi mente. Dormité a intervalos.

Imágenes de Sam y Mimí brillaban frente a mí y, no obstante, jamás las percibí juntas. En cuanto una de ellas aparecía enfocada, la otra desaparecía. Me dormí por completo antes de que sus imágenes persistieran juntas el tiempo necesario para que yo les desease muchas felicidades.

Yo no estaba allí cuando...

Se hallaba sentada frente al tocador y lloraba con profundo desconsuelo. Gruesas

lágrimas resbalaban por sus mejillas, dejando en ellas surcos violáceos de rímel. Sus manos convulsas tenían apretado un pañuelo contra su boca.

Papá se volvió, nervioso.

—¿Por qué llora? —preguntó a mamá—. Es el día de su boda. ¿De qué puede lamentarse?

Mamá le lanzó una mirada irritada. Lo cogió de un brazo y lo llevó casi a empujones hasta la puerta que comunicaba con una pequeña capilla improvisada.

—Anda, vete ya y atiende a los invitados —dijo con firme y autoritario acento—. Estará bien a la hora de la ceremonia.

Le cerró la puerta pese a sus protestas y echó la llave. Con expresión tranquila y llena de comprensión esperó a que pasara aquel paroxismo de lágrimas. No tuvo que aguardar mucho tiempo. Mimí dejó de llorar y se sentó, frágil y encogida en su silla. Apartó el pañuelo de su boca con dedos nerviosos y crispados.

—No lo quieres, ¿verdad? —exclamó, muy quedo, mamá.

Mimí alzó la frente, lanzó una mirada rápida y fugaz a su madre, y después volvió a clavar los ojos en el suelo.

—Le quiero —contestó en voz baja, apenas audible.

—No tienes que casarte con él si no lo quieres —insistió mamá como si no la hubiese oído.

Los ojos de Mimí estaban serenos ya. Miró a mamá sin pestañear. Su voz no reflejaba emoción alguna.

—Ahora me encuentro bien, mamá. Lloraba como una niña.

El rostro de mamá estaba serio.

—Crees, sin duda, que porque te casas eres ya una mujer. No olvides que, para que te den la licencia de matrimonio, yo tengo que firmar el consentimiento.

Mimí volvió a mirarse en el espejo. Se levantó rápidamente de la silla y fue al lavabo situado en una esquina de la habitación.

Mamá extendió el brazo y la detuvo.

—Toda tu vida, Miriam —exclamó suavemente—, tendrás que vivir con él. Toda tu vida habrás de vivirla al lado de ese hombre. Toda...

—¡Mamá!

Una desesperada nota de histeria en la voz de Mimí interrumpió las palabras de mamá.

—¡Madre! ¡Deja ya de hablar así! ¡Es demasiado tarde ya!

—Nunca es demasiado tarde, Miriam —insistió mamá—. Todavía puedes cambiar de idea.

Mimí sacudió la cabeza con un gesto desesperado.

—Es demasiado tarde, mamá —dijo con firmeza—. Era ya demasiado tarde cuando fui a verle por primera vez para averiguar dónde se hallaba Danny y saber qué había sido de él. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Devolver todo el dinero que gastó tratando de buscar a Danny por nosotros? ¿Devolverle los cinco mil dólares que le

prestó a papá para que adquiriera la tienda? ¿Devolverle toda la ropa que me ha comprado, y la sortija, y decirle «lo siento, pero todo ha sido una equivocación»?

Los ojos de mamá reflejaron un dolor intenso y profundo.

—Todo eso —dijo, quedamente—, antes de que seas desgraciada. No puedes consentir que papá y yo hagamos contigo como hicimos con Danny.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas.

Mimí la estrechó en sus brazos.

—No te reproches nada por lo que ha pasado —dijo—. Toda la culpa es de papá.

—No —insistió mamá—. Debí de haberle parado. Por eso te hablo así: no cometería la misma equivocación de nuevo.

En el rostro de Mimí podía leerse una gran determinación.

—No hay equivocación, mamá —exclamó como si conociese todas las respuestas—. Sam me quiere. Si yo no le quiero tanto como él a mí, eso vendrá con el tiempo. Es bueno, simpático, generoso. Esas cosas harán que todo salga bien.

Mamá le lanzó una mirada escrutadora.

Con un movimiento impulsivo, Mimí besó ardorosamente la frente de su madre.

—No te preocupes, mamá —dijo suavemente—. Sé lo que hago y es lo que deseo.



Se enderezó en la cama, tensa de miedo anticipado; oía cómo se cepillaba, ruidosamente, los dientes en el cuarto de baño. El sonido del agua corriente cesó de improviso. Escuchó el chasquido del interruptor al ser cerrado y se acostó con rapidez en la tenebrosidad de la cama y se acurrucó en un pequeño bulto.

Ella le oyó andar por el lado opuesto de la cama, en la oscuridad, y oyó el crujido del somier bajo el peso de su cuerpo. Se quedó quieta, rígido el cuerpo y, súbitamente, sintió un frío que casi hizo castañetear sus dientes.

Hubo un momento de silencio. Después, él puso su mano, suavemente, en su hombro. Ella apretó los dientes. Oyó entonces que murmuraba su nombre.

—¡Mimí!

—Sí, Sam —se forzó a sí misma a contestar.

—Vuélvete, Mimí.

Sus palabras sonaban implorantes en la oscuridad.

La voz de Mimí era queda y cuidadosamente dominada.

—Por favor, Sam, esta noche, no. Me duele.

La voz de Sam era gentil, comprensiva.

—Tampoco haremos nada esta noche. No quiero más que coger tu mano y sentirla en mi pecho. No quiero que tengas miedo de mí. Te amo, nena.

De repente, los ojos de Mimí se llenaron de lágrimas. Se volvió hacia su marido con un movimiento rápido y hundió la cabeza en el pecho masculino. Su voz era tenue.

—¿De veras, Sam? ¿Puedes quererme después de todo lo que te he hecho?

Sintió el aliento profundo del hombre en sus cabellos.

—Por supuesto, mi vida. No me has hecho nada. Todas las chicas delicadas sienten así la primera vez.

Se relajó poco a poco entre sus brazos. Alzó su rostro hacia él y lo besó ligeramente en los labios; el beso que una niña diera a su padre.

—Gracias, Sam —murmuró, agradecida.

Estuvo callada durante un momento, y a continuación su voz brotó lenta de sus labios.

—Probaremos otra vez si lo deseas, Sam.

—¿De veras lo quieres, dulzura?

Parecía complacido y feliz.

—Sí, Sam —respondió con voz apenas perceptible.

Cerró sus ojos con fuerza y sintió sobre sus cabellos sus manos acariciadoras. Sus labios recorrieron leves sus mejillas y llegaron al cuello. George solía besarla así. Ese pensamiento le pareció inoportuno. ¿Por qué recordaba a George en aquellos momentos? No era justo con Sam. Él no era culpable de lo que sucedía; la única responsable era ella. Lo había querido así desde el primer momento, cuando ella y Nellie fueron a verle. Contrita, alzó la mano y le acarició las mejillas. Percibió la suavidad de su tez pues se había afeitado antes de acostarse. Sintió en sus labios el contacto de los de su marido, cálidos y dulces. Ella le devolvió sus besos.

Tuvo un momento de sobresalto cuando sintió sus manos frescas, ligeras, por debajo de su camión. Sus caricias eran sedantes, suaves, sin brusquedades, y lentamente se relajó, dejando su cuerpo flojo, sin resistencia. El corazón de Sam latía sobre el suyo.

Comenzó a sentirse invadida por una lasitud agradable, por un oscuro y extraño placer... una sensación que había experimentado anteriormente. ¿En qué estaba pensando? Era una sensación deliciosa y se sentía feliz porque la experimentaba a un ritmo creciente.

Sus labios recorrían sus senos. De allí pasaron a su garganta y entonces le cogió la cabeza con sus manos y le besó la frente. Cerró los ojos y volvió a pensar en George. Habría sido más agradable con él; todo habría sido más fácil con él. No estaría temerosa de él como había estado con...

La voz del hombre se elevó, ansiosa, en la noche.

—¿Te sientes bien, dulzura?

Ella asintió furiosa. No confiaba en sí misma para hablar.

Sam permaneció quieto a su lado; sus manos se movían, acariciadoras, por las mejillas abrasadas de Mimí. Vibraba en su voz un secreto orgullo.

—¿Lo ves, amor mío? —exclamó muy cuerdo—. No había por qué tener miedo, ¿verdad?

Escondió ella la cabeza en su pecho.

—No —murmuró.

Sin embargo, en su corazón supo que mentía. Tendría que mentirle siempre. Jamás dejaría de sentir miedo de él. No era su cara la que aparecía ante sus ojos en el estallido del orgasmo.

—¡Oh Dios! —imploraba en silencio—. ¿Tendrá que ser así todos los días de mi vida? ¿Siempre atemorizada?

La respuesta a esa pregunta estaba en su pensamiento. Era rico y fuerte, y sus palabras eran de la ceremonia matrimonial. «Repíte después de mí, hija: yo, Miriam, tomo a Samuel como mi esposo legítimo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, para amarlo, honrarlo, cuidarlo, hasta que la muerte nos separe.»

Él estaba dormido; su respiración era profunda y rítmica. Contempló su rostro apacible en medio de las sombras. Era feliz. Mejor así.

Volvió a posar la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Había acudido a él para encontrarme a mí, y tendría que seguir el resto de sus días y de sus noches junto a él. Jamás llegaría a conocer su fracaso. Pero ella sí sabría que le había engañado y le engañaría en todos aquellos momentos de frenesí de su vida en común.

Estaba en medio de aquel descampado desierto, bajo la lluvia torrencial. Subí el cuello de mi impermeable de modo que se ajustase bajo el ala mojada caída de mi sombrero, y di unas cuantas chupadas a mi cigarrillo. Miré al cielo, aquella lluvia no pararía, miré al descampado. Las mojadas paredes de las grises y tostadas tiendas batían tristemente azotadas por la lluvia y el viento.

Dos años así. Un período demasiado largo. Había malgastado mucho tiempo entre aquellas paredes y techos de lona. Había pasado allí días tan calurosos que la cabeza se calcinaba de tal modo que uno tenía la sensación de estar metido dentro de un horno en algún lugar enloquecedor del infierno, y noches tan frías que el tuétano de los huesos parecía congelarse como el hielo sobre un lago en invierno.

Dos años en un lugar donde la multitud que invadía los descampados nos miraba de modo impertinente, con sus bocas llenas de algodón de azúcar, perritos calientes y helados. Gente que, con sus ojos astutos, nos miraba como si fuéramos estafadores; gente ansiosa de adquirir el artículo ofrecido y, no obstante, resentida porque se lo vendíamos.

Dos años fuera de casa, ignorante de lo ocurrido. Nellie, mamá y papá, Mimí, Sam. Nombres que seguían doliendo. Cada vez que creía haberme acostumbrado, me acometía un agudo sentimiento de soledad, que aunque tratara de enterrar siempre permanecía allí.

Y en ese momento me encontraba bastante cerca de mi casa: en Filadelfia. Podía abordar un tren en la estación de Market Street y descender un poco más tarde en la estación de Pennsylvania. Era fácil cuando pensaba en ello. Solo una hora y media me separaban de mi casa.

No obstante, las cosas que son fáciles en el pensamiento no lo son tanto cuando se intentan poner en práctica. El recuerdo de todo lo que había ocurrido volvía a mi memoria, y de nuevo la ira se apoderaba de mí.

Estaba resentido por mi forzado exilio y atemorizado de lo que ocurriría si volviese. Porque quería volver a casa, siempre había ansiado esa vuelta. Me ataban a ellos fuertes lazos, pese a que ellos no quisieran mi regreso; lazos que no soy capaz de expresar con palabras, pero que existen en mí. Me encontraba a una hora y cuarto de todo eso. Dos días más tarde, cuando desclaváramos las tiendas y siguiéramos el camino anual hacia el Sur, me hallaría a seis horas de distancia; y una semana después, a veinte, y, al cabo de un mes, a varios días de un viaje del que tal vez no regresaría nunca.

Volví a mirar al cielo. Los nimbos estaban densos e inmóviles, el viento húmedo me rozaba el rostro, el cigarrillo estaba entre mis labios. La lluvia no cesaría de caer sobre el descampado a lo largo de aquella noche.

Dejé caer el cigarrillo de mi boca y desapareció en un charco a mis pies. Casi pude escuchar el enfadado siseo de su pequeño fuego mientras luchaba con el agua que se lo llevaba. Pensé que yo era como ese cigarrillo y que luchaba por mi vida contra la enorme lluvia torrencial. No podía respirar, me ahogaba. Debía regresar a casa; debía volver; debía ver a Nellie, y a mamá y a Mimí. Y también a papá, quisiera él verme o no. Aunque no me fuera posible quedarme con ellos, incluso en el caso de que tuviera que regresar a ese descampado al día siguiente. A pesar de que en mucho tiempo no volviera a verlos. Estaba cansado de mi soledad.

Cuando entré en la tienda de lona, vi a mis compañeros de trabajo enzarzados en la acostumbrada partida de cartas. Los jugadores me miraron fugazmente, mientras yo sacudía el sombrero contra mis pantalones para quitarle el agua, y volvieron a su juego.

La débil y vacilante luz del quinqué de petróleo se reflejaba, trémula, en sus rostros. Rodeé la mesa y fui a colocarme detrás de Mike.

Observé las cartas que tenía en la mano y sonreí para mis adentros. No se haría rico pidiendo con un trío.

—Va a llover toda la noche —le dije.

—¿Sí, eh? —exclamó, distraído.

Toda su atención la tenía concentrada en sus cartas.

El que repartía los naipes preguntó:

—¿Cuántas?

—Dos —dijo Mike en voz queda.

Las cartas resbalaron sobre la mesa. Las cogió rápido y las examinó.

Una expresión de disgusto alteró sus facciones.

—Paso —exclamó.

Arrojó su mano sobre la mesa y se volvió hacia mí.

Todos mostraron su juego y el que daba las cartas recogió la apuesta.

—¿Juegas una mano, Danny? —me preguntó con cordialidad.

—No, gracias. —Moví mi cabeza—. Ya me habéis explotado bastante.

Me dirigí a Mike.

—¿Qué hay de mi noche libre? —le pregunté.

Él sonrió entre dientes.

Yo tengo un plan estupendo también esta noche, y podemos tomarla juntos.

—Esta noche no cuentas conmigo, Mike, quiero ir a Nueva York.

El que repartía las cartas se puso a reír.

—¿Vas de cambio, Danny? Prefieres a las chicas de allí antes que a las de Filadelfia. Cada una de las de aquí tiene un hermano en la poli.

Mike me miró, muy serio.

—¿Para qué quieres ir allí?

Jamás le había hablado mucho de mí, pero era un hombre perspicaz. Debía suponer que algo malo me ocurrió, sin embargo, nunca me había preguntado nada, y

no sería ahora cuando satisficiese su curiosidad.

—Un capricho —le dije quedamente, mirándole a los ojos con fijeza.

Mike fijó su vista en la mesa. Las cartas le llegaban de nuevo. Las iba recogiendo y las volvía, cauteloso, entre sus dedos. Seis. Nueve. Siete. Ocho. Un as. Todas del mismo palo, negras y relucientes. Sus dedos las apretaron, codiciosos. Pude darme cuenta de que se había olvidado por completo de mí.

—¿Qué dices, Mike? —insistí.

No apartó la mirada de la mesa.

—Conforme —dijo, abstraído—. Pero estarás aquí de regreso a las once de la mañana. Los periódicos dicen que mañana hará buen tiempo, de modo que podremos largarnos de aquí.

La lluvia seguía cayendo y golpeaba las ventanillas del tren cuando apareció el revisor, con aspecto cansado. Me dio un golpecito en el hombro.

—Billetes, por favor.

Se lo entregué sin pronunciar palabra.

—¡Qué nohecita de perros! —me dijo, moviendo la cabeza.

Perforó mi billete y me lo devolvió.

—¡Vaya! —contesté, esperando que se marchara.

Pero no estaba de acuerdo con él; yo iba a casa. Miré mi reloj. Nueva York estaba solo a cincuenta y cinco minutos de camino.

Estaba lloviznando cuando subí la escalera del metro, no obstante, la multitud que había en Delancey Street era tan densa como siempre; la llovizna no les molestaba porque no tenían otro sitio adonde ir. Delancey Street era un lugar que atraía a mucha gente por sus escaparates repletos de cosas que muchos hubiesen querido comprar si hubieran tenido el dinero suficiente.

Encendí un cigarrillo mientras esperaba que las luces del semáforo cambiaran y me dejaran cruzar. Los escaparates no habían variado, nunca lo harían. Las camiserías seguían anunciando grandes rebajas, los bollos y el pan en el escaparate de Ratner eran los mismos que viera tiempo atrás cuando estuve allí, y el puesto de perros calientes en la esquina de Essex Street seguía como siempre asediado por el público.

Vi encenderse ante mí la señal verde y pude cruzar la calle. Nada había cambiado. Los mismos mendigos vendían sus lápices, las mismas prostitutas hacían la carrera, mirando con ojos desilusionados. Yo era el único que había cambiado. Lo supe cuando una de las prostitutas se acercó a mí y me murmuró unas palabras al pasar. La miré, sonriendo. Dos años atrás la habría rechazado bruscamente; aunque, bien mirado, dos años atrás no se habría acercado a mí como lo había hecho. Yo era un crío entonces.

Seguí adelante hacia los almacenes de baratillo. Nellie estaría allí, estaba seguro de ello. No sé por qué, pero sabía que seguiría en su antiguo empleo. El reloj en el escaparate del Paramount me anunció que faltaban cinco minutos para las nueve. Cinco minutos más y cerrarían la tienda, y Nellie saldría. Sentí, de repente, la necesidad apremiante de verla. Me pregunté si habría cambiado demasiado. Tal vez se habría olvidado de mí y tendría otro novio. Dos años son mucho tiempo de espera para una muchacha, tanto más cuanto no había habido compromiso formal entre nosotros. Y yo no le había escrito nunca.

Llegué a la puerta de entrada de la tienda. Me paré y eché una ojeada. No había mucha gente dentro pero unos nerviosos compradores me impidieron cruzar la entrada. Tal vez ella no quisiera verme. Estuve allí, vacilante, y, tras unos segundos de indecisión, volví sobre mis pasos y me fui a la esquina.

Me quedé junto a un farol, el mismo farol donde yo la esperaba. Me apoyé contra él y fumé un cigarrillo, sin importarme la lluvia que caía sobre mí. Si cerrara los ojos y solo oyese los sonidos nocturnos de la calle, sería como si jamás me hubiese marchado.

Las luces del escaparate de la tienda se apagaron de pronto y me enderecé. Tiré la colilla a la alcantarilla y me puse a observar la puerta de la tienda. Solo serían unos pocos minutos. Pocos minutos. Sentía una leve palpitación en mis sienes y una gran sequedad en la boca. Un grupo de chicas salió a la calle de la oscuridad de la tienda

en animada conversación. Las observé ávidamente cuando pasaron por delante de mí sin dejar de charlar entre sí. Nellie no estaba entre ellas.

Volví a observar la puerta. Salían más muchachas. Mis dedos tamborilearon, nerviosos, sobre mi pierna. Tampoco estaba en ese grupo. Consulté rápido mi reloj de pulsera: eran las nueve y cinco, no tardaría ya en salir.

Me enjuagué el rostro con el pañuelo. Pese al frescor pungente de la noche yo estaba sudando. Volví a meter el pañuelo en mi bolsillo sin apartar mis ojos de la puerta por donde seguían saliendo chicas. Examinaba sus rostros, uno a uno, con atención sostenida. No estaba entre ellos. Los grupos de muchachas fueron reduciéndose hasta que salieron por parejas o una sola. Se detenían en la calle, lanzaban una rápida mirada al cielo y a continuación se dispersaban hacia sus casas.

Volví a consultar mi reloj: eran las nueve y veinte minutos. El desaliento comenzó a invadirme. Di media vuelta para irme. Había sido un necio creyendo que seguiría allí. También era tonto creer que los dos años no importaban. No obstante, no podía irme así. Me volví y esperé a que la tienda se vaciara por completo.

Dentro de ella se iban apagando más luces. Unos minutos más y el gerente saldría y cerraría la puerta. Eché mano a un cigarrillo y encendí una cerilla, pero el viento me la apagó antes de que pudiera utilizarla. Prendí otra y esta vez me volví de espaldas y la cubrí con la mano para protegerla del aire. Llegó a mis oídos el rumor de unas voces femeninas, y, entre ellas, distinguí una que me hizo estremecer. Era su voz; la reconocí.

—Buenas noches, Molly.

Me volví. Estaba hablando con otra chica que iba a tomar una dirección opuesta a la suya. Quedé boquiabierto, con el pitillo colgando de mi labio; mientras la contemplaba, a la luz débil del farol, no advertí cambio alguno en ella: la misma boca suave, idéntica tez blanca, sonrosada; las mejillas redondas y aquellos grandes ojos oscuros que siempre había tenido. Y sus cabellos: jamás había visto cabellos como los suyos, de una negrura que parecía azulada bajo el reflejo de la luz. Me aproximé un par de pasos y al instante me detuve. Tenía miedo de moverme, miedo de hablar. Me quedé allí, desmañado, mirándola.

La otra chica se había apartado por fin de ella y Nellie se puso a abrir su paraguas. Era un paraguas de tela rojiza, y al alzarlo por encima de su cabeza para abrirlo, sus ojos tropezaron con los míos. Terminó de abrir el paraguas de forma automática, mientras en su rostro se pintaba una expresión de pasmo increíble. Avanzó un paso hacia mí, trémula, y luego se detuvo.

—¿Danny? —Su voz fue un susurro ahogado al hacer la pregunta.

Me quedé mirándola a los ojos. Moví mis labios temblorosos, como si quisiera hablar, pero no salió de ellos ni una palabra. El cigarrillo se desprendió de mi boca esparciendo chispas menudas sobre mi ropa cuando caía al suelo.

—¡Danny! ¡Danny! —gritó, y salvó corriendo los pocos pasos que nos separaban. El paraguas quedó abierto y olvidado en la acera, detrás de ella.

Ya estaba en mis brazos, besándome, llorando y pronunciando mi nombre una y otra vez. Sus labios eran ardorosos, primero, luego se volvían helados y después ardorosos de nuevo. Sentí mis mejillas mojadas por su llanto; sentí sobre el mío su cuerpo estremecido bajo su ligera chaquetilla.

Había una bruma ante mis ojos, que no era la lluvia, al mirarla. No era la lluvia que seguía cayendo lo que empañaba mi visión. Los cerré y pronuncié su nombre:

—¡Nellie!

Sus dedos acariciaban mis mejillas. Me incliné hacia ella y la besé. Nuestros labios se juntaron estrechamente y, al hacerlo, fundieron, en unos segundos, todo el tiempo que estuvimos separados. Era como si nada hubiese ocurrido. Estábamos juntos otra vez, y eso era lo único que contaba.

Sus ojos me escrutaron, anhelantes.

—¡Danny, Danny! —murmuró con voz desgarrada—. ¿Por qué me hiciste eso? ¡Ni una palabra durante todo este tiempo!

La miré sin saber qué decir. ¿Qué respuesta podía darle? Solo en esos momentos pude darme cuenta exacta de lo injusto de mi proceder. Cuando pude hablar, mi voz brotó ronca y temblorosa.

—No pude remediarlo, amor mío. Tuve que hacerlo.

Se puso a llorar. Aquellos sollozos suyos penetraban en mis oídos dolorosamente.

—Tratamos de encontrarte, Danny, no puedes imaginarte hasta qué punto. Fue como si la tierra te hubiese tragado. Estuve a punto de morir.

La apreté muy fuerte contra mí y rocé con mis labios sus cabellos. Eran los mismos de siempre, sedosos, suaves al tacto, perfumados. Una sensación de paz, que hacía mucho tiempo no había experimentado, invadió todo mi ser.

Su rostro estaba hundido en mi pecho y su voz llegó ahogada a mis oídos.

—Danny, no podré soportarlo otra vez.

Entonces, de repente, todo me pareció muy sencillo. Sabía qué debía hacer, qué camino tomar.

—No tendrás que soportarlo ya más, nena. A partir de este instante, estaremos juntos. ¡Siempre!

Su rostro blanco y sonrosado se tornó animado y crédulo cuando alzó su vista hacia mí.

—¿De veras, Danny?

Por primera vez, aquel día pude sonreír.

—De verdad, Nellie. ¿Has pensado que he vuelto solo para hacer una visita?

Todo estaba claro en mi mente. ¿Qué quería yo? Cuando me encontraba allí, en el descampado bajo la lluvia, no era consciente que dejaría a Mike, pero mi yo interior ya lo sabía. Vería a Mike y se lo explicaría todo, él lo comprendería. Había vuelto a casa para quedarme.

—A partir de ahora, Nellie —le dije con ternura—, lo que vaya a hacer, lo haremos juntos.

El mismo letrero de siempre colgaba de la ventana:

CHOW MEIN 30 centavos CHOP SUEY

El mismo viejo camarero chino nos acompañó hasta una de las mesas y nos tendió una sucinta minuta, en la que las moscas habían hecho de las suyas.

Los ojos de Nellie brillaron, luminosos.

—Veo que te acuerdas.

Le sonreí a mi vez. Me tendió una mano por encima de la mesa.

—Vinimos aquí la primera vez, ¿te acuerdas? ¡El primer día que te conocí!

Tomé su mano y la volví palma arriba. Simulé estudiarla con gran atención.

—Hay un hombre alto y moreno que está a punto de entrar en tu vida —dije, imitando la voz cavernosa de las pitonisas de las ferias.

Se rio y me apretó la mano.

—Te has equivocado en el color del cabello.

Sus ojos tomaron de repente una expresión grave.

—¡Danny!

La risa se esfumó en mis labios cuando la miré. Sus ojos eran penetrantes.

—Sí, Nellie.

—Espero que no esté soñando —dijo, rápidamente—. Espero que no me encuentre en la cama, soñando, porque, al despertar por la mañana, mis ojos estarían rojos y mi hermana me diría que estuve llorando en sueños.

Alcé su mano, la llevé a mis labios y la cubrí de besos.

—Esto te probará que estás despierta.

Sus ojos eran suaves, soñadores.

—Si estoy soñando, no quiero despertar nunca. Solo quiero dormir y soñar.

Su voz era ronca, opaca. Ya podía sonreír.

—Estás despierta.

Su mano cogió la mía con fuerza.

—Te quiero, Danny, te quise desde el primer momento que te vi, sentado al mostrador, tomando un helado de chocolate.

Sus ojos se hundieron de nuevo en los míos, escrutadores.

—Nunca he salido con otro durante todo el tiempo que estuviste fuera.

Me sentí profundamente avergonzado. Traté de rehuir su mirada penetrante.

—¿Es cierto? —pregunté, embarazado.

—No te miento —insistió, aumentando la presión de su mano sobre la mía—.

Mamá quería que saliera, pero yo no quise. Estaba segura de que volverías, lo sabía. Incluso antes de que viniese a verme aquella joven de Maxie y me lo dijera.

La miré, sorprendido.

—¿Una joven? —le pregunté—. ¿Qué joven?

—La señorita Dorfman —me contestó rápida—. ¿No te acuerdas de ella? Ella y su hermano vinieron a la tienda unos días después de la Fiesta del Trabajo, y me dijo que habían hablado contigo, que estabas muy bien y me mandabas tu amor. Fueron muy amables viniendo a decírmelo a su paso por Nueva York. Ella me contó que habías tenido unas dificultades muy serias con Fields, pero que volverías en cuanto pudieses solucionar las cosas.

De inmediato me sentí mejor. Sara se había portado muy bien. Había en el mundo personas que obraban sin engaño. Sara había tratado de ayudar. Quizá de no haber sido por ella, Nellie no hubiera estado allí conmigo. Así pues, había alguien que me encontraba a faltar, que me amaba, que me esperaba. No estaba solo por completo.

Sus ojos seguían clavados en los míos, ansiosos.

—¿Es cierto lo que dijeron, Danny, que tomaste dinero de Fields para perder el combate de aquella noche?

No contesté a su pregunta. Algo me parecía más importante.

—¿Ellos? —le pregunté—. ¿Quiénes?

—Mimí vino a verme cuando te estaba buscando. Eso sucedió una semana después de tu desaparición. Zep y yo la acompañamos hasta la casa del señor Gottkin, y eso era lo que Fields le dijo a él.

Seguía mirándome con fijeza.

—¿Es verdad, Danny?

Hice un lento ademán de asentimiento.

Su mano se crispó en la mía. Había un leve acento de dolor en su voz.

—¿Por qué lo hiciste, Danny? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No pude hacer otra cosa —contesté con lentitud—. Necesitaba el dinero. Quería que papá comprase la tienda. De cualquier forma, no podía ya escaparme de las garras de Fields. Y luego, aunque lo intenté, me fue imposible perder el combate.

—Pero tu padre te dejó en la calle esa noche, según me dijo Mimí —exclamó Nellie—. ¿Por qué no viniste a mi casa para decirme la verdad?

No supe qué contestarle. Era evidente que no había hecho nada bien.

—No pensé más que en escapar, pues sabía que Fields iba tras de mí.

Cerró los ojos, abrumada de cansancio.

—¡Qué horrible ha sido todo! Como una larga y terrible pesadilla. Dos años sin saber qué había sido de ti, sin saber qué creer o a quién creer.

El dolor que reflejaba su semblante me produjo un profundo e intenso malestar. No sabía qué hacer para reprimirlo.

—Quizá hubiese sido mejor no haber vuelto —exclamé con amargura—. Entonces, hubieras podido olvidarte de mí, y todo se habría arreglado.

Volvió a mirarme con ojos penetrantes.

—No digas eso, Danny. No vuelvas a decirlo jamás, Danny. No me importa lo que haya ocurrido ni lo que hayas podido hacer, con tal de que no vuelvas a separarte de mí.

Le cogí la mano y se la estreché con fuerza, hasta que vino el camarero a tomar nota. Así tenía que ser. Y así fue.



Aparté el plato a un lado y encendiendo una cerilla le ofrecí lumbre para su cigarrillo. A continuación encendí el mío. Se arrellanó en su silla dejando salir el humo de entre sus labios.

—Estás muy delgado —me dijo.

Sonreí entre dientes y denegué con la cabeza.

—Peso cuatro kilos y medio más que hace dos años.

—Me miró, pensativa.

—Es posible —concedió—, pero pareces más delgado. Tu cara era más redondeada antes... más aniñada.

—Es que ya no soy un niño.

Avanzó hacia mí su cuerpo con un movimiento rápido.

—Sí, eso debe de ser —dijo, dando muestras de una gran sorpresa—. Eras un niño cuando te marchaste. Ahora has vuelto hecho un hombre.

Alargó los dedos y me acarició con ellos ligeramente el rostro. Descansaron un momento en las comisuras de mi boca, luego rozaron mi nariz y el contorno de mi barbilla con suavidad.

—Sí, has cambiado —dijo, reflexiva—. Tu boca es más firme, tu barbilla más cuadrada. ¿Qué dijeron en tu casa cuando te vieron?

Mantuve mi rostro inexpresivo para disimular el impacto doloroso de su pregunta.

—No los he visto todavía —contesté.

—¿No los has visto? —preguntó con gran asombro—. ¿Por qué, Danny?

—Incluso no sé si deseo ir —dije—. No creo que ellos quieran verme, después de lo que ha ocurrido, y porque, además, me echaron de casa. Su mano asió la mía con fuerza.

—En algunos aspectos, sigues siendo un niño, Danny —dijo, amable—. Yo estoy convencida de que sí quieren verte.

—¿Tú crees? —le pregunté con amargura y, no obstante, muy dentro de mí, me sentí complacido de que hubiera dicho aquellas palabras.

—Sé que Mimí se alegraría —dijo confidencialmente—, y tu madre. —Me sonrió—. ¿Sabías que Mimí conoció al señor Gottkin cuando estuvimos en su casa, y que se han casado? ¿Y que Mimí tiene ya un hijito?

Más sorpresas.

—Supe que se habían casado —repuse—. Lo leí en los periódicos, pero no sabía

que hubiesen tenido un hijo. ¿Cuándo fue?

—El año pasado —dijo Nellie—. Y ahora está esperando otro.

—¿Cómo es que sabes tanto de ella? —le pregunté, curioso.

—Nos llamamos por teléfono cada pocas semanas —dijo—, siempre con la esperanza de que una u otra sepa algo acerca de ti.

Esto me dio qué pensar. Y en el fondo, me produjo una gran satisfacción. Significaba que me echaba de menos Mimí también.

—Cuando leí que se había casado con Sam, me pareció algo inaudito —dije.

—Ha sido muy bueno con ella —se apresuró a decir Nellie—. También se ha portado muy bien con tu familia. Ha ayudado a tu padre a establecerse.

Respiré profundamente. Esto era algo que siempre me había preocupado. Durante los últimos años, había tenido la impresión de que mi padre necesitaba de alguien que le ayudase. Por fin había hallado en Sam el hombre que podía secundarle y encarrilarle por el buen camino. Me pregunté qué sería lo que pensaría Sam de mí y si estaría enfadado por lo que hice. Me imaginé que sí, y no podía censurarle por ello.

—¿Irás a verlos? —me preguntó.

Hice un ademán negativo con la cabeza.

—No.

—Pero, Danny, deberías hacerlo —dijo apresuradamente—. Después de todo, es tu familia.

Sonreí entre dientes.

—No es lo que me dijo mi padre.

—¿Y eso qué importa? —exclamó—. Sé que no me quieren y lo que piensan de mí; pero, yo, en tu lugar, iría a verlos.

—No iré —dije con determinación—. He vuelto por ti, no por ellos.

Estábamos junto a la puerta de entrada de la casa de Nellie, estrechamente abrazados, besándonos con ardor intenso. En aquellos momentos de despedida me era difícil arrancarme al hechizo de sus brazos. De pronto, se echó a llorar, con sollozos profundos que estremecían su cuerpo.

Laforcé suavemente a que me mirara.

—¿Qué te pasa, dulzura?

Sus brazos se agarraron a mi cuello con frenesí, juntando su rostro con el mío.

—¡Danny! ¡Estoy tan asustada! No quiero que te separes de mí otra vez. ¡No volverás nunca!

—Nena, nena —murmuré, estrechándola contra mí y tratando de tranquilizarla—. Esta vez no me voy. Te doy las buenas noches. Volveré. Su voz murmuró, angustiada, cerca de mi oído:

—No lo harás, Danny. Sé que no volverás.

Sentí en mis mejillas la humedad de su llanto. La besé.

—No llores, Nellie —le imploré—, por favor.

Su voz se hizo más angustiosa, más atemorizada que antes.

—No te vayas, Danny. No me dejes sola otra vez. Si lo haces, moriré.

—No te dejaré, Nellie —prometí.

La tuve abrazada contra mí hasta que su crisis de llanto hubo terminado.

Tenía su rostro apretado contra mi pecho y yo debía forzar el oído para oír lo que decía.

—Si hubiese un sitio adonde pudiésemos ir, un lugar donde pudiésemos estar juntos, entonces podría sentarme a mirarte y me diría a mí misma: «¡Ha vuelto, ha vuelto!».

Alzó la cabeza y me miró. En la oscuridad, sus ojos eran profundos y brillantes.

—No quiero ir a casa esta noche y dormir con mi hermana y levantarme por la mañana con la sensación de que todo ha sido un sueño. Quiero ir contigo y tener tus manos en las mías para que las primeras luces del día no me arrebaten tu imagen.

—Volveré por la mañana —le dije dulcemente—. Te quiero.

—No. No volverás —replicó, desesperada—. Si esta vez dejas que te vayas, no volverás. Algo ocurrirá, y no volverás.

Volvieron, las lágrimas a arrasar sus ojos.

—Eso dijiste la última vez, Danny, ¿recuerdas tus palabras? «Suceda lo que suceda, recuerda que te quiero.» Y entonces no volviste más. Pero yo recordé y recordé.

Las lágrimas inundaban sus mejillas a raudales. Sus brazos me estrechaban con desesperación. Un dolor como jamás había presenciado quebraba su voz.

—No podré soportarlo otra vez, Danny. No podré. Esta vez moriría. No dejaré que te vayas.

Traté de sonreír, de tomar a broma sus temores.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche, cariño.

—Busca entonces un sitio adonde podamos ir, Danny —dijo con decisión mientras sus ojos llameaban—. Un lugar en donde podamos estar, donde pueda sentarme a charlar, con tus manos en las mías, hasta que salga el sol. Y entonces me convenceré de que no he soñado.



No me gustó la expresión sardónica del empleado de aquel hotel de ínfima categoría en el que habíamos entrado. Y me gustó menos cuando, después de haber firmado en el registro: «Danny Fisher y esposa» me miró de arriba abajo y me dijo con una sonrisa irónica:

—Dos dólares, por adelantado, por favor.

Puse el dinero sobre el mostrador y le pedí las llaves de la habitación. Nellie estaba detrás de mí, asida a mi brazo.

El empleado recogió los dos dólares y los guardó en su mano. Miró al suelo, hacia mis pies.

—¿No llevan equipaje? —nos preguntó.

—No. No traemos equipaje —le respondí, rápido—. No esperábamos pasar la noche en la ciudad.

Su rostro expresó una maliciosa consternación.

—Lo siento, señor —exclamó servilmente cortés—; pero, en ese caso, la habitación le costará cinco dólares. Reglamento del hotel, ¿sabe usted?

Me costó un esfuerzo inaudito no abofetearle. No porque tratara de piratearme aquellos tres dólares, que jamás vería la administración del hotel, sino por su cínica mirada. Debí de leer en mi cara mis intenciones porque apartó su mirada y la dirigió al libro de registro. Tras lanzar una rápida ojeada a Nellie puse tres dólares más en el mostrador.

El empleado recogió el dinero.

—Gracias, señor —dijo, y empujó hacia mí un llavín—. Es la habitación cuatrocientos dos, señor. Tome el ascensor al fondo del vestíbulo hasta la cuarta planta. La encontrará con facilidad, es la segunda puerta a la derecha.

Cerré con llave y me volví para ver el cuarto. Un embarazoso silencio nos invadió mientras lo examinamos. Era muy reducido. Una palangana colocada en el rincón opuesto a la puerta del lavabo; había un armario pequeño con un espejo adosado a la pared. En frente, había una estrecha cama de dos plazas, y junto a esta, una silla. En la pared opuesta, se abría una ventana, y cerca de allí había un diván de cuero para dos personas.

Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera.

—Todavía sigue lloviendo —exclamé.

—Sí —convino Nellie con un hilillo de voz, como si temiera que la oyesen a través de la delgada pared. Me miraba nerviosa.

Me quité el sombrero y el impermeable.

—Me echaré en este diván —dije, y me dirigí hacia el armario—. Tú acuéstate en la cama y trata de dormir. No tardará mucho en ser de día.

Colgué el impermeable y la americana en el armario. Me quité apresuradamente la corbata y la anudé a uno de las perchas. Cuando me volví hacia ella, seguía de pie, mirándome. No se había quitado el abrigo todavía. Le sonreí.

—Estás asustada.

—No... Ya no —me contestó.

Cruzó la habitación y se acercó a mí.

—Nada me asusta cuando estoy a tu lado.

La besé ligeramente en la frente.

—Entonces, quítate el abrigo y acuéstate. Necesitas descansar.

Silenciosamente colgó su abrigo en una de las perchas del armario, mientras me sentaba en el diván y me quitaba los zapatos. Me recosté y me dediqué a observarla. Era una chica extraña: llena de miedo porque me separaba de ella, pero también porque estaba a solas conmigo.

—¿Te encuentras cómodo ahí? —me preguntó al pasar por delante de mí.

—Mucho —le respondí.

Oí sus pasos por detrás y el sonido del interruptor de la luz que nos dejaba a oscuras. Oí sus pasos cuando cruzaba la habitación y se dirigía al lado más lejano de la cama. Percibí roces y crujidos de ropa y el ruido de los zapatos contra el suelo.

Miré entre la oscuridad, pero ella era solo una débil y vaporosa sombra blanquecina que se movía en el fondo de la habitación y que se fundió en el contorno oscuro de la cama. Oí el crujido de los muelles del somier bajo su cuerpo y unos segundos más tarde no había más ruido en la habitación que el de nuestras respiraciones.

Puse mis brazos detrás de la cabeza y traté de acoplar mi cuerpo en el reducido canapé. Mis piernas, sobresaliendo por un lado del diván, comenzaban a dolerme. Traté, de cambiar la postura y mis pantalones hicieron ruido al rozar con el cuero.

—¡Danny! —oí que me decía Nellie.

—Sí.

—¿Estás despierto?

—Un poco.

—¿No puedes dormir?

Cambié de postura otra vez.

—Por supuesto que sí.

Hubo un silencio, por un breve instante, y su voz se elevó de nuevo, en medio de las sombras. Era muy queda, y me costó oír lo que decía.

—Danny, has olvidado algo.

—¿Qué?

—No me has dado el beso de buenas noches —murmuró, quejumbrosa.

Salté del diván y en menos de dos segundos estuve, de rodillas, al lado de su cama. Ella se incorporó para recibirme. Sus labios ardían cuando se juntaron con los míos. Sus brazos se anudaron a mi cuello, y el dulce calor de su cuerpo llegó a mí a través de la noche.

La estreché fuertemente y sentí sobre mi pecho el latir precipitado de su corazón. Noté en mis manos el frío contacto del cierre de su sujetador y lo presioné con mis dedos. Me quedé con él en la mano y sus senos aparecieron libres contra mi pecho. Me incliné y los besé apasionadamente.

Sus manos apresaron mi cabeza con suavidad y su voz brotó queda y blanda junto a mi oído.

—Abrázame, Danny, estréchame en tus brazos y no me sueltes jamás. Sentí un nudo en la garganta.

—Jamás te dejaré, amor mío —balbucí.

Su voz expresaba un total rendimiento.

—Quiero que me toques, Danny. Deseo sentirte en mí. Una dulce congoja me llena al estar tan cerca de ti.

Alcé la cabeza para contemplarla en la oscuridad. También sentía yo una extraña congoja dentro de mí, algo que no había experimentado nunca; una emoción que era más fuerte que todos los impulsos físicos que mi cuerpo había conocido. Traté de hablar, de expresarle con palabras mi amor, pero no pude. Una contracción muscular de mi garganta me vedaba el uso de la palabra.

Sus dedos exploraron mi cara en la oscuridad.

—¡Danny! ¡Tus mejillas... pero, Danny! ¡Estás llorando!

Las lágrimas deshicieron el nudo que ahogaba mi voz.

—Sí. Estoy llorando —le contesté casi en tono de desafío.

Oí el profundo suspiro que se escapó de mi garganta. Luego, sus brazos aprisionaron con mayor fuerza mi cuello, atrayendo mi rostro hacia la almohada en que apoyaba su cabeza. Sus labios besaron, alados, mis párpados. Su voz era muy queda y en ella había un calor, una ternura como jamás imaginé que existiera en una voz humana.

—No llores, mi amor, no llores —murmuró—. No puedo tolerar que te sientas desgraciado.

El sol que se filtraba a través de la ventana hirió mis ojos. Me volví en la cama para evitar la luz, y mi mano extendida tropezó con algo blando. Abrí los ojos rápidamente.

Estaba reclinada, apoyada la cabeza en su brazo doblado y con su mirada fija en mí. Me sonrió.

La contemplé un segundo, extasiado, y luego correspondí a su sonrisa. El recuerdo de aquella noche volvió a mi pensamiento y un cálido estremecimiento agitó todo mi cuerpo.

—Es de día. —No supe decir otra cosa.

Asintió, y su cabellera se desparramó en cascada por entre sus dedos, dando al óvalo de su rostro un marco de suave y azulada negrura. Sus ojos se dirigieron, primero, a la ventana y luego se posaron en mí.

—Es de día —convino solemnemente.

—De día estás todavía más hermosa —le dije.

El rubor encendió su rostro.

—Tú sí que estás guapo cuando duermes —me respondió en voz queda—. Te estaba mirando. Pareces un niño.

Me enderecé simulando un gran enfado. Al hacerlo, la sábana resbaló y quedé desnudo de cintura para arriba.

—¿Quieres decir que no soy guapo cuando estoy despierto? —pregunté fieramente.

Se rio. Sus dedos trazaron un dibujo imaginario en mis costillas.

—Estás muy flaco —me dijo—. Un saco de huesos. Tendré que hacerte engordar.

La tomé por los hombros y junté su cara con la mía.

—Puedes empezar desde ahora —le dije, besándola—. ¡Hum...! ¡Tengo tanta hambre que te comería cruda!

Sus manos encuadraron mi cara.

—Danny —me preguntó en voz baja, mirándome ansiosamente a los ojos—. ¿Me quieres?

Me desprendí rápidamente de sus manos, las tomé en las mías y me puse a mordisquearlas.

—Claro que te quiero —le dije, riendo.

Se desasíó de mí y volvió a cogerme la cabeza con sus manos. Me miró muy seria.

—Danny —dijo, gravemente—. Dímelo en serio. Como me lo dijiste anoche.

—Te quiero, Nellie —le dije simplemente.

Cerró los ojos.

—Dímelo otra vez, Danny —murmuró—. Me encanta oírtelo decir.

La besé en la garganta y de allí mis labios bajaron hacia sus hombros y mi cara descansó sobre la sábana que cubría su cuerpo. Acaricié sus pezones suavemente con mis dedos; entonces, apoyé mi cara en ellos.

—Te quiero, Nellie —murmuré, todavía entre sus senos.

Suspiró profundamente, con los ojos cerrados y su respiración se hizo jadeante. Sentí cómo su cuerpo se estremecía bajo mis caricias, esforzándose por estar más apretada contra mí. Su voz, rica en matices, revelaba su exaltada felicidad.

—Te necesito, Danny. ¡Dios, ayúdame!



Estábamos frente a las puertas abiertas de la iglesia cuando, de repente, se detuvo y me miró.

—Danny, entra conmigo.

Miré al interior del templo y a continuación a ella. Sus ojos me imploraban, silenciosos.

—De acuerdo —le dije.

Tomó mi mano y la seguí hasta el interior de la iglesia. En la penumbra, se volvió hacia mí con voz trémula:

—Danny, ¿no estás enfadado conmigo?

Negué con la cabeza, tranquilizándola.

—¿Por qué? —pregunté.

Se dibujó en sus labios una sonrisa de agradecimiento.

—Me habría remordido la conciencia si no hubiera venido primero aquí.

—Vi cómo se encaminaba por el pasillo central hasta el altar y se arrodillaba ante él. Juntó sus manos e inclinó la cabeza cerrando los ojos. Permaneció así durante unos minutos. Luego se levantó y volvió adonde yo me encontraba. Una radiante sonrisa brillaba en su rostro.

Le tendí una mano y la tomó. Lentamente salimos de la iglesia y descendimos la escalinata hasta la calle. Caminamos en silencio durante un momento; luego, se volvió y me miró.

—Ahora me siento mejor —exclamó con timidez.

—Me alegro —le dije.

—Tenía que... debía ir, Danny —explicó—. No me hubiera sentido bien si no hubiese venido.

Pasaba un taxi libre por delante de nosotros y con un silbido hice que se detuviera.

—De acuerdo —dije lentamente—, no querría una novia que no hiciese lo que cree correcto.

Abrí la portezuela y le ayudé a subir. A continuación, me instalé a su lado.

El conductor se volvió hacia mí y me interrogó con la mirada.

—Al Ayuntamiento —le dije.



Había otras parejas en la pequeña sala de espera, frente a una puerta con un letrero de cristal opaco, con letras negras que decía:

CAPILLA MATRIMONIAL

Todos estaban tan nerviosos como nosotros dos.

Consulté una vez más mi reloj de pulsera: eran las diez de la mañana, la hora en que se abría la capilla. Sonreí a Nellie. De cualquier forma, nos sentíamos más a gusto aquí que en la parte de fuera, donde sacamos la licencia; tal vez porque allí nos vimos obligados a contestar a un sinfín de preguntas. Pero a cambio de alguna que otra mentirijilla sin importancia, obtuvimos sin grandes dificultades la licencia para casarnos.

Se abrió la puerta y todos nos pusimos nerviosos. Una mujer de labios delgados y cabellos grises entró en la sala y, dándose mucha importancia, nos miró a todos los presentes. Consultó una lista que llevaba en la mano y volvió a examinar a las parejas.

—Señor Fisher y señorita Petito, tengan la bondad de pasar —anunció.

Me puse en pie y me volví hacia Nellie, cogiéndola de la mano. Las miradas de las demás parejas se posaron sobre nosotros.

La mano de Nellie estaba temblando. La estreché con fuerza entre la mía para tranquilizarla.

La mujer nos hizo un gesto con la cabeza y la seguimos dentro de la capilla. Cerró la puerta detrás de nosotros y nos condujo hasta una especie de estrado. Subimos a él.

—¿Tiene usted la licencia, joven? —me interrogó con leve acento autoritario.

—Sí, señora —me apresuré a contestar, entregándole el documento.

Un hombre entró en la capilla por otra puerta y subió al estrado. La mujer le entregó la licencia sin decir palabra.

Él nos miró.

—No se pongan nerviosos —sonrió de su propia broma—, pasará en un minuto.

Tratamos de sonreír con él, pero no creo que tuviéramos éxito; estábamos demasiado nerviosos.

—¿Han traído a los dos testigos? —preguntó.

Negué con la cabeza mientras notaba que mi rostro enrojecía.

Volvió a sonreír.

—Bueno. No importa.

Se volvió hacia la mujer.

—Señorita Schwartz, dígame al señor Simpson que venga aquí un instante.

—Sí, señor Kyle.

La mujer de los cabellos grises salió de la capilla.

El señor Kyle ojeó la licencia que tenía en la mano.

—¿Es usted Daniel Fisher? —me preguntó.

—Sí, señor.

—¿Edad? —preguntó.

—Veintitrés años —le contesté apresuradamente con la esperanza de que no pusiera en duda mi palabra—. Como dice en el papel.

Me lanzó una breve y suspicaz mirada.

—Sé leer —me dijo secamente.

Miró a Nellie.

—¿Eleanora Petito?

Ella asintió en silencio y él siguió leyendo la licencia que tenía ante sus ojos. La puerta volvió a abrirse y él miró hacia allí. La mujer de cabellos grises había vuelto con un hombre menudo que tenía cara de pájaro.

El señor Kyle nos lanzó una mirada y sonrió.

—Podemos comenzar ya —dijo, acercándonos la licencia—. Tengan ustedes la amabilidad de firmar aquí, donde les señalo.

Nellie fue la primera en hacerlo con pulso tembloroso, luego me tocó a mí, a continuación los testigos y, finalmente, el señor Kyle. Pasó un secante por la tinta fresca de las firmas y se dirigió a nosotros con cierta solemnidad.

—Junten las manos, por favor —nos instruyó.

Nellie puso su mano en la mía. Ya no temblaba. Por mi frente resbalaban gruesas gotas de sudor.

Yo estaba contento de que la ceremonia fuese rápida; no creo que superara los dos minutos. Las únicas palabras que puedo recordar fueron las últimas.

—Tú, Eleanora Petito, ¿tomas a este hombre, Daniel Fisher, por tu legítimo esposo?

Los ojos de Nellie estaban clavados en los míos.

—Lo tomo —contestó con solemne voz apagada.

El señor Kyle se volvió hacia mí.

—Y tú, Daniel Fisher, ¿tomas a esta mujer, Eleanora Petito, por legítima esposa?

La miré. Sus ojos brillaban luminosos y había lágrimas en ellos.

—S... Sí, sí, la tomo —balbucí, ronco.

—Entonces, por la autoridad que me ha sido conferida por la ciudad de Nueva York, os declaro marido y mujer.

Su voz sonó en mis oídos aguda, estridente.

—Puede besar a la novia, joven, y abonen al testigo dos dólares de honorarios cuando salgan.

Nos besamos desmañadamente, saludamos al expedito funcionario y nos dirigimos apresuradamente a la puerta. Su voz, más seca que lo fue durante la

ceremonia, nos llamó. Nos volvimos, asustados.

Estaba sonriendo. Su mano nos tendía una hoja de papel.

—¿No creen que será mejor que se lleven consigo su certificado de matrimonio?

Con el rostro encendido de vergüenza, volví y cogí el documento que tenía en su mano.

—Gracias, señor —le dije, rápido.

Fui al encuentro de Nellie y salimos juntos de la capilla.

Las parejas que habíamos dejado en la sala de espera nos miraron.

Algunos sonrieron. Les devolvimos la sonrisa y, casi corriendo, abandonamos el edificio consistorial.



Nos detuvimos un instante en la escalinata del Ayuntamiento y nos miramos. Era el mismo mundo que habíamos dejado unos minutos antes, pero para nosotros había cambiado. Estábamos casados.

Nellie pasó su mano por debajo de mi brazo y se apoyó en él.

—Ahora iremos a ver a mi familia para anunciarles nuestro casamiento —dijo, orgullosa.

—Está bien —le dije.

—Después, iremos a decírselo a la tuya —añadió.

La miré, sorprendido.

—¿Para qué? —le pregunté—. No tengo que darles cuenta de nada. Aparte de que no les importa un pimiento.

Sus ojos llamearon, resueltos.

—Pero a mí sí. Y quiero que sepan que te has casado conmigo.

—Pero ellos no nos quieren. No tengo por qué decirles nada —protesté.

Apretó mi brazo, risueña.

—Escucha, Danny Fisher, no vamos a comenzar nuestra vida matrimonial con una disputa, ¿verdad?

Le sonreí. Estaba arrebolada de felicidad y sus ojos centelleaban jubilosos.

—No —contesté.

—Entonces, iremos a verlos —dijo resuelta, y empezó a bajar la escalera.

—Está bien. Iremos a decírselo —convine, siguiéndola—. Y, de paso, acudiremos a la radio para proclamar a los cuatro vientos que nos hemos casado.

Rio gozosamente y luego me miró.

—¡Oye! ¡No sería una mala idea!

El portero nos detuvo con un ademán solemne y un gesto leve de inquietud en su semblante.

—El apartamento del señor Gottkin, por favor —le dije.

Movió la cabeza cortésmente.

—El apartamento del señor Gordon es el seiscientos veintiuno. En la planta veintiuna.

Pasamos por delante de él y entramos en el ascensor. Cerró tras de nosotros la puerta del mismo. El ascensorista lo puso en marcha, indiferente. Yo me volví a Nellie, y le murmuré:

—¿Qué cuento es ese de «Gordon»?

—Cambió de nombre legalmente el año pasado —me contestó también quedamente.

Me pareció lógico. Pensó que Gottkin era un apellido que podía pasar en Brooklyn, pero en aquella elegante sección de Central Park, Gordon resultaba más distinguido.

Consulté mi reloj. Eran las nueve pasadas. Después de ver a la familia de Nellie nos fuimos a cenar y, a continuación, nos trasladamos a la casa de mis padres. Vivían en Washington Heights, en un buen barrio, aunque sin comparación con Central Park. Su portero nos dijo que acostumbraban a cenar todos los viernes en casa de su hija, por lo que bajamos de nuevo al centro de la ciudad.

Me pregunté qué clase de acogida nos reservarían; me sentía inquieto y turbado. Con la familia de Nellie no habían ido las cosas tan mal.

El padre de Nellie fue quien nos abrió. Al verla, el rostro aceitunado del italiano se encendió de ira. Un chorro de palabras italianas salieron de sus labios; pero en medio de ellas, su hija le interrumpió profiriendo unas cuantas palabras en la misma lengua.

Dio fin, bruscamente, a su discurso y me miró. Yo sostuve su mirada. No pude discernir lo que pensaba, pues su rostro seguía inflamado por la cólera. A continuación, silenciosamente, se echó a un lado en silencio y nos dejó entrar en el piso.

La madre de Nellie se abalanzó sobre nosotros con agudos chillidos. Tomó en sus brazos a Nellie y rompió a llorar. Me quedé en el vano de la puerta, sin saber qué hacer. Nellie se puso a llorar también. Su padre y yo, inmóviles, nos miramos perplejos.

De repente, alguien, en el cuarto contiguo, lanzó una exclamación.

—¡Danny!

Zep corrió hacia mí con la mano extendida y una sonrisa radiante en su rostro. Le

estreché la mano. Con la otra, libre, comenzó a golpearme el hombro. A continuación, entró la hermanita de Nellie, y se puso a llorar también. Después, las cosas se fueron calmando y su padre, algo reacio, sacó de la despensa una botella de vino y todos bebimos para celebrar el acontecimiento.

Cuando la botella estuvo casi vacía, una armonía casi completa reinaba en el ambiente. Aunque no creo que aquella boda les produjera entusiasmo, se inclinaban ante el hecho consumado y nos deseaban toda clase de venturas. Mama Petito ayudó a Nellie incluso a empaquetar sus escasos efectos para que se los llevara al hotel y nos invitó a cenar con ellos aquella noche. Declinamos la invitación diciéndoles que teníamos que ir todavía a la parte alta de la ciudad a ver a mis padres.

Se detuvo el ascensor y se abrieron las puertas. El ascensorista asomó la cabeza por entre ellas y dijo:

—Cuarta puerta, al otro lado del vestíbulo.

La pequeña placa de metal bajo el timbre rezaba: SAM GORDON. Apreté el botón y oí que dentro del apartamento sonaba un repiqueteo de campanas.

—¡Qué refinamiento! —murmuré, burlón, mirando a Nellie.

Su rostro me pareció muy pálido en aquella luz difusa del vestíbulo. Asintió con un movimiento de cabeza y esperó a que abrieran la puerta. Tomé sus manos. Sus palmas estaban húmedas.

Se abrió la puerta y apareció una mujer negra, con uniforme de doncella.

—Señores Gott... Gordon; ¿está? —le pregunté.

La negra me miró, impasible.

—¿Quién le digo que la busca, caballero? —preguntó con voz baja y agradable.

—Su hermano —le contesté.

La doncella tuvo un leve movimiento de asombro y se echó a un lado para dejarnos pasar.

—¿Serán tan amables de esperar aquí un momento?

Nos dejó solos en el recibidor. Este era tan grande como el apartamento de Nellie. Podíamos oír el animado murmullo de voces en la habitación contigua. De pronto, se hizo el silencio y percibimos la voz de la doncella.

—Un señor joven, acompañado de una dama, quiere verla, señora Gordon.

Reconocí la voz de Mimí.

—¿Han dicho su nombre?

Parecía sorprendida.

—Sí, señora —le contestó la doncella, impávida—. Dice que es hermano de la señora y que...

No pudo terminar la frase.

—¡Danny! —oí que gritaba Mimí—. ¡Es Danny!

Y al instante apareció ante nosotros.

Nos miramos un breve instante. A primera vista pensé que no había cambiado mucho; pero, al verla más de cerca, me di cuenta de que sí. Sus ojos eran más oscuros

y estaban como hundidos y ojerosos, como si durmiese mal. Tal vez fuera porque se hallaba embarazada de nuevo y su vientre se abombaba deformándola. No estaba seguro, pero advertí diminutas arrugas en las comisuras de su boca, que jamás había visto antes.

Me echó los brazos al cuello y me besó.

—¡Danny! —murmuró—. ¡No sabes lo contenta que estoy de verte!

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos.

Le sonreí. Yo me sentía muy contento de verla también; era inaudito lo que la había echado de menos. Cuando vivíamos juntos en casa, siempre nos estábamos peleando, pero esas peleas nuestras eran cosas pertenecientes al pasado.

Me cogió de la mano, excitada y nerviosa, y me condujo a la habitación contigua.

—Papá y mamá están aquí —exclamó.

Por encima de mi hombro lancé una mirada ansiosa a Nellie. Me sonrió tenuemente y me señaló su conformidad con un movimiento de cabeza; ella nos seguía. Dejé que Mimí me condujera a la otra habitación.

Nos encontrábamos en los pocos escalones que bajaban a la sala de estar. Mamá y papá se habían sentado en un sofá, de espaldas a nosotros, pero habían vuelto sus cabezas hacia mí. Mamá llevó una mano a su pecho, con los ojos medio cerrados. En el rostro de mi padre se reflejaba un asombro penosamente reprimido, subrayado por un largo habano que pendía de sus labios. Sam, de pie ante ellos, con un vaso alto en la mano, apoyado en una chimenea francesa de imitación, me miró con una expresión de curiosa indiferencia.

Mimí me llevó hasta el sofá en donde se hallaban sentados mis padres y me soltó de la mano. Se quedó, sin embargo, mirándome a los ojos, como si tratara de leer en ellos lo que había ocurrido desde que habíamos dejado de vernos.

—¡Hola, mamá! —dije muy despacio.

Llevó su mano hasta la pechera de mi impermeable y la dejó resbalar por la manga hasta que encontró la mía. Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas. Me atrajo hacia ella, besando mis manos.

—Mi rubito —murmuró, desgarrada por los sollozos—. Mi hijito.

Me quedé junto a ella contemplando su cabeza agachada; sus cabellos se habían vuelto grises. Este era el momento tan temido por mí, no por el modo de recibirme ellos, sino por mi forma de reaccionar ante ellos. Estaba tranquilo, sereno, casi desapegado, como si fuera una película que contemplara desde la butaca de un cine. Yo no formaba parte de ella, era un mero espectador, era otro muchacho llamado Danny Fisher que había estado ausente dos años y que, en realidad, no había regresado nunca.

Eso había ocurrido. Los años y la soledad habían levantado entre nosotros una barrera infranqueable. Me sentí abrumado. No se puede sufrir una desilusión tan grande como la que yo acababa de experimentar, sin un desgarramiento interior intensamente doloroso.

Me agaché y besé sus cabellos.

—Lo siento, mamá —dije.

Pero nadie supo, en realidad, qué era lo que yo sentía.

Me enderecé y miré a mi padre. Se había levantado del sofá y caminado hasta un extremo de la habitación y desde allí me observaba con una expresión indefinible de inquietud y azoramiento. Lentamente me desasí de mi madre y fui hacia él. El único sonido en la habitación, fuera de mis pisadas, era el llanto de mi madre. Extendí mi mano hacia mi padre.

—¡Hola, papá!

Sus ojos denotaron vacilación por un momento, después estrechó mi mano.

—Hola, Danny —respondió con acento tembloroso, pero reservado.

—¿Cómo has estado, papá?

—Muy bien, Danny —respondió escueto.

Fue todo lo que alcanzamos a decirnos y una sutil tensión se hizo sentir en el ambiente. Saludé a Sam, con un ligero movimiento de cabeza y él me devolvió el saludo de la misma forma, sin pronunciar una palabra. Los otros seguían contemplándome, silenciosos.

La decepción se apoderó de mí. Había ocurrido lo que yo pensaba que pasaría. En realidad, no había diferencia entre que hubiese vuelto o no. No obstante, pude impedir que mi voz brotase amarga y desabrida.

—He estado fuera dos años, ¡dos largos años! —dije, y recorrí con mi vista todos los rostros—. ¿No va a preguntarme alguno de vosotros qué he hecho estos años? ¿Cómo me he sentido?

Mamá seguía llorando suavemente, pero nadie me contestó. Lentamente me volví hacia mi padre y le miré con frialdad.

—¿No vas a preguntarme nada? ¿O es que en realidad no te importa?

Mi padre no contestó.

Fue Mimí quien vino hasta mí, me cogió del brazo y me dijo con suavidad:

—Por supuesto que nos importa. Pero estamos tan sorprendidos que no sabemos qué decir.

Yo seguía mirando a mi padre. Me sentí invadido por una fría calma. Tenía razón cuando pensaba que algo se había destruido para nosotros aquella noche en que la puerta de mi casa se cerró para mí. Se había destruido y jamás, por muchos años que pasaran, volvería a reconstruirse. Había querido verlos, y al mismo tiempo no quería hacerlo. Nada parecía importante, solo que yo estaba entre ellos sintiéndome como un extraño.

Mimí trató de apartarme de papá.

—Ven —me dijo—, siéntate y cuéntanos qué has hecho todos estos años; todos te hemos echado de menos.

Aparté de ella mi mirada para fijarla al otro lado de la habitación. Allí estaba Nellie, junto a la puerta, olvidada de los demás, mirándonos a todos con una

expresión dolorida en sus ojos. No se me ocultaba que aquel dolor que experimentaba no era por ella, sino por mí. Le sonreí y me volví a Mimí.

—No puedo quedarme —le dije con suavidad. No quería lastimarla; al fin y al cabo ella había tratado valerosamente de remediar la situación—. Debo irme. Tengo cosas que hacer.

—Pero no puedes marcharte ahora, Danny —protestó Mimí. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas—. Si acabas de llegar.

Mi mirada cruzó la habitación y fue a posarse de nuevo en Nellie.

—Yo no he vuelto en realidad —dije quietamente—, solo lo he intentado.

—Pero, Danny...

Mimí lloraba sobre mi hombro. Sabía lo que ella sentía, y por qué lloraba, pero era inútil. Algo se había roto, y así quedaba.

Rodeé con un brazo sus hombros temblorosos y crucé con ella el salón hasta la puerta.

—No llores, Mimí —le dije, muy quedo—. No consigues con ello sino empeorar las cosas.

La dejé junto al sofá y fui a reunirme con Nellie. La tomé de la mano y me encaré con ellos.

—La única razón por la que he venido esta noche —dije con voz firme— ha sido porque me lo exigió mi mujer. Creyó que debíamos comunicarnos que nos hemos casado esta mañana.

Vi las expresiones que aparecieron en sus rostros: el dolor de mi madre, el disgusto de mi padre. Me sentí arrebatado por la ira:

—Era la única que quería de verdad que yo volviera.

Esperé un momento que me respondieran, pero permanecieron callados. La familia de Nellie había sentido la misma aversión que la mía hacia nuestro matrimonio; no obstante, se habían comportado como seres humanos. Mi familia no tenía nada que decir, nada que desearnos. ¡Nada!

El dolor que había en mí desapareció con rapidez, dejando tras de sí una sensación de frialdad. Besé a mamá en la mejilla, mientras seguía llorando. También besé a Nellie y me detuve frente a mi padre.

Su expresión era amarga y como si le cubriera una máscara. Pasé junto a él sin una palabra, sin un gesto.



Me revolví en la cama, inquieto. Era consciente de que había llorado en mi sueño, pero ya estaba despierto y mis ojos estaban secos. Traté de calmarme porque no quería molestar a Nellie.

Nos habíamos desnudado en silencio en el pequeño cuarto del hotel. Finalmente le dije con una sonrisa forzada:

—Tú sabías muy bien por qué no quería verles, ¿verdad?

Asintió sin pronunciar una palabra.

—Y no obstante, me forzaste a ir. —No pude reprimir el tono acerbo de mi voz.

Sus manos se posaron en mi hombro y fijó sus ojos en los míos.

—Era indispensable que fueras, Danny —dijo—. De lo contrario, se habrían interpuesto para siempre en nuestras vidas. Tenías que saberlo por ti mismo.

Me aparté de ella con un nudo en la garganta.

—Bueno. Ya lo he averiguado.

Vino a mí y su mano me apretó el brazo.

—Ahora todo ha terminado y puedes olvidar.

—¿Olvidar?

Me eché a reír. Había ciertas cosas que ella no sabía.

—¿Cómo puede uno olvidar todo lo que teníamos en común... las esperanzas, los temores, lo bueno y lo malo? Para ti es fácil olvidar todo eso, pero ¿y yo? ¿Puedo sacar su sangre de mí, dejarla caer por el desagüe y que desaparezca de mi vida para siempre? Bueno o malo, ¿cómo puedo olvidar? ¿Puedes olvidarte tú de los tuyos? ¿El bien o el mal significan más que la carne que nos une?

Su voz era suplicante.

—No, Danny. No lo comprendes. No es lo que olvidas, sino lo que recuerdas. Es la herida lo que debes olvidar: la herida que te convierte en un ser distinto al verdadero. La herida que te endurece y te hace amargo y rencoroso como estás ahora.

No la comprendí.

—¿Cómo puedes olvidar eso? —le pregunté, desamparado—. Es parte de mí.

—No, Danny —exclamó, apretándose contra mí y besando mis labios—, es algo completamente distinto. Haré que olvides la herida y te haré recordar solo lo bueno.

Mis ojos se abrieron, sorprendidos.

—¿Cómo puede alguien lograr eso?

—Puedo y lo haré —murmuró, lanzándome una mirada profunda, anhelante—. Te amo tanto, amor mío, que no necesitarás el cariño de nadie más.

Entonces, comprendí. Cogí sus manos y poniendo mis labios sobre sus palmas las besé, agradecido. Me había hecho una promesa y sabía muy bien que la mantendría. Sabía que en el futuro, en el bien y en el mal, hallaría en ella mi consuelo, mi fuerza, y que sucediera lo que sucediese jamás volvería a encontrarme solo.

Día de mudanza. 15 de septiembre de 1936

Los peldaños de madera crujieron, gozosos, bajo nuestros pies cuando subimos la escalera. Era un sonido amistoso como si esos viejos escalones hubiesen dado la bienvenida a numerosas parejas de recién casados como nosotros. Me gustó el ruido.

Las maletas que llevaba eran ligeras y no sentía su peso. De cualquier forma, no pesaban demasiado, pues no era mucho lo que traíamos en cuanto a ropa y otros efectos. Más tarde, cuando encontrara un empleo y ganase algún dinero podríamos pensar en aumentar nuestro modesto guardarropa. Pero de momento, todo el dinero que pudimos reunir fue empleado en amueblar nuestro apartamento.

Nellie se detuvo frente a una puerta, en la cuarta planta, y me miró de soslayo, sonriente. Llevaba una llave en la mano.

Le devolví la sonrisa y le dije:

—Abre, nenita. Es nuestra casa.

Introdujo la llave en la cerradura y le dio una vuelta. La puerta se abrió lentamente, pero ella se quedó en el umbral, con aire de expectación en su semblante. Dejó caer las maletas al suelo. Me incliné y la cogí en mis brazos, ella me enlazó el cuello con los suyos y así pasamos el umbral. Una vez estuvimos dentro, le miré el encendido rostro. Me besó y sus labios eran suaves, trémulos. Me parecía llevar una pluma en mis brazos.

Sin dejarla en el suelo examiné el apartamento. No era muy espacioso. No podía ser muy grande por veinticinco dólares mensuales. Tres habitaciones y un cuarto de baño. Todo pintado de blanco. Un alquiler tan módico excluye toda clase de policromía. Pero era limpio; además, tenía calefacción central, agua caliente y espacio más que suficiente para nosotros.

Suficiente y sobrado para que invirtiéramos en amueblarlo muy cerca de los mil «morlacos»: una cama plegable y algunas sillas para el recibidor; una gran cama de matrimonio y un tocador con espejo para el dormitorio; enseres de cocina, vasos, cacerolas y sartenes. Era una buena suma de dinero, pero era un gasto imprescindible, y era imperativo que lo hiciéramos, aunque dejara casi exhausta nuestra cuenta en el banco. Por lo menos, comenzaríamos nuestra vida libres del asedio de los cobradores de plazos.

La dejé en el suelo.

—Trae las maletas al dormitorio —me dijo Nellie.

—Sí, señora —le respondí burlón.

Cogí las maletas y la seguí hasta el dormitorio. Allí las tiré sobre la cama; cayeron blandamente sobre el somier.

—¡Danny! ¡Quita estas sucias maletas de la cama! —exclamó airada—. Esto no es un hotel, ¡es nuestra casa!

Me eché a reír y la contemplé, enternecido. ¡Dad a una mujer un rincón donde cobijarse, y tomará posesión de él, como una castellana de su castillo! Pero tenía

razón. Puse las maletas en el suelo y me senté en la cama.

—Ven aquí —le dije, probando con mi cuerpo la elasticidad del somier.

Me miró, recelosa.

—¿Para qué? —me preguntó.

—Quiero enseñarte algo —le dije, y continué mis movimientos de bote y rebote.

Avanzó vacilante un paso y se detuvo. Yo alargué rápido el brazo, la sujeté de una mano y la atraje hacia mí con tanta violencia que caí de espaldas sobre la cama y ella sobre mí.

—¡Danny! ¿Te has vuelto loco?

No podía contener la risa.

La besé. Apartó su rostro del mío, sin dejar de reír.

—¡Danny! —protestó.

Presioné el somier con mi mano una y otra vez.

—Escucha —le dije—, no cruje. El vendedor me lo garantizó.

—¡Danny Fisher! ¡Estás loco!

Sus dientes brillaban muy blancos cuando sonreía.

—Loco por ti —exclamé, atrayéndola hacia mí de nuevo.

Cubrí de besos su garganta. Su piel era suave, como el satinado de un vestido en algún escaparate de la Quinta Avenida.

—Te quiero, nena.

Me miró con ojos luminosos. Había una expresión en su rostro que me trastornaba hasta lo más profundo de mis entrañas. Lo conseguía siempre con solo mirarme.

—Danny, ¡jamás te arrepentirás! —me dijo, anhelante.

—¿Arrepentirme, de qué?

—De haberte casado conmigo —me dijo, muy seria—. Seré una buena esposa para ti.

Cogí su cabeza entre mis manos.

—Nena, tampoco a ti te pesará haberte casado conmigo.

Pude notar sus lágrimas entre mis dedos.

—Danny —me dijo, llorando a todo trapo—. Jamás, jamás me pesará.



El timbre de la puerta sonó cuando apenas había terminado de colgar las cortinas.

—Iré yo —dije, dirigiéndome a la puerta y abriéndola.

La madre de Nellie y un sacerdote estaban allí. La señora Petito llevaba en la mano una pequeña bolsa de la compra. Me sonrió y me dijo:

—Hola, Danny.

—Hola, *mamma* Petito —le respondí—. Entre.

Vaciló un momento, mostrando cierto embarazo.

—He traído al padre Brennan conmigo.

Me volví hacia el sacerdote y le tendí mi mano.

—Por favor, entre —le dije enseguida.

El sacerdote estrechó mi mano y este acto de elemental cortesía pareció producir un profundo alivio a mi suegra. El apretón del cura fue franco y cordial.

—Hola —me dijo con voz afable, profesional—. Me alegro mucho de conocerte.

La voz de Nellie nos llegó desde la habitación.

—¿Quién es, Danny?

—Tu madre y el padre Brennan están aquí —grité, volviéndome hacia ella.

Apareció, rápida, y se quedó un instante en el umbral de la puerta, con su rostro ligeramente encendido. Acto seguido, se abalanzó a su madre y la besó en ambas mejillas, tras lo cual se volvió al sacerdote y le tendió la mano.

—Me complace que haya venido, padre —le dijo.

Este apartó su mano a un lado con un ademán lleno de cordialidad.

—Vamos, hija mía —dijo sonriendo—, déjate de reverencias y déjame que te salude como corresponde a un viejo amigo.

Posó ambas manos en sus hombros y le estampó un beso sonoro en la mejilla.

La señora Petito me miró, un tanto recelosa y cohibida y puso en el suelo la bolsa.

—Traigo unas cosillas para la casa —anunció.

Nellie abrió presurosa la bolsa y miró lo que contenía. Habló, excitada, en italiano y su madre le contestó en la misma lengua. Entonces, Nellie se volvió hacia mí y me explicó:

—Mamá ha traído algo de comida a casa para que no nos muramos de hambre.

Me volví hacia la señora Petito. Las personas podrán ser diferentes, pero sus inquietudes fundamentales son siempre las mismas. Recuerdo que cuando nos trasladamos a nuestra casa de Brooklyn, mi madre llevó un poco de sal y una barra de pan con idéntico propósito.

—Gracias, *mamma* —dije, agradecido.

Me acarició la mejilla con su mano.

—De nada, hijo mío —dijo—. Ojalá hubiésemos podido hacer más.

Nellie nos miró.

—¿Quieres tomar un poco de café? —preguntó—. Anda, Danny, ve a buscar café y celebraremos la ocasión.

Mamma Petito sacudió su cabeza.

—Tengo que volver a casa y preparar la comida. Aquí el padre Brennan vino para felicitar a Nellie.

Esta se volvió hacia el cura y le sonrió.

—Gracias, padre. No sabe usted lo contenta que estoy de que haya venido. Tenía miedo de que usted...

El sacerdote la interrumpió.

—No, Nellie, no había por qué. Aunque, por supuesto, estoy un poco decepcionado porque no me dejaste que os casara, pero esto es lo mejor que puedo

hacer.

El rostro de Nellie reflejó una gran perplejidad.

—Creí que a causa de él no podíamos casarnos por la Iglesia.

El sacerdote se volvió hacia mí, sonriendo afable.

—¿Te opondrías, hijo mío, a contraer matrimonio en el seno de la verdadera Iglesia? —me preguntó.

Nellie contestó antes que pudiera hacerlo yo.

—Su pregunta no es justa, padre. Ninguno de los dos hablamos de esto antes.

La miró de hito en hito. La sonrisa había desaparecido de su rostro.

—Debes comprender, hija mía, que aunque tu matrimonio no es reconocido por la Iglesia, esta no lo sanciona.

Nellie palideció.

—Lo sé, padre —contestó con voz queda.

—¿Has pensado en tus hijos? —prosiguió el sacerdote—. ¿Los privarás de aquellos beneficios religiosos que pudieran recibir?

Esta vez fui yo el que le contestó:

—Si no lo entiendo mal, padre, la Iglesia no rechazará a aquellos niños cuyos padres sean de distinta fe, ¿no es así?

Me miró con fijeza.

—¿Quieres decir que no te opones a que tus hijos se eduquen en el seno de nuestra Santa Iglesia?

—Quiero decir, padre —dije llanamente—, que dejaré a mis hijos la libertad de escoger aquel credo que más les satisfaga. Su fe, o la falta de ella, será asunto de su propia elección; y, hasta el momento en que tengan edad para decidir por sí mismos, no me opongo a que vayan a la iglesia con su madre.

Nellie se aproximó a mí y me cogió la mano.

—Creo que es demasiado pronto para hablar de estas cosas. Al fin y al cabo, solo hace unos días que nos casamos.

El sacerdote nos miró a los dos.

—Como católica, Nellie, conoces muy bien tus responsabilidades. Por lo tanto, estas cosas deben decidirse de antemano, y así se evitan muchos infortunios.

Nellie palideció intensamente. Habló con los labios contraídos.

—Le agradezco su interés y su visita, padre. Esté seguro de que haremos lo que consideremos mejor para nosotros. Y si otra vez se encuentra en el barrio y quiere visitarnos, será usted libre de hacerlo.

La hubiera besado por su actitud. Del modo más gentil, le había dicho que se fuera con la música a otra parte.

Como es lógico, este se dio cuenta, pero no acusó el golpe.

—La vida de un sacerdote —se limitó a decir con un suspiro— está erizada de dificultades. Al fin y al cabo, no es más que un ser humano y como tal debe orar para que el Señor guíe sus pasos y dirija sus acciones. Oraré, hija mía, para que mi visita

produzca los más saludables frutos.

—Le agradecemos sus oraciones, padre —contestó mi mujer, muy educada, con su mano todavía en la mía.

Acompañé al padre Brennan hasta la puerta. Allí me tendió la mano.

—Me alegro de haberte conocido, hijo mío —me dijo.

Pero no había mucho entusiasmo en su voz. Estoy seguro de que me creía hijo del diablo por la forma que tuvo de estrechar mi mano en ese momento.

Cerré la puerta tras él y oí que Nellie le hablaba, en italiano y con tono desapacible, a su madre. Esta, al parecer, se defendía y protestaba, y pronto el llanto surcó sus mejillas. Me quedé mirándolas mientras la discusión crecía, sin saber qué hacer, pues no entendía una palabra de lo que decían. Y, de repente, tan rápido como había comenzado todo, se acabó, y la madre, estrechando a su hija en sus brazos, la besó apasionadamente.

Nellie se volvió hacia mí con una expresión contrita.

—Mi madre está arrepentida de haber traído aquí al padre Brennan. Lo hizo con la mejor intención, y espera que no te sientas molesto. Miré a mi suegra durante unos instantes; después, sonreí.

—De ningún modo, *mamma* Petito —dije, sonriendo—. No tiene por qué disculparse. Yo sé muy bien que lo hizo con la mejor intención del mundo.

Sus brazos me rodearon y me besó en la cara.

—Eres un gran muchacho, Danny —dijo lloriqueando—. Todo lo que te pido es que seas bueno con mi Nellie.

—Lo seré, *mamma* —le prometí, mirando a Nellie con ternura—. De eso puede estar segura.



Cuando mi suegra se marchó, acabamos el arreglo de nuestro piso. Era el principio de la tarde. Me senté en el recibidor y encendí la radio. Una música suave invadió la habitación. Era una música levemente estimulante, como hecha para comenzar un nuevo día: *Serenata al amanecer*, de Frankie Carle.

Nellie entró en ese momento y se sentó a mi lado.

—¿Qué quieres para comer? —me preguntó con mucha seriedad.

—¿Cómo? ¿También sabes cocinar? —le pregunté con aire malicioso. Me lanzó una mirada de reproche.

—No seas tonto, Danny —se apresuró a decir—. ¿Qué quieres que te prepare?

—¿Para qué meterte en la cocina? —le dije—. Saldremos a comer fuera y celebraremos el día.

—Ni hablar —dijo, moviendo la cabeza—. Es demasiado caro. No podemos derrochar el dinero mientras no consigas un empleo fijo. Después, podremos comer fuera de casa cuanto gustes.

La miré con un nuevo respeto. Este había ido creciendo en mí durante todo el día

al ver que ella era mucho mayor de lo que yo había creído. Me levanté y apagué la radio.

—Haz lo que se te antoje, y dame una sorpresa —dije—. Mientras tanto, iré a dar una vuelta por las agencias a ver si se ha presentado algo que me convenga.

La intensa luz del sol me deslumbró unos instantes cuando salí del vestíbulo y me paré delante de la casa durante un momento. De allí, me dirigí a la estación del metro. De repente una sombra se proyectó sobre mi camino; sin levantar la vista, quise soslayarla y una mano vino a posarse en mi hombro. La voz que acompañó al ademán me era familiar.

—Ahora que has vuelto y te has asentado en la ciudad, Danny, el jefe es de opinión que le debes una visita.

No tenía más que alzar la vista para saber quién era el que así me hablaba. Lo había estado esperando desde el momento en que llegué. Sabía que jamás se olvidarían de mí.

Spit estaba frente a mí. En sus labios asomaba una sonrisa pero no en sus ojos. Vestía con cierta elegancia un traje oscuro de muy buen corte, y una camisa, inmaculada. Iba tan bien vestido que, por un momento, dudé que fuese él.

—Tengo ahora mucha prisa —dije, tratando de eludirlo.

Con una mano me aferró brutalmente el brazo mientras se llevaba la otra a un bolsillo de la chaqueta. Pude distinguir el bulto del revólver.

—Yo no creo que tengas tanta prisa, Danny, ¿verdad que no? —exclamó.

—Negué con la cabeza.

—No. Tienes razón. No tengo prisa —añadí.

Me señaló el borde de la acera. En él, se hallaba estacionado un automóvil con el motor en marcha.

—Sube —me dijo, tajante.

Abrí la portezuela y fui a sentarme en el asiento de atrás. En él se hallaba el Cobrador.

—Hola, Danny —me dijo, quedamente, y me dio un tremendo puñetazo en la boca del estómago.

Sentí un dolor punzante que me hizo doblar el cuerpo y caer al suelo del coche. La portezuela se cerró rápidamente y el coche se puso en marcha.

La voz de Spit me llegó confusa a los oídos.

—No le pegues más. El jefe se enfadará.

La voz del Cobrador era agria.

—Era lo menos que podía hacerle a este hijo de perra.

Spit me cogió por el cuello de la camisa y me hizo sentar a su lado.

—No digas nada al jefe de esto; si no, la próxima vez que te pesquemos, lo pasarás muy mal.

Asentí con un gesto y reprimí las náuseas que me subían a la garganta. Transcurrieron unos minutos antes de que me repusiera lo suficiente para pensar en lo

que me había dicho Spit: «La próxima vez que te pesquemos...». Esto quería decir, por una razón que yo ignoraba, que saldría de ese aprieto. Me preguntaba qué era lo que había ocurrido. Sabía que Maxie Fields no era de los tipos que olvidaban con facilidad.

El automóvil se detuvo frente a su establecimiento. Spit fue el primero en apearse del coche, siguiéndole yo y, detrás de mí, el Cobrador. Penetramos juntos en el estrecho vestíbulo, al lado del establecimiento y subimos por la escalera hasta llegar a la puerta del apartamento de Fields. Spit dio con los nudillos en la puerta.

—¿Quién está ahí? —oí que decía la voz de Fields.

—Soy yo, jefe —se apresuró Spit a contestar—. Tengo a Danny Fisher.

—Hazlo pasar —vociferó Fields.

Spit abrió la puerta y de un empujón me hizo entrar.

Todavía tenía el estómago dolorido, pero comenzaba a sentirme mejor. Por lo menos podía enderezar el cuerpo.

Maxie Fields estaba de pie detrás de su mesa, como un enorme Gargantúa. Fijó sus ojos llameantes en mí.

—Veo que no pudiste estar alejado mucho tiempo —exclamó, y rodeó la mesa para acercarse a mí.

No contesté. Toda mi atención estaba centrada en su persona. No le tenía miedo esta vez. Spit, sin quererlo, me había informado. Vi venir hacia mi cara la mano abierta de Maxie e, instintivamente, me agaché para esquivar el golpe.

Una aguda punzada en un costado me forzó a enderezarme. Spit, detrás de mí, me había golpeado duramente con el extremo del mango de su cuchillo. Esta vez la mano pesada de Maxie percutió con extrema violencia en mi mejilla. Me tambaleé, pero no dije una palabra. Intuí que hablando no iba a conseguir nada bueno y que lo mejor que podía hacer era callarme.

Fields me sonrió entre dientes, cruelmente.

—No eres tú el único que no pudo resistir a la tentación de volver.

Se volvió y gritó en dirección a la habitación contigua:

—Ronnie, tráeme algo de beber. Un viejo amigo nuestro ha venido a visitarnos.

Me volví hacia la otra puerta con un zumbido en los oídos. Sara se encontraba allí. Llevaba un vaso en la mano y fijaba en mí la mirada de sus ojos atónitos. Por un instante, nuestras miradas se cruzaron; pero, acto seguido, bajó los ojos y cruzó la habitación hacia Fields. Silenciosa, le tendió el vaso.

Él la contempló sonriendo con perversidad.

—¿No vas a saludar a tu viejo amigo?

Ella se volvió hacia mí. Sus ojos aparecían apagados y vacíos.

—Hola, Danny.

—Hola, Sara —le contesté.

Fields me miró, con el vaso en la mano.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, muchacho?

De un sorbo vació casi por entero el contenido del vaso.

—Nada ha cambiado, ¿verdad?

Contemplé el rostro de Sara. Impasible, hermético: no había en él expresión alguna.

—En efecto —dije yo—, nada ha cambiado.

—Ronnie no podía estar mucho tiempo alejada de su amor. Y volvió por sí sola, ¿verdad? —exclamó, dirigiéndose a ella.

Creí ver en los ojos de Sara un centelleo de odio, pero fue tan fugaz que apenas pude discernirlo.

—Sí, Max —contestó con una voz sin matiz, de autómata.

Fields la atrajo hacia sí.

—Ronnie no puede vivir sin su Max, ¿verdad? Esta vez pude percibir que sus labios temblaban.

—No, Max.

De un fuerte empujón la apartó de su lado.

—Vuelve a la otra habitación —rugió.

Sin mirarme, se encaminó a la puerta, se detuvo un breve instante en el umbral y, a continuación entró en el otro cuarto sin mirar hacia atrás.

Fields se volvió hacia mí.

—No hay quien se escape de Maxie Fields —exclamó, ufano.

Lo miré. No tenía que decirme eso: estaba convencido de ello. Me pregunté qué había hecho para obligarla a volver. Y también qué había sido de Ben.

Fue a sentarse a su mesa. Se dejó caer pesadamente en su sillón, mirándome con sus ojillos anegados en grasa.

—Recuérdalo, Danny. Nadie se escapa de Maxie Fields.

—Lo recordaré.

Respiraba pesadamente. Después de un momento llevó el vaso a sus labios y apuró el resto del líquido.

—Está bien —dijo, volviendo a colocar el vaso encima de la mesa—. Ahora puedes irte.

Me quedé paralizado. No me atrevía a moverme, receloso de alguna celada imprevisible. Había sido demasiado fácil. Con Maxie Fields sobre todo.

—¡Ya me has oído! —rugió, poseído de súbita cólera—. Vete y que no vuelva a verte en mi camino. La próxima vez quizá no tengas tanta suerte; puede que no esté tan bien dispuesto.

Seguía extático, sin moverme. Tenía miedo de volverme.

El teléfono de su mesa se puso a sonar, y lo descolgó al instante.

—Sí, sí, soy yo —vociferó.

Hubo un estallido de voz en el auricular y un cambio súbito en la cara de Fields.

—Hola, Sam —exclamó cordialmente.

La voz comenzó a rugir de nuevo y él cubrió con la mano la bocina.

—Spit, échalo de aquí si no quiere irse por su pie —dijo casi cordialmente.

No necesité otra invitación. Salí apresuradamente. Tuve que hallarme de nuevo en aquellas sucias calles que me eran tan familiares para comenzar a darme cuenta de lo que había ocurrido. Aunque todavía no entendía por qué había dejado que me fuera con tanta facilidad... Debía de haber alguna razón. A menos que Sara hubiese hecho un trato con él. Por eso no me había mirado ni dicho nada. Eso debía de ser. No encontraba otra explicación.

Consulté mi reloj. Solo eran las dos y cuarto. Me quedaba tiempo para trasladarme al centro y visitar las agencias de colocaciones. No quería volver a casa demasiado temprano y explicarle a Nellie lo ocurrido. Lo único que haría sería preocuparla.

Visité cuatro agencias pero no había nada. En todas ellas me dijeron que volviera al día siguiente. A las cuatro me encaminé al metro para trasladarme a la parte baja de la ciudad, diciéndome que si quería encontrar trabajo debería levantarme temprano al día siguiente. Al parecer no había muchos en perspectiva.

Había hecho un pollo *alla cacciatore* y *spaghetti*, y lo regamos con el Chianti que había traído su madre. La comida fue deliciosa, pero tuve que hacer un gran esfuerzo para ingerirla, pues tenía el estómago muy dolorido. Con todo, tragué lo bastante para quedar bien.

—¿Quieres que te ayude a fregar los platos? —le propuse.

Hizo un ademán negativo.

—Vete a la sala y enciende la radio —me dijo—. Estaré contigo en un santiamén.

Fui a sentarme en el butacón al lado de la radio y la encendí. La voz del «Rey del Pescado» resonó jocunda en el pequeño gabinete. Durante unos minutos me deleité escuchando los esfuerzos de Andy para encontrar un trabajo a su amigo.

Esta era, al parecer, la máxima preocupación del momento: encontrar trabajo. ¡Mi máxima preocupación! ¡Qué alivio si lo encontrara! Podríamos economizar algunos dólares y cuando las cosas fueran un poco mejor y pudiese hacer algo de dinero, podríamos con el tiempo comprarnos una casita. Fuera de Brooklyn, quizá, en mi antiguo barrio. Me gustaba. Las calles eran limpias y el aire fresco. Bien distinto a ese barrio en el que ahora vivíamos, calle Cuatro Este esquina a la Primera Avenida. Aunque era lo mejor del vecindario. La casa estaba limpia. Un edificio de cuatro plantas para una docena de familias, y no tenía el aspecto destartado de otras casas del barrio. Para comenzar, no estaba del todo mal.

Oí entrar a Nellie y la miré.

—¿Ya has terminado? —pregunté.

—Te dije que era cosa de pocos minutos —me contestó muy ufana.

La hice sentar sobre mí. Dejó descansar su cabeza en mi hombro y me miró a los ojos. Permanecimos así unos minutos. Me sentía enteramente feliz y satisfecho.

—¿En qué piensas, Danny?

—En la suerte que tengo —le contesté, risueño—. Tengo todo lo que ambicioné

en la vida.

—¿Todo, Danny?

—Bueno. Casi todo —contesté, mirándola a los ojos—. ¿Qué más quiero? Tengo mi chica y mi propio hogar. Todo lo que necesito ahora es un empleo, y, entonces, todo será perfecto.

Había una expresión grave en sus ojos.

—Lo que quería preguntarte era cómo iban las cosas. ¿Tienes algo en perspectiva?

Hice con la cabeza un movimiento negativo.

—Todavía nada, nena —dije ligeramente—. Al fin y al cabo, salí ya tarde y estuve en muy pocos sitios. Los empleos hay que buscarlos por la mañana, bien temprano.

Un aire de preocupación nubló su rostro.

—Los periódicos dicen que el desempleo alcanza un índice muy alto.

—Pero fíjate cómo son los periódicos —le dije, sonriendo—. Solo buscan una buena cabecera.

—Pero hay muchas familias en paro. Eso significa algo.

—Ya lo creo que sí —exclamé con un tonillo de sarcasmo—, que hay mucha gente que no tiene ganas de trabajar. Se puede conseguir trabajo si uno se empeña en buscarlo. Yo quiero un empleo y lo tendré.

—Pero, Danny, no todos son así.

—Escucha, Nellie. Solo los vagos recurren al subsidio de desempleo. Nosotros no tendremos nunca necesidad de él.

Se quedó callada durante un buen rato y finalmente se volvió hacia mí.

—Pero ¿y si tardas algún tiempo en encontrar un empleo?

—Nos arreglaremos —dije, muy risueño—. Por ahora, no tenemos que preocuparnos. Tú ya tienes tu trabajo.

—Pero ¿qué pasará si no puedo trabajar, si tengo que dejarlo? —Se sonrojó ligeramente y miró hacia otro lado.

—¿Y si quedo embarazada?

—No tienes necesariamente que estarlo —afirmé, categórico—. Hay más de un modo de impedirlo.

Se le fueron de pronto los colores de la cara y una densa palidez cubrió sus facciones.

—Los católicos no creemos en esas cosas. Eso va en contra de la religión. Es un pecado —exclamó, bajando la mirada hasta el suelo.

—Entonces, ¿qué hacéis? ¿Vais por el mundo constantemente preñadas?

—Hay algunos períodos de tiempo en que no existe peligro —murmuró, sin alzar los ojos.

Comencé a sentirme turbado, y muy molesto. Había muchas cosas por aprender.

—Pero ¿y si eso sucede en otros momentos? —pregunté curioso. Siguió evitando

mi mirada.

—No puede ser. No debe dejarse que ocurra entonces.

—¡Eso es una tontería! —exclamé, vehemente—. Haremos lo que todo el mundo. El sonido de unos sollozos llegó a mis oídos.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Por qué lloras? ¿He dicho algo malo?

—No puedo hacerlo, Danny —se lamentó, llorosa—. No puedo. Ya he hecho bastantes cosas malas, como esa que nunca debí consentir.

La estreché contra mí. Su cuerpo estaba rígido, atenazado por un temor que no acertaba a comprender. Aunque se las había tenido con el sacerdote, estaba seguro de que la visita de este había dado sus frutos.

—Está bien, Nelly, está bien —intenté tranquilizarla—. Haremos lo que tú digas.

Sus lágrimas cedieron el paso a una radiante sonrisa.

—Danny —exclamó, cubriéndome de besos la cara—. ¡Eres tan bueno conmigo! ¡Te quiero!

—También yo a ti, nena —le dije, con una sonrisa—, pero ¿no corremos ahora peligro?

Libro Cuarto

TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA

Ella recorrió el mostrador de cosméticos en toda su longitud y vino a sentarse en un taburete frente al lugar en donde yo me encontraba. Se movió y retorció en el incómodo asiento hasta quedar bien instalada en él, para poder exhibir sus pechos al apoyarse sobre el mostrador. Con el rabillo del ojo, podía ver a mi jefe, Jack, mirándola. No podía criticarle. La muchacha tenía un magnífico par de «razones».

Terminé de secarme el sudor del rostro, con una toalla limpia y fui a servirla. Era una de esas noches bochornosas, frecuentes en Nueva York durante el mes de octubre, cuando las últimas legiones del verano luchan una batalla perdida. Me incliné sobre el mostrador y le obsequié con una de mis sonrisas.

—¿Qué desea, señorita? —le pregunté, consultando el reloj de pared, detrás de ella.

—Una «Coca» corta con lima, Danny —me dijo con una sonrisa lánguida acompañada de una mirada húmeda como si me invitara a ir a la cama.

—¡Como las balas! —le dije, devolviéndole su sexual mirada. Sin volverme, busqué detrás de mí y cogí un vaso del estante. Su sonrisa se hizo más profunda y cálida.

Puse el vaso bajo la espita y bajé la palanca de la bomba. Esta soltó un chorro del moreno y espeso jarabe y, acto seguido, coloqué el vaso bajo el grifo del agua de Seltz, empujando el mango con el filo de mi mano. Mientras se llenaba el vaso, exprimí en él un trocito de lima y agité el líquido con una cucharilla; entonces, cerré el grifo del Seltz.

Tenía un cigarrillo sin encender en los labios cuando coloqué el vaso de «Coca» frente a ella. Me apresuré a darle fuego. La llama vacilante de mi cerilla avivó por un momento el brillo de sus ojos.

—Gracias, Danny —me dijo.

—De nada —le respondí, y le ofrecí una pajita.

La cogió con gracia de mis dedos y agitó con lentitud el contenido de su vaso con ella. Y antes de llevárselo a los labios, exclamó:

—Deberías tener puestos en el metro donde uno pudiera conseguir «Coca», si se está sediento, en noches como esta.

—No estoy de acuerdo con usted —le dije, muy risueño y exagerando la entonación de la gente del Sur. Era de rigor que los chicos que despachaban refrescos y helados en las droguerías de Nueva York fueran del Sur—. Porque eso me privaría del placer de verla.

Me lanzó una apreciativa sonrisa y avanzó más hacia mí sus macizos promontorios gemelos. Les otorgué la expectación precisa antes de reunirme con Jack, a un extremo del mostrador. Eso era parte del juego. Las chicas que venían a

sentarse al mostrador esperaban todas este callado homenaje. Era una secreta satisfacción que se procuraban por muy poco dinero. Romance en el puesto de los helados. Muy barato, por un níquel tenían romance y Coca-Cola.

—Ya es más de la una. ¿Cerramos? —le dije a Jack.

Desde la caja registradora, Jack consultó el reloj de pared. Asintió con un movimiento de cabeza y sus ojos volvieron a fijarse en la muchacha.

—Dime, Danny, ¿debe de ser ese cabello rubio y esos ojos azules lo que las atrae?

—¡Bah! —le respondí con mi usual modestia—. Es mi apostura viril de americano guapo que las atontolina.

Él movió la cabeza.

—No sé lo que será, pero lo cierto es que de cada cinco pitusas que vienen por acá, cuatro me pasan de largo y van a sentarse allí donde tú despachas. ¡Y qué de panoramas te ofrecen!

—No seas celoso, Jack. Yo atraigo a las damas, pero tú te llevas el dinero.

—Francamente, Danny —preguntó, curioso—, ¿no te aprovechas de algunas de ellas?

—Tú me conoces, Jack. Un hombre casado con una hijita no tiene tiempo para ir de juerga por ahí, y además de no tener tiempo, tampoco tengo dinero.

Miré en dirección a la pitusa y hubo entre ambos un rápido cambio de sonrisas lánguidas.

—Por otra parte, no hay nada que hacer con estas pitusas. Les gusta jugar con fuego porque por lo general van vestidas de amianto.

Rio entre dientes y miró la caja registradora.

—No creo ni una palabra de lo que me dices —exclamó—, no obstante, tienes razón. Ya es hora de cerrar.

Volví al mostrador y taladré un tique por el importe de la consumición y lo dejé caer frente a la chica cuando esta terminaba de apurar el último trago de su refresco.

—Gracias, señorita.

Embolsé el níquel que me entregó en pago de su consumición, bajó del taburete y se marchó. Yo volví adonde se hallaba Jack. Era la una y cuarto de la mañana, aunque no necesitaba consultar el reloj para saberlo. Estaba rendido de cansancio. Mis piernas me cosquilleaban y la espalda me dolía. Había estado de pie siete horas y un cuarto, ya que había entrado aquella tarde a las seis. Pero ¡qué diablos!, me decía mientras ayudaba a cerrar el establecimiento. Era un empleo como otro cualquiera, y en aquel otoño del año 1939, aunque había una guerra en Europa, los empleos no caían de los árboles. Bien lo supe, a mis expensas, cuando me puse a buscar trabajo.

Tres años, para ser exactos, tardé en esa búsqueda. Por suerte, conseguí algunos empleos, pero no habían durado mucho. Siempre ocurría algo que me obligaba a volver a la calle, en busca de otro empleo. Esto no fue grave mientras Nellie estuvo trabajando. Nos arreglábamos para sortear las dificultades. Pero vino Vickie, y las cosas cambiaron; las dificultades económicas se hicieron insorteables.

Recuerdo el día en que Nellie, al volver a casa de su trabajo, me anunció que iba a ser madre. La expresión de mi rostro debió de ser tal, que Nellie extendió la mano y me agarró del brazo.

—¡Danny! ¿No te alegra la noticia?

Era evidente que estaba muy dolida.

—Sí, sí me alegra —exclamé sin gran convicción.

—Se acercó a mí.

—Nadie lo diría.

—Estaba pensando en lo brillante de nuestra situación económica.

—Conseguirás trabajo —exclamó—. Las cosas no pueden seguir siempre así.

Me volví y encendí un cigarrillo.

—Es lo que me estoy diciendo a cada instante —exclamé.

Hizo que me volviera a ella y observara la expresión amarga y desilusionada de su rostro.

—No eres feliz de que vayamos a tener un niño —me dijo con una nota acerba de acusación.

—¿Por qué no iba a ser feliz? —dije mientras dejaba escapar el humo del cigarrillo por la nariz—. Saldré a la calle y me pondré a bailar. Es formidable. Tendremos suerte si no acabamos viviendo allí, según van las cosas. Jamás he sido tan feliz en mi vida.

Bajó sus ojos, profundamente turbada.

—No pude evitarlo, Danny —murmuró con tono de disculpa—. Ocurrió... lo que debía ocurrir.

—Por supuesto, ¡no podía ser de otro modo! —dije, sarcástico—. Hay docenas de medios para evitar lo que «debía ocurrir», pero mi mujer no cree en ellos. Cree, en cambio, en ideas de período y otras zarandajas. Tiene que...

—¡Danny!

Me callé. Sus ojos estaban arrasados de lágrimas. Di unas chupadas a mi cigarrillo, en silencio.

En medio de su llanto, exclamó, lastimera:

—¡Danny! ¿No quieres un hijo?

El dolor que había en su voz me recorrió y penetró en mi corazón. La estreché en mis brazos con vehemencia.

—Perdóname, Nellie. Claro que quiero un hijo. Pero me pregunto: ¿cómo vamos a criarlo? Los niños traen gastos... y no tenemos dinero.

Sonrió, trémula, a través de sus lágrimas.

—Los niños no gastan tanto —murmuró—. Todo lo que necesitan es cariño.

Pero no era tan fácil. Necesitan algo de dinero también. Recuerdo cuando, así que hubimos gastado el último dólar de nuestros ahorros, tuvimos que correr al Departamento de Beneficencia para que nos ayudaran. El encargado nos lanzó una mirada primero a mí y luego a Nellie, que estaba ya en su octavo mes de embarazo,

que parecía preguntar qué derecho teníamos nosotros a traer hijos al mundo cuando no podíamos mantenernos a nosotros mismos. Fueron interminables los cuestionarios que hubimos de llenar y de firmar, y los inspectores que fueron a casa a todas horas. Tuvimos que presentar certificados hasta que no quedó de nuestras vidas ni un asomo de intimidad que hubiésemos callado.

Recuerdo también el día en que una inspectora nos trajo a casa el primer cheque. Era una mujer gruesa, que llevaba un viejo abrigo de pieles.

—Esto es para la comida y otras primeras necesidades —me dijo cuando cogí el cheque.

Asentí sin mirarle a los ojos.

—Si nos enteramos —continúo con cierto tono de amenaza— que han gastado la más ínfima parte de ese dinero en whisky, en juego u otro fin distinto al perseguido, cortaremos el subsidio de inmediato.

Se me encendió el rostro de ira, pero no la miré. No podía. Me sentía humillado como jamás lo había sido en mi vida.

Esto ocurrió antes de que naciera Vickie. La primera vez que la vi fue cuando la enfermera del hospital municipal me permitió echarle una ojeada a través de un panel acristalado. Vickie era mi hija, mi muñeca. Menuda, sonrosada. Con un pelillo rubio como el mío. Tenía la sensación de que iba a estallar de alegría: comprendí que me compensaba de todas mis humillaciones, y penalidades, solo con estar allí y verla.

Luego, la enfermera me permitió entrar a ver a Nellie. Estaba en un pequeño pabellón, en la cuarta planta, junto con siete pacientes más. Vio cómo me acercaba a su cama, muy abiertos sus grandes ojos negros. No le dije nada. No sabía qué decir. Me incliné sobre ella y la besé ligeramente en los labios, con mi mano sobre su brazo.

Al alzar sus ojos hasta los míos observé que una delgada vena azul palpitaba en su garganta. Parecía muy cansada.

—¡Es una niña! —murmuró, como extasiada.

Yo asentí.

—Pero tiene tu cabello —agregó rápidamente.

—Y tus ojos y tu cara —me apresuré a decirle—. La he visto. ¡Es una belleza!

Nellie sonrió levemente.

—¿No estás desilusionado? —me preguntó en voz baja.

Sacudí la cabeza con fuerza.

—Es lo que yo esperaba —exclamé, enfático—. Una segunda tú.

La enfermera se presentó.

—Es mejor que se vaya, señor Fisher —me dijo.

Volví a besar a Nellie. Abandoné el pequeño pabellón y después pasé una noche insomne en el solitario apartamento. Me levanté muy temprano y me puse, ansioso, a buscar trabajo.

Como de costumbre, no había nada. Finalmente, frenético, arrebatado por el temor de que no pudiera dar de comer a mi hija, tomé la resolución de ver a Sam y

pedirle ayuda. Recuerdo muy bien la hora que pasé delante del Empire State, en donde tenía su oficina, turbado e indeciso antes de decidirme a subir a verle. Por fin lo hice; tomé el ascensor y llegué a su despacho.

La recepcionista no me dejó pasar. Sam se negaba a recibirme. Bajé y me metí en una cabina telefónica y lo llamé. Me contestó con voz hosca. Sus primeras palabras fueron como una ducha de agua helada y colgué el auricular con una sensación aguda, en la boca del estómago, como si sus palabras estuvieran sonando aún en mis oídos. «¿Qué te pasa, chico? ¿Quieres que te dé una limosna?» Fue entonces cuando me di cuenta de que todas las puertas se habían cerrado detrás de mí. No tenía a nadie a quien acudir. Pagaba las consecuencias de todos mis errores.

Nellie volvió a casa con la niña, y pasé todo aquel verano sin empleo hasta que conseguí ese. Lo había hallado unas cuantas semanas antes; pero apenas me daba para mantenernos. Era un trabajo nocturno mal remunerado, pero estaba tan desesperado que no vacilé en tomarlo. Dependiente de la sección de refrescos y helados de un *drugstore*, seis dólares semanales y propinas. Si podía conseguir que los del subsidio no se enteraran de que tenía ese empleo, con lo que me reportaba este y los setenta y dos dólares de aquellos, podíamos ir tirando.

Limpié la última bomba y consulté el reloj. Eran las dos y media. Me quité el delantal y lo guardé debajo del mostrador, en donde lo encontraría al día siguiente por la tarde. Si me daba prisa en tomar el metro, estaría en casa hacia las tres de la madrugada. De ese modo, podría dormir unas horas antes de que la inspectora de la Beneficencia viniese por la mañana con el cheque mensual. Solía presentarse en casa alrededor de las siete de la mañana.

Apenas podía tener los ojos abiertos mientras, sentado a la mesa, escuchaba la voz nasal, monocorde de la señorita Snyder. Era la inspectora del Departamento de Subsidio de la Beneficencia Pública encargada de nuestro caso. Se trataba de una persona de esas que lo saben todo. En ese momento, daba a Nellie instrucciones sobre la manera de preparar una salsa de carne para *spaghetti*, sin carne.

—Es algo maravilloso —exclamó Nellie—. ¿Verdad que sí, Danny?

Estaba adormilado y la voz de Nellie me hizo abrir los ojos.

—¿Qué? —balbucí—. ¡Oh, sí, por supuesto!

—No estaba usted escuchando, señor Fisher —me dijo la señorita Snyder con tono glacial de reproche.

—¡Cómo no, señorita Snyder! —me apresuré a decir—. He oído todo lo que decía.

Me miró, penetrante, tras sus gafas de montura metálica.

—Parece muy cansado, señor Fisher —dijo, recelosa—. ¿Se acostó anoche muy tarde?

Ya estaba completamente despierto.

—No, señorita Snyder —repuse, tratando de desvanecer sus sospechas—. Me acosté muy temprano, pero dormí muy mal. Ya sabe usted, las preocupaciones...

Se volvió hacia Nellie. Pude ver que mis palabras no la habían convencido.

—¿Y cómo está la niña, señora Fisher? —preguntó, gorgoteando.

—¿Quiere usted verla, señorita Snyder?

Nellie se levantó impulsiva. Sonreí para mis adentros. Mi mujer conocía el punto flaco de la inspectora. Era una solterona a la que encantaban los niños. A partir de ese momento, podía dormitar y hasta dormir a pierna suelta encima de la mesa y no se daría cuenta de nada.

Esperé hasta que señorita Snyder se fue y pude volver a las blanduras de mi cama. Era tal mi sueño, que ni siquiera me tomé la molestia de quitarme los pantalones. Me desperté con la sensación de que estaba solo en la casa. Volví la cabeza para mirar al despertador que estaba sobre la mesilla de noche. Eran las doce. Una hoja de papel junto al reloj llamó mi atención. Era una nota de Nellie.

Me voy a cobrar el cheque, pagar unas cuentas y hacer unas compras. Me llevo a Vickie para que puedas dormir. Hay café en el hornillo. Volveré hacia las tres.

Volví a colocar la nota en la mesilla de noche, salté de la cama y me desperté. Los huesos de mis hombros funcionaban. Entré en el cuarto de baño y me puse a

enjabonar la cara ante el espejo. Me vi cansado y avejentado. La piel sobre mis pómulos me parecía estirada y seca, y en los ángulos extremos de mis ojos veía formarse ya inquietantes patas de gallo. Respiré a pleno pulmón y comencé a mover vigorosamente la brocha. Entonces me sentí mejor, con mi rostro cubierto por entero con la espuma blanca.

Rechinó la llave en la cerradura cuando apenas había terminado de afeitarme. Allí estaba Nellie. En un brazo llevaba a Vickie y en el otro una gran bolsa de provisiones. Le cogí la niña y me fui con ella a la cocina. Nellie me siguió con la bolsa.

—Pagué las cuentas de la carnicería y de la tienda de comestibles —me dijo, poniendo la bolsa encima de la mesa— y cuando hayamos pagado el alquiler, el gas y la electricidad, nos quedará todavía una fortuna, ¡seis dólares!

—¡Magnífico! —le dije.

Vickie estaba demasiado quieta. Por lo general, cuando yo la cogía en brazos, no paraba de reír.

—¿Qué le pasa a Vickie? —pregunté un tanto alarmado.

Nellie observó a la pequeña.

—No sé —dijo con una expresión de inquietud—. Ha estado así toda la mañana. En la tienda se puso a llorar. Por eso he vuelto a casa tan temprano.

La alcé en mis brazos por encima de mi cabeza.

—¿Qué le pasa a mi ciélin? —canturreé, meciéndola y zarandeándola ligeramente en el aire, esperando que gorgoteara feliz y contenta como solía hacerlo cada vez que la alzaba de ese modo.

En vez de ello, se puso a llorar. Su llanto sonó desgarrador en la habitación. Me volví, desconcertado, hacia Nellie. Nunca sabía qué hacer cuando la niña lloraba. Mis dedos se ponían a temblar.

—Déjame que la acueste —dijo Nellie, práctica, desprendiéndola de mis brazos—. Tal vez se encuentre mejor después de que haya dormido un poco.

Me senté a la mesa y me serví una taza de café, mientras Nellie acostaba a la niña. Hojeé el periódico distraído. Vi en él un artículo que se refería al subsidio familiar. Al parecer, había muchos que lo explotaban y el Departamento iba a tomar las medidas oportunas para cortar los abusos. Se lo mostré a Nellie cuando volvió a la cocina.

Me miró recelosa.

—¿Crees que señorita Snyder sospecha algo?

Me encogí de hombros.

—No sé por qué sospecharía. Siempre estoy en casa cuando se presenta.

—Tal vez algunos de los vecinos hayan advertido algo y se lo hayan dicho.

—No lo harían. Tienen ya bastantes preocupaciones encima.

—Sin embargo, esta mañana he notado algo raro en ella. Como si se oliera algo.

—Olvídalo —le dije con un aplomo que estaba lejos de sentir—. Nada sabe.

Vickie se puso a llorar de nuevo. De repente, en medio de su llanto, comenzó a toser. Una tos ronca, silbante. Nellie y yo nos miramos unos instantes, y,

seguidamente, mi mujer se precipitó hacia el dormitorio.

Yo la seguí.

Cuando llegué a la alcoba, Nellie tenía a Vickie en sus brazos, boca abajo y le daba palmaditas en la espalda. La tos cedió. Nellie me miró con ojos asustados.

—Danny, está ardiendo.

Le rocé la frente con la palma de la mano. Estaba muy caliente y húmeda.

—Sí, debe de tener un poco de fiebre.

—Estuvo tosiendo anoche —me dijo Nellie—. De seguro le pegué mi resfriado.

No había caído en eso. Nellie había estado toda la semana muy acatarrada.

—Llamemos al médico —dije.

La niña volvió a llorar. Nos miramos, consternados. Ella bajó la vista hacia la niña, después volvió a mirarme.

—Sí. Es lo mejor que podemos hacer —convino—. La tarjeta de asistencia médica está en la mesa de la cocina. Baja al portal y telefonéalo.



El doctor se apartó de la niña e hizo una señal a Nellie para que se acercara.

—La examinaré a usted mientras su marido acuesta a la niña —dijo.

Nellie le preguntó, turbada:

—¿Está bien?

Mientras volvía a tender a la niña en la cunita vi con el rabillo del ojo que el doctor hacía un ademán tranquilizador.

—Tiene un fuerte catarro que al parecer se le ha concentrado en la garganta. Le voy a recetar algo para aliviarla.

Tenía en la mano un depresor y le ordenó a Nellie:

—Abra la boca y diga ¡Ah!

Nellie abrió la boca y el doctor le introdujo en ella el instrumento.

Nellie sintió náuseas y comenzó a toser. Él retiró el depresor rápidamente y esperó a que pasara el acceso de tos. A continuación, buscó en su maletín el termómetro.

—¿Y bien? —preguntó Nellie.

Le sonrió.

—No se preocupe, señora Fisher. Ahora veamos si tiene fiebre.

Le colocó el termómetro en la boca, tomó de su maletín un talonario de recetas y comenzó una.

Acababa de tapar a la niña cuando el doctor me dijo:

—Por favor, su número de asignación.

—Está en la cocina, doctor —le dije, rápido—. Voy a buscárselo.

Cuando volví a la habitación, el doctor estaba examinando el termómetro que había sacado de la boca de Nellie.

—También usted tiene un poco de fiebre, señora Fisher —le dijo—. ¿Lo sabía?

Nellie hizo un gesto negativo.

—Será mejor que se acueste y pase unos días en cama —dijo.

—Pero, doctor —protestó—, todavía no nos ha dicho qué tiene Vickie.

—Lo mismo que usted —le contestó dando muestras de impaciencia—. Las dos tienen la garganta inflamada y un resfriado muy fuerte.

Le daré un par de recetas, una para usted y otra para la niña. Sigán las instrucciones y las dos se pondrán bien en muy poco tiempo.

—¿Cree usted que la he contagiado yo? —le preguntó Nellie.

El doctor estaba escribiendo la receta.

—No sé quién contagió a quién. Eso no tiene importancia. Sigán las instrucciones, abríguense bien y mañana volveré a verlas.

Me tendió las dos recetas.

—¿Tiene el número? —me preguntó.

Le di sin pronunciar palabra la tarjetita blanca que me habían dado. Era una autorización para obtener asistencia médica a expensas de la Beneficencia Pública.

El doctor garabateó algo apresuradamente en su agenda. Pude darme cuenta de que habíamos recibido toda la atención que podía brindarnos por los dos dólares por visita que recibía. Terminó de escribir y me entregó la tarjeta y una hojita de papel.

—Dele este papel a la inspectora cuando la vea —dijo bruscamente, recogiendo su maletín.

Miré el papel que tenía en la mano. Era un impreso de visita médica del Departamento de la Beneficencia Pública.

—Sí, doctor —le respondí.

Ya estaba en la puerta cuando se volvió y dirigiéndose a Nellie, le recomendó:

—No deje de hacer lo que le he dicho. Guarde cama y tome la medicina según las indicaciones del frasco. Volveré mañana.

Salió, cerrando la puerta tras de sí. Nellie y yo nos miramos uno al otro. La ira se apoderó de mí. Arrugué el papel, rabioso.

—¡El hijo de perra! —exclamé—. ¡Qué manera más cómoda de ganarse dos dólares! Listo, por un dólar. Demasiado ocupado para hablarnos porque somos gente que vive de la caridad pública. ¡Apuesto que no se dirige a otros pacientes como lo ha hecho con nosotros!

Nellie se puso a toser.

—¡Bah! Tenemos, que conformarnos —dijo, terminado el acceso—. Por lo menos, ha venido. Hay quien ni se molesta en aparecer cuando se entera de quién paga la cuenta.

No podía reprimir mi cólera.

—Nos ha tratado como si fuéramos seres inferiores.

Volvió a la cama y se dejó caer en ella, exhausta.

—Ahora ya sabes cómo es la gente, Danny —dijo en voz baja.

La expresión paciente de su cara hizo que me avergonzase de mi arrebato. Tenía

razón Nellie. Si no aprendía la dura lección de la vida, jamás la aprendería. Fui hasta la cama y le cogí una mano.

—Ahora bajaré a la farmacia para que me despachen las recetas. Esta noche me quedaré en casa.

Ella negó con la cabeza.

—No, Danny —exclamó—. Ve ahora a la farmacia a que te despachen las recetas; pero después, irás a tu trabajo. Necesitamos el dinero.

—Pero el doctor te recomendó que guardaras cama —protesté. Sonrió desmayadamente.

—Siempre dicen eso, pero ¿quién guarda cama por un simple resfriado? Vete a trabajar. Las dos estaremos bien cuando vuelvas.

Subí la escalera corriendo y me detuve ante la puerta del piso. No bien hube introducido la llave en la cerradura, oí la tos de Nellie. Entré y vi que había luz en el dormitorio. Me dirigí hacia él, con cuidado.

—¡Nellie! ¿Estás levantada?

Me detuve en el umbral de la puerta. Nellie estaba inclinada sobre la cuna de la niña.

—¡Danny! —gritó.

Entré en el dormitorio, alarmado.

—¿Qué ocurre?

Me cogió por las solapas de la chaqueta.

—¡Tienes que hacer algo! —Tosía y hablaba a un tiempo—. ¡Vickie está ardiendo!

Miré al fondo de la cuna, y toqué la frente de mi hijita. Ardía, en efecto. Miré a Nellie.

—Tiene cuarenta grados de fiebre —me dijo con voz temblorosa.

Nellie tenía los ojos hundidos, brillantes de fiebre. Traté de que mi voz aparentase calma.

—No te alarmes —le dije—. Esas temperaturas tan altas no son raras en los niños. Tú también tienes fiebre.

—No te preocupes por mí —me dijo, con una nota de histeria en la voz—. Tenemos que hacer algo por Vickie.

La cogí por los hombros, sacudiéndola.

—Nellie —grité—. Cálmate. Bajaré enseguida a telefonear al doctor. Ahora vuelvo.

Rompió a llorar. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Sí, Danny. —Se volvió y tapó bien a la niña—. Pronto, Danny, la fiebre la está consumiendo.

El disco del teléfono rechinó bajo mis dedos nerviosos y su sonido repercutió en el estrecho vestíbulo desierto. Oí un chasquido y el teléfono, al otro extremo del alambre, comenzó a sonar. El zumbido duró unos cuantos segundos hasta que descolgaron el auricular. Una voz de hombre medio dormido contestó:

—Sí, ¿quién habla?

—¿El doctor Adams? —pregunté.

—Al habla el doctor Adanis —respondió la voz.

—Doctor, soy Danny Fisher —me apresuré a decir—. Usted vino a mi casa esta mañana a ver a mi hijita.

Su voz sonó incomodada.

—Sí, señor Fisher, le recuerdo.

—Creo que será mejor que venga enseguida, doctor. Mi hija tiene una fiebre altísima... cuarenta grados de temperatura ¡y sigue subiéndole!

Su voz llegó lentamente a través del auricular.

—¿Duerme?

—Sí, doctor. Pero no me gusta nada su aspecto... está muy roja y suda a chorros. A mi mujer también le está subiendo la temperatura.

Hubo un momento de vacilación antes de que el doctor hablara de nuevo.

—¿Tomó la medicina como receté?

—Sí, doctor.

—Entonces no se preocupe, señor Fisher.

La voz del doctor expresaba una impersonal confianza profesional que no me convenció.

—Por lo común, la fiebre tiene tendencia a subir por la noche en estas afecciones gripales. Deles a las dos de beber algo muy caliente y tápelas bien. Estarán mejor por la mañana, y entonces iré a visitarlas.

—Pero... ¡doctor! —imploré.

—Haga lo que le digo, señor Fisher.

Su voz me llegó autoritaria y firme, y un chasquido significativo siguió a sus palabras.

Me quedé con el silencioso teléfono en la mano, y me di cuenta de que había colgado. Colgué el mío, a mi vez, con rabia.

Los ojos de Nellie estaban agrandados cuando volví al apartamento.

—¿Viene? —me preguntó ansiosa.

—No —le dije con tanta indiferencia, como pude. No quería que se preocupara más de lo que estaba—. Me dijo que no era nada, que esto es lo que sucede siempre en las afecciones gripales. Me dijo que os diera de beber algo muy caliente y que os abrigara bien.

—¡Danny! ¿Crees que no hay que alarmarse?

Estaba nerviosa.

Sonreí para darle aliento; un aliento que yo no sentía.

—Por supuesto que no. Es un doctor, ¿no?, y debe saber lo que se dice. —La conduje hasta la cama—. Anda échate. Voy a hacerte té y lo beberás muy caliente. Tampoco te encuentras tú muy bien.

Se acostó a regañadientes.

—Primero prepara un biberón para Vickie —me dijo.

—Desde luego, Nellie, desde luego —le respondí—. Ahora tápate bien, y suda.



Llevé la taza de té al dormitorio con cuidado y me senté en el borde de la cama.

—Vamos —le dije, con ternura—. Bebe esto. Ya verás cómo te sientes mejor.

Tomó la taza de mi mano extendida y la llevó a sus labios. Pude ver cómo entraba en calor rápidamente.

—¡Qué bueno está! —exclamó.

Le sonreí y le dije, ampuloso:

—¡Claro que está bueno! Pues no es nadie quien lo preparó: ¡*Mosiú* Daniel, del Waldorf!

Me sonrió y volvió la taza a sus labios de nuevo.

—Ahora ve a ver cómo está Vickie —me dijo.

Me incliné sobre la cunita. La niña dormía apaciblemente.

—Está dormidita como un ángel —le dije.

Nellie vació la taza y me la devolvió. A continuación volvió a reposar su cabeza sobre la almohada. Sus negros cabellos se desparramaron por la blancura de su funda.

—Nena —le dije con tono de admiración—. A veces olvido lo guapa que eres.

Me sonrió, soñolienta. Podía darme cuenta de lo cansada que estaba.

—El trabajar de noche afectó tu vista, Danny —me dijo, burlona—, y hace que todo lo veas mejor de lo que es.

Apagué la luz.

—Duerme —le dije, inclinándome sobre ella y besándola en la sien—. Todo irá bien a partir de ahora:

Volví a la cocina y enjuagué la taza. Me senté a la mesa, saqué un cigarrillo y estaba encendiéndolo, cuando oí un ruido de tos en la alcoba de la niña. Tiré el cigarrillo en el fregadero y me precipité hacia ella. Era Vickie la que tosía, con una tos profunda, como un débil estertor. La tomé en mis brazos, envuelta en la manta, la puse boca abajo y le di unas palmaditas en la espalda hasta que la tos cesó.

Nellie dormía de nuevo. Me alegré de que la tos de Vickie no la hubiese despertado. Toqué con los dedos la frente de la niña. Seguía ardiendo. La cabeza de Vickie cayó sobre mi hombro. Se había dormido. La volví a colocar en la cuna y la tapé de nuevo.

—Papá volverá enseguida —murmuré.

Volví a la cocina y abrí el grifo para apagar mi cigarrillo que seguía ardiendo en el fregadero. Después, apagué la luz y volví al dormitorio, en plena oscuridad. Coloqué una silla junto a la cuna y me senté. A tientas, busqué los deditos de Vickie. Instintivamente, su manita se enroscó alrededor de mi índice. Me quedé muy quieto, sin mover el dedo, no fuera que la despertase de su sueño.

Por la ventana brillaba la luna, y la misma noche parecía nueva, como si fuera de otro mundo. Percibí que Vickie se movía y me volví para mirarla. Estaba durmiendo sobre un costado.

En la oscuridad, pude percibir su cuerpecito. «¡Mi hijita!», pensé con orgullo. Era preciso este tremendo susto para darme cuenta de lo preciosa que era para mí. Volvían a mi memoria todos aquellos detalles que adquirirían un relieve extraordinario: su alegre gorgoteo después de las comidas, las miradas de sus ojos azules

siguiéndome cuando entraba o salía, las arruguitas que se formaban en las diminutas plantas de sus pies.

—Lucharé, como te mereces, Vickie, nena, para que puedas vivir —le prometí.

Mi propia voz ronca en la oscuridad me asustó a mí mismo.

Miré, nervioso, la cama. Nellie seguía durmiendo. Volví a la cuna y esta vez tuve cuidado de que mi voz fuese un hilillo apenas perceptible.

—Ponte bien, Vickie, mi muñeca —murmuré—. Ponte bien y fuerte para tu papá. Hay fuera todo un mundo cuyas riquezas quiere compartir contigo. Hay luna y sol y estrellas; una multitud de cosas que podrás ver, oír, oler y tocar. Hazte fuerte para que podamos ir los dos por la calle, cogidos de la mano, gozando de la alegría de vivir. Te compraré muchas cosas, Vickie... muñecas y juguetes y vestidos. Todo lo que tú quieras, todo será para ti. Trabajaré las veinticuatro horas del día para hacerte feliz. Eres mi niña ¡y te adoro!

Oí de nuevo que se movía y volví sondear las tinieblas para verla. Qué necio había sido todo ese tiempo pasado no dándome cuenta de lo rico que me había hecho. Aparté mi mirada de la cuna y la dirigí a lo alto.

—¡Por favor, Dios —recé por primera vez desde mi infancia—, por favor, Dios, haz que se ponga bien!

Rompió el silencio de la habitación un ligero acceso de tos de Nellie. Oí que se agitaba, inquieta, en la cama. Me levanté de la silla y fui a mirarla. Las mantas, debido a su movimiento, se habían corrido a un lado, descubriendo parte de su cuerpo. La cubrí de nuevo.

La noche me pareció larga y quieta y, poco a poco, me invadió su sopor invencible, aunque mantuve mi mano metida en un lado de la cuna. Me esforcé en mantener mis ojos abiertos y avizores; pero resistieron mis esfuerzos, y el cansancio me venció y quedé dormido.

Oí, de pronto, como si viniese de muy lejos, el rumor de unas toses... a la par que percibía sobre mis párpados un deslumbramiento súbito. Abrí los ojos y a la luz gris del amanecer vi la cuna.

Vickie estaba tosiendo. La cogí, frenético, en mis brazos, y la coloqué boca abajo. Pero todo fue inútil. No paró de toser. Tenía los ojos cerrados y finas gotas de sudor se veían en su frente a la luz de la mañana. Sentí que, de pronto, su cuerpecito se ponía rígido y vi que su rostro se iba amoratando por momentos.

Desesperado, abrí con mis labios su boquita y exhalé en ella mi aliento con toda la fuerza de que fui capaz; el miedo y el conocimiento de lo que estaba ocurriendo encogían mi corazón. Una y otra vez traté de darle aliento con el mío, mi vida por la suya, a pesar de que sabía que no había nada que pudiera hacer por ella de nuevo.

Me quedé silencioso en el cuarto, estrechando contra mi pecho el cuerpecito, al que invadía ya el gélido aliento del amanecer. Sentí el sabor salado de las lágrimas que brotaban de mis ojos.

—¡Danny! —gritó desde su cama, enloquecida, Nellie.

Me volví hacia ella. La miré un momento que fue toda una eternidad, y mil pensamientos que jamás habrían podido expresarse con palabras. Ella lo sabía. En cierto modo, lo había sentido. De ahí el espanto que hiciera presa en ella. Tendió sus brazos hacia Vickie.

Lentamente, me encaminé hacia la cama y puse en sus brazos el cuerpo inerte de nuestra hija.

Los peldaños de madera crujieron una vez más bajo nuestros pies. Era un ruido que nos era familiar, al que nos habíamos acostumbrado, pero que ya no nos proporcionaría sensación alguna de alegría. Habían transcurrido ya más de tres años desde que los subimos por primera vez.

Éramos felices por aquel entonces. Éramos jóvenes y la vida nos ofrecía radiantes perspectivas. Reíamos y estábamos exaltados. En un repliegue de mi memoria guardaba el recuerdo de cómo había cruzado el umbral de la puerta con ella en brazos. Pero esta evocación fue fugaz y jamás debió sacarla mi memoria. Aquello había ocurrido hacía mucho tiempo, y ya no éramos jóvenes.

Miré su espalda, recta, atiesada, mientras subía, un escalón por delante de mí. Había sido fuerte durante todo el tiempo. No derramó lágrimas ni exteriorizó con gritos y gimoteos su profundo dolor. Solo la llama oscura de sus grandes ojos, el fruncimiento de pena de sus labios me revelaban su dolor:

Se detuvo un instante en el rellano de nuestro piso y, al volverse para dirigirse a la puerta, me pareció advertir en ella un movimiento extraño, como si fuera a caer. Su mano buscó la mía y se agarró con fuerza a ella.

No nos dirigimos una sola palabra mientras anduvimos cogidos de la mano hasta nuestra puerta y nos paramos frente a ella. Con mi mano libre, tuve que registrar mis bolsillos, en busca de la llave. No estaba allí y tuve que usar la otra para buscar en los bolsillos del otro lado. Con ella en la mano, estuve unos segundos sin atreverme a introducirla en la cerradura. No me miró. Sus ojos estaban clavados en el suelo, frente a ella.

Metí por fin la llave en la cerradura y el leve empujón que di a la puerta bastó para que esta se abriera de par en par. Me volví a Nellie, sorprendido:

—Por lo visto se me olvidó cerrarla con llave —comenté.

Sus ojos seguían clavados en el suelo. Su voz no era más que un tenue hilillo y apenas pude oír su respuesta.

—No tiene importancia —me pareció oír que decía—. Ya no tenemos nada más para perder.

La hice pasar y cerré la puerta. Permanecimos unos instantes en el pequeño recibidor, temerosos de mirarnos, de hablar. No había palabras en nosotros.

Fui yo el que rompió el silencio.

—Dame tu abrigo, cariño —le dije—. Voy a colgarlo.

Se desprendió de él y lo dejó en mis manos. Lo colgué en el armario y, a continuación, puse el mío junto al suyo. Cuando volví, seguía allí, inmóvil, rígida.

Volví a cogerla del brazo.

—Entremos. Siéntate y te traeré una taza de café.

Hizo un ademán con la cabeza. Su voz era opaca, cansada.

—No quiero nada.

—De todos modos, siéntate —insistí.

Se dejó guiar por mí hasta la salita de estar. Allí la hice sentar en la cama plegable. Yo me senté a su lado y encendí un cigarrillo. Sus ojos, después de vagar, cansados, por la habitación, se inmovilizaron en la ventana. Había una quietud extraña, profunda, insólita. Buscaba dentro de mí, oyéndolo, escuchándolo para encontrar los sonidos familiares que mi hija había hecho en la casa, pequeños sonidos que, a veces, llegaron a parecerme molestos.

Cerré por un momento los ojos. Comenzaban a escocerme después de tantas horas de tenerlos abiertos. Era aquel un día que debía olvidar, cuyo recuerdo debía uno sepultar en algún rincón secreto del pensamiento para así no recordar el vacío que había quedado dentro. Olvidar los solemnes y profundos ecos de la misa de difuntos, el diminuto féretro blanco iluminado por la llama vacilante de los cirios del altar. Olvidar los sonidos metálicos de las palas cuando mordían la tierra, la lluvia de polvo y piedras cayendo sobre la cajita de madera. Olvidar, olvidar, olvidar.

Pero ¿cómo podía uno olvidar? ¿Cómo podía uno olvidar la bondad de los vecinos, sus condolencias y su gentileza? Habíamos llamado a sus puertas y habíamos llorado en sus cocinas. No teníamos dinero y si no hubiera sido por ellos, la niña habría sido enterrada en la fosa común. Cinco dólares aquí, dos dólares allá, diez, seis... setenta en total. Con los que se pagaron un féretro, una misa, y una sepultura, para que allí reposara para siempre una parte de uno mismo que ya no estaría más. Setenta dólares arrancados a la pobreza de sus propias vidas para aliviar la amargura de las nuestras.

Uno desea olvidar, pero un día como este no puede olvidarse. Se le podrá sepultar muy hondo en la memoria, pero no se olvidará. Así como tampoco ella podrá jamás ser olvidada.

Era extraño, pero uno no se atrevía a pronunciar su nombre, ni siquiera para sí mismo y en vez de mencionarlo se decía «ella». Sacudí la cabeza como si quisiera aclarar mis ideas. Me dolían los oídos. «¡Di su nombre! —me decía a mí mismo, con desesperación—. ¡Dilo!»

Respiré muy hondo hasta llenar mis pulmones. «¡Vickie!» El sonido estalló silencioso en mis oídos. Pero era un sonido triunfal. «¡Vickie!» De nuevo su nombre iluminó las sombras de mi espíritu. Era un nombre radiante, un nombre glorioso para una vida.

Pero no lo sería más. La desesperación hizo presa en mí. A partir de ese momento, aquel nombre había dejado de existir. Solo sería «ella». Ella nada más.

Di una última chupada a mi cigarrillo y lo dejé en el cenicero.

—¿No sería mejor que te echaras un rato? —le pregunté.

Nellie se volvió lentamente hacia mí.

—No estoy cansada —me respondió.

Le cogí una mano. Estaba fría como el hielo.

—Anda, acuéstate —insistí.

Dirigió sus ojos al dormitorio, lo recorrieron todo, luego los volvió hacia mí. Había una mirada de soledad en ellos.

—Danny, no puedo entrar ahí. Su cuna... sus juguetes...

No pudo hablar más.

Yo comprendía cómo se sentía. Mi voz brotó trémula, estremecida.

—No tenemos más remedio que resignarnos, cariño —murmuré—, y seguir viviendo.

Sus manos se aferraron a las mías, fieramente. En sus ojos hubo un relampagueo de histeria.

—¿Por qué, Danny? ¿Por qué? —gritó.

Tenía que contestarle, aunque no tenía la menor idea de lo que podía decirle.

—Porque sí —le respondí débilmente—, porque así lo hubiese querido ella.

Sus uñas se clavaron en las palmas de mis manos.

—¡Era una criatura, Danny! ¡Mi pequeña!

Su voz se quebró súbitamente y se deshizo en llanto por primera vez desde aquel horroroso acontecimiento.

—Era mi pequeña y no quería más que una cosa, ¡vivir! Y fui yo la que la condenó a muerte. Murió a causa mía.

Se cubrió el rostro con las manos y sollozó con amargura y desesperación.

La agarré por los hombros y la atraje hacia mí. Traté de dar a mis palabras todo el acento persuasivo que me fue posible.

—No tuviste la culpa, Nellie. Nadie tuvo la culpa. Estaba en las manos de Dios.

Sus ojos refulgían con la llama negra de la desesperación. Movié a uno y otro lado, lentamente, la cabeza.

—No, Danny —dijo con voz trémula—, fue culpa mía, culpa mía desde el principio. Hice algo que no debía y dejé que llegara como parte de ella. Ella ha pagado por mí, no yo. Creía que todo me estaba permitido, que yo sabía más que Dios.

Fijó sus ojos en mí y vi que el fanatismo llameaba en ellos.

—He pecado y he vivido en el pecado —continuó, sombría—. No hice que Dios bendijera mi matrimonio. Me conformé con la palabra del hombre. ¿Cómo podía esperar que él bendijera el nacimiento de mi hija? El padre Brennan me lo dijo, desde el principio.

—¡El padre Brennan no dijo nada de eso! —exclamé desesperado—. Hoy ha dicho en la iglesia que Dios la acogería en su seno, en el Cielo.

Le así la cabeza con mis manos y la acerqué a la mía.

—Nos queríamos y seguimos queriéndonos. Es todo lo que Dios nos pide.

Me miró con ojos que reflejaban ahora una profunda tristeza, y sus manos acariciaron las mías.

—¡Pobre Danny! —murmuró en voz baja—. Tú no lo puedes comprender.

La miré a mi vez. Tenía razón. Yo no lo comprendía. El amor, entre dos seres humanos, si era verdadero, era un sentimiento sagrado.

—Te quiero —le dije.

Me sonrió en medio de sus lágrimas, se puso en pie y bajando sus ojos hasta mí me dijo en tono muy bajo:

—¡Mi pobre Danny! Tú crees que el amor es todo lo que necesitas y no puedes ver que eso no es bastante para él.

Le besé la mano.

—Para nosotros sí lo ha sido.

Sorprendí en su mirada una extraña expresión de lejanía. Movié la cabeza.

—Eso es lo malo de ti, Danny —dijo muy quedo—. También creí yo que bastaba para nosotros, pero ahora me doy cuenta de mi error.

Me acarició levemente con los dedos mis cabellos.

—Tenemos que vivir también para Dios y no solo para nosotros mismos —sentenció.

Se encaminó hacia el dormitorio y cerró la puerta tras de sí. Pude oír crujir la cama cuando se tendió en ella, y luego no hubo más que silencio. Encendí otro cigarrillo y me dirigí a la ventana. Había comenzado a llover. Un día para olvidarlo. El silencio fue penetrando en mis huesos.

Una extraña lasitud se había apoderado de mi cuerpo, trayendo consigo una insólita sensación de medio dormido, medio despierto. Era como si mi cuerpo estuviera dormido mientras mi mente permanecía despierta y yo hubiera perdido la noción del tiempo. Solo mis pensamientos tenían vida. En mi mente se entrecruzaban reminiscencias indistintas e informes de acontecimientos pretéritos, mientras mi cuerpo permanecía frío e indiferente ante el dolor que me producían estos recuerdos.

Por esa razón, no oí el timbre cuando sonó por primera vez. O mejor dicho, oí el sonido, pero no pude reconocerlo. La segunda vez, fue más estridente, más imperioso. Me pregunté vagamente quién podría ser el que llamaba con tanta insistencia.

Sonó de nuevo y solo en esta ocasión tuve conciencia plena de la llamada. Me levanté de la silla, de un salto. Recuerdo que consulté mi reloj mientras me dirigía a la puerta, y me sorprendí de que solo fueran las tres. Me pareció que había transcurrido un año desde aquella mañana.

Abrí la puerta y vi a un hombre desconocido ante mí.

—¿Qué desea usted? —le pregunté.

No era el momento para recibir a vendedores.

El desconocido sacó de uno de sus bolsillos una carterita, la abrió y la mantuvo ante mis ojos. Pude ver que había prendida en ella una insignia en la que podía leerse: «Ciudad de Nueva York. Departamento de Beneficencia, Inspector.»

—¿Señor Fisher? —me preguntó.

Asentí.

—Soy John Morgan, del Departamento de Beneficencia —dijo quedamente—. ¿Puedo hablar con usted unos instantes? Tengo que hacerle unas preguntas.

Le miré, sorprendido. No era el momento de responder a un interrogatorio.

—¿No podría volver en otra ocasión, señor Morgan? —le pregunté.

Negó con un gesto enérgico de su cabeza.

—Tengo que interrogarles ahora mismo —respondió con un tono incisivo que me molestó particularmente—. La señorita Snyder se ha enterado de algo referente a su caso, y debemos aclararlo. Le conviene, pues, responder a mis preguntas.

Lo miré, receloso.

—¿Dónde está esa señorita? —le pregunté.

Una nota bien definida de hostilidad se hizo patente en el tono de su voz.

—Eso no le concierne a usted, señor Fisher —exclamó, tajante—. Todo lo que deseo es que conteste a las preguntas que voy a formularle.

El tipo, decididamente me caía muy mal. Una insignia del Departamento de Beneficencia no le convertía en el Supremo Hacedor. Clavé mis pies en el umbral de

la puerta. No le dejaría entrar en mi domicilio.

—Está bien —le dije, fríamente—. Contestaré a sus preguntas.

Miró a su alrededor, visiblemente molesto, y, a continuación, persuadido de que no le dejaría entrar en el piso, sacó de uno de sus bolsillos una pequeña agenda y la abrió. La hojeó, rápido, y seguidamente me miró.

—¿Enterró usted a su hija esta mañana?

Asentí, silencioso. Aquellas palabras, el modo de pronunciarlas, frío e indiferente, me lastimaron. Eran profanadoras.

Garabateó algo en su agenda. Todos esos inspectores eran iguales. Se les daba una agenda y se ponían a llenarla de garabatos. Si uno les quitara el librito de las manos, se quedarían sin habla.

—Los servicios de la funeraria, incluido el féretro, fueron cuarenta dólares, la factura del cementerio veinte, en total sesenta dólares. ¿Correcto?

—No —le repliqué, corrosivo—. Se olvida de algo.

Sus ojos me miraron, penetrantes.

—¿Qué?

—Dimos diez dólares a la iglesia de la Ascensión por una misa especial de difuntos —dije fríamente—. El total ascendió a setenta dólares.

Su pluma volvió a trazar garabatos en el librito. Me miró de nuevo.

—¿De dónde obtuvo usted ese dinero, señor Fisher?

—¡No es de su incumbencia! —le dije, destemplado y a punto ya de perder los estribos.

Una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

—Sí lo es, señor Fisher —replicó ácido—. Depende usted, para vivir, de la Beneficencia Pública. Se le supone indigente. Lo que equivale a decir sin dinero. Por esa razón le ayudamos. De repente, posee usted setenta dólares. Tenemos el derecho a saber dónde obtuvo ese dinero.

Bajé la mirada al suelo. Era así como procedían aquellos apestosos. Había que contestar a sus preguntas o le cortaban a uno la mensualidad. Con todo, me empeciné y me negué a decirle cómo había obtenido el dinero. Eso era algo personal entre Vickie y nosotros. Nadie tenía que saber de dónde obtuvimos el dinero para enterrar a nuestra hijita. No le contesté.

—¿Obtuvo acaso el dinero trabajando de noche sin que nos informara de su empleo? —sugirió, con un tono de triunfo en su voz—. ¿Verdad que no apeló a esa trampa, señor Fisher?

Aparté mi vista del suelo y la fijé en su rostro. ¿Cómo habían podido averiguarlo?

—No sé a qué se refiere usted.

Volvió a sonreír. Parecía muy satisfecho de sí mismo.

—Tenemos medios para enterarnos —dijo misteriosamente—. No se nos paga para que nos engañen. ¿Sabe usted, señor Fisher? Puede ir a la cárcel por un delito como ese. Constituye un fraude contra la ciudad de Nueva York.

Mi ira se desbordó. Eran demasiados sinsabores para un solo día.

—¿Desde cuándo un hombre va a la cárcel por querer trabajar? —estallé—. ¿Qué diablos quiere usted insinuar?

—No insinúo, señor Fisher —dijo suavemente—, solo me propongo averiguar la verdad, eso es todo.

—¡La verdad es que tres personas no pueden vivir con setenta y dos dólares al mes y una dieta suplementaria de ciruelas secas y patatas!

Había levantado mi voz y esta retumbaba en el estrecho rellano de la escalera.

—Uno tiene que ganar aquí y allá un dólar o dos para no morir de hambre.

—Entonces, ¿reconoce usted que tuvo un empleo nocturno, aunque firmó una declaración de desempleo? —preguntó con calma.

—No reconozco nada —grité.

—No obstante, tenía usted sesenta dólares con los que pudo enterrar a su hija —concluyó, triunfante.

—Sí. Enterré a mi hija.

Tenía agarrotada la garganta y las palabras me salían de ella silbantes.

—Eso fue todo lo que pude hacer por ella. Si hubiese tenido dinero ¿cree que hubiera esperado a que su piojoso doctor viniera? Si hubiese tenido dinero, habría llamado a otro doctor. ¡Y tal vez hoy estaría viva!

Sus ojos me escrutaron, glaciales. No comprendía que un ser humano estuviese desprovisto hasta tal extremo de todo sentimiento de piedad.

—Entonces, ¿ha estado usted trabajando por las noches? —volvió a preguntar.

De pronto, toda mi pena, mi amargura, todo mi resentimiento, se derramaron por mis entrañas y lo cogí por la corbata y atraje su rostro hacia el mío.

—Sí, ¡trabajo por las noches! —vociferé fuera de mí.

Su cara se puso blanca y trató de desasirse de mí.

—¡Suélteme, señor Fisher! —jadeó—. La violencia no hará más que agravar su caso, ya muy grave de por sí.

Él no sabía hasta qué punto tenía razón. Un poco más no alteraría la gravedad de mi caso. Le pegué un puñetazo en la cara y lo mandé contra la pared opuesta del rellano. Al precipitarme hacia él vi que le salía un hilillo de sangre de la nariz.

Con los ojos desorbitados se apoyó en la pared y se dirigió hacia la escalera. Me quedé allí contemplando su desesperada huida. Al llegar al principio de la escalera, se volvió para mirarme. Su voz brotó histérica de su garganta.

—¡Me las pagará por esto! —gritó— haré que les supriman el subsidio. ¡Se morirá de hambre! No pararé hasta que lo consiga.

Hice que iba a bajar, y el hombre se precipitó escaleras abajo. Me incliné sobre la barandilla.

—¡Y yo te romperé el cuello si vuelves por aquí, pequeño bastardo! ¡Te mataré! ¡Vete al infierno!

Desapareció de mi vista en el rellano de abajo y yo volví a mi piso. Comencé a

sentir náuseas. Experimentaba una sensación de vergüenza, como si hubiera mancillado la solemnidad de aquel día. No hubiera debido conducirme de ese modo. Otro día habría, podido hacerlo. No ese día.

Nellie estaba en el umbral de la puerta del dormitorio.

—¿Qué ha sucedido, Danny?

Traté de cambiar mi voz.

—Un tipo de la Beneficencia —dije—. Un insolente. Lo mandé al diablo.

—¿Qué quería?

Ya había tenido bastante por un día, no tenía por qué entristecerla más.

—Nada de particular —contesté evasivo—. Quería hacerme unas preguntas. Eso es todo. Vuelve a la cama y descansa, nena.

—Han averiguado lo de tu trabajo nocturno, ¿no es eso? —me preguntó quedamente.

La miré, sorprendido. Había presenciado la escena.

—¿Por qué no tratas de dormir, nena? —intenté escapar de su pregunta.

No apartó la mirada de mí.

—No me mientas, Danny. Es cierto lo que te dicho, ¿no?

—¿Y si lo fuera? —reconocí—. Ahora no tiene ninguna importancia. Ahora ese empleo nos bastará. El dueño me prometió incluirme en la plantilla.

Siguió mirándome. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Corrí hasta ella y cogí sus manos.

—Todo nos sale mal, Danny —exclamó, desesperada—, y hasta en un día como este penas, siempre penas.

—Ya ha terminado todo, nena —dije, estrechando su mano—. Todo irá mejor a partir de este momento.

Me lanzó una mirada angustiosa. Sus ojos parecían muertos.

—Nada cambiará —exclamó—. La mala suerte nos persigue. Yo te la he traído.

Giro su cara hacia mí.

—¡Nellie! Tienes que olvidar esa idea.

La besé en la mejilla.

—No se puede vivir con ese pensamiento de que todo ha de salir mal. No hay que perder la esperanza.

—¿Esperanza en qué? ¿En qué puedo tenerla? —me preguntó en voz baja—. ¿Cómo sabes que sigues teniendo ese empleo? Hace cuatro días que no vas y ni siquiera has telefoneado.

—No me preocupa —le contesté, simulando una tranquilidad que no sentía en modo alguno.

Era cierto. Me había olvidado de llamar a la tienda.

—Jack lo comprenderá cuando se lo explique.

Me miró con expresión de duda. Parte de esa duda se había infiltrado en mí. Como se verá, los dos teníamos razón.

Entré en la tienda y en la mirada que me lanzó Jack al verme no vi señal alguna de cordialidad. Miré en dirección al mostrador y vi que un nuevo dependiente ocupaba mi puesto.

—Hola, Jack —le saludé.

—Hola, Danny —me respondió sin entusiasmo.

Esperé a que me preguntara qué había pasado, pero no dijo nada. Me di cuenta de que estaba enfadado y fui el primero en romper el silencio.

—Me ha ocurrido una desgracia, Jack —expliqué—, y no me ha sido posible venir.

No se cuidó de disimular su disgusto.

—Y supongo que tampoco, en cinco días, te fue posible avisarme —exclamó, sarcástico.

—No sabes cómo lo siento —le dije, sosteniendo su mirada—. Comprendo que habría debido llamarte, pero estaba tan trastornado que se me olvidó hacerlo.

—¡Pamplinas! —estalló—. Dos noches seguidas las he pasado aquí, rompiéndome la espalda, esperando a que te presentaras, ¡y tú no has tenido tiempo para telefonearme!

Volví a mirar a lo largo del mostrador.

—No pude remediarlo, Jack —insistí—. Algo ocurrió que me impidió hacerlo.

—¿No tuviste un momento, en cinco largos días? —preguntó, incrédulo—. ¡Tendría que caérseme el mundo encima, y aún no me atrevería yo a hacer semejante cosa!

Ni siquiera lo miré.

—Fue algo horrible para mí, Jack —dije, muy quedo—. Mi nen... mi hijita murió.

Dejó pasar un momento de silencio antes de hablar.

—¿Estás bromeando, Danny? —me preguntó.

Lo miré de frente.

—Uno no bromea con esas cosas, Jack —contesté.

Bajó la vista.

—Lo siento, Danny. De veras que lo siento.

Volví a mirar hacia el mostrador. El nuevo dependiente nos estaba observando con el rabillo del ojo, tratando de dar la impresión de que no le interesaba en modo alguno nuestra conversación. Pero aquella mirada me era familiar. Estaba preocupado por su trabajo. También yo la había lanzado, en muchas ocasiones.

—Veo que tienes un nuevo dependiente —le dije a Jack.

Asintió, incómodo. No pronunció palabra.

Traté de dar a mi voz una inflexión de naturalidad, pero resultaba duro cuando lo que se debate es una cuestión de comer o no comer.

—¿No tienes hueco para mí?

Permaneció callado unos instantes, antes de contestar. Lanzó una mirada rápida al dependiente y luego a mí. El nuevo, como movido por un resorte, se puso a limpiar un aparador.

—En este momento, no, Danny —dijo gentilmente—. Lo siento.

Me volví a medias hacia la puerta para que no pudiese ver las lágrimas que yo notaba ya en mis ojos.

—Está bien, Jack, lo comprendo.

Había una profunda nota de simpatía en su voz y yo se lo agradecí.

—Tal vez se presente una ocasión, de un momento a otro —dijo, apresuradamente—. Te llamaré... créeme.

Transcurrido un momento se lamentó, sincero:

—Si me hubieses llamado, Danny...

—Eran tantas cosas, Jack —le interrumpí—. De todos modos, gracias. Salí de la tienda.

Ya en la calle, consulté mi reloj. Eran las seis, pasadas. Me puse a pensar en cómo podría decírselo a Nellie; sobre todo después de lo que había ocurrido esa misma tarde. El día, en verdad, había sido fatídico.

Decidí caminar hasta mi casa. Era una distancia enorme, pero cinco centavos es mucho dinero cuando no se trabaja. Desde Dyckhann Street hasta Fourth Street Este, invertí unas tres horas. No me importaba. Necesitaba mucho más tiempo que ese para lo que tenía que decirle a Nellie.

Eran cerca de las nueve cuando llegué a la casa. La noche se había puesto fría, pero mi camisa estaba empapada en sudor cuando empecé a subir la escalera. Permanecí unos instantes en el rellano, vacilante, antes de abrir la puerta. ¿Qué podía decirle? La dejé abierta, de par en par, antes de entrar. Había una luz en el cuarto de estar, pero no se oía ruido alguno en el piso.

—¡Nellie! —llamé mientras me encaminaba al armario para colgar mi chaqueta.

Oí unas pisadas y la voz de un hombre que decía:

—¡Es él!

Me volví y vi en la puerta del cuarto a Nellie y a dos hombres. Estaba pálida y desencajada. Avancé rápido hacia ella antes de que reconociera al hombre que estaba a su lado. Era el inspector de la Beneficencia que había echado de casa aquella tarde.

Llevaba un pequeño vendaje blanco sobre el puente de la nariz y uno de sus ojos estaba amoratado e hinchado.

—¡Es él! —repitió.

El otro hombre avanzó hacia mí y me mostró una insignia. Pertenecía al Cuerpo de Policía.

—¿Daniel Fisher?

Yo asentí.

—El señor Morgan ha presentado una denuncia contra usted, por agresión y lesiones —dijo quedamente—, tengo que detenerle.

Sentí que mis músculos se tensaban. Esto era lo que me faltaba para que el día fuera perfecto: la policía. Miré a Nellie y mi tensión desapareció.

—¿Me permite que hable un momento con mi mujer? —le pregunté al agente.

Me lanzó una mirada escrutadora y a continuación expresó con un movimiento de cabeza su conformidad.

—Por supuesto —me dijo con visible cortesía—. Le esperaremos en el vestíbulo.

Tomó del brazo a Morgan y lo condujo al pequeño recibidor, lanzándome una mirada rápida antes de cerrar la puerta.

—No tardes, hijo.

Asentí, agradecido, y la puerta se cerró.

Nellie no había pronunciado una sola palabra. Sus ojos no habían dejado de mirarme, escrutadores. Finalmente, lanzando un profundo suspiro, me preguntó:

—¿Nada del trabajo?

No contesté.

De pronto, se precipitó en mis brazos y se puso a llorar, desconsolada, sobre mi hombro.

—¡Danny! ¡Danny! —sollozó—. ¿Qué va a ser de nosotros?

Le acaricié el cabello. No sabía qué decir, ni qué hacer. Las paredes se cerraban a nuestro alrededor.

Buscó, ansiosa, mis ojos.

—¿Qué crees que te harán? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—No sé —le contesté.

Estaba agotado. Todo me era indiferente. Si no hubiera sido por ella, todo aquello me habría importado un ardite.

—Lo más probable es que me dejen en libertad hasta que se celebre la vista.

—Pero ¿y si te encierran? —me preguntó, llorosa.

Traté de sonreír.

—No, no lo creo —contesté con un aplomo que no sentía—. Es un caso sin importancia. Dentro de unas horas, estaré aquí.

—Pero ese tipo, Morgan, dijo de ti cosas horribles. Afirmó que te meterían en la cárcel.

—Es un mal bicho —me apresuré a decirle—. Hay muchas cosas que él no sabe. Pero cuando escuchen lo que ha ocurrido, me soltarán. No te preocupes.

Escondió su cara en mi hombro.

—Nada nos sale bien, Danny —exclamó desesperada—. No he hecho más que traerte mala suerte. Hiciste mal en volver.

La obligué a volverse hacia mí y la besé.

—Si no hubiese vuelto, nena —murmuré—, habría perdido la única cosa en el mundo que he ansiado. Tú no tienes la culpa de nada. Nadie tiene la culpa de lo que nos pasa. No tuvimos suerte, eso es todo.

Oímos un ruido de nudillos en la puerta.

—Estaré en un minuto —exclamé.

Volví a mirar a Nellie.

—Acuéstate y descansa. Estaré de vuelta dentro de unas horas.

—¿Tú crees?

Me miró con expresión de duda.

—Por supuesto —le contesté, descolgando mi chaqueta del armario—. Estaré aquí en un periquete.

El rostro de Morgan resplandecía de satisfacción mientras caminábamos por las calles.

—Ya le dije que volvería —me dijo entre dientes.

No le contesté.

El agente, que iba entre los dos, le reprendió:

—Cállese, Morgan. El muchacho tiene ya bastantes problemas para oír sus tonterías.

Miré al agente con el rabillo del ojo y me di cuenta de que Morgan no le gustaba. Era uno de esos irlandeses cordiales de ojos tiernos. Me pregunté cómo un hombre de ese temperamento podía haberse hecho policía.

Habíamos ya andado dos manzanas cuando me decidí a hablar.

—¿Qué suelen hacer en casos como este? —le pregunté al agente.

Se volvió hacia mí. Su rostro resplandecía, orondo, bajo la luz de los faroles.

—Queda uno detenido hasta que se celebra la vista.

—Pero mientras llega el día, lo dejan a uno en libertad provisional, ¿no es así?

Los ojos del policía reflejaban simpatía.

—Siempre que se deposite una fianza —exclamó el agente, con expresión bondadosa.

La sorpresa alteró mi voz.

—¿Una fianza? —exclamé—. ¿De cuánto?

—Por lo general, en casos como este, de quinientos dólares.

El tono de su voz seguía siendo cordial.

—Pero ¿y si no tiene uno ese dinero? Entonces, ¿qué pasa? —le pregunté, ansioso.

Morgan contestó antes de que el agente pudiera hacerlo.

—Lo encierran a uno en un calabozo hasta el día del juicio.

Y una sonrisa perversa iluminó el rostro del inspector.

Me sobresalté y miré al agente.

—Pero ¡no pueden hacer eso! —exclamé—. Mi mujer está enferma. Este ha sido para ella un día horrible. No puedo dejarla sola esta noche.

El agente me cogió del brazo.

—Lo siento, muchacho —dijo gentilmente—, pero me es imposible ayudarte. Mi obligación es conducirte a la comisaría.

—Pero... ¡Nellie! ¡Mi mujer! —apenas podía hablar—. No puedo dejarla sola. No se encuentra bien.

La voz del agente, muy queda, seguía teniendo inflexiones cordiales.

—No te excites, hijo. Lo mejor para ti es que continúes andando.

Sentí en mi brazo la presión de su mano. Volví a caminar. Había leído en los diarios que muchos juicios tardaban semanas en resolverse. Me veía entre rejas, esperando la celebración de la vista. Comencé a sentir pánico. Lancé una mirada a Morgan.

Caminaba al otro lado del agente, con la satisfacción reflejada en su cara. ¡El mal nacido! Si no hubiese sido por él, muchas cosas quizá hubieran mejorado. Todo iba mal, pero él las había empeorado.

Tenía que hacer algo. No sabía qué. No iba a dejarles que me encerraran hasta que se les antojase juzgarme. No podía dejar a Nellie sola tanto tiempo, sin recursos y abandonada a la desesperación.

Cruzábamos la calle cuando cambiaron las luces del semáforo, y tuvimos que detenernos en, el centro de la calzada. Los automóviles iban y venían por un lado y otro. Sentí que la mano del agente aflojaba su presión sobre mi brazo e, instintivamente; me precipité hacia delante. Oí un coro de murmullos detrás de mí, así como los gritos de un conductor mientras pisaba el freno. No me volví para ver lo que ocurría. Seguía corriendo.

Oí un grito:

—¡Alto! ¡Alto!

Luego, otra voz siguió al grito. Reconocí la voz chillona, aguda, de Morgan. Él gritaba también.

El silbido agudo del silbato de un policía resonó en mis oídos. Pero ya había alcanzado la esquina opuesta de la calle y pude volverme un segundo para ver lo que ocurría detrás de mí.

Morgan se hallaba tendido en la mitad de la calzada y el agente, inclinado sobre él, miraba hacia donde yo me encontraba. El policía me estaba haciendo señas con una mano en la que pude observar un brillo de metal. Seguía gritándome para que me detuviese, pero su mano me estaba indicando que desapareciese.

Tomé aliento y volví la esquina corriendo.

Regresé a mi casa dando un gran rodeo. Tenía que ver a Nellie y explicarle lo sucedido. Debía decirle lo que había hecho, pero que no se preocupara. Sin embargo, cuando llegué a la esquina, vi, frente a ella, el coche patrulla de la policía. La sorpresa me dejó clavado en el sitio. Y solo entonces me di cuenta de la necedad que había cometido. La policía se había puesto en movimiento en contra mía. Ya no podía entrar en mi casa, no había hecho más que empeorar las cosas.

Crucé la calle y remonté la manzana, lentamente. A mi desesperación se sumaba el convencimiento íntimo de mi fracaso, de mi inutilidad. No cometía más que desaciertos. Consulté mi reloj. Eran las diez pasadas. Había sido un estúpido. No me quedaba otra solución que volver y entregarme. Si continuaba corriendo, iría de cabeza. No podría volver nunca.

Caminé hacia la casa y mientras lo hacía me puse a cavilar. Entonces recapacité. Lo único que me quedaba por hacer si quería resolverlo y salir adelante era conseguir el dinero de la fianza. Yo no lo tenía.

Me detuve de nuevo y pensé. Tendría que conseguirlo en algún sitio. La familia de Nellie, aun en el caso de que quisiera ayudarnos, no tenía ese dinero. La única persona conocida que podía poner en mis manos sin dificultad esos fondos era Sam.

Recordé la última vez que hablé con él. Fue después del nacimiento de Vickie. Pensó que había ido a verle para pedirle una limosna, y me prometí a mí mismo que no volvería a hablarle en la vida. Pero mi situación era trágica. No me quedaba otra alternativa: o acudir a él o resignarme a ir a la cárcel, y había hecho méritos suficientes para que me encerrasen y después tirasen la llave. Tenía que hablar con él.

Fui a la confitería de la esquina y hojeé febrilmente la guía de teléfonos. Hallé el número de su domicilio. Desde la cabina telefónica de la tienda podía ver el coche patrulla de la policía frente al portal de mi casa. El agente que había dentro de él, estaba fumando a hurtadillas.

Una voz de mujer me contestó:

—¡Diga!

—¿Están el señor o la señora Gordon? —pregunté, rápido, sin apartar los ojos del coche patrulla.

—La señora Gordon está fuera, en el campo —contestó la voz—. Y el señor Gordon está aún en su despacho.

—¿Sería tan amable de darme el número? —pregunté—. Tengo que hablarle de un asunto muy urgente.

—Bien —me contestó la voz—. Espere un momento. Voy a dárselo enseguida.

Apunté el número y colgué. Luego me registré los bolsillos en busca de otra moneda. Fue como si hubiese buscado una mina de oro con idéntico resultado. Había

gastado mi última moneda.

Volví a mirar hacia el coche patrulla. El agente se había apeado y se dirigía hacia el lugar donde yo me encontraba. Me decidí con rapidez. Salí a paso ligero de la confitería y doblé la esquina antes de que llegara tan cerca que pudiera reconocirme.

La oficina de Sam Gordon estaba en el centro de la ciudad, en el Empire State. Me puse a caminar a toda prisa. Con un poco de suerte, podría tardar algo más de media hora. Esperaba que estuviese allí todavía.

Su nombre aparecía en la guía del vestíbulo de la calle Treinta y cuatro, Empresa Sam Gordon Inc. Concesiones. Planta 22. Me dirigí a un lado del amplio vestíbulo en donde una placa con letras blancas anunciaba: ASCENSORES. SERVICIO NOCTURNO. Un guarda se hallaba junto a una mesilla en la que se veía un libro-registro. Me detuvo.

—¿Adónde va, señor? —me preguntó, receloso.

—A la planta veintidós —le contesté, rápido—. Tengo una cita con el señor Sam Gordon.

Consultó el libro-registro.

—Está bien —me dijo—, el señor Gordon está todavía en su despacho. No ha firmado la salida desde que regresó de cenar. Firme aquí. —Me tendió un lápiz.

Lo tomé e inscribí mi nombre en el sitio que me señaló. Consulté la hoja. Cuatro líneas más arriba de la mía vi estampada una firma que me era familiar: la de Sam. Junto a su nombre, vi la cifra 2 encerrada en un círculo.

Miré al guarda y le pregunté:

—¿Hay alguien con el señor Gordon?

Un atisbo de sonrisa apareció en su rostro.

—Su secretaria vino con él.

Asentí sin decir palabra. Su sonrisa me había dicho bastante. La secretaria de Sam era, sin duda alguna, muy bonita, y Sam no había cambiado, era el de siempre.

Salí del ascensor y crucé el vestíbulo en dirección a la oficina de Sam. Su nombre aparecía en grandes letras doradas a través de dos grandes puertas de cristal. A través de ellas, podía verse el despacho de recepción. Una sola luz iluminaba la estancia. Las puertas no estaban cerradas con llave.

Había una puerta cerca del escritorio de recepción, en una sala de espera, amueblada con todo lujo. La abrí y me hallé en un salón de amplias dimensiones. Había alrededor de veinte mesas repartidas por todo aquel espacio. En el extremo opuesto, había una puerta. Me dirigí a ella.

De nuevo unas letras doradas proclamaron su nombre. Apoyé mi mano en el pomo de la puerta y lo hice girar. La puerta se abrió de un modo discreto y silencioso. El despacho estaba a oscuras. Tanteé con la mano y encontré el interruptor de la luz en la pared de la derecha. Lo pulsé y la luz invadió la habitación. Oí una blasfemia sofocada, y mientras adaptaba mis ojos al resplandor, escuché un grito estridente de mujer. Entonces, pude ajustar mi visión a la luz ambiente y miré hacia el diván. Sam

estaba levantándose mientras me miraba furioso y la chica trataba de cubrir su desnudez con sus manos.

Miré por un segundo a la mujer y luego fijé mis ojos en Sam, con un asomo de sonrisa en mi cara. Tenía el rostro encendido, casi amoratado, mientras trataba de ponerse los pantalones. Yo no pronuncié palabra y retrocedí hasta la puerta. Salí por ella y la cerré discreto. Me senté en una silla esperando que saliera. Yo había estado en lo cierto, Sam no había cambiado, era el mismo de siempre.

Habían transcurrido quince minutos cuando volvió a abrirse la puerta. Alcé los ojos, expectante.

Sufrí una decepción. No era Sam el que salía del despacho. Era la chica. Tenía un aspecto muy distinto de cuando la sorprendí infraganti.

Me miró, muy seria.

—El señor Gordon le verá ahora —me comunicó.

Me levanté de la silla.

—Gracias —le dije con rostro pétreo, y entré en el despacho.

Cuando cerré la puerta tras de mí comenzó a oírse el tecleto de una máquina de escribir.

Sam estaba sentado tras su mesa esperando que saliera. Yo había estado en lo cierto. Sam no había cambiado, era el de siempre.

—¿Crees que trabajas mejor si te relajas primero? —le pregunté sonriente.

Ignoró mi intento humorístico y acercó una cerilla encendida al cigarro que tenía entre dientes. La llamita se reflejó en sus ojos fríos. Tiró la cerilla y me contempló con reprimida ira.

—¿Qué quieres? —gruñó.

Muy a pesar mío, sentí cierto respeto hacia él. El tipo tenía agallas y era duro. Ni una palabra sobre mi irrupción en su oficina. Con él no se debía jugar. Me dirigí hacia su mesa y lo miré de hito en hito.

—Necesito ayuda —le dije, sencillamente—. Me encuentro en un apuro.

Las pupilas de sus ojos eran negras y duras.

—¿Y por qué has acudido a mí? —me preguntó.

—No tengo a nadie que pueda ayudarme.

Colocó el cigarro, cuidadosamente, en un cenicero y se puso de pie detrás de su mesa. Su voz era baja, pero llenó el ámbito del despacho.

—¡Largo de aquí, holgazán! —dijo llanamente—. Ya te dije que no esperaras limosnas de mí.

—No te pido limosna —exclamé, desesperado—. Estoy en un terrible apuro y necesito ayuda.

Me quedé ante él, tenaz y resuelto. Esta vez no me echaría de su lado tan fácilmente.

Rodeó la mesa y se dirigió hacia mí con gesto amenazador.

—¡Vete! —repitió.

—¡Por el amor de Dios, Sam, escúchame! —imploré—. Todo se ha vuelto de repente contra mí. La policía está detrás de mí y...

Su voz me cortó como si no hubiese estado hablando.

—¡Eres un canalla! —exclamó, acercando a la mía su cara encendida—. ¡Lo has sido siempre y no dejarás de serlo! Yo hice por ti todo lo que pude. ¡Vete si no quieres que te eche!

Y al decir esto, alzó el puño.

—No me inmuté. Solo había un lenguaje que entendiese esa clase de individuos.

—Yo, en tu lugar, no emplearía esa fórmula, Sam —le dije fríamente, observando sus manos—. No estás en forma.

—Voy a demostrarte quién está en forma —gruñó, y me lanzó un puñetazo.

Lo paré con mi antebrazo.

—¿Recuerdas tu propia lección, Sam? —le dije, insultante—. Golpea, no te muevas como una bailarina de ballet.

Me puse fuera de su alcance sin responder a su golpe.

Se precipitó sobre mí, balanceando ambos brazos. Pero se movía sin agilidad y pude apartarme de él con facilidad. Una cosa que podía decir en favor de mi dieta forzosa era que no tenía en mi cuerpo un gramo de grasa como le pasaba a él. Durante uno o dos minutos se obstinó en alcanzarme. Solo el sonido de su respiración jadeante rompía el silencio que había en la oficina. Al fin, sin aliento, se dejó caer en un sillón.

Yo me inmovilicé al otro lado de su escritorio y lo miré. Tenía el rostro congestionado por el ejercicio y gruesas gotas de sudor se deslizaban por sus mejillas.

—¿Querrás escucharme ahora, Sam? —le pregunté.

Recogió el cigarro del cenicero y se lo llevó a los labios. No me miró.

—¡Vete! —exclamó con voz queda, disgustada.

—No sé adónde ir —le dije—. Tienes que ayudarme.

—¡Ya hice bastante por ti! —dijo, y me miró jadeando penosamente—. Siempre, desde que eras un chaval, has abusado de mí. Allá en el campo, con Ceil, y más tarde en el Winter, cuando planeaste el tongo con Maxie Fields. ¿Cuántas veces crees que vas a tomarme el pelo?

Tenía una memoria de elefante. No había olvidado nada.

—Esta vez no te costará dinero —le dije—. Todo lo que necesito es una pequeña ayuda y un empleo hasta que pueda enderezarme.

Movió la cabeza.

—No tengo trabajo para ti. No sirves para nada.

—Todavía puedo pelear —le dije.

—¡Bah! —contestó—. Eres ya demasiado viejo para comenzar de nuevo. Has estado demasiado tiempo apartado del cuadrilátero. Jamás ganarás un níquel como profesional.

Nada podía argüir en contra de aquellas razones. Tenía veintitrés años y hacía seis

que no boxeaba.

—¿Y un empleo aquí? —le pregunté—. Seguro que aquí hay sitio para uno más.

—¡No! —contestó, tajante.

—¿Ni siquiera si te prometo que jamás le diré a Mimí lo que he visto aquí esta noche? —le pregunté, taimado.

Por la expresión que puso me di cuenta de que me había apuntado un tanto a mi favor.

—No le gustaría nada —añadí.

Se quedó en silencio y dio unas chupadas a su cigarro. Lo observé paciente. Ese era el único lenguaje que comprendía. Era inútil implorarlo, apelar a su generosidad y a sus buenos sentimientos. No había más que un modo de prosperar en su mundo: coger lo que uno desea. Era así como él llevaba sus negocios. Y si era una buena fórmula para él, también lo era para mí.

Me lanzó una mirada glacial.

—Ya veo. El mismo sinvergüenza de siempre que piensa que el mundo está obligado a mantenerle, ¿no es así, Danny? —me preguntó fríamente.

Negué con la cabeza.

—No soy el Danny de siempre, Sam —le contesté con amargura—. Tienes delante de ti a un nuevo Danny Fisher. He pasado demasiadas penalidades para seguir siendo el mismo. He estado año y medio parado, apretándome el cinturón porque no tenía bastante para comer, y esta tarde he pegado a un inspector de la Beneficencia Pública porque quería saber de qué modo había conseguido el dinero para enterrar a mi hija, y poco después vino con un policía para detenerme. Mi mujer está en casa, sin saber dónde me encuentro. No soy ya el mismo de siempre, Sam. Jamás...

Hubo un acento de conmoción en su voz.

—¿Qué sucedió, Danny?

—Ya me has oído —le contesté, mirándole fríamente—. Nunca seré el mismo. Ahora ¿me ayudarás o le contaré a Mimí lo que he visto?

Bajó los ojos y los fijó en el escritorio. A continuación, me miró unos segundos.

—Está bien, muchacho —me dijo con voz amable—. ¡Me has podido!

Tan pronto como hube traspuesto las puertas de cristal, la recepcionista me acogió con una sonrisa cordial.

—Buenos días, Danny —me dijo, pasando de un lado a otro de su boca la goma de mascar—. El jefe me ha preguntado por ti.

—Gracias, nena —le dije, devolviéndole la sonrisa.

Todo el personal estaba entregado a sus tareas. El quedo rumor del trabajo llegó a mis oídos. Crucé en toda su extensión la larga pieza y fui a mi mesa, en el extremo de la misma, junto a una ventana. Me puse a ojear los diferentes papeles apilados en una cesta metálica destinada a asuntos pendientes.

Al cabo de unos minutos, una sombra se proyectó sobre mi mesa. Alcé los ojos.

—Danny... —comenzó a decir Kate.

Le corté la palabra con un ademán.

—Ya sé, preciosa —le dije—. El jefe quiere verme.

Asintió con un gesto.

—Pues bien. Aquí estoy —le dije.

—Entonces, ¿qué esperas? —me dijo, sarcástica—. ¿Una invitación grabada en relieve?

Giró sobre sus talones y se encaminó a su mesa.

Kate era una muchacha simpática incluso cuando la fastidiaba. Yo sabía que no era la primera secretaria que dispensaba sus favores al jefe ni sería tampoco la última. Pero ella había estado cortante conmigo desde la primera vez que nos vimos.

Sonreí para mis adentros recordándolo. Habían transcurrido tres años y medio. Muchas cosas habían pasado durante ese tiempo. Estábamos en guerra. Mucha gente había salido del país para tomar parte en ella. Yo tuve suerte. Cuando fui a la Caja de Reclutas, descubrieron en mí algo que yo ignoraba que padeciera: perforación de tímpanos. Estaba exento: 4 F, una abreviatura que representaba una cosa: la libertad.

Busqué entre los papeles que estaban en la cesta y hallé el que buscaba. Al ir a levantarme, sonó el teléfono que estaba en mi mesa. Descolgué el receptor.

Era Nellie. Me telefoneaba desde la fábrica de pertrechos de guerra de Long Island en la que trabajaba.

—Me olvidé decirte que llevaras la ropa sucia al chino —me dijo.

—La llevé, dulzura.

Se había levantado temprano por la mañana, a las seis, antes de que yo despertara.

—¿Cómo van las cosas por ahí? —le pregunté.

—Está la cosa que arde —me dijo—. El termómetro de la sala en donde trabajo marca los treinta y dos grados.

—¿Por qué no dejas ya ese chamizo? —exclamé—. No necesitamos ese dinero

ahora. Las cosas van bien.

Su voz fue paciente, pero firme. Ya habíamos discutido muchas veces esa cuestión.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —me preguntó—. ¿Quedarme todo el día en casa y aburrirme? Prefiero estar fuera de casa. Por lo menos me distraigo.

Era inútil tratar de disuadirla. Desde que Vickie murió había cambiado. No sé en qué sentido, pero se había hecho más taciturna. Aquel llamear de sus ojos se había apagado.

—Esta noche, ¿comemos en casa o fuera? —le pregunté.

—Fuera —me contestó—. Nos quedan ya muy pocos puntos para la carne este mes.

—Está bien —le respondí—. Iré a casa a recogerte a las seis.

Le dediqué una sonrisa maliciosa a Kate mientras abría la puerta de Sam. Me contestó con una mueca y se inclinó sobre la máquina de escribir, con sus dedos volando sobre las teclas. Tenía la impresión de que, a pesar de todo, Kate simpatizaba conmigo.

Sam me miró desde su escritorio.

—Menos mal que estás aquí —gruñó.

No me inquietaba en lo más mínimo lo que pudiera decirme. Yo sabía que en los pocos años que había estado allí, había aprendido lo suficiente para plantarle cara. Ese era un negocio de triquiñuelas, pero era para mí. Era un tráfico de cosas intangibles y solo unos pocos individuos podían convertirlo en dinero. Tipos como Sam. Y Sam no lo ignoraba.

—Si no fuera por el aire acondicionado que has instalado en la oficina, no vendría a ella tan temprano —le dije, dejándome caer en una silla, frente a su mesa—. No sabes la suerte que tienes.

El rostro de Sam enrojeció. Un mal síntoma. Estaba engordando demasiado. Tenía una papada impresionante. Parecía un señor papá, vecino de Central Park Sur, con tres hijos ya crecidos.

—Mimí me ha encargado que os invite a Nellie y a ti a cenar en casa esta noche —me dijo.

—Muy bien —le contesté—. ¿Era eso todo lo que querías decirme?

Negó con la cabeza.

—No —contestó, ceñudo—. Quiero que dejes ese asunto de las máquinas tragaperras.

—¿Por qué? —le pregunté, sorprendido—. Pensé que el negocio te interesaba.

—He cambiado de parecer —rezongó—. El mantenimiento de esos aparatos es criminal. Cuando no marchan, hay que tirarlos a la basura. No hay piezas de recambio ni nada a causa de la guerra.

—¿Es por ese motivo, Sam, o porque, según me han dicho, Maxie Fields está interesado en el negocio también?

Volvió a enrojecer. Me dije para mis adentros que su tensión arterial debía de ser muy alta. Era la suya una edad peligrosa.

—Me importa un pepino que Maxie Fields esté o no interesado en el asunto —dijo—. Lo que pasa es que no me seduce el paquete. Dame una concesión limpia, clara, en un hotel o en un club nocturno... vestuario, un puesto de recuerdos y postales, algo con gente alrededor. Me entiendo con los seres humanos; puedo dirigirlos.

—Si he estado toda esta semana estudiando el negocio —protesté—. Por quince mil de los grandes es una verdadera ganga.

—Que la, aproveche Max Fields —me dijo—. A mí no me interesa. No quiero meterme en un negocio que no entiendo. Quince sacos es mucho dinero para invertirlo.

Me incliné hacia él. Me parecía que Sam estaba desaprovechando una magnífica ocasión. Era la primera vez que estaba en desacuerdo con él.

—Estás echando por la borda un buen negocio —le dije—. Lo he estado estudiando desde todos los puntos de vista y me parece excelente. Después de la guerra, todo se despachará por medio de esas máquinas: desde café caliente hasta preservativos.

—No me interesa —exclamó, terminante.

Vi que su decisión estaba tomada ya.

—Por ahora solo sirven para despachar Coca-Cola y cigarrillos y yo no quiero invertir en ellas.

Se puso a buscar algo entre sus papeles.

—Tengo algo para ti. La concesión de Atlantic City está parada. El asunto de las concesiones en el paseo marítimo no acaba de solucionarse. Ve a ver lo que pasa.

Me quedé un momento mirándole.

—Entonces, ¿renuncias de verdad a la operación? —le dije.

—Sí, y no hablemos más de ello. Olvídalo...

—No. Ese asunto me gusta, Sam —dije, suavemente.

Comenzaba a perfilarse una idea...

Su mirada era aguda, penetrante.

—¡Oh, qué bueno! ¡Te gusta el asunto! —exclamó, sarcástico—. Pero se trata de mi dinero, te digo que no. Así es que, sé un buen chico y deja ya de importunarme. Ahora...

Le interrumpí de nuevo.

—A mí me gustaría entrar en el negocio —dije.

—¿Tienes dinero? —me preguntó, astuto.

Nuestras miradas se cruzaron por encima de la mesa. Bien sabía él que no tenía el dinero necesario para acometer un negocio de esa importancia.

—Bien sabes que no. Con los setenta y cinco dólares que me pagas.

Sonrió entre dientes, muy satisfecho. Yo sabía el porqué de aquella sonrisa.

—¿Y qué me dices de tus cuentas de gastos cuando sales fuera de la ciudad por cuenta de la empresa? ¿No las miras nunca? ¿No piensas que te conozco y me sé tus trucos?

—Tienes razón, Sam —reconocí—, pero no me reportan esos trucos míos tanto como tú crees. Nunca me envías con fondos suficientes para quedarme con algo que valga la pena.

—Entonces, ¿de dónde vas a sacar el dinero? —me preguntó con cierta sorna.

Pensé durante un momento.

—Tengo cerca de mil quinientos dólares en nuestra cuenta de ahorro. El banco me prestaría la mitad si hipotecase todos mis bienes inmuebles. El resto podrías prestármelo tú.

Sam se puso en pie.

—¿Prestártelo yo? —rugió—. ¿Crees que soy un idiota? ¿Qué garantía me ofreces de que me devolverías el dinero?

—Mi palabra —le contesté con toda tranquilidad.

—¡Tu palabra! —exclamó y lanzó una risotada llena de sarcasmo—. En una ocasión puse cinco mil dólares sobre esa palabra. ¿Crees que vas a pescarme otra vez?

Le miré con dureza.

—Los pusiste sobre la palabra de un crío, Sam. No era yo, era tu pago por conseguir la fama. Nunca vi ni un centavo de ellos. Lo único que conseguí para mí fueron golpes.

Enrojeció intensamente y dijo:

—Bueno. No entro en el negocio. —Y volvió a sentarse.

—Pero yo sí —exclamé, determinado—, y tú entrarás después de mí.

—¿Por qué lo crees así?

Le miré con expresión astuta.

—¿Recuerdas cómo obtuve mi empleo aquí? Yo pensé que era alguien. Desde entonces, he estado dando vueltas por ahí. Tú las matas callando. No lo supe bien hasta que tropecé con cierta bailarina rubia que tienes instalada en cierto hotel, al otro lado de la ciudad.

Creí que iba a estallar. Tenía el rostro congestionado.

—¿Cómo pudiste enterarte...? —balbuceó.

—Mirando alrededor —dije, sonriente—, soy un hombre importante.

Aclaró su garganta. Sus dedos aprisionaron un lápiz y jugaron con él.

—Tú sabes cómo son estas cosas, muchacho —dijo desmañadamente, sin mirarme—. Estoy loco por tu hermana, pero se le ha metido en la cabeza la idea de que cada vez que voy a ella, se queda embarazada. Y un hombre tiene necesidad de desahogarse de vez en cuando.

—No te critico, Sam —le dije, tolerante—, y hasta tal vez te envidie un poco. Pero no creo que a Mimí le guste eso. ¡Tiene un orgullo terrible!

Sam me miró y acto seguido se retrepó en el sillón. No había rencor en su voz.

—¿No te basta todo lo que he hecho por ti, muchacho, cuando acudiste a mí y no tenías adónde ir? ¿No hice bastante sacándote de la cárcel, procurándote la fianza y dándote un buen abogado para que te sacara del apuro, y encima de todo, empleándote en mi oficina? ¿No estás aún satisfecho?

Me levanté de la silla y me incliné sobre la mesa. Todo lo que le dije me salió del corazón.

—Te debo a ti más que a nadie en el mundo, Sam. Créeme, te agradezco todo lo que has hecho por mí. Me disgusta tanto como a ti el que tenga que ponerte el cuchillo en la garganta, pero un hombre debe aspirar a más que a un simple empleo para ir viviendo. Tiene que aspirar a vivir independiente, y para eso hace falta dinero. Tú no lo has necesitado nunca en un trabajo. Solo hay una forma de conseguirlo. Arriesgarse. Eso fue lo que tú hiciste el primer año que estuviste en el campo y todo estaba bien para ti. Déjame que yo corra también el albur y trate de ganar mi buen dinero.

Me miró a los ojos un buen rato y a continuación se dibujó en su rostro una amplia sonrisa. Sabía que estaba derrotado. Pero, no obstante, trató una vez más de disuadirme de mi empeño.

—Suponte que Fields trate de cortarte la hierba bajo tus pies, ¿eh?

—No lo hará —le dije, confiado—. Me convencí de ello cuando estuve investigando el asunto para ti. No es negocio de bastante envergadura para él.

Se arrellanó en su sillón y echó mano a su talonario.

—Está bien, Danny —me dijo en voz baja—. ¿Cuánto necesitas?

—Seis grandes —repuse.

—¿Por cuánto tiempo?

—A un año después de terminada la guerra —dije rápidamente—. Quiero ir con pies de plomo.

—¡Cristo! ¡Esta guerra puede durar diez años todavía! —estalló. Sonreí.

—Si dura ese tiempo, todos nos quedaremos sin dinero. Me figuro que estas máquinas resistirán otros tres años. Entonces podría procurarme otras nuevas.

Sam hizo un cálculo mental.

—¿El interés acostumbrado? —preguntó, taimado.

El interés acostumbrado en ese negocio era, por lo general, usura: seis por cinco.

—No te desboques, Sam —le dije—, al fin y al cabo, todo queda en la familia.

—Diez por ciento anual, en una letra sin fecha —se apresuró a decir. Asentí.

—Me parece bien —le dije, sonriendo entre dientes—. Bueno, ¿quieres que vaya a Atlantic City para ventilar tu asunto?

—¡Demonios, no! —juró, mientras llenaba con nerviosa pluma el cheque—. Ahora corre tú mismo con tus gastos de viaje. ¿No emprendes un negocio por tu cuenta?

Salí del despacho de Sam y me senté a mi mesa. Miré el cheque que tenía en la mano. Me parecía increíble haberlo obtenido. La idea no entró en mi cabeza sino hasta después de que me hube sentado. Extendí el cheque sobre mi mesa y lo alisé. Su texto me saltó a los ojos: Seis mil dólares. Me acometió el extraño impulso de coger el préstamo y escaparme con él. Nunca había tenido tanto dinero en mi vida.

También sentí la tentación de coger el cheque y devolvérselo a Sam, diciéndole que había cambiado de parecer y quería que me reintegrara a mi viejo empleo. El pensar, que pudiera llevar a cabo con éxito un proyecto de tal envergadura me parecía una insensatez en esos momentos. Sam era un hombre de gran sagacidad y si él no podía ver dinero allí, quizá tuviese razón. Había levantado una gran empresa cuando no tenía nada, y un hombre de ese calibre no podía equivocarse.

Me sentí repentinamente agotado. Cerré mis ojos. ¿Por qué había procedido así? ¿Por qué aquellas ideas de grandeza? Me ganaba la vida con facilidad. Unos años atrás habría dado un ojo de la cara para obtener un empleo como el que tenía ahora. Pero eso ya no me bastaba. Rebusqué en mi mente buscando la respuesta. Estaba allí, en cualquier rincón. Tenía que estar. Escondido en algún rincón secreto, fuera de mi alcance, como una de esas palabras que no puede uno recordar por más esfuerzos de memoria que se haga. Tenía que existir una razón. No podía creer que eso hubiera sucedido únicamente por espíritu de contradicción, porque Sam se hubiese negado a hacer la operación.

Evoqué de nuevo todas las fases del negocio. Tal vez hubiese algo en él que me hubiese llamado la atención. Todo había comenzado unas semanas antes cuando Sam me envió fuera para examinar las posibilidades de un negocio basado en las máquinas expendedoras. Hasta entonces, no había hecho más que inspeccionar sus concesiones.

El primer día que fui a trabajar para él, me llamó a su despacho. Fue la primera vez que me di cuenta de la verdadera importancia de la empresa que había levantado a pulso. Esperó a que la puerta se hubiese cerrado tras de mí, para hablarme. Desde detrás de su mesa sus ojos eran fríos y retadores. El tono de su voz era tajante como jamás lo había oído.

—Si crees que has venido aquí a pasar unas vacaciones, Danny, puedes irte de nuevo.

No le contesté.

—Si crees que has obtenido este empleo por un acto de chantaje, desengáñate —continuó en el mismo tono—. Te pagaré treinta dólares a la semana porque espero sacar de ti treinta dólares de trabajo.

Me miró unos instantes como si esperara a que yo hablara, y como permaneciera callado, prosiguió:

—No esperes de mí preferencias ni favoritismos porque seas el hermano de Mimí, eso puedes olvidarlo también. Harás el trabajo o te irás a la calle. No tienes otro camino conmigo, eso puedes darlo por seguro. No me importa que creas que me tienes en tus manos, si no haces tu trabajo, te echaré antes de que puedas darte cuenta de lo que está ocurriendo.

Me lanzó una mirada feroz y penetrante.

—¿Comprendido?

Casi sonreí al oír aquella expresión tan suya.

—*Capisco* —le contesté—. Eso es lo que yo quiero, estoy cansado de favores y de limosnas.

Movió la cabeza a un lado y a otro, gravemente.

—Está bien —dijo—. Creo que llegaremos a entendernos. Ahora vete a tu trabajo.

Se puso a ojear unos papeles y yo salí del despacho. Al pasar por delante de su secretaria, esta enrojeció hasta la raíz de sus cabellos. Le sonreí y fui a sentarme a mi mesa, que entonces estaba en la parte de delante de la gran sala, junto con otros empleados de escasa categoría. Mis funciones eran las de contabilizar las liquidaciones de los concesionarios y comprobar sus inventarios.

No vi mucho a Sam después de eso. Me trató como a los demás empleados, ni mejor ni peor que a ellos. Hacía un año que desempeñaba mi empleo cuando uno de los inspectores fue llamado a filas, y yo fui designado para ocupar su puesto. El sueldo era de cuarenta y cinco dólares semanales y el cargo llevaba emparejado el uso de un automóvil. Mi trabajo consistía en ir a visitar a los concesionarios y comprobar la buena marcha del negocio y la posibilidad de aumentar su rendimiento. No podía evitarse el que hubiera filtraciones en un negocio tan vago y nebuloso como este, pero tratábamos de reducirlas al mínimo.

Llegué a desempeñar mi cargo con bastante eficacia. Cuando iba a visitar a un concesionario, me bastaba con una sola ojeada para darme cuenta de la situación exacta del negocio. Sabía qué margen quedaba para nosotros y lo que debíamos hacer para que nuestros beneficios no mermaran. Sam no tardó mucho en percatarse de que conocía al dedillo su negocio y comenzó a confiarme asuntos de mayor responsabilidad. Me mandaba por delante para que le preparase el terreno antes de que él lo cogiese y yo investigaba para él. Me daba todo el tiempo que fuera necesario, después volvía a la oficina y daba la información a Sam. Estos viajes me permitían sacar unos dólares suplementarios.

Obtuve dos aumentos de sueldo y finalmente me empleó de un modo permanente y exclusivo en la valorización de nuevas concesiones. Me encontraba muy bien en el trabajo por muchas razones; sobre todo porque ambos sabíamos que me lo había ganado a pulso, sin favores de ninguna clase. Yo era la única persona, fuera de él mismo, cuya opinión aceptaba respecto a sus concesiones. Hasta entonces, siempre había sido él quien contrataba los nuevos lugares.

Jamás pensé en dedicarme a otra cosa que a mi trabajo hasta que Sam me envió al concesionario de las máquinas expendedoras. Fue algo insólito que acaparó mi atención en el momento que entré en el local del señor Christenson. No era la idea del dinero. Sam había realizado muchos negocios que yo le había recomendado y en los que se comprometía mucho más y mucho menos dinero que en ese. Era más bien la idea de sus posibilidades. Veía a aquellas máquinas diseminadas por toda la ciudad, en los mejores sitios: restaurantes, estaciones, aeropuertos, terminales de autobuses; en todos aquellos lugares en que se congregaban por necesidad o por esparcimiento grandes masas de público. Tremendas máquinas de metal que se levantarían por todos aquellos lugares inmóviles, impersonales, con sus manos en todos los bolsillos, apelando a todos los gustos a todas las necesidades. ¿Tiene sed? Tome una Coca-Cola. Goma de mascar, caramelos, cigarrillos.

Tal vez fuera la manera en que expuso el negocio el señor Christenson. Pude darme cuenta, por su modo de actuar, que aunque no deseaba venderlo no le quedaba otra opción. El dictamen de su médico, ante el mal estado de su corazón, había sido terminante: o dejaba el negocio y se retiraba al campo a descansar o se moría.

Cómo se enteró Sam de todo eso, jamás lo supe, sin embargo, cuando visité sus talleres y pude averiguar que solo con cinco hombres conseguía ingresos brutos de tres mil dólares semanales, el asunto me impresionó. Y quedé todavía más impresionado cuando logré documentarme más a fondo sobre el tema.

Christenson tenía trabajando ciento cuarenta y una máquinas expendedoras de cigarrillos y noventa y dos de Coca-Cola. Tenía catorce máquinas inutilizadas en los talleres porque no podía conseguir piezas de recambio para las mismas, pero que podrían rendirle otros trescientos dólares semanales si funcionaran. Además de eso, el cuarenta por ciento de los lugares en los que funcionaban eran pésimos, pero Christenson estaba demasiado enfermo para buscar para ellas nuevas y más ventajosas localizaciones. Colocando esas máquinas en lugares más acertados podría elevar hasta cuatro mil dólares por semana los ingresos brutos con bastante facilidad.

Christenson calculaba su beneficio en base a un diez por ciento neto de los ingresos brutos, o sea trescientos dólares por semana, limpios. Yo hice el cálculo de que, de llevar a cabo las cosas como yo pensaba que debían hacerse, ese beneficio neto podría elevarse por lo menos hasta el quince por ciento. Esto representaría seiscientos dólares por semana sobre un ingreso bruto de cuatro mil. Era un buen negocio. Por eso, se lo recomendé a Sam.

Era un negocio que habría podido llevar él con suma facilidad, y con sus relaciones hubiese podido conseguir un mayor número de máquinas. Esa fue la primera vez que pensé que podría llevar a cabo personalmente, por mi cuenta, un buen negocio. Pensé que si Sam no quería hacerse cargo de él, yo podría llevarlo en su nombre. Fui a visitar a los fabricantes de las máquinas para averiguar acerca de los recambios y las piezas sueltas. Por supuesto, no saqué nada en claro; estaban demasiado ocupados en trabajar para la guerra; pero, uno de ellos, me mostró un

folleto de los nuevos modelos que lanzarían al mercado, una vez que esta terminara.

Eso fue lo que abrió mis ojos. Aquel era un campo ilimitado que no podíamos desaprovechar. Había en aquel folleto un número de tragaperras mayor que el número de rateros que hacían de las suyas en Coney Island un día de fiesta. Máquinas que asaban salchichas, las ponían en una tostada y las despachaban envueltas en una servilleta; máquinas que expendían café caliente en tazas de plástico; bocadillos, en fin, todo lo que se le podía antojar a uno. Había, incluso, una máquina que despachaba una póliza de seguro en el aeropuerto antes de emprender uno un viaje en avión. Todo lo habían calculado, menos los lugares en donde podrían colocarse.

La oportunidad estaba allí, rondando por el arroyo como una prostituta de dos dólares. No se trataba de que el negocio de Christenson fuera tan óptimo, en aquellos tiempos que corrían, sino por las ilimitadas posibilidades que ofrecía en la posguerra. Era un negocio que debía llevarse con cuidado. Mientras la gente se ocupaba de otras cosas, había que buscar los mejores sitios, y asegurárselos de antemano. Después, el negocio tomaría proporciones fabulosas.

Pero Sam era como todos. Estaba ganando mucho dinero y no quería más quebraderos de cabeza.

Miré el cheque que tenía en la mano. No había encontrado todavía la respuesta a mi pregunta: ¿qué era lo que me había impulsado a querer hacer eso? Sabía que no era el negocio en sí, sino otra cosa. Fue solo cuando llegué a casa aquella noche y vi a Nellie, que supe la respuesta.



Entré en el piso, sin hacer ruido, preguntándome cómo recibiría la noticia. Esperé que no se inquietara, aunque encontrara graciosas esas cosas. Para ella lo más importante era trabajar y ahorrar dinero. Y un trabajo era el único medio que ella veía para conseguirlo.

En varias ocasiones, cuando la hablaba de mudarnos a otro barrio, se había negado rotundamente.

—¿Por qué derrochar el dinero en un alquiler? —había argumentado—. Aquí estamos cómodos.

—Pero, dulzura —le había dicho—, por un poco más de dinero podemos vivir mejor en otro sitio.

—No —había dicho—, quedémonos aquí y así podremos ahorrar más. Nadie sabe cuándo se acabará la buena racha y, entonces, necesitaremos cada penique que hayamos podido guardar.

No pude convencerla y opté por callarme. Entendía que ella tuviera miedo y había buenas razones para ello. Toda nuestra vida había girado bajo el signo de la pobreza. ¿Por qué habían de cambiar las cosas? Era una filosofía depresiva que había enraizado tan profundo en nosotros que nada podía arrancarla.

Cerré la puerta tras de mí, suavemente.

—¡Nellie! —llamé, sin elevar la voz.

Muchas veces, al llegar a casa, la encontraba dormida. Trabajaba todo el día con una enorme prensa para modelar plásticos que agotaba todas sus energías.

Como no obtuviera respuesta, me encaminé de puntillas hacia el dormitorio. Cuando atravesaba la sala de estar, la vi, acurrucada en un lado de la cama. Estaba vestida para salir a cenar y sumida en un profundo sueño. Me acerqué a ella, en silencio.

Tenía una mano extendida a lo largo del diván; la otra la tenía contra el pecho, aferrada a algo que al principio no pude discernir. Me acerqué y vi que era una fotografía de Vickie, aquella que había tomado en la azotea durante el corto verano de su vida. En ella aparecía risueña en los brazos de su madre. Yo había tomado la instantánea con una cámara que me prestó un amigo y recuerdo nuestra ansiedad esperando a que la droguería, en la que habíamos dejado el negativo, nos entregara las copias. También recuerdo lo que nos había costado reunir los pocos peniques que necesitábamos para abonarlas. Nellie, henchida de felicidad, tenía a la niña en alto y Vickie la miraba, risueña. Se me hizo un nudo en la garganta. Nellie en esa foto parecía una chiquilla.

Contemplé su rostro dormido. Tenía los ojos cerrados y respiraba ligera y rítmicamente; sus largas pestañas negras proyectaban unas sombras sobre la blancura suave de su tez, y unas finas líneas en su maquillaje bajaban desde sus ojos. Había estado llorando, viendo la foto de su hija y llorando. De pronto, hallé la respuesta que había estado buscando.

Supe por qué no tendríamos otro hijo, por qué Nellie tenía tanto miedo de gastar un centavo más de lo que era preciso, por qué no quería que nos mudáramos de ese piso. Tenía miedo, un miedo cervical. Se culpaba a sí misma de la muerte de Vickie y no quería que eso volviera a ocurrir, ni miedo, ni, pobreza, ni angustia.

Y supe por qué quería yo tener dinero, mucho dinero, por qué tenía que aprovechar esa oportunidad. Tenía que optar entre vivir siempre bajo la amenaza de la pobreza y del miedo, o, de una vez por todas, librarme de ella y conseguir todas las cosas que habíamos deseado. Este era mi propósito. Nos veríamos libres del miedo si podíamos pensar en el mañana, un mañana en el que temíamos entrar porque se parecía demasiado al ayer.

Volveríamos a pensar en nosotros mismos. Al igual que los demás, sentiríamos deseos, apetitos, ambiciones y haríamos lo posible para realizarlos, sin desalientos ni vacilaciones.

Sin rozarla apenas, le quité la fotografía de entre los dedos y me la metí en el bolsillo. Me senté y esperé, paciente, a que se despertara y pudiera contarle lo que había ocurrido.

Teníamos que vivir sin pensar qué ocurriría; no debíamos renunciar a vivir. No se trata de sobrevivir sino de vivir. La sangre sigue corriendo, el corazón sigue latiendo, la mente sigue pensando. Era eso: volver a vivir.

Me senté desmañadamente en un rincón del salón de la casa de Mimí y me puse a mirar a mi padre. Me di cuenta de que nos había dejado a solas. Era una de las metas de su vida, reconciliarnos algún día, pero no había remedio. Había demasiadas cosas entre nosotros que nos habían alejado. Mi hermana se había esforzado. Estábamos sentados allí, bajo el mismo techo, como dos extraños, sin saber qué decirnos.

Nellie y mamá se habían ido con Mimí a la habitación de los niños, pues había llegado la hora de acostarlos y Sam, papá y yo nos quedamos en el salón, mientras esperábamos que nos llamaran para sentarnos a la mesa. Solo hablábamos cuando Sam nos hablaba a uno u otro. Entonces, contestábamos con monosílabos, como si temiéramos que nuestras palabras degenerasen en conversación.

Fue Sam quien llevó el peso de la insustancial charla, hasta que se encerró como mi padre y yo en el mutismo. Cogió un periódico al azar y se puso a ojear la sección de deportes. Durante unos segundos, no hubo en el salón más ruido que el del periódico.

Miré en dirección a la ventana que daba a Central Park. Era ya de noche y las ventanas de los edificios próximos comenzaron a iluminarse.

—Danny —dijo de repente Sam—, ¿te acuerdas de aquel chico con el que peleaste en las semifinales del Winter Garden... Joey Passo?

Me volví hacia Sam. ¡Vaya si me acordaba!

—Fue en las eliminatorias, Sam —le corregí—. Fue el chico que estuvo a punto de hacerme morder el polvo. Era bueno de verdad.

Sam movió la cabeza, afirmativamente.

—Es cierto. Sabía que tuviste un combate con él. Acabo de leer aquí que ha firmado para disputar el título de los semipesados valedero para el Campeonato Mundial.

Vi los ojos de mi padre fijos en mí.

—Espero que el muchacho consiga el título —dije—. Es bueno, tiene enjundia y además necesita el dinero.

—Tú lo habrías conseguido —dijo Sam sin apartar los ojos del periódico—. Eras bueno. En aquellos días, eras, de todos, el que más prometía.

Moví la cabeza, con un gesto de escepticismo.

—Producto de un ambiente que en el fondo me desagradaba.

Sam apartó los ojos del periódico y los fijó en mí.

—Lo que te pasaba era que te faltaba el instinto de rematar a tu adversario. Tal vez si hubieras tenido más peleas habrías adquirido ese instinto.

Mi padre habló antes de que yo pudiera contestar a Sam.

—No lo quiero para un hijo mío; una profesión en la que un hombre deba matar a

otro no es una profesión.

Sam y yo lo miramos, sorprendidos. Era la primera vez, que yo recordase, que tomaba parte en una conversación entre los dos.

Mi padre tenía el rostro congestionado.

—Es una profesión repugnante aquella en que un hombre tiene que matar a otro para triunfar.

Sam y yo intercambiamos miradas de inteligencia y Sam se volvió hacia mi padre.

—Es una expresión usada entre boxeadores, papá —explicó—. Quiere decir que cuando el adversario flaquea hay que aprovechar la ventaja y acabar lo más pronto posible.

—Acabar, matar, rematar, todo viene a ser lo mismo —insistió mi padre, tercamente—. Y la prueba es que siempre estoy leyendo en los periódicos casos de muerte entre los boxeadores.

—Son accidentes, papá —dijo Sam—. También se lee todos los días en los periódicos accidentes de automóvil en los que muere mucha gente. Eso no quiere decir que todo el que conduce un coche sea un homicida potencial.

Mi padre movió la cabeza.

—Eso es muy distinto.

Sam mantuvo tercamente su punto de vista.

—No es distinto, papá —le respondió—. El boxeo es un gran deporte. Lo que ocurre es que hay muy pocos que posean las cualidades físicas que son necesarias para practicarlo a la perfección: la coordinación mental y física, más la voluntad de triunfar. Esas cosas son cualidades básicas concedidas por Dios, y cuando se encuentra alguien que las posee todas, halla uno ante un ser privilegiado. Su hijo Danny era uno de esos seres.

Se volvió hacia mí y me miró un momento antes de proseguir; advertí en sus ojos una expresión de respetuoso afecto.

—Danny era uno de esos seres privilegiados, papá, y habría podido llegar a ser una celebridad con el tiempo —dijo en voz muy queda, como para sus adentros—. Cuando lo vi por primera vez era un chiquillo, demasiado alto para sus años, desgarrado y flaco que comenzó a pelear en la escuela. Era uno de los niños que yo tenía en clase; pero con todo, excepcional, fuera de lo corriente. Dios le había dotado de un talento especial.

Mi padre gruñó:

—¡El talento del diablo, digo yo!

Los ojos de Sam llamearon:

—Está usted equivocado en eso, papá, como en tantas otras cosas. Es humano caer en el error, después de todo. Cuando conozca a alguien, de la poca gente que hay en este mundo, cuyos brazos y piernas se muevan exactos y tan rápidos como les ordena su cerebro, sabrá qué quiero decir.

Mi padre se levantó.

—No quiero oírte —dijo airado—, no me interesa. Para mí, el boxeo no es más que un puro y simple homicidio.

Sam se dejaba llevar por la cólera.

—Sí esa es su manera de pensar —exclamó, sarcástico—, ¿por qué permitió que su hija Mimí se casara conmigo? Fui un pugilista.

Papá lo miró.

—No lo eras entonces —respondió mi padre.

—Lo habría sido si no se me hubiese roto el hueso de la rodilla —replicó Sam acaloradamente.

Mi padre se encogió de hombros.

—Mimí te quería. No era asunto mío decirle lo que tenía que hacer. Se casó con quien le gustaba, yo no debía intervenir.

Sam tenía el rostro congestionado. Era incapaz de reprimir la ira que le desbordaba.

—No intervino entonces porque no quiso. Sin embargo, en otra ocasión, con Danny, sí intervino.

—No te entrometas en esto, Sam —me apresuré a decirle, interrumpiéndole.

Ese era un asunto entre mi padre y yo y me desagradaba en extremo su intromisión.

Sam se volvió hacia mí, agresivo.

—¿Por qué no he de entrometerme, Danny? —exclamó—. Es un asunto que me concierne a mí tanto como a vosotros. Recuerdo el montón de dinero que me costó.

Miró, obstinado, a mi padre:

—Todo fue como una seda mientras el chico hizo lo que usted le mandaba, pero todo fue mal cuando no quiso escucharle. Sin embargo, nunca rechazó usted el dinero que traía a casa por sus peleas. Esos quinientos dólares que le dejó a usted la noche que lo echó de casa, me costaron a mí cinco mil, y casi le costó la vida a su hijo. No sabía usted eso, ¿verdad que no?

Mi padre palideció. Me miró, poco menos que avergonzado.

—Un hijo tiene el deber de obedecer a su padre —mantuvo, inflexible.

—El deber, sí —exclamó Sam—, pero no la obligación de hacer lo que le mande. No procederé yo así con mis hijos, hagan lo que hagan. No me pidieron que los trajera al mundo; y puesto que quise que vinieran, mi deber es ayudarlos, me guste o no lo que hagan.

Mi padre movió sus manos, alterado.

—No quiero oír nada más sobre esto. Ya veremos lo que haces tú —exclamó.

—Jamás verá que cierre la puerta a mis hijos —exclamó Saín...

Mi padre lo miró un momento, pálido. A continuación, se levantó de su asiento y salió de la habitación.

Miré a Sam. Tenía el rostro congestionado.

—¿Por qué hiciste eso? —le pregunté—. ¡Son ganas de gastar saliva inútilmente! Sam hizo una mueca de disgusto.

—Estoy harto de oírle despotricar. Siempre cree tener la razón en todo. Estoy harto de sus críticas contra ti y de la forma de juzgar tu conducta.

—Entonces, ¿por qué te enfadas? —le pregunté—. Eso, en el fondo, no te concierne. Es un asunto entre él y yo.

—Sabe muy bien que yo quería hacer de ti un boxeador famoso —dijo Sam—, y ese es su modo de reaccionar contra mí porque seguiste mis consejos y no los suyos. Algún día le haré comprender lo equivocado que ha estado en muchas cosas.

Miré a Sam unos instantes y me volví a continuación para encender un cigarrillo.

—No sacarás nada en limpio, Sam —le dije, mirándole de soslayo—. Jamás lograrás hacerle cambiar su modo de pensar. Hazme caso, lo conozco muy bien. A pesar de todo es mi padre.

Al entrar en el pequeño taller de reparaciones consulté mi reloj. El mecánico estaba ajustando una de las máquinas expendedoras de cigarrillos. Me sonrió entre dientes.

—Dentro de un par de horas estará en pleno funcionamiento, señor Fisher —me dijo.

—Toma todo el tiempo que sea necesario —le dije—. Es inútil enviarla ahora. Por la expresión que se dibujó en su rostro, vi que había comprendido.

—¿Nada a la vista?

—Ni un pitillo para un remedio —exclamé.

Y eché a andar, silencioso, por el taller...

La situación era grave. Hacía seis meses que escaseaban los cigarrillos, y era muy difícil conseguir una cajetilla. Cuando se anunciaba una distribución de cigarrillos, las colas que se formaban eran inmensas. Si no hubiera sido porque esperaba que algo como eso llegara, habría tenido que cerrar mi negocio. Pero me adelanté a los acontecimientos y con la ayuda de algunos hombres, nada adversos a ganarse unos dólares suplementarios, habría reforzado mis existencias de cigarrillos. Mis cálculos habían sido exactos y me hallaba en condiciones de seguir surtiendo, por tiempo indefinido, mis máquinas automáticas. Había sobrevenido la esperada escasez y yo era uno de los pocos individuos en el negocio que tenía existencias. Se había presentado para mí la ocasión soñada de hacer dinero.

En el fondo del taller, había un cuartito en donde tenía instalado mi despacho. Asomé la cabeza en el pequeño cuarto que había al fondo del taller, y que servía de oficina.

—¿Volvió a telefonear Sam? —pregunté a la joven que estaba trabajando allí.

—No, señor Fisher —me contestó.

—Está bien. Cuando me llame avísame —dije y volví al taller.

Sam volvería a llamar. Estaba seguro de que lo haría, quisiera o no. Estaba satisfecho de mí mismo. Si esa escasez duraba todavía algún tiempo podría ganar bastante dinero. Y, después de terminada la guerra, ese dinero sería la base de una verdadera fortuna. Porque, gracias a él, podría conseguir los mejores emplazamientos de la ciudad.

En el taller me puse a observar el trabajo del mecánico. Vi un periódico en un banco, junto a él, y, lo cogí.

—¿Cómo va la guerra? —pregunté al desgaire, mientras hojeaba el diario.

—Despacio —me contestó el mecánico—. Esos nazis son muy duros de pelar.

—Les haremos morder el polvo —dije, sin insistir demasiado en esa eventualidad.

Estaba pensando en Sam Gordon y me preguntaba si aceptaría el precio que había

decidido cobrarle. No tenía más remedio que aceptarlo; de lo contrario, no podría vender un solo cigarrillo en sus concesiones.

Recorrí con la vista los titulares. Los alemanes estaban replegándose en Francia y el Tercer Ejército al mando del general Patton estaba acosándolos.

—Les haremos morder el polvo —repetí.

—Eso espero yo también, señor Fisher —respondió el mecánico con el tono de voz que el empleado suele adoptar cuando habla con su jefe.

Me recliné cómodamente en el banco y seguí hojeando el periódico. De pronto, un artículo, con un encabezamiento sugestivo, llamó mi atención: «El OPA declara que no hay escasez de cigarrillos». Sonreí. Si no hubiera escasez la gente no estaría fumando los hierbajos que estaba fumando.

El articulista criticaba al OPA porque no era lo bastante enérgico para acabar con el acaparamiento. Individuos faltos de escrúpulos retenían en sus almacenes grandes cantidades de cigarrillos para crear un mercado negro, en vez de derivarlos por los canales normales de distribución.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Me pregunté qué harían ellos si se les ofreciese la ocasión, como a mí, de ganar unos dólares reteniendo los pitillos. ¿Los derivarían por los canales normales de distribución? Por supuesto que no. Harían lo mismo que yo: comprarlos, retenerlos en los almacenes y venderlos luego a precios altísimos. Ocasiones como esta no se presentaban todos los días y no iba a ser tan necio que los vendiera a precios normales cuando podía doblar y hasta triplicar su valor.

—Ya he terminado, señor Fisher —me anunció el mecánico.

—Está bien, Gus —le dije—, si no tiene otra cosa que hacer, puede irse a su casa.

—Gracias, señor Fisher.

El hombre me sonrió agradecido. Se volvió hacia la máquina.

—Es una verdadera lástima que por falta de cigarrillos tenga que estar fuera de servicio.

—Sí, es una pena —le respondí—. Pero no debemos quejarnos. El OPA declara que no hay escasez de cigarrillos.

El hombre asintió.

—Ya lo he leído —exclamó, vehemente—. Toda la culpa la tienen esos podridos acaparadores. Con sus sucios manejos impiden que la gente honrada como nosotros nos ganemos la vida.

Convine con él que tenía razón sobrada. Vi cómo se quitaba el mono de trabajo y me pregunté cuál sería su reacción si supiera las grandes cantidades de cigarrillos que yo tenía acaparadas. Quizá me hubiera denunciado a la policía. Era un honrado proletario. Afortunadamente para mí, había almacenado aquellas existencias en depósitos particulares, lejos de aquel lugar y a cubierto de todas las indiscreciones.

Oí la voz de la joven del despacho.

—Le llama el señor Gordon de nuevo.

—Ahora voy —dije.

Dejé caer el periódico en el banco y me precipité al despacho. Cogí el auricular. La muchacha reanudó su trabajo, sin prestar atención a lo que yo hacía.

—Hola, Sam —comencé.

—¿Cómo está hoy el mercado negro de pitillos, Danny? —me preguntó con sorna.

—Ten cuidado con lo que dices, Sam, ya sabes lo susceptible que soy. Estás hiriendo mis sentimientos.

—Nada puede herir tus sentimientos —dijo Sam, incisivo—, salvo perder un dólar.

—¿Es esa la manera de hablar a tu cuñado? —le contesté, burlón—; sobre todo, cuando estoy tratando de hacerte un favor.

—Déjate de camelos, que te conozco —exclamó Sam—. ¿Cuánto me vas a pedir por ellos?

—Depende —le dije—. ¿Cuántos necesitas?

—Cinco mil cartones —contestó Sam.

Di un silbido.

—Eso es mucho humo —le dije—. Por ser tú, puedo ponértelos a tres cincuenta por cartón.

—¡Tres dólares y medio por cartón!

La voz de Sam hizo vibrar el alambre.

—Cualquiera diría que te pido la luna —le dije, sin alterarme lo más mínimo—. Tus chicas sacan medio dólar por cajetilla o más.

Sabía muy bien lo que me decía. No en balde había trabajado para él todos esos últimos años. Aquellas muchachas medio desnudas, que iban con una bandeja por delante, vendiendo cigarrillos en los cabarés y clubs nocturnos, sabían muy bien cómo sacar el dinero a los espectadores.

—Tres veinticinco —regateó Sam—. Hazme una rebaja. Ten en cuenta que si no hubiera sido por mí, no estarías en este negocio.

—Tres cincuenta —insistí—. Te admiro, Sam: eres lo más grande que hay en el mundo, y además sigo debiéndote los seis mil «morlacos», pero el negocio es el negocio.

Era verdad. No le había devuelto todavía el dinero que me había prestado porque todo lo que ganaba lo invertía en asegurar los emplazamientos para la posguerra.

—¡Danny! —imploró Sam.

—¿Adónde quieres que te los envíe? —le pregunté, ignorando su súplica.

Sabía que podía pagar aquel precio. Sara estaba haciendo dinero a espuertas como jamás lo había hecho.

Hubo un momento de silencio; luego su voz me llegó por el hilo como alterada.

—Al lugar de siempre.

—Pago contra entrega de la mercancía.

—Sí —contestó, un tanto contrariado—. Y ojalá el OPA te trinque y te ponga a la sombra. ¡Hasta la vista!

Colgué, sonriendo. Esto representaba para mí diez billetes de los grandes. Aquellos cigarrillos me habían costado solo dólar y medio el cartón. Alargué el brazo y recogí de mi mesa un bloc de notas. Lo estudié con sumo cuidado. En él había una lista de todos los emplazamientos que quería asegurar. Ese dinero me venía de perilla. Me quedaban ya muy pocos para asegurar. Pronto podría comenzar a hacer arreglos para la adquisición de las máquinas correspondientes.

Consulté el calendario. Estaba terminando el mes de mayo. Unos cuantos días más y cumpliría veintisiete años. El tiempo no corría en vano. Me estaba haciendo viejo.

Volví a hojear el bloc. Pensé en la conveniencia de comenzar a hacer los pedidos de las máquinas si quería ocupar una posición favorable en la lista cuando los fabricantes se pusieran a construirlas. Todo se iría al infierno si no conseguía esas máquinas.

Entré en el piso con la sonrisa en los labios. Nellie estaba inclinada sobre un hornillo, observando el contenido de una olla. Se volvió hacia mí, sin enderezarse, y la besé en una mejilla.

—¿Qué tenemos para cenar, nena? —le pregunté, jubiloso.

—Un guiso de carne —me contestó— con cebollitas tiernas asadas.

—¡Hum! ¡Qué olor tan bueno! —exclamé, haciendo mucho aspaviento—. ¿Cómo te has arreglado?

—Como ya está a punto de terminar el mes, el carnicero me ha admitido algunos vales —explicó.

—¡No sé en verdad cómo puedes hacerlo! —le dije con sincera admiración—. Todo el día trabajando en esa asquerosa fábrica, y aún te quedan ganas para meterte en la cocina y hacer esa maravilla culinaria.

—Déjate de cumplidos —me dijo, burlona—. Seguro que estás buscando algo.

Hice un gesto de denegación.

—No, jovencita, no busco nada. Solo quiero repetirme una vez más lo de siempre. ¿Por qué no dejas ya de una vez ese trabajo en la fábrica? No necesitamos el dinero.

—Lo he estado pensando —me dijo, entre seria y risueña—, pero los muchachos, allá en el frente, dependen de nosotros. Ahora más que nunca.

—Y yo dependo de ti —le dije—. Y si caes enferma, ¿quién cuidará de mí?

—No seas bobo, Danny —me dijo.

—No tan bobo que no sepa apreciar como es debido tu guiso de carne con cebollitas tiernas.

Me empujó hacia el cuarto de baño.

—Anda y ve a lavarte —dijo, riendo—. La cena estará lista dentro de unos minutos.

Entré, riéndome, en el cuarto de baño. Era para mí como una bendición verla tan feliz. Hacía mucho tiempo que no la había visto tan contenta y risueña.

—¿Quieres que te ayude a lavar los platos? —le pregunté sin apartar la vista del periódico de la noche.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —me dijo, burlona—. Ya casi he terminado de hacerlo.

Gruñí, me retrepé en el sillón y volví a las páginas deportivas. Al parecer, los Yankees iban a ser los campeones de Liga.

Vino por fin a la salita y se dejó caer en sofá, frente a mí.

—¿Qué tal te fue hoy? —me preguntó con voz cansada.

No pude reprimir la satisfacción sentía.

—Hoy le coloqué a Sam cinco mil cartones. Eso representa diez de los grandes

limpios.

Advertí en su rostro un gesto de contrariedad.

—Danny —dijo en voz baja—. Estoy asustada. ¿Qué pasará si te cogen?

Me encogí de hombros.

—No te preocupes, nena. No me atraparán.

—Pero, Danny —protestó—, leí en el diario que...

—¡Los periódicos están llenos de mentiras! —le interrumpí, desdeñoso—. Van a lo suyo. Además, ¿qué pueden hacerme? No voy contra la ley vendiendo cigarrillos.

No le abandonó el gesto de contrariedad.

—El dinero no lo puede todo —dijo juiciosa—. No hay nada que lo pueda todo. Todo esto hace que no consiga dormir bien casi ninguna noche.

Dejé caer el periódico y le miré a los ojos.

—¿Preferirías que fuese como el resto de los besugos que hay por ahí? Teníamos bastante de eso, ¿recuerdas? Recuerda lo que hemos pasado. ¿Te gustaba cuando no teníamos dinero ni para comer? A mí no. Ya tuvimos de sobra.

Sostuvo mi mirada.

—A mí no me importa nada de eso —dijo, serenamente—, y lo que deseo es que no te pase nada.

—No te preocupes por mí, Nellie —le dije, confiado, volviendo a coger el periódico—. Todo irá bien, ya verás. No tardarás mucho en llevar visones y diamantes.

—Puedo vivir sin ellos —me dijo, frunciendo el ceño—. Pero no podría vivir sin tenerte a mi lado. —Suspiró profundamente y vi que apretaba sus pequeños puños—. Porque no me gustaría verme obligada a decirle a mi hijo que su padre está en la cárcel.

El diario se me escapó de entre los dedos y cayó al suelo.

—¿Qué has dicho? —pregunté, incrédulo.

Me sonrió, llena de calma, con el orgullo secreto de la mujer que siente crecer en su vientre una nueva vida.

—Lo que has oído —me dijo, entusiasta—. Vamos a tener un hijo.

Me levanté de un salto y, lleno de emoción, me incliné sobre ella.

—¿Por... por qué no me dijiste nada? —tartamudeé.

Sus ojos oscuros relampaguearon, jubilosa.

—Quería estar segura antes de decírtelo —contestó.

Caí de rodillas junto a ella.

—¿Te ha visitado el doctor ya? —le pregunté, cogiéndole una mano.

Asintió con la cabeza.

—Esta mañana, cuando fui al trabajo.

La atraje hacia mí con suavidad y estampé un beso en su mejilla.

—¿Y fuiste a la fábrica, a pesar de todo? Hubieras podido telefonar y decírmelo.

—No seas tonto —rió—, hubieras realizado mal tu trabajo.

—Y me has tenido aquí sentado, todo el tiempo, mientras tú te rompías el alma en la fábrica —me reproché a mí mismo.

La miré, extasiado.

—¿Cuándo será la cosa?

—Dentro de siete meses —respondió—, hacia finales de noviembre.

Me dejé caer en sofá, a su lado. Me sentía feliz. Yo había acertado en muchas cosas. De alguna manera, sabía que, en cuanto Nellie se sintiera segura, tendríamos otro hijo. Suspiré satisfecho.

—¿Eres feliz, Danny? —me preguntó.

Asentí, pensando en la última vez que habíamos discutido acerca de esas cosas. Sin embargo, aquella vez, las perspectivas eran distintas.

—Ahora sí podemos mudarnos —le dije.

—¿Para qué? —preguntó—. Aquí estamos muy bien.

—No es el lugar ideal para criar a nuestro hijo, sobre todo si podemos mudarnos a un sitio mejor —dije—. Busquemos algo con mucho aire y mucho sol.

Se retrepó en el diván.

—Un sitio como el que tú sueñas cuesta mucho dinero, Danny —protestó—. Ya sabes lo difícil que es conseguir un buen apartamento, y, si encontramos uno, tenemos que pagar al contado.

—¿Quién habla de un apartamento? —dije—. Quiero comprar una casa...

—¡Una casa!

Su rostro expresaba un asombro extraordinario.

—Eso cuesta muchísimo dinero. Prefiero que nos quedemos aquí y guardemos ese dinero.

—¡Ni hablar! —dije resuelto—. ¿Para qué gano el dinero si no es para ti... y el niño?

El sol de agosto me quemaba el cuello y los hombros, y me hacía sudar a mares. Subí al automóvil y traté de ponerlo en marcha. Presioné el botón de arranque, pero chirrió y emitió sonidos entrecortados. Le cerré el paso del aire y apreté el botón de arranque otra vez. El motor tosió y comenzó a girar muy despacio. Después, se detuvo un poco y, por fin, se paró.

Miré el tablero y me di cuenta, por el amperímetro, que la batería estaba descargada. Lo intenté de nuevo. No se movió. La batería se había agotado. Resignado, corté el contacto y me apeé del coche. Me quedé mirándolo con rabia, como si me hubiera engañado. Le lancé una invectiva silenciosa. Le había prometido a Nellie que regresaría pronto a casa.

Consulté mi reloj. Eran las cuatro y media. Volver a cargar la batería o reemplazarla me costaría una buena hora, y Nellie se pondría furiosa. Cerré el coche y me encaminé al metro. La estación más próxima se hallaba a seis manzanas de distancia, y, cuando llegué a ella, estaba empapado en sudor. Metí mi moneda en la ranura del torniquete y bajé al andén.

Sentía una sed devoradora. Recorrí el andén en busca de un puesto de periódicos porque algunos de ellos vendían también refrescos y helados. Vi que había uno a un extremo del andén y ya llevaba recorrida casi la mitad del camino cuando advertí que estaba cerrado. Me detuve, disgustado. Nada me había salido bien esa tarde. Primero, el coche se estropea y después, no podía beber nada. La sed se fue haciendo cada vez más irresistible, renovando con ello mi disgusto.

Busqué en mis bolsillos un centavo, lo encontré y lo introduje en una máquina expendedora de chicle. Tal vez mascando goma distrajera mi sed hasta que pudiera satisfacerla.

Vino un tren, en medio del estrépito usual, y lo tomé. Me puse a observar a los pasajeros. Sus rostros bañados de sudor relucían bajo la luz amarillenta. Me invadió el aburrimiento. Tendría que haber comprado un periódico. Volví a mirar a mis compañeros de viaje: sus rostros tenían todos la misma expresión de cansancio y tedio. Advertí también que estaban sufriendo los efectos del bochorno y de la sed. Seguro que todos ellos estaban tan acalorados y sedientos, e igual de incómodos y contrariados.

Me puse a ojear los letreros y anuncios que aparecían en el vagón. Uno de los primeros en llamar mi atención fue uno de Coca-Cola: aparecía la acostumbrada imagen de la muchacha, bonita y rebosante de salud, lozana y fresca, y detrás de ella se veía el usual bloque de hielo azul-verdoso; en su mano tenía una botella de Coca-Cola, y debajo, las habituales palabras: «La pausa que refresca».

Se me hizo la boca agua. La goma de mascar se tomó al instante insípida y seca.

Aquello era un suplicio, ver una cosa así cuando se estaba uno muriendo de sed.

El tren se había detenido de nuevo y miré por la ventanilla. Un hombre introducía una moneda en una máquina expendedora de chicle. Su rostro estaba congestionado y lleno de sudor. Pude oír cómo la moneda, al caer, resonaba dentro de la caja metálica al bajar la palanca.

Las puertas volvieron a cerrarse. Miré de nuevo el anuncio de la Coca-Cola. Al diablo las máquinas de chicle, pensé, desfallecido; en el interior del metro lo que el público acogería con entusiasmo serían unas cuantas de mis máquinas expendedoras de refrescos. Esas sí que harían negocio, y en grande. En ese momento, acudió a mi memoria el recuerdo de unas palabras pronunciadas por una joven cuando yo trabajaba de dependiente en un mostrador de refrescos y helados. Recordé también a la muchacha. Estaba provista de un par de «buenas razones» y me acordaba con qué insistencia las apoyaba sobre el mostrador.

—Tendría que haber en el metro máquinas que despacharan Coca-Cola para que una pudiera aplacar su sed —me había dicho.

Contemplé el anuncio, estupefacto. ¡Lo estúpido que podía llegar a ser uno! Lo había tenido en mis narices infinidad de veces y jamás había reparado en su significado. El mejor emplazamiento que había en el mundo para mis máquinas: el metro de Nueva York. Todo lo que tenía que hacer era llegar a un acuerdo con el Ayuntamiento y en poco tiempo me haría millonario. Y podría descansar el resto de mis días.

Según podía ver, de un modo positivo y claro, todos los pasajeros del metro expresaban en sus rostros lo que yo mismo sentía: calor y sed. Los imaginaba introduciendo monedas y más monedas en mis máquinas de Coca-Cola. Diablos, no serían solo bebidas frías, en invierno podría expenderles café bien caliente.

Me sentí presa de una gran excitación; debía actuar con rapidez. Era aquello lo que había estado tanto tiempo buscando, el emplazamiento ideal. Me alegré de que el coche me hubiese fallado. Fue un accidente providencial que me permitió darme cuenta de una verdad incontestable. Si deseas ganar dinero, debes ir donde vaya la gente, porque es la que consume y gasta. Wollworth tuvo una idea genial cuando fundó sus almacenes de cinco y diez centavos. Había que dirigir los tiros a esas moneditas de níquel y de plata. Todo el mundo lleva en sus bolsillos esa moneda menuda, al igual que los pasajeros del metro de Nueva York. Una mínima parte de ellas —que uno pudiera ganar— representaba un ingreso superior al de todas las tiendas de la Quinta Avenida.



Toqué el timbre, impaciente. Miré a Nellie que estaba a mi lado bajo la luz blanca del vestíbulo. Volví a pulsar el timbre, y la miré, sonriente. Me enternece verla así, grávida, y pese a ello, muy atractiva y seductora.

—No comprendo tus prisas en venir a ver a Sam —me dijo, un tanto contrariada

—. Podrías haber esperado a mañana.

Tenía Nellie sobrada razón. Hacía mucho calor y no se sentía cómoda. En su estado era lógico y natural.

—Podría haber esperado —le contesté—, pero si a mí se me ocurrió esa idea puede también habersele ocurrido a otro. Y eso sería una catástrofe...

Me detuve porque la puerta, entretanto, se había abierto.

Mimí estaba en la entrada. Se sorprendió al vernos.

—¡Danny! ¡Nellie! No os esperábamos —sonrió y se echó a un lado para dejarnos pasar.

Nos encontramos en el recibidor.

—Vine a ver a Sam porque deseo proponerle un negocio. ¿No está en casa?

La voz de Sam, desde el interior del apartamento, me dio la respuesta.

—¿Quién es, Mimí?

—Danny y Nellie —dijo Mimí, en voz alta—. Danny quiere verte.

Se volvió hacia nosotros.

—Entrad —nos invitó—, Sam bajará enseguida.

La seguimos hasta el salón.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a Nellie, solícita.

—A las mil maravillas —le respondió ella con una sonrisa radiante de felicidad

—. Si el doctor no me hubiera dicho que estaba embarazada, no lo habría creído, pues no siento ninguna molestia.

—Tienes suerte —le dijo Mimí— porque yo me pongo enferma a morir.

Bajó la voz y esta tomó el tono confidencial que adoptan las mujeres cuando hablan de sus embarazos.

—¿Qué hace Sam? —le pregunté, interrumpiéndola, impaciente.

Había oído mil veces sus lamentaciones acerca de sus embarazos y penosos alumbramientos.

—Está tomando una ducha —respondió Mimí—. No puede aguantar el calor, ¿sabes? Está engordando demasiado.

Confirmé con un gesto el comentario y me encaminé a la escalera que comunicaba con la planta alta del apartamento-estudio.

—Vosotros charlad de vuestras cosas —les dije—. Yo hablaré con Sam mientras se está duchando.

Entré en el cuarto de baño cuando Sam, con una toalla arrollada a la cintura se peinaba delante del espejo del lavabo.

—¿Qué quieres? —rezongó, al verme.

—¿Te gustaría ganar un millón de dólares? —le dije a quemarropa.

Me miró por el espejo, receloso.

—No me interesa —dijo apresuradamente—; tus ideas, hasta ahora, solo me han costado dinero.

—Te estoy hablando en serio —le dije—. El negocio que te propongo es colosal.

¿Quieres escucharme, sí o no?

Dejó el peine y se volvió hacia mí.

—Está bien —exclamó—, habla. Explica tu fabuloso plan.

Sonreí entre dientes.

—¿Jamás se te ocurrió tomar una Coca-Cola en el metro? —le dije. La pregunta lo dejó pasmado.

—Pero ¿qué tontería estás diciendo? —exclamó—. Bien sabes tú que hace muchos años que no cojo el metro. Eso es para los patanes.

Me senté en un taburete que vi al alcance de mi mano.

—Justamente, Sam —le dije—, ahí está el detalle. Deberías bajar a él, de vez en cuando, y confundirte con la masa espesa y municipal, de la que tú mismo saliste.

Se nubló el rostro de Sam.

—Bien, pero aún no me has explicado tu brillante idea.

—Te la he dicho, Sam —le dije—. Lo malo es que has estado tanto tiempo apartado de la gente de a pie que no la has captado. Eso me habría ocurrido a mí también si no hubiese sido porque esta tarde se me estropeó el coche.

—Está bien. Quedamos en que he estado mucho tiempo apartado de la gente de a pie —dijo Sam sin disimular ya su disgusto—. De modo que déjate ya de rodeos y ve al grano, de lo contrario lárgate y déjame que me vista.

Encendí un cigarrillo y lancé una bocanada de humo en su dirección.

—Trata de recordar, Sam —le dije con tono reposado—, hace ya muchos años, cuando tú formabas parte de los seis millones de proletarios de esta ciudad que no vivían en Central Park Sur, y volvían de su trabajo a casa. Estabas rendido de cansancio, sudoroso y sediento, y solo te dabas cuenta de ello cuando te encontrabas en el metro con otros muchos, sudorosos y sedientos como tú. Entonces buscabas a tu alrededor algo que beber, pero no hallabas nada y tenías que esperar a salir del metro.

Hice una pausa para tomar aliento.

—¿Qué te propones? ¿Ganar un Oscar a la mejor interpretación dramática del año? —dijo Sam, cáustico, antes de que yo prosiguiera.

Sentí que se me encendía el rostro. Comprendí que me había dejado arrebatado por la acción dramática.

—¿No te has dado cuenta todavía? —le pregunté.

Me era difícil comprender su cerrazón mental.

Hizo un gesto de denegación.

—No. No me doy cuenta de nada —dijo lisamente—. Soy un residente de Central Park. Estúpido de nacimiento. Mi inteligencia no está a la altura de la de tus proletarios.

—¿No comprarías un refresco si vieras una de mis máquinas de refrescos en el andén? —me apresuré a preguntarle.

Se estaba secando la cara con una toalla. De repente, la apartó del rostro y me miró fijamente renovado interés.

—Repite eso, Danny —exclamó, tenso—. Despacio... que te escucho.

Era un negocio de proporciones colosales. Hasta Sam tuvo que reconocerlo. Se lanzó a él de lleno. Formamos una compañía aparte para llevarlo a efecto. Él pondría el dinero y se haría cargo de los arreglos necesarios, yo llevaría el negocio. Y los arreglos fueron muchos y complicados, como jamás habría podido yo imaginar. Como tenía que dedicar todo mi tiempo y todos mis esfuerzos a la nueva compañía, traje a Zep conmigo para que se ocupara de mi negocio de cigarrillos.

¡Aparatos distribuidores de Coca-Cola en el metro! ¡Quién iba a pensar que una cosa tan sencilla reclamase tanto tiempo y esfuerzo! Había que recurrir a muchas personas: funcionarios del Ayuntamiento, funcionarios del Departamento de Transportes Urbanos, ingenieros, funcionarios del Departamento de Sanidad y otros. La aprobación tenía que venir de un sinnúmero de burócratas. Y como si esto no fuera suficiente, cuando todas estas aprobaciones se obtuvieron, topamos con los malditos políticos.

Para realizar una empresa de estas proporciones, se tenía que contar con ciertas conexiones secretas. Por esa razón había acudido a Sam en primer lugar; él disponía de estas conexiones secretas, y con todo nos salió al paso un obstáculo casi insuperable: Mario Lombardi, un hombrecillo de aspecto apacible que tenía a su servicio a un agente de prensa cuya misión era precisamente la de mantener su nombre a salvo de la curiosidad de los periódicos. Pero, no obstante, su nombre, alguna que otra vez, aparecía en ellos. Era imposible que un personaje como él permaneciese en la sombra. Tenía demasiado poder. Pude comprobar que nada grande podía hacerse en la ciudad de Nueva York sin el visto bueno de Mario Lombardi. Y eso, pese a todos los buenos y honrados propósitos de las autoridades locales.

Sam sabía que solo existía un modo para llegar hasta él: a través de Maxie Fields. Hubiera preferido cualquier otra manera que no fuera el de recurrir a Maxie Fields, pero Sam me aseguró que no existía otro. Así pues, habíamos hablado con Maxie y nos encontrábamos sentados en el lujoso despacho que tenía Mario Lombardi en un apartamento sito en la parte alta de Park Avenue, ansiosos y expectantes frente al tenebroso jerarca.

Me retapé en mi butaca, con un cigarrillo en mis labios. Miraba escéptico a Mario Lombardi sentado a su mesa.

—Estamos de acuerdo, señor Lombardi —le dije—, le daremos una participación en el negocio. ¿Qué garantía nos da de que después de la guerra quede en pie nuestro trato? Después de todo, la política en esta ciudad tiene sus altibajos y nadie puede predecir lo que vaya a pasar mañana.

Lombardi sacudió la ceniza de su cigarro en un cenicero y, al hacerlo, centelleó el enorme diamante que ostentaba en su anular. Sostuvo mi mirada.

—Mario Lombardi no hace promesas que no pueda cumplir, Danny —me respondió con tranquilidad—. No me importa quién pueda mandar en la ciudad cuando termine la guerra. Es mi ciudad, y, mientras viva, se hará en ella mi voluntad.

—Eso es verdad, Danny —exclamó Maxie Fields con aquella voz bronca suya que tan desagradable sonaba en mis oídos—. En Nueva York, y durante mucho tiempo todavía, nada podrá hacerse sin el visto bueno de Mario.

Miré fríamente a Maxie. Seguía dándome náuseas. Había algo en él que producía en mí efectos repulsivos.

El rostro de Sam aparecía inescrutable, pero no hacía más que mover la cabeza con gestos de asentimiento.

Por lo visto, accedía a todo, por lo que dirigí de nuevo mis miradas a Lombardi. El hombre, de pequeña estatura, moreno, elegantemente vestido con un conservador traje gris, parecía más interesado en sus uñas que en nuestra conversación. Suspiré ligeramente. No podíamos conseguir más de lo que habíamos alcanzado; el resto estaba en manos del destino. Yo había visto a varios políticos conocidos míos y todos me habían dicho que Lombardi era el único hombre lo bastante grande para realizar un negocio como ese. Así pues, tuvimos que rendirnos a la evidencia.

Lombardi se levantó y extendió su mano hacia mí.

—No le pesará, Danny —me dijo—. Cada vez que necesite algo acuda a mí y yo le resolveré el problema.

—¿Cualquier problema? —le pregunté, sonriendo.

—Cualquier problema —contestó con una sonrisa cordial que iluminó su rostro cetrino—. Sostengo lo dicho.

—Entonces, consígame un piso —le dije rápidamente—. Mi mujer está en el sexto mes de embarazo y le ha dado el capricho por querer mudarse a otra casa.

Nellie, desde luego, se oponía a que compráramos una casa.

La sonrisa de Lombardi se transformó en una mueca. Se encogió de hombros y dejó vagar su mirada por la habitación con una expresión de cómico desaliento.

—¿Un piso de renta moderada, de acuerdo con el tipo impuesto por el OPO?

—Sí. De setenta y cinco a cien dólares mensuales.

La mueca se hizo más expresiva, y alzó sus manos con cómica desolación.

—¡Vaya un paquete, Danny! ¿No pudo elegir otro más difícil? Esta mañana hablé con un tipo y le facilité un acuerdo con un juez; poco después, con otra gente, hice un trato para la construcción de unos edificios; fui a almorzar con el alcalde y poco después conseguí un préstamo de un millón de dólares. Y tuvo que venir usted con ese paquete tan facilón y que, sin embargo, no puedo resolver. Mire usted, díglele a su mujer que no se preocupe por tan poca cosa. ¡Vaya y cómprele una casa!

—¿Pasas por delante de mi casa, Danny? —me preguntó Fields cuando estábamos en la calle.

Asentí y me volví a Sam.

—¿Te veré mañana?

—Por supuesto —me contestó, mientras subía a su Cadillac descapotable de color amarillo.

Vimos como el coche de Sam se alejaba, y a continuación nos dirigimos adonde tenía aparcado el mío. Iba, silencioso, devanando cifras en mi pensamiento. Diez por ciento para Lombardi, y cinco para Fields por su intervención en el asunto. La voz de Fields interrumpió el curso de mis pensamientos.

—Ese Sam es un chico listo de verdad —dijo, acomodando a duras penas su enorme humanidad en el asiento junto al mío.

Lo miré, sorprendido. Era la primera vez que le oía hablar bien de otro.

—Sí, es cierto —le contesté, poniendo en marcha el coche y apartándolo de la acera y metiéndolo entre el tráfico.

—Es cierto —prosiguió Maxie blandamente—. Y cada día aumenta de volumen.

No me explicaba qué fin perseguía hablándome de aquel modo, y me limité a contestarle en términos crípticos.

—Trabaja —dije—, trabaja mucho.

—Es cierto —convino conmigo—. Ahora, entiendo que ese negocio suyo lo conoces tú también a las mil maravillas. Trabajaste junto a él.

Le observé con el rabillo del ojo mientras él miraba en dirección a la calle.

—Por supuesto —le contesté.

—Si algo le ocurriera, supongo que tú le sucederías en el negocio, a causa de tu parentesco, ¿no es así? —continuó Maxie.

Por un momento la sorpresa me dejó sin habla.

—Pues sí, claro —balbucí—, supongo que así sería.

Nos detuvimos ante un semáforo en rojo, y pude advertir que Maxie tenía los ojos fijos en mí.

Si alguna vez tuvieras ambiciones en ese sentido, Danny —sugirió, como al desgaire— no dejes de venir a verme. Tal vez pudiera ayudarte.

Noté un peso en el estómago. Cogí el volante con tanta fuerza que mis nudillos resaltaron tensos y blancos. Hice un esfuerzo de voluntad para que mi voz no saliera alterada de mi garganta.

—Estoy satisfecho con lo que tengo, Maxie. Y no aspiro a más.

—El mercado negro del cigarrillo no durará siempre, Danny —el tono de su voz era cordial y amable—, y la guerra, tal vez, tarde en acabar más de lo que todos creen. En el caso de que cambies de parecer, recuerda lo que te he dicho.

El resto del trayecto hasta el centro transcurrió en silencio. Estaba ansioso de que se apeara del coche. Ya era bastante lamentable que me viese obligado a hacer negocios con él. No permitiría que estuviese a mi alrededor más de lo que fuera absolutamente indispensable.

Al entrar en mi piso pude oír el zumbido del ventilador instalado en el dormitorio, y me encaminé a él de puntillas.

Nellie dormía con la cabeza recostada en un brazo, y el aire que levantaba el

ventilador agitaba ligeramente la sábana que la cubría. La estuve contemplando unos instantes y me volví comenzando a salir en silencio de la habitación.

—¡Danny!

Me volví hacia ella. Tenía clavados en mí sus grandes ojos oscuros.

—Estaba rendida —me dijo con un hilillo de voz—. Me venció el sueño.

Tomé asiento en el borde de la cama, junto a ella.

—No quería despertarte.

—No me has despertado —me respondió—. De todos modos, tengo que hacer la cena todavía. Estuve todo el día buscando un apartamento y no encontré ninguno. Esto me agotó y cuando volví a casa me tendí para descansar un rato.

Le sonreí, tolerante.

—Renuncia al piso, cariño, compraremos una casa. Hasta Mario Lombardi es incapaz de encontrarnos uno.

—Pero eso es mucho dinero, Danny —protestó Nellie, sentándose en la cama.

Me incliné sobre ella.

—Deja de preocuparte por el dinero, dulzura —le dije con ternura—. Lombardi nos ha dado su visto bueno para el negocio del metro. Ahora podemos permitirnos ese gasto.

Sus ojos me escrutaron, ansiosos.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres, Danny?

Hice con la cabeza un enérgico gesto de asentimiento.

—Toda la vida he ambicionado tener una casa que fuese mía —exclamé sin tener que esforzarme mucho para dar a mis palabras un tono de auténtica verdad. Nunca había sido tan feliz como cuando estaba en mi propia casa—. Es lo que deseo —añadí.

Lanzó un hondo suspiro y me enlazó el cuello con sus brazos.

—Está bien, Danny —murmuró a mi oído—, si eso es lo que quieres, eso será lo que hagamos.

quince

«¡Cómo han crecido los árboles!», pensé cuando después de doblar la esquina desemboqué en mi antigua calle. Nellie miraba por la ventanilla, sin decir palabra, el rostro inexpresivo.

Casi veinte años habían cambiado muchas cosas. En aquella manzana, las casas habían envejecido mucho. Algunas de ellas reclamaban reparaciones urgentes. Pero algo no había cambiado. Pese a las diferencias individuales, cada casa se asemejaba a su vecina.

Detuve el coche junto al bordillo de la acera, enfrente de nuestra casa, paré el motor y me volví para mirar a Nellie. Seguía callada, sus ojos fijos en la casa. Yo la miré también.

Me sentí invadido de un sentimiento íntimo de bienestar y de felicidad, como no había experimentado en mucho tiempo: esa casa sería mía.

—El agente me dijo que nos aguardaría dentro —dije.

En el rostro de Nellie vi reflejada una honda preocupación.

—Danny —me dijo, vacilante— ¿y si esperásemos un poco más? ¿Por qué precipitarnos? Tal vez pueda presentarse alguna otra cosa.

—¿Qué? —le pregunté, escéptico—. Hemos perdido más de un mes y medio buscando algo y no vimos nada que nos gustara. Estamos a mediados de septiembre y, si queremos mudarnos en los primeros días de octubre, tenemos que darnos prisa.

—No nos lancemos —dijo—. Podemos esperar hasta que el niño haya nacido.

Negué con un movimiento de cabeza.

—Quiero que todo esté listo para entonces.

Abrí la portezuela y añadí:

—Vamos dentro.

Se apeó del coche muy despacio y se quedó en la acera, indecisa. Luego, se cogió de mi brazo. Había una mirada de angustia en sus ojos. Advertí que estaba temblando.

La miré, inquieto. No había razón para que temblara. Hacía calor y el sol caía a plomo sobre nuestras cabezas.

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien?

Movió la cabeza, negando.

—Me encuentro bien.

—Entonces, ¿por qué tiemblas? ¿Tienes frío?

—No —me respondió en voz baja—. Es que, de repente, me ha asaltado un terrible presentimiento. Y me he asustado.

Le sonreí.

—¿De qué te has asustado?

Se volvió y miró en dirección a la casa.

—De pronto, sentí miedo por ti, Danny. He tenido el presentimiento de que va a ocurrir algo terrible.

Solté una carcajada.

—¿Qué puede ocurrir? —le pregunté—. Ya nos hemos situado, nada malo puede suceder.

Me apretó el brazo con fuerza.

—¿Significa esta casa mucho para ti? —me preguntó, sin dejar de mirar hacia ella.

—Por supuesto —contesté—. Había supuesto que era mi casa desde el principio y nunca lo fue en realidad. Ahora lo será.

Se volvió hacia mí. Una súbita comprensión se reflejó en su rostro.

—Y toda tu vida has estado tratando de desquitarte.

No la comprendí.

—¿Qué quieres decir?

—Esto es lo que ambicionaste siempre. Más que otra cosa en el mundo —explicó.

Reflexioné unos instantes. Tal vez tuviese razón. Pero ¿qué importancia tenía ahora? Lo que había ocurrido era que mi antigua casa estaba disponible cuando nosotros buscábamos una. Además, no había ninguna que fuese aprovechable. Las cosas habían ocurrido así. A mí me había parecido natural que esto fuera así.

Me volví hacia la casa sin decirle nada. Apoyó la mano en mi brazo.

—¡Danny!, creo que no deberíamos comprar la casa —exclamó, ansiosa—. Puede ser que no esté destinada a ti. Tengo la sensación de que vas a tentar a la suerte si vuelves a ella.

Yo sonreí. Era común que las mujeres embarazadas tuviesen toda clase de presentimientos e hiciesen funestas predicciones. Llevaban un niño en el vientre y parecía que con él llevasen también poderes aparentes.

—No exageres, Nellie —le dije—. Todo lo que estamos haciendo es comprar una casa.

Quiso dirigirse hacia la puerta principal, pero yo la contuve y la encaminé por el paso de coches, entre dos edificios, hacia el jardincillo situado detrás de la casa. También había cambiado. Cuando vivíamos allí, era una corraliza desnuda. Pero ya estaba cubierta de plantas, arbustos y flores. Miré hacia una esquina del jardín, cerca de la tapia y recordé la noche en que volví a la casa para enterrar allí a *Rexie*. Un gran rosal cubría la tumba. Me pregunté si eso habría interrumpido el descanso de mi pobre perrita.

—¿Señor Fisher? —me llamó una voz.

Me di la vuelta. El agente inmobiliario venía hacia nosotros. Le saludé con un ademán.

—¿Está dispuesto ya a echar una ojeada a la casa, señor Fisher? —me preguntó.

Hice un gesto de asentimiento. Estaba dispuesto.



El suelo de madera rechinó agradablemente bajo mis pies. Era como un murmullo de bienvenida.

—*Hola, Danny Fisher* —parecía decirme, muy quedo.

El brillante sol que penetraba a raudales por la ventana se oscureció de repente. Una nube lo había ocultado. La habitación quedó en la penumbra.

Me detuve unos segundos en el umbral de mi vieja habitación. Nellie y el agente se hallaban en otro lado de la casa. Entré en la habitación sin decir nada y cerré tras de mí la puerta.

Una vez, mucho tiempo atrás, había hecho eso. Había entrado en el cuarto, me había arrojado al suelo y había puesto mi mejilla contra la fría madera. Ya era bastante mayor para volver a hacer eso; pero, algún día, mi hijo lo haría en mi lugar.

—*Hace mucho tiempo de eso, Danny* —parecía que me murmuraba la habitación.

Hacía mucho tiempo de eso, en efecto. Miré al suelo. No vi el lugar oscuro en el que solía tenderse *Rexie*. Muchos rascados y muchas capas de barniz lo habían hecho desaparecer. Las paredes picadas estaban cubiertas de varias capas de pintura, y el techo repasado con muchas manos de hormigón. La habitación parecía más pequeña de lo que la recordaba. Tal vez fuera porque en aquellos días yo era más pequeño y lo veía todo en relación a mi tamaño. Crucé la habitación y abrí una de las ventanas. Instintivamente, miré hacia la casa contigua.

Muchos años atrás había una chica en aquella habitación. Me esforcé en recordar su nombre, pero no lo conseguí; solo recordaba su figura a contraluz de la bombilla eléctrica que ardía detrás de ella. Podía oír su voz llamándome y abriendo una de las ventanas. Pero aquellas ventanas estaban cerradas y sus cortinas echadas.

Volví al centro de la habitación.

—¡Danny! —me susurró.

Tuve la sensación de que estaba dotada de vida propia.

—Te he echado de menos, Danny —me susurró—. ¿Has venido a casa para quedarte? Esto es demasiado solitario sin ti.

Me sentí invadido de un gran cansancio y fui a apoyarme en el alféizar de la ventana. También yo me había sentido muy solo. Había echado de menos la casa más de lo que yo había pensado. Comprendí qué era lo que había querido decir Nellie. Había una promesa allí que yo sabía que estaba guardada. Estaba escrita por todas partes.

—Cuidaré de tu hijo, Danny, como cuidé de ti. Le ayudaré a que se haga alto y fuerte, feliz y satisfecho, inteligente y comprensivo. Le querré tanto como a ti, Danny, si vienes a quedarte aquí.

Percibí un rumor en el vestíbulo y la puerta se abrió. Nellie y el agente entraron en la habitación. Ella me lanzó una rápida ojeada y al punto su voz cálida repercutió

en el cuarto vacío.

—Danny, ¿te encuentras bien?

Fui hasta ella con lentitud. Vi en sus ojos reflejada una gran inquietud mientras me miraba.

—¿Bien? —parecía un eco suyo—. Por supuesto que me encuentro bien.

—Pero ¡estás pálido! —me dijo.

En este punto, el sol salió de detrás de las nubes.

—Es a causa de la luz —dije, riendo y comenzando a sentirme normal. No apartó de mí su mirada.

—¿Estás seguro de que todo va bien? —volvió a preguntar ansiosa—. ¿Te han molestado los fantasmas?

La miré, sorprendido. Yo no creía en fantasmas.

—No hay fantasmas.

El agente inmobiliario me miró, curioso.

—Su esposa acaba de decirme que usted vivió en otro tiempo en esta casa, señor Fisher.

Yo asentí con la cabeza.

Una amplia sonrisa iluminó su rostro.

—En ese caso, nada puedo decirle acerca de esta casa que usted no sepa. Sobre todo en cuanto a lo bien hecha que está. Las construcciones actuales no se parecen a esta. ¿Qué opina usted, señor Fisher?

Nellie lo miró un instante y, a continuación, se volvió hacia mí.

—Y tú, Danny, ¿qué opinas?

Lancé un profundo suspiro y miré a mi alrededor. Sabía muy bien lo que iba a decir. Siempre lo había sabido. Y creí percibir leves ruidos en la casa que me hicieron pensar que ella conocía mi respuesta también.

—Pienso que vamos a comprarla —dije—. ¿Podría arreglarlo para que vinieran los pintores a partir de mañana? Así podríamos mudarnos el uno de octubre.

Me puse de pie, sorprendido, al ver que Sam entraba en mi despacho. Era la primera vez que venía a verme a mi oficina.

—Sam —le dije, con voz en la que se reflejaba mi sorpresa—. ¿Qué ocurre?

Lanzó una mirada significativa hacia la muchacha sentada junto a una mesa auxiliar de oficina que había al lado de la mía.

Envié a la chica fuera y me volví hacia Sam:

—Desembucha —le dije.

Se dejó caer en la silla que mi empleada había desocupado.

—Estoy cansado de tener que llamarte cada semana a propósito de los dichosos cigarrillos. Quiero concertar contigo un convenio que me asegure la mercancía.

Sonreí aliviado. Por un momento había creído que venía a recriminarme por el número de pedidos que había colocado para las máquinas expendedoras de refrescos para el metro. Había estado invirtiendo su capital como si fuera mío.

—Sabes tan bien como yo, Sam —le dije con tono de reproche—, que nadie puede garantizar nada. Cada día me es más difícil obtener el género.

—Pero puedes hacerlo —dijo con entonación confidencial.

—Hasta ahora sí —le contesté rápido.

—Quiero doscientas cajas por semana —dijo con un tono imperativo—. Tú verás cómo te las arreglas para surtirme ese género.

—¿Y si me niego? —le pregunté, retador.

Podía hacerlo perfectamente, pero quería averiguar por qué razón se mostraba Sam tan seguro de sí mismo.

Sacó del bolsillo un papel doblado y lo arrojó sobre la mesa.

—Mira esto —dijo.

Cogí el papel y lo examiné. Era una copia de mis depósitos en almacén.

Significaba que sabía dónde almacenaba yo todas las remesas de cigarrillos. Le devolví el papel, sorprendido.

—¿Dónde lo has conseguido? —le pregunté.

En su rostro se dibujó una sonrisa.

—Tengo mis servicios informativos —contestó evasivamente—. Ahora, dime, ¿me surtirás esos cigarrillos?

—Supón que te dijera que no —respondí.

—Al OPA le encantará tener una copia de estos lugares —me contestó muy sonriente.

—¡Eso no me lo harías a mí, Sam! —Mi voz vibraba de indignación.

Sonrió nuevamente.

—Por supuesto que no, Danny —replicó irónico— como tampoco tú le dirías a

Mimí ciertos secretillos que sabes acerca de mí.

Adopté una expresión dolorida, desilusionada.

—Nunca hubiera creído que te portaras así conmigo —dije, fingiendo una gran tristeza y reprimiendo las ganas de reír.

En el rostro de Sam se pintó una expresión de triunfo.

—¡Dónde las dan las toman, inmundo chantajista!

No pude aguantar más la risa y mis carcajadas resonaron en el pequeño cuarto.

Sam me miró, sorprendido.

—¿Qué te pasa, Danny? —rezongó—. ¿Te has vuelto loco?

Lo miré por entre las lágrimas. Pude, por fin, recobrar el aliento.

—¡Estaba pensando, cuñado, que esta es una buena forma de unir a dos socios que actúan juntos!

Sam comprendió la broma y rompió a reír también.

Después, lo llevé al taller y lo recorrimos juntos. Lo que vio le hizo abrir los ojos. No podía comprender que mi negocio hubiese alcanzado semejante desarrollo. Finalmente, cuando volvimos al despacho y le mostré la lista de los emplazamientos, firmados y dispuestos ya por mí, advertí que me miraba con cierto respeto.

—Tienes aquí tanto como lo que hemos invertido en la operación del metro —dijo, sorprendido.

—Más —me apresuré a decir—. Antes de que haya terminado la negociación, habré doblado la cifra.

Le ofrecí un cigarrillo y se lo encendí.

—Obsequio de la casa —añadí, irónico.

No se le apartaba del pensamiento lo que había visto.

—Ahora comprendo por qué estás siempre corto de fondos.

Asentí.

—He estado pensando que dólar que se va vuelve.

Me miró a través de la nube de humo que brotaba de sus narices.

—¿Qué te parece si pusiéramos nuestros dos negocios en un solo paquete? —sugirió—. Todo sería más fácil para ti.

Pregunté, receloso.

—¿Echarías tú el tuyo en la balanza también?

—Por supuesto —contestó. Ya lo había pensado—. Evaluaré tu parte y luego te suministraría el capital necesario, como en la operación del metro.

Opté por la negativa.

—La operación del metro era una que no podía manejar yo solo, Sam —le dije—. En cambio, este negocio es mío. Lo levanté a pulso, y quiero llevarlo yo solo.

Permaneció un buen rato callado. Adiviné por la expresión de su rostro que buscaba un punto por el que atacarme. Cuando por fin clavó sus ojos en mí comprendí que no lo había encontrado.

—Está bien, Danny —dijo, disimulando su contrariedad—. Pero, si alguna vez

cambias de parecer, avísame. Y a propósito —añadió cuando se disponía a irse—. ¿Cómo anda lo de tu casa?

—A las mil maravillas. Nos mudaremos la semana que viene. El jueves, como habíamos previsto.

Se volvió y vino hasta mi mesa.

—Hubieras tenido que ver la cara que puso tu padre cuando se lo dijo Mimí.

—¿Qué dijo? —le pregunté.

No podía reprimir mi curiosidad.

—Al principio no lo creyó, pero cuando Mimí le juró que no mentía, se quedó callado. Tu madre se puso a llorar.

No podía comprender la razón.

—¿Por qué se puso a llorar?

—Estuvo diciendo a tu padre que eso era lo que tú habías querido siempre, y que él no había creído en ti. Él no le dijo nada, se limitó solo a masticar el cigarro que tenía en la boca y, después de un rato, fue a la ventana y se asomó a ella. Durante toda la comida estuvo muy quieto y callado. Cuando estábamos acabando, miró a Mimí y le dijo una cosa muy graciosa.

Sam se detuvo para tomar aliento y me miró.

Me quedé callado.

—Dijo... «¡Vaya, de modo, que Danny ha vuelto a la casa!» Y tu madre le dijo: «Es lo que siempre quiso, volver a su casa. Y tú no le dejaste». Entonces tu padre comentó: «Soy un hombre viejo y eso no tiene ya para mí importancia alguna. Mis equivocaciones me las llevaré a la tumba. Pero me alegro de que Danny haya encontrado su camino de vuelta». Entonces, se levantaron de la mesa y tu padre dijo que estaba muy cansado, y se fueron a su casa.

Mi cigarrillo había ardido hasta casi chamuscarme los dedos, y lo tiré a un cenicero.

—¿Sabes, muchacho? —dijo suavemente—. Creo que tu viejo está dispuesto a tirar la toalla, y harías bien en ir a verle.

Respiré profundamente y sacudí la cabeza.

—No, Sam —repliqué—. Primero tiene que dar una satisfacción a Nellie. Dijo e hizo muchas cosas que no debió. Son muchas las cuentas que tiene que ajustar.

—Lo hará si le das ocasión, Danny.

—Tiene que ser él quien tome la iniciativa, Sam. Yo no puedo hacerlo por él —exclamé.

—Sabes cómo es, muchacho —dijo Sam suavemente—. Es orgulloso, testarudo y, por encima de todo, viejo. Dios sabe cuánto tiempo le queda...

—Soy su hijo, Sam —le interrumpí, abrumado—. Nada puedes decirme de él que yo no sepa. Lo conozco mejor que tú. Y en muchas cosas me asemejo a él. Soy orgulloso y testarudo. En cierto modo soy también viejo, más viejo que él. He pasado por muchas vicisitudes, porque, lo que él hizo conmigo, me envejeció, perdí una hija,

Sam. Se murió en mis brazos, porque no tenía a nadie a quien acudir en busca de ayuda. ¿Crees que se puede olvidar una cosa como esa? No, no se puede. Es imposible —me di yo mismo la respuesta. Moví la cabeza de un lado a otro—. No se puede olvidar que todo es soledad cuando nuestro propio padre nos cierra la puerta. Tendrá que ser él el primero. Entonces, tal vez tengamos la grandeza de alma de olvidarlo todo y volvamos a ser buenos uno con otro.

Me dejé caer en mi silla y volví a encender otro cigarrillo. Estaba abrumado de cansancio. Me había propuesto que cuando nos hubiéramos mudado, los negocios fueran solos y Nellie hubiera tenido el bebé, nos tomaríamos unas vacaciones. A los dos nos sentaría muy bien. Jamás me había sentido tan cansado como en ese momento.

Miré de nuevo a Sam y cambiando de tema le pregunté:

—¿Adónde quieres que te mande los pitillos, Sam?

Fijó en mí la mirada unos segundos y a continuación me respondió:

—Al lugar de costumbre, Danny.

—Estarán allí mañana por la mañana —le prometí.

Siguió observándome. Después de un rato me dijo:

—Está bien, Danny. —Y se encaminó a la puerta.

Me quedé unos minutos silencioso, pensativo. Luego me levanté, fui hasta la puerta del despacho que comunicaba con el taller y grité en dirección a este:

—¡Zep!

Vino corriendo del fondo del taller.

—Sí, Danny.

El tiempo no había corrido en vano para Zep. El trayecto del taller al despacho era corto, pese a lo cual, jadeaba.

—Coge el otro teléfono, Zep, y trata de encontrarme un nuevo almacén —dije—. Tenemos que trasladar a él todas nuestras existencias esta misma noche. Sam ha dado con el lugar.

Asintió, presuroso, se sentó a la mesilla en donde se hallaba el segundo teléfono y comenzó a marcar. Lo miré enternecido. Era el mozo oro de ley. Lo suficientemente listo para no ponerse a hacer preguntas; se reservaba el hacerlas para después de que terminara el trabajo.

Descolgué mi teléfono y llamé a Nellie. No me gustaba lo más mínimo tener que decirle que llegaría tarde esa noche, como había ocurrido la anterior, pero no había otra solución. Se estaba aproximando el punto álgido de su embarazo y todo la trastornaba y la ponía nerviosa. Pero se calmó algo cuando le prometí que, a partir del día siguiente, todas las noches volvería temprano a casa y que no estaría sola hasta que el niño naciera.

diecisiete

Dejé mi taza de café y me levanté de la mesa. Tuve cuidado al sortear varias cajas de cartón y fui hacia donde ella estaba sentada, me incliné y besé su mejilla.

—Hasta luego, dulzura —dije—. Voy a trabajar.

—Vuelve temprano a casa esta noche —me dijo, mirándome—. Quiero terminar de empaquetar.

—No te preocupes. Podemos hacerlo mañana antes de que vengan los de la mudanza. No estarán aquí hasta las doce de la mañana.

—No quiero dejar las cosas para el último minuto —me contestó—. Siempre se olvida algo, y entonces vienen las lamentaciones. Quiero que todo esté listo.

En realidad, no nos llevábamos gran cosa al nuevo domicilio. Desde luego, ningún mueble. Habíamos comprado varias cosas para la casa, y ya se encontraban en ella. Pero las mujeres son así. Recuerdo que mi madre había hecho lo mismo cuando nos mudamos.

—Está bien, Nellie —le dije, encaminándome a la puerta—. Volveré temprano.

Su voz hizo que me volviera y permaneciera quieto en el umbral. Vino corriendo y yo la rodeé con mis brazos. Apoyó la cabeza en mi hombro y se puso a temblar. Cerré la puerta con el pie y le acaricié el cabello.

—Nena, nena —le murmuré—, ¿qué te pasa?

Apenas pude oír su voz, sofocada por el tejido de mi chaqueta.

—Danny, estoy asustada. De repente, me he asustado.

La apreté contra mí. Los años no habían pasado en balde para ella. Pude advertir entre mis dedos unas hebras grises. La gestación y su inminente desenlace la ponían más nerviosa de lo que era. No le había ocurrido esto cuando tuvo a Vickie. En aquella ocasión no había sufrido desarreglo nervioso alguno.

—No temas nada, nena —le dije—. Todo marchará bien.

Levantó la mirada hacia mí.

—No comprendes, Danny —murmuró—. No estoy asustada por mí, es por ti.

Traté de tranquilizarla y exclamé, sonriente:

—Domina tus nervios, cariño. Nada me ocurrirá. Todo irá bien. Volvió a esconder su rostro en mi hombro.

—No nos mudemos mañana, Danny. No vayamos a esa casa. Busquemos otro lugar. Podemos esperar.

—¡No digas tonterías nena! —exclamé un tanto irritado—. Estás demasiado nerviosa, sobreexcitada. Verás cómo te gustará cuando estemos allí.

Estaba llorando.

—No vuelvas a aquella casa —imploró—. Por favor, Danny, no vuelvas. No puedes hacer que las cosas retrocedan en el tiempo. No puedes cambiar lo que ya ha

sido. Estoy llena de miedo por ti, si vuelves.

Le cogí la barbilla con una mano y le alcé el rostro hacia mí.

—No llores más, Nellie —le dije con firmeza—. No quiero hacer eso. En tu estado, esos ataques de histeria te perjudican mucho. Reprime, por favor, tus nervios. En ese lugar viviremos como podríamos vivir en otro sitio, ni más ni menos. Es una idea ridícula y debes desecharla, cariño.

Después de un rato cesó de llorar.

—Puede que esté equivocada —reconoció en voz baja, apenas perceptible—, pero es un presentimiento que no me deja vivir.

—Recuerda que una vez mi madre dijo que los presentimientos eran síntomas del embarazo. Todas las mujeres los tienen.

Sonrió desmayadamente, en medio de sus lágrimas. Cogí un pañuelo y enjuagué sus ojos con suavidad.

—Perdóname, Danny —murmuró—, soy una pobre mujer.

La besé en la boca.

—De nada tengo que perdonarte, nena —dije, sonriente—. No eres una pobre mujer. Y es así como yo te quiero.



Como unos hombres habían llevado al taller otra máquina expendedora de cigarrillos, salí de mi despacho para verla. Zep y un mecánico la estaban examinando.

—¿Qué le pasa a esta máquina? —pregunté.

Zep me miró.

—Lo de costumbre, Danny —me contestó—. Algún gamberro se enfadó porque estaba vacía de cigarrillos y descargó su ira sobre la máquina.

La observé con mirada filosófica. Me estaba acostumbrando ya a esta clase de incidentes, una y otra vez repetidos. Era la decimoquinta máquina, en dos semanas, llevada al taller prácticamente desbaratada. Era inconcebible aquella actitud de la gente, cómo podían descargar su ira en una máquina.

Estudí la que tenía ante mí, cuidadosamente. Había sido bien maltratada. Me volví hacia Zep.

—Todo lo que se haga será perder el tiempo. Tírala a la chatarra. Asintió y volví al despacho en el momento en que mi secretaria se levantaba de su mesa y venía a mi encuentro.

—Conferencia de larga distancia para usted, desde Buffalo, señor Fisher —me dijo.

Fruncí el ceño, sorprendido. ¿Quién podía llamarme desde Buffalo? Yo no conocía a nadie en aquella localidad.

—¿Quién es? —le pregunté.

—No quiso darme su nombre —me contestó, turbada—. Insistió diciendo que quería hablar con usted personalmente.

—Está bien —le dije, con viva curiosidad—. Hablaré. Haga una reclamación a la Compañía de Seguros por acto vandálico sobre una máquina —ordené mientras cogía el auricular—, Zep la informará sobre el asunto.

Hizo un gesto de asentimiento y se encaminó al taller. Esperé a que la puerta se hubiese cerrado tras ella, para hablar.

—Aquí Fisher —dije.

—Danny. Al habla Steve Parrish —contestó una voz que me era familiar.

Este tipo tenía muy buenas razones para no dar su nombre. Era un viajante por cuenta de uno de los contratistas más importantes especializados en la distribución de cigarrillos para el mercado negro. Fue el primero con el que me puse en contacto cuando me dediqué a ese negocio.

—Steve —le dije agradablemente sorprendido—, ¿por qué derrochas el dinero en conferencias? ¿Es que lo tienes para quemarlo?

La voz de Steve tomó un tono confidencial.

—Tengo un negocio estupendo entre manos —dijo con voz apenas audible— y quería hablar contigo antes de tratar con otro.

Me senté y bajé la voz para igualarla con la suya.

—¿Cuántas cajas? —pregunté.

—Un camión —me dijo precipitadamente—. De todas las marcas. Mil cajas. ¿Te interesa?

Por supuesto que me interesaba. ¿A quién no podía interesarle mil cajas de cigarrillos, cuando tal vez no hubiera tantas en toda la ciudad?

—¿A cuánto se cotizan? —pregunté, cauteloso.

—Dos dólares por cartón, cien «morlacos» la caja —contestó. Lancé un silbido. Era mucho dinero. Cien billetes de los grandes.

—¿Puede uno quemarse los dedos? —pregunté.

La risa de Steve tenía sonoridades metálicas.

—No hagas preguntas, Danny. Un género como este, no sale de los frigoríficos en estos días. Me enteré por pura casualidad, porque estos tipos tienen que descargar el camión y coger la mosca sin perder un segundo. Pensé en ti.

—¿Contado? —le pregunté.

—Contado —respondió—. Por eso lo dan a dos dólares el cartón. Si no tuvieran prisa, podrían sacar muy bien tres y medio.

—¿De dónde voy a sacar yo todas esas coles? —pregunté.

En su voz advertí una leve nota de desafío.

—Si es una operación demasiado grande para ti, dímelo enseguida. Danny, Sam Gordon anda detrás de mí para que le surta directamente desde hace bastante tiempo, pero hasta ahora, me he negado. No quiero invadir tu terreno, pues sé que es uno de tus clientes.

Eso me constaba a mí. Lo había conocido cuando estaba trabajando para Sam.

—No dije eso, Steve —añadí, presuroso—. Estaba preguntándome cómo podía

levantar en un momento tanto dinero. ¿Cuánto tiempo me das?

—Ninguno, Danny —replicó—. Los muchachos quieren su dinero esta misma noche. Tal vez será mejor que llame a Gordon, porque él sí dispone de esa cantidad.

Consulté mi reloj: era la una y media. Los bancos estaban abiertos todavía, pero todo lo que podía sacar de ellos eran diecinueve mil dólares que tenía guardados en una caja acorazada. Todo el dinero restante lo tenía invertido en mis negocios. Traté de ganar tiempo.

—¿No puedes esperar media hora para que piense en una solución? —le pregunté.

—Si no dispones del dinero, Danny, olvida lo que te he dicho —contestó—. Es inútil perder el tiempo. Llamaré a Sam.

Castañeteé los dedos. Había hallado la solución. Él mismo, sin saberlo, me la había dado.

—Mira —me apresuré a decirle—. Yo no he dicho que no tuviera el dinero. Te dije que necesitaba media hora para obtenerlo. Una vez que lo tenga en la mano, te volveré a llamar y concertaremos una cita. Puedo coger un avión y lo tendrás esta noche.

Oí unas voces ahogadas que se consultaban al extremo del auricular; luego volví a escuchar la de Steve.

—Está bien, Danny. Los muchachos dicen que esperarán esa media hora que pides.

—Bien —dije precipitadamente—. Dame tu número y volveré a llamarte.

Apunté el número en una hoja arrancada a un cuaderno y colgué el auricular.

En esa operación había cincuenta mil dólares limpios para mí, si podía levantarla y esa clase de negocios no se presentaban cada día.

Volví a descolgar el receptor y marqué. El teléfono al otro extremo del cable comenzó a sonar. Si Steve no hubiese mostrado tanta prisa y se hubiera abstenido de sugerir el nombre de un competidor, jamás habría tenido esa idea. Siempre estaría en deuda con él.

Oí un chasquido. Llegó a mis oídos la voz de una mujer.

—Empresas Sam Gordon.

—Mame, soy Danny. Comunícame con el jefe.

—Bien, Danny.

Oí otro chasquido, un nuevo zumbido en la línea y a continuación la voz ronca de Sam.

—Di.

—Sam, soy Danny.

—Bien, ¿qué hay de nuevo?

—Si puedes utilizar seiscientas cajas de cigarrillos surtidos, puedo ofrecerte un trato —le dije.

La voz de Sam se hizo cautelosa.

—Siempre puedo utilizarlas, pero ¿a qué precio?

—A tres dólares el cartón, ciento cincuenta la caja. Contado rabioso. La entrega, mañana —dije.

Vaciló un momento.

—Me conviene el paquete —contestó sin abandonar el tono receloso—. Pero son muchos los verdes que hay que soltar. ¿Qué ocurre si no puedes hacer la entrega?

—Garantizo la entrega —contesté en tono confidencial.

—Suponte que algo salga mal —preguntó—. Entonces me quedo sin noventa de los grandes.

Reflexioné, rápido. Los noventa mil de Sam cubrían la casi totalidad de la operación. Yo no iba a ser tan estúpido que dejase escapar una ocasión semejante.

—Mira —le dije—, tú conoces ya el volumen de mi negocio de máquinas y cigarrillos. Tengo almacenadas existencias por valor de sesenta mil. El negocio, emplazamiento y pedidos para nuevas máquinas representan bien unos cuarenta mil dólares. Te llevaré los comprobantes de los almacenes y una cesión del negocio, y todo eso lo tendrás en tu poder hasta que te entregue la mercancía. Entonces, me devolverás esos papeles.

—¿Y si no puedes entregarla? —me preguntó, siempre receloso. Reí secamente.

—Entonces, arramblas con todo. ¿Qué dices?

Vaciló un momento.

—Esos cigarrillos, ciertamente, me vienen de perilla, y el negocio en conjunto me interesa. Pero no la idea de quedarme con tu negocio. No podría llevarlo.

—Yo te lo llevaría, como asalariado tuyo —volví a reír, sarcástico. Vaciló de nuevo.

—¿Insistes en realizar la operación bajo esas condiciones?

Cincuenta mil dólares era mucho dinero.

—Ya me has oído, Sam —dije con seguridad—. Estoy dispuesto, si me ayudas.

Aclaró su garganta.

—Entonces, de acuerdo, Danny —dijo—. Ven al despacho. Tendré el dinero esperándote.

Colgué. Aguardé unos segundos a que se restableciese la línea. Por segunda vez, el tono del aparato llegó a mi oído. Marqué para conferencia, y, cuando oí la voz de la telefonista, le di el número de Buffalo que me había dado Steve. Cuando escuché la voz de este, le dije, rápido:

—Tengo la mosca, Steve. ¿En dónde te encontraré?

—Bien, Danny. —Percibí una nota de alivio—. Habitación doscientos veinticuatro, hotel Royal. ¿A qué hora estarás aquí?

—Iré en el primer avión que pueda coger —repliqué—. Podré estar ahí lo más tarde a las siete de la noche. ¿Todo está listo?

—El camión está cargado y dispuesto para salir —me dijo—. Dejará el garaje en donde se encuentra en cuanto llegues aquí con el dinero.

—Está bien —dije—. Hasta la noche.

Colgué el teléfono y consulté mi reloj. Eran cerca de las dos. Tenía que apresurarme si quería cobrar antes de que el banco cerrara. Fui a la puerta del pequeño despacho y llamé a Zep.

—Haz los arreglos necesarios para el almacenaje de cuatrocientas cajas —le dije. Abrió los ojos asombrado.

—Es mucha mercancía. ¿De dónde vas a sacarla?

En pocas palabras, le puse al corriente de la operación. Pareció desconcertado.

—Te estás arriesgando mucho, Danny —dijo—, algo puede salirte mal... déjame que vaya contigo.

Hice un gesto, negándome a ello.

—Alguien tiene que quedarse aquí y atender a este negocio. Todo irá bien. Tú quédate aquí. Te llamaré en cuanto llegue a la ciudad con el cargamento.



Cuando estaba en el aeropuerto, esperando la salida del avión, recordé que no había telefonado a Nellie. Me precipité a una cabina telefónica y marqué el número de mi casa. Nellie contestó al momento.

Le hablé rápido, antes de darle la oportunidad de meter palabra.

—Cariño, ha surgido algo imprevisto. Voy a tomar el avión para Buffalo, es un asunto que debo resolver sin demora. No me esperes para cenar. Volveré mañana por la mañana.

—¡Pero Danny! —gritó—. Mañana nos mudamos.

—No te preocupes —le dije—. Estaré de regreso a tiempo.

El miedo ponía temblores en su voz.

—No vayas, Danny; por favor, ¡no vayas! Tengo un miedo horrible.

—No hay nada que temer —la tranquilicé—, estaré de vuelta mañana a primera hora, sin falta.

—Entonces, espera, Danny —imploró—. Espera hasta que nos hayamos mudado.

—Es algo urgente —exclamé un tanto impaciente—. Son cincuenta billetes para nosotros y no voy a tirarlos por la ventana.

Comenzó a sollozar.

—Sabía que algo ocurriría —balbuceó con amargura—. Tenía ese presentimiento.

—Pero, Nellie —le interrumpí—, son cincuenta billetes de los grandes, cincuenta mil dólares del tío Sam. Podemos hacer muchas cosas con ese dinero.

—¡No me importa! —sollozó—. A veces desearía no haber oído nunca hablar de dinero. Desde que te metiste en esos negocios te has convertido en otro hombre.

—Cuando haya terminado esta operación, Nellie, te prometo que te haré caso en lo que quieras —le prometí, desesperadamente.

—Siempre dices eso —exclamó, con tono acusador—. Pero no te creo ya. Dices lo que no piensas. ¡Nunca cambiarás! En cuanto hay un dólar por medio te conviertes

en otra persona. ¡Y todo lo olvidas!

—¡No seas ridícula! —dije, acalorado—. Este es un mundo práctico. Sin dinero no eres nadie, mera basura. Tal vez tú te resignes a serlo, pero yo no.

Podía oír a través del hilo su respiración agitada. Hubo un momento de enojado silencio. Luego, oí un chasquido y el receptor quedó muerto en mis manos. Había colgado. Me puse a jurar y a perjurar, mientras registraba mis bolsillos en busca de otra moneda a fin de volver a llamarla. Pero, en este momento, la voz de un empleado del aeropuerto me llegó a través de un altavoz.

—Vuelo número cincuenta y cuatro en la pista de despegue número tres. Vuelo Buffalo cincuenta y cuatro en la pista tres. Despega dentro de cinco minutos.

Miré en dirección al teléfono y luego consulté el reloj de pared, frente a mí. Desistí de mi llamada y salí de la cabina. Pensé que se sentiría mejor, al día siguiente, cuando me viera con el dinero en la mano. Cincuenta billetes de los grandes pueden curar muchos sentimientos heridos.

dieciocho

Lancé una ojeada a través del vestíbulo del hotel en mi camino al mostrador. Estaba amueblado sin lujo, con un gusto sobrio, sencillo, y relucía de limpio. Era el tipo de hotel que solían frecuentar los viajantes. El empleado de la recepción se volvió, solícito, hacia mí.

—¿Tendría una habitación? —le pregunté.

—Sí, señor —me contestó el recepcionista, empujando el libro de registro hacia mí—. Firme aquí. ¿Con o sin baño?

—Sin baño —le respondí mientras firmaba en el registro.

—Sí, señor —volvió a decir el empleado.

Tocó un timbre que había sobre el mostrador.

—Tres dólares, señor —y tomó del casillero una llave.

Puse el dinero encima del mostrador en tanto que un botones se acercaba.

—Acompaña al señor Fisher a la habitación cuatrocientos diecinueve —le dijo el empleado, recogiendo el dinero y entregando al muchacho la llave de la habitación.

—Espere un momento —exclamé—. ¿Puedo depositar aquí un sobre?

—Por supuesto, señor Fisher —dijo, amable el empleado—. Lo guardaré en la caja fuerte del hotel. Ponga su nombre a través del cierre de este sobre.

Me entregó un sobre de papel amarillo muy grueso.

Cogí el sobre en que había guardado los billetes y lo introduje en el sobre que me entregó el empleado. Lo cerré cuidadosamente y tracé mi nombre a través del cierre como me había indicado. El empleado lo cogió y lo depositó en la caja fuerte. Me pregunté qué habría hecho si hubiese sabido que contenía cien mil dólares.

Cerró la caja fuerte.

—Aquí estará seguro hasta que usted me lo reclame, señor —me dijo.

Le di las gracias y consulté mi reloj. Eran cerca de las siete.

—No pienso subir todavía a la habitación —dije al empleado como si obedeciese a un impulso repentino—. Prometí a un amigo mío que lo encontraría aquí a las siete. Steve Parrish. ¿Ha llegado ya?

El empleado miró por encima del hombro al casillero de las llaves.

—Está aquí, señor. ¿Le anuncio que le espera usted?

—Sí, por favor.

Murmuró unas palabras en un teléfono, esperó unos instantes la respuesta y se dirigió a mí.

—Dice que suba enseguida, señor. Habitación doscientos veinticuatro.

—Gracias —le dije.

Y me encaminé hacia el fondo del vestíbulo en donde había visto que se hallaban los ascensores.

Las cifras doradas sobre la puerta brillaban en el pasillo escasamente iluminado. Llamé. El murmullo de una animada conversación que había oído al llegar ante la puerta, cesó de repente.

La puerta se abrió lentamente y Parrish asomó la cabeza.

—Danny —dijo, sonriendo al verme.

Terminó de abrir y retrocedió unos pasos para dejarme pasar.

—Has llegado a tiempo. Entra.

Había en el cuarto otros tres hombres además de él. Me miraron desde donde estaban sentados. Me volví hacia Steve. Estaba un tanto pálido y desencajado, pero la mano que me tendió era firme. La estreché.

—Me alegro de que hayas logrado reunir el dinero, Danny —me dijo.

Moví la cabeza en señal de asentimiento y no dije nada.

Steve se volvió hacia los que estaban en el cuarto y les anunció:

—Señores, este es Danny Fisher.

A continuación me los presentó uno por uno. Uno tras otro se levantaron y estrecharon mi mano.

—¿Qué tal si echáramos un trago, Danny? —Steve tenía una botella de whisky en la mano.

—No, gracias, Steve —le contesté, rápido—. Jamás bebo durante las horas de trabajo.

Steve asintió y llenó su vaso de whisky.

—Buen procedimiento, Danny —dijo, echándose al colete un buen trago de whisky—. Muy recomendable.

Lo miré, atento. Steve había bebido más de la cuenta. Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—¿Preparado para hablar de negocios? —pregunté.

Steve me miró.

—Por supuesto —dijo, con cierta vacilación en su voz—. ¿Trajiste el dinero?

Hice un gesto de asentimiento.

Uno de los hombres se puso de pie.

—Veamos el color —dijo.

Me volví hacia él, sonriendo.

—Lo verá —repliqué—, pero antes quiero ver la mercancía.

—¿Lo lleva usted encima? —me preguntó el hombre, receloso.

—¿Me cree acaso un idiota? —le repliqué sin alterarme—. Pero no se preocupe. Si la mercancía está en condiciones, tendrán el dinero. ¿En dónde está?

—En un garaje, a unas pocas manzanas de aquí —dijo el hombre—. ¿Quiere verla?

—Naturalmente.

El hombre cogió un sombrero de una silla.

—Bueno, venga entonces —dijo dirigiéndose a la puerta.



El camión estaba cargado hasta los topes, como me había dicho Steve. Miré con marcado escepticismo las cajas cuidadosamente apiladas. Tenía la sensación de que había algo raro en aquella transacción, pero no sabía qué era. Tal vez fuera porque todo iba muy suave. Me volví hacia el hombre que me había hablado en la habitación del hotel.

—No deseo que lo tome a mal —le dije, cortés—, pero se trata de una gran cantidad de dinero. Quiero revisar el cargamento.

—Eso representará mucho trabajo: descargar caja por caja y luego volverlas a cargar.

Clavé mis ojos en los suyos.

—Le he dicho ya que entra en juego mucho dinero y quiero cerciorarme por mí mismo de lo que compro.

Miró a los demás y a continuación se volvió hacia mí, encogiéndose de hombros.

—Por mí no hay inconveniente —exclamó—, pero no saldrá de aquí hasta las dos de la madrugada.

—No me importa —dije.



Miré a Steve, rendido de cansancio y, después, a los demás. Todos formaban un semicírculo en torno mío, los rostros encendidos, las camisas empapadas de sudor.

—Perfecto —dije.

Pero no podía comprenderlo. Aquella sensación de malestar y recelo no me había abandonado. Me estremecía, nervioso. ¿Sería que Nellie me había contagiado sus corazonadas?

—Ya te dije que todo estaba en orden —exclamó Steve malhumorado—, que perderías el tiempo.

—Por cien mil «morlacos» estoy dispuesto a perderlo —le dije y me volví hacia los demás—. ¿Quién conducirá el camión? —pregunté. Uno de los hombres avanzó un paso hacia mí.

—Yo —me contestó.

—Está bien —dije—. Entonces vayamos al camión y lléveme al hotel. Saldremos de allí.

—¿Ahora? —me preguntó el hombre, mirándome de hito en hito.

—Sí, ahora —dije.

—Pero mi ayudante vendrá mañana por la mañana —protestó.

—No lo esperaremos —repuse tajante—. Yo iré con usted y le serviré de ayudante. Esta mercancía tiene que estar en Nueva York mañana por la mañana.

El recepcionista se volvió hacia mí.

—Sí, señor Fisher.

—He tenido que alterar mis planes —le dije— y tengo que irme ahora mismo. Deme por favor el sobre.

—Al instante, señor Fisher —me contestó con voz cansada.

Abrió la caja de caudales, extrajo de ella el sobre y lo puso sobre el mostrador. Rasgué el sobre del hotel y saqué de él aquel más pequeño que estaba cerrado. Reprimiendo un bostezo me preguntó el empleado:

—¿Está todo correcto, señor Fisher?

Hice con la cabeza un movimiento afirmativo y puse en el mostrador un dólar de propina.

—Correcto.

Me encaminé a la puerta. Sus palabras de agradecimiento me acompañaron hasta la calle.

El camión estaba esperando junto a la acera, bajo la luz de un farol. Los hombres estaban alrededor de él. Subí a la cabina del camión y entregué el sobre a Steve. Este lo pasó al hombre que había llevado la voz cantante en el hotel y en el garaje. Abrió el sobre con rapidez, se apoderó de los billetes y los contó.

A continuación levantó los ojos, me miró y me saludó con un ademán. Yo se lo devolví sin despegar los labios y me encaré con el conductor.

—De acuerdo, muchacho. ¡Vámonos ya!



Salíamos de Newburgh cuando consulté mi reloj. Eran las diez pasadas. Dirigí de nuevo mi vista a la carretera y pisé el acelerador. El camión fue ganando velocidad. La carretera relucía blanca, despejada, ante mí.

Puse el camión en directa y me volví para contemplar a mi compañero. El hombre dormía en una postura incómoda, con la cabeza apoyada en la portezuela. Noté hambre. No había comido desde la tarde del día anterior, pero no me atreví a detenerme. Hacía mucho calor en la carretera. Además, si podía mantener aquella velocidad podríamos estar en Nueva York a mediodía.

La voz del conductor interrumpió mis pensamientos.

—Ahora yo tomaré el volante, Danny —dijo—. Duerma un poco. Se le ve cansado.

—No me importa conducir un rato más —le dije—. Este mastodonte se deja llevar como un niño.

—Con todo, no le irá mal un poco de descanso —insistió—. Tiene los ojos rojos. No sentirá cansancio, pero su aspecto demuestra que está rendido.

—Está bien —contesté, pisando con fuerza el pedal del freno.

Los potentes frenos de aire comprimido respondieron, chirriando, a la presión de mi pie. Lentamente, el enorme camión rodó unos metros hasta pararse. Hice funcionar el freno de mano y me salí de detrás del volante.

El hombre, a continuación, ocupó mi puesto.

—Será mejor que duerma un poco —me aconsejó, aflojando el freno de mano—. No ha dormido desde que dejamos Buffalo y ha estado levantado toda la noche.

—Puedo dormir cuando el viaje termine —repliqué—. Entonces me sentiré más a gusto.

Enlacé mis manos detrás de la nuca y me retrepé en el asiento.

El camión reanudó su marcha y el rumor intenso del motor llenó el ámbito de la cabina. Traté de apartar mis ojos de la monótona cinta blanca que se desplegaba ante mis ojos, carretera adelante, pero me fascinaba. Había algo alucinante en aquella línea blanca que partía en dos la carretera y se perdía tan lejos como alcanzaba la vista. Yendo por el lado derecho de esta cinta iba uno seguro y sin peligro. Cruzarla era la muerte. Había que seguir adelante por el lado derecho... por el derecho... jamás por el izquierdo... por el derecho... Noté que mi cabeza se mecía de un lado a otro hasta tropezar con la portezuela. Traté de fijarla, de mantener mis ojos abiertos, pero todo fue inútil. Estaba demasiado cansado; y pese a todos mis esfuerzos, cedí al sueño.

Desperté, sobresaltado. El camión estaba parado: su motor, silencioso. Parpadeé y me volví hacia el conductor, sentado a mi lado.

—¿Qué ocurre? —le pregunté todavía soñoliento—. ¿Algún contratiempo?

Me miraba con expresión sardónica. No me contestó.

Llegó a mis oídos otra voz. Me volví rápido. Dejé de parpadear. Estaba despierto por completo. Junto al camión, sobre el estribo del mismo, se hallaba un hombre. Empuñaba un revólver y me apuntaba.

—Hola, Bella Durmiente —exclamó el desconocido—. ¡Despierta!

Fui a apoderarme de una llave inglesa que estaba en el suelo, a mis pies. El hombre del revólver hizo un gesto con el arma.

—Pon las manos donde yo pueda verlas, Danny, muchacho —exclamó con suavidad.

Hice lo que me decía. Me puse a pensar vertiginosamente. Miré de nuevo al conductor. Estaba sentado ante el volante, inmóvil, los ojos fijos en la carretera. Comencé a coordinar los hechos.

—¿Está usted metido en esto también? —le pregunté.

El conductor no contestó. Lo hizo, en su lugar, el hombre del revólver.

—¿A ti qué te parece? —exclamó, sarcástico.

Me volví rápido hacia él.

—Tengo dinero y puedo dárselo si me deja que lleve este cargamento a Nueva York —le propuse, desesperado.

El pistolero sonrió sardónico, mostrando sus dientes amarillentos. Arrojó a la carretera un salivazo de tabaco mascado.

—Tu dinero ya lo tenemos —dijo llanamente.

Abrió la portezuela y bajó del estribo, sin dejar de apuntarme con su revólver.

—Baja de ahí. Has terminado tu paseíto.

—Diez mil dólares —le dije, precipitadamente, mirándole a los ojos. Hizo un ademán con su arma.

—Te he dicho que bajes de ahí.

Bajé pausadamente del asiento. Vi, sobre mi cabeza, un cielo oscuro, ominosamente gris. Iba a llover. Me invadió la ira. ¡Qué imbécil había sido! Había caído en la trampa.

Tenía las piernas rígidas, envaradas y apenas podía dar un paso. Oí pisadas detrás de mí, procedentes de la parte trasera del camión y volví la cabeza. Un automóvil se hallaba parado detrás del vehículo. Por lo visto había estado siguiéndonos desde que dejamos Buffalo, esperando una ocasión como aquella para caer sobre mí. La rabia espumeaba dentro de mi boca y pude notar el sabor amargo de la bilis segregada en mis entrañas. ¡Qué imbécil había sido cayendo en una trampa como esa! ¡Tendría que hacerme examinar la cabeza!

El hombre que venía a mi encuentro exclamó:

—¿Todo ha ido bien?

El pistolero apartó de mí su mirada para fijarla en el hombre que lo interpelaba. Entonces me precipité sobre él, lanzándole mi puño a la mandíbula, pero el hombre lo esquivó instintivamente. Solo lo rocé y, llevado de mi impulso, mis pies resbalaron en el fango de la cuneta. Frenéticamente, traté de conservar mi equilibrio.

Sentí de repente el estallido de un golpe en la sien y caí de bruces sobre el lodo. Traté de levantarme ayudándome con manos y rodillas, pero otro estallido de dolor, en el mismo lugar, hizo que toda la fuerza de mis brazos y piernas me abandonase. Sentía en mi rostro el contacto viscoso del lodo y ondas sucesivas de negrura me envolvieron. Me intenté recuperar, pero la inconsciencia venía hacia mí, inexorable. Pude sentir que me deslizaba hacia el suelo.

Oí, muy distante y confuso, un rumor de voces. Traté de entender lo que estaban diciendo. Pero algunas palabras no eran claras. Uno de los hombres decía que a Gordon no le agradaría eso. Otro reía sarcásticamente.

Quedé sumido en un estado de semiinconsciencia. Traté de pensar antes de que me envolviera la oscuridad. Había caído en una trampa. Por eso Steve, cuando me habló, había mencionado el nombre de Sam. Para hacerme, pensar en él.

Pronto, hasta la sombra de ese pensamiento me abandonó y no pude recordar nada. Traté de salir de entre las sombras que me rodeaban. Pero me fue imposible. Las tenía a todas encima de mí.

Día de mudanza. 3 de octubre de 1944

Experimenté la sensación de que me tocaban los hombros. Me moví ligeramente, tratando de eludir el contacto. Mi cabeza iba a estallar.

Las manos siguieron hurgándome. Traté de acurrucarme y hacerme un ovillo. Deseaba que me dejaran tranquilo y solo. Precisamente ahora que comenzaba a sentirme más cómodo. Había estado helado durante un largo espacio de tiempo, pero en esos momentos me sentía invadido por un grato calor, aquellas manos extrañas venían a interrumpir mi bienestar. Traté de rechazarlas y me volví boca arriba.

Sentí entonces, de repente, un fuerte dolor en mi cara. Abrí los ojos.

Vi a un hombre arrodillado junto a mí y sus ojos me observaban atentos y solícitos.

—¿Está usted bien, señor? —me preguntó, ansioso.

Moví la cabeza un poco para ver si había alguien más junto a él.

Estaba solo. Entonces, me di cuenta de que la lluvia azotaba mi rostro. Me puse a reír entre dientes. ¿Si estaba bien? Era como para morir de risa. Traté de incorporarme. Sentí un dolor lacerante en la cabeza y dejé escapar un gemido. El brazo del desconocido sujetó con fuerza mis hombros y me sostuvo.

—¿Qué le ha pasado, señor? —me preguntó, asustado.

—Me asaltaron —le contesté.

No podía revelarles lo que en realidad me había ocurrido.

—Me robaron el coche —añadí.

Vi que se reflejaba en su rostro una sensación de alivio. Me ayudó a levantarme.

—Por suerte para usted yo andaba muy despacio, y oí sus quejidos que venían del otro lado de la carretera.

Me quedé de pie allí. Respiré con ansia, y, aún trémulo, sentía que las fuerzas volvían rápidamente a mí.

—Habría podido coger una pulmonía —me dijo el hombre.

—Es cierto —le respondí—. He tenido mucha suerte.

Fui a consultar mi reloj, pero estaba roto.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—La una y cinco minutos —me contestó después de consultar su reloj.

Lo miré, asombrado. Había estado desmayado más de dos horas. Mi reloj se había parado a las once menos cuarto.

—Tengo que volver a la ciudad —murmuré—. Teníamos que habernos mudado hoy de casa y mi mujer estará muerta de ansiedad. Desde anoche no sabe nada de mí.

El hombre me sostenía, su mano asida a mi brazo.

—Yo voy a Nueva York, si ese es su camino —me dijo.

Se me aparecía ahora, bajo la lluvia, como un ángel tutelar, cubriéndome con su halo.

—Esa es la ciudad a que yo me refería —le dije.

—Entonces, acompáñeme hasta el coche —me dijo—. Antes de las dos y media estaremos en Nueva York.

Lo seguí, vacilante, hasta su pequeño Chevrolet y fui a ocupar el asiento de delante, junto al del conductor. En cuanto se hubo cerrado la portezuela tras de mí, me puse a temblar.

Observó mis labios azulados por el frío y puso la calefacción.

—Recuéstese en el asiento y descanse —me aconsejó—. Esto le calentará y a la vez le secará la ropa, está empapada.

Recliné mi cabeza en el respaldo del asiento y lo miré con los ojos entornados. No era joven. Por debajo de su sombrero asomaban mechones de cabellos grises.

—Gracias, señor —le dije.

—No hay de qué, hijo —dijo, pausado—. Esto es lo que yo creo que un ser humano debe hacer por otro.

Cerré mis ojos, rendido de fatiga. Él estaba equivocado. Algunos seres humanos no tenían ni la más remota idea de ese sentimiento que esperaba que tuvieran. El suave y rítmico chasquido del limpiaparabrisas surtía en mí efectos sedantes. Mis pensamientos volvieron a fluir lentamente. Sam no era como ese hombre. No sentía afecto por nadie. Solo pensaba en sí mismo.

Estaba haciéndome demasiado fuerte. A Sam no le agradaba. Al fin y al cabo, ese tráfico lo había emprendido yo a contrapelo, sin su anuencia. No lo quiso en su momento, pero eso era igual, no le importaba. Había comprendido lo equivocado que estaba rechazándolo y había decidido recuperarlo. Y lo había recuperado. Y yo no podía hacer nada para impedirselo.

¿Nada? Me hacía esa pregunta una y otra vez, mientras una ira incontenible hacía presa en mí. Ahí era donde Sam se equivocaba. Yo había trabajado mucho y muy duro por eso. Yo había sido un loco, pero era por algo, por acceder a un arreglo como aquel. Lo olvidé todo. La indignación trajo consigo una curiosa, sensación de calor y caí en un profundo sopor.

Sentí en mi brazo la presión de una mano y desperté rápidamente. Miré a mi alrededor. Nos hallábamos ya en la calzada de West Side.

El hombre me miró.

—¿Se siente mejor? —me preguntó.

Asentí, silencioso. No sentía ya dolor de cabeza.

—¿Dónde quiere que le deje?

Le di mi dirección.

—Si no se halla muy alejada de su camino.

—En modo alguno —me respondió—. Para llegar a mi casa tengo que pasar por ahí.

Eran las tres y cuarto cuando nos detuvimos frente a mi casa. Me apeé del coche y me dirigí al conductor.

—Muchas gracias de nuevo —exclamé—. Jamás en la vida olvidaré lo que ha

hecho por mí.

—Está bien, hijo —contestó—, y yo le repito lo que ya le dije, que es lo menos que puede hacer un ser humano por otro.

Entonces, antes de que me diese cuenta, puso en marcha el coche y se alejó.

Observé unos segundos cómo el coche se perdía en el tráfico. Le seguí con la vista. Había olvidado pedirle su nombre. ¡Qué mundo más loco! ¡Un hombre, al que se ha conocido toda la vida trata de romperle a uno los dientes, en tanto que otro, al que nunca se ha visto ni se volverá a ver llega y le salva a uno la vida!

Seguí con la mirada al coche hasta que dobló la esquina. Entonces, me volví y entré en casa. El portero estaba barriendo el portal, y al verme abrió desmesuradamente la boca. Debía de parecer el diablo salido de un cuadro. Mi cara estaba llena de cortes de los golpes recibidos y mi ropa estaba cubierta de barro.

—El coche de mudanzas ya salió, señor Fisher —me dijo—. Su esposa le estuvo esperando todo el tiempo que pudo. Estaba muy trastornada, pero su cuñado le dijo que siguiera adelante con la mudanza.

—¿Estuvo aquí mi cuñado? —le pregunté con la voz enronquecida. Afirmó con un movimiento de cabeza.

—Vino cuando su esposa lo llamó. El hermano de su señora ya estaba aquí con ella, pero estaba muy preocupada. Su cuñado me dio un mensaje para usted. Me dijo que se lo dijera tan pronto como llegase.

Lo miré lleno de curiosidad.

—¿Qué? —le pregunté.

—Me dijo que fuera a verle en el momento en que llegara, que estaba en su oficina esperándole —sonrió ligeramente—. Su cuñado es un hombre como debe ser. Parecía muy preocupado por usted. No es como el cuñadito que yo tengo.

—Gracias —le dije maquinalmente y abandoné la casa.

Sam estaba muy preocupado por mí. Una preocupación de noventa mil dólares. No, de doscientos billetes de los grandes, ahora que se había apoderado de toda la puesta. No era de extrañar que se hubiera presentado en mi casa cuando Nellie le llamó.

Salí a la calle, fui hasta la esquina y tomé un taxi. Le di al chófer la dirección de la oficina de Sam.



Pasé de largo ante la secretaria de Sam sin esperar a que me anunciase. Abrí la puerta y entré en su despacho, cerrando tras de mí.

Iba a colgar el receptor del teléfono cuando me vio. Se quedó con el auricular en el aire, pasmado, mientras sus ojos me escrutaban, ansiosos.

—¿Dónde diablos has estado? —rugió finalmente, colgando, el receptor—. Precisamente iba a avisar a la policía para que te buscara. Algo en su voz hizo que se me erizara el vello de la nuca.

—¿Qué te pasa, Sam? —le pregunté, airado—. ¿No me esperabas?

Se puso de pie detrás de su escritorio y, contorneándose, vino hacia mí. Sus recias pisadas hicieron resonar el piso bajo mis pies.

—Si vas y le entregas a un tipo noventa mil de los grandes y no se presenta cuando se supone que debe hacerlo, ¿qué puedo pensar? —dijo, exasperado—. Lo que yo pensé... ¡que te habías volatizado con la «mosca»!

Si no hubiese sido porque yo era la víctima de su maquiavélica intriga, le habría aplaudido. El hombre tenía una desfachatez admirable. No le bastaba todo el mal que me había causado: tenía que agregar el insulto de la injuria. Me puse a observarle.

—Sabes muy bien, Sam, que jamás habría hecho eso —dije blandamente—. Me conoces mejor que todo eso.

Me contempló unos segundos y luego volvió a ocupar su asiento detrás de su mesa. Sus ojos oscuros centelleaban.

—¿Cómo puedo saberlo? —preguntó—. Noventa mil dólares es mucho dinero. Hubiera podido ser que cansado de tu mujer y de la vida que llevas aquí, hubieses decidido cambiar de panorama. Habrías podido tener docenas de razones que yo no conozco para hacerlo.

Mis ojos se clavaron en los suyos.

—Tú no te fías de nadie, ¿verdad, Sam? —le pregunté suavemente. Apartó la vista de mí y la fijó en su mesa.

—No encuentro gente de fiar —contestó, sombrío.

Sin embargo, sus ojos llamaron y los fijó en mí.

—¿Dónde están los cigarrillos?

Me encogí de hombros.

—No lo sé —le contesté sencillamente.

«Quien hacía la pregunta —dije para mis adentros— conocía también la respuesta.»

Nuevamente se puso de pie con una indignación que parecía auténtica.

—¿Qué pretendes decir con que no lo sabes? —rugió—. ¿Qué ha ocurrido?

El tipo era digno de admiración. Las sabía todas. Era el mejor.

—Me asaltaron —contesté plácidamente, escrutando su rostro por si captaba en él el más mínimo asomo de reacción—. Piratearon el camión en el camino y me dejaron tendido en la cuneta de la carretera. Es un milagro que esté vivo.

Siguió desempeñando su papel en la misma línea, aunque en el furor que le acometió y le llevó a dar tremendos puñetazos sobre la mesa, creí advertir una nota falsa.

—¡Hubiera debido pensarlo mejor antes de poner en tus manos noventa mil «morlacos»! —vociferó.

Le sonreí, amargado.

—¿Por qué gritas así, Sam? —pregunté sin alzar la voz—. Tú no has perdido nada en la operación. Soy yo el perjudicado. Ahora tienes en tus manos todo el

negocio.

—¡Al diablo todos tus negocios! —gritó, desaforado—. ¡No los quiero! Tengo ya bastantes trastornos con los míos. Prefiero tener los noventa mil dólares.

Esta fue, para mí, la primera nota falsa que hirió mis oídos. Estaba gritando demasiado para un hombre que, en resumidas cuentas, no había perdido nada.

—¿Estás seguro, Sam? —le pregunté.

Me miró, esta vez cauteloso.

—Por supuesto que estoy seguro —se apresuró a decir—. Es una nueva carga, una responsabilidad más. Y como si no fuera bastante, encima tengo que soportarte, tú y tus ideas peregrinas. Hubiera sido mejor para mí asociarme con Maxie Fields y no con un despistado como tú. Por lo menos, él dispone de toda una organización.

Lo miré un buen rato antes de contestarle. Una idea extraña había germinado de repente en mi cerebro. Era la segunda idea que me habían dado en esos días. Pero esta era involuntaria.

—Me has dado una idea, Sam —le dije en voz queda—. La mejor que he tenido en mi vida.

Se quedó con la boca abierta, estupefacto, y, antes de que saliera de su asombro, me encaminé a la puerta y me fui. Cuando pasaba por delante de su secretaria oí sus gritos llamándome. Había un ascensor esperando y lo cogí. Las puertas se cerraron y el ascensor comenzó a bajar.

Cuando llegué a la calle, mi idea había madurado. Sam había pensado que había encontrado el camino para tener su pastel y comérselo. Pero estaba equivocado. Yo haría que ese pastel se convirtiera en su boca en puro fango.



Sobre la ventana seguía el letrero de siempre:

CRÉDITOS E HIPOTECAS FIELDS

Había en la calle la misma suciedad de siempre.

Nada había cambiado. Nada podía cambiar en aquel barrio. Empujé la puerta y entré.

Un hombre detrás de una taquilla enrejada me interpeló:

—¿Qué desea, señor?

—¿Está aquí Maxie Fields? —le pregunté.

La expresión del hombre cambió sutilmente.

—¿Quién desea verle?

—Danny Fisher —le dije, amargo—. Dígale que le traigo cien billetes grandes en bandeja de plata. Y querrá verme.

Cogió un teléfono y apretó un botón. Murmuró algo en el receptor y se volvió a

mirarme.

—Por esa puerta —me dijo, señalando una, situada al fondo del despacho.

—Conozco el camino —le dije mientras me dirigía a la puerta.

Esta se cerró tras de mí y me hallé en el vestíbulo. Subí lentamente.

Maxie Fields se encontraba ya en el umbral de la puerta cuando llegué al primer rellano. Sus ojos duros llamearon al verme. Su cuerpo obstruía la entrada al apartamento.

—¿Qué te trae por aquí, Danny? —me preguntó cuando fui a su encuentro.

Clavé mis ojos en los suyos.

—¿Sigue gustándote el dinero, Maxie?

Afirmó moviendo pesadamente su cabeza.

—Entonces yo tengo una carreta para ti —le dije—. Pero vamos adentro. No me gusta hacer negocios en el pasillo.

Retrocedió unos pasos y pasé por delante de él. El apartamento tampoco había cambiado. Seguía siendo un lugar siniestro. Oí que la puerta se cerraba y me volví para enfrentarme con él.

—¿No echamos un trago, Maxie? —le pregunté.

Sus ojos estudiaron mi rostro; luego, se volvió y gritó en dirección al cuarto contiguo:

—¡Ronnie! Tráenos dos tragos.

Sin esperar la respuesta, fue a su mesa y se sentó tras ella. En la habitación no hubo más rumor que el de su respiración jadeante. Después de un momento, alzó los ojos hacia mí y me preguntó:

—¿Qué clase de negocio quieres proponerme, Danny?

Me senté al otro lado de la mesa, frente a él. Oí pisadas procedentes de la habitación contigua, detrás de mí. Me volví para mirar.

Ronnie llevaba dos vasos en las manos. En el primer instante no me vio, luego, una expresión de asombro cruzó su rostro. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero la cerró al instante. En silencio, colocó los dos vasos en una esquina de la mesa de Maxie y se encaminó a la puerta por donde había entrado.

Fields la llamó. Sus ojos brillaban malignos.

—Te acuerdas de nuestro amigo Danny, ¿verdad, muñeca? —le preguntó sarcástico.

Le miró un breve segundo y a continuación me lanzó una rápida ojeada. Sus ojos tenían una expresión de profundo abatimiento. Por una fracción de segundo, una llamarada fulguró en ellos, pero fue solo un destello y, al punto, se desvaneció. Su voz era opaca, sin timbre.

—Sí, recuerdo —dijo—. ¡Hola, Danny!

Los años transcurridos la habían cambiado muy poco físicamente. Pero se advertía que el espíritu la había abandonado y era solo una hermosa forma inerte.

—Hola, Ronnie —le dije quedamente.

Recordé que esto mismo había ocurrido la última vez que estuve allí, pero en aquella ocasión fui porque él quería verme; en este momento, fui porque yo quería verlo a él.

No estaba satisfecho todavía. Quería, sádico, saborear a su modo su victoria.

—Danny ha venido a proponerme un negocio —dijo con leve acento de triunfo—. Nadie puede dejar a Maxie Fields, nena. Es lo que siempre he sostenido.

La voz de ella era inexpresiva.

—Sí, Maxie.

Se volvió para dirigirse a la habitación contigua, pero Maxie Fields la llamó de nuevo.

—Siéntate, Ronnie —le ordenó, imperioso—. Siéntate y haznos compañía.

Obediente, se dejó caer en una silla, junto a él. Quedó sentada, muy erguida, como un autómatas, sin expresión alguna en el rostro.

Fields se volvió hacia mí, cogiendo el vaso.

—Habla, Danny —exclamó pesadamente.

Cogí un vaso y bebí a sorbos. El whisky era de excelente calidad y me caldeó el cuerpo. Mantuve en alto el vaso y miré a través de él a Fields.

—Cigarrillos por valor de cien mil «morlacos» —dije sin poner énfasis alguno en mis palabras.

Colocó el vaso cuidadosamente encima de la mesa, sin beber una sola gota, y avanzó el cuerpo hacia mí.

—¿Qué les pasa a esos cigarrillos?

—Son tuyos —le dije, colocando mi vaso junto al suyo— si a cambio me haces un favor.

Respiró profundamente.

—Te conozco, Danny —exclamó con voz ronca—. Regalas hielo en invierno. Además, ¿de dónde has sacado esos cigarrillos?

—Los tengo —dije—. Escuche.

Paso a paso le referí lo sucedido, cómo conseguí los cigarrillos y cómo, más tarde, los perdí. Cuando hube terminado, vi que estaba interesado.

—¿Cómo conseguirías recuperarlos? —me preguntó.

—Voy a encargarme de los asuntos de Sam —dije con tono confidencial.

Sus ojos reflejaron un cauteloso recelo.

—¿Cómo te arreglarás...?

—Es fácil —le contesté. Estaba frío como el hielo—. Recuerde lo que hablamos el día en que le traje aquí viniendo del despacho de Lombardi. ¿Recuerda lo que usted me dijo?

Maxie asintió.

Sus ojos me escrutaron, atentos.

—Pero ¿qué es lo que puede ocurrirle a él?

Cogí de nuevo el vaso, encogiéndome de hombros.

—Ya puede usted figurárselo.

—¡No, Danny!

En la voz de Ronnie vibraba una nota intensa de terror. Me volví, sorprendido, para mirarla. Sus ojos llameaban ahora, llenos de vida, en su cara.

—¡No puedes hacer eso! Sam fue el único...

La voz tonante de Maxie cortó su frase:

—¡Cállate, Ronnie! ¡Cállate!

Ella se volvió hacia él, con una expresión de dolor en el rostro.

—¡Maxie! ¡Tienes que decirle...!

Percibí un movimiento detrás de mí y vi que Spit se hallaba junto a Ronnie. Había entrado en el despacho sin que yo oyera sus pasos.

—¡Échala de aquí! —gritó Maxie.

Spit fue a cogerla por un brazo, pero ella se evadió de su garra y salió del despacho, tapándose el rostro con las manos.

Maxie se volvió hacia mí respirando ruidosamente. Con un ademán hizo que Spit se sentara en la silla que Ronnie había abandonado. Me miró unos segundos. Cuando finalmente habló, podía advertirse en su voz una alteración trémula de avidez.

—¿Cómo sé que cumplirás tu palabra? —preguntó—. Ni siquiera sabes de una manera segura si los tiene.

—Déjame usar tu teléfono unos minutos y lo sabremos —contestó.

Asintió y descolgando el receptor, marqué el número del almacén de Sam. No en balde, había trabajado para él. Conocía a todo el mundo allí.

Una voz que creí reconocer contestó a mi llamada.

—¿Joe? —pregunté.

—Sí, en persona —me contestó—. ¿Quién es?

—Danny Fisher —dije rápidamente—. Quiero comprobar si mi camión llegó ya al almacén. El camión con el tráiler.

—Por supuesto, Danny —se apresuró a decir—. Estamos descargándolo ahora.

—Está bien, Joe. Gracias.

Colgué el receptor y me volví a Maxie. Había oído la conversación.

—¿Satisfecho?

Sus ojos despedían chispas. Podía ver en ellos el signo del dólar, repetido.

—¿Para mí todo el cargamento? —me preguntó.

—Ya me has oído —le contesté—. Todo el cargamento.

—Trato hecho —exclamó, levantándose—. Spit, el Cobrador y yo nos encargaremos personalmente de la operación. Antes de que anochezca habremos liquidado el asunto.

—¡No haga ningún trato con este tipo, jefe, es puro veneno! —exclamó Spit, temblando de indignación.

Se había puesto en pie y miraba a Maxie con las facciones alteradas.

—¿Qué te pasa, Spit? —le pregunté fríamente—. ¿Tienes miedo?

Se volvió hacia mí, desencajado.

—No me fío de ti. Te conozco demasiado bien.

La voz de Maxie se elevó, autoritaria.

—Siéntate y cállate, Spit —exclamó—. Yo estoy dirigiendo el espectáculo.

Lentamente, Spit se dejó caer en la silla y mientras lo hacía, no dejó de lanzarme miradas cargadas de resentimiento.

La voz de Maxie siguió elevándose, pesada y autoritaria. Solo me hablaba a mí.

—Este es el acuerdo, Danny —dijo, lentamente—. Pero no te echas atrás como lo hiciste en aquella otra ocasión. Esta vez, si se te ocurre hacerlo, no vivirás para contarlo.

Se puso de pie y, muy a pesar mío, sentí un estremecimiento. Al llegar a la puerta, me volví. Spit me estaba mirando con una expresión de odio intenso. Maxie me observaba, glacial, inexpresivo. Respiraba ruidosamente.

—Presenta tú la cuenta, Maxie —le dije—. Yo la pagaré.

Cerré la puerta tras de mí y bajé la escalera.



Eran pasadas las seis cuando pagué al chófer del taxi que me llevó hasta mi casa. Mientras el taxi se alejaba, me quedé unos momentos en la acera, contemplando la casa. Me sentía cansado, viejo y vacío. Y, en medio de mi desaliento, feliz de hallarme de nuevo en mi casa.

Comprendí, de repente, que aparte de aquella, ninguna otra había sido mi casa. Todas las otras en las que había vivido no habían significado nada para mí. Ninguna de ellas era mía, ninguna de ellas me pertenecía como la que tenía delante de mis ojos. Y entonces, al pensar en lo que me había sucedido, toda la alegría que en el primer momento había experimentado se transformó en tristeza.

Había pasado mucho. Había andado un largo camino. El tiempo no había transcurrido en balde. No era el mismo que había abandonado esa casa años, muchos años atrás. Había perdido mis ilusiones infantiles. La vida era demasiado triste. Había que luchar duramente, o no se era nadie. No había paz, ni amigos, ni verdadera felicidad. Este mundo era una guerra por la supervivencia. Había que matar o ser matado.

Mis pisadas resonaron en el suelo de cemento de la escalinata. Había tardado mucho tiempo en endurecerme. Para abrirse camino tenía que cerrar su corazón contra la gente. Solo debía pensarse en uno mismo, pues uno nacía solo y solo también moría.

Alargué mi mano para abrir la puerta maciza que daba acceso a la casa, pero antes de que la tocara se abrió sola.

—Hola, Danny —dijo, muy quedo, una voz.

No sentí sorpresa. Aquella voz la había oído antes. Era la voz de la casa que había sonado en mis oídos el día en que Nellie y yo vinimos para comprarla.

—Hola, papá.

Mi padre me cogió de la mano y entramos ambos en la casa, como habíamos hecho mucho tiempo atrás. Por un momento no hablamos, no eran necesarias las palabras. Entonces, nos detuvimos en la sala de estar y nuestras miradas se cruzaron. Había lágrimas en sus ojos. Era la primera vez que le veía llorar. Su voz sonaba muy queda, pero vibraba de orgullo y comprendí cuando le oí hablar que su orgullo era por mí.

—Todos hemos vuelto a casa, Danny —dijo, humilde—. Si puedes perdonar las equivocaciones de un viejo, jamás tendremos que dejar lo que aquí hemos encontrado.

Sonreí pausadamente, comenzando a entender muchas cosas. Su voz era la de la casa. En realidad no había sido jamás mi casa, le había pertenecido a él. Cuando hablé a la casa de mis amores, estaba hablándole a él, y cuando la casa me habló, era él quien me hablaba. Jamás sería mi casa sino hasta cuando él me la diera, a pesar de todo el dinero que yo hubiese pagado por ella.

Miré a mi alrededor. Algo había echado de menos, todo el tiempo: cuando mi padre se encontraba en ella, la casa recobraba el calor y la vida. Me alegraba de que hubiese venido. Yo no tenía nada que decir, y, por lo visto, él sabía qué era lo que yo sentía.

—Ha sido el más valioso presente de cumpleaños que jamás he tenido, papá —dije.

Entonces, por primera vez, se dio cuenta del estado lamentable en que me hallaba.

—¡Dios mío! —exclamó—. Danny, ¿qué te ha pasado?

Sus palabras me devolvieron súbitamente a la realidad.

—He tenido un accidente, papá —le contesté, con amargura—. ¿Dónde está Nellie?

—Tu madre la ha hecho tenderse, arriba. Estaba terriblemente preocupada por ti.

Percibí un ruido y alzando los ojos vi a Nellie en el rellano superior de la escalera. Estaba densamente pálida y me miraba con ojos alucinados. Bajo la luz blanca de las bombillas de la escalera, mi aspecto debía de producir espanto.

—¡Danny! —gritó, despavorida.

Su voz levantó eco al chocar contra las paredes mientras me precipitaba a la escalera y subía a su encuentro. Ella avanzó un paso hacia mí; pero, de pronto, puso los ojos en blanco y se desvaneció.

—¡Nellie! —grité, desesperado, tratando de recogerla en mis brazos.

Pero no lo conseguí. Cayó y rodó por los escalones hasta la mitad de la escalera antes de que pudiese detenerla. Era un pequeño ovillo caído cerca de la pared. Me arrodillé junto a ella y volví su rostro hacia mí.

—¡Nellie! —grité, frenético.

Su rostro tenía la blanca transparencia de una botella de leche, y sus ojos reflejaban un intenso y punzante sufrimiento.

—Pude ver cómo sus labios exangües se abrieron para murmurar en su agonía:

—¡Danny! ¡Danny! Estaba tan preocupada por ti...

Me volví hacia papá.

—Hay un doctor en la casa de la esquina al cruzar la calle —le grité—. ¡Ve a buscarlo! ¡Rápido!

Me volví hacia Nellie mientras oía el ruido que hacía la puerta de entrada. Hice que descansara su cabeza sobre mi hombro. Tenía los ojos cerrados y toda ella estaba contraída y convulsa. Respiraba trabajosamente.

Mi madre bajó y vi en sus ojos una profunda mirada de simpatía y de comprensión. Sin pronunciar una palabra, me puso la mano en el hombro y me lo presionó.

Miré el rostro de Nellie de nuevo. ¿Por qué tardé tanto tiempo en darme cuenta de la verdad? Podía verla frente a frente. Nellie había tenido razón. Estreché su cabeza contra mi pecho. No podía suceder, no debía. Ella era todo mi mundo. Cerré mis ojos y lloré y recé, mientras las lágrimas surcaban mis mejillas.

—¡Por favor, Dios... por favor...!



Me puse a dar vueltas, impaciente, por la estrecha sala de espera del hospital. Tenía la impresión de que hacía días, y no horas, que me encontraba allí. Puse otro cigarrillo entre mis labios e intenté encenderlo. Rompí tres cerillas antes de que Zep, finalmente, encendiera una y me la ofreciera.

Lo miré, agradecido. No sé qué habría hecho sin su ayuda. Todo el día había permanecido junto a Nellie, calmándola y ayudándola, y estaba conmigo en ese momento.

—Gracias, Zep —murmuré.

Agotado, me dejé caer en una silla, entre él y mi padre.

—¡Cuánto tarda el doctor en salir! —exclamé.

Zep me miró, comprensivo. Sabía mi tortura.

—No te preocupes, Danny —dijo, dándome unas palmaditas en el hombro—. Nellie estará bien. El doctor dijo que tenía una oportunidad y yo conozco a mi hermana. Es dura de pelar y muy pronto se recuperará.

Eso era. Se repondría. El doctor lo había dicho. Se repondría. Tuve que repetir ese pensamiento varias veces o me habría vuelto loco. Sin él, habría enloquecido. Él me sostuvo y me reconfortó mientras iba con ella en la ambulancia camino del hospital, atravesando las calles, en medio del estrépito continuo de su alarma, manteniendo en la mía su mano flácida, fría.

Tenía lesiones internas. El niño se había desplazado —había dicho el doctor—. También había hablado de una posible hemorragia interna. Todo ocurría dentro de ella, donde no se podía mirar. Uno solo podía suponérselo cuando miraba su rostro, blanco y sus labios exangües.

Rápida y eficazmente la habían colocado en una mesa blanca y la habían trasladado al quirófano. Sus ojos estaban cerrados; no podía verme. De entre sus pálidos labios brotaba un tenue y continuo quejido de dolor. Desapareció tras una cuerda blanca, y no tuve más remedio que esperar.

Habían transcurrido dos largas horas y seguía esperando. Estábamos esperando. Observé a la madre de Nellie, sentada en una silla, cerca de la ventana, retorciendo entre sus dedos nerviosos un pañuelo. Tenía los ojos hinchados y las lágrimas seguían fluyendo de ellos mientras escuchaba a mi madre en silencio tratando de consolarla. No me había hablado, pero no ignoraba que me echaba la culpa de lo que le había sucedido a Nellie. Y en cierto modo, tenía razón. Pero, con todo, si no hubiera sido por Sam nada de eso habría ocurrido.

Oí pisadas en el corredor exterior. Mimí, vino hacia mí con una expresión ansiosa en su rostro.

—¡Danny! ¿Qué ha pasado?

No le contesté. Mis ojos estaban fijos en Sam, que venía con ella. Sus facciones estaban alteradas.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, violento.

—Tu padre nos llamó y nos dijo que Nellie había sufrido un accidente. Mimí estaba demasiado trastornada para conducir, así que yo la he traído en mi coche —explicó.

Me levanté pausadamente. Era tanta la rabia que me dominaba que me temblaban las piernas. Mi boca se secó de pronto.

—¿Estás satisfecho ahora? —le dije duro—. ¿Era esto lo que querías?

Advertí en su mirada una expresión insólita de vergüenza.

—No. No era esto lo que yo quería que sucediera, Danny —replicó en voz baja.

Le miré unos segundos y seguidamente toda la ira que había en mí comprimida rompió sus diques y me precipité sobre él, descargando mi puño en su mandíbula con tal violencia que se desplomó y dio en el suelo con un estrépito que hizo retumbar el estrecho recinto.

Dos manos inmovilizaron mis brazos. Oí los gritos angustiosos de Mimí. Desesperado, traté de desasirme de aquellas manos que me sujetaban. Quería matarlo. Lloraba de rabia. ¿Por qué no había reconocido de una vez su infamia?

En esto oí la voz del doctor.

—¡Señor Fisher!

Me olvidé un instante de Sam. Me volví y agarré con mis manos trémulas las solapas de la bata del doctor.

—¿Cómo se encuentra, doctor? —le pregunté, la voz enronquecida—. ¿Cómo está?

Advertí en su rostro cansado cierta tensión, pero esta se aflojó al verme.

—Está descansando ahora apaciblemente, señor Fisher —me contestó—. Ha sufrido intensos dolores, pero se repondrá.

Me dejé caer en una silla, flácido, vacío de toda emoción. Me cubrí el rostro con las manos. Por una vez mis oraciones habían sido escuchadas.

Sentí en mi hombro la mano afectuosa del doctor. Alcé hasta él mis ojos.

—¿Puedo verla, doctor?

—Todavía no. —Movió su cabeza gravemente—. Señor Fisher, tenemos una oportunidad de salvar la vida de su hijo, si podemos hallar el tipo de sangre apropiado.

Me puse en pie como movido por un resorte. No le había comprendido.

—¿Qué quiere decir, doctor?

Fijó sus ojos en mí.

—Su hijo no ha sufrido lesión grave, tal vez por ser prematuro. Pero ha perdido algo de sangre. Si podemos restituírsela podrá sobrevivir y alcanzar su desarrollo completo.

Le cogí del brazo.

—Vamos, entonces —le dije, ansioso—. Yo tengo sangre de sobra. Movió la cabeza, con un gesto de incertidumbre.

—Temo que no sirva de mucho su sangre —explicó—. Tiene que contener cierto factor Rh y tengo la impresión de que su sangre es incompatible. El tipo que necesitamos solo lo tiene uno de entre mil donantes. Ya lo he pedido. Todo depende del tiempo que se tarde en obtenerlo.

Volvió a dormirme el desaliento. No tenía suerte. Me senté de nuevo. El doctor prosiguió su explicación.

—La única probabilidad de vida que tiene su hijo es a través de una cesárea con cambio completo de sangre.

Mi hijo estaba en este instante vivo y su existencia pendía de un hilo. La desesperación hizo presa en mí, produciéndome un fuerte dolor. La voz de Zep vibró en mis oídos como una melodía del cielo.

—Tal vez sirva mi sangre, doctor.

Lo miré, agradecido, y, a continuación, observé la reacción del doctor.

—Podría ser —exclamó con gesto fatigado—. Venga, y lo veremos. —Recorrió con la vista a los que estábamos allí—. Si alguno de ustedes quiere que se le analice la sangre, venga conmigo.

Todos nos levantamos y le seguimos, Mimí estaba ayudando a Sam a sentarse en una silla cuando salimos todos al corredor. Lo recorrimos hasta el fondo, en donde había una puerta. Esta daba acceso a un pequeño laboratorio, donde una enfermera sentada en una silla leía un periódico. Se levantó, presurosa, cuando entramos.

—Compruebe el tipo de sangre de cada una de estas personas, enfermera —le ordenó el doctor.

—Sí, doctor —respondió ella, volviéndose hacia una mesa, blanca, detrás de ella.

Observé cómo preparaba las placas y después las colocaba cerca del microscopio. Cuando hubo terminado, insertó hábilmente una placa bajo las lentes.

—Yo las examinaré, enfermera —se apresuró a decir el doctor.

Ella se apartó y el doctor ocupó su sitio. Este se inclinó sobre el microscopio y comenzó el examen de las placas. Mientras duró el examen, contuve mi respiración. Una vez hubo terminado el doctor, enderezó su cuerpo y movió la cabeza con un gesto de desaliento.

—¿No, doctor? —pregunté, desesperado.

Recorrió con la vista a los presentes. Mi madre y mi padre, Zep y mi suegra tenían clavados sus ojos ansiosos en el rostro del doctor. Este se volvió hacia mí.

—Lo siento, señor Fisher —exclamó con sincera pesadumbre—. Ninguno de ustedes tiene el tipo de sangre requerido. No tenemos más remedio que esperar a que encontremos fuera el donante apropiado.

—Pero ¿y si llega demasiado tarde? —dije, débilmente—. Mi hijo podría... podría...

Era la primera vez que pronunciaba las palabras «mi hijo». Pero no pude terminar la frase.

El doctor me posó la mano en el hombro, afectuosamente.

—Solo podemos esperar que llegue aquí, pronto —dijo—. Puede presentarse de un momento a otro.

Se abrió la puerta y me volví, esperanzado. Al punto se me cayó el alma a los pies. Era Sam.

Se abrió paso, torpemente, por entre los presentes. Era muy visible la señal que había dejado mi puño en su mandíbula. Se iba volviendo negro. Mimí lo seguía. Me miró un segundo con manifiesto embarazo y a continuación se dirigió al doctor.

—En cierta ocasión en que visité el banco de sangre —dijo con su voz ronca habitual— me dijeron que tenía un tipo de sangre muy raro. Tal vez sea el tipo que está usted buscando.

—Lo averiguaremos en un minuto —dijo el doctor.

Hice una señal a la enfermera.

Lancé una larga mirada a Sam y a continuación, pasando por delante de él me dirigí al pasillo. La puerta del laboratorio se cerró detrás de mí. Era inútil que permaneciera más tiempo allí. Todo iría mal. Él no podía darme nada bueno. Lo único serían problemas.

Aquel hombre había sido para mí nefasto. Desde el primer momento que le conocí.

—¡Danny! ¡Danny! —oí detrás de mí la voz vibrante de entusiasmo de Zep.

Vino corriendo hacia mí, con una expresión de exaltado júbilo en su rostro moreno.

—El doctor dice que Sam tiene el tipo de sangre que necesita.

Lo miré, sin dar crédito a mis oídos.



Media hora después, el doctor entró en la sala de espera en donde estábamos todos. Tenía una expresión risueña. Se dirigió a mí con la mano extendida.

—Creo, después de todo, que pronto tendrá que repartir puros entre sus amigos, señor Fisher —dijo—. ¡Felicidades!

Se me empañaron los ojos y vi, borrosa, la figura del doctor.

—Gracias, doctor —le dije, fervorosamente—. Gracias.

El doctor volvió a sonreír.

—No me las dé a mí —dijo, rápido—. Déselas a Dios y a su cuñado que se encontraba aquí. Ha sido un verdadero milagro para un prematuro sietemesino Rh encontrar el donante tan rápido.

Mi suegra lanzó exclamaciones de alegría. Zep la apretujó en sus brazos, frenético. Me vi rodeado de los míos. Mimí me abrazó y me besó en la mejilla, bañada en lágrimas. Me olvidé de todo, en la alegría del momento.

Me volví hacia el doctor.

—¿Puedo ver a mi mujer, doctor?

Asintió, benévolo.

—Pero solo por unos minutos —me previno—. Todavía está muy débil.

La enfermera sentada a la cabecera de la cama se levantó cuando entré en la habitación. Mientras la puerta se cerraba, tras de mí, contemplé la cama. Solo se veía en ella, por encima de las sábanas blancas, el rostro de Nellie enmarcado en su negra cabellera que se derramaba como una cascada por la almohada. Tenía cerrados los ojos y parecía dormida.

Fui de puntillas hasta un lado de la cama y me senté junto a ella. Contuve mi respiración, por miedo a despertarla. Pero, de un modo u otro, percibió mi presencia. Abrió los ojos, sus ojos de un pardo oscuro, dulces y tiernos. Apenas movió sus labios.

—¡Danny!

Trató de sonreír.

Busqué a tientas su mano por encima de la sábana, y la acaricié tiernamente.

—No hables, nenita —le murmuré—. Todo va perfectamente.

—¿El niño también? —exclamó, desfallecida, con voz desgarrada por la duda.

—Está perfectamente —le contesté—. No te preocupes por nada. Todo va a las mil maravillas. Ahora, descansa.

Se puso a llorar.

—¡Cómo te he complicado la vida! ¿Verdad, Danny?

Junté mi cara con la suya.

—Tú no tienes la culpa de nada. Toda la culpa es mía. Tenías razón. Hice mal en irme, ayer.

Trató de mover la cabeza, para disentir de lo que yo decía, pero no lo logró, por falta de fuerza. Cerró los ojos, extenuada.

—No —murmuró—. Yo tuve la culpa de todo. Sé muy bien que si no viniste por

la noche fue porque algo te lo impedía. Pero... es que siempre tengo en el pensamiento aquella vez que te fuiste y tardaste tanto en volver... porque, ¿sabes, Danny? no puedo vivir sin ti. Y ese pensamiento de que puede ocurrirte algo terrible me persigue... me atormenta... Porque sin ti, no podría seguir viviendo.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—No pienses más en eso. A partir de ahora no nos separaremos nunca —dije, ansioso—. No importa lo que ocurra, siempre tendremos a nuestro hijo con nosotros.

Sus ojos se abrieron y me lanzaron una mirada ansiosa.

—¿Lo has visto, Danny? —preguntó casi cohibida—. ¿Cómo es? ¿A quién se parece?

Lo había visto solo un instante, cuando subía con el doctor. Este se había detenido un momento para mostrármelo a través del cristal de la incubadora.

Un leve rubor cubría las mejillas de Nellie y sus ojos ardían de maternal orgullo.

Le sonreí:

—Un chiquitín precioso —dije—, ¡igual que su *mamma*!



Al aproximarse a la sala de espera, oí un animado concierto de voces. Entré y una mano se apoderó de la mía.

—¡Vamos a brindar, Danny! —me dijo mi padre, con una sonrisa jubilosa en su rostro. Todos me rodearon, hablando a un tiempo.

Mi suegra me cogió la otra mano y me plantó un beso húmedo en la mejilla. Le sonreí, radiante. Mi padre se las había arreglado para obtener una botella de whisky. Todos estábamos formando un pequeño semicírculo, el sonido del licor cayendo en los vasos de papel nos acompañaba. Mi padre hizo el brindis.

—¡Por tu hijo! —dijo, mirándome con orgullo—. ¡Por su felicidad! ¡Y por tu mujer, deseándole que halle en él toda su satisfacción! ¡Y por ti, deseando que te enorgullezcas de él, como yo me enorgullezco de ti!

Sentí que mis ojos se anegaban en lágrimas. No era ciertamente el whisky lo que me hacía llorar. Había esperado mucho tiempo a que mi padre me hablara así. Acaso, en realidad, yo no lo mereciera, pero me hacía muy feliz oírle expresarse de ese modo.

Papá alzó nuevamente la copa. Se volvió hacia Sam:

—¡Por mi otro hijo! —dijo quedamente— que hizo ver a un anciano testarudo cuán equivocado estaba, y que ahora, dando su sangre a mi nieto, aumenta la deuda que tengo contraída con él.

Estaba pasmado.

—¿Qué quieres decir, papá? —le pregunté.

Papá me miró.

—Fue Sam el que a fuerza de discutir conmigo me abrió los ojos a la verdad. Él me hizo ver la mala acción que había cometido contigo y me obligó a ir a verte.

Fijé mis ojos en Sam. Tenía el rostro encendido. La voz de mi padre parecía llegar a mis oídos desde muy lejos.

—Y ahora ha salvado la vida de tu hijo con su sangre. Los dos tenemos una gran deuda para con él. Yo, porque me devolvió el cariño y a la estima de mi hijo. Tú, porque te devolvió la vida de tu hijo. —Había en la voz de mi padre como un leve atisbo de hilaridad—. En los tiempos antiguos, el hombre debía pagar sus deudas en especie. Con su sangre, a veces. Incluso con su vida, si el deudor se la reclamaba.

Me acerqué a Sam poseído de un súbito sentimiento de gratitud. Mi padre seguía hablando.

—Ahora que tienes un hijo, Danny, aprenderás el dolor de tus actos. Incluso nimiedades que a nadie molestarían, podrían lastimarle y lastimarte a ti. Ojalá no conozcas nunca el dolor por el que yo he pasado, el dolor de que tu hijo pague tus propios errores.

Mi padre tenía razón. Tal vez jamás podría yo pagar mis culpas y fuera mi hijo el que las pagara por mí. Seguía mirando a Sam y este me sonreía. Entonces, recordé.

Fields le estaba acechando en algún lugar. Y yo había concertado con él un pacto. Mis pensamientos se atropellaron en mi mente. Aquel pacto había que deshacerlo. Tenía que hablar con Maxie.

Consulté rápido el reloj de pared de la sala de espera. Eran las diez pasadas. Debía comunicarme con él para hacerle desistir de su propósito.

—Tengo que hablar por teléfono —dije, nervioso, y salí rápidamente de la sala.

Había una cabina telefónica al final del corredor. Me precipité dentro de la misma y marqué apresuradamente el número de Fields. El teléfono sonó varias veces antes de que alguien respondiera a mi llamada. Era una voz de mujer.

—¿Está ahí Maxie Fields? —le pregunté bruscamente.

—No está aquí —me contestó la voz de mujer—. ¿Quién le llama?

—Danny Fisher —dije, rápido—. ¿Sabe usted en dónde se encuentra? Tengo que encontrarle.

—¡Danny! —gritó la voz—. Sí, tienes que ir a buscarlo. Soy yo, Ronnie. Tienes que impedir que cometa esa infamia. Sam es el único amigo que has tenido en la vida. Fue él el que impidió que Fields te hiciera daño cuando volviste la primera vez. Sam le juró que lo mataría si te tocaba un pelo de la ropa.

Cerré mis ojos, extenuado de cansancio.

—Y yo pensaba que habías sido tú —exclamé.

—No —contestó—, jamás me habría escuchado. Volví porque Ben se puso enfermo y necesitaba dinero para cuidarle. Pero no me sirvió de nada. Murió.

—Sara, ¡lo siento!

No sé si me oyó, pues siguió hablando precipitada, incansablemente. Hablaba una y otra vez de Sam y de mí.

—No debes dejar que le hagan daño, Danny. No puedes, Danny. Fue Sam el que le forzó a no injerirse en tu negocio. Persuadió a Lombardi a que dijera a Maxie que

se abstuviera porque tenía intención de tomar él por su cuenta el negocio, y Maxie no tuvo más remedio que ceder. Estaba furioso. No sabes bien hasta dónde llega su maldad. ¡Tienes que detenerlo, Danny!

—Eso quiero, Sara —le dije firmemente—. Escúchame. ¿Tienes idea de dónde se encuentra ahora?

—Me dijo que se iba a Brooklyn —contestó—. Dijo que Sam probablemente se presentaría esta noche en vuestra nueva casa.

Estaba anonadado. Eso equivalía a que, probablemente, estaría esperando a Sam en las inmediaciones de nuestra casa, y que, cuando volviéramos a ella del hospital, caería sobre él. Me quedé mirando estúpidamente el teléfono. Había solo una cosa que yo podía hacer. Y era llegar a mi casa antes que nadie.

—Está bien, Sara —dije pausadamente, colgando el auricular.

Dejé la cabina y volví a entrar en la salita de espera.

Fui hasta donde se hallaba Sam y traté de que mi voz no denunciara la profunda emoción que me embargaba.

—¿Me dejas que coja tu coche unos minutos, Sam? —le pregunté—. Le prometí a Nellie que le traería unas cuantas cosas de casa, y mi coche lo tengo todavía en el aeropuerto.

—Te llevaré, si quieres —me ofreció.

—No, no —dije, precipitadamente—. Estás todavía débil por la transfusión de sangre. Descansa aquí un rato. Estaré de vuelta antes de media hora.

Sacó de uno de sus bolsillos un llavero y me lo entregó.

—Está bien, campeón.

Le miré a los ojos, sorprendido. Hacía muchos años que no me llamaba así. El hombre irradiaba simpatía y comprensión.

—¿Todo va bien, campeón? —me preguntó. Solo los dos sabíamos lo que aquellas palabras significaban. Había en ellas todo un mundo de implicaciones.

Tomé la mano extendida y se la estreché con efusividad.

—Estupendamente bien, campeón —le respondí.

Me devolvió el apretón y miré nuestras manos unidas. ¡Cómo se parecían! La misma forma, la misma conformación de los dedos... Alcé los ojos y los clavé en los suyos. Me sonreían, cordiales. Sentí por él, súbitamente, un gran cariño, una alta estima. Era el ideal a imitar; había sido mi secreta ambición la de asemejarme a él, la ambición de toda mi vida. Sonreí lentamente, pues empezaba a comprender:

—Todo va estupendamente bien, campeón —repetí—. Gracias, Sam. Gracias por todo.

Me metí el llavero en el bolsillo y me encaminé a la puerta.

Mi padre me detuvo.

—Conduce con cuidado, Danny —me aconsejó—. Que nada te ocurra en un día como este.

—Nada ocurrirá, papá —le contesté—. Y si algo ocurre, que nadie se lamente.

Hemos tenido ya todo lo que la vida puede ofrecer a un mortal. No puedo quejarme...

Mi padre hizo un gesto de asentimiento.

—Me alegro de que pienses de ese modo, hijo —dijo, solemnemente—. Sin embargo, ves con cuidado y piensa en tu hijo.



Bajo el capó del Cadillac descapotable, color canario, ronroneaba el potente motor, mientras me dirigía velozmente a nuestra casa de Brooklyn. Estaba satisfecho de tener el coche de Sam. Me facilitaba el encuentro con Max, ya que era este el coche que buscaba. Trataría de convencerle.

Recorrí vertiginosamente el boulevard Linden hasta Kings Highway, luego doblé a la izquierda en dirección a Clarendon. En Clarendon hice un rápido viraje hacia la derecha y enfilé la calle que se cruzaba con la mía. Observé el retrovisor. Un coche detrás de mí encendía y apagaba sus luces. Quería pasarme. Reí para mis adentros y apreté el acelerador. También yo tenía prisa.

El gran coche respondió al estímulo de mi pisada y avanzó raudo en las sombras. Volví a mirar el retrovisor. El otro coche corría pegado a mi cola, insistente y porfiado. Comprendí entonces que Maxie había seguido a Sam hasta el hospital.

Dejé de pisar el acelerador y aminoré la marcha. Rápidamente el otro coche avanzó y se puso a la altura del mío. Lancé una ojeada por la ventanilla. No me había equivocado. Spit me estaba observando desde el otro coche. Le hice, sonriente, una, señal con la mano.

Entonces vi en la mano de Spit que asomaba por la ventanilla el cuchillo de resorte. Lo alzó lentamente.

—Spit —le grité—. Soy yo, Danny. ¡Tenemos que deshacer el trato!

Siguió alzando el brazo armado. Volví a gritarle.

—¡Spit, estúpido venado! ¡Soy yo, Danny!

Advertí que vacilaba ligeramente. Se volvió hacia el interior del coche y vi que sus labios se movían. Traté de sondear las sombras; solo percibí el leve reflejo de un cigarro. A continuación, se volvió hacia mí, alzando más aún la mano armada del cuchillo. Recordé entonces las palabras de Maxie. «Esta vez no te echas atrás o...» Era Maxie el hombre del puro, sentado en el asiento de atrás.

No me quedaba más que una solución y era la de pisar con furia el acelerador y ponerme fuera del alcance de aquel cuchillo. De pronto sentí un dolor desgarrador que me arrancaba del volante. Desesperadamente, eché todo el peso de mi cuerpo sobre él, agarrándolo con las dos manos para no perder contacto con el mismo.

Quedé cegado, unos instantes, pero no tardé en recobrar mi visión. El coche iba de un lado a otro de la calle, zigzagueando como un borracho. Volví a ver cerca de mí el rostro siniestro, gesticulante, de Spit, e hizo presa en mí, súbitamente, una furia incontenible. Un odio infinito que solo la muerte podía aplacar. Volví a alzar una vez más la mano homicida.

Dirigí mi vista, por encima de su coche, a la esquina. Era mi esquina. Mi calle. Desde allí podía ver mi casa. Una de sus ventanas estaba iluminada. Al irnos nos habíamos olvidado de apagar aquella luz. Me pondría a salvo si pudiera llegar hasta allí, hasta mi casa. Allí estaría siempre a salvo. Lo sabía.

Con todas mis fuerzas, moví el volante en aquella dirección, la dirección de mi calle. Entre esta y yo estaba el coche de Maxie, pero ¡qué me importaba! Seguí girando el volante en aquel sentido. Pude ver el rostro repentinamente desencajado de Spit: el pánico alteraba sus rasgos a un extremo que resultaba cómico. Su cuchillo lanzaba destellos siniestros, pero todo me era indiferente. Tenía que apartarse de mi camino, si quería evitar el choque. No se apartó.

Percibí una llamada intensa y en medio de ella, vaga y confusa, la sensación de volar por los aires. Pero no oí estrépito ni señal alguna que indicase colisión. Nada oí. Nada sentí.



Solamente me vi, niño, montado en un camión de mudanzas, atiborrado de muebles. Nos trasladábamos a un nuevo vecindario. Podía oír el crujir de la gravilla, que las ruedas del enorme camión trituraban. Era de día, lucía esplendoroso el sol y no podía comprender lo que me sucedía.

Algo había ido mal. El tiempo había descarrilado. Mi mente forcejeó enloquecida con este pensamiento. No podía ser verdad. Cosas como estas no ocurrían. Había vuelto a los comienzos de mi memoria.

Y entonces se desvaneció todo y vi que el volante, en mis manos, se hacía pedazos. Unas veces miraba estúpidamente los trozos del volante que tenía en mis manos y otras estaba volando locamente en medio de tinieblas interrumpidas por ráfagas de luz cegadora.

Y en lo más profundo de estas tinieblas, cargadas de silencio, oía yo una voz distante, muy débil, que me llamaba. Resonaba en mi mente, hueca y metálica, y sus sílabas rodaban hacia mí como las olas en el mar.

—¡Da-nny Fis-her! ¡Da-nny Fis-her!

Una y otra vez oía esa voz que me llamaba. Sabía, sin explicarme el porqué, que debía cerrar mis oídos a este canto de sirena. No debía escucharlo. Ni siquiera con mi pensamiento. Luché, desesperadamente, contra él. Y, de repente, me acometió un dolor horrible y me hallé en el potro de una cruenta agonía.

El dolor se hizo cada vez más agudo, mas no era un dolor físico el que sentía. Era como, un vago dolor desincorporado que flotaba a través de mí como el aire que solía respirar.

El aire que solía respirar. Que solía respirar. ¿Por qué pensé en esto? Volvió el dolor a infiltrarse en mí y penetró en mi conciencia y mi pregunta fue olvidada. Podía percibir cómo mi voz repercutía en la distancia. Su grito de agonía hería mis oídos. Lentamente, me hundí de nuevo en las tinieblas.

—¡Da-nny Fis-her! ¡Da-nny Fis-her!

Podía oír una vez más la voz extrañamente dulce y sedante. Era suave, deliciosa y había en ella una promesa de paz y de reposo, de alivio de mi agonía y, no obstante, volví a luchar contra ella, con una energía sobrehumana que jamás había empleado antes. De nuevo, la voz se desvaneció de mi mente y volvió a atenazarme el dolor.

¡Qué dulce es la sensación de dolor físico cuando todo lo demás ha huido del cuerpo! Con qué ansias se aferra uno a la agonía que le ata a la tierra. Se saborea el dolor como la más dulce de las ambrosías, se bebe con todas las ansias del que está desesperadamente sediento. Se anhela el dolor que le deja a uno vivir.

Lo sentía, punzante, en mis entrañas, y en mi agonía, su rigor me deleitaba. Qué dolor tan amado aquel que me torturaba. Podía oír mi voz distante que a gritos protestaba contra él, y esa percepción me hacía feliz. Ponía todas mis ansias en asirlo con mis manos, pero no podía mantenerlo en ellas, pues se escapaba de entre los dedos, y sin quererlo me hundía más y más en las tinieblas silenciosas y sedantes.

La voz la oía ahora más cerca de mí. Repercutía en mi mente, y la percibía como antes percibiera en mi cuerpo los zarpazos del dolor.

—¿Por qué me rechazas, Danny Fisher? —me reprendía—. Solo deseo tu descanso.

—¡No quiero descansar! —clamé iracundo—. ¡Quiero vivir!

—Pero vivir equivale a sufrir, Danny Fisher. —La voz era profunda, cálida, confortante—. Seguro ya lo sabes.

—¡Vete! ¡Déjame que sufra! —grité—. Quiero vivir. Tengo todavía muchas cosas que hacer en esta vida.

—¿Qué cosas te quedan por hacer? —preguntó la voz en tono apacible con un sonido agradable y cálido—. Recuerda lo que dijiste hace unos minutos. Las palabras que dirigiste a tu padre. Y si algo ocurre, que nadie se lamente. Hemos tenido todo lo que la vida puede ofrecer a un mortal. No puedo quejarme...

—Pero el hombre dice muchas cosas que no siente —exclamé, desesperado—. Tengo que vivir. Nellie me dijo que no podría vivir sin mí. Mi hijo me necesita.

La voz era sensata y tan tolerante como el tiempo. Resonaba cavernosa en mi mente.

—Tú no crees de veras en eso, Danny Fisher, ¿verdad? —interrogó quedamente—. Porque sabes que la vida de los demás no deja de seguir su curso porque la de uno termine.

—Yo quiero que la mía siga su curso —prorrumpí en amargo llanto—. Yo quiero seguir sintiendo bajo mis pies el blanco y firme suelo; quiero seguir gozando de los encantos suaves de mi mujer; quiero saborear el placer de ver crecer a mi hijo...

—Pero si vives, Danny Fisher —me dijo inexorable, la voz— no podrás hacer nada de lo que dices. El cuerpo que una vez habitaste está irreparablemente destrozado. No podrás ver, ni sentir, ni gustar. Serás solo el horrible recipiente de un organismo vivo, una carga y una agonía para los seres amados.

—Pero yo quiero vivir —grité, luchando contra aquella voz con todas mis fuerzas. Sentía que, lentamente, el dolor volvía a acometerme.

Lo acogí como una mujer pudiera acoger a su amante después de una larga ausencia. Lo abracé y dejé que me penetrara. Lo sentía fluir como la sangre que fluye por las venas, en medio de una dulce, de una embriagadora agonía. Y de repente hubo un momento de pura, radiante luz y pude nuevamente ver.

Me estaba viendo, destrozado, retorcido, informe. Unas manos se tendían hacia mí pero se detenían en el aire, paralizadas de horror al verme. Era mi cuerpo lo que les horrorizaba; así habrían de verme siempre.

En medio de mi agonía, me preguntaba. ¿Nada había quedado de mí que conmoviera el corazón de un ser amado? Me miré con atención. Mi rostro estaba limpio, lleno de calma y quietud. Había incluso un asomo de sonrisa en mis labios. Lo miré más cerca. Mis párpados estaban cerrados, pero podía ver a través de ellos. Las cuencas me miraban, vacías. Me aparté de mí mismo, horrorizado. Las lágrimas surcaban mi mente, lavando esta nueva y extraña herida.

El dolor nuevamente huyó de mí mientras la luz se desvanecía y volvía a hundirme en las tinieblas. La voz brotó una vez más en los umbrales de mi mente.

—Ahora, Danny Fisher —dijo—, ¿querrás que te ayude?

Aparté las lágrimas. Toda mi vida había sido una larga sucesión de trapicheos. Ahora se presentaba la ocasión de otro más.

—Sí —murmuré—. Te ayudaré si consigues que mi cuerpo aparezca entero, de modo que mis seres amados no se aparten de mí, horrorizados.

—Puedo hacer eso —respondió la voz, quedamente.

Sabía, en cierto modo, que mi súplica sería atendida y que era inútil que insistiera. No obstante, volví a suplicarle.

—Entonces, por favor, ayúdame. Y me daré por satisfecho.

Hubo, de pronto, sombras acogedoras que me rodearon.

—Descansa, entonces, Danny Fisher —me dijo la voz dulcemente—. Date a ti mismo la quietud, descansa en las tinieblas y no tengas miedo. Es igual que si durmieras.

Lleno de confianza me adentré en las tinieblas. Eran tinieblas amables, acogedoras, sedantes y en ellas hallé calor y cariño. Era como sumirse en la ligereza de un sueño.

Las sombras me envolvieron en nubes vaporosas, suaves. El recuerdo del dolor se iba atenuando y cada vez lo sentía más distante. Incluso el recuerdo se desvaneció por completo. Ahora sabía por qué no había conocido nunca la paz.

Estaba contento.

Una lápida para Danny Fisher

Colocas rápidamente la piedra en el mausoleo y quedas ante él grave y solemne, los ojos azules muy abiertos. En tu interior sientes crecer una duda. Tu padre.

No tengo forma y no hay imagen mía en tu memoria. No soy más que una palabra, un retrato en la repisa de la chimenea, un sonido en los labios de otro. Porque jamás me has visto y yo te he visto solo un instante.

Entonces, ¿cómo podré llegar a ti, hijo mío, cómo podré hacerme escuchar por ti cuando mi voz es un sonido extraño para tus oídos? Lloro, hijo mío, lloro por toda esa vida que te di y no podré compartir contigo. Las penas y las alegrías que experimentó mi padre conmigo, yo no podré sentir las contigo.

Porque aun cuando yo te di la vida, tú me diste mucho más. En aquel brevísimo momento que juntos compartimos, aprendí muchas cosas. Aprendí de nuevo a amar a mi padre, a comprender sus sentimientos, su felicidad, sus errores. Todo aquello que yo significué para él, en ese breve instante, tú significaste para mí.

Jamás te tuve en mis brazos ni te apreté contra mi corazón, y, no obstante, experimenté esa sensación. Cuando algo te duele, siento tu dolor; cuando lloras, siento tu pena y cuando ríes hay alegría en mí. Todo lo que eres fue, una vez, parte de mí: tu sangre, tus huesos, tu carne.

Eres parte del sueño que fui yo: la prueba de que una vez alenté y caminé por la tierra. Eres mi legado al mundo; el don máspreciado que pude jamás hacer a mis semejantes. Todos los valores, nada son comparados contigo.

En tu época habrán muchas maravillas. Los rincones más distantes del mundo, el océano más profundo, las montañas más altas, quizá hasta las estrellas se hallarán a tu alcance. Y no obstante, todos estos milagros no podrán jamás equipararse al milagro que eres tú.

Porque eres el milagro de mi continuidad. Eres el eslabón que me une al mañana, el eslabón de la cadena que desde los comienzos de los tiempos me vincula con la eternidad.

Y, sin embargo, hay en todo esto una sorprendente maravilla. Porque tú, que naciste de las pasiones de mi sangre y de mi fuerza y me unes con el mañana, nada sabes de mí.

Solo estuvimos juntos un brevísimo momento, el momento de tu despertar, y por lo tanto no me conoces. «¿Cómo eres tú, padre?», debes de preguntarte en el silencio de tu pequeño corazón. Cierra los ojos, chiquitín mío, y trataré de decirte cómo soy. Aparta por un momento de tus ojos la verdeante y luminosa visión del mundo y trata de escucharme.

Ahora estás quieto. Tus ojos están cerrados, tu carita pálida, y me escuchas. El sonido de mi voz es el sonido de un extraño en tus oídos y, sin embargo, muy dentro de ti, sabes quién soy.

Las líneas de mis facciones jamás se fijarán en tu memoria y, no obstante, me

recordarás. Porque algún día, en alguna ocasión, hablarás de mí. Y en tu voz se percibirá el sentimiento de que no nos hayamos conocido. Y en este sentimiento habrá también una nota de júbilo. El júbilo derivado del hecho de que todo lo que tú eres me lo debes. Todo aquello que tú legarás a tu hijo vino de mí como lo que yo te legué me vino de mi padre, del mismo modo que este lo heredó del suyo. Y así sucesivamente.

Escúchame, hijo mío, y conoce a tu padre.

Aunque la memoria del hombre es algo transitorio, porque su vida no es más que un instante fugaz, hay en él una condición de inmortalidad tan permanente como las estrellas.

Porque yo soy tú y tú eres yo, y el hombre que comenzó con Adán vivirá para siempre en esta tierra. Como yo en cierta ocasión viví.

Una vez, respiré el aire que tú respiras y sentí bajo mis pies el blando suelo de la tierra. Una vez tus pasiones corrieron por mis venas y tus penas anegaron en llanto mis ojos.

Porque una vez fui hombre, como tú.

Yo también tenía una cuenta de crédito en los Almacenes Macy, una libreta de ahorro en el Banco Dihe Savings; en alguna escondida caja acorazada he de tener todavía papeles firmados por mí, escritos con una tinta que se habrá vuelto parda y desvaída; un número de seguridad social enterrado en la masa de estadísticas en un archivo gubernamental con esta extraña inscripción numérica: 052-09-8424.

Todo esto lo tuve en otros días, hijo mío. Y por esto y por otras muchas razones distintas, no será olvidado mi nombre. Porque en esos papeles escritos, solamente hay evidencia de mi inmortalidad.

No fui un gran hombre cuya historia mereciera ser transcrita para que los niños la estudiaran en las escuelas. Ninguna campana tocará por mí, ni bandera alguna será arriada en su mástil.

Porque fui un hombre corriente, hijo mío, uno de tantos, con esperanzas vulgares, sueños vulgares y temores vulgares.

Era el vecino de la casa de al lado. El hombre de pie en el vagón del metro, que iba a su trabajo; el hombre que encendía un pitillo o paseaba con el perro.

Era el soldado que temblaba de miedo, el hombre que vociferaba en el estadio; el ciudadano en la privacidad de la caseta electoral, votando jubiloso por un candidato indigno.

Era el hombre que vivía miles de veces y moría miles de veces en una historia del hombre que abarca sesenta siglos. Era el hombre que navegó con Noé en su arca, que estaba entre la multitud que cruzó el mar cuyas aguas apartara Moisés, el que fue clavado en la cruz al lado de Jesucristo.

Era el hombre vulgar al que jamás se dedicaron cantos, ni del que se refirieron historias o inspirara leyendas.

Pero soy el hombre que vivirá hasta la eternidad, a través de los miles y miles de

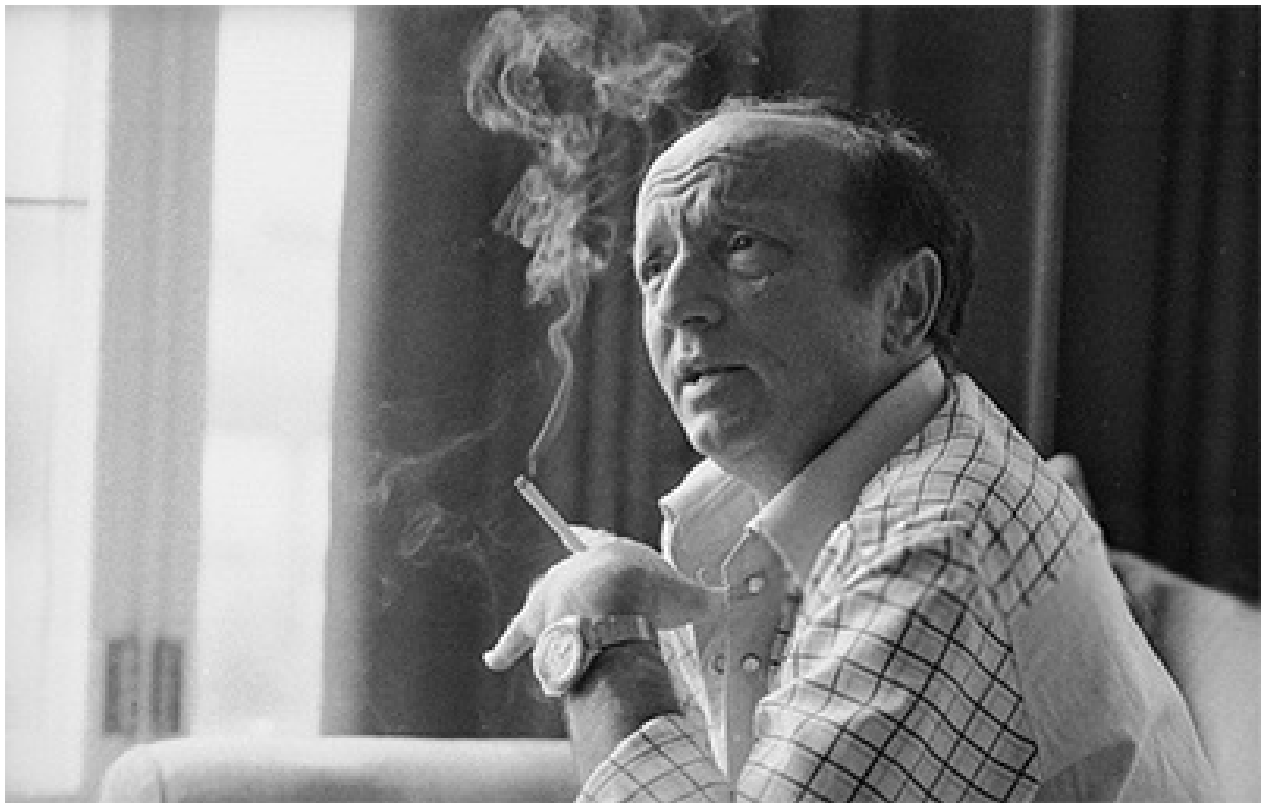
años por venir. Porque soy el hombre que recogerá muy exiguos provechos, y pagará en cambio por todos los errores que cometan los hombres notables.

Y los notables no son más que mis servidores, porque los que son como yo formamos legión. Porque los notables yacen solitarios en sus tumbas bajo sus fastuosos monumentos, porque no se les recuerda por lo que fueron, sino por lo que hicieron.

Porque por lo que se refiere a mí, todos los que lloran a sus seres amados, lloran también por mí. Y cada vez que un ser humano se lamenta, se lamenta asimismo por mí.

Tú abres tus ojos atónitos y te pones a contemplar las seis piedras que están encima de mi losa. Ahora ya lo sabes, hijo mío. Este fue tu padre. Los brazos de tu madre te ciñen, pero tú sigues mirando las lápidas. Tus dedos señalan las palabras escritas debajo de ellas, en el mausoleo. Los labios de tu madre se mueven suavemente mientras tú las lees.

Escúchalas con atención, hijo mío. ¿Acaso no dicen la verdad? «Vivir en los corazones que dejamos detrás es no morir.»



HAROLD ROBBINS. Francis Kane o Harold Rubin, más conocido por su seudónimo Harold Robbins (Nueva York, 21 de mayo de 1916 - 14 de octubre de 1997), fue un escritor estadounidense de literatura popular, autor de 25 *best-sellers* que vendieron 750 millones de copias y fueron traducidos a más de 30 idiomas.

Al nacer recibió el nombre de Francis Kane, pero quedó huérfano y recibió el nombre adoptivo de Harold Rubin, cuando pasó su infancia en un orfanato. Fue educado en el Instituto George Washington y después de dejar la escuela, trabajó en diversos oficios. Dotado para el comercio, ya a la edad de veinte años había ganado su primer millón de dólares vendiendo azúcar para una multinacional. Sin embargo a principios de la Segunda Guerra Mundial, había perdido su fortuna y se mudó a Hollywood para trabajar en los estudios Universal.

Su primer libro, *No amaras a un extraño* (1948), estaba basado en su propia vida en el orfanato y en las calles de Nueva York y creó gran polémica y controversia por sus gráficas explicaciones sobre la sexualidad. Lo escribió para ganar una apuesta de 100 dólares con un directivo de Universal Pictures y demostrarle que era capaz de escribir un guion más interesante que lo que se hacía en ese momento en la meca del cine. Resultó ser un *best-seller* de gran tirada al que le siguieron más de 20, muchos de los cuales fueron llevados al cine con el correspondiente éxito taquillero.

Los vendedores de sueños (1949) fue una novela basada sobre la industria cinematográfica de Hollywood, desde los primeros pasos a la era sonora donde Robbins aportaba sus propias experiencias.

Su novela de 1954, *Una lápida para Danny Fisher*, fue adaptada al cine en 1958 con el título *King Creole*, que fue protagonizada por Elvis Presley.

Probablemente su novela más conocida fue *Los insaciables*, que estaba inspirada en la vida del magnate Howard Hughes. En 1995 se publicó su continuación, *The Raiders*.

Robbins se casó cinco veces. Desde 1982 necesitó usar una silla de ruedas, lo cual no impidió que siguiera escribiendo.

Pasó mucho tiempo viviendo en la Riviera francesa y en Montecarlo, hasta que murió por problemas respiratorios el 14 de octubre de 1997. Tenía 81 años. Desde su muerte han aparecido varias novelas inéditas terminadas por otros autores.